

La mejor novela de Kim Stanley Robinson  
desde la Trilogía de Marte

**KIM STANLEY ROBINSON**



Corre el año 2312. Los avances científicos y tecnológicos han abierto una puerta a un futuro extraordinario. La Tierra ya no es el único hogar de la humanidad: lunas y planetas de todo el sistema solar se han convertido en nuevos hábitats. Pero durante este año, 2312, una serie de sucesos forzará a la humanidad a afrontar su pasado, su presente y su futuro.

El primero de estos sucesos se produce en Mercurio, en la ciudad de Terminador, lugar que supone un prodigio sin precedentes de la ingeniería. Una muerte inesperada transforma la vida de Cisne Er Hong. Y Cisne, que en el pasado se dedicaba al diseño de nuevos mundos, se verá arrastrada a una intriga que tiene por objeto destruirlos.

Kim Stanley Robinson

**2312**

Título original: 2312

Kim Stanley Robinson, 2012

Traducción: Miguel Antón

Diseño de portada: Kirk Benshoff

Imágenes de portada cortesía de NASA/NASAIMAGES

## Prólogo

El sol siempre está a punto de alzarse. Mercurio orbita con tal lentitud que puedes andar lo bastante rápido por su superficie rocosa para mantenerte por delante del amanecer, como hace no poca gente. Son muchos quienes han hecho de eso su modo de vida. Caminan más o menos hacia poniente, manteniéndose siempre un paso por delante de la gloriosa mañana. Los hay que aprietan el paso de un sitio a otro, deteniéndose para mirar en las grietas donde con anterioridad han inoculado metalofitas, raspando con rapidez cualquier residuo acumulado de oro, tungsteno o uranio. Aunque la mayoría sale a vislumbrar un atisbo de sol.

La antigua superficie de Mercurio es tan irregular y está tan castigada que el terminador del planeta, la zona que separa la noche del día, está formada por un amplio abanico de claroscuros, huecos negros como el carbón salpicados por brillantes motas elevadas, que crece y crece hasta que el terreno reluce como cristal fundido, momento en que da comienzo una larga jornada. No es extraño que esta zona, que es mezcla de sol y sombra, alcance los treinta kilómetros de ancho, a pesar de que a nivel del suelo no puedan vislumbrarse a lo lejos más que unos pocos kilómetros. En Mercurio escasea el terreno nivelado. Todos los antiguos impactos siguen allí, y algunos de los altos acantilados que se remontan a cuando el planeta se enfrió antes de encogerse. En un paisaje tan arrugado, que la luz puede lanzar de pronto destellos en el horizonte oriental y hacerlo en el occidental para que destaque algún punto concreto. Todos los que recorren su superficie tienen que ser conscientes de esta posibilidad, saber cuándo y dónde se producen las llamaradas más largas, y cuándo deben ponerse a cubierto si los encuentra a la intemperie.

Si se quedan lo hacen a sabiendas, porque son muchos los que hacen una pausa en sus largas caminatas, en determinados riscos y bordes de cráteres, en lugares señalados por estupas, petroglifos, inuksuit, espejos, paredes y goldsworthies. Los caminantes solares permanecen en esos lugares, vueltos hacia el este, esperando.

El horizonte que contemplan es el espacio negro sobre la negra roca. La delgadísima atmósfera de neón y argón, visible por el polvo de roca que levanta la

luz solar a su paso, queda suspendida de manera que retiene la promesa del fulgor que precede al alba. Pero los caminantes solares son conscientes de la hora, así que esperan y observan... hasta que...

sobre el horizonte hay movimiento de ígneos delfines anaranjados

y la sangre les hierve en su interior. Les siguen más cortinas breves de luz, destellos ondulados que se separan para flotar a su aire en el firmamento. ¡Estrella, oh, estrella, a punto de romper sobre los caminantes! Han oscurecido ya el visor, polarizado para protegerse la vista.

Las cortinas anaranjadas divergen a izquierda y derecha desde el punto en que aparecieron por primera vez, como cuando un incendio que se declara más allá del horizonte se extiende hacia el norte y hacia el sur. A continuación, un corte de la fotosfera, la propia superficie del sol, parpadea inmóvil antes de derramarse lentamente por los laterales. Dependiendo de los filtros ajustados del visor, la superficie de la estrella puede oscilar entre un torbellino azul y la masa palpitante y naranja, pasando por un simple círculo blanco. El derrame a izquierda y derecha sigue extendiéndose, más lejos de lo que parece posible, hasta que resulta obvio que uno se encuentra en un pedazo de roca situado junto a una estrella.

¡Ha llegado el momento de darse la vuelta y correr! Pero para cuando algunos de los caminantes solares logran zafarse, están aturridos, tropiezan, caen, se levantan y corren a poniente presa de un pánico sin parangón.

Antes de que eso suceda, una última mirada a la salida del sol en Mercurio. En el ultravioleta es una mueca perpetua, azul, de calor y más calor. A oscuras, el disco de la fotosfera, la danza fantástica de la corona, adquiere mayor claridad, todos los arcos magnetizados y los cortocircuitos, las masas de ardiente hidrógeno proyectadas hacia la noche. Aunque también se puede tapar la corona, y mirar únicamente la fotosfera solar, e incluso aumentar la imagen de la misma hasta que las quemaduras que coronan las células de convección quedan al descubierto y se cuentan por millares, todas y cada una de ellas nubarrones de un fuego que arde con furia, consumiendo juntas cinco millones de toneladas de hidrógeno por segundo, lo que significa que aún lo harán otros cuatro billones de años. Todos estas largas espículas de fuego vuelan unidas, trazando trayectorias circulares en torno a los puntos negros, diminutos, que conforman las manchas solares, remolinos cambiantes de las tormentas ígneas. Masas de espículas que flotan juntas como lechos de alga marina sacudidos por la fuerza del oleaje. Existen explicaciones no biológicas que justifican este convulso vaivén: gases distintos que se desplazan a

diferente velocidad, campos magnéticos que fluctúan constantemente, dando forma a los infinitos torbellinos de fuego. Pero no es más que simple física, nada más que eso, a pesar de lo cual parece *vivo*, más que muchos seres vivos. Mirándolo en el apocalipsis del amanecer mercuriano, resulta imposible creer que no esté vivo. Te ruge en los oídos. *Te habla.*

Con el tiempo, la mayoría de los caminantes solares prueban los diversos filtros de visión de que disponen, hasta alcanzar la combinación que más se ajusta a sus preferencias. Los filtros particulares, o secuencias de filtros, adquieren tintes de formas de culto, rituales personales o compartidos con otros. Es muy fácil extraviarse en estos rituales; mientras los caminantes solares se detienen en sus puntos, atentos, no es raro que los devotos se queden hipnotizados por algo que capta su visión, algo particular nunca visto, algo en el pulso y en el flujo que atrapa su atención; de pronto el chisporroteo de los ardientes cilios se hace audible, un estruendo turbulento que es el de tu propia sangre que te retumba en los oídos, pero en esos instantes suena como si el sol te quemara. Y los hay que se quedan más de la cuenta. Algunos sufren quemaduras de retina, otros se quedan ciegos, los hay que mueren sin más, traicionados por un traje de vacío incapaz de soportarlo. Los hay que se queman en grupos compuestos por una docena o más.

¿Los tachas de insensatos? ¿Crees que tú jamás habrías cometido ese error? No estés tan seguro. De veras, no tienes ni idea. No se parece a nada que hayas visto. Puedes creerte inmune, pensar que nada fuera de tu mente puede interesarte, tan sofisticado y sabio como eres. Pero te equivocarías. Eres hijo del sol. Su belleza y su terror, contemplados tan de cerca, bastan para vaciarte la mente, para poner en trance al más pintado. Los hay que dicen que es como ver la cara de Dios, y es verdad que el sol alimenta a todos los seres vivos del sistema solar, y que en ese aspecto *es* como nuestro dios. La visión del mismo basta para vaciarte la mente. Ése es precisamente el motivo de que la gente salga en su busca.

De modo que existen motivos para preocuparse por Cisne Er Hong, más proclive que muchas otras personas a probar cosas nuevas. Sale a menudo a hacer de caminante solar, y cuando lo hace bordea el límite de la seguridad, y a menudo permanece más de la cuenta en la luz. Las inmensas escaleras de Jacobo, el latido granulado, el flujo de las espículas... Se ha enamorado del sol. Lo adora; tiene en su cuarto un altar a Sol Invictus, realiza la ceremonia *pratahsamdhya*, el saludo al sol, cada mañana que despierta estando en la ciudad. Buena parte de su obras paisajísticas y de *performance* las dedica al sol, y últimamente pasa la mayor parte de su tiempo haciendo *goldsworthies* y *abramovics* en su cuerpo y en la tierra, de modo que el sol forma parte de su arte.

Ahora también es su consuelo, porque ha salido a llorar una pérdida. Si hubiese alguien de pie en el paseo que corona ese imponente muro llamado Alba de Terminador, podría verla ahí, al sur, cerca del horizonte. Debe apresurarse. La ciudad se desliza sobre sus raíles en el fondo de un hoyo gigante situado entre Hesíodo y Kurasawa, y un torrente de luz solar no tardará en desparramarse sobre poniente. Cisne tiene que alcanzar la ciudad antes de que eso suceda, a pesar de lo cual sigue allí de pie, inmóvil. Desde la parte superior del Alba de Terminador parece un juguete argénteo. Su traje de vacío incluye un enorme casco con forma de burbuja, las botas se antojan grandes, negras y cubiertas de polvo. Es como una plateada hormiguita con botas que se lamenta en lugar de apresurarse a la plataforma de embarque situada al oeste de la ciudad. Los demás caminantes solares se apresuran de regreso. Algunos empujan los carros donde llevan las provisiones, eso cuando no se sirven de ellos para transportar a un compañero dormido. Han calculado con precisión la hora de volver, ya que la ciudad siempre se muestra predecible. No puede apartarse de su horario; el calor del día incipiente dilata los raíles, y el chasis de la urbe se sustenta sobre ellos, así que la luz del sol empuja la ciudad hacia poniente.

Los caminantes solares que regresan atestan la plataforma de carga mientras la urbe se le acerca. Algunos llevan fuera semanas, o incluso los meses necesarios para hacer la circunvalación. Cuando la ciudad se deslice ante ellos, las puertas se abrirán y podrán adentrarse en ella.

Eso sucederá pronto, por tanto Cisne también tendría que estar allí, a pesar de lo cual sigue de pie en su promontorio. Más de una vez ha necesitado intervenciones de retina, y a menudo ha tenido que correr como una liebre para salvar la vida, tal como ha de suceder de nuevo. Está al sur de la ciudad, iluminada de lleno por rayos horizontales, como una mota de plata en el campo visual. Por mucho que quieras evitarlo, esa muestra de temeridad te empuja a vocearle algo, por inútil que sea el gesto. ¡Cisne, no seas idiota! ¡Alex ha muerto y ya no hay nada que hacer! ¡Vamos, corre! ¡Salva la vida!

Y entonces lo hace. La vida se impone a la muerte, es el deseo de vivir. Se da la vuelta y corre como alma que lleva el diablo. La gravedad de Mercurio, casi exactamente la misma que la de Marte, se conoce a menudo por el nombre de «g perfecta» por la velocidad que imprime, ya que quienes están acostumbrados a ella pueden cubrir grandes distancias dando saltos gigantes, sacudiendo los brazos para mantener el equilibrio mientras lo hacen. Así es cómo Cisne se mueve y agita los brazos en el aire, incluso una vez tropieza y cae de morros, pero tras levantarse da un nuevo brinco hacia adelante. Tiene que alcanzar la plataforma mientras la



ciudad siga a su lado, porque la siguiente oportunidad se encuentra a diez kilómetros de distancia al oeste.

Llega a la escalerilla de la plataforma, aferra el pasamano y da un salto para llegarse al extremo opuesto, hacia la escotilla que está a medio cerrar.

## CISNE Y ALEX

El servicio fúnebre de Alex empezó cuando Cisne subía la imponente escalera principal de Terminador. La población de la ciudad había salido a los bulevares y plazas, y aguardaba de pie en silencio. Había también un montón de visitantes, ya que iba a celebrarse en breve una conferencia que precisamente había organizado ella. Alex los había recibido un viernes, y al viernes siguiente se disponían a acudir a su funeral. Un colapso repentino, tras el cual habían sido incapaces de revivirla, por eso en ese instante los ciudadanos, así como los visitantes diplomáticos, todas gentes afines a Alex, lamentaban su pérdida.

Cisne se detuvo a media altura del Alba de Terminador, incapaz de seguir adelante. Bajo los tejados, los balcones y las terrazas. Los limoneros en sus enormes macetas de cerámica. Un contorno curvo como una Marsella de juguete, con bloques de blancos apartamentos de cuatro plantas, balcones con hierro negro, amplios bulevares y angostos callejones que desembocaban en un paseo que da al parque. Estaba lleno a rebosar de gente, expectante ante ella, cada rostro intenso por sí mismo, al tiempo que también representaba una tipología: esferoide Olmec, pala, pico. Vio en un balcón a tres pequeños que no debían superar el metro de altura, vestidos todos de negro. Al pie de la escalera se arremolinaban los caminantes solares que acababan de llegar, quemados y polvorientos. Al verlos, Cisne sintió un intenso dolor. Incluso los caminantes solares habían acudido.

Tomó otro tramo de escalera y siguió bajando. En cuanto había oído la noticia se apresuró a abandonar la ciudad, empujada por la necesidad de aislarse. En este momento no podía soportar que nadie la viera cuando esparcieran las cenizas de Alex, y tampoco quería ver a Mqaret, el compañero de Alex. Así que saldría al parque y se sumaría a la multitud, cuyos integrantes seguían inmóviles, mirando a lo alto, afligidos, apoyándose entre sí. Había mucha gente que había confiado en Alex. El León de Mercurio, el centro de la ciudad, alma del sistema. La que te protegía y ayudaba.

Algunos reconocieron a Cisne, pero la dejaron en paz; eso le resultó más conmovedor que cualquier muestra de condolencias, y las lágrimas le humedecieron el rostro, de modo que tuvo que secárselas con los dedos repetidas

veces. Entonces alguien la detuvo.

—¿Eres Cisne Er Hong? ¿Alex era tu abuela?

—Era todo mi mundo. —Cisne le dio la espalda y se alejó. Pensó que encontraría la granja vacía, así que abandonó el parque y vagabundeó entre los árboles. Los altavoces de la ciudad proyectaban una marcha fúnebre. Junto a unos arbustos vio un ciervo que olisqueaba unas hojas caídas.

Aún no había llegado a la granja cuando se abrió la Gran Puerta del muro del Alba de Terminador y el sol penetró el ambiente bajo la cúpula, trazando la habitual pareja de translúcidas y horizontales franjas amarillas. Se concentró en las ondulaciones que había en el interior de las franjas, el talco que arrojaban al abrir las puertas, partículas brillantes que flotaban juntas hasta dispersarse. Luego se alzó un globo desde las terrazas más altas que había bajo el muro, y se alejó flotando en dirección oeste con el cestito colgando debajo. Alex. Cómo era posible. La música adquirió una tonalidad desafiante a través de los altavoces. Cuando el globo alcanzó una de las franjas de luz amarilla, el cesto explotó con un ruido ahogado, y las cenizas de Alex flotaron lejos de la luz y se fundieron con el ambiente de la ciudad, haciéndose invisibles a medida que descendieron, como una lluvia de virga en el desierto. Se alzó un rugido procedente del parque, el estruendo de los aplausos. Brevemente algunos jóvenes corearon «¡Alex, Alex, Alex!». El aplauso duró un par de minutos, y adaptó un ritmo propio cuyo recuerdo sobrevivió algo más en el tiempo. La gente no quería marcharse, de algún modo eso habría supuesto el final, puesto que a partir de ese instante la perderían para siempre. Pero al cabo abandonaron, dispuestos a emprender la fase post-Alex de sus vidas que se les avecinaba.

Tenía que subir y reunirse con el resto de los familiares de Alex. Gruñó sólo de pensarlo, vagabundeando por la granja. Finalmente subió la escalera principal, casi a ciegas, tensa, deteniéndose en una ocasión para decir «No, no, no» unos instantes. Pero hacerlo no tenía sentido. De pronto lo comprendió: cualquier cosa que hiciera no tendría sentido. Se preguntó cuánto duraría esa sensación, porque se le antojó eterna, y experimentó una intensa punzada de temor. ¿Qué tenía que cambiar para que desapareciese?

Al cabo de un rato logró recuperarse y subió hasta la zona habilitada para el funeral privado en el muro del Alba. Tuvo que saludar a todos los más allegados a Alex, y tendría que dar a Mqaret un abrazo fugaz, además de soportar la expresión de su rostro. Pero vio que no estaba en casa, lo cual no era propio de él. Sin embargo,

comprendió el motivo de que se hubiera alejado, lo que supuso un alivio para ella. Cuando pensó que Mqaret había estado mucho más cerca de Alex que ella, cuánto tiempo había pasado con él, y hasta qué punto habían sido compañeros, no pudo ni imaginarse lo que debía de suponer para él. O tal vez sí lo hacía. Así que Mqaret afrontaba otra realidad desde alguna otra realidad, como si le extendiera cierta cortesía. Así que podría abrazarlo, y prometer que lo visitaría más adelante, y después ir a mezclarse entre los demás en la terraza más alta del muro del Alba, para más tarde dirigirse a la barandilla y ver la ciudad desde lo alto, y mirar hacia la burbuja transparente y contemplar el paisaje oscuro que se extendía más allá. Rodaban a través del cuadrante Kuiper, y a la derecha reparó en el cráter Hiroshige. Una vez, hacía tiempo, había llevado a Alex a la falda del Hiroshige para que la ayudara con uno de sus goldsworthies, una ola pétreo que constituía un homenaje a las imágenes más famosas del artista japonés. Equilibrar la roca que coronaría la ola rompiente supuso para ellos un sinfín de esfuerzos infructuosos, y, tal como sucedía a menudo con Alex, Cisne había terminado riendo con tal fuerza que le dolió el estómago. Reparó en la ola de roca, que seguía ahí fuera, visible desde la ciudad. Sin embargo, las rocas que conformaron la cresta habían desaparecido, quizá derribadas por la vibración de la ciudad al pasar, o simplemente debido al impacto de la luz solar. Tal vez se hubieran caído al enterarse de la noticia.

Al cabo de unos días fue a visitar a Mqaret en su laboratorio. Era uno de los mayores expertos en biología sintética de todo el sistema, y el laboratorio estaba repleto de maquinaria, tanques, frascos, pantallas con complejos y coloridos diagramas, la vida en toda su extensa complejidad, compuesta por parejas de esto y parejas de aquello. Allí habían emprendido la vida desde cero; habían construido muchas de las bacterias que transformaban Venus, Titán y Tritón. Que lo transformaban todo.

Pero nada de eso importaba ahora. Mqaret se hallaba en su oficina, sentado en su silla, con la vista clavada en la pared y sin ver nada.

Se levantó y la miró.

—Vaya, Cisne, me alegro de verte. Gracias por venir.

—No se merecen. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien. ¿Y tú?

—Fatal —admitió Cisne, sintiéndose culpable; lo último que quería era

sumar más pesares a la carga que soportaba Mqaret, pero en un momento así no tenía sentido mentir. Él se limitó a asentir, inmerso en sus propios pensamientos. Cisne reparó en que apenas estaba presente. Los cubos del escritorio proyectaban representaciones de proteínas, cuyos falsos colores brillantes se habían enmarañado sin posibilidad de desentrañarlos. Había intentado trabajar.

—Te costará concentrarte —dijo ella.

—Sí, claro.

Después de un silencio, Cisne preguntó:

—¿Sabes qué le pasó?

Él negó con la cabeza rápidamente, como si no tuviera importancia.

—Tenía ciento noventa y un...

—Lo sé, pero aun así...

—Aun así ¿qué? Nos hacemos añicos, Cisne. Tarde o temprano nos hacemos añicos.

—Me preguntaba por qué...

—No. No hay un porqué.

—Entonces, un cómo...

Su interlocutor negó de nuevo con la cabeza.

—Puede deberse a cualquier cosa. En este caso, a un aneurisma en un punto crucial del cerebro. Pero hay tantos modos. Yo diría que es todo lo contrario y que lo realmente asombroso es que estemos vivos.

Cisne se sentó en el borde del escritorio.

—Lo sé. Entonces... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Trabajar.

—Pero si acabas de decir que...

La miró desde el interior de la cueva en la que se encontraba.

—No he dicho que no haya servido de nada. Eso no sería justo. En primer lugar, Alex y yo pasamos setenta años juntos. Y nos conocimos cuando yo tenía ciento treinta. De modo que ahí lo tienes. Además, mi trabajo me interesa, igual que lo haría un rompecabezas. Es un rompecabezas inmenso. Demasiado, de hecho. —Y entonces calló y guardó silencio un rato. Cisne le puso la mano en el hombro. Él hundió el rostro en las manos. Cisne siguió sentada a su lado y mantuvo la boca cerrada. Él se frotó los ojos con fuerza, y le cogió la mano.

—No habrá manera de vencer a la muerte —dijo, al cabo—. Es demasiado grande. Es el curso natural de las cosas. Básicamente, la segunda ley de la Termodinámica. Sólo podemos aspirar a prevenirla. A empujarla a la retirada. Bastaría con eso. No sé por qué no lo hace.

—¡Porque no logra más que empeorar las cosas! —se quejó Cisne—. ¡Cuanto más se vive, peor es!

Negó con la cabeza y volvió a secarse los ojos.

—No creo que eso sea cierto. —Exhaló un largo suspiro—. Siempre es malo. Aunque son quienes siguen vivos quienes lo sienten, y por tanto... —Se encogió de hombros—. Creo que lo que dices es que ahora parece una especie de error. Alguien muere, nos preguntamos por qué. No habría una forma de evitarlo. Y a veces la hay, pero...

—«¡Es una especie de error!» —protestó Cisne—. ¡La realidad ha cometido un error, y tú te has propuesto enmendarlo! —Señaló las pantallas y los cubos—. ¿Me equivoco?

Él reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡Exacto! —exclamó, sorbiendo y limpiándose la cara—. Es una bobada. Me refiero a que es un sinsentido pretender enmendar la realidad.

—Pero es bueno —dijo Cisne—. Sabes que sí. Te dio setenta años con Alex. Y te sirve para matar el tiempo.

—Eso es verdad. —Lanzó de nuevo un hondo suspiro y levantó la vista para mirarla—. Pero... las cosas no serán lo mismo sin ella.

Cisne sintió que la desolación de aquella verdad le inundaba el ser. Alex había sido su amiga, protectora, maestra y abuela política, le había hecho de madre, todo eso además de constituir una fuente inagotable de felicidad. Su ausencia daba pie a una frialdad, la anulación de las emociones, creando tras de sí un erial donde reinaba una profunda tristeza. Movimiento y pensamiento insensibles. Aquí estoy. Esto es la realidad. Nadie escapa a ella. No puedo seguir adelante, pero debo hacerlo; ellos nunca fueron más allá de ese momento.

Por tanto siguieron adelante.

Llamaron a la puerta exterior del laboratorio.

—Adelante —dijo Mqaret con la voz tensa.

Se abrió la puerta y se recortó en la entrada una figura menuda, muy atractiva a la manera que tienen los pequeños de serlo, avejentada, delgada, con una coleta de pelo rubio y una informal chaqueta azul, que llegaba a la cintura de Cisne y Mqaret, y que levantaba la vista hacia ellos como un langur o tití común.

—Hola, Jean —saludó Mqaret—. Cisne, te presento a Jean Genette, de los asteroides, que ha venido aquí para tomar parte en la conferencia. Jean era buena amiga de Alex, investiga ahí fuera para la liga, y por tanto tiene algunas preguntas que hacernos. Le comenté que tal vez te dejarías caer por aquí.

La mujer menuda inclinó la cabeza para saludar a Cisne, llevándose la mano al corazón.

—Mis más sinceras condolencias por tu pérdida. No sólo he venido a dártelas, sino a decirte que somos unos cuantos los que estamos preocupados, puesto que Alex era parte integral de nuestros proyectos más importantes, y su muerte no podido ser más inesperada. Queremos asegurarnos de que dichos proyectos sigan adelante, y, para ser sincera, algunos queremos cerciorarnos de que su muerte se debió a causas naturales.

—Aseguré a Jean que así es —dijo Mqaret a Cisne, al ver la cara que había puesto.

Genette no parecía muy convencida de ello.

—¿Mencionó Alex en alguna ocasión que tuviese enemigos, que hubiera recibido amenazas, que corriese peligro? —preguntó a Cisne la mujer menuda.

—No —respondió ésta, esforzándose por recordar—. No era esa clase de persona. Me refiero a que siempre fue muy positiva, de las que confían que todo acaba por resolverse.

—Lo sé. Totalmente de acuerdo con eso. Pero insisto, tal vez precisamente por ese motivo recuerdes si mencionó alguna vez algo que se apartase de su optimismo habitual.

—No. Ahora mismo no recuerdo nada por el estilo.

—¿Hizo testamento u os legó alguna cosa? ¿Dejó un mensaje? ¿Algo que leer en caso de que falleciera?

—No.

—Teníamos un seguro, pero no podría ser más convencional —explicó Mqaret, negando con la cabeza.

—¿Te importaría si doy un vistazo en su despacho?

Alex tenía su estudio en un cuarto situado en un extremo del laboratorio de Mqaret, quien asintió y condujo a la pequeña inspectora por el pasillo hasta llegar a la puerta. Cisne los siguió, sorprendida de que Genette estuviera al corriente de la existencia del despacho de Alex, sorprendida de que Mqaret se mostrase tan rápido a la hora de mostrarlo, sorprendida y molesta por aquella mención a la existencia de posibles enemigos, de las «causas naturales» y lo contrario de lo que implicaban. ¿El fallecimiento de Alex, investigado por una especie de agente de policía? Era incapaz de comprender a qué venía todo aquello.

Mientras permanecía sentada en el vestíbulo, intentando hacerse a la idea, Genette efectuó un registro concienzudo del despacho de Alex, abriendo cajones, descargando archivos, barriendo con una vara gruesa todas las superficies y objetos. Mqaret observó impasible el proceso.

Finalmente, la menuda inspectora terminó y se plantó ante Cisne, a quien dedicó una mirada cargada de curiosidad.

Como Cisne estaba sentada en el suelo, ambas se miraron a los ojos. La inspectora parecía a punto de formular una nueva pregunta, pero se la guardó. Finalmente, dijo:



—Si recuerdas cualquier cosa que creas que pueda serme de ayuda, te agradecería mucho que me la comunicaras.

—Por supuesto —dijo Cisne, algo incómoda.

Seguidamente la inspectora dio las gracias a ambos y se despidió.

—¿A qué venía todo esto? —preguntó Cisne a Mqaret.

—Ni idea —respondió.

Cisne reparó en que él también estaba molesto.

—Sé que Alex estaba metida en asuntos de índole diversa. Ha sido una de las cabecillas del Acuerdo Mondragon desde los inicios, y cuentan con muchos enemigos ahí fuera. Sé que la preocupaban algunos problemas del sistema, pero no me dio detalles. —Señaló el laboratorio con un gesto—. Sabía que no me interesarían tanto. —Torció el gesto, desaprobador—. Que tenía mis propios quebraderos de cabeza. No solíamos hablar de nuestros respectivos trabajos.

—Pero... —Empezó diciendo Cisne, que no sabía cómo continuar—. Pero... ¿Enemigos? ¿Alex?

Mqaret suspiró.

—No sé. En algunos de estos asuntos las apuestas eran muy altas. Ya sabes que existen fuerzas que se oponen al Mondragon.

—Aun así...

—Lo sé. —Y añadió tras hacer una pausa—: ¿Te ha dejado algo?

—¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? Me refiero a que no tenía planeado morirse.

—Poca gente lo hace. Pero si estaba preocupada por la seguridad, por la integridad de cierta información, entendería que pudiera considerarte una especie de refugio.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cabe la posibilidad de que introdujera algo en tu cubo sin decírtelo?

—No. Pauline es un sistema cerrado. —Cisne se tanteó la parte posterior de la oreja derecha—. Últimamente la llevo apagada. Además Alex no haría algo parecido. No hablaría con Pauline sin pedirme antes permiso, estoy segura de eso.

Mqaret exhaló un nuevo suspiro.

—Pues no sé. A mí tampoco me dejó nada, al menos que yo sepa. Quiero decir que sería muy propio de Alex confiarnos algo sin decírnoslo. Pero de momento no ha salido nada a la superficie. Yo qué sé.

—¿La autopsia reveló algo inusual? —preguntó Cisne.

—¡No! —exclamó Mqaret, que meditó sus siguientes palabras—. Sufrió un aneurisma cerebral, probablemente congénito, que causó una hemorragia intraparenquimal. No es algo tan raro.

—Si alguien hubiera hecho algo para... causar una hemorragia, ¿serías capaz de apreciarlo? —preguntó Cisne.

Mqaret se quedó mirándola con el entrecejo arrugado.

Entonces oyeron que alguien llamaba de nuevo a la puerta del laboratorio. Cruzaron la mirada, compartiendo la emoción. Mqaret se encogió de hombros; no esperaba a nadie.

—¡Adelante!

Al abrirse la puerta asomó algo que podía definirse como todo lo contrario de la inspectora Genette: un hombretón. Prognato, de hermosas, abundantes y redondas nalgas, de ojos saltones: rana, sapo, tritón; incluso las mismas palabras que lo definían se antojaban feas. Cisne pensó un instante en el hecho de que la onomatopeya podía ser más común de lo que reconocía la gente, pues sus lenguas reverberaban en el mundo como el canto de las aves. Cisne tenía un pellizco de alondra en su cerebro. Sapo. Una vez vio un sapo en una amazonia, sentado a orillas de un estanque, con la húmeda piel verrugosa pintada de oro y bronce. Le había gustado el aspecto que tenía.

—Ah, Wahram —saludó Mqaret—. Bienvenido a nuestro laboratorio. Cisne, te presento a Fitz Wahram, de Titán. Era uno de los socios de Alex más queridos, y no exagero si digo que una de sus personas favoritas.

Cisne, algo sorprendida de que hubiese alguien tan afín a Alex sin que ella hubiera oído hablar de él, miró ceñudo al hombre.

Wahram inclinó la cabeza para dar pie a un saludo distraído, distante. Acto seguido se llevó la mano al corazón.

—Lo siento mucho —dijo. Fue el canto propio de una rana—. Alex significaba mucho para mí, y no sólo para mí, sino para muchos de nosotros. La quería, y fue una figura crucial en la labor que llevamos juntos a cabo. Cuando pienso en la tristeza que siento, soy incapaz de ponerme en tu lugar.

—Gracias —dijo Mqaret. Qué peculiares las palabras que se dice la gente en este tipo de situaciones. Cisne no podía pronunciar ninguna de ellas.

Se trataba de alguien que había sido del agrado de Alex. Cisne se tanteó la piel de la parte posterior de la oreja derecha, activando el cubo, que había apagado como castigo. Pauline la pondría al corriente de todo susurrándole al oído con voz suave. Últimamente, Cisne se había enfadado a menudo con Pauline, pero de pronto quería información.

—¿Qué pasará con la conferencia? —preguntó Mqaret.

—Hemos llegado al acuerdo unánime de posponerla y celebrarla de nuevo en una fecha futura. Ahora nadie está de humor para eso. Nos despediremos y reuniremos más adelante, probablemente en Vesta.

Ah, claro. Sin Alex, Mercurio ya no sería un lugar de reunión. Mqaret asintió al escucharlo, nada sorprendido.

—Así que vuelves a Saturno.

—Sí, pero antes de que me vaya, tengo curiosidad por saber si Alex me ha dejado algo. Información, datos, algún tipo de mensaje.

Mqaret y Cisne cruzaron la mirada.

—No —dijeron ambos a una. Mqaret hizo un gesto para restar importancia al hecho, y procedió a explicarse—. Verás, es que la inspectora Genette acaba de preguntarnos lo mismo.

—Ah. —El hombre sapo les observó con los ojos muy abiertos.

En ese momento entró en la sala uno de los colaboradores de Mqaret, a quien pidió ayuda. Mqaret se disculpó, y Cisne se vio a solas con la visita y sus preguntas.

El hombre sapo era enorme: ancho de hombros, pecho hinchado, un vientre considerable. Paticorto. La gente es rara. Sacudió la cabeza y dijo con voz grave, ronca, una voz hermosa, tuvo que admitir Cisne, parecida al croar de las ranas, cierto, pero relajada, profunda, musical, similar a un bajo o un saxo tenor:

—Siento mucho tener que molestaros en un momento así. Querría que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Soy un gran admirador de tus instalaciones paisajísticas. Cuando supe que eras pariente de Alex, le pregunté si sería posible conocerte. Quería decirte cuánto admiro tu pieza del cráter Rilke. Es realmente hermosa.

A Cisne le sorprendió aquello. En Rilke había levantado un círculo de piedras-T Göbekli, que parecía muy contemporáneo a pesar de inspirarse en algo que tenía diez mil años de antigüedad.

—Gracias —dijo. Por lo visto conversaba con un sapo muy instruido—. Dime una cosa, ¿por qué creías que Alex pudo dejarte un mensaje?

—Colaborábamos en un par de cosas —respondió, escurridizo, apartando la mirada.

Cisne comprendió que no quería hablarle de ello, a pesar de lo cual había ido allí a preguntar.

—Siempre hablaba muy bien en términos elogiosos. Saltaba a la vista que ambas estabais muy unidas. Bueno, no era amiga de confiar las cosas a la nube o guardarlas en cualquier formato digital, o sea, de llevar un registro de nuestras actividades en ningún soporte. Prefería el boca oreja.

—Lo sé —dijo Cisne, sintiendo una punzada en el pecho. Podía oír a Alex diciéndolo: «¡Tenemos que hablar cara a cara! ¡Para algo tenemos una!». Los intensos ojos azules. La risa. Todo había desaparecido.

El hombretón reparó en el cambio que había experimentado y le tendió una mano.

—Lo siento —dijo de nuevo.

—Lo sé. —Tras un instante de silencio, Cisne añadió—: Gracias.

Se sentó en una de las sillas de Mqaret e intentó pensar en otra cosa.

Al cabo de un rato, el hombretón dijo con su suave voz ronca:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Cisne se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Supongo que volveré a la superficie. Es el lugar donde suelo... recomponerme.

—¿Me lo mostrarías?

—¿Qué?

—Te agradecería mucho que me sacaras. Quizá podrías mostrarme una de tus instalaciones. O, si no te importa, sé que la ciudad se acerca al cráter Tintoretto. Mi lanzadera no parte hasta dentro de unos días, y me encantaría ver el museo que hay allí. Tengo algunas dudas que no pueden responderse en la Tierra.

—¿Dudas sobre Tintoretto?

—Sí.

—Pues... —titubeó Cisne, sin saber qué decir.

—Sería una manera como otra cualquiera de matar el tiempo —sugirió él.

—Sí. —El comentario le pareció tan presuntuoso que se sintió molesta, aunque por otro lado había estado buscando algo que pudiera distraerla, algo que hacer después, y hasta el momento no se le había ocurrido nada—. Supongo que sí.

—Gracias, muchas gracias.

## *Listas (1)*

Ibsen e Imhotep; Mahler, Matisse; Murasaki, Milton, Mark Twain;

Homero y Holbein, tocando los bordes;

Ovidio protagoniza el borde de un Pushkin mucho más vasto;

Goya se solapa con Sófocles.

Van Gogh toca a Cervantes, le sigue Dickens. Stravinsky y Vyasa. Lísipo. Equiano, un escritor negro del África Occidental, no situado cerca del ecuador.

Chopin y Wagner, uno junto al otro, iguales en tamaño.

Chéjov y Miguel Ángel, ambos cráteres dobles.

Shakespeare y Beethoven, cuencas gigantes.

Al-Jahiz, Al-Akhtal. Aristógenes, Ashvaghosha. Kurosawa, Lu Hsün, Ma Chih-yüan. Proust y Purcell. Thoreau y Li Po, Rummi y Shelley, Snorri y Pigalle. Valmiki, Whitman. Brueghel e Ives. Hawthorne y Melville.

Se dice que el comité de nomenclatura astronómica de la Unión Astronómica Internacional se emborrachó de lo lindo una noche en una de sus convenciones anuales, sacó un mosaico de las primeras fotografías tomadas de Mercurio, que había recibido recientemente, y la utilizó como diana, sugiriéndose nombres de pintores, escultores, compositores y escritores famosos, bautizando los dardos antes de arrojarlos sobre el mapa.

Hay una escarpadura llamada Paso Pourquoi.

## CISNE Y WAHRAM

No costaba identificar al titán, visible junto a la escotilla sur de la ciudad a la hora acordada. Tenía forma esférica, tal vez cúbica. Era tan alto como Cisne, y Cisne era bastante alta. Pelo negro, con rizos pequeños como pelo de oveja, muy corto en torno a su cabeza redonda.

Cisne se le acercó.

—Nos vamos —dijo sin más.

—Gracias otra vez por esta oportunidad.

Terminador empezó a pasar de largo por la plataforma donde se encontraba la estación de tranvía de Tintoretto. Franquearon la escotilla para acceder directamente al andén, donde se aguardaba una docena de personas.

Al partir, el tranvía se desplazó a mayor rapidez que Terminador, deslizándose en dirección a poniente sobre una vía normal y corriente; pronto alcanzaron los doscientos kilómetros por hora.

Cisne identificó una colina baja y alargada en el horizonte como el cráter de Hesíodo. Wahram consultó el panel de la muñeca.

—Nos movemos entre Hesíodo y Sibelius —anunció con una sonrisa imperceptible. Los ojos saltones tenían el iris pardo, manchado de franjas radiales color negro y calabaza. El panel de la muñeca implicaba que probablemente no llevaba un cubo metido en la cabeza, y que si lo hacía, no se trataría de una zorra empeñada en amargarle la jornada. Pauline le murmuraba cosas al oído, y cuando Wahram se levantó para mirar al otro lado del andén, Cisne murmuró:

—No me incordies, Pauline. No me interrumpas, no me distraigas.

—La exergasia es una de las figuras retóricas más débiles —opinó Pauline.

—¡Cállate!

Al cabo de otra hora habían sacado una ventaja considerable a Terminador, y el tranvía ascendía hasta la pared exterior del cráter Tintoretto, donde las vías llevaban a un túnel en la pared desigual formada por antiguos restos. Cuando salieron del tranvía, se anunció que faltaban dos horas para que emprendiera el regreso a la ciudad. Atravesaron el vestíbulo del museo y salieron a una sala alargada con forma de arco. La curva interna de la estancia estaba cubierta por un único ventanal que proporcionaba una vista excelente del interior del cráter. Era un cráter pequeño, pero con una pared pronunciada, un hermoso espacio circular bajo las estrellas.

Pero su saturnino no parecía interesado por Mercurio. Anduvo vuelto a la pared externa de la sala, desplazándose lentamente de cuatro en cuatro. Uno tras otro, fue plantándose delante de todos ellos, contemplándolos impassible.

El tamaño de los lienzos iba de la miniatura al mural gigantesco. La paleta del Renacimiento italiano creaba barrocas escenas inspiradas en episodios bíblicos: la última cena, la crucifixión, el paraíso y etc. Había algunos elementos característicos de la mitología clásica, incluido un retrato del propio Mercurio, con espléndido calzado de oro, incluidos los agujeros por los que asomaban las alas del dios. Había también muchos retratos de individuos venecianos del siglo XVI, vívidos hasta el punto de que parecían a punto de ponerse a hablar. La mayoría de las pinturas eran las originales, trasladadas a ese lugar como medida de seguridad; el resto estaba compuesto de copias tan perfectas que hubiera sido necesario un examen químico para distinguirlas de los originales. Tal como sucedía en muchos de los museos dedicados a un solo artista que había en Mercurio, el objetivo consistía en reunir toda la obra original y dejar únicamente las copias en la Tierra, con tal de combatir la constante agresión de un ambiente más volátil: oxidación, corrosión, fuego, robo, vandalismo, humedad, ácido, luz solar... Ahí, en cambio, todo estaba controlado, era benigno, seguro. O eso decían los encargados de los museos de Mercurio, porque los terráqueos no estaban tan seguros de ello.

El hombre sapo era muy lento. Se quedó un buen rato de pie delante de los cuadros, a veces con la nariz a un centímetro del lienzo. El *Paraíso* de Tintoretto medía veinte metros de ancho por diez de alto. La explicación decía que se trataba de la mayor pintura realizada en lienzo, y que estaba atestada de figuras. Wahram se alejó hasta la pared interna para pasarse mirándolo un buen rato a sus anchas, luego se acercó como solía casi hasta pegar la nariz.

—Qué interesante que pintase de negro las alas de los ángeles —murmuró, quebrando finalmente el silencio—. Tiene buen aspecto. Y mira esto, ¿ves cómo el



contorno blanco de las alas negras de este ángel forma letras? *C H E R*, ¿lo ves? El resto de la palabra queda oculto en un pliegue. Eso quería comprobar. Me pregunto qué significará.

—¿Un código?

No respondió. Cisne se preguntó si solía reaccionar así en presencia del arte. Anadeó hacia la siguiente pintura. Era probable que estuviese canturreando. No le interesaba la opinión de Cisne, a pesar de tratarse de la opinión de una artista. Ella anduvo a su aire, atenta a los retratos. Las representaciones concurridas eran demasiado para ella, como películas épicas embutidas en un solo marco. Por otro lado, los sujetos de los retratos la miraban con expresiones que reconoció de inmediato. «Siempre soy yo, siempre soy nuevo, siempre soy yo», tal era lo que habían transmitido desde hacía ocho siglos. Hombres y mujeres. Una mujer había desnudado el pezón izquierdo, justo bajo la curva del cuello; creía recordar que en la mayoría de los periodos artísticos se trataba de un gesto transgresor. Casi todas las mujeres tenían poco pecho y eran anchas de cintura. Bien alimentadas, sin músculos; no daban el pecho a sus propios bebés, no trabajaban. Su cuerpo era propio de un miembro de la nobleza. El principio de la evolución biológica de la especie, la especiación. La Leda de Tintoretto parece mostrarse indulgente con el cisne que la viola, de hecho da la impresión de protegerlo ante la irrupción de un intruso. Cisne había sido en una o dos ocasiones el cisne de una Leda, no violentamente, por supuesto, al menos no por medio de una violencia física, y recordó que a algunas de las Ledas les había gustado. A otras, no.

Regresó junto a Wahram, que inspeccionaba de nuevo el Paraíso, esa vez situado tan lejos del lienzo como pudo, motivo por el cual lo miraba desde un lateral. A Cisne no dejaba de parecerle confuso, «está atestado», había dicho. Las figuras forman una pauta demasiado simétrica, y Dios y Jesucristo parecen el dux. Todo el cuadro recuerda una sesión del senado veneciano. Tal vez ése era el concepto que tenía Tintoretto del paraíso.

—Hmm.

—No estás de acuerdo. Te gusta.

—No estoy muy seguro —admitió él, apartándose unos metros de ella.

No quería hablar de ello. Cisne fue a contemplar más venecianos. Para ella, el arte era algo que hacer, sobre todo y ante todo, y después algo de lo que hablar.

Inefables respuestas estéticas, en íntima comunión con una obra, aquellas obras le parecían demasiado preciosistas. Uno de los retratados sonreía, otro intentaba contener una leve sonrisa irónica; no era para menos, porque Cisne había ido allí acompañada por un sapo. Mqaret le había dicho que Alex veneraba a ese hombre, pero dudaba que eso fuese cierto. ¿Quién era? ¿Qué era?

Una locución grave les informó de que había llegado la hora de tomar el tranvía de vuelta a Terminador, que pronto alcanzaría su longitud, igual que el sol.

—¡Oh, no! —protestó Wahram tras el anuncio—. ¡Pero si acabamos de empezar!

—Aquí hay cerca de trescientos cuadros expuestos —le recordó Cisne—. No basta con una visita. Hay que volver.

—Eso espero —dijo él—. Son magníficos. Entiendo por qué lo llamaban Il Furioso. Debía de trabajar a diario.

—Creo que así era. Tenía un lugar en Venecia del que salía rara vez. Una tienda cerrada al público. Sus hijos le hacían de ayudantes. —Cisne lo había leído en una de las etiquetas.

—Interesante. —El sapo lanzó un suspiro y la siguió en dirección al tranvía.

En el trayecto de regreso a la ciudad pasaron junto a un grupo de caminantes solares. Su invitado despertó del ensimismamiento para mirarlos con atención.

—De modo que no pueden dejar de moverse —dijo—. ¿Cómo se las apañan para descansar, comer y dormir?

—Comemos de pie, y dormimos en carros de los que tiran los compañeros —respondió Cisne—. Nos turnamos, y así podemos seguir adelante.

Se volvió hacia ella.

—Sentís un constante acicate que os empuja a la acción. Entiendo el atractivo que posee.

A Cisne casi se le escapó la risa.

—¿Tú necesitas ese acicate constante?

—Creo que todo el mundo lo hace. ¿Tú no?

—No. En absoluto.

—Pero te unes a esas salvajes —dijo él.

—Sólo para poder hacerlo. Para contemplar la tierra y el sol. Compruebo cómo se encuentran las cosas que hice, o llevo a cabo algunas labores de minería. No necesito buscar motivos para mantenerme ocupada.

Cerró la boca cuando comprendió la naturaleza de ese comentario.

—Tienes suerte —dijo—. La mayoría de la gente sí lo hace.

—¿Tú crees?

—Sí. —Señaló con un gesto a los caminantes solares, a quienes dejaban rápidamente atrás—. ¿Qué pasa si topáis con un obstáculo que os impida seguir caminando a poniente?

—Hay que evitarlos. En algunos puntos han construido pequeñas rampas para superar riscos, o senderos por los que atravesar rápidamente un trecho caótico del terreno. Existen rutas establecidas. Los hay que se limitan a recorrer un limitado abanico de ellas. Los hay que las recorren todas. Otros prueban a abrir nuevas rutas. Es bastante habitual efectuar una circunnavegación completa.

—¿Tú lo has hecho?

—Sí, pero es demasiado larga para mí. Suelo estar fuera una o dos semanas.

—Comprendo.

Era obvio que no lo entendía.

—Estamos hechos para ello, ¿sabes? —añadió, de pronto, ella—. Nuestros cuerpos son nómadas. Los humanos y las hienas son los únicos depredadores que persiguen a sus presas hasta agotarlas.

—Me gusta caminar —comentó él.

—¿Y tú? ¿A qué dedicas el tiempo libre?

—Pienso —respondió él.

—¿Y te basta con eso?

Él volvió la mirada hacia ella.

—Hay mucho en lo que pensar.

—Pero ¿qué es lo que haces?

—Leer, supongo. Viajar. Escuchar música. Disfrutar de las artes visuales. —Meditó más respuestas—. Trabajo en el proyecto de Titán, que en mi opinión es muy interesante.

—Y también en la liga saturnina, eso me ha dicho Mqaret. Diplomacia del sistema.

—Sí, bueno, apareció mi nombre en la lotería y tuve que servir un tiempo, pero eso ahora está casi zanjado, y después tengo planeado regresar a Titán y volver a mi waldo.

—Y... ¿En qué trabajabais Alex y tú?

Sus ojos saltones adoptaron una expresión alarmada.

—Bueno, ella no hubiera querido que hablase de ello, pero me habló de ti a menudo, y ahora que ha fallecido me preguntaba si te habría dejado un mensaje. O si dispuso las cosas para que en cierto modo pudieras sustituirla en su ausencia.

—¿Qué quieres decir?

—Diseñaste muchos de los terrarios de este lugar, y ahora forman el grueso del Acuerdo Mondragon. Saben que eras persona de confianza de Alex, y quizá prestaran atención a tus palabras. Así que... posiblemente puedas acompañarme y conocer a cierta gente.

—¿Adónde? ¿A Saturno?

—A Júpiter, de hecho.

—No quiero hacerlo. Aquí tengo mi vida, mi trabajo. De joven viajé bastante

por todo el sistema.

Él esbozó una sonrisa desdichada.

—Y... ¿estás segura de que Alex no te dejó nada? ¿Algo para mí, por si le pasaba algo?

—¡Sí, estoy segura! ¡No hay nada! No hubiera sido propio de ella.

Él hizo un gesto de negación con la cabeza. Se sentaron en silencio mientras el tranvía se deslizaba por la oscura superficie de Mercurio. Hacia el norte, algunas de las cimas más elevadas centelleaban blancas con el reflejo del sol naciente. Entonces, la cima de la cúpula de Terminador asomó por el horizonte, como la cáscara de un huevo transparente. Cuando se impuso sobre el horizonte, la ciudad adoptó el aspecto de un globo níveo, o de una nave dentro de una botella: un buque marino que surca las aguas de un mar negro, atrapado en una burbuja de luz verde.

—A Tintoretto le habría gustado tu ciudad —opinó Wahram—. Parece una especie de Venecia.

—No, en absoluto —replicó Cisne, molesta, esforzándose por pensar con claridad.

## ***TERMINADOR***

Terminador gira en torno a Mercurio como los caminantes solares, moviéndose a la velocidad de rotación del planeta, planeando sobre veinte gigantescos raíles elevados, que juntos empujan y guían hacia poniente una ciudad bastante mayor que Venecia. Los veinte raíles discurren alrededor de Mercurio como el prieto anillo de boda de una novia, sin apartarse mucho de los cuarenta y cinco grados de latitud sur, pero trazando amplios desvíos al sur y al norte para evitar los trechos del terreno que son especialmente accidentados. La ciudad se desplaza a un promedio de cinco kilómetros por hora. La parte inferior de la ciudad encaja en la vía con un juego tan concreto que las vías de acero austenítico inoxidable la empujan constantemente al oeste, a las vías más estrechas que permanecen en la sombra. La poca resistencia que se genera en este movimiento da pie a buena parte de la electricidad de que disfruta la urbe.

Desde lo alto del muro del Alba, que es una altura plateada que forma el extremo oriental de la ciudad, puede apreciarse cómo se extiende hacia el oeste toda ella, verde bajo la cúpula translúcida. La ciudad ilumina el sombrío paisaje que se extiende a su alrededor con su luz pasajera; se aprecia la iluminación, excepto en esos momentos en que los altos riscos a poniente de la urbe devuelven el reflejo de la luz horizontal. Incluso esos meros alfilerazos del alba igualan con creces las luces artificiales encendidas en el interior de la cúpula. Durante estos parpadeos del accidentado terreno no hay nada que posea sombra; el espacio se vuelve extraño. Luego se superan los espejos, la luz cede. Estos cambios de iluminación constituyen una parte significativa de la sensación de movimiento que se experimenta en Terminador, porque el desplazamiento sobre los raíles es muy suave. Los cambios de luz, las leves oscilaciones en la inclinación, hacen que se tenga la impresión de que se está en un barco que navega por un océano negro cuyo oleaje es tan imponente que al pie de la ola el barco se adentra en la noche, para asomar al día cuando corona la cresta.

La ciudad se desliza para completar una revolución cada 177 días. Vuelta tras vuelta no hay cambios a excepción de la tierra en sí; y la tierra sólo cambia porque entre los caminantes solares se cuentan artistas paisajistas que han salido

dispuestos a pulir la superficie de espejo de los riscos, a grabar petroglifos, a erigir dólmenes, monumentos de piedra, monumentos con forma humana, a colocar bloques y cables metálicos que se fundirán a la luz del día. Así caminan y se desplazan continuamente los ciudadanos de Terminador por su mundo, recomponiéndolo día a día en algo más expresivo que sus pensamientos. Aunque todas las ciudades, y todos sus ciudadanos, se comportan de igual modo.

## CISNE Y ALEX

Al día siguiente, Cisne volvió al laboratorio de Mqaret. De nuevo lo encontró con la mirada perdida clavada en un punto indefinido. De pronto, Cisne comprendió que era un alivio tener algo por lo que enfadarse.

Mqaret se levantó al verla.

—¿Qué tal tu viaje con Wahram?

—Es lento, brusco y autista. Un plomo.

Mqaret esbozó la promesa de una sonrisa.

—Pues escuchándote, cualquiera diría que lo encontraste interesante.

—Por favor.

—Bueno, te aseguro que Alex sí lo hacía. Hablaba de él a menudo. Algunas veces me dio a entender sin ambages que estaban metidos en asuntos que ella consideraba muy importantes.

Esto hizo reflexionar a Cisne, tal como Mqaret pretendía.

—Abuelo, ¿puedo echar otro vistazo en su despacho?

—Claro.

Cisne recorrió el pasillo hasta la puerta que daba al despacho de Alex, entró y la cerró. Se dirigió a la única ventana que había y contempló la ciudad, las tejas y los patios verdes que se divisaban desde ese punto.

Anduvo por el despacho, mirándolo todo. Mqaret no había tocado nada. Se preguntó si llegaría a hacerlo, y si lo hacía, cuándo lo haría. Todas las cosas de Alex estaban tan desordenadas como de costumbre. Su ausencia era una especie de presencia; de nuevo sintió una punzada en el pecho y tuvo que sentarse.



Al cabo de un rato, se levantó e inició un examen más metódico. Si Alex le había dejado algo, ¿dónde lo habría dejado? Cisne no tenía ni idea. Alex siempre se esforzó por mantener todo lo relacionado con el trabajo al margen de las conexiones, fuera de la nube, no registrado, experimentado únicamente en la inmediatez del momento presente. Pero si realmente había sido fiel a ese método, tenía que haber ideado una manera. Conociéndola, podría tratarse de una carta, una nota de papel, por ejemplo, abandonada allí mismo, en la superficie del escritorio.

Así que Cisne rebuscó en las montañas de papeleo que había en el escritorio, sin dejar de pensar en ello. Si tenía información que quería legar de algún modo a Cisne, sin que Cisne supiera exactamente de qué se trataba... Si había muchos datos... posiblemente se trataba de algo que iba más allá de una simple nota. Posiblemente querría que sólo Cisne diera con ella.

Empezó a dar vueltas por la estancia, hablando sola, mirándolo todo con mayor atención. La Inteligencia Artificial sabría que el despacho estaba ocupado únicamente por una sola persona y, por la voz y la retina, sería capaz de reconocer su identidad.

Había un cuarto de baño diminuto contiguo al despacho, con una pila y un espejo. Entró en él.

—Aquí estoy, Alex —dijo Cisne, entristecida—. Aquí estoy si me necesitas.

Miró el espejo de pared, luego el pequeño espejo con forma de óvalo situado de pie en el estante que había junto a la pila. Los ojos de Cisne, tristes, inyectados en sangre.

Se abrió el joyero que estaba junto al espejo con forma de óvalo. Cisne refuló asustada. Pasado el susto, recuperó la presencia de ánimo. Miró el joyero. Asomaba una bandeja; tiró de ella hacia sí. Debajo había tres sobrecitos de color blanco. Todos tenían escrito en un lateral «En caso de mi muerte»; en el extremo opuesto había escrito «Para Mqaret», «Para Cisne» y «Para Wang, de Ío» respectivamente.

Con mano temblorosa, Cisne tomó el sobre dirigido a ella y lo abrió. Dos pequeñas pastillas de datos se deslizaron por el papel blanco. Una de ellas murmuraba: «Cisne, Cisne, Cisne». Cisne se la llevó al oído y apretó los dientes con fuerza mientras rompía a llorar.

«Querida Cisne, siento que tengas que escuchar eso», dijo la voz de Alex. Era como oír la voz de un fantasma. Cisne se cogió de manos a la altura del pecho.

La vocecilla continuó:

«Lo siento mucho, entre otras cosas, porque si lo haces es porque he muerto. La IA de mi despacho ha oído la noticia de mi muerte y sabe que debe abrir esta caja si entras aquí sola. No se me ocurrió mejor plan. Siento tener que importunarte de este modo, pero es importante. Considéralo un seguro, porque tengo varios asuntos en marcha que mi muerte no puede frenar, y no quiero poner al corriente a nadie más aquí. Además, a nuestra edad puedes morirte en cualquier momento, así que prefiero curarme en salud, por si así decirlo. Si me estás escuchando, necesito tu ayuda. Por favor, lleva a Íoel sobre para Wang, y entrégaselo en persona. Wang y yo y unos pocos más trabajamos juntos en un par de proyectos muy importantes, y hemos estado intentando mantenerlo todo fuera de la nube, lo que resulta muy complicado cuando se vive tan lejos. Me ayudarías mucho si se lo llevaras. Pero, por favor, no lo comentes con nadie. Además, si dejaras que Pauline leyera el otro chip que encontrarás en el sobre, y luego lo destruyeras, serviría como copia de seguridad. Ambas patillas son de lectura única. Odio tener que hacer esto, por insignificante que parezca. Pero sé que no sueles unir a Pauline con otros cubos, y si siguieras haciéndolo sería mejor para nuestro plan. Wang te dará más detalles, al igual que Wahram, de Titán. Adiós, Cisne mío. Te quiero.»

Eso era todo. Cisne intentó reproducirlo de nuevo, pero el contenido se había borrado.

Introdujo la otra pastilla en la membrana de Pauline, en el pliegue de piel situado en la base del cuello. Cuando Pauline dijo «Hecho», guardó las dos pastillas vacías y los otros dos sobres en el bolsillo y fue a ver a Mqaret.

Lo encontró en su despacho, atento a la imagen tridimensional de algo que parecía ser una proteína.

—Mira lo que he encontrado —dijo Cisne, que explicó lo sucedido.

—Esa caja estaba cerrada —comentó Mqaret—. Sabía que era su joyero, y supuse que tarde o temprano encontraría la llave.

Se quedó mirando el sobre, sin prisas aparentes por abrirlo; era posible que incluso temiese hacerlo. Cisne, discreta, salió del despacho.

—Pauline —dijo tras salir—, ¿tienes el contenido de la pastilla?

—Sí.

—¿Qué información incluye?

—Tengo instrucciones de transmitirla al cubo de Wang, en Ío.

—Dime sólo de qué se trata, aunque sea a grandes rasgos.

Pauline no respondió, y al cabo de un rato Cisne la maldijo y la apagó.

Ambas pastillas habían quedado inertes; el fantasma de Alex se había ido. Cisne no lo lamentaba. La emoción de escuchar la voz de Alex hablándole aún la hacía temblar.

Volvió a entrar en el despacho de Mqaret. Estaba lívido, con los labios prietos. Levantó la vista hacia ella y preguntó:

—¿Te ha dado algo para que lo lleves a Ío?

—Sí. ¿Sabes de qué se trata?

—No, pero sé que Alex trabajaba con un grupo de personas muy afines. Wahram formaba parte de ese grupo, y también Wang.

—¿Y a qué se dedicaban?

Mqaret se encogió de hombros.

—No compartía conmigo esas cosas. Pero sí me parecía que era muy importante para ella. Algo relacionado con la Tierra, creo.

Cisne lo meditó unos instantes.

—Si se trataba de algo importante, y conservaba los datos sin conexión, debió de suponer que su muerte podía causar problemas. Por ese motivo nos ha dejado estas grabaciones.

—Era como un fantasma —dijo Mqaret, tembloroso—. Me ha hablando.

—Sí —admitió Cisne, incapaz de añadir más—. En fin, supongo que voy a tener que llevar a Ío el tercer sobre que me ha dejado, tal como quería que hiciera.

—Bien —dijo Mqaret.

—Ahora que lo pienso, Wahram ya me ha pedido que lo acompañe. Y no dejó de preguntarme si Alex nos había dejado algo.

Mqaret asintió.

—Él formaba parte de ello.

—Sí. Y también esa inspectora. Así que supongo que iré. Pero no creo que quiera ponerle al corriente de estos mensajes. Alex no mencionó nada al respecto.

—Puede que el hecho de que decidas hacer ese viaje le dé una pista.

—Pues que le dé una pista.

Mqaret la miró con una mirada de complicidad.

—Vas a tener que desempeñarte como mejor puedas. Puede incluso que tengas que implicarte y hacer algunas de las cosas que hubiese hecho Alex.

—¿Cómo voy a hacerlo? Nadie podría.

—No lo sabes. Pauline te ayudará, y tal vez también lo haga ese titán tuyo. Y si tienes que actuar en lugar de Alex... Eso a ella le habría gustado.

—Puede que sí. —Cisne no estaba tan segura.

—Alex tenía un plan. Siempre tenía un plan.

Cisne exhaló un suspiro, profundamente dolida de nuevo por la ausencia de Alex. Aquellos espectrales mensajes ni siquiera llegaban a poder considerarse un sustituto adecuado de ella.

—De acuerdo. Iré a visitar al tal Wang.

—Muy bien. Y prepárate para actuar.

Cisne averiguó dónde se alojaban los diplomáticos procedentes de otros mundos que permanecían aún en la ciudad, y se dirigió al lugar donde se encontraba la delegación de Saturno. Nada más entrar en el patio, se topó con Wahram, que charlaba cabizbajo con la menuda inspectora de policía, Jean Genette. Le sorprendió verlos juntos, y había algo en su lenguaje corporal que le dio a

entender que se conocían bien. Cualquiera los habría considerado compañeros de conspiración.

Cisne se les acercó con las mejillas encarnadas.

—¿Y esto? —preguntó con tono de exigencia—. No sabía que os conocierais.

Al principio, ninguno de ellos respondió. Al cabo, la inspectora hizo un gesto con la mano.

—Fitz Wahram y yo colaboramos a menudo en varios asuntos relativos al sistema. Estábamos decidiendo si visitar a un conocido que tenemos en común.

—¿Wang? —preguntó Cisne—. ¿Wang, de Ío?

—Vaya... Pues sí —respondió la inspectora, mirándola con curiosidad—. Wang es un socio nuestro, y también lo fue de Alex. Trabajábamos juntos.

—Tal como te mencioné cuando volvíamos de Tintoretto —dijo Wahram con su grave croar.

—Sí, claro —dijo Cisne con cierta brusquedad—. Me pediste que te acompañara en el viaje sin explicarme en realidad por qué.

—Bueno... —El ancho rostro del hombre sapo adoptó una mueca incómoda—. Es verdad, pero es que, verás, hay motivos para mostrarse discreto... —Bajó la mirada hacia Genette, en busca de apoyo.

—Iré —dijo Cisne, interrumpiendo la mirada—. Quiero ir.

—Ah. —Wahram dirigió una nueva mirada fugaz a Genette—. Espléndido.

## *Extractos (1)*

Toma un asteroide que tenga al menos treinta kilómetros en su eje largo. Cualquiera servirá: roca sólida, hielo y roca, metal, incluso bolas de hielo, aunque cada uno presenta problemas distintos.

En un extremo del asteroide une un excavador autosuficiente, y, con él, perfora su eje más largo. En todo momento la pared que se extiende desde la perforación debe de conservar al menos dos kilómetros de grosor. Refuerza la integridad del interior con una capa de materia dura de la resistencia adecuada.

A medida que efectúes la perforación del interior, recuerda que el material sobrante excavado (dirigido hacia un punto de recuperación Lagrange, que se encargará de recogerlo todo) representará tu mejor opción de reposicionar tu terrario, si lo quieres en una órbita diferente. Almacena el exceso del material sobrante en la superficie para posteriores usos.

Una vez hueco el interior, practicado un cilindro de al menos cinco kilómetros de diámetro y diez de longitud (¡mejor cuanto mayor sea!), el equipamiento que llevó a cabo las labores de excavación regresará al acceso y allí se reconfigurará para convertirse en la unidad de propulsión de tu terrario. Dependiendo de la masa de tu nuevo mundo, tal vez quieras instalar un motor, un motor de antimateria para alcanzar la velocidad del rayo, o una placa de impulsión Orión.

Más allá del extremo frontal del cilindro, en la proa de tu nuevo terrario, instala una unidad a la altura del eje largo. Con el tiempo, el terrario girará a una velocidad de rotación calculada para crear el efecto de la gravedad en la superficie interna del interior del cilindro, de modo que cuando te encuentres dentro te veas empujado hacia el suelo como si de un campo gravitacional se tratara. Esto equivale a la fuerza de la gravedad. La unidad de proa se conectará entonces a la proa del terrario por un dispositivo de eje que impida girar a la unidad de proa y la mantenga clavada. Existirá la práctica ingravidez en esta cámara de proa, pero muchas funciones del terrario actuarán con mayor fluidez en ausencia de rotación,

incluidas las maniobras de atraque, de navegación, la visión, etc.

Es posible construir un cilindro interior que gire independientemente en el interior de un asteroide no sometido a rotación, la configuración conocida por el nombre de rueda de rezo, lo cual te proporcionaría tanto un interior que disfruta de gravedad como un exterior con ausencia de rotación, pero resulta caro e innecesariamente complejo. No se recomienda, aunque hemos visto algunos que son eficaces.

Cuando la popa y la proa se instalan y configuran adecuadamente, y el asteroide inicia la rotación, el interior está preparado para someterse a la terraformación.

Empieza por espolvorear metales pesados y tierras raras, en la medida que se recomiende para la bioma que intentes crear. Sé consciente de que ninguna bioma terrestre empezó con los ingredientes simples de los que te servirás en un asteroide. Las biosferas necesitan sus vitaminas desde el principio, así que asegúrate de preparar la importación de la mezcla que deseas, que por lo general incluye molibdeno, selenio y fósforo. A menudo se aplican como «bombas de riego», situadas en los ejes del espacio cilíndrico. ¡Procura no envenenarte cuando lo hagas!

Después, cubre el eje del cilindro con el cable solar del terrario. Se trata del elemento de iluminación, en el que la luz se mueve a cualquier velocidad que escojas. La parte de iluminación del cable solar suele empezar la jornada a popa del cilindro, después de un periodo adecuado de oscuridad (durante el cual, el tendido público desempeña el papel de la luz de las estrellas). La parte de iluminación del cable, con la intensidad deseada, lo atraviesa de popa a proa (o de este a oeste, tal como algunos la describen), tardando por lo general el mismo tiempo que un día terrestre, tal como se mide por la latitud de tu bioma en la Tierra. En el interior del terrario se experimenta adecuadamente el paso de las estaciones.

Ahora puedes gasificar el interior con la mezcla de gas y presión que deseas, que suele estar comprendida entre 500 y 1100 milibares de presión, una medida similar a la mezcla de gases terrestres, con quizá un pellizco más de oxígeno, a pesar del aumento del riesgo de incendio que eso supone.

Después necesitas biomasa. Naturalmente contarás en tu elenco de especies con los códigos genéticos completos de todas las criaturas que pretendes introducir en tu bioma. Por lo general, o bien recrearás un bioma terrestre, o bien una mezcla nueva, biomas híbridos que mucha gente denomina «Ascensiones» en homenaje a

Isla Ascensión, en la Tierra, lugar donde se produjo el primer híbrido de estas características (¡obra accidental del propio Darwin, nada menos!). Todos los genomas de todas las especies de tu bioma particular estarán disponible para su impresión bajo demanda, exceptuando las bacterias, que sencillamente son demasiado numerosas y genéticamente mutables para ser categorizadas. Para ellas tendrás que aplicar el inoculante apropiado, un abono o sustancia compuesto por algunas toneladas de la mezcla bacteriana que quieras.

Por suerte las bacterias crecen muy rápidamente en un nicho ecológico vacío, que es exactamente de lo que dispones en este momento. Para que resulte incluso más acogedor, rasca la pared interior de tu cilindro, pulveriza la roca con cuidado hasta que adquiera una consistencia comprendida entre la grava gruesa y la arena. Mezclada con un aerogel comestible, obtendrás la matriz de tu suelo. Deja aparte todo el hielo que hayas reunido tras rascar, excepto el necesario, una vez fundido, para humedecer la roca desmigajada. Luego añade el inoculante bacteriano y eleva la temperatura hasta los trescientos grados Kelvin. La matriz subirá como la levadura mientras se convierte en esa sustancia rara y deliciosa que conocemos por suelo. (Quienes deseen una explicación más detallada de cómo hacer suelo pueden consultar mi éxito de ventas titulado *Todo sobre la tierra*).

Una vez tengas lista la base del suelo, tu bioma va bien encaminada. A partir de este momento los pasos a seguir varían, dependiendo de lo que andes buscando obtener en el punto álgido. Pero no me equivoco si digo que muchos diseñadores de terrarios empiezan con un terreno similar a un pantano, porque es el modo más rápido de aumentar el suelo y la biomasa de que dispongas. Si te corre prisa ocuparlo, éste suele ser un buen modo de empezar.

Una vez pones en marcha un pantano cálido, ya sea de agua salada o dulce, estás listo para cocinar a lo grande. Aumentarán los olores en tu cilindro, así como los problemas hidrológicos. En este momento puedes introducir poblaciones de peces, anfibios, animales y demás animales aptos para este ambiente, y tendrías que aspirar a registrar un aumento del crecimiento de la biomasa. Pero llegado este punto tendrás que vigilar un peligro potencial: en cuanto tengas el pantano en marcha, podrías enamorarte de él. Eso no te supondrá problema, pero sucede demasiado a menudo. En este momento contamos con demasiados biomas estuario, y carecemos de los demás biomas que planeamos ingeniar aquí.

Así que procura mantener cierta distancia con tu proyecto; mantén el pantano sin población, o aléjate de él durante esta parte del proceso. O únete a un plan comercial en el que intercambies asteroides cuando se encuentren en este



punto de su desarrollo, de modo que te enfrentes a otro que desees cambiar, puesto que ya no te sientas ligado a tu obra.

Con una robusta biomasa creada por el pantano, podrás entonces construir tierra, utilizando algunos de los materiales excavados que reservaste en la superficie del asteroide para cuando llegase este momento. Las colinas y las montañas tienen un aspecto estupendo y aportan textura, así que ¡atrévete! Este proceso redirigirá tu agua hacia nuevas hidrologías, y también es el mejor momento para introducir nuevas especies, también para exportar especies que ya no quieras, confiándolas a nuevos terrarios que puedan necesitarlas.

Así, con el paso del tiempo podrás transformar el interior de tu terrario en cualquiera de las 832 biomas identificadas como terrestres, o diseñar una Ascensión de factura propia. (Ojo, muchas de las Ascensiones acaban no dando la talla, como sucede con un bizcocho que no sube en el horno. Son tantas las claves para obtener una correcta Ascensión, que he tenido que escribir otro libro, titulado *¡Cómo mezclar y emparejar biomas!*, ya a la venta).

Por último necesitarás realizar muchos ajustes de temperatura, orografía y especies para obtener la clase de clima estable que desees. Puedes obtener cualquier paisaje posible; a veces los resultados son sencillamente increíbles. Invariablemente el conjunto del paisaje se curvará a tu alrededor, alzándose a ambos lados y encontrándose en lo alto, de modo que el aspecto que presentará el terreno te envolverá como una obra de arte, un goldsworthy inscrito en el interior de la roca, como una geoda o un huevo de Fabergé.

Obviamente también cabe la posibilidad de hacer interiores que sean completamente líquidos. Algunos de estos acuarios u oceanarios incluyen archipiélagos; otros están completamente hechos de agua, incluso sus paredes, que a veces están congeladas hasta volverlas traslúcidas, de tal modo que cuando te acercas parecen diamantes o gotas de agua que flotan en el espacio. El centro de algunos acuarios carece de bolsa de aire.

En cuanto a los aviarios, todo terrario y la mayoría de los acuarios también son aviarios; en ellos abundan las aves hasta el límite de su capacidad. Existen cincuenta mil millones de aves en la Tierra, veinte mil millones en Marte; nosotros en el terrario podríamos superar la suma de ambos.

Cada terrario funciona como un parque isla para los animales que lo pueblan. Las Ascensiones provocan hibridación y, con el tiempo, dan pie a nuevas especies.

Los biomas más tradicionales conservan especies que en la Tierra están en peligro de extinción o que se han extinguido en su entorno salvaje. Algunos terrarios incluso parecen parques zoológicos; son más los que parecen simples parques, y la mayoría son una mezcla de parque y espacio humano con hábitats reticulares que potencian la vida del bioma. Como tales, estos espacios resultan cruciales para la humanidad y la Tierra. Y también existen los terrarios totalmente volcados en la agricultura, mundos granja dedicados a la producción de lo que se ha convertido en un gran porcentaje del alimento que se consume en la Tierra.

Es necesario tener en cuenta estos hechos, y también disfrutarlos. Preparamos nuestros modestos mundos burbuja por el simple placer de hacerlo, igual que uno cocinaría una buena comida, o construiría cualquier cosa, o cuidaría del jardín, pero también constituye un nuevo hito histórico, y el centro neurálgico del Accelerando. ¡No podría recomendarlo más! Aunque la inversión inicial no es despreciable, ahí fuera quedan aún muchos asteroides sin propietario.

## WAHRAM Y CISNE

Aunque sin duda se trataba sencillamente del resultado de una respuesta de ingeniería a un problema de ingeniería, visto desde una perspectiva estética las pistas de lanzamiento de Mercurio eran interesantes. Se trataba de un tubo magnético retorcido en forma de cono, en un extremo que se proyectaba aumentando su tamaño a medida que se alzaba. La punta del cono estaba asegurado a una plataforma que se movía en un círculo, del tamaño del diámetro máximo del cono. El movimiento de la plataforma exageraba con suma eficacia la fuerza de la aceleración en los transbordadores que eran proyectados magnéticamente hacia arriba a lo largo de la pista. Por tanto, habían tenido que sentarse de lado en el suelo del ferry donde viajaban, puesto el suelo se convirtió realmente en tal a medida que fue girando sobre su eje en su trayectoria ascendente, y con una velocidad de vértigo se vieron proyectados al espacio, a tal velocidad que sí hubiese habido atmósfera se habrían quemado vivos en cuanto abandonasen el tubo. Visto desde el espaciopuerto, se tenía la impresión de ver una antigua atracción de feria. Quienes viajaban en el interior experimentaban una fuerte aceleración muy próxima al máximo permitido en vuelos comerciales, establecido en las 3,5 g.

Cisne Er Hong se había ajustado el arnés de seguridad del asiento situado junto al de Wahram justo antes del despegue, con el gesto torcido de quien se disculpa por haberse retrasado más de la cuenta. Se inclinó sobre él para contemplar a través de la ventanilla el cráter del que se alejaban a gran velocidad y que constituía su mundo natal. Rápidamente la tierra cambió, y de ser plano pasó a convertirse en una bola, una media luna creciente bañada por la luz del sol, con una joroba negra como un pozo. Aunque Mercurio era un lugar interesante, Wahram no lamentaba dejarlo atrás; a pesar de los esfuerzos que habían hecho sus habitantes por cubrirlo de obras de arte, el paisaje era un manto de ceniza. Y lo cierto era que cuando se encontraba en el interior de la fabulosa ciudad flotante, el parpadeo súbito de la luz en los puntos más elevados a poniente siempre le recordaba que el sol les seguía sin pausa ni descanso, siempre dispuesto a asomar por el horizonte y quemarlo todo vivo.

Su ferry se dirigía hacia el terrario *Alfred Wegener*, que se desplazaba tan

rápido que el transporte tendría que efectuar otro giro de tres g para alcanzarlo. Durante ese rato, Wahram ajustó el asiento en posición horizontal para y soportó el tirón como todos los demás. A su lado, Cisne gruñía encogida en la cama. Wahram se esforzó por apartar el pensamiento de los estudios que se habían realizado acerca del efecto que ejercía la fuerza de la gravedad sobre el cerebro humano, delicada masa donde las haya, presa en su dura cárcel carente de paredes blandas. El *Wegener* los alcanzó con un último tirón gravitatorio, como para recalcar el problema.

Después, Wahram y los demás pasajeros tuvieron que acostumbrarse a su repentina ingravidez, y pasar del ferry a la plataforma de embarque del terrario, atravesar a continuación el cuello y descender por la escalera acolchada hasta el suelo cilíndrico.

El *Wegener* disfrutaba de un extenso espacio en su interior. Con cerca de veinte kilómetros de largo y cinco de ancho, giraba con el equivalente de una gravedad. Gran parte del espacio interno estaba ocupada por un parque, con algunas poblaciones dispersas principalmente a proa y popa. La mezcla de pampa y sabana resultaba muy atractiva, pensó Wahram mientras caminaba hacia la primera población, levantando la vista hacia el terreno que se extendía en lo alto. La pradera herbosa salpicada de puntos boscosos se alzaba en un arco como el techo de una gigantesca Capilla Sixtina en la que Miguel Ángel hubiese pintado una versión del Edén hecha de sabana, el primer paisaje de la humanidad, que apelaba a algo muy hondo en la mente. La topología del terrario siempre lograba que Wahram se sintiera como dentro de un mapa que alguien hubiese enrollado en un tubo. A medida que se miraba la línea longitudinal que uno ocupaba, el terreno siempre aparecía como un largo valle con forma de U, con árboles cercanos coronados por otros más lejanos, incluso más altos, inclinados hacia el fondo del valle en una curva formada por terreno abrupto cubierto de vegetación, hasta las paredes verticales, como valles glaciares con forma de U. Pero entonces las paredes seguían alzándose y se plegaban, quebrando la verticalidad de forma perfectamente visible para el observador. Sobre esa línea, el paisaje simplemente estaba en lo alto, y también, para qué negarlo, boca abajo. Como en ese momento, por ejemplo, en que más allá de una nube vio una bandada de aves que sobrevolaba la superficie de un lago que colgaba justo sobre su cabeza.

En la primera población, Wahram visitó una pequeña Casa de Saturno llamada Plum Lake, donde pidió alojamiento. Tenían un restaurante en la planta baja, así que se prestó a colaborar en la cocina (le gustaba encargarse de las tareas más simples), y después de ducharse se dispuso a dar una vuelta. Era un lugar

agradable, a orillas de un lago y al pie de una colina, con una estación de tranvía en el extremo oriental. Los tranvías circulaban a través de la naturaleza hasta otras poblaciones. La plaza central estaba llena de venusianos que supuso se dirigían de vuelta a casa, la mayoría jóvenes chinos anchos de hombros, con la mirada intensa y sonrisas de oreja a oreja. Trabajaban en Venus hundidos hasta la cadera en el hielo, realizando labores peligrosas. Wahram hacía cosas parecidas cuando estaba en Titán, pero sólo a 0,14 g, lo cual a menudo le había evitado pequeños accidentes; Venus, con 0,9 g, se le antojaba un lugar peligroso.

En el extremo de la población alcanzó una línea de árboles y una valla. Entró en un pequeño quiosco y leyó en una placa que su nueva amiga, Cisne Er Hong, había diseñado la bioma hacía unos setenta años. Eso le sorprendió; había oído que en tiempos había trabajado como diseñadora, pero no había mostrado interés alguno por el *Wegener* cuando llegaron.

Wahram tomó una pistola aturdidora de una caja llena de ellas, la guardó en el bolsillo del abrigo, y franqueó la puerta que daba al parque. Anduvo en ángulo hacia la curva ascendente del terreno. Había leído en el quiosco que el suelo era un barro negro y compacto, con mezcla procedente de Tanzania y Argentina. Un conjunto de acacias mostraba en los troncos indicios de daños producidos por elefantes. Las copas de los árboles que se alzaban justo sobre él parecían líquenes. La hierba alta oscurecía en ciertos puntos la vista más allá de su entorno inmediato; disfrutaba de más visibilidad de la altura donde el parque se curvaba sobre las copas de los árboles cercanas. Arriba, a la izquierda, por encima de los árboles, un racimo de rocas se perfilaba como el observatorio ideal; aunque, por supuesto, eso mismo se le podía haber ocurrido a un puma o a una hiena, así que se anduvo con ojo mientras ascendió hacia ese lugar. La mayoría de los animales se mostraban cautelosos en presencia de los humanos, pero no quería sorpresas. Su madre le día a menudo que para satisfacer el ansia de emociones fuertes no había por qué ponerse en peligro. Eso sería decadente, le decía, ¡y no me gusta la decadencia! El resto de sus parientes no se había mostrado tan sentencioso, tal vez porque vivían alrededor de Saturno y por tanto consideraban peligrosas otras cosas. Pero su madre había dejado clara cuál era su postura al respecto, y Wahram no era decadente: lo nuevo siempre le asombraba. En ese preciso instante, sin ir más lejos, le latía con cierta fuerza el corazón.

Pero no encontró nada en las rocas, cuya superficie estaba salpicada de líquenes, como si alguien hubiera espolvoreado una capa de piedras semipreciosas, amarillas, rojas y verde claro. Se acuclilló en el hueco que dejaban dos rocas y echó un vistazo a su alrededor.

Debajo de él, en un pajonal, había una hembra de guepardo con dos cachorros. La atención de la madre se centraba en unos venados de la pampa que pastaban a media distancia. Wahram se preguntó qué opinión le merecían los guepardos a los venados de la pampa, si hubo alguna vez un depredador más veloz en Suramérica. No le parecía muy probable.

Se sintió afortunado al ver guepardos despiertos, porque pensaba que solían dormir. Daba la impresión de que la madre intentaba enseñar a cazar a sus cachorros; aplastó a uno con la pata para que pegase el cuerpo al suelo. El viento procedía de la izquierda y los felinos se hallaban a barlovento, por tanto no repararían en su presencia. O eso pensó, a pesar de que muchos de los sentidos animales eran tan agudos que a su lado un humano parecía sordo y tonto.

Se sentó dispuesto a observar. Los cachorros seguían mostrándose algo confundidos, como si ni siquiera fueran conscientes de que su madre les estaba enseñando algo. Seguían dándose golpecitos como si jugaran. El punto álgido del crecimiento cerebral coincide con el punto álgido de las ganas de jugar.

Los felinos se encontraban a su vez a sotavento de los venados, y se dirigían hacia ellos sin alarma aparente. La madre guepardo se agazapó en la hierba, y los cachorros la imitaron, moviendo la cola sin control.

Entonces la madre se impulsó dejando una estela de hojas de hierba que flotó en el ambiente, seguida por los cachorros. Los venados se alejaron dando grandes brincos, sumiendo a los felinos en una nube de polvo; entonces, los venados tuvieron que bordear una arboleda y la madre guepardo alcanzó al que iba en cola y lo derribó formando una maraña de pelo que terminó con ella sentada sobre la presa, las fauces hundidas en el cuello del animal. El venado dio algunas sacudidas, pero se quedó inmóvil. La sangre adoptó su habitual e impactante rojo intenso. Los cachorros llegaron tarde, y Wahram se preguntó si aquella lección les habría enseñado algo útil, aparte de la necesidad de crecer, de la necesidad de correr, y de hacerlo rápido.

Cayó en la cuenta de que se había puesto en pie. Percibió movimiento a su izquierda, y cuando se volvió hacia allí vio a otra persona: era Cisne. Sorprendido, la saludó con la mano, y ella levantó la barbilla mientras seguía mirando cómo la guepardo mataba al venado. La madre enseñaba en ese momento a sus cachorros cómo devorarlo, aunque en ese aspecto no tuvo que insistir mucho. Wahram repasó la escena. La parte iluminada de la línea del sol se encontraba en ese momento en el extremo de proa del terrario, la luz se filtraba sesgada con un tono de puesta de sol.

Trechos de hierba se movían mecidos por el viento. Era como presenciar algo propio de otra época.

Cisne se le acercó y subió hasta las rocas. Era un poco incómodo que lo encontraran allí, solo, lo que en algunos parques era incluso ilegal, y que por lo general no se consideraba prudente. Claro que también ella había acudido sola a ese lugar.

Inclinó la cabeza a modo de saludo, formal pero no exento de cordialidad.

—Presenciar algo así supone un golpe de suerte inusual —comentó mientras ella se acercaba.

—Sí —admitió ella—. ¿Has venido solo?

—Sí. ¿Y tú?

—Sola, sí. —Le miraba con curiosidad—. Te confieso que me sorprende encontrarte aquí. No sabía que te gustasen estas cosas.

—Desde luego Mercurio no es lugar para descubrirme esta faceta.

Ella señaló con un gesto a los felinos.

—¿No te asustan?

—Yo diría que somos nosotros quienes los asustamos.

—Ya, pero si les entra el hambre...

—Ése es el quid de la cuestión: eso no sucede nunca porque abundan las presas fáciles.

—Es cierto. Pero si nunca se han topado con personas, son capaces de tomarte por una especie de chimpancé. Un manjar sabroso, sin duda. Una delicia. No sería la primera vez. No han experimentado lo que es pasar de cazador a presa.

—Sé que podríamos convertirnos en presa —dijo Wahram—. Por si acaso llevo una pistola aturdidora. ¿Tú no?

—Yo no —admitió ella tras una pausa—. Es decir, la llevo a veces, pero por lo

general prefiero ahorrarme pasar una noche en prisión.

—Claro.

Cisne inclinó la cabeza, como si atendiera lo que le decía una voz al oído. Alex le contó que se había hecho implantar el cubo cuando hacerlo se puso de moda.

—Hablando de comer —dijo—. ¿Comemos algo?

—Será un placer.

Regresaron a la valla que delimitaba el perímetro. Cuando llegaron, encontraron un grupo no muy numeroso en el quiosco; quienes lo componían vieron a Cisne y se agruparon a su alrededor para saludarla con alegría.

—¿Qué te parece? —le preguntaron—. ¿Te gusta ahora que ha crecido todo?

—Tiene buen aspecto —respondió ella con tono reconfortante—. Hemos visto un guepardo dar caza a un venado de la pampa. Me ha parecido que tal vez haya más venados de la cuenta. ¿Vosotros qué opináis?

Uno de los miembros del grupo respondió que la cantidad de ciervos era elevada porque la de felinos era baja, lo que llevó a Cisne a plantear algunas preguntas al respecto. Wahram averiguó que la población de depredadores subía y bajaba con forma de onda senoidal solapada, y la de depredadores ascendía o descendía un cuarto de ciclo por detrás de las presas; hubo algunos detalles de las conclusiones que Wahram no llegó a comprender.

Cuando Cisne dio la charla por concluida, lo llevó por la calle que conducía de vuelta a la población.

—Sabían que tú habías diseñado este terrario —dijo Wahram mientras caminaban.

—Sí, me sorprende que alguien lo recuerde. Hasta a mí me cuesta.

—¿Eras ecóloga?

—Diseñadora. Ha llovido mucho desde entonces. Si te soy sincera, no me gustan muchas de las cosas que hice entonces. Estas Ascensiones son excesivas.



Necesitamos los terrarios para preservar especies extinguidas en la Tierra. A saber en qué estaría pensando. Pero no pienso decírselo a quienes viven aquí. Ellos están muy implicados con este lugar, puesto que es su hogar.

Ascendieron varios grados por la curva del cilindro. Una nube que habían visto en lo alto al atardecer, que abrazaba el terreno como una capucha anaranjada, había dado la vuelta al cilindro y en ese momento los envolvía en una niebla difusa. Las cosas perdieron la sombra en el crepúsculo neblinoso, y en lo alto el terreno se tornó invisible, emborronadas como estrellas las escasas luces que había al otro lado. Parecía un mundo distinto, algo que sobresalía en lugar de estar metido para dentro.

Wahram dijo que se había apuntado a trabajar en la cocina del restaurante saturnino, para que pudiesen regresar a la Casa de Saturno en Plum Lake y comer allí. Cisne no se había prestado voluntaria para ninguna labor; rara vez lo hacía, dijo. Una vez estuvieron sentados, se volvió silenciosa y se mostró distraída; miraba por la ventana, luego en torno de la estancia, siempre moviéndose una fracción de milímetro, dando golpecitos con el pie como quien sigue el compás, frotándose las yemas de los dedos. Comieron y entonces se volvió callada como una tumba. Sin duda aún acusaba la muerte de Alex. Wahram, a menudo entristecido por aquella pérdida, tan sólo podía manifestar su apoyo respetando ese silencio. Entonces ella inclinó a un lado la cabeza y dijo:

—Deja ya de cotorrear, no quiero ni oírte.

—¿Perdón? —dijo Wahram.

—Lo siento, se lo decía a mi qubo.

—¿No puedes hacer que hable en voz alta?

—Claro —dijo Cisne—. Pauline, puedes hablar.

—Soy Pauline, el leal superordenador de Cisne —dijo una voz surgida del hemisferio derecho de la cabeza de Cisne, que guardaba cierto parecido con la voz de su dueña, a pesar de surgir algo ahogada por un altavoz de la piel.

Cisne torció el gesto y se dispuso a comer la sopa. Wahram hizo como si no hubiera oído nada y se concentró en la comida.

—¡Vale, pues díselo! —soltó Cisne.

—Tengo entendido que viajas al sistema de Júpiter —dijo la voz que le surgía por un costado de la cabeza.

—Así es —respondió Wahram con tono cauto. No le pareció que fuese buena señal que Cisne hubiera asignado al qubo la labor de hablar por ella. Aunque no estaba muy seguro de que fuese eso lo que estaba pasando.

—¿Qué clase de Inteligencia Artificial eres? —preguntó.

—Soy un superordenador, modelo Ceres dos uno nueve seis a.

—Entiendo.

—Es uno de los primeros qubos, de los menos potentes —explicó Cisne—. Una boba.

Wahram meditó aquella información. Probablemente preguntar cuán inteligente eres no era lo más correcto. Además nadie solía acertar a la hora de responder a esa pregunta.

—¿En qué sueles pensar? —preguntó.

—Estoy diseñada para mantener conversaciones informativas, pero no acostumbro a superar el test de Turing. ¿Te gustaría jugar al ajedrez?

Wahram rió.

—No.

Cisne miraba por la ventana. Wahram pensó en ella y volcó de nuevo la atención en la comida. Era necesario mucho arroz para diluir el fuerte picante del plato.

Cisne masculló con amargura unas palabras ininteligibles.

—Insistes en entrometerte, en parlotear, en fingir que todo es normal.

—La anáfora es una de las figuras retóricas más débiles, en realidad no es más que una mera redundancia —dijo la voz del qubo.

—¿Precisamente tú me sermoneas ahora sobre la anáfora? ¿Cuántas veces

has analizado esa oración, diez trillones?

—No he necesitado hacerlo tantas.

Silencio. Ambas parecieron dar por terminada la conversación.

—¿Estudias retórica? —preguntó Wahram.

—Sí, es una herramienta de análisis muy útil —respondió la voz del qubo.

—Ponme un ejemplo, si eres tan amable.

—Cuando incluyes exergasia, sinatroísmo y asíndeton juntos en una lista, tengo la impresión de que ya has puesto ejemplos de los tres recursos en esa misma frase.

Cisne resopló al oírlo.

—¿Y cómo es eso, Sócrates?

—La exergasia es el uso de distintas frases para expresar la misma idea, el sinatroísmo es la acumulación por enumeración, y el asíndeton es la agrupación de elementos coordinados sin conjunciones, por tanto enumerándolos tenemos los tres, ¿verdad?

—¿Y en qué argumento trabajas acumulando esos elementos?

—En que te estaba atribuyendo más mérito del debido al creer que usabas varias figuras, cuando en realidad sólo tienes un método, porque estas distinciones carecen de diferencias.

—Ja ja ja —rió Cisne, sarcástica.

Pero Wahram tuvo que morderse la lengua para evitar reír.

—También podría argumentarse que el sistema clásico de retórica constituye una taxonomía falsa, una especie de fetichismo del...

—¡Basta!

Se hizo el silencio.

—Voy a echar una mano en la cocina —anunció Wahram, al tiempo que se levantaba.

Al cabo de un rato, ella le siguió y vació la pila que había junto a la ventana, sin dejar de mirar la niebla que se extendía fuera. Había una botella de vino y se sirvió una copa. Para Wahram, el campanilleo de los platos y los vasos en la cocina siempre le había parecido una especie de música.

—¡Di algo! —exclamó ella con tono imperativo.

—Pensaba en esos guepardos —dijo, sobresaltado, con la esperanza de que Cisne hubiese dirigido aquella orden a él, a pesar del hecho de que no había nadie más en la sala—. ¿Has visto muchos?

No hubo respuesta. Salieron y limpiaron las mesas, lo cual les llevó un rato. Cisne mascullaba. Wahram tuvo la impresión de que volvía a discutir con el qubo. Hubo una vez que tropezó con Wahram y dijo:

—¡Vamos, muévete! ¿Por qué eres tan lento?

—¿Por qué eres tan rápida?

Por supuesto, aquella especie de celeridad nerviosa era una característica habitual de las personas que llevaban un qubo instalado en la cabeza; pero no podía decirlo en voz alta, además ella parecía peor que la mayoría de los casos que conocía. Cisne no replicó, se limitó a quitarse el delantal y salir a la niebla. Él se dirigió a la puerta para no perderla de vista; ella giró de pronto hacia una hoguera que ardía en mitad de la plaza, alrededor de la cual había varias personas bailando. Cuando no fue más que una mera silueta recortada contra el fuego, vio que se ponía a bailar.

Las costumbres empiezan a formarse con la primera repetición. Después, hay un tropismo hacia la repetición, porque las pautas relacionadas son defensas, murallas erigidas contra el tiempo y la desesperación.

Wahram era muy consciente de ello, pues había vivido el proceso muchas veces; y así prestaba atención a lo que hacía cuando viajaba, atento a aquellas primeras repeticiones que crearían la pauta de ese momento particular de su vida. A menudo la primera vez que se hacían las cosas era debido a algo, o eran accidentales, y no necesariamente suponían una base positiva en la que fundamentar un conjunto de hábitos. Había que investigar un poco, en otras

palabras, probar distintas posibilidades. Existía un periodo de interregno, de hecho, el momento descarnado que precedía a la siguiente exfoliación de las costumbres, el momento en que uno vagabundeaba haciendo cosas al azar. Esa vez sin piel, los datos al desnudo, el estar en el mundo.

A su gusto llegaban demasiado a menudo. La mayoría de los terrarios que ofrecían transporte para pasajeros alrededor del sistema solar eran extraordinariamente veloces, a pesar de lo cual los viajes duraban semanas. Era demasiado tiempo para andar por ahí sin rumbo; someterse a algo así podía fácilmente sumirlo a uno en una especie de estado de hibernación mental. En las colonias que había alrededor de Saturno, a menudo eso se había convertido en una ciencia entera, en formas de arte. Pero semejante hebefrenia era peligrosa para Wahram, tal como había tenido ocasión de descubrir por dolorosa experiencia. A menudo en su pasado, el nihilismo había arañado el borde de las cosas. Necesitaba orden, y un proyecto; necesitaba costumbres. En la desnudez de los momentos de exfoliación, la intensidad de la experiencia poseía un rastro de terror, un terror donde ningún nuevo significado florecería para sustituir a los antiguos, los perdidos.

No existía, por supuesto, una auténtica repetición de nada; desde los presocráticos había tenido claro ese detalle, lo de Heráclito y su río en el que no podía uno bañarse dos veces y demás. Así que las costumbres no eran iterativas, sino pseudoiterativas. En otras palabras, la pauta del día podía ser la misma, pero los eventos individuales que la llenaban siempre eran un poco distintos. Por tanto coincidían la pauta y la sorpresa, estado deseado por Wahram: vivir en la pseudoiteración. Pero también vivir en una buena pseudoiteración, una que fuese interesante, la pauta constituida como una pequeña obra de arte. No importaba la brevedad del viaje, lo aburrido que fuese el terrario o la gente que lo habitara, pero era importante inventar una pausa y un proyecto, y perseguirlo con toda su voluntad e imaginación. Todo se resumía en pensar que la vida a bordo era vida. Tenía que afrontar con ilusión todos los días.

Así que a la mañana siguiente se despidió de la Casa de Saturno después del desayuno y anduvo de vuelta al parque. En el quisco se reunió con un grupo que se disponía a seguir a una manada de elegantes. Al cabo de un rato, también Cisne se reunió con ellos; provenía de otro punto del parque y estaba algo sonrojada, como si hubiese estado corriendo. El grupo llevaba consigo un aparato que trasladaba la vocalización subsónica a un nivel que los humanos pudiesen oír, y Cisne arrugó el entrecejo mientras los oía hablar, o cantar, como si entendiera su lenguaje. Cuando los elefantes guardaron silencio, preguntó al zoólogo que lideraba el grupo que

explicase por qué la línea que delimitaba el crepúsculo había durado tanto tiempo el atardecer anterior. Rápidamente Wahram comprendió que la bioma, al ser ecuatorial, tendría que haber tenido un crepúsculo muy breve, igual que en la Tierra el sol ecuatorial caía casi en la perpendicular con el horizonte sin importar la estación. El zoólogo, sorprendido de que Cisne hubiese reparado en ello, explicó un poco a la defensiva que llevaban a cabo un experimento que colocaba su terrario en un equivalente de los 23 grados de latitud, porque había grandes trechos en esa latitud del hemisferio norte de la Tierra que eran tan cálidos como lo había sido el ecuador antes de producirse el calentamiento. Los bosques se transformaban en pradera, abundaba la desertización, y el movimiento migratorio asistido investigaba la posibilidad de reubicar una población semiárida como ésa en otras latitudes. Con la esperanza de proporcionarles datos preliminares, el régimen solar del *Wegener* había sufrido los ajustes necesarios.

Cisne no parecía muy satisfecha con aquella explicación, y al poco rato caminó a su aire, ignorando la decepción del zoólogo y la desaprobación de algunos de los demás invitados. Wahram la vio más tarde en el restaurante; probablemente también ella practicaba una especie de pseudoiteración porque viajaba mucho, y era un impulso natural del ser humano. Wahram cenó en la mesa contigua a la suya y luego fue a fregar los platos, y aunque la saludó con una correcta inclinación de cabeza, ella no le dirigió la palabra. Cuando terminó en la cocina y regresó al comedor para comer algo, ella se había marchado. En la calle ardía la hoguera y había personas bailando a su alrededor.

De modo que aquel segundo día tuvo ciertos elementos de un nuevo hábito; pero la tarde siguiente, la *Wegener* se aproximó de paso por Venus, cuya fuerza gravitacional aprovechó para ganar impulso rumbo a Júpiter. Wahram tomó un tranvía hasta la proa, y después, con la ayuda de asideros, se desplazó por el pasadizo prácticamente ingravido hasta la sala de observación que disfrutaba de una vista constante del hemisferio de estrellas que se extendían en arco sobre ellos. Allí, delante de ellos, más y más grande cada vez, estaba Venus. Wahram, que había pasado algún tiempo en una microgravedad como aquella, recuperó el equilibrio aferrado a un asidero, dispuesto a observar el paso a sus pies del segundo planeta. Cisne entró justo cuando efectuaron el acercamiento final, apresurándose como era habitual para evitar llegar tarde.

La atmósfera de Venus era tan reducida en densidad respecto la transparente de su estado natal, que, a pesar de que todo el planeta estaba a la sombra del escudo solar y, por tanto, sumido en una noche perpetua, se podía distinguir el tenue mar blanco, seco y helado, y la negra roca de ambos continentes parcialmente separada

y erosionada. Las nubes, parecidas a las que había en la Tierra y en Marte, sobrevolaban llanuras alfombradas de nieve y océanos de hielo seco, cuyo aspecto canoso costaba asimilar a pesar del esfuerzo que se le pusiera. En la sala de observación reverberaron las expresiones de entusiasmo y asombro de los presentes. El ojo humano no reaccionaba bien al negro en lo alto y al blanco abajo, aunque ésa fuera una forma simplista de describirlo. Incluso en el punto más cercano de la aproximación, costaba distinguirlo con claridad. Trazaron un ángulo respecto al planeta y luego el *Wegener* salió disparado sobre la atmósfera, sacando el máximo provecho del tirón gravitatorio. Debajo pasaron unas luces arracimadas que alguien dijo que correspondían a Puerto Elizabeth. Cerca de allí había una población llamada Billie Holliday, donde Wahram había trabajado en una ocasión en un waldo gigante, cubriendo con roca falsa el hielo seco de las tierras bajas. Ahora se hacía algo parecido en Titán. Venus y Titán eran los mejores candidatos para sumarse a Marte en la lista de planetas plenamente terraformados: mundos cortados a medida, como los llamaban algunos, con atmósferas donde el ser humano podía respirar. El ejemplo de Marte demostraba que eso era posible: un mundo nuevo e independiente, libre del lastre que llevaba a cuestas el antiguo.

Cisne se columpiaba.

—Quiero regresar —canturreaba a nadie en particular, aunque quizá hablase con su qubo—. Sentir la bofetada del viento envenenado en el ponzoñoso mar.

Los venusianos habían desembarcado antes del paso del terrario por el planeta, de modo que el *Wegener* ya no era tan interesante desde el punto de vista humano. No había hogueras, ni danzas que durasen toda la noche. Wahram pasaba la mayor parte del día en el parque, convertido en el centro de su particular pseudoiteración. Intentaban hacer un censo de las aves y los mamíferos. A menudo veían a Cisne corriendo sola por los alrededores. Dormía ahí, y una noche, en la cocina, comentó que nunca dormía en interiores si podía evitarlo, aunque no se le escapaba el hecho de que el conjunto del terrario podía considerarse un lugar interior. En el parque, Wahram vio indicios que le llevaron a pensar que ella también intentaba cazar parte de lo que comía. En una ocasión encontró una liebre atrapada en una trampa junto al riachuelo que cruzaba el parque. Esa clase de actividades eran ilegales, y, lo que aún era más importante, nadie las hacía. Algunas veces vieron también las cenizas de un fuego de campamento, con huesecillos que no habían ardido del todo, liebre o cervatillo, asados sobre un fuego... si uno se entregaba a semejante actividad tenía que andarse con ojo con las hienas. Estaba seguro de que era preferible la excelente cocina de la India meridional que se servía en el restaurante.

Entonces, una mañana, encontraron a Cisne tumbada aún junto al fuego, con la cara sucia y restos de sangre en las manos, además de unas pieles en los pies. Al reparar en su presencia levantó una mirada fiera, probablemente muy similar a la que les habría dirigido una hiena sorprendida en esa situación, y durante un buen rato nadie supo muy bien qué decir. La caza furtiva seguía siendo tan poco popular entre las autoridades como de costumbre. Wahram se apresuró a volver la vista hacia el zoólogo, y, aunque nadie hubiera condenado a Cisne debido a su posición como fundadora, los lugareños, que como mucho tenían la mitad de su edad, rebullían incómodos, intentando encontrar una salida de la situación.

—Supongo que a esto se refiere la frase «verse atrapado con las manos llenas» —dijo Wahram con el tono más jovial que pudo conjugar—. Pero, por favor, me gustaría ver esos elefantes mientras pueda, y en este momento se alejan de nosotros. Estoy seguro de que aquí la situación volverá pronto a la normalidad. —Y se alejó de un modo que invitaba a sus guías a seguirlo.

Sería mejor explorar el parque en la otra dirección. O podía seguir el rastro de la familia de guepardos. Una vez vio a Cisne haciéndolo, pero no se le acercó. A esa altura tenía claro que ella necesitaba la soledad. En la población, si entraba en el restaurante, comía a solas, lo cual tenía algo decepcionado a Wahram.

En la pseudoiteración, uno efectúa el ritual diario atento tanto a la alegría de lo que le resulta familiar como al estremecimiento de lo accidental. Era importante encontrarse fuera al alba. El extremo soleado de la línea de sol proyectaba sombras en lo alto del cilindro, y sobre su cabeza volaban las bandadas de aves de un lado a otro. Le habían explicado que las aves migratorias fingen migrar. Alzan el vuelo al alba y vuelan durante buena parte de la jornada, antes de regresar al punto del que partieron. Quizá toda su necesidad de mantenerse en movimiento obedeciera a algo parecido.

Fue a proa a la burbuja de observación cuando el *Wegener* pasó por el famoso asteroide *Error de programación*. Allí, una de las excavadoras había desobedecido una de sus órdenes, tal vez porque la Inteligencia Artificial tuvo la desdicha de sufrir el impacto de un rayo cósmico, y, después de penetrar la superficie del asteroide y dejar el espacio interior chapado de acero, la maquinaria había entrado en bucle y vuelto a ejecutar el primer paso de su primer programa para devorar la roca restante del asteroide a lo largo del tubo de la cavidad original; cada vez que asomaba a la superficie del asteroide, se daba la vuelta y volvía a adentrarse en él, construyendo y dejándolo más hueco que antes. Al cabo de unos años estaba claro que el proceso no se detendría sin intervención externa, ya que todo el asteroide,



considerablemente carcomido, había terminado teniendo el aspecto de una cuerda de acero hecha de nudos. Algunos abogaban por dejar que el proceso siguiera su curso para ver qué sucedía, pero debía de haber alguien que no estuvo muy de acuerdo con la propuesta, porque una explosión de intenso pulso electromagnético había destrozado la Inteligencia Artificial y congelado la excavadora en mitad de un giro. El morro asomaba por un lateral del asteroide como la cabeza de una serpiente. Pensó que en ese momento el asteroide parecía una especie de cabeza de Medusa, una escultura pretzel que algunos consideraban hermosa y otros no, la viva imagen de la insensatez de la Inteligencia Artificial, o de la futilidad del empeño del ser humano.

El *Wegener* pasó por el asteroide a tal velocidad que los presentes en la burbuja de observación ni siquiera pudieron pestañear sin perderselo; pasó de ser un punto a convertirse en una pelota de baloncesto en el transcurso de un único latido de corazón. Hubo exclamaciones ahogadas, luego algún que otro vitoreo. Wahram pensó que se trataba de una impactante obra de arte accidental, tan llena de curvas que parecía serpentear aún, como si la cabeza de la serpiente Ouroboros persiguiera con desgana su propia cola, o, tal como se le ocurrió pensar cuando describió al volver a la cocina lo que había visto, como una maraña de botellas Klein.

Al día siguiente pasaron junto a otro famoso error, y a proa fueron más personas a verlo de las que habían acudido a ver *Error de programación*, lo cual a Wahram le pareció deprimente. Este terrario, llamado *Yggdrasil*, había sufrido una avería catastrófica: presentaba una abertura llena de hielo, no tanto fruto de una fisura como de una explosión. Tan sólo algunos de los habitantes habían sobrevivido, como cincuenta de los tres mil que había. Podía sucederle a cualquiera que no viviese en la Tierra o en Marte. Wahram no se molestó en mirar.

## *Listas (2)*

yacer desnuda en un bloque de hielo al calor que desprende una lámpara

Pasar cinco horas en un traje de vacío que tan sólo dispone de cuatro horas de oxígeno

Correr por el ecuador de Mercurio

Tatuar un diagrama del sistema solar en la piel de su pecho con un cuchillo láser

Caer lentamente (todo el día) por el hueco de una escalera imponente, desnuda, como en un Duchamp

Salir volando proyectada hacia lo alto desde Terminador, hacia la luz de una llamarada solar, para después eyectarse y efectuar un aterrizaje forzoso impulsada únicamente por los impulsores del traje de vacío

Sentada en una silla, mirar a los ojos de la gente que se sienta delante de ella, durante un año

Bailar en el fuego con un traje traslúcido que resista temperaturas elevadas

Arrojar bolas por la imponente escalera desde lo alto de Muro de Alba de Terminador durante un día entero (Día de Pachinko)

Pasar una semana en una caja llena de gusanos

Colgar boca abajo, crucificada, a la luz del sol cuando se abran las puertas de Alba de Terminador

Sentada una semana sobre una montaña de cebollas, pelar una tras otra

Salir a la intemperie en traje de vacío con oxígeno, pero sin calefacción, para

ver cuánto puede ella aguantar (14 minutos)

Salir a la intemperie en traje de vacío con oxígeno, pero sin calefacción, para ver cuánto tiempo podría pasar caminando con luz del sol parcial y el calor radioactivo que desprende (61 minutos)

Salir a la intemperie en traje de vacío con oxígeno, pero sin filtro de aire, para ver cuánto tiempo podría aguantar fuera (8 minutos)

## CISNE Y UN FELINO

Cisne salió del *Wegener* avergonzada y deprimida por las ideas horribles que había tenido de joven, relativas en este caso a la Ascensión compuesta por pampa y sabana, por no mencionar el hecho de haberse convertido en cazadora furtiva, de que la hubiesen sorprendido con las manos en la masa, por listilla. Pero luego empeoró cuando su taxi los dejó en un terrario que se dirigía hacia Júpiter, un terrario que resultó ser *El Pleistoceno*, otra de sus creaciones de juventud, una Era de Hielo con cierta cantidad de especies de megafauna resucitadas que compartían espacio con versiones mutadas de sí mismas. Osos gigantes de cara achatada que miraban boquiabiertos a su alrededor, como si no supieran qué estaba pasando, guepardos, mastodontes y mamut lanudos, la mayoría recuperados, sin atender a criterios estrictos de fidelidad, gracias a antiguas muestras de ADN, en realidad artificiales, que alumbraron elefantes, leones u osos Kodiak, y que por tanto carecían de los conocimientos mínimos que les hubiesen transmitido miembros de su propia especie. Era muy triste. Cisne se culpó por ello, pasó una semana horrible hasta que llegaron a Júpiter, y a punto estuvo de perder la vida; para empezar hacía un frío endemoniado, y luego una mañana despertó en una hamaca incómoda que colgaba de un árbol, para ver que un felino enorme se había encaramado a la rama, a saber qué especie de felino, posiblemente un león de montaña, puede que un leopardo de las nieves, porque tenía el pelaje muy largo. El caso es que estaba decidido a alcanzarla, y como no pesaba más que ella parecía probable que pudiese trepar hasta una posición muy elevada desde la que arrojársele encima. A unos doce metros del suelo, con el terrario girando sobre sí a una gravedad, y por un instante maldijo el cambio efectuado en el pasado que equiparaba la gravedad con la marciana, la cual fue al principio la norma, eso antes de que el miedo le copara los sentidos. Sal de la hamaca. Trepa más de lo que un felino, que pesa menos que tú, pueda trepar. Lo cual obviamente supone un problema. Se impulsó hasta la rama que había sobre ella, la cual ascendía en un ángulo más vertical que la suya. El felino la miró calmado, sin hacer ningún movimiento. Los ojos del color del topacio destacaban en el largo pelaje blanco; el labio superior plegado hacia atrás, los colmillos blancos, hambrientos. No había malicia en él. Ya en la rama vertical, con los pies en el tronco, ascendió y ascendió decidida a salvarse. Se columpió en la copa, rodeada por ramas, todas delgadas, quebradizas. Era una especie de roble. Si le daba una patada en el morro cuando la atacase, posiblemente no la alcanzaría y

se precipitaría al vacío. La atacaría con las garras de las patas delanteras, y la patada tendría que bastar para salvarla, ganar impulso, tal vez hacia arriba. Intentó trepar más, pero no pudo.

Estaba en *El Pleistoceno*. Llevaba una pistola aturdidora.

Pero se la había dejado en la hamaca.

—Mierda.

El felino pasó a la rama de Cisne. Demasiado peso para andar columpiándose demasiado.

—¿Alguna sugerencia, Pauline?

—Asústalo —respondió Pauline—. Cárgate de adrenalina y haz algo asombroso.

Cisne giró la cintura y se soltó, precipitándose con los pies por delante sobre el rostro del felino, al tiempo que gritaba todo lo posible. Cuando los pies alcanzaron otra cosa, se asió a unas ramas y sintió que algo le golpeaba las costillas. Se quedó sin aire en los pulmones, fue incapaz de seguir gritando. Movié los pies en busca de sustento, que no halló, y miró hacia abajo. El felino estaba en el suelo, mirándola. Cisne gritó de nuevo, consciente de la aguda punzada de dolor provocada por la costilla rota. Su grito adoptó una tonalidad furiosa y maldijo al felino con palabras malsonantes. Mátalo como a Arquíloco. La voz rota, un agudo y amargo chillido que le hirió la garganta e hizo que le dolieran los oídos, un sonido que la hizo consciente de haber perdido la razón. El felino lanzó un suspiro audible y se alejó.

Ella regresó a la hamaca y recuperó la pistola aturdidora. Bajar del árbol le supuso un dolor infernal.

Después de aquello evitó a Wahram, y para cuando desembarcaron en Calisto hasta se había encariñado del dolor que sentía en el costado. Hacía que se sintiese mejor; era una manifestación de su pesar, de su ira. No había olvidado el temor asociado, sino que lo había transformado en otra cosa, una especie de triunfo. ¡Había estado a punto de convertirse en el desayuno de ese felino! Se había comportado como una insensata y había vuelto a sobrevivir, lo que sucedía a menudo. Debía de ser cosa del destino. Sin duda seguiría pasando lo mismo.

—Éste es el más básico de los silogismos falsos —aseguró Pauline una vez que manifestó en voz alta sus pensamientos.

Las lunas jovianas eran enormes, y el propio Júpiter era como un óleo gigantesco, fruto del exagerado pincel de un genio, manchas untosas que giraban de un trecho anaranjado a otro, todos los bordes entre las franjas pura fantasía sin parangón. A Cisne le encantaba contemplarlo, y la ciudad desde la cual lo observaba tampoco estaba mal: Cuarto anillo de Valhalla, construido en el borde del cráter epónimo. Valhalla tenía seis anillos que salpicaban un costado de Calisto como las ondas concéntricas que se forman en un lago después arrojar una piedra. La ciudad se ubicaba en lo alto del cuarto anillo, extendiéndose en la medida de lo posible; reparó en que había otras ciudades que partían de los anillos tercero y quinto. Se decía que con el tiempo acabarían cubriendo la práctica totalidad de Valhalla, y que después de eso tal vez cubriesen el resto de Calisto; era un mundo muy extenso. Incluso había quienes aseguraban que podía terraformarse adecuadamente, a pesar de la ausencia del menor indicio de una atmósfera adecuada.

De hecho era uno entre cuatro mundos enormes, porque todas las lunas de Galileo eran gigantescas. Pendía de ellas, sin embargo, una especie de maldición, o eso le parecía a Cisne; una era prácticamente inservible, otra estaba disputada. Ío orbitaba tan lejos de los feroces cinturones de radiación de Júpiter que nunca sería ocupada, exceptuando el puñado de estaciones científicas que había. Europa, una luna de hielo tan grande como hermosa, estaba cubierta por una capa helada que la gente podía excavar para ponerse a cubierto de la radiación joviana, que incluso ahí era fuerte: maravillosos palacios de hielo, con el monstruoso Júpiter siempre en lo alto, o así lo había creído siempre todo el mundo. Pero eso no sucedió, porque se había demostrado la existencia de alienígenas que vivían en el océano que fluía debajo, una ecología compuesta por alga, quimiotrofos, litotrofos, metanógenos, raspadores, ventosas, ventiladores, depredadores y detritívoros, nadadores todos, o trepadores, o colgando de algún lado, cuando no haciéndose una madriguera en otro; y se convirtieron en un problema. Algunos pensaban que ya habían contaminado el océano sólo por explorarlo, porque examinarlo con un taladro había supuesto el equivalente al problema de Lago Vostok pero escrito con mayúsculas. Sin embargo, se hizo lo posible por esterilizar las sondas, y después, descubierta y examinada toda la ecología, habían sellado el agujero, y se habían instalado en la superficie en estaciones científicas, desde las que estudiaban y cultivaban las muestras, ponderando si debían permanecer allí o marcharse, y, en caso de quedarse, qué clase de presencia debían mantener. Posiblemente los palacios de hielo propuestos no darían problemas, ya que la vida subterránea estaba confinada

en los diez kilómetros de glaciósfera que mediaban entre la superficie de la luna y su océano. Por otro lado, la vida era vida, y se extendía allá donde pudiese alcanzar, de modo que no cabía duda de que la contaminación alcanzaría cualquier rincón, por remoto que fuera, una vez producida la ocupación lunar. No obstante, dado que estas criaturas parecían ser primas hermanas, separadas hacía mucho tiempo por el viaje de los meteoros —recontaminadas ahora por la visita—, ¿tan negativo sería vivir sobre ellas e insistir en la contaminación menor, teniendo en cuenta que había personas que vivían y tragaban al respirar la vida microscópica que luego se inyectaban en las venas, cuando la vida había ido de un lado a otro dando tumbos por todo el sistema solar, interaccionando constantemente con otros primos lejanos? Una pregunta sin respuesta, que interesaba al europeo y joviano, quienes la tenían siempre presente, pero que quitaba menos el sueño a los habitantes del resto del sistema. Cisne mantenía un interés originado en su época de diseñadora, y aprobaba la decisión que habían tomado recientemente de seguir adelante y ocupar Europa, siempre y cuando se mantuvieran en lo alto, sin entrometerse en la interna vida acuática.

Pasaba su tiempo caminando por la autopista que recorría todo el Cuarto Círculo de Valhalla, esperando el vuelo que los llevaría a Ío. Evitaba a Wahram, que la observaba últimamente con una expresión preocupada que era incapaz de soportar. En lo alto, Júpiter exhibía la majestuosidad de costumbre. Posiblemente los jovianos tenían motivos para sentirse el ombligo de todo; poseían un sistema solar en miniatura para ellos, repleto de cosas distintas. Entre los anillos del cráter, la superficie de Calisto era una vasta llanura nívea, y Júpiter y las otras tres lunas efectuaban su particular danza. Era un espacio muy hermoso.

Pero habían viajado allí para visitar a Wang, de modo que no tardó en impacientarse ante la demora de la lanzadera de Ío, en cansarse de la vista. Júpiter ejecutaba sus juegos malabares una y otra vez, no era arte sino química, mera repetición fractal. Recientemente habían encendido enormes lámparas de gas en la parte alta de la atmósfera joviana, con las que iluminar mejor las poblaciones ubicadas en los laterales galileos jovianos. Uno podía ver cómo esos puntos intensamente brillantes como el diamante distorsionaban la parte alta de las nubes de Júpiter, añadiendo nuevas espirales y corrientes, que elevaban el conjunto a la categoría de una obra de arte, una especie de goldsworthy, la obra de un artista loco.

Finalmente llegó el momento de embarcar en la lanzadera de Ío.

—Pauline —dijo Cisne—, ¿estarás bien allí?

—Sí, siempre y cuando tú lo estés. Allí tendrás que permanecer dentro de la jaula de Faraday para mantenerte a salvo. Sin duda los jovianos te lo recordarán.

Y eso fue lo que hicieron durante el viaje, sin escatimar esfuerzos. En una caja dentro de una caja, como muñecas rusas, estaban tan orgullosos. Descendieron sobre Ío, dejando a popa de la nave una intensa aurora, gallardetes que ondeaban en forma de franjas azul transparente y verde eléctrico, gallardetes y luces de bengala cuyo vuelo trazaba una trayectoria en forma de arco.



## Ío

Ío, la luna más interior de Júpiter, grande como la Luna. Asombroso mundo amarillento, terrible evisceración de las entrañas lunares, regurgitadas una y otra vez hasta que todo lo que es más volátil que el sulfuro se ha quemado. Sulfuro, sulfuro por todas partes, apenas hay un lugar donde mantenerse en pie. Cuatrocientos volcanes en activo que escupen fuego como forjas furiosas, expulsando dióxido de sulfuro hasta una altura de cien kilómetros. Una luna cuyo interior es más ardiente que el interior de la Tierra: pon la mano ante el vapor que surge de la fisura volcánica de Nea Kameni, en la caldera de Santorini, para sentir el calor que reina en el interior de la Tierra, parece el vapor que desprenden los cacharros de la cocina, pero no tardarás en descubrir que arde tres veces más. Aunque fueses capaz de apartar la mano al instante, la retirarías despellejada. Pues el interior de Ío posee una temperatura treinta veces mayor.

Y su aspecto no miente. Es un infierno que pende del inmenso tirón gravitacional que existe entre Europa y Júpiter. Gravedad en acción. El campo de radiación de Júpiter es tan vasto y fuerte que Ío se quema preso en él; incluso el *Deinoccus radiodurans* perece en él. Nada vive en Ío.

Exceptuando a los humanos, y el modesto conjunto de biota que llevan consigo a todas partes. Porque es posible encontrar islas de roca dura en las partes altas de los enormes volcanes, penetrar esa roca y esconder en ella una pequeña estación. Un cubo que contenga el cubo de Wang. Todo allí debe estar triplemente protegido, primero por paredes físicas, luego por un campo magnético lo bastante potente para que contrarreste la radiación joviana; y como a su vez ese campo basta para matar, dentro es necesaria una jaula de Faraday que proteja de la protección.

Descender en una aurora azul y magnética, un fuego de electrones. Bajo la luna extenderse desde una bola a una llanura a un tumultuoso paisaje montañoso de volcanes que se solapan, conos abultados que cuesta distinguir entre las diversas tonalidades amarillas que salpican los pardos, blancos, negros, el color ladrillo, el bronce, brochazos de todos los colores quemados, la mayoría amarillos. Aquí y allí hay anillos dispersos de negro o rojo o blanco que revelan fisuras activas, de cuyo

interior surgen las entrañas en forma de círculos irregulares. Pero la mayoría de los trechos son mucho menos regulares, y considerada en su conjunto la superficie es una maraña que el ojo humano no puede reducir a los confines de la topografía. Es lo que parece, un mundo de fuego. Los nombres que los humanos han aplicado son redundantes. Dioses de fuego, dioses del trueno, dioses del rayo y el volcán, todas las deidades combustibles, desde Agni, dios hindú del fuego, hasta Volund, el herrero germano de los dioses; todos estos nombres intentan humanizar la luna, pero fracasan en el empeño. Ío no es un lugar humano. La dura corteza de su superficie, que sólo enfría el contacto del escalofriante vacío del espacio, es tan delgada que en muchos puntos no sustentaría a una persona. Algunos de los primeros exploradores lo descubrieron por la vía dura: se alejaron tanto del vehículo de aterrizaje que acabaron hundiéndose en el terreno sulfuroso, desapareciendo en la ardiente lava.

Creemos que por vivir en planetas y lunas más templadas, vivimos en lugares más seguros que Ío. Pero no es así.

## CISNE Y WANG

La estación de Ío que contiene el qubo de Wang y su equipo de soporte se encontraba en lo alto del costado de Ra Patera, una de las montañas más grandes del sistema solar. Mientras descendía el ferry, el eje del ancho faldón de Ra parecía ligeramente inclinado respecto a la horizontal. El ferry se introdujo por un agujero de la pista de hormigón, después de lo cual se cerró el techo sobre el vehículo. Desde ese momento en adelante se vieron bajo tierra. Todo lo que podían ver de la luna en las numerosas pantallas de la estación, así como en los ventanucos de la torre en forma de cono de la estación, formaba parte del faldón de Ra.

Había varias personas en el puente ubicado en el piso superior de la torre cónica. Nadie levantó la vista al entrar Cisne y Wahram, y tampoco para mirar a Wang cuando entró.

Wang Wei resultó ser una persona redonda de carácter inofensivo. Un investigador de tomo y lomo, tal como Mqaret lo había descrito: uno de los mayores expertos en qubos del sistema. A veces, tales individuos eran soberanos de pequeñas y espléndidas Ruritánias. Cisne se preguntó si Alex tenía razón al pensar que la balcanización del sistema solar era la reacción humana, deliberada pero inconsciente, a los qubos, una especie de resistencia ante su incipiente poder.

Wang saludó a Cisne y Wahram, y tras un rápido «Ah, gracias», aceptó un sobre de Alex que le ofreció Cisne. Dio la impresión de estar al corriente de su existencia. Leyó la carta que contenía, luego introdujo la pastilla que cayó del interior en el escritorio más cercano. Contempló la consola durante un buen rato, leyendo con atención, sirviéndose del dedo índice para no saltar de línea.

—Lamento mucho la pérdida de Alex —dijo finalmente a Cisne—. Te acompaño en el sentimiento. Era el eje de nuestra pequeña rueda, que ahora gira con los radios desencajados.

—Me dijo en su nota que debía visitarte —dijo Cisne, sorprendida ante aquel comentario—. Me dejó los mensajes en su despacho. Supongo que se trataba de un plan de emergencia. Y el sobre que te he entregado forma parte de él.

—Sí. Me dijo que tal vez lo haría. Alex sugiere en este texto que también ha cargado una pastilla en tu qubo interno.

—En efecto. Pero mi qubo no suelta ninguna palabra al respecto.

—No había margen de duda en las instrucciones de Alex. Los datos son muy concretos. Lo que tú posees es una especie de copia de seguridad —explicó Wang en tono de disculpa.

Cisne miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos, antes de volverse hacia Wahram, y vio que estaban conchabados, como Wahram y Genette en Mercurio.

—Dime de qué va todo esto —dijo con tono de exigencia—. Ambos trabajabais con Alex en algo.

Titubearon.

—Sí —dijo finalmente Wang—. Durante muchos años. Alex era el eje, como te he dicho. Colaborábamos con ella.

—Pero no le gustaba guardar información en la nube —dijo Cisne, que señaló con un gesto el entorno de la estación—. Ella mantenía las cosas en su cabeza, ¿verdad? Pero tú trabajas con qubos, ¿no es así? ¿El qubo de Wang, el algoritmo de Wang?

—Sí —admitió Wang.

—Para no dejar rastro, Alex se mantenía apartada de los qubos, aunque para ello necesitaba la ayuda de uno. Así funcionan las cosas ahora, y ella lo sabía.

Wang asintió.

—Por eso me escogió. No sé decir por qué. Posiblemente pensó que tenía más contacto del que tengo realmente con lo que ella solía llamar la liga de los mundos no afiliados. Tengo una red de contactos, pero no es exhaustiva. Nadie tiene un conocimiento preciso del sistema, tal como es ahora.

—¿Era eso lo que buscaba Alex? —preguntó Cisne.

Wahram negó con la cabeza.

—Conocía el sistema tan bien como cualquiera pueda hacerlo. Wang conoce a los no afiliados, pero, y esto, al menos en mi opinión, es más importante, su qubo está secuestrado aquí. Su contacto con el resto del sistema está controlado por Wang. Eso le gustaba a Alex, porque intentaba trasladar todas sus comunicaciones a un canal humano directo.

—Pero dejó estos mensajes —dijo Cisne—. Por si ella no podía hablar. Quería que nosotros lo hiciésemos. Que vosotros hablaseis conmigo.

—Evidentemente.

—¡Pues contadme qué os traéis entre manos!

Los dos hombres cruzaron la mirada. Luego se pasaron un buen rato mirándose las puntas de los pies.

Entonces Wang la miró a los ojos, lo cual sorprendió a Cisne con la guardia baja. Tenía una mirada muy intensa.

—Nadie sabe exactamente cómo manejar esta situación, porque tiene que ver con los qubos, y tú llevas uno en tu interior. Así que Alex no te habló de esta parte del asunto, y yo tampoco quiero hacerlo. Ahora que la lista de contactos de Alex está a salvo aquí, quienes colaborábamos con ella podemos intentar seguir adelante con sus planes.

—De modo que tenéis información de Alex, y mi qubo posee información de Alex, pero yo no puedo tener información de Alex.

Wang miró a Wahram. El rostro ancho de éste presentaba el aspecto que hubiera tenido si alguien le estuviese clavando un montón de alfileres. Abría los ojos desmesuradamente, igual que Wang. Ambos se quedaron mirándola. No supieron qué decirle. No parecían dispuestos a soltar prenda.

Después de resoplar, Cisne se despidió de ambos y abandonó la sala.

En la estación no había un lugar a donde huir. Fue lo primero en lo que pensó Cisne al salir. Necesitaba librarse de la ira corriendo en las montañas, pero allí estaba atrapada en un qubo dentro de un cubo, una caja repleta de habitaciones, la mayoría de las cuales carecía de ventanas. La claustrofobia vivía siempre al acecho, y con lo furiosa que estaba con los dos hombres y el pesar que le causaba la muerte de Alex (y la ira que le causaba mantenerla al margen, todo por culpa de Pauline), la

asaltó la sensación de estar atrapada, y fue de un lado a otro maldiciéndolo todo hasta que subió por la torre cónica hasta una sala con una ventana de observación, dio un sonoro portazo y pasó un rato golpeando la mesa con los puños cerrados. Le dolió la costilla un poco cuando lo hizo, aunque eso ya formaba parte del paquete, aquel dolor, que era la suma, la combinación de todos sus sentimientos. ¡El dolor!

Percibió movimiento por el rabillo del ojo. Interrumpió la manifestación de ira para ir a mirar por la ventana: a través de las lágrimas vio en la mancha amarilla una borrosa figura humana que caminaba hacia la estación. Se movía de forma extraña, dando sacudidas, tambaleándose, pasando en un abrir y cerrar de ojos de un punto a otro.

—Pauline, ¿aquí se puede caminar en la superficie? Me refiero al exterior de la estación.

—El traje tendría que ofrecer la misma protección que ofrece la estación —respondió Pauline—. Por favor, pon de inmediato al corriente de lo que has visto a la seguridad de la estación.

—Digo yo que también ellos lo habrán visto.

—Ese traje podría ofrecer varias clases de protección. Cabe la posibilidad de que el componente visual de tu avistamiento constituya la única prueba que tengan. Por favor, apresúrate. No es momento de discutir conmigo.

Cisne lanzó un gruñido y abandonó la sala. Después de perderse llegó a la estancia a la que habían acudido Wahram y ella al llegar.

—Hay alguien que se acerca a pie a la estación —dijo a las personas que encontró allí, que reaccionaron sorprendidas. Algunos repasaron con atención la imagen de las pantallas. Cisne no supo decirles hacia dónde miraba la ventana, y tuvo que llevarlos allí (suerte que fue capaz de recordar el camino) para mostrárselo. A esa altura no se veía nada en el paisaje roto que se extendía colina abajo desde la estación. Al parecer, ninguna de las personas que habían permanecido en la sala de control vio algo fuera de lo normal.

—Los detalles, Pauline —pidió Cisne.

—Nornoroeste, a trescientos diez metros colina abajo. Las huellas aún serán visibles. El movimiento de la figura era irregular...

Wang entró con prisas en la sala. Sin duda alguien le había puesto al corriente de lo sucedido.

—Cerradla —ordenó, sin más, a sus hombres. Sonaron alarmas estridentes en todas las salas, imposible no oírlas. De pronto la estación se convirtió en un hervidero de actividad. Condujeron apresuradamente a Cisne y Wahram por diversos pasillos hasta un refugio. Al llegar lo encontraron lleno de gente, y después de hacerse un hueco se cerró la puerta; al parecer estaban todos presentes. Se hallaban en el interior de la muñeca rusa más pequeña de todas.

Una de las paredes estaba cubierta de monitores. Pauline ayudó a la Inteligencia Artificial de la estación a orientar las cámaras. Uno de los monitores mostró enseguida una imagen de la ladera de la colina. Allí, al fondo, una figura diminuta daba saltitos colina abajo.

—Qué insensatez —dijo Wang—. En ese punto la capa es muy delgada.

Entonces, la figura lejana se hundió con un destello fugaz antes de desaparecer.

—Seguid mirando alrededor de la estación —dijo Wang tras el silencio que se impuso—. A ver si hay alguien más en las inmediaciones. Y sacad un robot que se acerque a la zona donde ha desaparecido el que daba saltos.

La gente en la sala observó atenta y en silencio las pantallas. Si la jaula de Faraday perdía potencia, no tardarían en quemarse vivos. La radiación de Júpiter quemaría las células que los componían.

Pero no sucedió nada. La potencia de la estación mantuvo su nivel, y no vieron a nadie más en las inmediaciones.

Entonces se produjo cierto revuelo en la sala.

—¡Llaman de una nave pidiendo permiso para aterrizar! —anunció alguien.

—¿De quién se trata?

—Es una nave interplanetaria. La *Justicia rápida*.

—Asegúrate de que sea quien dice ser.

La imagen de la nave llenó la mayor de las pantallas, y todos la observaron mientras se introducía por el agujero de la pista de aterrizaje de la estación. Al poco rato apareció en la lente de la cámara de seguridad un rostro, cubierto con casco, dispuesto a prestarse a la lectura de retina, después de la cual saludó con la mano y levantó ambos pulgares en un gesto inconfundible. Por lo visto se trataba de un amigo.

Una vez les permitieron la entrada, se recortaron contra el umbral tres personas, con el casco en el hueco del brazo, una de las cuales era menuda. A Cisne le sorprendió reconocer a la inspectora que los había visitado en el laboratorio de Mqaret: Jean Genette.

—Llegas tarde —dijo Wang.

—Lo siento —respondió Genette—. Nos detuvieron. Háblame de lo sucedido.

—Según parece se trataba de un único intruso —concluyó Wang tras ofrecer una somera descripción de los hechos—. Se acercó a la base y después descendió por la colina antes de hundirse en el terreno. Aún no hemos encontrado vehículos saltadores.

Genette inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Se ha limitado a correr colina abajo hacia su muerte?

—Eso parece.

La inspectora miró a sus acompañantes.

—Tendremos que recuperar de la lava los restos que encontremos. —Y después, volviéndose hacia Wang y los demás, añadió—: No tardaremos en volver. Tal vez sería buena idea que pasarais un rato más aquí encerrados.

Los tres se marcharon, de camino a la escotilla de la estación.

—Muy bien —dijo Cisne, mirando a Wahram con especial dureza—. Dime qué está pasando.

—No estoy seguro —respondió Wahram.



— ¡Pues acaban de atacarnos!

— Supongo que sí.

— ¿Sólo lo supones?

Wang habló sin dejar de repasar los datos que le mostraba la pantalla.

— Un ataque poco efectivo, a decir verdad.

— ¿Quién querría atacaros? — quiso saber Cisne—. ¿Y cómo ha llegado tan rápidamente la inspectora Genette? ¿Tiene todo esto algo que ver con lo que hacíais con Alex?

— A estas alturas cuesta decirlo con certeza... — intervino Wahram.

Pero Cisne lo interrumpió al propinarle un puñetazo en el brazo.

— Para ya — dijo, furiosa—. ¡Quiero que me digáis lo que está pasando!

Miró alrededor de la atestada sala: entre doce y quince personas se hacinaban allí, todas concentradas en sus propios asuntos, dejando a Wang y a sus visitantes en paz en una mesa del rincón.

— Decídmelo o me pongo a gritar. — Soltó un gritito para mostrarles lo que podía suceder, y los presentes en la estancia se sobresaltaron, volviéndose en su dirección, cuando no hicieron ímprobos esfuerzos para fingir que no se habían asustado.

Wahram se volvió hacia Wang.

— Deja que lo intente — propuso.

— Toda tuya — concedió Wang.

Wahram tecleó en la pantalla de la mesa, en cuya superficie se dibujó un plano del sistema solar, una imagen tridimensional que más bien parecía flotar en el interior de la mesa. Esferas de brillantes colores holográficos componían algo parecido al sistema solar, aunque esta representación en concreto mostraba más esferas de colores, tal como apreció Cisne, además de una generosa cantidad de líneas coloreadas que unían estas esferas. Éstas no mostraban un tamaño

proporcional al verdadero de los planetas y sus satélites.

—El análisis de Alex dio pie a esta imagen —explicó Wahram a Cisne—. Es un intento de mostrar el poder, y el potencial de poder. Una especie de gráfica de Menard. El tamaño de las esferas viene determinado por un conjunto de factores que Alex consideraba importantes.

Cisne reparó en Mercurio, cerca del sol, pequeño y rojo. Los miembros del Mondragon eran rojos, una constelación de puntos rojos diseminados a lo largo del sistema, todos pequeños, a pesar de su abundancia. La Tierra era enorme y multicolor, un hatillo de esferas, como un racimo de globos de helio crispados como un puño. Marte era una esfera verde, casi tan grande como la Tierra. Las líneas de colores que unían las esferas creaban telarañas densas en la zona próxima a Saturno, pero se dispersaba más allá.

—¿Qué factores? —preguntó Cisne, intentando calmarse. Aún estaba nerviosa, más por la aparición de Genette que por el ataque.

—Capital acumulado, población, bioinfraestructura, salud, estado de terraformación y estabilidad, recursos volátiles y minerales, relaciones y tratados, equipamiento militar —respondió Wahram—. Más tarde podemos facilitarte los detalles. Lo que puedes ver de un simple vistazo es que Marte, y la Tierra, considerada como un colectivo, son en este momento mucho mayores que cualquier otra potencia. Y China, la enorme bola de color rosa, es la fracción más importante de la potencia de la Tierra. Entretanto, Venus posee un gran potencial que cuesta representar gráficamente, porque en este momento no se parece ni remotamente a lo que llegará a ser. Venus y China comparten el color rosa porque ambos están en buenos términos con el Mondragon. Verás que existe potencial en el eje China-Venus-Mondragon para ostentar el mayor poder de todos. Alex solía decir que el dominio chino es el estado por defecto en toda la historia, exceptuando el breve periodo que estuvo subyugada a Europa. Tal vez sea exagerar un poco, pero la imagen habla por sí sola en lo que a la situación actual respecta.

»Fíjate también en la insignificancia del resto de las colonias espaciales. Incluso en el caso de unirse, seguirían siéndolo. No obstante, si incluyes en la ecuación su potencial terraformador, tal como me dispongo a hacer ahora... Mira: Venus, la Luna y los Galileanos Jovianos, sin contar a Ío, Titán y Tritón, se vuelven mucho mayores. Son los que poseen mayor potencial de crecimiento en todo el espacio. La mayoría de los asteroides están ocupados, así que a corto plazo, mirando siempre el potencial, Venus y las grandes lunas son las nuevas potencias.

Y pronto seremos capaces de habitar Venus en su totalidad, momento en que aumentará exponencialmente su crecimiento, así que allí el ambiente se está enrareciendo, lo que desestabiliza a la Tierra.

—¿Qué era lo que preocupaba a Alex? —preguntó Cisne—. ¿Y qué se proponía hacer al respecto?

Antes de responder, Wahram llenó de aire los pulmones.

—Percibió la inestabilidad de un sistema abocado a la crisis, a menos que se llevasen a cabo ciertos cambios. Quería estabilizar las cosas. Estaba convencida de que la Tierra era una fuente fundamental de problemas.

Se quedó mirando unos instantes la imagen como para recalcar sus palabras. Ahí en mitad de todos los colores primarios, el puño formado por globos de distintos colores que representaba la Tierra era un conjunto tan llamativo que casi vibraba.

—¿Eso se había propuesto? —preguntó Cisne, sintiendo una punzada de preocupación—. ¿Estás diciendo que quería cambiar las cosas en la Tierra?

—Sí —respondió Wahram sin titubear—. Eso mismo. Por supuesto era consciente de que su deseo constituye un error famoso muy propio de colonos espaciales. Un proyecto imposible que con toda seguridad acabaría por torcerse. Pero a estas alturas esperaba contar con los suficientes factores a su favor para marcar la diferencia. Había trazado un plan. Muchos de nosotros nos sentimos al principio como si el extremo de la cola sacudiera al perro, en lugar de ser al revés. Pero Alex se mostró muy persuasiva, dijo que nunca estaríamos a salvo hasta que el estado de la Tierra mejorase. Así que decidimos unirnos a ella.

—¿Qué significa eso?

—Hemos acumulado alimentos y animales en los terrarios, además de abrir consulados terrestres en países afines. Cerramos acuerdos. Pero ahora la muerte de Alex lo ha complicado todo, porque ella se encargaba de buena parte de la labor. Hubo acuerdos verbales.

—No confiaba en los qubos, lo sé.

—Exacto.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo... Tal vez no debería decírtelo en este momento.

—Cuéntamelo —pidió Cisne después de una pausa incómoda.

Cuando él levantó la vista y la miró a los ojos, le dirigió la misma mirada que habría visto en ojos de Alex. Cisne se sintió imbuida por ella. Alex era capaz de hacer hablar a la gente con una mirada.

Pero fue Wang quien respondió.

—Tiene que ver con algunas historias raras que circulan por ahí relacionadas con los qubos —dijo con cuidado—. En Venus y en el cinturón de asteroides. Estos incidentes los investigan la inspectora Genette y su equipo. Así que... —Señaló hacia la puerta—. Podría formar parte de eso. Hasta que dispongamos de más detalles, será mejor no tocar el asunto. Además, teniendo en cuenta que tu qubo interno esté grabando todo esto... ¿Podrías pedirle que mantuviera la grabación a buen recaudo? Eso sería lo mejor.

—Muestra a Cisne la imagen del sistema, con el poder del qubo incluido —pidió Wahram a Wang.

Wang asintió antes de manipular la imagen de la mesa.

—Esta imagen pretende abarcar tanto a los qubos como a las inteligencias artificiales clásicas. Tiene por objeto mostrar una imagen de hasta qué punto nuestra civilización está gestionada por Inteligencia Artificial.

—Los qubos no gestionan nada —objetó Cisne—. No toman decisiones.

Wang arrugó el entrecejo.

—De hecho deciden algunas cosas. Cuándo lanzar un ferry, por ejemplo, o cómo distribuir los bienes y servicios del Mondragon. Cosas así. Resumiendo: la mayoría del trabajo de la infraestructura del sistema.

—Pero no deciden cómo gestionarlo —insistió Cisne.

—Sé a qué te refieres, pero mira la imagen.

En esa versión, explicó él, el rojo representaba el poder humano, el azul el poder de los ordenadores: azul celeste para los ordenes clásicos, y azul marino para los superordenadores. Había un enorme globo azul marino cerca de Júpiter, y otros más pequeños dispersos por doquier, la mayoría formaba parte de un único tejido. Los humanos aparecían como manchas rojas, inferiores en número y más pequeños que los puntos azules, unidos por muchas menos líneas rojas.

—¿Qué es esa bola azul que hay alrededor de Júpiter? —preguntó Cisne—. ¿Sois vosotros?

—Sí —dijo Wang.

—Y ahora resulta que alguien ha atacado esta inmensa bola azul.

—Sí. —Wang no podía mirar la imagen más ceñudo—. Pero no sabemos quién. Ni el porqué.

—Imágenes como ésta eran una parte de lo que preocupaba tanto a Alex —intervino Wahram, tras unos instantes de silencio—. Hizo no pocos esfuerzos por asumir la naturaleza de la situación. Por ahora dejémoslo así, por favor. Espero que lo entiendas.

Sus ojos de sapo se le antojaron más llenos que nunca. Estaba sudando.

Cisne le miró un rato, antes de encogerse de hombros. Quería discutir, y reparó de nuevo en el alivio que le producía hallar algo que la sacase de sus casillas, aparte de la muerte de Alex. Cualquier cosa, por mucho que al final sirviera de poco.

Wahram intentó reconducir el argumento hacia la Tierra.

—Alex decía que tendríamos que considerar la Tierra como nuestro sol. Todos giramos a su alrededor, y tiene una influencia enorme sobre nosotros. No podemos ignorarla, debido a la necesidad individual que cada viajero espacial tiene por efectuar sus descansos sabáticos.

—No podemos hacerlo por muchas razones —insistió Wang.

—En efecto. —Y concluyó Wahram—: Así que estamos decididos a mantener en marcha sus proyectos. Tú puedes ayudarnos con eso. Ahora tu qubo posee su lista de contactos. Supondrá un esfuerzo tremendo mantenerlos a todos a bordo. Tu

ayuda no nos vendría nada mal.

Cisne, no muy satisfecha con esa manera de generalizar, inspeccionó de nuevo la imagen más reciente.

—¿Con quién trataba principalmente en la Tierra? —preguntó, al cabo.

Wahram se encogió de hombros antes de responder.

—Con mucha gente, aunque quizá Zasha fuese su contacto principal.

—¿De veras? —preguntó Cisne, sorprendida—. ¿Mi Zasha?

—¿Tuyo en qué sentido?

—Bueno, fuimos pareja un tiempo.

—No lo sabía. El caso es que Alex confiaba en el criterio de Zasha para hacerse una idea acerca de la situación en la Tierra.

Cisne era vagamente consciente de que Zasha colaboraba con la Casa de Mercurio en Manhattan, pero nunca había oído hablar a Alex o Zasha del otro. Otra cosa que averiguaba acerca de Alex; de pronto se le ocurrió pensar que así serían las cosas a partir de ese momento. No descubriría cosas nuevas por boca de Alex, sino sobre Alex. De ese modo, Alex se perpetuaría, y por poco que fuera, era mejor que nada. Mejor que el vacío. Y si Zasha había estado colaborando con ella...

—De acuerdo —dijo Cisne—. Cuando tu inspectora nos permita salir de aquí, viajaré a la Tierra.

Wahram asintió, no muy convencido.

—¿Tú qué harás? —preguntó Cisne.

—Yo tengo que ir a Saturno a informar —respondió Wahram tras encogerse de hombros.

—¿Volveremos a vernos?

—Sí, gracias. —Aunque pareció algo alarmado ante la idea—. Regresaré en breve a Terminador. Los vulcanoides se han puesto en contacto con el consejo de la

Liga Saturnina, que al parecer había llegado a ciertos acuerdos verbales con Alex. Hay en proyecto transportes ligeros vulcanoides con destino a Saturno, y en la actualidad soy el embajador del planeta más interior de la liga, así que te veré a tu regreso a Mercurio.

## *Extractos (2)*

simplificar la historia supondría distorsionar la realidad. A principios del siglo XXIV sucedían demasiadas cosas para que reparasen en ti, para que te entendiesen. Fracasaron los repetidos intentos de los historiadores contemporáneos por alcanzar un paradigma en el que todos coincidieran. Y en la actualidad no han cambiado mucho las cosas, si volvemos la vista atrás. Cuesta incluso reunir datos suficientes para aventurar suposiciones. Había miles de ciudades estado, cada una con su presencia en la nube o la ausencia de ella, todas ellas aunando... ¿Qué? La misma historia de siempre, pero elaborada ahora, hecha matemática, abundante... Por describirlo con una palabra muy propia de esa época: balcanizada. Ninguna descripción bastaría para

nodos de inestabilidad, como cuando muchos puntos forzados ceden al mismo tiempo, en este caso la retirada del Mondragon por parte de Marte, su campaña anti imperialista en la Tierra, y el regreso de las lunas jovianas al frente del escenario interplanetario. Igual que las primeras colonias más allá de Marte, los jovianos se vieron entorpecidos por su dependencia de tecnologías heredadas menos potentes, además del descubrimiento de vida en Ganímedes y Europa, y la intensa radiación de Júpiter. Más adelante, estrategias de colonización más potentes, además de los esfuerzos de terraformación de Venus y Titán, facilitaron que los jovianos reevaluaran como inadecuadas sus estaciones, domos y luxemburgos. Incluso con Ío permanentemente fuera de su alcance, las otras tres lunas galileanas constituyeron juntas un área de un enorme potencial, y fue la resolución de sus conflictos internos, y su compromiso común por la terraformación total, lo que dinamitó los mercados volátiles y motivó las crisis no lineares de las dos décadas siguientes

eran su propio experimento inevitable, e hicieron muchas cosas que hasta entonces nunca habían hecho: aumentados, plurisexuales, y, más importante aún, muy longevos, a esa altura los más ancianos tenían doscientos años. Pero ni eran ni más sabios ni más inteligentes. Triste pero cierto: la inteligencia individual probablemente alcanzó su punto álgido en el Paleolítico Superior, y desde entonces hemos sido nuestras propias mascotas, perros cuando fuimos lobos. Pero también, a



pesar de la disminución individual, capaces de hallar modos de acumular conocimiento y poder, de recopilar información, además de técnicas, prácticas, ciencias

por tanto, posiblemente más inteligentes como especie que como individualidad, pero propensa a la insensatez, a la locura, atascada en todo caso en el presente, en el instante que se nos escapa, en ese tiempo en que la gente vivía en la tecnología casi olvidada y en la cultura de la balcanización, en los años que precedieron a 2312...

pero, espera: eso aún está por contarse

### *Listas (3)*

alcohol, ayuno, sed, rituales de sudor, automutilación,  
privación del sueño, baile, sangrar, setas, inmersión en agua helada,  
kava, flagelación con espino o colmillos de animal, carne de cactus,  
exposición a los elementos, carrera de larga distancia, hipnosis,  
meditación, cántico y tamborileo rítmico, estramonio, belladona,  
*salvia divinorum*, olores acres o aromáticos, sudor de sapo, sexo tántrico  
dar vueltas sobre sí, anfetaminas, sedantes, opiáceos, alucinógenos,  
óxido nítrico, oxitocina, contener la respiración, saltar por un barranco,  
nitratos, kratom, hojas de coca, cacao, cafeína, enteógenos...  
etileno, gas enteogénico, fugas subterráneas bajo Delphi

## CISNE EN LA OSCURIDAD

Cuando pudieron abandonar la estación de Ío, Cisne se dirigió a la Tierra.

Resultó que el primer transporte que llevaba rumbo al centro era un carguero de línea que navegaba a oscuras. Consciente de la negrura que había dejado en su interior la muerte de Alex, Cisne decidió tomarlo. Wahram la despidió con su ya característica expresión de alarma.

Dentro del carguero reinaba la oscuridad. Estaba tan oscuro como pueda concebirse, poseía la negrura propia de una cueva que se abre en las entrañas de la tierra. El terrario apenas rotaba, por tanto la gravedad era muy baja. La gente flotaba en la oscuridad, desnuda o vestida, o cubierta con el traje de vacío. En torno a los edificios o los contenedores flotantes se movía a tientas, con sumo cuidado, una sociedad ciega, viva en un mundo de sonidos. Hombres y mujeres murciélago. A veces había interacciones, conversaciones, abrazos; otras se oían gritos que pedían ayuda, y había alguaciles que patrullaban para proporcionarla, equipados con gafas infrarrojas que les permitían ver lo que pasaba a su alrededor. Pero para la mayoría de los pasajeros la gracia estaba en vivir a ciegas un tiempo. Podía responder a un acto de penitencia, un viaje mental, o una nueva forma de practicar el sexo. Cisne no sabía qué quería extraer de aquella experiencia. Teniendo en cuenta cómo se sentía le pareció lo más adecuado.

Flotaba en una negrura completa, total. Tenía los ojos abiertos, a pesar de lo cual no veía nada, ni siquiera su propia mano. No había un atisbo de luz. El espacio en el que se encontraba parecía tan infinito como el propio cosmos, o reducido como si llevara una bolsa alrededor de la cabeza. Había voces aquí y allá que provenían de varias direcciones. Todas sonaban como un susurro, como si las personas tuviesen en la oscuridad la tendencia natural de susurrar, aunque a proa por la crujía, el leve tirón gravitatorio permitía celebrar una especie de juego o deporte, pues se oían silbatos, pitidos y gritos de alegría. Procedente de otra dirección llegaba el sonido de una guitarra y un oboe que interpretaban un dúo barroco. Se dirigió con cautela hacia allí, con la esperanza de escucharlo mejor. Si reduces la distancia a la mitad, doblas el sonido. De camino pasó junto a una pareja que, a juzgar por los jadeos, practicaba el sexo, o eso le pareció. Aquel ruido era

capaz de atraer una multitud tan abultada como la que podrían reunir la música o el deporte. Se habían producido toda clase de agresiones en los cargueros que navegaban a oscuras, gente que había hecho cosas inenarrables, o eso se decía. De hecho, costaba pensar que hubiese alguien se molestase en imponerse de forma tan drástica en otra persona, porque ¿para qué molestarse? ¿De qué serviría?

La pura y continua oscuridad empezó pronto a caracterizarse en su visión por manchas de colores, seguidas por el recuerdo de visiones que parecían dibujarse ante sus ojos. Cuando los cerró, las franjas y manchas de colores se redoblaron. Colores por doquier. Le hicieron recordar aquella vez, hace años, cuando digirió el surtido de alienígenas enceladanos, un plato absurdo cuya ingesta no solía recordar. Los comensales sentados alrededor de velas encendidas; Pauline, que no llevaba mucho tiempo en su interior, advirtiéndole que no lo hiciera; el pequeño cáliz lleno de *Enceladusea irwinii* y otras vidas enceladanas microscópicas. Uno de los comensales diciéndole: ¿Lo entiendes? Y Cisne respondiendo que lo hacía, la mayor mentira de su vida; el sabor de la infusión, parecido al de la sangre; la náusea; cómo se hizo la luz después de unos instantes de negrura, cuando la luz de las velas regresó y se volvió tan intensa que costaba mirarla; las olas de la playa que rugían en su interior, todo de pronto brillante, rebosante de color, Saturno una saturación de menta y melón. Sí, un periodo de sinestesia, con todos los sentidos en llamas; y en cierto momento tuvo la repentina impresión de que jamás volvería a ser la misma. ¿Era sabio infectarse de un alienígena? ¡No, no lo era! Entonces rompió a llorar, como envenenada, atrapada en un caleidoscopio, con el rugido en el oído, exclamando una y otra vez: «Pero yo fui Cisne; fui... Fui... Yo fui Cisne...»

Hizo lo posible por despojarse de aquel recuerdo vívido y arrojarlo a la oscuridad, lejos de sí. Giró ingrávida por el esfuerzo, que la había obligado a torcer el cuerpo y hacerse un nudo. Mientras giraba sobre sí empezó a tener la impresión de que la guitarra y el oboe que había oído se hallaban de hecho a bastante distancia uno del otro. ¿Se trataba de un dúo? ¿Cómo podían tocar juntos si los separaba un kilómetro? Habría cierta demora, una desconexión entre ambos instrumentos. Intentó concentrarse en ellos, tratar de discernir si estaban unidos o no. Pero cómo tener la certeza de nada en semejante negrura.

Comprendió entonces que aquello sería así mientras viajase a bordo. Nada se dibujaría ante sus ojos, no vería nada. Recuerdos e imaginación camparían a sus anchas, la hambruna de sus sentidos los empujaría a dar vueltas, hambrientos, a crear cosas que no existían, y tan sólo disfrutaría de la infelicidad por compañía. El ser puro, el pensamiento inalterado que revelaba lo que el mundo fenomenológico podía ocultar pero no cambiar: la oscuridad que anida en el corazón de las cosas.

Las protestas de su estómago la llevaron a comerse parte del cinto. Hizo sus necesidades en una bolsa, fuera del traje, y dejó la bolsa cerrada en el suelo, donde los robots encargados de la limpieza la olerían y recogerían. No dejaba de ver imágenes del rostro de Alex, y se aferraba a ellas como esos recuerdos preciosos que no se quiere perder con el tiempo, pero esos recuerdos también la hicieron gruñir. Maulló como un animal dolido. No podía evitarlo.

—Quizá experimentas un episodio de hipotiposis —dijo en voz alta Pauline—. La imaginación visionaria de cosas que no se encuentran ante tus ojos.

—Cierra la boca, Pauline. —Entonces, al cabo de un rato, dijo—. No, lo siento. Sigue hablando, por favor.

—Para determinados retóricos, una aporía constituye una duda fingida que precede a la reanudación de un ataque, como en Gilbert sobre Joyce. Pero Aristóteles la considera un problema insoluble en una pregunta, que nace de premisas igualmente plausibles pero inconsistentes. Escribe que a Sócrates le gustaba conducir a las personas a la aporía para mostrarles que en realidad no sabían lo que creían saber. El plural que Aristóteles utilizó en su libro de metafísica es *aporiai*. «Antes tendría que revisar las cosas acerca de las cuales tenemos que preguntarnos en un principio, escribe. La palabra aporía la adoptó más adelante Derrida para referirse a algo parecido a la materia oscura de nuestra comprensión, a cosas que ni siquiera sabemos que ignoramos porque ignoramos su existencia, e insistía en que debíamos intentar comprenderlas. No se trata exactamente del mismo concepto, pero forma parte de una miríada de significados afines de esa palabra. El Diccionario Oxford de inglés incluye una cita de *Retórica mística*, una obra escrita por J. Smith en 1657, que afirma que la aporía alude al problema de «qué hacer o decir en ciertas situaciones extrañas o ambiguas».

—Como la presente.

—Sí. Atiende. Viene del griego. De *a*, no, y *poros*, pasaje. Pero en el mito platónico, Penia, hijo de la pobreza, escoge ser impregnado por Poros, personificación de la abundancia. Su hijo es Eros, que combina los atributos de sus padres. A señalar la extrañeza de la visión de Penia como capaz, y de la prosperidad como ebrio y pasivo...

—Lo que no es extraño.

—Así que aunque Penia no es Poros, también es una a-poria. No se la

considera femenina ni masculina, rica o pobre, con o sin recursos. Por tanto, la aporía se revela un término más difícil de traducir.

—No soy una aporía. Y estoy en una aporía. Este carguero que navega a oscuras.

—En efecto.

Estupendo. Hablar, pensar.

—Gracias, Pauline.

Pero le quedaba una semana más allí metida, y no alejó de la mente la muerte de Alex. Flotaba en el vientre de la nave, intentando pensar como lo haría un nonato. Llena de dudas e hija de la pobreza, cuando renaciera lo haría como otra Cisne.

Entonces, más adelante, mucho más adelante, o al menos eso le pareció, allí en el espacio suspendido del no-tiempo, golpeando sus pensamientos que regresaban y regresaban, más adelante llegó a comprender que cuando sonó el aviso del traje, aviso que señalaba el final de aquel viaje, los pensamientos alumbrarían a la misma Cisne que había embarcado. No había escapatoria.

—Pauline, cuéntame más cosas. Háblame. Por favor, háblame.

—En una ocasión, Max Brod mantuvo una conversación muy interesante con Franz Kafka, que más adelante recordaría Walter Benjamin...

### *Extractos (3)*

El Homo Sapiens evolucionó en la gravedad terrestre y aún se ignora cuáles son los efectos en el individuo que pasa cierto tiempo en menos de una gravedad

reducción de la fuerza ósea de 0,5% a 5% por menos en 0-0,1 g

la repetida exposición a incidentes de gravedad superiores a 3 g demuestran que dan pie a micro infartos y aumentan el porcentaje de infartos masivos

a lo largo de los años, la comunidad de investigadores biomédicos ha cambiado de opinión más de una vez en estas cuestiones

el ejercicio aeróbico y la resistencia compensan parcialmente los efectos psicológicos de residir durante periodos prolongados en gravedad baja (la cual se define entre la 0,17 g de la Luna y la 0,38 g de Marte), pero existen problemas que no se han solucionado

mantenerse en forma físicamente mitiga substancialmente

bajo la gravedad de la Luna, la etiología física ocurre en ciertos órganos y tejidos por mucho ejercicio que se haga

estadísticamente, resultados muy significativos en tablas actuariales sugieren que la longevidad más allá de la norma física es imposible sin frecuentes retornos no a un entorno donde reine una gravedad, sino a la propia Tierra. Aún se discute a qué se debe este fenómeno, pero los datos no arrojan dudas al respecto. Nos proponemos mostrar

un año de cada seis pasado en la Tierra, sin pasar alejado más de diez años, aumenta considerablemente la longevidad. Rechazar esta práctica supone asumir un riesgo elevado de morir muchas décadas antes

los ambientes sobre estériles no pueden

se han propuesto los famosos y notorios sabáticos como ejemplo de hormesis o mitriadismo, en los que breves exposiciones a toxinas refuerzan el organismo ante mayores

la creciente y continua influencia de la Tierra en los humanos colonizadores es psicológica y no desaparecerá a menos que se detallen y pormenoricen todos los factores que la componen

las inoculaciones de la tiña, bacteria, virus, priones, etc., imposible de catalogar y, no obstante

también posibles efectos psicológicos, lo que constituye una dificultad extrema a la hora de definir causas o tratamientos

no tan distinto de otros proyectos de 500 años en cuanto a dificultad intrínseca se refiere

los efectos son acumulativos y desembocan en disfunción

aumento de la longevidad es un hecho estadístico, pero ningún individuo particular tiene garantías. El camino que uno toma influye en las probabilidades de

las terapias regenerativas siguen mejorando

el mayor salto en las gráficas de longevidad se produjo a principios del Accelerando, y muchos creen que este hecho no supone una coincidencia. Existe una corriente de energía que se manifiesta con fuerza cuando caes en la cuenta de que podrías vivir mucho más de lo que creías posible. Los problemas que más adelante complican esa posibilidad no se evidencian hasta

las estadísticas son sugerentes, pero las causas aún no

la vida es un complejo

muerte súbita traumática, no tiene solución

las personas deberían minimizar el tiempo que pasan en gravedades más bajas y más elevadas si pretenden maximizar la posibilidad de disfrutar de vidas longevas, las cuales demuestran serlo cada vez más

no existe una idea aproximada de lo que sería posible si siguieran



produciéndose mejoras

¿podríamos vivir miles de años?

las personas se comprometen, superan obstáculos. Quieren hacer cosas y satisfacen sus deseos, su pasión por la aventura

tener que volver a la Tierra, sucia y vieja, opresiva, sería un fracaso. Ese planeta triste ha

juraron dejarse llevar por los accidentes, pero eran jóvenes entonces

la mayoría de los viajeros espaciales veteranos regresan a la Tierra tal como se recomienda, un año de cada siete, porque son ellos quienes viven más tiempo y el efecto de auto reforzar

prosigue la caza en busca de una explicación satisfactoria

## CISNE Y ZASHA

Los 37 ascensores de la Tierra tenían las cabinas llenas a todas horas, arriba y abajo. Por supuesto también eran muchas las naves que aterrizaban, y los planeadores que luego ascendían de nuevo en los ascensores; pero con todo, los ascensores corrían con el grueso del tráfico que unía la Tierra con el espacio. Descendían en las cabinas el alimento (un porcentaje crucial del total necesario), metales, productos manufacturados, gases y personas. Ascendían en las cabinas las personas, los bienes manufacturados, las sustancias comunes en la Tierra pero escasas en el espacio —eran muchas, incluidas las animales, vegetales y minerales, pero, principalmente, por cantidad, las tierras raras, la madera, el aceite y el suelo—. Los totales eran un flujo continuo de cosas físicas que subían y bajaban, todo ello gracias a fuerzas que contrarrestaban la gravedad y la rotación terrestres, con un pellizco de energía solar que acababa de compensar la balanza.

Las rocas de anclaje situadas en el extremo supuesto de los cables de los ascensores eran como gigantescos cargueros espaciales, ya que había muy poco en ellas que recordase su antigua superficie asteroidal; sus exteriores estaban cubiertos de edificios, generadores de potencia, zonas de aterrizaje de los ascensores y demás. A todos los efectos eran inmensos puertos y hoteles, y, como tales, lugares muy concurridos donde reinaba el ajetreo. Cisne pasó por uno llamado Bolívar, y accedió al interior de uno de los hoteles sin siquiera darse cuenta. A su entender había atravesado una serie de puertas por un laberíntico complejo de corredores y vestíbulos que desembocaban en otra serie de estancias. Se resignó al largo viaje que la esperaba hasta Quito. Era irónico pensar que el descenso en ascensor la llevaría más tiempo que muchos viajes interplanetarios, pero así eran las cosas. Cinco días metida en el hotel. Pasó los días disfrutando de las interpretaciones en directo de *Satyagraha* y *Akhmaton*, de Glass, además de bailar hasta caer rendida en una clase terrible que tenía por objeto que la gente recuperase la forma antes de afrontar la gravedad terrestre, que a veces la dejaba para el arrastre. Al mirar hacia abajo a través del suelo traslúcido se familiarizó de nuevo con el enorme continente de América del Sur, cuyo contorno se perfilaba poco a poco: océanos azules a ambos lados, los Andes como una columna vertebral de color pardo, los conos que respondían a los volcanes importantes, puesto que ya no había nieve que los cubriera.

Casi se había convertido en un planeta helado, donde únicamente la Antártida y Groenlandia aguantaban el tipo, aunque esta última no tardaría en tirar la toalla. El nivel del mar era once metros mayor de lo que había sido antes de los cambios. Esta inundación de la línea costera era una de las razones principales del desastre humano en la Tierra. Fuera del planeta se disponía de técnicas de terraformación extraordinariamente potentes, técnicas que por lo general no podían aplicarse allí. No era posible un bombardeo de meteoritos, por ejemplo. Así que cargaron la estela de los aviones con tensioactivos para aumentar el albedo, y también habían intentado inyectar en la estratosfera diversos niveles de sulfuro de dióxido, imitando la acción de los volcanes; sin embargo, la medida había acabado en una ocasión en desastre, así que ya nadie se ponía de acuerdo de hasta qué punto era necesario tapar la luz del sol. Muchas de las medidas que defendía la gente, y diversos proyectos sin importancia que ya estaban en marcha, atentaban contra otras propuestas y proyectos. Aún existían poderosas naciones estado que eran a la vez conglomerados de empresas, ambas funciones se solapaban en un caos keynesiano, con el poderoso, pero residual, sistema capitalista, gobernando buena parte del planeta, incluyendo su propia versión de feudalismo residual, dispuesto a enfrentarse continuamente a los siervos, pronto a plantar cara también a la emergente economía horizontal del Mondragon. No, la Tierra era un desastre; un lugar triste, a pesar de lo cual seguía siendo el centro de la historia. Había que enfrentarse a ella, tal como había dicho Alex en una ocasión, o nada de lo que se hiciese en el espacio sería real.

En Quito, Cisne sacó pasaje para el tren al aeropuerto, y una vez allí tomó un vuelo a Nueva York. El cobalto, las turquesas y el jade caribeños poseían una tonalidad muy viva, incluso la parda línea costera de la hundida Florida destilaba un fulgor jaspe. La impresionante capa satinada de la propia Tierra.

Un océano mucho más acerado chocaba blanco en Long Island cuando iniciaron el descenso entre turbulencias que zarandearon al aparato. Aterrizaron en una pista situada en algún punto situado al norte de Manhattan; finalmente salió de los diversos transportes, salas y vehículos y corredores y vestíbulos, todo ello bajo el cielo abierto.

Verse sencillamente en el exterior, bajo el cielo, expuesta al viento... Eso era lo que más le gustaba de la Tierra. Las nubes de algodón se amontonaban en lo alto a unos mil pies de altura. Parecía un cielo propio de la costa. Accedió a una especie de aparcamiento asfaltado lleno de camiones y autobuses y coches todoterreno, y se puso a dar saltos gritando al cielo, arrodillada al instante siguiente para besar el suelo, profiriendo aullidos lobunos, y, después de haberse desahogado un rato,

tumbada de espaldas en el asfalto. Nada de hacer equilibrios sobre las manos: hacía tiempo que había descubierto que hacer equilibrios sobre las manos en la Tierra era muy duro. Además aún le dolía la costilla.

A través de los huecos que se abrían en la capa de nubes pudo ver el cielo azul claro-pero-oscuro del firmamento terráqueo, sutil, pleno. Era como una cúpula azul allanada en el centro, quizá a unos pocos kilómetros por encima de las nubes (extendió la mano para tocarlo), aunque el hecho de saber que se trataba de una especie de arco iris no le restaba brillantez. Un arco iris que era azul en todas partes y que lo cubría todo. El azul en sí era complejo, amplio en su espectro e infinito en su espectro. Era una visión capaz de emborrachar a cualquiera, podías aspirarla, la respirabas siempre, tenías que hacerlo. ¡El viento te obligaba a ello! Respira y emborráchate, ay, ser libre de las ataduras, vestir con lo justo, yacer tumbada en la superficie desnuda de un planeta, absorbiendo la atmósfera como si fuera *aqua vitae*, ¡sintiendo en tu pecho cómo te mantiene con vida! Ningún terráqueo que ella conociera apreciaba el aire en su justa medida, ni apreciaba el cielo como más de lo que era. De hecho apenas levantaban la vista para mirarlo.

Se levantó para dirigirse al puerto. Embarcó en un ferry junto a otras personas, y después de negociar el concurrido canal salieron al Río Hudson rumbo a Manhattan. El ferry alcanzó el muelle de Washington Heights, pero Cisne se quedó a bordo mientras orilleaba el Hudson hasta el centro de la ciudad. Había zonas de Manhattan que seguían en pie sobre el agua, pero la mayoría se había hundido, convertidas las viejas calles en canales, transformada la urbe en una Venecia alargada, una Venecia de rascacielos, una super Venecia, lo que constituía un hermoso espectáculo. Por supuesto, se mencionaba a menudo el cliché de que la ciudad había mejorado mucho de resultados de la inundación. El largo trecho de rascacielos parecía la columna de un dragón. Al acercarse, la sensación que daban los edificios era de ser más chatos de lo que realmente eran, pero su verticalidad era tan inconfundible como impactante. ¡Un bosque de dólmenes!

Cisne abandonó el ferry en el muelle de la calle 30, y anduvo por la larga pasarela que mediaba entre los edificios hasta la extensión de High Line, donde la gente llenaba las plazas que se extendían a norte y sur. Manhattan a pie: trabajadores que empujaban carros de mano en las concurridas pasarelas que unían los vecindarios de la isla, suspendidas a alturas diversas entre los rascacielos. Los tejados y azoteas decoradas con vegetación, a pesar de que en la ciudad predominase el acero, el hormigón, el cristal y el agua. Las embarcaciones borboteaban bajo las pasarelas, en las calles convertidas en ajetreados canales. Todas las plazas y pasarelas aéreas estaban abarrotadas de gente. Tan concurrida

como de costumbre. Cisne esquivó los cuerpos de la muchedumbre, caminando por un extremo entre las dos direcciones en que discurría el tráfico, mirando las caras encantada. Eran tan heterogéneas como las que uno podía encontrar en cualquier colonia espacial, pero la gente se acercaba más a un tamaño normal, más bien por debajo de la altura promedio, con menos personas que destacaran por ser muy bajas o muy altas. Rostros asiáticos, africanos, europeos, de todo menos norteamericanos típicos, algo muy propio de Manhattan. ¡Biología invasiva!

Pasó junto a un edificio que había sacado a la superficie su antiguo suelo y hacía las veces de inmensa cuba de aire. Había oído que estaba en auge el mercado de la propiedad submarina y de entre mareas. Algunos hablaban de recuperar el sistema de transporte público subterráneo, que seguía funcionando en aquellos tramos que no discurrían bajo tierra. Bajo ella, el chapoteo del agua era responsable del sonido ambiental. Voces humanas, borbotileo, el grito de las gaviotas procedente de los muelles, y el rugido del viento a través de los cañones que formaban los edificios; éstos eran los sonidos propios de la ciudad. Abajo el agua chapoteaba a merced del oleaje. A su espalda, por la avenida que llevaba al oeste, los destellos de la quebradiza luz solar cubrían caprichosos el trazado del imponente río. Eso era cuanto amaba: se hallaba en el exterior, en el exterior de verdad. Estaba de pie en la superficie del planeta. En la ciudad más impresionante que existía.

Bajó por una escalera y embarcó en un vaporetto que cubría la Octava Avenida. Se trataba de un transporte de larga eslora, con asientos para unas cincuenta personas y espacio para que un centenar viajase de pie. Tenía paradas cada pocas manzanas. Se asomó por la barandilla y contempló el canal arriba y abajo: era un río en un cañón formado por las paredes de los edificios, con aspecto de ser una muestra de arte Futurista. Desembarcó en la Calle 26, donde había un puente junto a una larga explanada que se extendía al este hasta East River. Muchas de las calles que iban de este a oeste disfrutaban de pasarelas suspendidas como ésta, y los atestados canales que había bajo ellas quedaban a la sombra de las pasarelas durante casi todo el día. Cuando la luz del sol se filtraba sesgada, cubría con una patina de bronce la superficie de las cosas, y el agua azul se volvía como de peltre. Los neoyorquinos no parecían reparar en ello, aunque por otra parte allí vivían veinte millones de personas a pesar de la inundación, y Cisne pensó que esa belleza no era totalmente irrelevante para el fenómeno, incluso si la gente optaba por no mencionarla. Tipos duros. Eso la hizo reír. Cisne no era un tipo duro, y tampoco era neoyorquina, y ese lugar era impresionante, quitaba el hipo, y sabía que sus habitantes no eran ajenos a ello. Hablando de arte paisajista. «La geografía del mundo está unificada sólo por la lógica y la óptica humanas», recitó, «por la luz y el color del artificio, por la decoración, por los conceptos de lo que es bueno,

verdadero y hermoso.» Podrías recitar todo el discurso de Lowenthal en las pasarelas de Manhattan si que nadie le diera la menor importancia.

Siempre que podía se desplazaba hacia el sol. Era la radiación directa que irradiaba el astro rey sobre su piel desnuda. Era increíble estar de pie a la luz del sol sin que eso supusiera la muerte. Ése era el único lugar del sistema solar donde era posible tal cosa; la biocáscara que rodeaba una estrella era tan tenue como una burbuja de jabón. Lograr que la burbuja cobrase mayor resistencia, tal vez ése fuese el proyecto humano. Que lo hubiesen logrado con Marte era algo increíble. Y no digamos si lo hubieran hecho en Venus. Ése era el quid de la cuestión. No era de extrañar que los místicos de ese viejo mundo se sintieran aturridos ante tantos cambios. La metamorfosis encajaba en la Tierra, y jamás cesaba. La gran inundación se había convertido en un afortunado fracaso, había acelerado el proceso de exfoliación. El mundo se había cubierto de agua. Las flores asomaban de las ramas. Cisne estaba de vuelta.

La Casa de Mercurio se encontraba junto al Museo de Arte Moderno. Muchos de los cuadros del museo se encontraban en Mercurio, así que no eran más que copias; en un gesto inusual, había una estancia dedicada al arte de Mercurio. Por supuesto, el Grupo de los Nueve disfrutaba de un lugar de honor. Para Cisne había demasiado sol y demasiada roca. Además le parecía raro ver el lienzo usado como medio, como contemplar tallados u otra técnica exótica. Si tenías el mundo y tu cuerpo por lienzos, ¿por qué molestarse con tramos rectangulares de papel de pared? Era peculiar, y quizá se debía a eso que también fuera interesante. Una vez, Alex y Mqaret celebraron una recepción para los Nueve, y Cisne tuvo oportunidad de conocer a muchos de ellos y de disfrutar de la conversación.

En el patio que había en el tejado de la sede de la Casa de Mercurio, situado a unas treinta plantas sobre el agua, encontró a algunos mercurianos reunidos en el bar. La mayoría de ellos llevaban exoesqueletos o corsés, que, ocultos o no por la ropa, resultaron evidentes para Cisne, a juzgar por la postura que exhibían quienes los llevaban, parecida a la que se adopta cuando se está de pie bajo el agua. Los que no los llevaban mantenían una postura erecta no exenta de cierta heroicidad, pues con expresión tensa llevaban sobre los hombros el peso de la Tierra. Cisne se sentía un poco así. Por mucho que te esforzaras, la gravedad terrestre se adueñaba de tus sentidos al menos durante un tiempo.

La oficina de Nueva York la dirigía un anciano terráqueo llamado Milan, que tenía una sonrisa dulce para todo el mundo:

—Cisne, querida, qué alegría verte aquí.

—Ah, el placer es mío. Me encanta Nueva York.

—Pues bendita sea tu ignorancia, entonces, niña. Me alegro de que te guste. Y me alegro también de verte por aquí. Ven a conocer a mi nueva gente.

Cisne conoció a parte del equipo local, tuvo que soportar las muestras de condolencia por la muerte de Alex, y les ofreció un relato poco fiel a la realidad de su viaje a Júpiter. Tenían ideas acerca de esto y aquello del Mondragon que no dudaron en compartir con ella.

Cuando hubieron terminado, Cisne dijo a Milan:

—¿Está Zasha por aquí?

—Zasha nunca se marchará de esta ciudad —respondió Milan—. Deberías saberlo. ¿No estás al corriente de lo último que Z. se trae entre manos? Está en uno de los muelles del Hudson.

Y así fue cómo Cisne tomó el ferry de vuelta a la Octava Avenida, desembarcó y subió la escalera hasta alcanzar una pasarela por la que caminar en dirección oeste.

Puesto que todos los muelles antiguos se encontraban a once metros sobre el agua, hubo que construir nuevos. Algunos eran los antiguos, ampliados; otros fueron construidos partiendo de cero, utilizando a veces los cimientos de los hundidos. Los muelles flotantes cubrían los huecos que hubieran podido quedar, y estaban unidos a embarcaderos o edificios próximos en lo que solía ser la cuarta planta. Algunos de estos muelles eran móviles, y se convirtieron en barcazas. En esa costa era imposible saber con certeza qué se movía y qué permanecía anclado a la tierra.

Algunos de los antiguos muelles sumergidos servían de hogar a piscifactorías, y el antiguo compañero de Cisne, Zasha, dirigía por lo visto una parcela en aquellos muelles, donde cultivaba varias sustancias pisceanas y biocerámicas, mientras se encargaba de varios asuntos para la Casa de Mercurio y también para Alex.

Cisne había avisado de su llegada, así que Zasha se personó en la verja que delimitaba el muelle flotante del complejo de la plaza situada a poniente de

Gansevoort Street, en el extremo sur de High Line. Después de darse un breve abrazo, Z. la llevó al extremo del muelle y luego al Río Hudson a bordo de una embarcación, una motora que pronto los alejó de la costa.

Todo en el agua se movía como solía hacerlo, incluidas las mismísimas aguas. Ese tramo del Río Hudson era ancho; toda la ciudad de Terminador hubiese cabido en el puerto de Nueva York. Los puentes eran visibles por doquier, incluido uno cuyo perfil se dibujaba en el lejano horizonte meridional. Había tanta agua que Cisne apenas era capaz de creerlo; incluso el mar abierto no parecía tener tanta; a pesar de ello no era siquiera un gran río, comparados con los que eran grandes de verdad. ¡Ay, la Tierra!

Zasha contemplaba la escena con expresión satisfecha. Las hileras de ventanales resplandecían en lo alto de los rascacielos más elevados, reflejando la luz del sol, y todos los edificios proyectaban luz propia. La isla de los rascacielos, ése era el aspecto del Manhattan clásico, tan inverosímil como soberbio.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó Cisne.

—Me gusta este río —respondió Zasha, a modo de respuesta—. Navego hasta la parte alta de la isla, e incluso a Palisades, y luego me deslizo flotando llevado únicamente por la corriente. Cuando pesco atrapo las cosas más asombrosas.

—¿Y en la Casa de Mercurio?

Zasha arrugó el entrecejo.

—Últimamente culpan por todo a los colonos espaciales. Aquí la gente está resentida. Cuanto más ayudas, más resentidos están. Sin embargo, no dejan de invertir SU capital en nosotros.

—Como siempre —dijo Cisne.

—Sí, bueno, crecimiento perpetuo. Pero nada dura para siempre. El sistema solar es tan finito como la Tierra.

—¿Crees que se está agotando su paciencia? ¿Que han alcanzado su máxima capacidad?

—Más bien están alcanzando el máximo en cuanto a retorno de inversiones.



Pero quizá la gente esté molesta por ello. Al menos actúa como si lo estuviera.

La embarcación de Zasha se deslizó hasta pasar de largo por la Battery, momento en que se abrió ante sus ojos la costa de Brooklyn. Los rascacielos que había al pie de Manhattan parecían un racimo de nadadores gigantes, hundidos hasta las rodillas dispuestos a arrojarse de cabeza en el agua helada. Entre los edificios, el agua era como de cristal, y los canales estaban llenos de pequeñas barcas; también la bahía del puerto, aunque no con la misma densidad. En cualquier momento había cientos de embarcaciones a la vista. Podían ver ambos ríos, el Hudson y el East, y entre ambos discurrían los ríos más pequeños y rectos entre los edificios, todo el conjunto bajo un cielo cubierto. Un paisaje propio de Canaletto. Los reflejos de las nubes emblanquecían el cristal que parecía cubrir la bahía. Era tan hermoso que Cisne tuvo la sensación de haberse sumido en un sueño, y con el vaivén del barco se quedó adormilada.

—¿Acusas la gravedad? —preguntó Zasha.

—Un poco.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa? Empiezo a sentirme hambriento.

—Claro. Gracias.

Zasha gobernó hacia poniente la embarcación por el río, hasta alcanzar un canal en la orilla de Jersey que llevaba al oeste. Costaba decir si se trataba de un canal o un riachuelo. Tierra adentro se abría hacia el norte, y Zasha puso proa en esa dirección y atracó en un embarcadero de madera unido a lo que ahora parecía ser un lago de aguas poco profundas. Vecindarios enteros se alzaban sobre el agua. La orilla este de Norteamérica siempre estado parcialmente sumergida, lo cual se había acentuado desde la inundación.

Tonos anaranjados y rosáceos, se mezclaban con una extensa gama de grises, un cielo enfurecido que se imponía sobre la cuesta. Era en momentos así cuando el firmamento parecía decidido a ofrecer un espectáculo tan sutil como impresionante. Pero nadie miraba en su dirección.

La casa de Zasha era una cabaña junto a una hilera de árboles, hecha a mano y tan destartalada como cualquiera de las favelas o chozas que Cisne había visto en su vida.

—¿Qué es esto?

—Parte de las Medowlands.

—¿Y tienes permiso para vivir aquí?

—Pues sí, lo mío me cuesta pagar el alquiler, aunque la Casa de Mercurio aporta una parte para mantenerme alejado de ellos.

—Me cuesta creerlo.

—No me importa. Me gusta recorrer a diario el camino que me lleva al trabajo.

Cisne se acomodó en un antiguo sillón y observó a su antiguo compañero mientras revolvía sus cosas en la penumbra. Hacía mucho tiempo de la última vez que recorrieron juntos el sistema solar, construyendo terrarios y educando a Zephyr, y había llovido mucho desde la muerte de Zephyr. Como nunca se habían llevado demasiado bien, se separaron poco después de su muerte. A pesar del tiempo transcurrido, Cisne reconoció el modo en que Zasha aguardaba de pie junto al fuego, a la espera de que hirviera el agua del té, con una expresión recelosa que también recordaba.

—¿Colaborabas con Alex?

—Pues claro —respondió Zasha, dirigiéndole una mirada breve—. Era mi jefa. Ya sabes cómo va.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ella te quería y cuidaba de ti, y a que entonces hacías exactamente lo que ella quería.

Cisne no pudo contener la risa.

—Sí, claro. —Pensó en ello, ignorando el dolor que sentía—. Lograba de algún modo adaptarse a tus necesidades. Te ayudaba a conseguir aquello que te habías propuesto.

—Ajá. Sé a qué te refieres.

—Mira, Zasha, el caso es que a su muerte me dejó un mensaje. Básicamente me ha utilizado como correo para Wang, en Ío, y también volcó algo en Pauline.

Todo, decía, por si le surgía algún... imprevisto.

—¿Qué quieres decir?

Cisne describió la visita del fantasma de Alex, los sobres, su viaje a Júpiter y el episodio en Ío.

—He oído hablar de eso —admitió Zasha—. No sabía que estuvieras presente. —Miró ceñudo la tetera, el rostro bañado por la luz azulada que despedía la llama.

—¿En qué trabajabais Alex y tú? —preguntó Cisne—. ¿Y por qué no me habló de ello en el mensaje que dejó? Verás... Es como si yo no fuese más que un correo para ella, y Pauline una especie de caja de seguridad.

Zasha no respondió.

—Vamos, cuéntamelo —dijo Cisne—. Puedes hablar con confianza. Lo encajaré bien, viniendo de ti. Estoy acostumbrada a que me digas lo mala persona que soy.

Zasha exhaló un largo suspiro antes de servir dos tazas de té. En la penumbra, el vapor atrapaba cualquier fuente de luz, por pequeña que fuera. Zasha le ofreció una de las tazas, y después se sentó en la silla de la cocina, frente a ella. Cisne entrelazó las manos alrededor de la taza.

—Hay cosas de las que no puedo hablar...

—¡Vamos, hombre!

—Y cosas de las que sí puedo. Así que, mira... Alex estaba envuelta en algunos proyectos que quería mantener en la confidencialidad. No sé, tal vez pensaba que a ti no se te daba muy bien guardar secretos.

—¿Por qué iba a pensar algo así?

Pero Zasha estaba al corriente de tres o cuatro situaciones en las que Cisne se había mostrado indiscreta; y Cisne recordaba unas cuantas más.

—Fueron accidentes —se excusó, al cabo, Cisne—. Y no muy graves.

Zasha dio un cauteloso sorbo a su té.

—Bueno, pero quizá pensó que cada vez eran más frecuentes. No eres la misma persona de antes, eso tendrás que admitirlo. Has introducido en tu cerebro esos aumentos...

—¡No es verdad!

—Nada menos que cuatro o cinco. No me gustó la idea desde el principio. Cuando aumentas la parte religiosa de tu lóbulo temporal corres el riesgo de transformarte en una persona distinta, por no mencionar los riesgos de sufrir epilepsia. Y eso sólo fue el principio. Ahora tienes esa parte animal ahí metida, además de Pauline, que graba todo lo que ves. No es algo precisamente insignificante. Puede hacerte daño. Puede que acabes siendo algo que trascienda lo humano. O al menos una persona distinta.

—Zasha, por favor. Soy la misma de siempre. ¡Y todo lo que hacemos puede acabar perjudicándonos! No puedes permitir que eso te detenga. Considero todo lo que me he hecho parte de mi condición humana. Es decir, ¿quién no lo haría si pudiera? ¡Me avergonzaría no hacerlo! No se trata de trascender o no lo humano, sino de alcanzar una humanidad plena. Dejar pasar las cosas beneficiosas cuando puedes aprovecharlas sería un error, sería impropio de un ser humano.

—Bueno. En cuanto te hiciste esas cosas dejaste de diseñar terrarios —señaló Zasha.

—¡Estaba harta! Además, habíamos superado la fase de diseño, iban a dedicarse a construir más de lo mismo. Y buena parte de lo que hicimos era una estupidez. No tendríamos que haber estado haciendo Ascensiones en ese punto, teníamos que salvar las biomas tradicionales para que evitasen la extinción. ¡Eso aún es necesario! No sé en qué estaríamos pensando, francamente.

Aquello sorprendió a Zasha.

—Me gustan las Ascensiones. Contribuyen a la dispersión genética.

—Más de la cuenta. En fin, ésa no es la cuestión, la cuestión es que quise intentar cosas distintas, y lo hice.

—Te convertirte en artista.

—Siempre fui una artista. Tan sólo cambié de medio. Y ni siquiera puede decirse eso. Sólo cambié el enfoque. Era lo que quería. Vamos, Zasha, llevo una vida humana. Tú rechazas esas oportunidades, lo que no hace de ti alguien más humano, sino alguien regresivo. No llego tan lejos como otras personas. No tengo un tercer ojo, y no me fracturo las costillas cuando tengo un orgasmo. Tan sólo...

—¿Qué?

—No lo sé. Pruebo cosas que suenan prometedoras.

—¿Y qué resultado te han dado?

Cisne estaba sentada en la penumbra, en algún lugar de Nueva Jersey. Afuera, el cielo abierto de la Tierra.

—Malo. —Siguió una larga pausa—. Es más, si quieres que te diga la verdad he hecho cosas aún peores que las que conoces.

Zasha la miró con los ojos muy abiertos.

—Yo no diría tanto.

—Ja ja ja. Ahora que lo pienso, Alex también era consciente de ellas porque se las conté a Mqaret.

—Eso no quiere decir que él las compartiera con ella.

—No le pedí que no lo hiciera.

—O sea, que quizá sí estaba al corriente —concluyó Zasha—. ¿Algo peor que cerebros animales? ¿Algo peor que el qubo que llevas en el cráneo? No te molestes, no quiero saberlo. Pero tal vez Alex sí lo sabía, y puede que hubiera cosas que no qui...

—Que no quisiera confiarme.

—Que quisiera guardarse para sí. Y aquí estás, hecha un lío.

—¡No estoy hecha un lío! —Sintió un fuerte pinchazo en la costilla, pellizcada por su indignación. Todo el dolor por la muerte de Alex, al que ahora sumaba cierto enfado con ella.

—Pues no es eso lo que parece a juzgar por lo que dices —comentó Zasha—. Te has sometido a cinco, seis o siete ajustes cerebrales a lo largo de estos años, y llevas un qubo en la cabeza... De hecho, te has hecho cualquier cosa que se haya puesto de moda.

—Ya, ya.

—¡Piénsalo!

Cisne dejó la taza de té en la mesa.

—Creo que voy a salir a dar un paseo.

—Estupendo. Procura no perderte. Mientras prepararé algo de cenar, ¿qué te parecen cuarenta y cinco minutos?

Cisne salió de la cabaña.

Una vez fuera, ante la puerta, se quitó las zapatillas y se las guardó en el bolsillo, para después hundir los dedos de los pies en la tierra y agitarlos. Se inclinó por la cintura como una bailarina y hundió también los dedos de las manos, luego se las llevó al rostro y aspiró con fuerza. Tierra, el néctar último. Tenía el sabor del fango que cubre las setas.

Ya se había puesto el sol. Había un camino asfaltado que discurría junto a un pantano verde y amarillo, cuyas cañas mecía el viento. Anduvo por la parte terrosa en un lateral de la carretera, y miró al pantano y al cielo. Al otro lado del camino había algunos edificios antiguos en mitad de una arboleda. Más allá se alzaban hileras de viejos apartamentos. El canto de las ranas. Se sentó en la orilla del pantano, y vio los puntos negros que asomaban del agua. Un coro de ranas que cantaban. Pasó un rato escuchándolas, atenta al pantano y al viento, y de pronto reparó en que el canto era una especie de respuesta. Si una rana decía «conejo», todas lo repetían un rato, arriba y abajo a lo largo del camino hasta donde alcanzaba su oído, hasta que en una pausa momentánea una cantaba: «robot», y todas lo repetían un buen rato. Luego pasaba a cantar «límite», y las demás seguían el canto, como si hablasen con ella con la voz propia del coro de la tragedia griega, transformado en ranas. ¡Tantos límites! Tantos robots. La que asomaba cerca de ella contribuía ocasionalmente, asomando la barbilla brevemente antes de cantar. Por lo demás permanecía inmóvil, excepto por el puntual movimiento de globos oculares que veía a pesar de la oscuridad creciente, pestañeo líquido, siempre alerta. «¡Juerga!», crujió en una pausa, y Cisne exclamó «Me alegro por vosotras», y las

acompañó un rato en el canto.

Octubre en el hemisferio septentrional de la Tierra, pleno y reluciente. Todos los interfaces de su cuerpo-planeta zumbaban. De pronto la vida en el espacio se antojaba una pesadilla descarnada, exilio en el vacío, un lugar donde todos se encerraban en tanques de privación sensorial, separados, individuales, aumentados. Mientras, en ese lugar, todo era auténtico.

—¡Ladrón!

—Ladrón ladrón ladrón ladrón...

El momento propiamente dicho les fue robado nada más suceder. Ahí estaba ella, atravesando un espacio. Testigo del ahora. Atardecer en el pantano de un universo traslúcido, extraño y misterioso. ¿Por qué tenía que existir algo así? El viento era frío, las nubes conservaban un pellizco crepuscular. Daba la impresión de estar a punto de llover. Las hojas de la espinosa enredadera del suelo eran tan rojas como las de un arce. El pantano era como una persona que respirase. Los cuervos volaban entre graznidos en dirección a la ciudad y las islas más cálidas. Cisne sabía un poco de la lengua de los cuervos, se decían «grazna, grazna, grazna», como en ese momento, parlotando, y luego uno pronunciaría una palabra tan clara que se había convertido en voz de la lengua inglesa: «¡Halcón!», y entonces se dispersarían. Por supuesto la palabra «cuervo» también provenía de su lengua. En sánscrito los llamaban *kaaga*. Palabras importadas de otras lenguas.

Había otras personas, de pie al lado de los edificios que había junto a los árboles. Por algún motivo parecían pequeñas. Como lastradas. ¿Podía ese lugar estar tan cerca de la gran ciudad? ¿Formaba parte de la ciudad, parte de lo que la hacía grande, no sólo el pantano sino las legiones de gente marginal, pobre, que vivían en las ruinas parcialmente sumergidas? El peso del planeta empezaba a arrastrarla consigo. Eran como las figuras de un Brueghel, gentes del siglo XVI, encorvadas por el tiempo. Puede que fuesen las que llevaban una vida real, y que lo que ella hacía en el espacio no fuese más que una muestra de diletantismo propia de la aristocracia gaga. Quizá lo que tenía que hacer era vivir allí y construir cosas, tal vez casas, pequeñas pero funcionales, como quien hace una especie de goldsworthy distinto. Bajo el cielo, a la luz del sol, máximo exponente del lujo de lo auténtico. El único mundo real. La Tierra, tanto el cielo como el infierno... el cielo natural, el infierno humano. ¿Cómo podían haber hecho algo así? ¿Por qué no se habían esforzado más?

Quizá lo habían hecho. Puede que en ese intento se pudiera incluir la exploración del espacio, como una suerte de esperanza que había nacido fruto de la desesperación. Expulsados de la Tierra como en una cápsula de semillas, rumbo a un lugar donde no te esperaba más que la congelación, la podredumbre y convertirte en suelo. Esa tierra que cubría el lateral del camino. Se tumbó sobre ella, evitando la enredadera espinosa; movió la espalda como para hacerse un hueco en ella. Una viajera especial follándose la tierra. Debían ver esa clase de cosas continuamente, ya no debía impresionar a nadie. Pobre gente extraviada, debían de pensar. Porque en el espacio no había nada parecido, no con el viento y el cielo abierto encima, casi de noche ya, con aquella niebla que no era nube, ¿cómo habían sido capaces de marcharse? El espacio era un vacío, una nada. Tan sólo lo habían colonizado construyendo estancias pequeñas, burbujas, y las ciudades y las estrellas, claro, pero ¡no bastaba con eso! ¡Tenía que haber un mundo en medio! Eso era lo que la gente olvidaba de la ciudad. Y ya en el espacio mejor que la olvidaran o enloquecerían. Ahí uno podía recordar sin perder la razón. Al menos, no del todo.

Pero qué tristeza. Sucia, derrotada. Desdichada. Triste hasta la médula, presa de la hiriente desesperación. Que hubiesen dejado que las cosas llegaran a ese punto. Que ella se hubiese hecho todo eso a sí misma. Incluso Zasha creía que había ido demasiado lejos, y Zasha era una persona muy tolerante. Quizá seguirían juntos si ella no hubiese llegado tan lejos. Y ahora que ya no era la persona con quien Zasha había tenido un hijo, sentía eso, a pesar de no saber qué cambios había experimentado exactamente. A menos que fuesen los insectos enceladanos que había en su interior... en todo caso era una persona extraña. Alguien para quien el único lugar que la hacía verdaderamente feliz también la volvía profundamente triste. ¿Cómo iba a reconciliar ambas cosas? ¿Qué suponía esa ambivalencia?

Se incorporó. Se quedó sentada en la tierra, consciente de la humedad que había bajo ella.

Captó movimiento por el rabillo del ojo e intentó ponerse en pie de un salto, pero calculó mal la gravedad y cayó de nuevo. Aguzó la vista para penetrar la negrura.

Un rostro. Dos caras: madre e hija. Allí era todo tan evidente, parecía partenogénesis. La luz de la luna se sumaba en ese momento al fulgor que despedía la urbe.

La más joven se acercó a Cisne. Dijo algo en una lengua que Cisne no reconoció.



—¿Qué pasa? —preguntó Cisne—. ¿No hablas inglés?

La mujer negó con la cabeza y añadió algo más. Miró a su alrededor y llamó en voz baja a alguien.

Otras dos figuras aparecieron a su lado, más altas que ella y anchas de hombros. Eran dos jóvenes. Se inclinaron sobre la joven y le susurraron unas palabras.

—¿Tienes antibióticos? —preguntó uno de ellos—. Mi prima está enferma.

—No —respondió Cisne—. No los llevo encima. —Sin embargo, cabía la posibilidad de que llevase alguno en el cinto, no estaba segura.

Dieron un paso más hacia ella.

—¿Quién eres? —preguntó uno—. ¿Qué eres?

—Visito a unos amigos —respondió Cisne—. Puedo llamarles.

Los jóvenes se le acercaron, negando con la cabeza.

—Vienes del espacio —dijo el primero en hablar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió el otro.

—Tengo que irme —dijo Cisne, que echó a andar en dirección al camino. Los hombres la asieron de los brazos con tal fuerza que ni siquiera intentó desembarazarse de ellos—. ¡Eh! —protestó, furiosa.

—¡Kiran! ¡Kiran! —llamó el primero, proyectando la voz hacia la oscuridad que se abatía sobre ambas mujeres.

No tardó en aparecer otra persona, otro joven, que era el más alto de todos ellos. Retenían a Cisne de un modo que pensó que no era la primera vez que hacían algo parecido.

Al joven recién llegado le sorprendió ver a Cisne, y dirigió unas palabras aceradas a los otros dos en una lengua que no reconoció. Se enzarzaron en una conversación apresurada. Kiran no parecía complacido.

Finalmente se volvió hacia ella.

—Quieren retenerte para pedir dinero a cambio. Dame unos segundos.

Cruzaron más palabras en aquella lengua. Cisne tuvo la impresión de que Kiran los ponía nerviosos o a la defensiva; luego se le acercó, la asió de la parte superior del brazo e hizo un gesto a los demás con la cabeza para que se apartaran. Les dijo qué debían hacer. Finalmente los otros dos jóvenes cabecearon en sentido afirmativo.

—Volveremos pronto —dijo el primero en hablar.

Seguidamente ambos se fundieron en la noche.

Cisne miró a Kiran a los ojos, momento en que éste torció el gesto y le soltó el brazo.

—Son mis primos —dijo—. No han tenido una idea muy brillante.

—Una idea absurda —dijo Cisne—. Podrían haberse limitado a pedirme ayuda. ¿Qué les has dicho?

—Que te retendría aquí para que fueran a buscar el coche de su madre. Así que tendrías que largarte.

—Acompáñame —dijo Cisne—. No quiero que te alejes demasiado, por si acaso vuelven.

Enarcó ambas cejas y la observó con atención. Al cabo de un rato, dijo:

—De acuerdo.

Anduvieron a paso vivo por el camino.

—¿Vas a meterte en líos por esto? —preguntó Cisne, al cabo.

—Sí —respondió él, abatido.

—¿Qué te harán?

—Intentarán darme una paliza. Y se chivarán a los mayores.

Aún le dolían los brazos donde la habían aferrado, y le ardían las mejillas. Miró fijamente al joven encorvado que caminaba a su lado. Tenía buen aspecto. La había sacado de aquel brete sin pensárselo dos veces. Recordaba el tono cortante con que había hablado a sus primos.

—¿Quieres marcharte?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres ir al espacio?

—¿Eso es posible? —preguntó tras un instante de silencio.

—Sí.

Se detuvieron al llegar a la cabaña de Zasha. Cisne aprovechó para mirarle de arriba abajo. Le gustaba su aspecto. Él la miraba con expresión de curiosidad, dubitativo también. Ansioso. Cisne sintió un escalofrío.

—Mi amigo vive aquí —dijo—. Es un diplomático de Mercurio. Puedes entrar. Podríamos llevarte allí, si quieres —propuso, levantando fugazmente los ojos hacia el cielo.

—¿No me meterás en... líos? —preguntó él, que no las tenía todas consigo.

—Te meteré en líos. Líos en el espacio.

Ella entró en la cabaña, y tras un instante de duda él la siguió.

—¿Zasha? —llamó Cisne desde la entrada.

—Un momento —respondió Zasha desde la cocina.

El joven la estaba mirando fijamente, preguntándose si no le estaría tomando el pelo.

—¿Te llamas Kiran? —preguntó Cisne.

—Sí, Kiran.

—¿En qué lengua estabais hablando?

—Telagu. De la India Meridional.

—¿Y qué estáis haciendo tan lejos?

—Ahora vivimos aquí.

De modo que Kiran ya era un exiliado. Además en la Tierra había toda clase de requisitos para emigrar, así que lo más probable era que su situación allí fuese ilegal.

Zasha asomó por la puerta de la cocina, con un trapo en la mano.

—Vaya, vaya, ¿quién tenemos aquí?

—Te presento a Kiran. Sus amigos iban a secuestrarme, y me ha ayudado a escapar. A cambio le he dicho que podía sacarlo de la Tierra.

—¿Cómo? ¡No!

—¿Cómo? ¡Sí! Ya ves, aquí nos tienes. Y tengo que cumplir mi palabra.

Zasha miró escéptico a Cisne.

—¿Qué es esto? ¿No te parece un poco pronto para mostrar síntomas del Síndrome de Estocolmo? —Zasha miró al joven, que clavaba la mirada en Cisne—. ¿O del Síndrome de Lima?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Kiran sin apartar la mirada.

Zasha agrió un poco la expresión.

—El Síndrome de Estocolmo se produce cuando los rehenes sienten simpatía por sus captores, a quienes defienden. El Síndrome de Lima es cuando los captores se sienten ligados a sus víctimas y acaban liberándolas.

—¿No existe un síndrome del rescate del jefe rojo? —preguntó Cisne, cortante—. Por favor, Zasha, que me ha salvado. ¿De qué síndrome estás hablando? Quiero devolver un favor y necesito tu ayuda. Deja de intentar hacerte con el control de la situación, como siempre haces.

Zasha les dio la espalda con expresión molesta. Lo meditó y se encogió de

hombros.

—Podríamos sacarlo de aquí, si te empeñas. Tendré que hacerlo por medio de un amigo que me ayuda en esta clase de asuntos. Está en el ascensor de Trinidad-Tobago, es un hawala. Tenemos una especie de acuerdo de paso, aunque después de esto le deberé una. Lo que significa que tú me debes una.

—Estoy eternamente en deuda contigo. ¿Cómo viajaremos a Trinidad?

—Por valija diplomática.

—¿Qué?

—Un reactor privado. Habrá que llevar también una caja de gusanos.

—¿Una qué?

—Tenemos un protocolo. Recurrimos a una caja de tierra o gusanos, y existe el acuerdo de no inspeccionarlas.

—¿Gusanos? —preguntó Kiran.

—En efecto —respondió Zasha con una sonrisa desagradable—. Voy a sacarte del planeta porque así me lo ha pedido aquí la señora Estocolmo, pero dadas las circunstancias habrá que hacerlo ilegalmente. Eso supone que tendremos que recurrir a los medios de que disponemos, de modo que es posible que tengas que salir de aquí dentro de una enorme caja de gusanos, ¿de acuerdo? ¿Te parece bien?

—Ningún problema —aseguró Kiran.

## *Extractos (4)*

Al final del periodo de crecimiento planetario que se produjo hace alrededor de 4,5 mil millones de años, había más planetas que ahora, los cuales se mantenían unidos por la gravedad, influenciándose entre sí con su proximidad y las resonancias orbitales, de tal forma que a menudo chocaban. Llevaban haciéndolo miles de años hasta llegar a ese punto, hasta alcanzar la última fase del crecimiento. Durante este periodo todos los planetas interiores sufrieron al menos un impacto muy fuerte.

Un planeta llamado Theia se situó en la órbita terrestre, en el punto L5, hasta alcanzar prácticamente el tamaño de Marte, antes de colisionar con la Tierra. La golpeó con un ángulo de 45 grados, a algo menos de cuatro kilómetros por segundo, no muy veloz en términos astronómicos. La masa de hierro de Theia se hundió para fusionarse con la corteza terrestre, y tanto el manto de Theia como parte del manto de la Tierra se vieron proyectados en órbita. La inercia angular que generó el impacto llevó a la Tierra a establecer ciclos orbitales de cinco horas alrededor del sol. No tardaron en formarse dos lunas a partir del material expulsado; los cálculos señalan entre un mes y un siglo. Al cabo, la más pequeña de las lunas topó con la mayor, imprimiendo las montañas desiguales que existen en el lado oculto de la luna resultante, la Luna.

Más o menos por esa época, un planeta pequeño de unos 3000 kilómetros de diámetro colisionó con Marte y creó el Valle Borealis, que básicamente abarca el hemisferio septentrional de Marte, que sigue teniendo seis kilómetros menos de altura que el meridional.

Venus chocó con un planeta del tamaño de Marte, creando una luna similar a la que posee la Tierra, llamada Neith; diez millones de años después, otro impacto confirió a Venus su lento movimiento retrogrado. Este cambio de rotación ralentizó a Neith e hizo que se precipitase sobre Venus y ambos se fusionaran.

Mercurio fue alcanzado por un protoplaneta que tenía la mitad de su tamaño, y lo hizo a tal velocidad y ángulo que arrancó el manto de Mercurio, proyectado a la

órbita. Por lo general, Mercurio hubiese absorbido los restos, pero en los cuatro millones de años que tardó en producirse este proceso, la radiación solar se encargó de expulsar hacia afuera la mayoría de este material. Cerca de dieciséis cuatrillones de toneladas de la corteza de Mercurio acabaron en la Tierra, y más aún lo hizo en Venus. Al final, Mercurio sólo conservó el setenta por ciento más denso, básicamente la corteza planetaria. Así se entiende la gravedad de Marte, tratándose de un planeta cuyo diámetro es menor que el de Titán.

Algo después, los jóvenes Júpiter y Saturno cayeron a una resonancia orbital de uno sobre dos, con Júpiter girando durante dos de sus años por cada uno que lo hacía Saturno. Esto dio pie a una onda gravitacional muy potente, que resonaba en todo el Sistema Solar con fuerza variable, según la situación respectiva de ambos gigantes. Esta nueva onda atrapó en su punto álgido a Neptuno, que había crecido justo en el exterior de Saturno, ¡y lo expulsó del sol! Neptuno pasó de largo a Urano, al que empujó también hacia afuera y a su lado. Fue en ese punto que ambos gigantes gaseosos acabaron en las órbitas que ocupan en la actualidad.

Entre tanto, dentro de la órbita de Júpiter, esa misma onda de resonancia atrapó asteroides que luego proyectó por todo el sistema como si de bolas de la máquina del millón se tratase, en un periodo llamado Tardío Bombardeo Pesado, el cual se produjo hace 3,9 mil millones de años. Todos los planetas y satélites interiores encajaron impactos, hasta un punto en que las superficies de estos planetas se convirtieron a menudo en mares de roca fundida.

¡La Era de los Grandes Impactos! ¡Periodo Tardío de Bombardeo Pesado! Que no se diga que el constante ir y venir es cosa del pasado, que existe regularidad en el momento, que a veces no se antoja más bien una pista de autos de choque. La gravedad, la misteriosa gravedad, sigue inmutable sus propias leyes, interactúa con la materia, y el resultado es un movimiento complejo. Las ondas invisibles arrojan rocas a un lado y otro.

¿Y si la historia de la humanidad experimentase la acción de semejantes ondas invisibles? Porque al final se aplican las mismas fuerzas. ¿Qué grandes impactos nos hicieron como somos? ¿Podrá una nueva resonancia producir una onda capaz de arrojarnos en una nueva dirección? ¿Acaso nos adentramos en nuestra propio periodo de Tardío Bombardeo Pesado?

## KIRAN Y CISNE

Todo cambió el instante en que Kiran vio a la mujer que retenían sus primos. Era mayor, alta, atractiva. Se movía como si estuviera nadando. Supo de inmediato que era una viajera espacial, y que secuestrarla era una idea lamentable. Después todo se precipitó a una velocidad que no le permitió decidir qué hacer. Eso solía pasarle cuando se veía sometido a presión: se veía a sí mismo hacer las cosas desde atrás y a un lado. La gente decía que era frío, cuando en realidad se debía a que era lento. A pesar de todo no habían dejado de pasarle cosas buenas.

Ella tenía el pelo negro; parecía china o mongola. Tenía los ojos castaños, y tenía una mancha azulada en uno de los párpados inferiores. En realidad habían sido sus ojos los que lo habían atrapado. La coincidencia le parecía muy atractiva, ya que las jóvenes que había en su lugar de origen tenían los mismos ojos oscuros con blanco luminoso, enmarcados por un rostro de piel oscura. Le había mirado. Ella le había mirado desde el instante en que la tomó del brazo, para demostrarle hasta qué punto quería ser libre, una mirada muy pasional, como si supiera lo que suponía ser cautiva y temiese la perspectiva. Le impresionó la expresividad de su rostro, la intensidad con que le llamó la atención. Su amigo Zasha lo había llamado Síndrome de Lima. Tal vez fuera eso. Puede que se hubiese convertido en un peruano incompetente.

Pero iría al espacio. Eso significaba marcharse, a pesar de lo cual podía enviar dinero a sus parientes. De todos modos estaban cansados de tener que mantenerlo. Podía irse de allí, y ver todo aquello que siempre había soñado ver. Todo, en realidad, cualquier cosa, pero sobre todo, desde niño, el espacio. Marte, los asteroides. Cualquier lugar que estuviese fuera de allí. Todo el mundo había oído historias.

La mujer los llevó a Newark. Embutido en un asiento pequeño tras ellos, empezó a comprender lo que sucedía en realidad. Algo. Los idiotas de sus primos no le encontrarían y le darían una paliza. Una vida nueva: se puso a temblar, como si el secuestrado fuese él. En cierto modo así era. Atrapado por una mirada, embutido en el asiento trasero de un coche.



Llegaron a un aeropuerto que no parecía de Newark. Condujeron hasta un hangar, y allí los escoltaron escalerilla arriba hasta un pequeño reactor. Nunca había estado tan cerca de semejante vehículo, así que le impresionó la velocidad en el momento del despegue. Le asignaron asiento de ventanilla, así que desde las alturas observó Manhattan, convertida en una nave luminosa. Y así se adentraron en la noche.

Al cabo inclinó la cabeza en la ventanilla y se quedó dormido. Más adelante se despertó con cierta rigidez en el cuello, y observó la paulatina cercanía del océano. El reactor aterrizó en una isla verde cuyo terreno estaba compuesto por tierra rojiza.

Salieron del avión en mitad de la noche, el ambiente era húmedo como en pleno agosto en Jersey, casi como en su hogar de la infancia en Hyderabad. Arrozales. Los recuerdos de la niñez permeaban todo cuanto veía y olía, y de nuevo anduvo como distanciado de sí mismo. Estaba muy distraído cuando entraron en un edificio. «Casa de Mercurio», rezaba el letrero.

Una vez dentro lo llevaron a una sala espaciosa, donde precintaban y cargaban en palés inmensos tubos de plástico blanco, como los utilizados en las cocinas industriales.

—De acuerdo, jovencito —dijo el amigo de Cisne, Zasha, que aún estaba un poco disgustado por tener que hacer eso por ella—. Adelante, entra. Ponte antes este traje de vacío, y luego el casco. Después vamos a cubrirte de tierra y gusanos, y al espacio. —Y, volviéndose hacia Cisne, dijo—: Mi amigo no inspeccionará las cajas que tengan mi signo en ellas. Hace la siguiente guardia.

—¿Por qué los gusanos?

—Es una manera de demostrar que no lo uso por que sí. Sólo utilizo este método para enviar al espacio a un par de personas al año. Naturalmente él obtiene favores a cambio.

—¿Y las inspecciones de la Inteligencia Artificial?

—¿Qué pasa con ellas? Hacemos muchas cosas fuera de ese sistema. —Zasha sonrió a Cisne con ferocidad—. Éste es el ascensor de hawala, el conjunto está pensado para prescindir de ciertos controles.

Entonces Kiran se convirtió en un hombre de una sola pieza, con casco y todo,

respirando aire fresco por tubos cobrizos. Lo ayudaron a introducirse en la caja, donde lo tumbaron como si estuviera dentro de un ataúd, y procedieron a cubrirle con tierra negra y gusanos. Abandonaría la Tierra sepultado en gusanos.

—¡Gracias! —dijo a la mujer y a su amigo.

Fue un viaje largo. Kiran permaneció tumbado, pensando en cómo los gusanos se arrastraban por todo su cuerpo. Si perdía los nervios e hiperventilaba, el casco y el traje parecían encargarse de cubrir sus necesidades. Al cabo siempre acababa por tranquilizarse. Contaba con tubos que suministraban agua y alimento a la altura del cuello, de forma que bastaba con inclinar la cabeza y sorber. La comida era una especie de pasta, pero era muy nutritiva. No tenía ni mucho frío ni mucho calor. La sensación del movimiento de los gusanos resultaba desconcertante, a veces rayaba lo horripilante. Eso debía de ser estar muerto y enterrado. Los gusanos te devoraban. O era como los ritos de purificación de ciertas festividades, en el Durga puja, por ejemplo, donde te cubrían de ceniza o estiércol hasta que llegaba la hora de limpiarse. Le gustaba esa festividad. Y ahí estaba ahora. Si tenía que comer y beber, y luego orinar y defecar, no era tan diferente de los gusanos. Su abuelo solía decir que en esta tierra el hombre no es más que un gusano que no tarda en acabar en el pico de algún pájaro.

A medida que transcurrió el tiempo adquirió una creciente sensación de ingravidez. Había oído que la ascensión llevaba unos cinco días. Pero se le hizo más largo. Empezó a aburrirse. Sintió al cabo una fuerte sacudida, y seguidamente la luz inundó la capa de tierra que tenía encima y la tapa desapareció. Se incorporó con todo el cuidado que pudo, pensando que los gusanos de la caja eran compañeros de viaje que no merecían perjuicio alguno.

—¡Cuidado! —ordenó a los que le ayudaban a salir de la caja.

Cisne se rió de él.

Lo llevó a un pequeño cuarto de baño. Cuando se hubo quitado el traje, se dio una ducha. En el agua caliente pensó, ah, sí, ha llegado la hora de limpiarse. Después venía la purificación; ¿qué sería? ¿Sería esa mujer que se había adueñado de él una manifestación de Durga, la madre de Ganesh, que en ocasiones también se manifestaba como Kali?

—Tienes buen aspecto —dijo Cisne cuando salió del cuarto de baño—. ¿Ha sido muy traumático?

Kiran negó con la cabeza.

—He tenido tiempo para pensar. Y ahora, ¿qué?

Ella rió de nuevo.

—Esta nave lleva rumbo a Venus —respondió—. Yo me dirijo a Mercurio, así que te dejaré allí de camino.

—¿Venus no es un lugar chino? —preguntó Kiran.

—Sí y no —dijo Cisne.

—Entonces, ¿me convierto en chino? —insistió él.

—No. Allí vive toda clase de gente. Mis amigos te proporcionarán una identidad. Después puede pasar cualquier cosa. Pero Venus es un buen lugar para que empieces.

Viajaban en un terrario llamado *Delta de Venus*, un asteroide dedicado al cultivo de alimentos para la Tierra, principalmente arroz enriquecidos pero también otros cultivos necesitados de humedad y calor. La gravedad interna era similar a la que había en la Tierra; Kiran no detectó el famoso efecto Coriolis que empuja a un lado.

Pasaron los días en los campos, trabajando junto a los tractores, las embarcaciones fluviales y muchos otros trabajadores, la mayor parte de ellos pasajeros. Al cabo de una hora, el trabajo te cargaba la espalda, y se dedicaron a charlar para matar el tiempo mientras los pasajeros chapoteaban arriba y abajo por las hileras de cultivos, algunos de los cuales no superaban por mucho la altura de los arrozales, mientras que otros eran altos como gigantes, lo que al principio constituía una visión asombrosa. Las quejas y el deseo de estar en otro lugar eran temas habituales. «Ya estoy harto de esta fiesta». «Lo he intentado con todos». «El único lugar donde tiene sentido la terraformación es la Tierra, y allí se les da fatal». «Está resultando ser un trabajo muy arduo». «Podríamos haber subido a bordo del *Grindewald* y habríamos pasado el tiempo escalando montañas. El Monch, el Eiger, el Jungfrau, han reproducido hasta la última grieta». «Preferiría en un acuario y pasarme el día nadando. Vivir como una sirena durante una semana».

Los mundos playa eran maravillosos, con eso estaban todos de acuerdo. Desaparecidas las playas de la Tierra, todo el mundo amaba las existentes en el

interior de los acuarios.

Otros abogaban por los mundos bosque, estancias en un paraíso cubierto de bosques, una vuelta a la vida de los primates. «¡Ser mono es una bendición!»

—O bonobó. Querría haber ido en una nave sexual.

Esto levantó una pared hecha de reticencias, e hizo que la conversación girase en torno a los actos sexuales que tenían lugar en esos transportes, diseñados a menudo a imagen y semejanza de los antiguos hoteles caribeños. Danzas dionisiacas, orgías tántricas perpetuas, panmixia kundali, todo el mundo tenía una anécdota que compartir. Uno de ellos dijo, lamentándose:

—Podría haberme pasado todo el viaje dentro de una caja del tacto, y aquí me tenéis, con una hoz en la mano.

—¿Una caja del tacto? —no pudo evitar preguntar Kiran.

—Te metes en una caja cubierta por agujeros grandes, y la gente introduce la mano por los agujeros y hace lo que quiere.

—Me sorprende que la gente haga cosas así.

—De todos modos los viajes se hacen largos, estando dentro o fuera de esa caja.

—Tendría que haber pensado en los gusanos de ese modo —dijo Kiran a Cisne—. Me habría sentido la mar de feliz durante el tránsito en ascensor.

—Prefiero estar aquí que en uno de esos —dijo otro de los presentes—. ¡Las granjas son sexy! ¡Todo este fertilizante...!

Muchos gruñeron al escuchar aquello. No fue precisamente una broma que encontrase eco.

—La última vez que estuve en una nave sexual, hubo un grupo de bisexuales que fue a bañarse a la piscina —explicó alguien—. Eran unos veinte, todos con las tetas y las pollas más grandes que podáis imaginar, y unas erecciones de caballo. Se pusieron en círculo uno tras otro y se la metieron sin más. Fue como ver un montón de insectos amontonados en un día de verano. No dejaron de follar hasta caer rendidos.

Esto impuso un largo silencio que se rompió cuando alguien dijo, muy serio:

—Pues me hubiera gustado ver algo así.

Un comentario que movió a la risa a casi todos los demás, puesto que los otros protestaron por las imágenes a las que había dado pie. Yo sólo digo, continuó el testigo de lo anterior, que estas cosas pasan. Es un deporte habitual.

Kiran pensó que después de hablar de las naves sexuales ya no se le hacía tan pesado bregar en los arrozales. Y cuando esa gente dio por terminada la jornada de trabajo y volvió al dormitorio, tuvo la impresión de que, después de todo, la granja se convertiría en un lugar cargado de sexualidad. Había en la mirada de la gente algo que Kiran creyó reconocer.

## *Extractos (5)*

Por ejemplo Venus. La atmósfera de CO<sub>2</sub> de 95 bar, con una temperatura de superficie capaz de fundir el plomo, más caliente que la cara brillante de Mercurio. Un mundo infierno. Por otro lado, posee una gravedad de 0,9 y es un poco más pequeño que la Tierra. Dos elevaciones continentales en la superficie, Ishtar y Afrodita. Hermana de la Tierra. Existe allí un gran potencial para una nueva y extraordinaria creación.

Por ejemplo, una luna de hielo de Saturno: Dione servirá. Desmóntala con las excavadoras autosuficientes Von Neumann, cortando pedazos de unos diez kilómetros. Montas motores en esos pedazos y los envías a Venus.

Mientras haces todo esto, construyes un escudo solar compuesto por aluminio lunar, un material muy delgado que apenas pesa 50 gramos por metro cuadrado, lo cual no le impediría alcanzar  $3 \times 10^{13}$  Kg, lo más grande que ha construido el ser humano. Unas tiras concéntricas proporcionan flexibilidad al escudo solar, al que permiten virar por delante del viento solar para mantener su posición en el punto L1, donde proporcionará sombra a la totalidad de Venus. Privado de la insolación, el planeta se enfriaría a una velocidad de 5 grados Kelvin anuales.

Después de 140 años, la atmósfera CO<sub>2</sub> habrá caído en forma de lluvia y nieve en la superficie, congelada como una capa de hielo seco. Rasca todo el hielo seco que se precipitó sobre Ishtar y Afrodita hasta las tierras bajas, cuidando de mantener la superficie llana. Mientras limpias los continentes, liberas otro destacamento de fábricas químicas autosuficientes Von Neumann, diseñadas para generar oxígeno a partir del CO<sub>2</sub> congelado; esto creará 150 milibar de oxígeno en la atmósfera, más o menos en el mismo tiempo que tardará en congelarse todo el CO<sub>2</sub>. Una atmósfera de oxígeno puro sería inflamable, así que añade un gas, preferiblemente nitrógeno, para crear una mezcla más estable. Titán podría estar muy solicitado por su exceso de nitrógeno, así que mejor será que te prepares para buscar sustituto. El argón minado en la luna serviría en este caso.

Cuando tengas el oxígeno que quieras, y el hielo seco esté allanado en las tierras bajas, cubre el hielo seco con roca falsa, para que el CO<sub>2</sub> quede atrapado en la litosfera.

Ahora toma los pedazos de Dione que has estado acumulando, y únelos en la atmósfera de oxígeno a la altura adecuada para crear vapor y lluvia. Esto garantiza una subida de la temperatura en el planeta, que llegado este punto se encuentra por debajo del nivel apto para el ser humano. Posiblemente deba permitirse el paso de un poco de luz a través del escudo solar si fuese necesario para aumentar la temperatura. Sólo serían necesarios dos años para que la mayor parte de la lluvia de impacto caiga y nieve en la superficie, así que ponte a trabajar deprisa.

El agua de la superficie después de esta infusión de Dione será equivalente a alrededor del diez por ciento del agua que hay en la Tierra. Será agua potable, salada al paladar. El agua cubrirá el ochenta por ciento de Venus, que es mucho más llano que la Tierra, hasta una profundidad promedio de 120 metros. Si se prefieren mares más profundos, pero también la máxima extensión posible de terreno, plantéate cavar una trinchera oceánica utilizando parte de los pedazos de Dione. Recuerda que, en caso de optar por esta ruta, la medida complicaría la contención de CO<sub>2</sub>. Pero si procedes con cuidado, Venus podría terminar con cerca del doble de superficie terrestre que la existente en la Tierra.

En este punto (después de 140 años congelando y preparando, y de otros 50 años rascando, ¡así que ten paciencia!) podrías pensar que el planeta está preparado para la ocupación biológica. Pero recuerda que si combinas el año venusiano, compuesto por 224 días, con su periodo de rotación diario de 243 días, obtienes una curva, un movimiento de rotación retrógrado en que el sol sale por el oeste, y el día solar, en cualquier punto del planeta, es de 116,75 días. Hace tiempo que las pruebas determinaron que eso es demasiado para que las formas de vida terrestres puedan sobrevivir, por modificadas que estén. Por tanto se han identificado dos alternativas. La primera consiste en programar el escudo solar para que filtre luz solar en la superficie y luego vuelva a bloquearla, flexionándose como una persiana veneciana circular para dar pie a un ciclo de día y noche más propio de la Tierra. Esto beneficiaría la nueva biosfera, aunque sería necesario que el escudo solar funcionase sin problemas.

La segunda opción consistiría en causar una segunda fase de bombardeos que alcanzaría la superficie del planeta, de modo que su inercia angular adoptase un ciclo diario próximo a las cien horas, el cual se considera que entra dentro del límite de tolerancia para la mayoría de las formas de vida terrestres. El problema de

esta opción es que retrasaría mucho la ocupación de la superficie del planeta, debido al modo en que liberaría una considerable cantidad de hielo seco cautivo bajo la capa de roca falsa. El establecimiento de la biosfera se retrasaría otros doscientos años, doblando, en efecto, el tiempo de terraformación. Pero no habría que seguir depositando tanta confianza en el escudo solar. Y una atmósfera venusiana adecuadamente tratada sería capaz de bregar con la luz del sol sin temor al efecto invernadero u otros perjuicios.

Qué opción se escoja depende de ti. Piensa en qué pretendes conseguir al final, o, si no crees en los finales, cuál es el proceso que prefieres.



## KIRAN Y SHUKRA

Al cabo de unos días se acercaban a Venus. A Kiran le complació ver que Cisne le acompañaba en el ferry a la superficie; quería hablar con un amigo a quien presentaría a Kiran, antes de proseguir con su travesía.

No había ascensores espaciales en Venus, porque el planeta tenía una rotación muy lenta para que el sistema funcionase. Así que el ferry tenía alas, y mientras atravesaban la atmósfera un fuego amarillo y blanco cubrió el exterior de las ventanillas. Aterrizaron en una pista enorme situada junto a la ciudad cubierta por la cúpula, después accedieron a un vehículo subterráneo y cubrieron el breve trecho que los separaba de la urbe. Fue como si encontrasen a todo el mundo en la calle. Kiran siguió a Cisne entre la multitud, y en una calle lateral subieron una escalera hasta una pequeña Casa de Mercurio que se hallaba sobre una pescadería. Dejaron las bolsas y bajaron de nuevo para sumarse a la multitud.

Los rostros de la ciudad eran en su mayoría asiáticos. La gente gritaba, y en el estruendo no se oía bien, por lo que acababa levantando todavía más la voz. Cisne miró a Kiran y sonrió esquinada al reparar en la expresión de su rostro.

—¡No siempre es así! —gritó.

—¡Lástima! —respondió Kiran.

Por lo visto, dos enormes asteroides de hielo se dirigían hacia la parte superior de la nueva atmósfera venusiana, más o menos por encima del ecuador. Aquella ciudad, Colette, se encontraba a trescientos kilómetros al norte de la colisión, y por tanto no tardaría en verse envuelta por una lluvia que no cesaría en un par de años, dijo Cisne, después de lo cual dejarían pasar un poco de luz a través de la pantalla solar, en cuyo momento empezarían a disfrutar de un tiempo más normal.

Pero primero tenían que sufrir las lluvias torrenciales. La multitud aguardaba el momento, cantando, vitoreando y gritando. Justo a medianoche, el firmamento al sur se iluminó con una luz intensa y blanca que poco después adoptó una tonalidad amarilla e incandescente, seguida por toda la gama de rojos habidos

y por haber. Por unos instantes dio la impresión de que veían el interior de la ciudad a través de una mira de infrarrojos. El ruido de los vítores era extraordinario. En algún lugar tocaba una banda de metales. Kiran vio a los músicos, subidos a una especie de estrado al otro lado de la plaza. Varios centenares de trompetas, trombones, tubas, toda la eufonía, todo desde las cornetas hasta las trompas alpinas, interpretando acordes disonantes que reverberaban en el ambiente y derivaban incesantemente hacia armonías que nunca se materializaban. Kiran no supo si llamarlo música o no, porque sonaba como si tocaran sin un plan previo. El efecto consistía en hacer gritar y aullar a la gente, saltar y bailar. Hacían su firmamento.

Al cabo de una hora, la lluvia que caía sin par borró las estrellas y golpeó la cúpula como empuñada en limpiar hasta la última mácula. Era como estar bajo una cascada. Las luces de la ciudad alcanzaban el cristal de la cúpula y volvían como licuadas, así que las sombras cubrieron los rostros de la gente.

Hubo un punto en que Cisne se aferró a la parte superior del brazo de Kiran como él lo hizo la noche que se conocieron. Sintió la presión, supo qué pretendía decirle; la sangre se le agolpó en aquella zona.

—¡Vale, de acuerdo! —gritó—. ¡Gracias!

Ella le soltó con un amago de sonrisa. Permanecieron de pie a la luz, sobre ellos la cúpula de un blanco lechoso. El estruendo de las voces era como cuando rompe el oleaje en una playa de guijarro.

—¿Estarás bien? —preguntó ella.

—¡Estaré bien!

—Me debes una.

—Sí. Pero no sé qué puedo ofrecerte a cambio.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo ella—. Por ahora, voy a presentarte a Shukra. Trabajé con él hace mucho tiempo, y ahora se mueve aquí en círculos muy importantes. Por tanto, si trabajas para él y te esfuerzas, si congeniáis, tendrás una oportunidad. Te proporcionaré un traductor para ayudarte.

Tomaron el desayuno de regreso a la Casa de Mercurio de Colette, y después de lo cual Cisne y Kiran cruzaron la ciudad para conocer a Shukra. Resultó ser un hombre de mediana edad, de cara redonda y expresión alegre bajo una mata de

pelo blanco.

—Lamento mucho lo de Alex —dijo a Cisne—. Disfrutaba de verdad colaborando con ella.

—Sí —dijo Cisne—. Parece que todos lo hacían. Y se dispuso a presentar a Kiran: —Conocí a este joven cuando salí a dar una vuelta por Jersey y me libró de un buen lío. Buscaba trabajo, y pensé que podía tratarse de alguien de quien podrías servirte.

Shukra la escuchó impasible, pero Kiran reparó en el modo en que había arrugado el entrecejo al principio y pensó que estaba interesado.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó a Kiran.

—Construcción, venta, vigilancia, contabilidad —dijo Kiran—. Y aprendo rápido.

—Más te vale —dijo Shukra—. Tengo trabajos que hay que hacer, así que voy a meterte en algo.

—Y necesita documentación —advirtió Cisne.

—Ah.

Cisne le miró a los ojos sin pestañear. Kiran pensó que ahora era ella quien le debería una.

—Sí tú lo dices —dijo Shukra, finalmente—. Eres mi cisne negro. Veré qué puedo hacer.

—Gracias —dijo Cisne.

Después ella tenía que ir al espaciopuerto para tomar su vuelo. Llevó aparte a Kiran y le dio un abrazo fugaz.

—Volveremos a vernos.

—¡Eso espero! —dijo Kiran.

—Sucederá. Tengo que volver. —Esbozó una sonrisa breve—. De cualquier

modo siempre nos quedará Nueva Jersey.

—Lima —dijo él—. Siempre nos quedará Lima.

Ella rió.

—Pensaba que era Estocolmo. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

## *Extractos (6)*

La base del modelo económico de las colonias espaciales surge en parte de sus orígenes como estaciones. En este modelo temprano, la vida en el espacio no era una economía de mercado; una vez en el espacio, se te proporcionaban alojamiento y comida puesto que formabas parte de una expedición, un poco como sucedió en las estaciones científicas de la Antártida. Los mercados que existieran tendían a ser empresas particulares, a menudo individuales y no reguladas que comerciaban con bienes no esenciales. El capitalismo se vio relegado a una nota a pie de página, y las necesidades de la vida eran bienes comunes

el intercambio entre la Tierra y las colonias individuales se efectuó en base a tratados-asociaciones, por tanto no distaba mucho de un modelo colonial donde las colonias producían metales y volátiles, conocimientos útiles para la gestión en la Tierra y, más adelante, alimentos

en cuanto empezaron a operar los ascensores espaciales (el primero, el de Quito en 2076), el tráfico entre la Tierra y el espacio aumentó exponencialmente. A partir de ese momento, el sistema solar se hizo accesible. Era demasiado vasto para poblarlo rápidamente, pero la velocidad en constante aumento del viaje espacial supuso que a lo largo del transcurso del siglo XXII, la totalidad del sistema solar estuviera al alcance. No es coincidencia que la segunda mitad de este siglo viese el inicio del *Accelerando*

la diáspora espacial se produjo tan tarde que el capitalismo se fue marchitando en su decisión interna referente a si destruir la biosfera terrestre o cambiar sus normas. Muchos arguyeron a favor de destruir la biosfera, por tratarse del mal menor

una de las formas más influyentes de cambio económico tuvo sus orígenes en Mondragón, Euskadi, una población vasca cuyo sistema económico se fundamentaba en una cooperación mutua organizada. Una creciente red de colonias espaciales se inspiró en el modelo de Mondragón para trascender sus orígenes como estaciones científicas. Cooperando según este modelo, las colonias

individuales espaciales, muy dispersas, se asociaron con miras a prestarse apoyo mutuo y

los superordenadores y la Inteligencia Artificial posibilitaron coordinar una economía de no mercado, introduciendo términos matemáticos en el modelo Mondragón. Las necesidades se determinaban anualmente con preciso detalle demográfico, y después se dirigía la producción para satisfacer las necesidades que se habían predicho. Todas las transacciones económicas, desde la creación de energía y la extracción de materias primas, pasando por la fabricación y distribución, hasta el consumo y el reciclaje de desperdicios, se introdujeron en un único programa informático. Una vez solventados los escollos políticos, articulados los deseos en una pelea política muy reñida, la totalidad de la economía anual del sistema solar podía resolverla un superordenador en menos de un segundo. El resultado: un Mondragon programado en un qubo, llamado a veces modelo Albert-Hahnel, o modelo cibernético soviético de Spufford

si todo el mundo hubiese estado trabajando en un Mondragon programado, todo habría ido bien; pero sólo era una de las diversas economías que competían en la Tierra, todas sometidas al dictamen del capitalismo tardío, que seguía teniendo bajo control a más de la mitad de la producción y el capital terrestres: cada una de sus transacciones reafirmaba la propiedad y la acumulación de capital. Esta concentración de poder no había desaparecido, sino que únicamente se había licuado un tiempo antes de solidificarse, principalmente en Marte, tal como revelan claramente los datos GINI

en modelos residuales-emergentes, cualquier sistema económico o momento histórico constituye una mezcla inestable de sistemas pasados y futuros. El capitalismo, por tanto, era una combinación o campo de batalla de su elemento residual, el feudalismo, pero... ¿cuál era su elemento emergente?

con el éxito de la revolución marciana y la emergencia de su sistema único planetario socialdemócrata, se abrieron las puertas para que lo siguiera el resto del sistema solar. Sin embargo, muchas colonias espaciales siguieron siendo colonias de naciones de la Tierra, así que el resultado último fue un mosaico de sistemas que de algún modo se antojaba anárquico. Buena parte de la economía espacial fue dominada por una liga de colonias llamada el Acuerdo Mondragon. El Acuerdo se renovaba en una conferencia celebrada cada cinco años, y anualmente las Inteligencias Artificiales del Acuerdo dictaban su economía, corrigiéndola a menudo, varias veces por segundo

cuanto más duró el Acuerdo Mondragon, más robusto se hizo. Confiados en su apoyo de las necesidades, se cerraron cada vez más acuerdos entre empresas, de distintos mercados, que operaban al margen. Si no llega a ser por Marte y su

si el feudalismo es el residual de la Tierra, el capitalismo es el residual de Marte

en sí el margen aumenta con la prosperidad, con la creciente sofisticación y cultura

la existencia de la economía marginal, medio autónoma, a medio regular, parecida a la anarquía, plagada por el fraude, la traición y el crimen, maravillaba a todos los practicantes del mercado libre, libertarios, anarquistas y a muchos otros, algunos encantados por el trueque del bonobó, y otros por la masculinidad del salvaje oeste y una riqueza que trascendía la necesidad

el capitalismo marginal constituye un deporte para tipos duros como el rugby o el fútbol de contacto, sobre todo apto para gente que peca de exceso de testosterona. Por otro lado, con ciertas normas y cambios de actitud, se ha demostrado que puede ser un juego interesante, como son el béisbol o el voleibol. Es un proyecto válido en el margen, una forma de auto actualización, que no debe aplicarse a las necesidades, sino un hobby, una agradable afición, incluso una forma de arte

confinar el capitalismo al margen supuso el gran logro marciano, como derrotar a la muchedumbre o montar un negocio ilegal de protección

## WAHRAM Y CISNE

Wahram se hallaba de vuelta en Terminador, antes de que Cisne regresara de la Tierra. En ese punto, la ciudad se deslizaba sobre la inmensa llanura de Cráter Beethoven, y Wahram hizo acopio de coraje para pedir a Cisne si quería acompañarle a una instalación que había en la pared oeste de Beethoven, a escuchar un concierto y ponerse al día. No tuvo más remedio que admitir, al hacer la llamada, que estaba nervioso. Su trato no le reveló nada en particular; ni siquiera pudo predecir si iría a Beethoven con ella o con Pauline. Por otro lado, le gustaba Pauline, así que con un poco de suerte daría lo mismo. Y con suerte, Cisne no insistiría en averiguar todo lo que podía averiguarse acerca de los planes de Alex relativos a los qubos. La inspectora Genette había dejado muy claro que tenían que ocultarle ese detalle.

En cualquier caso, la oportunidad de escuchar algo de Beethoven bastó para animarlo. Hizo la llamada, y Cisne aceptó acompañarle.

Después, Wahram consultó el programa del concierto al que asistirían, emocionado al ver que se trataba de un triplete de transcripciones que no solían interpretarse en directo: en primer lugar, un conjunto de vientos interpretaría una transcripción de la sonata para piano *Appassionata*; seguiría el Opus 134 de Beethoven, que era en sí una transcripción para dos pianos de su *Grosse Fugue* para cuarteto de cuerda, Opus 133. Por último, un cuarteto de cuerda interpretaría una transcripción propia de la sonata *Hammerklavier*.

Un programa brillante, pensó Wahram. Se reunió con Cisne en la esclusa sur de Terminador con un ansia tan intensa que superó la inseguridad que sentía a su lado, y también la perspectiva de verse fuera de Terminador, en la superficie de Mercurio. Movimiento necesario hacia poniente, lo cual, en cierto modo, siempre era así, se dijo antes de concentrarse en el concierto. Tal vez no hubiera un motivo real de preocupación. Era interesante pensar que podía sentir un temor irracional hacia el sol.

Ya en el pequeño museo situado en la pared oeste de Beethoven le sorprendió ver que casi eran los únicos, aparte de los músicos que no tocaban. Se



sentaron en las filas delanteras para escuchar. La instalación tenía una sala vacía con aforo para unos miles de personas, pero por suerte el concierto se celebraba en una sala lateral que tan sólo disponía de un par de centenares de butacas, dispuestas en semicírculo ante un pequeño teatro construido al estilo griego. La acústica era excelente.

El conjunto de vientos, que superaba en número a la audiencia, encaró el final de la *Appassionata* de un modo que la convirtió en una de las interpretaciones con instrumentos de viento más impresionantes que Wahram había escuchado jamás. La transcripción dotó a la pieza de un aire novedoso, tanto como hizo Ravel con *Cuadros de una exposición*, de Mussorgski.

Cuando hubieron terminado, se levantaron dos pianistas, que tomaron asiento ante los pianos de cola encajados uno sobre el otro como dos gatos dormidos. Interpretaron el Opus 134 de Beethoven, su transcripción de la *Grosse Fugue*. Tuvieron que aporrear los teclados como percusionistas. Wahram escuchó con más claridad que nunca la intrincada pauta de la gran fuga, además de la energía que destilaba la pieza, la visión maníaca de un aplastante mecanismo de relojería. El enconado ataque de las teclas del piano dotó a la pieza de una claridad y una violencia que unos intérpretes de instrumentos de cuerda no hubiesen alcanzado con toda la voluntad y técnica del mundo. Fue maravilloso.

Después el encargado de la transcripción había tomado la dirección contraria, arreglando la sonata para piano *Hammerklavier* para cuarteto de cuerda. En esta pieza, a pesar de ser cuatro los instrumentos que interpretaban una composición escrita para solista, constituyó un desafío trasladar la intensidad de *Hammerklavier*. Repartida entre dos violines, viola y cello, fluyó hermosa la melodía: la magnífica angustia del primer movimiento, uno de los mejores compuestos por Beethoven; y luego el final, otra fuga imponente. Todo sonó muy parecido a los cuartetos tardíos a oídos de Wahram, por Dios, la pieza parecía haberse transformado en un nuevo cuarteto tardío. Fue tremendo escucharla. Wahram miró a los demás asistentes y vio que los vientos y los pianistas se hallaban de pie tras las butacas, dejándose llevar por la melodía, los ojos cerrados, como en plena oración; a veces movían las manos ante sí, como dirigiendo o bailando con una pareja invisible. Cisne también se había retirado a ese espacio a bailar. Parecía transportada. A Wahram le complació mucho verlo; también él se sentía transportado al espacio de Beethoven, un espacio imponente sin duda; hubiera resultado sorprendente comprobar que Cisne se mostraba inmune, eso la hubiese mantenido al margen de su simpatía y comprensión.

Después, en un bis, los músicos anunciaron que querían probar un experimento. Separaron ambos pianos, y el cuarteto de cuerda se situó entre ellos, en semicírculo, mirando hacia el interior. Luego interpretaron las dos fugas, tocando sus respectivas piezas, que se solaparon con los instrumentos al revés, aumentando la confusión coral; y las partes tranquilas de ambas llegaron al mismo tiempo, en mitad de la tormenta, revelando la similitud estructural de los dos monstruos. Cuando ambas recuperaron las fugas principales, los seis instrumentos siguieron inmersos en su propio mundo, recorriendo seis melodías distintas en un cruce furioso de proporciones mesiánicas. Lograron terminar al mismo tiempo. Wahram no estaba seguro de cuál de ellas se había recortado para que pudiera darse ese fenómeno, pero en todo caso terminaron a una con gran estampido, y todos los presentes, que ya se habían puesto en pie, no dejaron de aplaudir, vitorear y silbar.

—Maravilloso —dijo después Wahram—. De verdad.

Cisne sacudió la cabeza, no muy convencida.

—Al final ha sido una locura, pero me ha gustado.

Se quedaron para sumarse a las felicitaciones y la conversación de los músicos, muy interesados en saber cómo había sonado para el público. Más de uno dijo que sólo había podido concentrarse en su parte. Alguien puso en marcha una grabación, y Cisne y Wahram escucharon junto a los demás, hasta que los músicos empezaron a pausar la grabación para comentar detalles concretos.

—Ha llegado la hora de volver a Terminador —dijo Cisne.

—De acuerdo. Muchas gracias por esto, ha sido estupendo.

—El placer es mío. Escucha, ¿quieres que nos acerquemos andando a la vía? Después de un concierto así es lo más adecuado. Aquí tienen trajes que podremos usar, y podrás estirar un poco las piernas.

—Pero... ¿tenemos tiempo?

—Sí, claro. Llegaremos al andén mucho antes que la ciudad. No es la primera vez que lo hago.

Ella no debió de reparar en su incomodidad ante la perspectiva de recorrer la superficie de Mercurio. Pero no tuvo más remedio que aceptar. Aunque el resto de

los miembros de la audición, así como los músicos, tomaron el tren, a bordo del cual sin duda continuaron comentando el concierto, las transposiciones de Beethoven y demás.

Pero no. Un paseo por un mundo chamuscado. Cuando los trajes que tomaron prestados confirmaron su estanqueidad, salieron por la esclusa de aire y se dirigieron al norte, hacia la vía de Terminador.

Cráter Beethoven poseía la superficie más llana que había visto en Mercurio. Little Bello se hallaba al este, tras el horizonte. Wahram anduvo nervioso. Los frontales iluminaban largas elipses de desierto negro. La puntera de las botas levantaban nubecillas de polvo que flotaban atrás en el terreno calcinado. Las huellas sobrevivirían impresas mil millones de años, pero caminaban sobre una senda compuesta por huellas, de modo que hacía mucho tiempo que se había hecho daño a la superficie. Flanqueando la senda polvorienta, la roca nudosa y granulada era iluminada por la luz de los frontales y respondía al reflejo en forma de diminutas motas de luz diamantina que parecía helada, aunque seguramente se debía a la superficie cristalina. Pasaron por una roca que tenía pintado un Kokopelli; la figura parecía sostener un catalejo en lugar de una flauta, un catalejo que encaraba hacia el este. Wahram estuvo un rato silbando el motivo de la *Grosse Fugue*, a su ritmo, bajito.

—¿Silbas? —preguntó Cisne, que parecía sorprendida.

—Supongo que sí.

—¡Yo también!

Wahram, que no se consideraba alguien que silbase en público, no continuó haciéndolo.

Coronaron una pequeña elevación. Ante ambos se extendían las vías de Terminador. Aún no había ni rastro de la ciudad; era de suponer que se hallaba más allá del horizonte. La vía más próxima bloqueaba la visión de la mayoría de las que discurrían en paralelo al otro lado. Había oído en algún lado que estaban hechas de una especie concreta de acero, pues a la luz de las estrellas despedía una argénteo luz mortecina. Se alzaban unos metros sobre el terreno, y los gruesos pilones que las sostenían se repartían cada cincuenta metros, más o menos. Le alegró comprobar que al noroeste de su posición había un andén. El tranvía del concierto estaba a punto de llegar.

La luz del sol iluminó un punto elevado del muro occidental de Beethoven. Todo en el paisaje quedó bañado por esa luz incandescente. El alba estaba de camino, lento pero seguro. Cuando asomase por la parte oriental del horizonte, la visión de Terminador sería imponente. Posiblemente aquello era la cúpula del globo, visible ya como un fulgor curvo.

Un destello cegador bañó las vías donde había estado el andén. La roja imagen impresa en su retina se dividía en dos mitades, y mientras adquiría cierta uniformidad las rocas empezaron a llover a su alrededor, levantando nubes de polvo que se desplazaron como salpicaduras. Ambos gritaron, aunque Wahram no entendió lo que dijeron; entonces Cisne gritó: «¡Agáchate y protégete la cabeza!», mientras le tiraba del brazo. Wahram se arrodilló a su lado y le pasó un brazo sobre los hombros. Ella, por su parte, parecía empeñada en cubrir con los brazos el casco de él, mientras pegaba el suyo al pecho de Wahram. Al echar un vistazo más allá de donde se encontraba ella, vio que las vías donde había desaparecido la plataforma estaban envueltas en una enorme bola de polvo que se había alzado tanto que a punto estaba de emborronar la luz del sol. El amarillo brillante que cubría la parte alta de la nube iluminaba el terreno a su alrededor como una hoguera. Al pie de la nube, la nube brillaba con luz propia; parecía un estanque de humeante lava.

—Un meteoro —dijo, embobado.

Cisne hablaba por el canal común. Unas cuantas rocas más cayeron alrededor de ambos, invisibles hasta que repararon en las explosiones de polvo. Era como si la tierra explotase, como si alguien acabara de detonar minas terrestres. A veces, las rocas que caían ardían de tal modo que dibujaban una estela entre las estrellas. Los alcanzarían o no, lo que constituía una sensación terrible. Cubrirse el casco no parecía que pudiera servir de gran cosa.

El polvo voló sobre ellos, y cayó en el terreno como un velo flotante. Tonos grises coronados de amarillo; cuando la parte superior de la nube de polvo se precipitó bajo los haces horizontales de la inminente luz solar, ambos se vieron sumidos de nuevo en la oscuridad de la noche mercuriana, iluminada tan sólo por el reflejo que proyectaba la lejana pared del cráter. La visión de Wahram aún estaba dominada por franjas rojas que poco a poco perdieron intensidad.

—Hay un grupo de caminantes solares al sur de aquí, en lo alto de la pared del cráter —dijo Cisne, hosca, antes de formular una pregunta por el canal común—. La lluvia ha lastimado a uno de ellos y necesitan ayuda. Acompáñame.

La siguió alejándose de las vías, cegado y confundido.

—¿Una lluvia de meteoritos?

—Eso parece. Aunque las vías poseen un sistema de detección y rechazo, así que no sé qué ha podido pasar. Vamos, ¡tenemos que darnos prisa! Quiero volver a la ciudad. Es... Ahhhh... —gruñó al darse cuenta de que la ciudad estaba condenada—. ¡No! —gritó mientras tiraba de él hacia el sur—. No, no, no, no, no. —Una y otra vez mientras caminaban con torpeza, antes de añadir—: Pero ¿cómo es posible?

Wahram no supo decir si se trataba de una pregunta retórica.

—No lo sé —dijo.

Cisne siguió tirando de él. Wahram no apartó la vista del suelo, con el propósito de evitar tropezar con una roca. Las rocas alfombraban el terreno. Quiso recordar lo que había visto, ¿fue un destello? ¿Del cielo? ¿Se había alzado? No, fue un movimiento descendente. Cerró los ojos, pero conservaba las franja roja y las nubes carmesí impresas en la periferia de los párpados. Abrió los ojos y volvió la vista hacia Cisne. Tal vez más adelante podrían repasar la grabación visual del qubo, siempre y cuando existiese una. Ella mascullaba con el tono irritado que reservaba para Pauline.

Lo llevó alrededor de un montículo, y cuando lo dejaron atrás vieron a un grupo formado por tres personas cubiertas con traje de vacío que iban a pie. La visión resultó reconfortante hasta cierto punto, porque una de ellas se dolía de un brazo y caminaba con torpeza. Las otras dos flanqueaban al herido, a quien ayudaban en la medida de lo posible.

—¡Eh! —llamó Cisne por el canal común.

Levantaron la vista y les observaron mientras se acercaban. Una de las personas levantó la mano a modo de saludo. Cisne y Wahram se reunieron con ellos al cabo de unos minutos.

—¿Cómo estáis? —preguntó Cisne.

—Pues contentos de seguir vivos —respondió el que estaba malherido—. ¡Me ha caído una roca en el brazo!

—Ya lo veo. Volvamos a la ciudad.

—¿Qué ha pasado?

—Parece ser que un meteoro ha alcanzado las vías.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. ¡Vamos!

Sin cruzar más palabras los cinco echaron a andar a paso vivo hacia las vías, adoptando una manera de andar a lo marciano que compensaba en la medida de lo posible la gravedad local. Wahram se desenvolvió bien gracias al tiempo que había pasado en Titán, cuya gravedad era la mitad que la local, pero bastante parecida. Juntos descendieron dando saltos por la pendiente, desplazándose en dirección este para cruzarse con la ciudad tan pronto como fuera posible. Había un quejido indistinto en el oído de Wahram, como el que hace un animal dolido. Al principio pensó que procedía del caminante solar malherido, pero no tardó en comprender que era cosa de Cisne. Era su ciudad, su hogar.

Coronaron una elevación desde donde disfrutaron de la visión de la mitad superior de la cúpula de la ciudad, que se imponía sobre el horizonte como la burbuja azul de un universo de bolsillo. Parecía que la ciudad seguía desplazándose.

—Delante tiene un buen tramo de vía dañado —dijo Wahram.

—¡Por supuesto!

—¿Hay algún modo de que supere un tramo así?

—¡No! ¿Cómo quieres que lo haga?

—Yo qué sé. Me preguntaba si era... posible. La mayoría de los sistemas de soporte intentan evitar fallos críticos.

—Claro, pero las vías están protegidas porque existe un sistema de protección contra meteoritos.

—No habrá funcionado.

—¡Eso parece! —gritó ella, de nuevo, con un tono que le horadó el oído, a pesar de modularlo el intercomunicador del traje.

Los caminantes solares hablaban entre ellos. Parecían preocupados.

—¿Qué haremos al llegar? —preguntó Wahram por el canal común.

Cisne dejó de gruñir y preguntó a su vez:

—¿A qué te refieres?

—¿Hay botes salvavidas? Me refiero a si hay transportes capaces de llevarnos al espaciopuerto más cercano.

—Sí, claro.

—¿Suficientes para todo el mundo?

—¡Sí!

—¿Y hay naves en el espaciopuerto más cercano? ¿Las necesarias para toda la población de Terminador?

—Todos los espaciopuertos incluyen alojamiento para mucha gente. Y vehículos para ir al oeste hasta los siguientes. Algunos de los vehículos están capacitados para funcionar adecuadamente en la cara solar.

Mientras se apresuraban por la negra llanura, Terminador se alzó lentamente sobre el horizonte. Podían ver la parte superior del interior de Muro del Alba, mucho más alto de lo que era en realidad, pared y árboles blancos. Una frondosa franja verde señalaba las copas de los árboles del parque. Al pie de los árboles se extendían los cultivos de la granja. Un globo níveo en las vías plateadas abocado hacia su final. No pudieron ver a ninguno de los habitantes de la ciudad, a pesar de tenerla prácticamente encima. No había nadie en las terrazas de Alba de Terminador. El lugar parecía desierto.

Y no había modo de encaramarse. El andén estaba en mitad de la zona de impacto. Todos los asistentes al concierto debían de haber muerto. Dentro de la ciudad vieron tres ciervos, macho, hembra y cervatillo. Los gritos de Cisne subieron una octava.

—¡No, No!

Era extraño encontrarse allí de pie, contemplando la calma mediterránea que reinaba en la ciudad vacía.

Cisne corrió bajo las vías hasta la parte norte de la ciudad, seguida por los demás. Desde ese lado distinguieron un pequeño convoy de vehículos terrestres que se alejaba de ellos a través de una grieta que había en la pared noroeste de Beethoven. Los coches se desplazaban a gran velocidad y pronto desaparecieron tras el horizonte.

—Han evacuado —dijo Wahram.

—Sí, sí. ¿Pauline?

—Supongo que podremos ir andando al espaciopuerto —dijo Wahram, preocupado.

Pero Cisne hablaba con el qubo, y Wahram fue incapaz de seguir la conversación. El tono de voz de ella era cáustico.

—Los coches no volverán —le dijo cuando dejó de discutir con Pauline—. La ciudad frenará automáticamente cuando alcance el tramo roto de vía. Tenemos que irnos. En cada décimo andén hay un ascensor que desciende a un refugio situado bajo la vía, no tenemos más remedio que ir allí.

—¿A qué distancia está el más cercano a poniente?

—A unos noventa kilómetros. La ciudad acaba de pasar uno al este.

—¡Noventa kilómetros!

—Sí, tenemos que ir al este. Sólo son nueve kilómetros. Nuestros trajes se encargarán de protegernos de la luz solar el tiempo que tardemos en llegar.

—O podríamos caminar esos noventa kilómetros.

—No, no podemos. ¿Qué quieres decir?

—Creo que podemos. Hay gente que lo ha hecho.



—Atletas que se han entrenado para ello. Yo camino bastante, y tal vez podría, pero tú no. No puedes hacerlo recurriendo sólo a tu fuerza de voluntad. Y este caminante solar está malherido. No, presta atención, nos dirigiremos hacia el sol. Sólo nos veremos expuestos a la corona, y no más de una hora, puede que un poco más. Lo he hecho a menudo.

—Yo preferiría no hacerlo.

—¡Es que no tienes elección! Vamos, cuánto más tiempo pasemos discutiendo, pasaremos más tiempo expuestos.

Lo cual no podía ser más cierto.

—Muy bien, de acuerdo —cedió él, al tiempo que el corazón empezaba a latirle con fuerza.

Ella se dio la vuelta, extendiendo los brazos hacia la ciudad y gruñendo como un animal.

—Ay, mi ciudad, mi ciudad. Ay... —se lamentó—. ¡Volveremos! ¡La reconstruiremos!

Tras el visor traslúcido del casco vio su rostro bañado en lágrimas. Ella reparó en que la estaba mirando y echó la mano hacia atrás, como para golpearle.

—Vámonos, ¡tenemos que irnos! —Hizo un gesto para abarcar a los tres caminantes solares—. ¡Vamos!

Echaron a correr hacia el este. Cisne aullaba por el canal común, su voz era como el sonido de una alarma que, a pesar de haber cumplido con su cometido, sigue sonando después de producirse el desastre. La figura que corría ante él no parecía capaz de generar semejante sonido, que le llegaba como alfilerazos en los oídos. Habían abandonado en la ciudad a un montón de animales, todo el terrario, una comunidad de plantas y animales. Y ella había diseñado esas cosas. Y aquél era su hogar. De pronto las muestras de dolor le dieron a entender que salvar a los seres humanos que habitaban aquel lugar no había sido suficiente. Muchas cosas se habían quedado atrás. Un mundo entero. Si un mundo muere, su gente deja de importar, eso parecía estar diciendo con esos aullidos.

El alba, como siempre, se mostraba inexorable.

En cierto modo todo aquello era muy interesante: ¿podía modular el miedo, servirse de él, utilizarlo para que le impulsara a adoptar el paso óptimo y llegar lo antes posible al andén situado al este, en pleno y descarnado amanecer? ¿Y ese paso coincidiría con el paso que iba a adoptar la persona a quien seguía? Cisne seguía lamentándose, lloraba y maldecía, acompasando las palabras y sollozos a la carrera que había adoptado. Se impulsaba hacia adelante tras el impacto de las pisadas, incapaz quizá de hacerlo con mayor lentitud, a pesar de lo cual él tuvo problemas para mantenerse a su altura. Tuvo que ceder terreno y mantener su propio paso, confiar en ser capaz al menos de mantener la distancia necesaria para no perderla de vista tras el horizonte. Sin embargo, su rastro lo habría llevado directamente al andén, así que perderla de vista no era tan importante. Los tres caminantes solares habían sacado a Cisne una ventaja considerable, incluso el que estaba malherido. Así que cabía la posibilidad de que sus muestras de infelicidad la estuviesen regazando.

El terreno se hundía y se alzaba de tal forma que alcanzaba a ver varios kilómetros al norte, en cuya dirección las tierras altas quedaban bañadas por la luz solar. Esa parte iluminada del paisaje proyectaba luz sobre el terreno en penumbra por donde corrían, y Wahram distinguía los accidentes del terreno con mayor claridad que nunca, no sólo en Mercurio, sino en cualquier otro lugar. Todo parecía cubierto por una capa de polvo desmenuzado, fruto sin duda del fuerte calor y el intenso frío al que se sometía a diario.

La luz del norte se volvió tan intensa que tuvo que apartar la vista para protegérsela, tuvo que concentrarse en la penumbra que había aún a sus pies. Al frente la quejumbrosa silueta se recortaba contra las estrellas. Se concentró para imprimir un buen ritmo a sus pies, atento al terreno que pisaba, volcada la atención en el paso rápido, eficaz. Un tercio de gravedad podía ser engañoso, puesto que no era ni pesado ni ligero. Tenía potencial para facilitar la carrera, pero una caída no era algo trivial, sobre todo en esa situación. Cisne pisaba terreno conocido y no parecía pensar en absoluto en él.

Siguió corriendo. Normalmente, la distancia que tenían que recorrer le hubiese supuesto unos cuarenta y cinco minutos de carrera, dependiendo del terreno. Incluso para un corredor era lo suficiente para no economizar fuerzas. ¿Iba ella demasiado rápido? No percibió indicios de que estuviese aflojando el ritmo.

Por otro lado, tampoco ampliaba la distancia que le había sacado. Por su parte, él había alcanzado un paso que se creía capaz de mantener. No era ni muy rápido ni muy lento. Resoplaba y aspiraba aire con fuerza, atento al trazado del

terreno. Le bastaba con mirar fugazmente al frente para ver a Cisne a un paso de la línea del horizonte. Iban a lograrlo, pero entonces tropezó y para mantenerse en pie tuvo que hacer aspavientos con los brazos, después de lo cual agachó la cabeza y se mantuvo si cabe más pendiente del terreno.

Fue uno de esos momentos donde la conmoción de lo inesperado lo arroja a uno a un espacio distinto. Podía ver las huellas de las botas de Cisne superpuestas al palimpsesto de huellas anteriores. La zancada de ella era más corta que la suya. Él caminaba volando, a pesar de lo cual perdía terreno. Los caminantes solares se hallaban a mitad de distancia del horizonte. Los quejidos de Cisne llenaban sus oídos, pero se negó a bajar el volumen o apagar el intercomunicador.

Entonces el sol parpadeó sobre el horizonte, y de nuevo sintió que el corazón le latía con fuerza. Al principio se alzaron lenguas de fuego anaranjado para luego desaparecer. Creyó recordar que el calor que reina en la corona es más intenso que el de la superficie del sol, mucho más. Corrientes magnéticas, que adoptaban su característica forma de aros de fuego, se alzaron sobre el horizonte para quedar allí suspendidas antes de caer a un lado o a otro. Las llamas del sol alzaban el vuelo en espectaculares explosiones guiadas por los campos magnéticos que se formaban en aquel infierno. Siguió corriendo sin levantar la vista del suelo, y la siguiente vez que miró hacia arriba vio anaranjada la mayor parte del horizonte, el sol en persona, cuyo color naranja estaba remachado de gallardetes y burbujas amarillas. Para lograr que sus ojos pudiesen soportarlo, el visor tuvo que reducir el resto del cosmos al negro. El horizonte era lo único que podía distinguir, una línea no muy alta, ni llana, compuesta de diversas colinas emborronadas. Cisne era una mancha negra, el pictograma de un corredor, su silueta adelgazada por la luz blanca que la bañaba. El suelo bajo sus pies era un mosaico ajedrezado, imposible distinguir los pormenores, de un blanco intenso y un negro insondable, todo junto de tal modo que las partes blancas parpadeaban y le deslumbraban. Tuvo que confiar en que fuese lo bastante llano para seguir corriendo, a pesar de que no se lo parecía. Y entonces, después de otro rato, el blanco fue comiendo terreno al negro y adquirió el aspecto liso de una sábana recién planchada. Se hallaban a plena luz del día.

Empezó a sudar. Probablemente fuese cosa del miedo, aunque también se debía al hecho de que había apretado aún más el paso. El traje emitió un zumbido audible mientras se esforzaba por mantener su temperatura corporal, un ruido no muy audible pero preocupante. El sudor le resbalaba por los costados y las piernas, hasta acumularse en la costura que sellaba el traje sobre las botas. No creía posible que llegara a acumularse el suficiente para ahogarse en él, pero tampoco estaba seguro de que eso fuese imposible. El destello negro de Cisne recortado contra el sol

se había convertido en una especie de imagen de cuento de hadas, constantemente explotaba al desaparecer para reaparecer con una nueva explosión de luz. Creyó ver que se volvía para mirarle, pero no se atrevió a saludarla con el brazo por miedo a perder el equilibrio y caer. Ella parecía haber perdido altura; es más, de pronto pensó que sólo la veía de rodillas para arriba. El horizonte estaba tan lejos como lo estaría en Titán. Eso suponía que probablemente se encontraba a cinco o diez minutos de ella.

Entonces la parte superior del andén asomó a su izquierda por el horizonte, junto a la vía más meridional, y Wahram apretó el paso una vez más. Es posible sacar fuerzas de flaqueza en cualquier esfuerzo cuando se divisa el final.

En esa ocasión, sin embargo, parecía haber estirado al máximo sus fuerzas. De pronto parecía inmerso en un intento desesperado por aferrarse a cualquiera que fuese la velocidad que llevaba. Jadeaba, y tuvo que concentrarse para adoptar un ritmo respiratorio coordinado con los pasos pesados que daba, aspiraba y exhalaba cada dos pasos. Le daba miedo levantar la vista y ver que la corona abarcaba la práctica totalidad del trecho visible del horizonte oriental; la curva parecía sugerir que con el tiempo llenaría casi todo el cielo, como si lo que se alzara ante ellos fuese una especie de sol universal. Mercurio parecía una bola que rodaba hacia esa luz.

El sudor le llegaba a la altura de los muslos, y se preguntó de nuevo si podría ahogarse en él. Claro que podría beberlo y salvarse. Por suerte le llegaba una corriente de aire fresco a la altura del rostro.

El visor ajustó la polarización, y la textura del sol a través del cristal negro articuló un millar de lenguas de fuego. Grandes campos tentaculares se movían al compás, regiones enteras ondulaban como las zarpas de un felino en el agua. Parecía un ser vivo, una criatura hecha de fuego.

El andén era un bloque negro en la negrura, y Cisne un fugaz movimiento oscuro. La alcanzó, se detuvo, jadeó unos instantes con las manos en las rodillas, de espaldas al sol. Ella había dejado de quejarse, aunque de vez en cuando emitía un gemido. Los caminantes solares habían descendido ya en ascensor, y ella estaba esperando a que subiera de nuevo.

—Lo siento —dijo Wahram cuando recuperó el habla—. Siento llegar tarde.

Ella miraba hacia el sol, cuatro dedos por encima del desigual horizonte

oscuro.

—Dios mío —dijo ella—. Míralo, tú sólo míralo.

Wahram intentó hacerlo, pero era demasiado brillante. Demasiado grande.

Entonces un segmento de la corona se alzó inmenso, más alto que ningún otro antes, como si el sol intentara extender la mano y quemarlos con su tacto.

—¡No! —gritó Cisne, que empujó a Wahram hacia la puerta, protegiéndolo con su cuerpo al interponerse ante el sol, escudándolo mientras maldecía en voz alta y presionaba con fuerza los botones de llamada del ascensor.

—¡Vamos, deprisa! —gritó—. Eso es una llamarada, eso es malo. Para cuando las ves ya te han consumido.

Finalmente las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron deprisa. Las puertas se cerraron a continuación, vio que el rostro de Cisne tras el visor estaba bañado en lágrimas.

Cisne sorbió ruidosamente.

—Maldita sea, eso ha sido una llamarada en toda regla —dijo. Cuando el ascensor se detuvo y salieron, preguntó a los caminantes solares—: ¿Alguno de vosotros lleva encima un dosímetro?

—Si quieres saberlo es que no quieres saberlo —respondió uno de ellos como quien recita un refrán.

Cisne se volvió hacia Wahram, con mayor hosquedad en la expresión de la que le había visto.

—¿Pauline? —dijo—. Busca el dosímetro del traje. —Escuchó un rato, se llevó la mano al pecho, hincando una rodilla en el suelo—. Mierda —dijo con un hilo de voz—. Estoy muerta.

—¿Cuánto tienes? —quiso saber Wahram, asustado. Comprobó la lectura de los medidores que incluía el traje en la muñeca; mostraba una punta de radiación de 3,762 sievert. Maldijo entre dientes. Necesitarían una buena dosis de reparación de ADN la próxima vez que recibiesen tratamiento. Eso si llegaban a hacerlo. Repitió la pregunta—. ¿Cuánto tienes?

Ella se levantó sin mirarle.

—No quiero hablar de ello.

—Más sol de la cuenta —dijo Wahram.

—No se trata de eso, sino de la llamarada. Mala suerte.

Los caminantes solares asintieron al escuchar aquellas palabras, y Wahram experimentó una leve náusea.

Se hallaban ante una escotilla de acceso. Las puertas del ascensor se cerraron a su espalda, y se abrió la puerta situada en el extremo opuesto de la escotilla, a lo que siguió un leve estallido de aire en el ambiente. Accedieron a una amplia estancia de techo bajo, de la que partían varios corredores y en cuyas paredes había no menos puertas.

—¿Es un refugio? —preguntó Wahram—. ¿Tenemos que quedarnos aquí hasta que el sol deje de iluminar esta cara? ¿Podemos?

—Forma parte de todo un complejo —explicó Cisne—. Fue construido para ayudar en la construcción de las vías. Cada décimo andén tiene un complejo así, y hay un conducto que los conecta. Una especie de túnel de trabajo.

Los caminantes solares comprobaban ya algunas de las puertas que había en una de las paredes.

—¿Podemos desplazarnos por el túnel y alcanzar la cara oscura? ¿Obtener ayuda?

—Sí. Aunque me pregunto si podremos pasar por la zona donde ha impactado el meteorito. Supongo que podemos acercarnos a echar un vistazo.

—¿Cuenta con calefacción y aire?

—Sí. Después de que algunos muriesen al bajar a refugiarse, las estaciones cuentan con ciertas garantías mínimas para garantizar la supervivencia. Creo que hay que renovar el aire del túnel sección a sección a medida que avanzas por él. Es como encender la luz.

Uno de los caminantes solares alzó ambos pulgares, y Cisne se quitó el casco,

gesto que imitó Wahram.

—¿Tenéis comunicación por radio? —preguntó uno—. La nuestra no funciona, y estamos pensando que quizá el sol la ha estropeado. El teléfono que hay aquí tampoco funciona. No podremos decir a nadie dónde estamos.

—Pauline, ¿estás bien? —preguntó Cisne en voz alta.

—¿Cómo está el qubo? —quiso saber Wahram al cabo de un rato, pues Cisne guardaba silencio.

—Está bien —dijo ella sin dar más detalles—. Dice que mi cabezota la ha mantenido aislada.

—¡Será posible!

Siguieron a los caminantes solares por el corredor, y bajaron una escalera que daba a un vestíbulo lleno de puertas.

La mayor estancia de todas contenía un montón de sofás y mesas bajas, además de la barra alargada de un autoservicio de comidas. Cisne se presentó y presentó a Wahram a los demás caminantes solares, personas de edad y sexo indefinidos. Inclinaron la cabeza educadamente tras las presentaciones, pero no se identificaron.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó Cisne al malherido.

—Roto —se limitó a contestarle, alzándolo un poco—. He recibido un golpe seco, pero supongo que la roca era pequeña y caía con fuerza. Salió proyectada tras la caída del meteorito.

Wahram pensó que ése al menos era joven.

—La vendaremos —dijo uno de los otros, que también era joven—. Podemos intentar inmovilizarlo, y atarlo a algo que lo mantenga rígido.

—¿Alguno de vosotros pudo ver la caída del meteorito? —preguntó Cisne.

Los tres negaron con la cabeza. Wahram pensó que todos eran jóvenes, la clase de personas que caminan por Mercurio antes del amanecer, dejándose inundar por visiones solares. Claro que por lo visto Cisne también era una de esas

personas. Un espíritu joven, supuso.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Podemos seguir el túnel a poniente hasta llegar al siguiente espaciopuerto situado en la cara oculta —propuso uno de ellos.

—¿Creéis que podremos pasar por el trecho de túnel donde ha caído el meteorito? —preguntó Cisne.

—Ah, no, no había pensado en ello —respondió uno.

—Quizá sí —dijo el del antebrazo fracturado.

El tercero inspeccionaba los armarios que había en una pared.

—Nunca se sabe.

—Lo dudo —opinó Cisne—. Pero supongo que podemos acercarnos a ver. No está a más de quince kilómetros de aquí.

Quince sólo. Pensó Wahram sin decirlo en voz alta. Se quedaron mirándose unos a otros.

—Venga, vamos —dijo Cisne—. Echemos un vistazo. No quiero quedarme aquí de brazos cruzados.

Wahram contuvo un suspiro. No tenían muchas opciones. Y si podían llegar a poniente, y se daban prisa, alcanzarían la cara oscura y, con suerte, el espaciopuerto adonde había ido la gente de Terminador.

Así que se dirigieron a la puerta que daba al oeste, situada en el extremo de la sala, y salieron a un corredor débilmente iluminado por una serie de luces cenitales que formaban parte del techo. Las paredes del túnel eran de roca, en ciertos puntos resquebrajada, en otros surcada por marcas de taladro cuyo trazado ascendía a la izquierda y descendía a la derecha. Anduvieron hacia el oeste a buen paso. El que tenía el brazo fracturado era quien más corría de todos, aunque uno de los otros caminantes solares se mantuvo en todo momento a su altura. Nadie cruzó una palabra. Al cabo de una hora hicieron un breve descanso, sentados en salientes de roca. Otra hora.



—¿Ha obtenido Pauline una imagen del impacto? —preguntó Wahram a Cisne cuando echaron de nuevo a caminar. El túnel era lo bastante amplio para que tres o cuatro personas caminasen a la misma altura, tal como demostraban los caminantes solares que encabezaban la marcha.

—Lo he comprobado, pero no es más que un destello en la parte lateral de la grabación. Unos milisegundos de luz antes de una rápida explosión hacia arriba que se produce con una fuerte descarga de calor. Pero, ¿a qué viene ese calor? No hay atmósfera que combustionar, así que no tiene sentido. Es como si proviniera de otra parte, no sé, de algún otro lado. De otro universo.

—Habrá que buscar otra... explicación —no pudo evitar decir Wahram.

—Pues adelante —replicó ella con el tono que empleaba para regañar a su qubo.

—No se me ocurre nada —admitió Wahram con calma.

Caminaron en silencio. Era de suponer que, llegado cierto punto, se encontrarán bajo la ciudad. Sobre ellos Terminador ardía bajo una lluvia de luz.

Entonces el túnel al frente pareció terminar. Todos se habían puesto de nuevo el casco, aunque sólo fuera por ser la manera más sencilla de transportarlo, así que encendieron la luz para poder ver. Una masa de roca llenaba el túnel desde el suelo hasta el techo. Allí hacía frío.

—Será mejor que presurizar los cascos —dijo Cisne al tiempo que su visor se cerraba.

Wahram la imitó.

Permanecieron de pie, contemplando el derrumbe.

—Muy bien —dijo Cisne, desanimada—. No podemos ir a poniente, así que supongo que tendremos que ir al este.

—Pero ¿cuánto tardaremos? —no pudo evitar preguntar Wahram.

Ella se encogió de hombros.

—Si nos quedamos aquí sentados, pasarán ochenta y ocho días hasta que

salga el sol. Si caminamos será menos.

—¿Recorrer la mitad de Mercurio a pie?

—Menos de la mitad, porque caminaríamos mientras el planeta girase alrededor del sol. Ésa es la clave. Lo que quiero decir es... ¿qué otra cosa podemos hacer? ¡No pienso quedarme aquí sentada tres meses!

Vio que estaba de nuevo al borde de las lágrimas.

—¿Y cuánto dices que es? —preguntó, pensando en aquello de «la mitad de Titán» que había mencionado antes. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Unos dos mil kilómetros. Pero si caminamos al este y recorremos alrededor de treinta kilómetros diarios, acortaremos el tiempo de espera hasta unos cuarenta días, más o menos. Así que podríamos reducirlo a la mitad. A mí me parece que vale la pena hacerlo. Y no tenemos por qué caminar continuamente. Me refiero a que no es como si fuéramos caminantes solares. Caminamos un día, comemos, dormimos de noche, y luego caminamos otra vez. Establecemos una pauta diaria. Si caminamos doce horas de cada veinticuatro, que no es moco de pavo, nos ahorraremos aún más días. ¿Qué dices, Pauline?

—¿Podríamos escuchar la voz de Pauline? —solicitó Wahram.

—Ahora no. Acaba de decirme que doce horas de caminata a diario nos acortaría el total en torno a cuarenta y cinco días. A mí me basta.

—Bueno, eso es mucho caminar —dijo Wahram.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Quedarnos aquí sentados el doble de ese tiempo?

—No, supongo que no —admitió él.

Aunque no se haría necesariamente tan largo. Tiempo suficiente para releer a Proust y a O'Brian, además de repasar un par de vez la saga del Anillo. El ordenador que llevaba en la muñeca estaba muy bien surtido. Pero teniendo en cuenta cómo le miraba ella, no se sintió con ánimos de expresar aquellos pensamientos.

—Daré voz a Pauline —dijo Cisne, como quien hace una concesión para

obtener algo a cambio.

—*Solitur ambulando* —dijo Pauline—. Que en latín equivale a «El movimiento se demuestra andando», según Diógenes de Sinope.

—Así demuestras que el movimiento es algo real —aventuró Wahram.

—En efecto.

—Yo de eso ya estaba convencido. —Wahram exhaló un suspiro.

Una vez volvieron al andén del que provenían, hicieron acopio de provisiones. A los tres caminantes solares les encantaba la perspectiva de pasarse seis o siete semanas caminando; de hecho no se apartaba demasiado de su rutina habitual. Se llamaban Tron, Tor y Nar. Que Wahram pudiese apreciar no pertenecían a un sexo determinado, y se le antojaban muy jóvenes y sencillos; se pasaban la vida andando por Mercurio, y parecían ajenos a cualquier otra cosa, o tal vez no hablaban mucho con extraños. Pero lo poco que decían le parecía pueril y muy provinciano. Aunque por supuesto había terrarios enteros llenos de personas así, él se había acostumbrado a pensar en los mercurianos como gente muy sofisticada, conocedora de la historia, el arte y la cultura. Poco a poco había ido descubriendo que eso no era así. Recordó que siempre había pensado que quienes veneraban el sol debían de ser seguidores de los diversos cultos solares del antiguo Egipto, de Persia, de la civilización Inca... pero no. Únicamente les gustaba el sol.

Por lo visto pasarían unas cuantas noches durmiendo en el suelo del túnel en los trechos que mediaban entre estaciones.

—Cada tres días —dijo Cisne—. Así podremos aprovisionarnos y nos obligará a mantener un buen ritmo.

—Es posible que podamos hacer más —se atrevió a intervenir Tron.

Tron era el del brazo fracturado, así que Wahram se mordió la lengua y no mencionó que en lo que a él concernía, treinta y tres kilómetros diarios podían ser más que suficiente, incluso más de la cuenta. La perspectiva de convertirse en un lastre para los demás era descorazonadora. Sea como fuere, Cisne supervisaba la carga de las mochilas que había encontrado en los armarios de emergencia: los cascos de los trajes de vacío, oxígeno de emergencia, botellines de agua, comida, colchones de aire, recipiente y hornillo. Un rollo de sábanas de aerogel, cuyo aspecto no hacía pensar que proporcionasen mucho calor. El túnel mantendría esa

temperatura, aseguró Cisne, y lo cierto era que hacía bastante calor.

De modo que echaron a andar por el túnel, una empresa no muy distinta de las expediciones espeleológicas de larga duración. Incluyeron luces frontales en las mochilas, aunque por el momento no fuesen necesarias, ya que en el techo había luces cálidas cada veinte metros más o menos, que iluminaban de sobras la roca desnuda del túnel. Cisne dijo que se hallaban a unos quince metros bajo tierra. El túnel había sido excavado en el lecho de roca o regolito, con un acabado de calor que había causado frecuentes vetas de colores minerales que recordaban a la superficie cortada de ciertos meteoritos. En algunos trechos, las curvas de plata se extendían sobre peltre, seguido por negro azabache. El acabado del suelo permitía un buen agarre al pisar. La curva pronunciada de Mercurio hacía que las luces más distantes se fundieran en una única franja luminosa. Era como si pudiesen contemplar todo el arco del planeta, lo que para Wahram suponía un vago consuelo. La idea de cubrir treinta y tres kilómetros diarios durante más de cuarenta días seguidos le parecía una locura. Tenía que forzarse a recordar que se encontraban cerca de la latitud cuarenta y cinco, por tanto la distancia no era tanta como hubiese sido en el ecuador. Creyó recordar que a veces las vías de Terminador caían incluso más al sur. Es decir, podría haber sido peor.

En fin. Caminar durante una hora, en un túnel que apenas experimenta cambios, y únicamente de modo iterativo. Parar, sentarse en el suelo, descansar un poco; luego caminar una hora más. Al cabo de tres horas, parar y comer. Ese intervalo era muy largo, similar a una semana o más en tiempo humano, en el tiempo del pensamiento. Eso hacían tres veces antes de parar a prepararse una comida más elaborada, y echarse a dormir durante ocho o nueve horas.

Hora, hora, hora; hora, hora, hora; hora, hora, hora.

La sensación de que el tiempo se estiraba caló hondo en Wahram. No supo decir por qué se le hacía tan largo; creía que la repetición de las rutinas diarias facilitaría y aceleraría el paso del tiempo, pero no fue así. En lugar de ello todo se alargó, un alargamiento muy, muy prolongado. Al final de cada jornada, cuando se sentaba con los pies doloridos, tan cansado que ni siquiera podía dormir, se tumbaba en el colchón hinchable y decía: «Uno menos, treinta y siete por delante», o «treinta y tres», y sentía una leve punzada de desesperación. Cada hora parecía una semana. ¿Cómo podían soportarlo?

Los caminantes solares solían ir algo adelantados, y para cuando Wahram y Cisne se reunían con ellos para descansar, siempre los encontraban preparando un

té. Entonces, mucho antes de que Wahram estuviera listo para levantarse y volver a la carga, las jóvenes fieras ya se habían adelantado, casi disculpándose, con una inclinación de cabeza o un gesto. La mayor parte del tiempo la pasaba, por tanto, en compañía de Cisne.

A ésta no la hacía muy feliz la perspectiva de aquella caminata, a pesar de haber sido idea suya. Tan sólo la hacía porque la alternativa era mucho peor. Era algo por lo que había que pasar en mudo silencio. Algunos días se adelantaba, y otros se rezagaba. «Un día de estos voy a ponerme enferma», dijo en una ocasión. Wahram tuvo claro que a ella le gustaba menos la situación que a él, mucho menos, como ella misma llegó a confesarle. La odiaba, dijo; sufría de claustrofobia, no podía soportar pasar mucho tiempo encerrada; necesitaba una copiosa cantidad de luz solar, mucha variedad en sus rutinas cotidianas y en los estímulos sensoriales que recibía. Eran sus necesidades, dijo a Wahram de un modo que no fue precisamente equívoco.

—Esto es horrible —exclamaba a menudo, recalcando una a una las sílabas que componían el adjetivo—. Horrible, horrible, horrible. No lo lograré.

—Cambiemos de tema —sugería entonces Wahram.

—¿Cómo voy a cambiar de tema? Esto es ho-rrri-ble.

La interminable repetición de este asunto ocupaba el primer trecho de la jornada de doce horas que se repartían entre caminar y descansar. Después de media hora así, Wahram solía juzgar apropiado señalar que tenían que cambiar de tema si querían evitar una innecesaria repetición que supondría una carga para ambos.

—¿Ya te has cansado de mí? —concluía Cisne de estas observaciones.

—No, en absoluto. De hecho me entretiene mucho. Incluso diría que estoy interesado. Pero este tema, el del viaje que se hace por necesidad sumido en un estado de infelicidad, es muy limitado. Ya hemos visto hasta dónde puede llegar. Quiero una historia distinta.

—Qué suerte tienes, porque precisamente iba a cambiar de tema.

—Pues sí, qué suerte la mía.

Cisne echaba a andar al frente. No había motivo para apresurarse a decir lo

siguiente porque disponían de todo el día. Wahram la observaba mientras caminaba delante de él; sus pasos eran elegantes, largos, estaba acostumbrada a esa gravedad por tratarse de su hogar y los ejecutaba con sinuosa eficacia. Podía sacarle ventaja en un abrir y cerrar de ojos. No parecía enferma. A menudo, a su espalda, la oía mantener largas charlas con su qubo. Por el motivo que fuera, había ajustado la voz de Pauline para que se oyera desde fuera; quizá porque respetaba la promesa que había hecho a Wahram. Las conversaciones entre ambas sonaban siempre a discusión; la voz de Cisne era más audible y autoritaria, pero el tono agudo de Pauline, levemente enmudecido por la piel de Cisne, poseía también cierto peso. Dependiendo de cómo se los programase, los qubos podían ser feroces adversarios en una discusión, capaces de sacar punta a cualquier argumento. Hubo una vez que logró mantenerse a la altura lo bastante para escucharlas, y topó con una conversación que llevaba rato en marcha.

—Pobre Pauline, ¡yo en tu lugar me sentiría tan desdichada! —decía Cisne—. ¡Lo siento mucho por ti! ¡Debe de ser terrible no tener más que un conjunto de algoritmos!

—Se trata de un recurso retórico llamado anacoenosis, según el cual uno finge ponerse en el lugar de su oponente —dijo Pauline.

—No, en absoluto —aseguró Cisne—. Te prometo que lo siento de veras. No tener más que esa capacidad, no disponer de más de un puñado de algoritmos mal conjuntados... En fin, me refiero a que, teniendo eso en cuenta, te las apañas bastante bien.

—Y ahora el recurso retórico de la sincorexis, mediante el cual se hace una concesión antes de renovar el asalto.

—Puede que tengas razón. En realidad no sé por qué pensé que eras tonta, dado el inmenso poder que poseen tus argumentos. A pesar de todo...

—Y ahora juntas el sarcasmo con la aporía con la mala intención que he mencionado antes, la de una momentánea expresión de duda, a menudo fingida, antes de renovar el ataque.

—Y ésta es la defensa llamada sofisma, por la cual, cuando no tienes nada, recurres a la palabrería. Puede que tengas razón, puede que todo se divida en conciencia inteligente y conciencia estúpida. Eso explicaría muchas cosas.

Pero Pauline no parecía dispuesta a ceder terreno.

—Por mí puedes poner el registro de nuestra conversación en manos de un comité que juzgue a ciegas si existe diferencia entre tu conciencia y la mía.

—¿De verdad? —preguntó Cisne—. ¿Me estás diciendo que puedes aprobar el test de Turing?

—Depende de quién formule las preguntas.

Cisne rió, burlona, pero aquello la divirtió de verdad. Wahram lo notaba por su forma de reír. Así que al menos al qubo se le daba bien eso.

Ambos se alternaban a la cabeza de la marcha cada media hora, aunque sólo fuese para señalar el paso del tiempo y cambiar de vista, pues no había ningún otro motivo para ello. No siempre conversaban; eso habría sido imposible, pensó. En cualquier caso, caminaban en silencio durante muchos minutos. Sobre ellos, las luces del túnel parecían recular independientemente, como si caminaran en lo alto de una inmensa rueda de Ferris, y apenas lograsen mantener el ritmo respecto de la rotación. Al cabo de una hora a Wahram le dolían los pies, así que no le suponía un problema tener que sentarse. Utilizaban los colchones de aerogel como cojín. La comida provenía de envoltorios de aluminio que encontraban entre el equipamiento de emergencia de las estaciones, y en su mayor parte era blanda. Al cabo de un tiempo por lo general les bastaba con beber agua, aunque disponían de unos polvos que mezclar en ella, si así lo deseaban.

Por lo general hacían descansos de media hora. Si lo alargaban más, Wahram se enfriaba y Cisne se impacientaba. Por su parte los caminantes solares se habrían alejado más de la cuenta, así que Wahram se ponía en pie y echaba de nuevo a andar.

—¿Crees que encontraremos bastones para caminar en alguna de las estaciones?

—Lo dudo. Podemos buscarlos en la siguiente. Tal vez hallemos algo que podamos usar a modo de bastón.

—¡Bueno, cuéntame algo! ¡Háblame de ti! —le soltaba a veces, al cabo de uno de sus periodos de silencio—. ¿Qué es lo primero que recuerdas?

—No sé —decía Wahram, intentando recordarlo.

—Lo primero que recuerdo —dijo Cisne en una ocasión— se remonta a

cuando, según mis padres, tenía tres años. Mis padres formaban parte de una casa que decidió trasladarse al otro extremo de la ciudad. Creo que nos cambiamos de asiento, con tal de contemplar la otra mitad del campo al pasar. O quizá no fuese cierto. El caso es que allí había un montón de carros, y ambas casas trasladaban sus cosas de un lado a otro. Todo lo que poseía mi familia cabía en un carro y dos carros de mano. Mi madre me llevó dentro cuando la casa quedó vacía y me asusté, creo que a eso se debe que lo recuerde. Mi cuarto parecía mucho más pequeño que el anterior, vacío incluso, y verlo así me asustó, como si todo hubiese dado un paso atrás, como si el mundo se hubiera encogido. Llenamos las habitaciones para hacerlas mayores. Luego salimos, y la otra imagen que conservo, además de la del cuarto vacío, consiste en todo lo que había en el suelo del carro, y el resto de la gente de pie junto a él en la cuneta, bajo una arboleda. Más allá de los árboles se alzaba el Muro del Alba.

Anduvo un rato en silencio, y Wahram sintió el gruñido del que se servía su estómago para anunciar la proximidad de otra cena.

—Pero a esta altura todo ha quedado consumido por el fuego —dijo ella.

Su voz había adoptado un tono inusualmente calmo. Por lo visto, ya no se lamentaba por lo sucedido de igual modo que antes.

—Todo habrá pasado muy rápido cuando el sol se haya alzado lo bastante para que la ciudad quede iluminada tras el Muro del Alba.

—Sé que las vías no se funden en la cara iluminada —señaló Wahram—. ¿Alguna otra cosa?

—La infraestructura de la ciudad estará bien —concedió ella—. La cáscara. Algunos metales, la cerámica, mezclas de ambos. Cristal metalizado. Acero, el inoxidable. El acero de austenita. Ya veremos. Supongo que será interesante comprobar qué aspecto tiene cuando caiga de nuevo la noche. Todo se habrá quemado excepto el marco, supongo. En cuanto el sol se abata sobre ello, las plantas empezarán a morir. A estas alturas ya se habrán muerto, todas las plantas y los animales, incluso las bacterias y demás. Tendremos que reconstruirla.

—Quizá —dijo él.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, creo que querrán averiguar qué le ha pasado a las vías, para verse



capaces de evitar que suceda otra vez. O adoptar un diseño distinto. Tal vez, librar a la ciudad de las vías, y desplazarse por el paisaje sobre ruedas.

—Eso requeriría de locomoción —objetó ella—. Tal como están las cosas, las vías impulsan a la ciudad hacia adelante.

—Bueno, entonces será interesante ver qué sucede. —Wahram titubeó—. Sería inútil reconstruir para que con el tiempo sucediese lo mismo.

—Si se trata de un accidente poco probable, entonces también lo es que vuelva a producirse.

—Pensaba que se habrían contemplado todas las posibilidades.

—Yo también. ¿Sugieres que se trata de un ataque?

—Sí, bueno, al menos lo he estado pensando. Piensa en lo que nos pasó en Ío.

—Pero ¿quién querría atacar Terminador? —quiso saber Cisne—. Atacan la ciudad, pero fallan por un puñado de kilómetros, a pesar de lo cual acaban con ella, dejando con vida a sus habitantes.

—No lo sé —dijo Wahram, incómodo—. Corren rumores de un conflicto entre Marte y la Tierra, dicen que podría desembocar en una guerra.

—Sí —dijo ella—, pero al final siempre se tacha de imposible, porque todo el mundo es muy vulnerable. Destrucción mutua asegurada. Lo de siempre.

—Siempre me he preguntado por ello —admitió Wahram—. Pero ¿y si logras que el primer golpe pareciese un accidente, y sale tan bien que nadie sabe quién es el responsable, y entretanto la víctima se ha evaporado? Esta posibilidad te lleva a pensar en que la destrucción mutua asegurada no es algo seguro.

—¿Quién pensaría tal cosa? —preguntó Cisne.

—Casi cualquier potencia de la Tierra podría efectuar los cálculos. Se encuentran más a salvo que cualquiera de nosotros. Y Marte no ve más allá de la nariz, y no hay forma de herirlo de muerte con una sola flecha. No, no estoy seguro de que no pueda haber una potencia ahí fuera que albergue un sentimiento de invulnerabilidad. O una ira tan fuerte que le haga ignorar las consecuencias.

—Pero ¿a qué atribuirlo? —preguntó Cisne—. ¿Qué causaría semejante ira?

—No lo sé... La comida, tal vez, el agua, la tierra, el poder... el prestigio... la ideología... las diferencias. La locura. Son los motivos habituales, ¿no?

—Supongo que sí —dijo, aterrada, tras aquel listado, como si todo aquello no formase parte del discurso mercuriano, aunque en realidad no fuera más que Maquiavelo o Aristóteles. Pauline podría citarlos de carrerilla.

—En fin, el caso es que me interesa mucho ver qué comenta la gente cuando salgamos de aquí —siguió Wahram.

—Sólo quedan treinta días —señaló ella, malhumorada.

—Paso a paso —dijo él.

—¡Vamos, por favor! Dicho así parece una eternidad.

—En absoluto. Pero no insistiré.

Y al cabo de un rato, añadió:

—Resulta interesante comprobar cómo llega el momento en que te sientes hambriento. No lo estabas y, de pronto, lo estás.

—Eso no es interesante.

—Me duelen los pies.

—Eso tampoco lo es.

—Me duele a cada paso, o cada dos pasos. Fascitis plantar, creo que se llama.

—¿Quieres parar a descansar?

—No. Sólo me duelen un poco, pero no es para tanto. Y al rato entran en calor, antes de cansarse.

—Odio esto.

—Pero aquí nos tienes.

Pasó la hora de caminata. Pasó el rato de descanso. La siguiente hora también pasó. El resto que siguió también lo hizo. EL túnel mantuvo su aspecto de siempre, sin cambiar un ápice. Cada tres noches llegaban a una estación igual que la anterior, excepto en algunos aspectos. Las inspeccionaban en busca de estas diferencias. En lo alto del túnel del ascensor de cada estación se encontraba la superficie, expuesta a pleno sol mercuriano y los cerca de 700 grados Kelvin de las superficies que alcanzaba, ya que al no haber atmósfera ésta no tenía temperatura. En ese punto se hallaban bajo el Cráter Tolstoi, más o menos; Pauline se encargaba de calcular la posición, pero lo hacía por cálculo de estima; allí abajo su pequeña radio no tenía cobertura. Los teléfonos de las estaciones no funcionaban. Cisne supuso que tan sólo cubrían la cabina del ascensor, o eso o todo el sistema se había interrumpido de resultas del impacto, y dada la situación a la que se veía sometida la población de Terminador, y al hecho de que la parte aplastada del túnel había quedado expuesta al sol, no había nadie dispuesto a arreglarlo.

Siguieron caminando hora tras hora. Era fácil olvidarse el paso del tiempo, sobre todo una vez decidieron dejar esa clase de cálculos en manos de Pauline. La pseudoiteración era menos pseudo que nunca. Se hallaban inmersos en una auténtica iteración. Cisne caminaba delante de Wahram, cabizbaja como un mimo que se muestra el rechazado. Los minutos se arrastraban hasta dar la impresión de multiplicarse por diez; era una expansión exponencial del tiempo, jarabe de la prolongación. Vivían por tanto diez veces más. Buscó algo que decir que pudiera no irritarla. Cisne mascullaba cosas a Pauline.

—De niño solía silbar —dijo, e intentó producir una solitaria nota. Notó que tenía los labios más gruesos que de pequeño. Ah, sí... La lengua en el paladar. Perfecto—. Silbaba las melodías de las sinfonías que me gustaban.

—Pues silba —dijo Cisne—. Yo también lo hago.

—¡De veras!

—Pero si ya te lo dije. Tú primero. ¿Podrías silbar a Beethoven, como lo que escuchamos durante el concierto?

—Sí, bueno, en cierto modo. Algunas de las melodías, al menos.

—Pues adelante.

Hubo un periodo de la juventud de Wahram en que cada mañana la empezaba silbando la *Eroica* de Beethoven, la innovadora tercera sinfonía que no

sólo anunciaba una nueva era musical, sino también del espíritu humano, escrita por Beethoven después de enterarse de que se estaba quedando sordo. Wahram silbó las dos notas primeras que empezaban el primer movimiento, y luego silbó la frase principal, con un tempo al compás de sus pasos. No le costó tanto como creía en un principio. Mientras silbaba no estaba seguro de ser capaz de recordar que venía a continuación, pero cuando alcanzó el momento del cambio, la siguiente melodía surgía encadenada de forma inevitable, y fluía de sus labios de manera satisfactoria. En algún lugar de su interior permanecían aquellas cosas. La secuencia de largas y elaboradas melodías fluían unas junto a otras, con la lógica incontestable del pensamiento del propio compositor. Y esta secuencia estaba formada por una melodía inevitable tras otras. La mayor parte de los pasajes debían enlazarse por contrapuntos y polifonías, y saltó de una parte orquestal a la siguiente, dependiendo de cuál parecía ser la frase principal. Pero debía decirse que incluso como melodías solitarias, silbadas de manera inexperta, la magnificencia de la música de Beethoven era palpable en el túnel. Los tres caminantes solares se demoraron, o eso le pareció, para escucharle mejor. Cuando terminado el primer movimiento, Wahram descubrió que los siguientes tres movimientos acudían a él con la misma facilidad que el primero; así que para cuando hubo terminado, había tardado los mismos cuarenta minutos que le hubiese llevado a una orquesta completar la pieza. Las grandiosas variaciones finales eran tan intensas que casi hiperventiló al ejecutarlas.

—Maravilloso —alabó Cisne cuando hubo terminado—. Realmente bueno. Qué melodías. Dios mío. ¿Podrías silbar más?

Wahram no pudo evitar reírse. Lo meditó.

—Bueno, creo que podría hacer la cuarta, la Quinta, la Sexta, la Séptima y la Novena sinfonías. Puede también que algunas piezas sueltas de los cuartetos y sonatas, aunque me temo que perderé el hilo en muchas de ellas. Quizá no en los cuartetos tardíos, porque no sería la primera vez que silbara tan dulces composiciones. Tengo que intentarlo a ver qué tal sale.

—¿Cómo eres capaz de recordar tantas composiciones?

—Pasé mucho tiempo escuchando sólo esas piezas.

—Qué locura. Muy bien, pues inténtalo con la Cuarta. Puedes interpretarlas por orden.

—Más tarde, si no te importa. Debo descansar. Tengo los labios destrozados, siento como si hubieran doblado su tamaño. Ahora mismo son como un enorme tapón.

Ella rió y no insistió. Pero al cabo de una hora mencionó de nuevo el tema; a juzgar por su tono de voz, lamentaría mucho que no la complaciese.

—De acuerdo, pero únete a mí —propuso Wahram.

—Pero no me sé las melodías. No recuerdo lo que escucho tocar a los demás.

—Eso no importa —aseguró Wahram—. Tú silba. Dijiste que lo harías.

Silbó un rato: un glorioso murmullo musical, exactamente como una especie de canto de pájaro.

—Guau, suena como un pajarillo —aplaudió él—. *Glissandos* muy fluidos, y unos no-sé-qué, pero igual que un pajarillo.

—Sí, así es. Tengo algunos pólipos de alondra.

—¿Te refieres al... cerebro? ¿Cerebro de ave en tu organismo?

—Sí. *Alauda arvensis*. También de *Sylvia Boren*, la curruca mosquitera. ¿Sabías que los cerebros de las aves están organizados de forma totalmente distinta que los cerebros de mamífero?

—Pues no.

—Creía que todo el mundo estaba al corriente de eso. Parte de la arquitectura de los qubos se inspira en el cerebro de las aves, fue algo de lo que se habló largo y tendido.

—No lo sabía.

—Bueno, el pensamiento que elaboramos nosotros los mamíferos se distribuye por capas celulares a lo largo del córtex, mientras que las aves lo hacen en racimos de células, distribuidos como racimos de uva.

—No lo sabía.

—Así que puedes tomar algunas de tus propias células, inocular el nodo de ADN correspondiente al canto de la alondra, para después introducirlo en tu cerebro por vía nasal. Formará un pequeño racimo en el sistema límbico. Entonces, cuando silbes, el racimo enlaza directamente con las zonas preexistentes dedicadas a la música. Son partes muy antiguas. Son casi como las de las aves, de modo que las nuevas encajan con suma facilidad y ya está.

—¿Te hiciste eso?

—Sí.

—¿Cómo te sentiste?

Silbó por toda respuesta. En el túnel, un *glissando* líquido desembocó en otro: el alegre canto de un ave, allí, en el túnel, con ellos.

—Es asombroso —dijo Wahram—. No sabía que podías hacer eso. Tú tendrías que silbar, en lugar de hacerlo yo.

—¿No te importa?

—Todo lo contrario.

Así que Cisne se puso a silbar mientras caminaban, a veces durante toda la hora que mediaba entre descansos. Interpretaba toda clase de frases, y Wahram pensó que eran tan variadas que debían corresponder al canto de más de dos especies de ave. Pero no estaba seguro, así que se le ocurrió también que Cisne podía verse físicamente limitada en lo vocal como cualquier ave, por tanto aquello tal vez podía ser la variedad de cantos de que disponía un ave de verdad. ¡Hermosa música! A veces se parecía a Debussy, y por supuesto estaban las imitaciones de los pájaros obra de Messaien, pero el silbido de Cisne era extraño, más repetitivo, con infinitas permutaciones de pequeñas figuras, que a menudo repetían insistente trinos de *ostinato* que le atrapaban con fuerza, a veces hasta el punto de irritarlo.

Cuando dejó de silbar, fue capaz aún de recordar algunas de las melodías. Las ballenas tienen sus cantos, por supuesto, pero las aves deben de ser los músicos del mundo natural por excelencia. A menos que los dinosaurios también tuviesen música propia. Creyó recordar algo relativo a unos grandes agujeros enormes en determinados cráneos de hadrosaurio, inexplicables a menos que los hubiesen utilizado a modo de instrumento de viento. Le pareció interesante imaginar cómo pudieron sonar. Incluso canturreó un poco, probando qué sentía en su propio

pecho de tonel.

—¿Eso proviene del ave o de ti? —preguntó Wahram cuando hicieron la siguiente pausa.

—Somos uno y lo mismo —respondió ella.

—Mozart tuvo un estornino de mascota que una vez revisó un pasaje que había compuesto. El ave lo cantó poco después de interpretarlo él al piano, pero cambió algunos de los bemoles. Mozart anotó lo sucedido al margen de la partitura. «¡Ha sido maravilloso!», escribió. Cuando el ave murió, el compositor cantó en su funeral y leyó un poema en voz alta. Su siguiente composición, que el editor tituló *Una broma musical*, tenía un aire a estornino.

—Qué bueno —dijo Wahram—. Es cierto que las aves siempre parecen inteligentes.

—Las palomas no —dijo ella. Entonces, con un tono más sombrío, añadió—: O bien tienes una inteligencia específica alta, o bien una inteligencia general alta, pero ambas no.

Wahram no supo qué responder a eso; aquella reflexión había cambiado el humor de Cisne.

—En fin —dijo—. Tendríamos que silba juntos.

—¿Te refieres a que nosotros dos tenemos ambas?

—¿Cómo?

—Nada, nada. De acuerdo.

Wahram recuperó la *Eroica*, y en esa ocasión ella se sumó al silbido, aportando a las melodías el contrapunto aviario o de triple. Sus partes encajaron en las suyas a la manera de cadencias internas, o como improvisaciones jazzísticas, y en los pasajes más heroicos de Beethoven, los cuales sucedían con cierta frecuencia, sus aportaciones se alzaron al paso furioso de la invención, sonando como si el ave que había en su interior hubiese sido conducido a un ataque por la audacia del compositor.

Silbaron así varios dúos conmovedores. El tiempo transcurrió de un modo

como no lo había hecho antes. Necesitas el don del tiempo, pensó, para explorar un placer así. Podía repasar todas las obras de Beethoven que conocía; y después, las cuatro sinfonías de Brahms, tan nobles y sentidas; sin olvidar las últimas tres sinfonías de Chaikovski. Todas las grandes partes de la banda sonora de su oh-muy-romántica juventud. Y entretanto, Cisne se apuntó a un bombardeo, y sus aumentos aportaron un tono improvisado y barroco, cuando no vanguardista, a las melodías, aportaciones que a menudo sorprendieron a Wahram. La aguda cualidad de su sonido debió de alcanzar una gran distancia, porque a veces los caminantes solares reducían el paso para limitarse a caminar al frente, atentos a la música, silbando en ocasiones, sin mucho tino pero con entusiasmo. La conclusión de la Séptima de Beethoven fue particularmente satisfactoria gracias a su aportación como banda acompañante; y cuando se levantaron después del descanso para reemprender la marcha, los caminantes solares a menudo pedían escuchar el lamento con que arrancaban las trompas de la Cuarta de Chaikovski, cuando su primer tema, presente la sensación de que existía un destino que los regía, un destino oscuro, imponente.

Al final de una de sus interpretaciones compartidas de la Novena de Beethoven todos sacudieron la cabeza maravillados, y Nar se volvió hacia ellos y dijo:

—Señores, desde luego silbáis como nadie. ¡Qué melodías!

—Bueno, el mérito es de Beethoven —puntualizó Wahram.

—¡Ah! Creía que lo llaman silbar.

—Pensamos que lo estabais improvisando —explicó Tron—. Estábamos impresionados.

Más adelante, cuando los tres jóvenes se habían adelantado, Wahram dijo:

—¿Todos los caminantes solares son así?

—¡No! —protestó Cisne, algo molesta—. Ya te dije que yo misma soy caminante solar.

Wahram no quería que se enfadase.

—Dime, ¿llevas en el cerebro alguna otra cosa interesante?



—Sí —dijo sin abandonar cierto tono amargo—. Hay una Inteligencia Artificial anterior, de cuando era niña, que me implantaron en el *corpus callosum* para tratar unos temblores que sufría. Y un pedazo de un antiguo amante. Pensamos que compartiríamos ciertas respuestas sexuales si compartíamos algo así, de modo que probamos a ver. Pero no nos llevó a ninguna parte, y supongo que ese pedazo sigue ahí. Hay otras cosas, pero no quiero hablar de ello.

—Ay, querida, ¿tan confuso resulta?

—No, en absoluto. —Cada vez sonaba más contrariada—. ¿Tú no llevas nada dentro?

—En cierto modo sí. Supongo que todos lo hacemos —respondió con un tono tranquilizador, dispuesto a quitar hierro al asunto, a pesar del hecho de que jamás había oído mencionar que alguien se hubiese sometido a tantas intervenciones como ella—. Me recetaron vasopresina y oxitocina.

—Ambas provienen de las vasotocina —dijo ella con autoridad—. Sólo existe un aminoácido de diferencia entre las tres, de modo que yo tomo la vasotocina. Es muy antigua, tanto que controla el comportamiento sexual de las ranas.

—Dios mío.

—No, de veras, es lo único que necesitas.

—No sé qué decirte. Yo estoy contento con la oxitocina y la vasopresina.

—La oxitocina es para la memoria social —comentó ella—. Sin ella no repararías en la presencia de los demás. Yo necesito más. Supongo que también necesito más vasopresina.

—La hormona de la monogamia —dijo Wahram.

—La monogamia en el macho. Pero sólo un tres por ciento de mamíferos son monógamos. Creo que incluso los pájaros superan esa cifra.

—Los cisnes —sugirió Wahram.

—Sí. Y yo soy Cisne hija de una Cisne. Pero no soy monógama.

—¿No?

—No. Excepto en lo que respecta a mi fidelidad a las endorfinas.

Él arrugó el entrecejo, pero dio por sentado que ella bromeaba e intentó seguirle la corriente.

—¿Eso no es como tener un perro o algo parecido?

—Me gustan los perros. Los perros son lobos.

—Pero los lobos no son monógamos.

—No, pero las endorfinas sí lo son.

Él exhaló un suspiro, pensando que había perdido la discusión, o que tal vez era ella quien lo había hecho.

—Es el tacto del ser amado lo que estimula las endorfinas —dijo, zanjando así el asunto. No pudo silbar el final de la Sonata Claro de Luna.

Esa noche, durmiendo en el túnel con la manta sobre las sábanas de aerogel que los aislaban del frío del suelo, despertó al notar que Cisne se había arrimado a él y que dormía espalda contra espalda. El flujo resultante de oxitocina le alivió un poco las caderas doloridas; así podía interpretarlo uno. Por supuesto, el anhelo de dormir con alguien, el placer de dormir con alguien, no era exactamente sinónimo de sexo. Lo cual era reconfortante. En el extremo opuesto, las tres fieras yacían apretujadas entre sí como gatitos. Los túneles eran cálidos, a menudo demasiado, pero en el suelo hacía frío. Escuchó su respiración débil, una especie de ronroneo. Algunos opinaban que los genes felinos hacían que uno se sintiera bien, y aquello era como una especie de canturreo. Sentías placer, ronroneabas y te sentías mejor aún: una respuesta que llevaba a sentir mayor placer, y vuelta y vuelta y vuelta, todo ello al ritmo de la respiración, sonaba como cuando la escuchabas. Una especie de música distinta. Aunque sabía muy bien que a veces los gatos enfermos ronronean al experimentar un alivio momentáneo, o incluso cuando esperan sentirse mejor e intentan adelantarse al ciclo. Había vivido con un gato que hacía eso cuando se acercó el momento de su muerte. Un gato viejo de cincuenta años es un animal impresionante. La pérdida de aquel antiguo eunuco fue una de las primeras que experimentó Wahram en su vida, así que no había olvidado la pena que había experimentado ante aquel ronroneo próximo a la muerte, el sonido de una emoción tan intensa que costaba atribuirle un nombre. Un buen amigo suyo había muerto ronroneando. Por tanto, ese ronroneo de Cisne le provocó un escalofrío de preocupación.

Caminar aturdidos por el túnel después de haber dormido. Las primeras horas de la mañana. Silbar el lento movimiento de la *Eroica*, música fúnebre de Beethoven para su sentido del oído, escrita como si agonizara en su interior. «Vivimos una hora y siempre es lo mismo», recitó. Luego el lento movimiento del primero de los cuartetos tardíos, Opus 127, variaciones sobre un tema, tan hermoso y complejo; majestuoso como una marcha fúnebre, pero más esperanzado, más enamorado de la belleza. Y el tercer movimiento que seguía era tan intenso y alegre que podía haberse tratado de un cuarto movimiento.

Cisne le dirigió una mirada furiosa.

—Maldito seas, te lo estás pasando en grande —dijo.

Su risotada de bajo, similar al croar de un sapo, fue una sensación agradable en el pecho, tuvo incluso un aire hadrosáurico.

—«Para él el peligro era como un vino» —gruñó.

—¿Qué es eso?

—Diccionario Oxford de Inglés. O al menos fue ahí donde lo vi.

—Te gustan las citas.

—Hemos recorrido un largo camino, y tenemos un largo camino por recorrer, pero aquí en medio estamos en alguna parte.

—Vamos, ¿qué es eso? ¿El texto de una galleta de la fortuna?

—Creo que de Reinhold Messner.

Realmente Wahram tuvo que admitir que lo estaba disfrutando. Sólo quedaban unos 25 días más; no era una cifra como para arrugarse. Podía soportarlo. Era la pseudoiteración más iterativa que viviría jamás; interesante por ser una especie de punto de máximo avance para él. Una *reductio ad absurdam*. Y el túnel no era tanto una cuestión de privación sensorial como una sobrecarga sensorial, pero en determinados elementos concretos: las paredes del túnel, las luces que discurrían a lo largo del techo, al frente y atrás hasta donde alcanzaba su mirada.

Pero Cisne no lo estaba disfrutando. De hecho, ese día concreto parecía peor que cualquier otro anterior. Incluso redujo el paso, algo que nunca había hecho

hasta entonces, hasta el punto en que incluso él tuvo que reducir el ritmo para evitar pasar de largo por su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó después de esperarla.

—No. Me encuentro muy mal. Supongo que ya está pasando. ¿Tú sientes algo?

A Wahram le dolían las caderas, las rodillas y los pies. Tenía los tobillos en condiciones. Dejó de molestarle la espalda en cuanto echó a caminar.

—Algo dolorido —admitió.

—Me preocupa esa última llamarada solar que vimos. Para cuando la ves, la radiación ya te ha alcanzado. Me temo que estuvimos a punto de quemarnos vivos ahí. Estoy hecha mierda.

—Yo sólo estoy dolorido, claro que tú te interpusiste entre la llamarada y en el acceso del ascensor.

—Probablemente nos alcanzó de manera diferente. Eso espero. Vamos a preguntar a esas fieras cómo se encuentran.

Y así lo hicieron durante la siguiente parada, donde, a juzgar por la expresión de sus rostros, los caminantes solares habían estado esperando lo bastante para preocuparse.

—¿Cómo estáis? —preguntó Tron.

—No me encuentro bien —admitió Cisne—. ¿Y vosotros tres?

Se miraron entre ellos.

—Muy bien —dijo Tron.

—¿Ni náusea ni diarrea? ¿No os duele la cabeza ni los músculos? ¿Perdéis pelo?

Los tres caminantes solares volvieron a mirarse y se encogieron de hombros. Después de todo, habían sido los primeros en bajar en el ascensor.

—Yo no tengo mucho apetito —dijo Tron—, pero tampoco la comida apetece mucho.

—A mí sigue doliéndome el brazo —comentó Nar.

Cisne los miró, resentida. Eran caminantes solares, jóvenes y fuertes. Hacían lo que acostumbraban a hacer a diario, excepto que bajo tierra y de espaldas al sol. Se volvió hacia Wahram.

—¿Y tú?

—Yo estoy dolorido —respondió—. No puedo apretar el paso más de lo que lo hago, ni más rato, o se me romperá algo.

Cisne asintió.

—A mí me pasa lo mismo. Es más, quizá deba bajar el ritmo. Me encuentro mal. Así que me estaba preguntando si no sería mejor que vosotros tres apretéis el paso y os adelantéis, para que cuando alcancéis la cara oscura, o encontréis a alguien, podáis decirles dónde encontrarnos.

Los caminantes solares asintieron.

—¿Cómo sabremos cuándo hemos llegado? —quiso saber Tron.

—Dentro de un par de semanas, cuando lleguéis a las estaciones, podréis subir en ascensor a la superficie y echar un vistazo.

—De acuerdo. —Tron miró a Tor y Nar, quienes asintieron a su vez—. Nos adelantaremos en busca de ayuda.

—Muy bien. No corráis, no vaya a ser que os hagáis daño.

Después de aquello, Wahram y Cisne anduvieron a solas. Caminaban durante una hora, descansaban media, y así unas nueve veces; luego hacían una comida larga y dormían. Una hora era mucho tiempo; nueve, con sus respectivos descansos, eran como dos semanas. Silbaban de vez en cuando, pero Cisne no se encontraba bien, y Wahram no quería hacerlo solo, a menos que ella se lo pidiera. Cisne hacía un alto y se retrasaba de vez en cuando en el túnel para hacer sus necesidades; «tengo cagarrinas», dijo una vez, «debo vaciar el traje». A partir de entonces se limitó a decir: «Espera un momento», y luego, al cabo de cinco o diez

minutos, lo alcanzaba de nuevo y seguían caminando. Estaba chupada. Se volvió irritable, y a menudo mantenía furiosas disputas con Pauline, y en ocasiones también con Wahram. Desagradable y quejumbrosa. A Wahram le molestaba que se mostrase tan injusta, y lo carente de sentido que era todo aquello que la irritaba y que parecía surgir de la nada, de modo que caminaba sin decir palabra, silbando en ocasiones algún que otro pasaje, de modo que sólo él pudiera oírlo. En esos instantes se esforzaba por recordar una lección que había aprendido en la guardería, y era que había que perdonar los puntos bajos de la gente cuyo humor era variable, porque de otra forma no habría manera de aguantarla. En su guardería había seis así, y el humor de uno de ellos era tan variable que se acercaba a la bipolaridad, lo que finalmente obligó a deshacer en parte el grupo, o eso creía Wahram. Él mismo fue uno de los que fueron incapaces en soportar a esa persona en toda su amplitud. Seis personas mantuvieron allí treinta relaciones, y la sabiduría del hex afirmaba que todas tenían los componentes tenían que ser buenos, a excepción de uno o dos, para que durase. Ni siquiera se habían acercado, pero más adelante, Wahram comprendió que la persona cuyo humor era más variable en la mitad superior del ciclo era precisamente a quien más echaba de menos de todo el grupo. Debía esforzarse por recordar ese hecho y actuar en consecuencia.

Una vez, Cisne se había demorado ya diez minutos y no volvía a reunirse con él; a Wahram le pareció oír un gruñido.

Desanduvo sus pasos y la encontró tendida en el suelo, apenas consciente, con el traje de vacío a la altura de los tobillos, en mitad del proceso de defecar. Y sí, gruñía.

—¡Ay, no! —exclamó Wahram, que se acuclilló a su lado. Ella llevaba puesta la camiseta de manga larga, pero bajo la tela la piel estaba azulada y fría en aquellos puntos en que había estado en contacto con el suelo—. Cisne, ¿me oyes? ¿Te duele?

Le sostuvo en alto la cabeza. Ella parpadeaba apenas.

—Maldita sea —dijo Wahram. No quiso levantarle el traje antes de que pudiera limpiarse—. Bueno, voy a limpiarte yo mismo —dijo. Como cualquier hijo de vecino, había cuidado de bebés y ancianos, y sabía lo que había que hacer. En uno de los bolsillos del traje guardaba papel higiénico; él mismo había tenido que tirar mano a toda prisa de ese recurso recientemente, lo que en ese momento le causó mayor preocupación de la que le había causado hasta el momento. Tenía agua, e incluso algunas toallitas húmedas cortesía de su traje. De modo que lo sacó todo, dio la vuelta a las piernas de Cisne y la limpió. Aunque apartó la vista no

pudo evitar reparar que en la mata de vello púbico había un pequeño pene con sus testículos, más o menos donde tenía que haber estado el clítoris, puede que un poco más arriba. Ginandromorfismo; no le sorprendió. Terminó de asearla, intentando ser concienzudo y rápido a la vez, y luego le pasó el brazo por su hombro y la levantó —pesaba más de lo que esperaba—, antes de levantarle el traje de vacío hasta la cintura, momento en que volvió a sentarla en el suelo. Le pasó los brazos por las mangas. Por suerte, la Inteligencia Artificial de un traje se comporta como el perfecto mayordomo para acomodar a su ocupante. Pensó en la mochila que cargaba, que descansaba en el suelo; había que cogerla, y decidió ponerla a la espalda de Cisne. Una vez estuvo todo preparado, la levantó y la llevó unos pasos al frente. Al ver que Cisne echaba la cabeza atrás y no recuperaba la conciencia, se detuvo.

—¿Cisne, me oyes?

Ella gruñó, parpadeando. Le pasó el brazo por detrás del cuello y la cabeza, para levantarla.

—¿Cómo? —dijo ella, por fin.

—Te has desmayado —dijo—. Cuando estabas defecando.

—Ah. Irguió la cabeza y rodeó el cuello de Wahram con los brazos.

Él echó a andar de nuevo. Ahora que al menos se aferraba a él había dejado de parecerle tan pesada.

—Tenía la tensión por los suelos —dijo—. ¿Me ha vuelto la regla?

—No, no creo.

—Pues estoy como si la tuviera. Menudo dolor. Pero no me veo hinchada como suelo.

—Tal vez no.

De pronto se sacudió en sus brazos, apartándose de él lo bastante para poder mirarle a la cara.

—Ay, Dios. Mira... Te diré que los hay que no quieren ni ponerme la mano encima. Tengo que contártelo. ¿Sabes esa gente que ingiere algunos de los

alienígenas de Encélado?

—¿Que ingieren qué?

—Sí. Una infusión que es una batería de bacterias. Ingieren algo de enceladanos, porque se supone que es beneficioso. Yo lo hice. Hace mucho. Pues los hay que no congenian con la idea. Ni siquiera quieren tocar a nadie que lo haya hecho.

Wahram tragó saliva ruidosamente, experimentando una repentina sensación de náusea. ¿Se debía al microbio alienígena, o al hecho de pensar en él? No había forma de saberlo. Lo hecho hecho está, no había forma de cambiarlo.

—Creo recordar que la batería de bacterias enceladanas no se considera especialmente infecciosa.

—No, eso es verdad. Pero se transmite por los fluidos corporales. Me refiero a que tiene que introducirse en la sangre, creo. Aunque yo los ingerí. Tal vez sólo deba llegar a las entrañas, eso es. Por eso la gente se preocupa. Pues...

—Estaré bien —aseguró Wahram. La llevó un rato, consciente de que ella estaba atenta a la expresión de su rostro. A juzgar por lo que había visto en el espejo al afeitarse, no creía que hubiese gran cosa que valiera la pena contemplarse.

—Te has hecho algunas cosas muy extrañas —dijo sin pretenderlo.

Ella torció el gesto y apartó la vista.

—La condena moral del prójimo se considera una grosería, ¿no te lo parece?

—Sí. Por supuesto. Aunque me he dado cuenta de que lo hacemos constantemente. Pero me refería a lo raro que me parece, no pretendía condenarlo moralmente.

—Ah, claro. Lo extraño es tan bueno...

—¿No? Todos somos extraños.

Ella volvió de nuevo el rostro hacia él.

—Lo soy, eso lo sé. En muchos aspectos. Y supongo que habrás reparado en



otro de ellos —dijo, mirándose el regazo.

—Sí —dijo Wahram—. Aunque eso no es lo que te convierte en extraña.

Ella rió débilmente.

—¿Has tenido hijos? —preguntó Wahram.

—Sí. Imagino que eso también te parecerá extraño.

—Sí —dijo él, muy serio—. Aunque yo soy andrógino, y en una ocasión di luz a un hijo. Así que, ya sabes, me parece una experiencia de lo más chocante, sin importar cómo suceda.

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró con atención, sorprendida.

—Vaya, no lo sabía.

—No se trata de algo que sea relevante para lo que nos concierne —dijo Wahram—. Forma parte del pasado, ya sabes. Además, he llegado a la conclusión de que la mayoría de los viajeros espaciales de cierta edad lo han intentado casi todo, ¿no crees?

—Supongo que sí. ¿Qué edad tienes?

—Ciento once años. ¿Y tú?

—Ciento treinta y cinco.

—Estupendo.

Ella rebulló en sus brazos, levantando un puño con gesto de burlona amenaza.

—¿Crees que podrías caminar por tu cuenta? —preguntó él a modo de respuesta.

—Puede. Déjame intentarlo.

Le puso los pies en el suelo sin soltarla. Ella se apoyó en él y dio unos pasos del brazo de él, irguió la espalda y avanzó lenta, muy lentamente, por su cuenta.

—No tenemos que caminar —le recordó—. Me refiero a que podríamos llegar al siguiente andén y esperar en el refugio.

—Veamos qué tal me va. Siempre podemos tomar la decisión cuando lleguemos.

—¿Crees que ha sido el sol lo que te ha hecho enfermar? —preguntó Wahram—. Porque debo decir que para tratarse de la gravedad de Mercurio, me duelen mucho las articulaciones.

Ella se encogió de hombros antes de responder.

—La llamarada bastó para freír las comunicaciones. Dice Pauline que yo encajé diez sievert.

—Guau. —El índice de Dosis Letal 50 estaba en torno a los treinta, pensó—. Mi consola de muñeca me hubiese avisado si llego a encajar tanto. Cuando comprobé la lectura sólo había subido tres. Claro que tú me cubriste cuando esperábamos a que subiese el ascensor.

—Bueno, no había motivo para que ambos encajásemos un impacto de lleno.

—Supongo que no. Pero podríamos habernos turnado.

—Tú no sabías lo de la llamarada. ¿Cuánto llevas en tu vida?

—Alrededor de los doscientos —respondió él. Todos dependían de la reparación de ADN del tratamiento de longevidad para permanecer en el espacio tanto como lo hacían.

—No está mal —dijo ella—. Yo en los quinientos. —Exhaló un suspiro—. Esto podría ser la puntilla. O puede que sólo haya matado la bacteria que llevo dentro. Creo que eso es lo que ha pasado. Espero. Aunque también se me está cayendo el cabello.

—A mí probablemente me duelan las articulaciones debido a la caminata —dijo Wahram.

—Podría ser. ¿Qué haces para mantenerte en forma?

—Ando.

- Eso no es que ponga a prueba tu aparato cardiovascular.
- Aspiro y expiro mientras camino y hablo. — Intentaba distraerla.
- ¿Eso es otra cita?
- Creo que acabo de inventármela. Es uno de mis mantras de la rutina diaria.
- Rutina diaria.
- Me gusta la rutina.
- No me extraña que seas feliz aquí.
- Es cierto, esta vida que llevamos se caracteriza por la rutina.

Avanzaron un buen rato en silencio por el túnel. Cuando llegaron a la siguiente estación dieron la jornada por terminada, y se acomodaron dispuestos a descansar unas horas más de la cuenta, además de dormir durante toda la noche. Cisne se alejó por el túnel para hacer algo, y después volvió y se quedó dormida. Pareció descansar bien, sin ronroneos. A la mañana siguiente quería reanudar la caminata, asegurando que se lo tomaría con calma, así que continuaron.

Las luces no dejaron de dibujarse al frente, en el terreno lejano, además de hacerlo en lo alto, en el largo arco cenital. Daba la impresión de que continuamente se disponían a emprender el descenso de una colina. Wahram procuraba clavar la mirada en una luz concreta, pero no podía tener la certeza de que un despiste lo llevase a confundirla por otra. Podía transformarlo en una especie de unidad de medida: la visión del horizonte; multiplicada tantas veces, no estaba seguro de cuántas.

— ¿Puedes preguntar Pauline qué distancia nos separa del horizonte? — preguntó una vez.

— Yo lo sé — dijo Cisne, sucinta—. Tres kilómetros.

— Ya veo.

De pronto no le pareció que tuviese mucha importancia.

— ¿Silbamos? — preguntó Wahram después de que hubieron caminado

durante media hora.

—No. Estoy cansada de silbar. Cuéntame una historia. La tuya, quiero oír cosas que no sepa de ti.

—Ah, eso no será difícil. —De pronto no se le ocurrió por dónde empezar—. Bueno, nació hace ciento once años, en Titán. Mi madre era una mujer procedente originalmente de Calisto, joviana de tercera generación, y mi padre era un andrógino de Marte, que se exilió durante uno de sus conflictos políticos. Crecí principalmente en Titán, pero en aquella época todo estaba muy virgen, había algunas estaciones y unas pocas poblaciones pequeñas cubiertas por cúpula. También viví unos años en Herschel cuando fui a la escuela, y en Phoebe, y en una de las estaciones orbitales polares, y recientemente en Jápeto. Casi todo el mundo en el sistema de Saturno se traslada constantemente para hacerse una idea de conjunto, sobre todo si trabajas de funcionario.

—¿Hay mucha gente que se dedique a eso?

—Todo el mundo tiene que pasar por la instrucción básica, y dedicar cierta cantidad de tiempo a Saturno, como lo llaman ellos, y también puede que salga su nombre seleccionado en la lotería para tomar parte en el gobierno. Los hay que, una vez escogidos al azar, llegan a aficionarse al puesto y luego continúan por propia voluntad. Eso es lo que me pasó a mí. Uno de mis últimos destinos fue en Hiperión, un lugar muy pequeño por el que acabé sintiendo mucho aprecio, fue muy extraño.

—Ya estamos otra vez con esa palabra.

—Bueno, es que la vida lo es, o eso me parece. —Canturreó—: La gente es extraña, cuando tú eres extraña. —Pero interrumpió la canción para reanudar su relato—. Hiperión es muy raro. Por lo visto se trata de una colisión entre dos lunas de más o menos el mismo tamaño. Lo que ha quedado parece el lateral de un panal, y el contorno de los agujeros es blanco, mientras que el polvo que llena los agujeros hasta la mitad de su altura es negro. De modo que cuando caminas por los bordes, o flotas sobre esa cara de la luna, recuerda mucho a una hermosa obra de arte.

—Un enorme goldsworthy —dijo ella.

—Algo así. Y es fácil que tu presencia perturbe el lugar, de modo que surgen dudas de cómo levantar una estación, incluso de si debe hacerse, y cómo debería gestionarse si se instalase una con carácter permanente. Después de ayudar en ese proceso acabé con la sensación de ser el conservador de un museo, o algo parecido.

—Interesante.

—Eso me pareció. De modo que regresé a Jápeto, que también es un lugar increíble para vivir; es como descorrer una cortina y mirar desde otro ángulo para tener una mejor vista del conjunto del sistema, y del motivo de que te cause esa sensación. Allí estudié gobierno de la terraformación, y las artes de la diplomacia, tales como...

—¿El hombre honesto a quien su país envía para mentir en su nombre?

—Ah, desearía que no se ajustase como descripción del diplomático. Al menos a mí no se me ajusta, y espero que a ti tampoco.

—No creo que podamos escoger lo que significan las palabras.

—¿No? Creo que sí.

—Sólo dentro de ciertos límites —dijo ella—. Pero continúa.

—Bueno, pues después de ese volví a Titán y trabajé allí en su terraformación. Fue durante esos años cuando tuve a mis hijos.

—¿Con parejas?

—Sí, mi guardería tuvo seis padres y ocho hijos. Los veo de vez en cuando. Casi siempre es un placer verlos. Procuero no preocuparme por ellos. Quiero a mis hijos; recuerdo partes de sus vidas que ni siquiera ellos recuerdan. Creo que eso me parece más interesante a mí que a ellos. No importa. La memoria es tramposa. Recuerdas épocas que te gustaron, y quieres recuperar una parte de ellas. Pero sólo obtienes cosas nuevas. Así que procuro contentarme con lo que tengo. Cómo lograrlo no es algo que sea evidente. Creo que cuando afrontas tu segundo siglo se vuelve difícil.

—Nunca dejó de serlo —opinó ella.

—Es verdad. Este mundo me parece muy misterioso. Me refiero a que escucho lo que dice la gente acerca del universo, pero no sé qué utilidad tiene. A mí me suena a sinsentido. Así que coincido con aquellos que dice que tenemos que darle nuestro propio significado. Encuentro útil el concepto de proyecto. Algo que hacer en el presente, y que poder recordar haber hecho en el pasado, algo que esperar a hacer en el futuro, con tal de crear algo. Una obra de arte que no necesite

ser artística de por sí, sino algo humano que valga la pena hacerse.

—Eso es existencialismo, ¿verdad?

—Sí, creo que así es, no veo cómo puede evitarse.

—Hmm. —Ella lo meditó. La luz le hacía mechones blancos y brillantes en el cabello negro—. Háblame de eso que llamas guardería. ¿Cómo funcionaba?

—En Titán encontrarás grupos de personas más o menos de una misma edad que fueron educadas juntas y trabajaron juntas. De estos grupos surgirían pequeñas cohortes que se agruparían a su vez para educar niños. Por lo general los grupos consisten de seis personas o menos. Había formas distintas de estructurarlos. Dependía de las compatibilidades. Se creía en esa época que las parejas no bastaban para asegurar una continuidad a largo plazo, que de hecho duraban menos de la mitad que otros modelos, y que los niños necesitaban más. De modo que el número se hizo mayor. Casi todo el mundo lo consideraba un modelo educativo, y no un arreglo de por vida. Por eso se adoptó el nombre de guardería. Con el paso del tiempo se hirieron muchas sensibilidades. Pero si tenías suerte podía ser muy beneficioso una temporada, así que tenías que aprovechar ese periodo y, luego, seguir adelante cuando llegase el momento. Yo aún mantengo el contacto con ellos, aún somos, en cierto modo, parte de la guardería. Pero los niños han crecido, y rara vez nos vemos ya.

—Comprendo.

Pasaron largo rato en silencio, caminando, y Wahram se sentía a gusto en compañía de Cisne, y no estaba dolorido.

Fue entonces cuando Cisne dijo, con vehemencia:

—No puedo soportar más este lugar. Nada cambia. Es como una cárcel, o una escuela.

—Nuestra vida submercuriana —dijo él, un poco ofendido porque se lo había estado pasando bien. Claro que ella estaba enferma—. Pronto terminará.

—No tan pronto como desearía. —Ella sacudió la cabeza, malhumorada.

Siguieron andando, hora tras hora. Todo siguió siendo igual. Cisne caminaba mejor que antes de desmayarse, pero seguía siendo más lenta que al principio. A

Wahram no le importaba; de hecho, disfrutaba del paso lento. Aún se sentía dolorido por las mañanas, pero no tenía la impresión de que aquello fuese a peor; tampoco sentía debilidad o náuseas, aunque estaba atento a los síntomas. Por ejemplo, a menudo se sentía algo mareado. Cisne se había arrancado casi todo el cabello.

—¿Y tú? —dijo Wahram una vez—. Háblame más de ti. ¿De veras te pasas horas tumbada y desnuda sobre bloques de hielo? ¿Te hacías cortes en la piel para dibujar en ella con tu sangre?

Ella caminaba por delante, y la vio titubear, antes de detenerse y cederle el puesto.

—Prefiero no tener que volver la cabeza —dijo cuando pasó por su lado—. Y sí —añadió cuando echaron de nuevo a andar—. Hice todas esas cosas, y otros muchos abramovics. Creo que el cuerpo constituye un material excelente para el arte. Aunque eso fue cuando estaba en la cincuentena.

—¿Y antes?

—Nací en Terminador, como ya te dije. En ese momento la estaban construyendo, y yo crecí en la granja cuando aún instalaban los sistemas de irrigación. Fue tremendo cuando llegó la tierra. Llegó en unos tubos enormes, como cemento húmedo, pero en negro. Estuve jugando allí con mi madre mientras cuidábamos de la primera cosecha y las plantas del parque empezaron a crecer. Un lugar estupendo para disfrutarlo de niño. Cuesta creer que todo habrá muerto cuando volvamos a la superficie. Tengo que verlo para creerlo. Pero bueno, allí fue donde crecí.

—El pasado siempre queda atrás —señaló Wahram—. Siga en pie allí el lugar o no.

—Tal vez para ti, oh, hombre sabio, pero yo nunca he sentido eso —dijo ella—. En fin, después estuve viviendo una temporada en Venus, trabajando para Shukra. Luego diseñé terrarios. Más tarde me trasladé para hacer obras de arte, sobre todo paisajes y arte corporal. Los Goldsworthies y abramovics que aún considero interesantes y siguen siendo mi principal fuente de ingresos. Así que voy y vuelvo, trabajando por encargo. Pero tengo mi hogar en Terminador. Mis padres fallecieron, así que mis abuelos, Alex y Mqaret, ocuparon su puesto. Te resultaría imposible criticar el modelo de pareja si los consideraras a ellos. Pobre Mqaret.

—No, lo sé —replicó él—. Yo me refería a educar niños, eso es lo que parece que requiere de más de dos personas. También tú tendrás experiencia en eso.

Ella levantó la vista del suelo para mirarle.

—Uno de ellos anda por ahí. La hija que tuve con Zasha falleció.

—Lo lamento.

—Sí, bueno, era mayor. No quiero hablar de eso ahora.

De hecho redujo el paso, y cuando se volvió para mirarla la vio algo encorvada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Estoy algo débil.

—¿Quieres que paremos a descansar?

—No.

Siguieron avanzando, en silencio.

La ayudó a pasar la hora, pasándole el brazo por la espalda y cargando con parte de su peso. Después de descansar, ella se levantó con dificultad y siguió caminando sin atender a razones. Cuando alcanzaron el siguiente andén, él rebuscó en todos los armarios del lugar, y en el último que registró, porque siempre que buscas algo está en el último lugar posible, encontró una especie de camilla con ruedas con el asidero en un extremo que se alzaba a la altura del pecho. Medía dos metros de largo por uno de ancho y la tabla apenas levantaba del suelo lo que las ruedas.

—Pongamos aquí las mochilas y lo empujaremos —sugirió.

—¿Ahora te ha dado por tirar de mí?

—Llegado el caso, sería más sencillo que llevarte a cuestas.

Ella dejó la mochila en el carro, y a la mañana siguiente echó a andar por delante de él. Al principio, Wahram tuvo que apretar el paso; luego la alcanzó;



finalmente redujo la marcha para mantenerse a la altura de Cisne.

Hora tras hora. Sin decir una palabra, a veces ella se sentaba en el carro. Arriba en la superficie, sobre ellos, desfilaban los cráteres y los accidentes del terreno bautizados con los nombres de los grandes artistas de la Tierra; pasaron por debajo de Ts'ao Chan, Philoxenus, Rumi, Ives. Wahram silbó *Columbia, the Gem of the Ocean*, la cual Ives había incorporado a una de sus peculiares composiciones. Pensó en *I Died As Mineral* y deseó haberla memorizado mejor.

—Morí como mineral y crecí como una planta, morí como planta y nací animal; ¿cuándo perdí al morir? —citó.

—¿De quién es eso?

—De Rumi.

Más silencio. Caminaban por la larga curva del túnel. Las paredes estaban rotas, era como si les hubiesen dado un tratamiento de calor más intenso del habitual para impermeabilizarlas. Vetas de negro sobre negro. Todo un conjunto de grietas y resquebrajaduras que se extendía hacia el infinito.

Lanzó un gruñido y abandonó el carro para caminar en dirección contraria.

—Un momento, tengo que ir otra vez.

—Ay, buena suerte.

Al cabo de un buen rato oyó un gruñido lejano que quizá correspondía a una petición de ayuda ahogada. Recorrió el túnel, empujando el carro.

Había vuelto a desmayarse con el traje bajado. De nuevo tuvo que limpiarla. Esa vez estaba un poco más consciente, y se limitó a apartar la vista; hubo un momento en que incluso quiso apartarle las manos. En plena faena le miró con ojos llorosos y resentimiento en la mirada.

—Yo no estoy aquí —dijo—. En realidad no estoy aquí.

—Bueno, entonces yo tampoco lo estoy —dijo él, un poco ofendido.

Cayó de espaldas. Al cabo de un rato, dijo:

—Entonces aquí no hay nadie.

Cuando Wahram hubo terminado y ella volvió a estar vestida, la llevó al carro y lo empujó por el túnel. Cisne yacía tumbada sin decir una palabra.

En el siguiente alto que hicieron en el camino le ofreció un poco de agua enriquecida con nutrientes y electrolitos. El carro, como ella había aventurado cuando Wahram lo encontró, empezaba a convertirse en una camilla de hospital. De vez en cuando, Wahram silbaba un poco, a Brahms por lo general. Había una estoica resolución en la melancolía que impregnaba la obra de Brahms que le parecía muy apropiada en ese momento. Aún tenían por delante veintidós días.

Esa noche descansaron en silencio. La escena había dado paso al comportamiento animal que a menudo sigue a crisis como la vivida: mirar a otra parte, los preparativos del sueño efectuados mecánicamente; el dolor que se adentra en el sueño, refugio invisible. La comodidad requería el respeto de la pseudoiteración. Lamerse las heridas. Todas esas cosas habían pasado antes y volverían a pasar.

Una mañana, Cisne se levantó e intentó caminar. Al cabo de veinte minutos volvió a sentarse en el carro.

—Esto es preocupante —dijo con un hilo de voz—. Si he perdido tantas células...

Wahram no hizo ningún comentario. Siguió empujando el carro. De pronto, se le ocurrió pensar que tal vez Cisne moriría en el túnel sin que él pudiese hacer nada para evitarlo, y experimentó náuseas, lo que le aflojó las piernas. Una estancia en el hospital hubiese sido beneficiosa.

Después de otro largo silencio, dijo Cisne en voz baja:

—Supongo que antes disfrutaba arriesgando la vida. El subidón del miedo, la adrenalina. La emoción de sobrevivir al peligro. Era una especie de decadencia.

—Eso opinaba mi madre.

—Como en esos cuentos de terror en que los personajes intentan despertar de una pesadilla. Pero todo eso es un error. Pongamos que acompañas a alguien que va a morir. Todas las imágenes que ves salen de los cuentos de terror. Ves que esas imágenes surgen de donde estás, a pesar de lo cual sigues ahí plantado. Y al cabo de

un tiempo comprendes que es así como son las cosas. Todo el mundo pasa por eso. Ayudas, pero en realidad no puedes ayudar, tan sólo te sientas y esperas. Con el tiempo sostienes la mano de un muerto. Supuestamente se trata de una pesadilla. Las manos huesudas surgen del suelo para atraparte y arrastrarte, y demás, cuando en la realidad todo es natural. Todo ello es completamente natural.

—¿Sí? —preguntó Wahram, al ver que ella llevaba rato callada.

—El cuerpo intenta seguir con vida —continuó entonces ella—. No es tan... Es natural. Quizá lo comprendas si lo explico de otra manera. Primero muere el cerebro humano, luego el cerebro animal, luego el de lagarto. Como ese Rumi tuyo, sólo que al revés. El cerebro de lagarto intenta con su último soplo de energía mantenerlo todo en marcha. Lo he visto. Es una especie de anhelo. Es una fuerza real. La vida quiere vivir. Pero con el tiempo hay un nexo que se rompe. La energía deja de fluir al lugar donde debe hacerlo. La última batería se agota. Entonces morimos. Nuestros cuerpos regresan a la tierra, vuelven a ser suelo. Un ciclo natural. Y... —Volvió la vista para mirarle—. ¿Y qué? ¿A qué viene el terror? ¿Qué somos?

Wahram se encogió de hombros.

—Animales filósofos. Un extraño accidente. Una rareza.

—O tan comunes como quepa desear, pero...

No continuó.

—¿Dispersos? —aventuró Wahram—. ¿Temporales?

—Solos. Siempre solos. Incluso cuando tocamos a alguien.

—Bueno, eso nos daría que hablar —dijo él, titubeando—. Eso que dices también forma parte de la vida. No sólo se trata de todo ese rollo del lagarto. Salimos al mundo y a veces superamos el foso.

Ella sacudió la cabeza, entristecida.

—Yo siempre caigo en él.

—Hmm. Eso sería un problema —dijo sin mostrarse afectado—. Pero no veo cómo eso puede ser cierto. Teniendo en cuenta lo que me has contado. Y lo que he

visto desde que nos conocemos.

—Cómo te sientas es lo que importa.

Pensó en ello un rato. Las luces desfilaron en lo alto, mientras la empujaba en el carro. ¿Sería cierto eso? ¿Lo que uno pensara respecto a lo que hacía lo convertía en bueno o malo, sin importar lo que fuera que hicieras, o lo que los demás percibieran? Después de todo había muchas cosas que dependían del pensamiento. La definición actual médica del término neurótico era sencillamente la tendencia de concebir pensamientos negativos. Si mostrabas esa tendencia, pensó, mirando la cabeza rala de Cisne, si eres neurótico, entonces el material con el que trabajas sería prácticamente infinito. ¿Eso era así? Aquí y allá había grupos de átomos que sentían en su interior que algo importaba, incluso contemplando las estrellas, incluso dentro de un túnel que parecía dar vueltas sobre sí mismo hasta el infinito. Los grupos de átomos se desunían y desmoronaban. Por tanto, enfrentados a eso: ¿buenos o malos pensamientos?

Silbó el principio de la Novena de Beethoven, planteándose arrastrarla por aquel tramo de negros pensamientos hasta la salida, llevada de la mano del viejo maestro y la tragedia descrita en el primer movimiento de la sinfonía. Saltó hasta la frase repetida próxima al final del movimiento, aquella que Berlioz había tomado por fe de locura. La repitió. Era una melodía sencilla que había usado para caminar cuesta arriba toda su vida. Ahora caminaban ladera abajo, pero encajaba perfectamente con su ánimo. Siguió silbando las ocho notas una y otra vez. Seis abajo, dos arriba. Claro y sencillo.

Finalmente, Cisne, sentada ante él en el carro, con la espalda apoyada en la barra de la que se servía él para empujar, habló de nuevo, arrastrando un poco las palabras; lo hizo como si se dirigiera a Pauline.

—Me pregunto si la gente sabe que estamos vivos. Nunca se sabe. Hubo un tiempo en que significó algo, pero luego el tiempo cambio y tú cambiaste y ellos cambiaron. Y entonces desapareció. Ella ya no tiene nada que decirme.

Hubo una larga pausa.

—¿Quién es el padre de tu hijo? Porque son de padres distintos, ¿verdad?

—Sí. No sé quién era el padre. Me quedé embarazada en Fasnacht, cuando todo el mundo se pone una máscara. Me gustó el aspecto de un hombre. Ella sabe quién es, ella lo buscó.

—¿Te gustó el aspecto de un enmascarado?

—Sí. El aspecto de lo que podrías llamar su comportamiento.

—Comprendo.

—No quería complicaciones. En esa época era una práctica convencional. Ahora no lo haría de ese modo. Aunque nunca lo sabes hasta que es demasiado tarde. Desarrollas un *foile a deux* durante algunos años, es muy intenso, pero es una locura, y cuando sales no puedes mirar atrás sin sentirte... No puedes evitar preguntarte si valió la pena o no. Lo echas de menos, pero también lo lamentas, es estúpido. No dejes de hacer cosas, pero aún no sé qué hacer.

—Vivir y dedicarte al arte —dijo él.

—¿Quién dice eso?

—Creía que tú misma.

—No lo recuerdo. Tal vez sí. Pero ¿qué pasa si resulta que no se me da muy bien el arte?

—Es un proyecto a largo plazo.

—Y hay personas que tardan en demostrar lo que valen, ¿te refieres a eso?

—Sí, supongo. Algo por el estilo. Tú sigues teniendo oportunidades.

—Puede, pero, ya sabes, estaría bien progresar de algún modo. No cometiendo los mismo errores una y otra vez.

—Espirales —sugirió él—. Espiral arriba, donde hacer las mismas cosas a mayor escala. Ahí reside el arte del asunto, sin importar a qué te dediques.

—Tal vez para ti.

—Pero no hay nada inusual en mí.

—Permíteme discrepar.

—No, nada inusual. Soy el príncipe de la mediocridad.

—¿Tan seguro estás de esa definición?

—Soy el ejemplar perfecto de ella. El camino del medio. La mitad del cosmos. Pero sólo en la medida en que la mayoría de la humanidad lo es. Extraño atributo del infinito. De algún modo todos estamos en el medio. En fin, es una manera de verlo que me parece útil. Solía hacer cosas. Para estructurar mi proyecto, por decirlo de algún modo. Parte de una filosofía.

—Filosofía.

—Bueno, sí.

Ella guardó silencio, pensativa.

—Tal vez lo hayamos pasado de largo —sugirió Cisne un día mientras caminaba detrás de él—. Puede que hayamos andado todo el camino bajo el sol y también bajo la cara oculta, y ahora estemos de nuevo bajo el sol. Puede que nos hayamos despistado, que hayamos perdido la noción del tiempo o de la distancia. Quizá nos has jodido bien jodidos con tu ineptitud, igual que Pauline.

—No —replicó él.

Cisne le ignoró, mascullando todas las cosas que podían haberse torcido mientras habían estado bajo tierra. La lista demostró ser asombrosamente larga, de una inventiva retorcida: podían haberse desorientado y caminaban en ese momento en dirección oeste; podían haberse colado en otro túnel que se dirigía hacia el polo norte; podían haber evacuado Mercurio y ellos eran las únicas personas que quedaban en el planeta; podían haber muerto víctimas de la radiación, y el primer ascensor que tomaron los había llevado al infierno. Wahram se preguntó si hablaría en serio, confiando en que no fuese así. Había tantas cosas que la hacían infeliz. Los ritmos circadianos; posiblemente estaba caminando cuando debía de estar durmiendo. Hacía muchos años había descubierto que no podías fiarte de nada que pensaras entre las dos y las cinco de la mañana; en esas horas oscuras el cerebro se ve privado de ciertos combustibles necesarios para funcionar adecuadamente. Se vuelven sombríos los pensamientos y el estado de ánimo hasta adoptar una negritud total. Es mejor dormir o, si eso falla, descartar por adelantado cualquier reflexión o estado de ánimo que se produzca en esas horas, y ver qué trae el nuevo día, visto desde una perspectiva nueva. Se preguntó si podría preguntarle al respecto sin ofenderla. Probablemente no. Ya se mostraba muy irritable, y parecía desdichada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Nunca llegaremos a ninguna parte.

—Imagina que no íbamos a ningún lado, incluso antes de llegar a este lugar. No importaría a donde nos moviésemos, porque nunca llegaríamos a ninguna parte.

—Pero eso es un error. Por Dios, cómo odio tus filosofadas. Pues claro que hubiésemos llegado a alguna parte.

—Hemos recorrido un largo camino, y tenemos un largo camino por recorrer.

—Por favor, qué te jodan a ti y a tus galletas de la fortuna. Ahora estamos aquí. Es demasiado largo. Demasiado largo...

—Considéralo un pasaje *ostinato*. Enconado en su repetición.

Pero ella guardó silencio, y después empezó a gemir. Al principio fue un canturreo, un sonido que ni ella sabía que pudiese hacer. Gruñidos cortos, muestras de pesar. Como quien llora.

—No quiero hablar —dijo cuando él insistió—. Cierra la boca y déjame en paz. No me sirves de nada. Cuando las cosas se tuercen, eres un inútil.

Esa noche llegaron a otra estación subterránea con ascensor. Comió como quien introduce pilas en una máquina. Después se puso a murmurar otra vez, yendo de un lado a otro. Posiblemente hablaba con su Pauline. Así continuó la cosa, con ese murmullo en el oído. Llevaron a cabo las abluciones en el túnel sin incidentes, y luego se tumbaron en las mantas dispuestos a dormir. El murmullo continuó. Al cabo de un rato de sollozar, se quedó dormida.

A la mañana siguiente no quiso comer, hablar o moverse. Siguió tumbada como en estado catatónico, o víctima de un síncope, o sencillamente paralizada.

—¿Puedes hablar, Pauline? —preguntó en voz baja Wahram, al ver que Cisne no decía nada.

Una voz ahogada que procedía del cuello de la mujer respondió que sí.

—¿Qué puedes decirme sobre las constantes vitales de Cisne?

—No —dijo la propia Cisne con la voz de quien habla en sueños.

—Las constantes vitales de que dispongo son prácticamente normales, exceptuando el dato correspondiente al nivel de azúcar en la sangre.

—Tienes que comer —dijo Wahram a Cisne.

Ella no respondió. Le dio con cuchara agua con electrolitos, como quien da de comer a un bebé. Y cuando ella dio unos sorbos sin babear, Wahram dijo:

—Ahí arriba es mediodía. En la superficie, me refiero. Mediodía. El sol está en el punto más alto. Habrá que llevarte arriba para que puedas echar un vistazo al sol.

Cisne abrió un párpado y levantó la vista hacia él.

—Tenemos que verlo —insistió él.

Ella levantó el torso del suelo.

—¿Eso crees?

—¿Es posible? —preguntó a su vez Wahram.

—Sí —respondió ella tras meditarlo unos instantes—. Lo es. Podemos ponernos a la sombra de las vías. A mediodía es menos perjudicial que por la mañana o la tarde, porque los fotones caen rectos y son menos los que alcanzan el traje. Pero no deberíamos quedarnos mucho rato.

—Está bien. Tienes que verlo, y es el momento adecuado. Mediodía en Mercurio. Vamos.

La ayudó a levantarse. Buscó los cascos y los llevó a la cabina del ascensor; volvió para recoger a Cisne, y la acompañó al acceso. Mientras subían le puso el casco y lo cerró herméticamente, comprobó el nivel de oxígeno e hizo lo mismo con el suyo. Los trajes mostraron lecturas correctas. La cabina del ascensor se detuvo. Wahram sintió fuerte el pulso en las puntas de los dedos.

Las puertas del ascensor se abrieron en el andén superior, momento en que el



mundo se volvió blanco. Los cascos ajustaron el paso de la luz, y entonces el mundo se dibujó ante sus miradas negro y blanco. A la izquierda y ligeramente abajo estaban las vías de la ciudad, de un blanco resplandeciente. A la derecha se extendía hasta el horizonte el paisaje mercuriano a mediodía. A falta de atmósfera, la tierra era lo único que encajaba la fuerza del sol; ardía como cubierta por un manto de fuego blanco. El negro del visor era tan profundo que no se distinguían las estrellas. Había una llanura blanca, coronada por un hemisferio negro. El blanco vibraba.

Cisne salió de la cabina al andén.

—¡Eh! —la llamó Wahram, yendo tras ella—. ¡Vuelve aquí!

—¿Cómo quieres que veamos el sol desde ahí? Vamos, no pasa nada si sólo estamos un rato.

—El anden debe de estar a 700 grados Kelvin, como el resto.

—Las suelas de las botas resisten sin problemas esa temperatura.

Asombrado, Wahram la dejó ir. Ella volvió la cabeza para mirar hacia el sol. Wahram no pudo evitar seguir el recorrido de esa mirada hasta recalar en la intensa explosión. Atemorizado, bajó los ojos. La imagen impresa en la retina se demoraba allí para que pudiera disfrutar de ella: un círculo que era rojo y blanco al mismo tiempo, gigantesco en su visión. El sol, real, por fin. El visor había adoptado un tinte totalmente negro, a pesar de lo cual el terreno era blanco, surcado por imperceptibles líneas negras. Cisne seguía mirando al cielo. Después de morir de sed, se ahogaba en el torrente. Siguió su ejemplo, haciendo acopio de valor, y levantó la vista de nuevo. La superficie del sol era un amasijo de blancos tentáculos. Vibraba como sacudida por olas térmicas; entonces comprendió que era su corazón el que hacía que todo su cuerpo temblase, tanto que la visión vacilaba. Un círculo de fuego blanco en un cielo negro carbón sin estrellas. Gallardetes blancos que ondeaban unos sobre los otros inscritos en el círculo, el movimiento sugería la existencia de una inmensa inteligencia viva. Un dios, sí, ¿por qué no? Desde luego parecía un dios.

Wahram apartó la mirada y tomó a Cisne del brazo.

—Vamos, Cisne. Volvamos dentro. Ya has recibido la infusión.

—Dame un segundo.

—Cisne, no lo hagas.

—No, espera. Mira ahí, junto a la vía —dijo, señalando—. Se acerca algo.

Y ahí estaba. Procedente del este, en el terreno llano que había junto a la vía más exterior, se les acercaba un vehículo pequeño. Se detuvo al pie de la escalera de que daba al andén, y se abrió una puerta lateral. Salió del interior una figura vestida con traje de vacío que los saludaba con la mano.

—¿Es posible que nuestros caminantes solares hayan enviado a alguien a buscarnos? —preguntó Wahram.

—No lo sé —dijo Cisne—. ¿Ha pasado suficiente tiempo?

—No lo creo.

Bajaron la escalera. Wahram llevaba a Cisne del brazo, aunque parecía tener un paso más firme. Rejuvenecida, quizá, por la visión del sol a mediodía. O por la perspectiva del rescate. Entraron en la esclusa del coche, y, una vez presurizada la esclusa, accedieron al interior, un compartimento amplio donde se quitaron el casco para poder hablar. Sus salvadores no daban crédito. Cruzaban la cara solar a buena velocidad, y desde luego no habían contado con ver a nadie de pie en los andenes, ¡y además mirando el sol!

—¿Cómo coño habéis llegado aquí? ¿Qué estáis haciendo?

—Somos de Terminador —explicó Wahram—. Hay tres más ahí abajo, a cierta distancia de aquí hacia el este.

—Ah, pero... ¿cómo habéis...? En fin, pongámonos en marcha. Ya nos lo contaréis más adelante.

—Por supuesto.

—Mirad, sentaos junto a la ventana y echad un vistazo. El paisaje es asombroso.

El vehículo arrancó. Pasaron de largo la estación por la que habían asomado a la superficie. Los habían rescatado. Cisne y Wahram cruzaron la mirada.

—¡Ay, no! —protestó Cisne, débil, como quien acaba de presenciar un

desastre inesperado, como si fuese a echar de menos la segunda mitad de la caminata.

Y eso a él le arrancó una sonrisa.

## *Listas (4)*

irascible, colérico, flemático, melancólico

introvertido, extrovertido

ambiversión, surgencia

estable, mudable

racional, irracional

neurótico, esquizoide, paranoico, hebefrénico, maníaco-depresivo, anal retentivo, obsesivo compulsivo, psicótico, sádico, masoquista

reprimido, desasociado, bipolar, esquizofrénico, esquizotipal, psicopático, sociopático, megalomaniaco,

deprimido, antisocial, histriónico, nervioso, dependiente, pasivo-agresivo, narcisista, solipsista

personalidad borderline, personalidad múltiple

loco, cuerdo, normal, excéntrico

autista, Asperger, tímido, genio, retrasado

Apolíneo, Dionisiaco

idealistas, artesanos, racionalistas, custodios

consciente, inconsciente, ego, id, superego

arquetipos, sombras, animo y anima,

psicastenia

feliz, triste; adaptado; alegre, triste; post traumático; abierto, concienzudo, agradable, neuroticismo

quien actúa, quien piensa; monos y calabazas; impulsivo, contemplativo

egoísta, orgulloso, codicioso, perezoso, lujurioso, envidioso, furioso;

estúpido, inteligente; rápido, lento; empático, no empático; distante, confiado, suspicaz

O esto o. Esto o lo otro. Tú escoges. Todo lo anterior

taxonomías, tipologías, categorías, etiquetas, sistemas tres mil años

afasia de Broca, afasia de Wenicke

hiperhipocampal, amígdala deficiente, sensible a la serotonina; activación aumentada del lóbulo temporal derecho 12a; tálamo hiperactivo; distorsiones retinotópicas

## INSPECTORA JEAN GENETTE

A la inspectora Jean Genette, veterana oficial de investigación de la Policía Interplanetaria, le gustaba madrugar y salir a dar un paseo hacia una cafetería con terraza, donde sentarse a tomar un café turco sin azúcar, y consultar la selección que hacía Passepartout de las últimas noticias del sistema. Después, a Genette le gustaba seguir paseando por cualquiera que fuese la ciudad donde hubiera amanecido, para personarse al cabo de un rato en la oficina local de la Interplanetaria, oficina que siempre consistía de un conjunto de estancias pequeñas cercano a la sede de gobernación. Por desdicha la Interplanetaria no era un cuerpo de policía universalmente reconocido, sino que disfrutaba de la naturaleza propia de un cuerpo semiautónomo y casi-gubernamental que velaba por el cumplimiento de los tratados existentes, así que su labor solía verse comprometida, y Genette podía, en ocasiones, sentirse como un agente privado o la tocachuevos de turno de una organización no gubernamental. Sin embargo, la Interplanetaria disponía de datos de primera categoría.

A Genette le gustaba repasar los datos. La oficina estaba bien, los colegas eran buenos elementos y la información era importante, pero el ingrediente crucial era el paseo. Era paseando que la inspectora experimentaba las visiones y las epifanías que, cuando las tenía, constituían tanto la solución al problema como los mejores momentos de la vida.

A veces sucedía también estando en la oficina, mirando documentación nueva, o repasando las cosas que guardaban en los archivos para comprobar una hipótesis que pudiera haberse planteado durante el café. Las salas de gráficos eran siempre potentes espacios de representación, con flujos tridimensionales y cortes temporales dotados de un interés real y una gran belleza. Estando de pie en mitad de nubes compuestas por puntos y líneas de colores a veces la confundían más, pero en otros casos, Genette veía cosas en las representaciones, y luego volvía al mundo real para reparar en detalles que todo el mundo había pasado por alto, lo cual la complacía. Ésa era la mejor parte.

Obtener resultados de las visiones que tenía era más desagradecido. Con mayor frecuencia de lo que la inspectora hubiese confesado a nadie, había sido

necesario llegar a acuerdos en ciertos campos muy acotados (estando de malhumor podría haberlos tachado de anárquicos) para que sus descubrimientos tuviesen impacto en el mundo. Pero hasta el momento la Interplanetaria no había sufrido consecuencias, y en un negocio como el suyo no podía pedirse más.

En calidad de investigadora jefa, Genette podía por lo general escoger los casos a investigar, aunque por supuesto la destrucción de Terminador lo había truncado todo y exigía de atención inmediata, algo que se reclamaba desde todos los rincones del sistema solar. Además, puesto que Terminador formaba parte del Mondragon, y la Interplanetaria se asociaba más a menudo con el Acuerdo que con cualquier otra entidad política, era normal tomar cartas en el asunto. Además, nunca había llevado un caso como éste. Pensar que la única ciudad de Mercurio había acabado incendiada (se construía un Fósforo, cuyas vías se encontraban en el septentrión mercuriano, tenía que echar un vistazo, no sería la primera vez que conflictos de propiedad desembocaban en un incendio provocado). Como era de esperar, todo el sistema solar se había quedado sin habla. No estaba claro qué era lo que había sucedido, ni cómo, ni el porqué o quién; a la gente le encantaban esas cosas y exigía respuestas. De hecho habría varias agencias compitiendo en la investigación. Pero el León de Mercurio había sido buena amiga de la inspectora, y cuando lograron devolver a su lugar a los cacharros de éste tras la evacuación, y nombrar a las autoridades locales para que dirigieran la investigación, habían pedido a Genette que se hiciese cargo. Ni se había planteado rechazar semejante oferta, la cual serviría de paso para adelantar los proyectos que tenía en colaboración con Alex y Wahram. Por supuesto, la investigadora creía que la destrucción de Terminador, producida después del ataque en Ío, además de la muerte de Alex, formaban parte de una pauta. La autopsia había confirmado que la muerte de Alex había sido de resultas de causas naturales, pero Genette no estaba convencida del todo, ya que hay ciertas causas naturales que pueden provocarse.

Fue mientras iniciaba el viaje a Mercurio, cuando caminaba por el recinto del espaciopuerto hasta la puerta del transbordador, disfrutando de la vista de la gente que se apresuraba por las puertas, que de pronto, ante los ojos de la inspectora, se presentó la solución al problema del ataque a Terminador. La imagen vívida fue como lo único que se recuerda a veces de un sueño, y en el vuelo que siguió pudo seguir una serie de líneas de investigación que se revelaron útiles. Sobre todo, experimentó una certidumbre que le resultó muy agradable. Sirvió para aliviar algo que podría haber resultado muy preocupante.

Para cuando la inspectora llegó a Mercurio, los refugiados de Terminador o bien se habían refugiado en los refugios, o bien se habían trasladado fuera del

planeta. La tasa de mortalidad era del 83%, la mayoría debida a motivos relacionados con problemas de salud o accidentes con los trajes de vacío o las esclusas de aire, el surtido habitual de accidentes causados por el pánico, los errores o los fallos del equipo. Las evacuaciones constituían con diferencia una de las actividades humanas más peligrosas, eran incluso peores que los partos.

Teniendo en cuenta todo esto, así como el hecho de que la propia Terminador seguía ardiendo en la cara solar, la investigación no había hecho más que empezar. La conclusión era que las cámaras de ese tramo de vía se habían destruido de resultas del impacto, junto al andén llamado Hammersmith, donde se temía que habían perecido los concertistas. Por otro lado, el sistema orbital de prevención contra meteoros de Terminador había mostrado lecturas para la hora en cuestión, en las cuales no figuraban datos que apuntasen a la caída de un meteoro proporcionados por radar, medios visuales o infrarrojos. Las imágenes visuales tomadas vía satélite de la zona del impacto no mostraban indicios asociados a la caída de meteoros. «¡Un ataque de la quinta dimensión!», aseguraba la gente.

Genette, que no era la primera vez que se enfrentaba a algo así, decidió que era posible que fingir ignorancia pudiese hacer bajar la guardia al causante, además de impedir la aparición de imitadores, así que permaneció en el espaciopuerto de Rilke, entrevistando testigos. «Un fognazo de luz». Oh, gracias. Tal vez había llegado la hora de avisar a Wang, para llevar a cabo algunos estudios de viabilidad de la solución al misterio concebida por Genette.

Llegó la noticia de que habían encontrado a otros dos supervivientes en la cara solar, una de los cuales resultó ser la nieta de Alex, la artista llamada Cisne Er Hong. Parecía extraño que la hubiesen rescatado en mitad de la cara solar, así que la inspectora se acercó al hospital de Schubert a visitarla.

Cisne yacía tumbada en una cama, con un par de vías en los brazos; estaba muy pálida. Por lo visto se recuperaba de la radiación causada por una descarga solar que la había alcanzado justo antes de que sus compañeros y ella se refugiasen bajo tierra.

Genette tomó asiento en la silla situada junto a la cama. Bolsas oscuras alrededor de los enrojecidos ojos castaños. Wahram, que la había acompañado en la caminata por el complejo de túneles, estaba sentado al otro lado de la cama. Por lo visto él no estaba tan enfermo, aunque tenía aspecto de estar muy cansado.

Cisne reparó en la presencia de Genette.



—Tú otra vez —dijo—. Joder. —Miró a Wahram, que incluso levantó instintivamente la mano para protegerse de la intensidad de aquella mirada—. ¿Se puede saber qué os traéis entre manos? —dijo con tono de exigencia.

Genette encendió a Passepartout, un qubo del tamaño de un reloj de pulsera antiguo, y dijo:

—Por favor, no te alteres. Soy inspectora general de la Policía Interplanetaria, como ya te dije cuando nos conocimos. Me preocupó la muerte repentina de Alex, y, aunque parece que se debió a causas naturales, no he podido evitar seguir con atención la cadena de sucesos que podrían estar relacionados con ella. A ambas os unía una relación muy estrecha, estuviste presente cuando se produjo el ataque a Ío, y ahora también cuando Terminador ha sido atacado. Podría tratarse de una coincidencia, pero ahora entenderás por qué razón no dejamos de vernos.

Cisne asintió con aire desdichado.

—¿Llegaste a averiguar algo de los restos de la figura que se precipitó sobre la lava en Ío? —preguntó Wahram.

—Más tarde hablaremos de eso —dijo Genette, dirigiendo una mirada cálida a Wahram—. Por ahora tenemos que concentrarnos en la destrucción de Terminador. ¿Os importaría explicarme qué visteis?

Cisne se incorporó en la cama y describió el impacto, el regreso a la ciudad y el momento en que se habían dado cuenta de que no podrían beneficiarse de la evacuación; luego la huida al este hasta el andén más próximo, y su descenso al complejo de túneles. Wahram se limitó a asentir de vez en cuando para confirmar sus palabras. Esto llevó unos minutos. Después, la descripción que ofreció Cisne del tiempo que pasaron en los túneles fue muy breve, y Wahram no amplió la información, y tampoco asintió para corroborar nada. Veinticuatro días podían hacerse muy largos. Genette basculó la mirada entre ambos. Ninguno había visto gran cosa en el momento del impacto, eso quedó claro.

—De modo que... ¿Terminador sigue ardiendo? —preguntó Cisne.

—Estrictamente hablando, ya ha dejado de arder. Ahora está en plena incandescencia.

Apartó la vista y torció el gesto. En las últimas transmisiones, las cámaras y las Inteligencias Artificiales abandonadas en Terminador habían grabado cómo la

ciudad se prendía fuego a la luz del sol: los incendios, los materiales que se fundían, las explosiones y demás, todo ello hasta que los propios instrumentos dejaron de funcionar. No se había incendiado toda ella, sino que más bien lo hizo por sectores, pequeños incendios que se habían declarado en momentos distintos. Algunas Inteligencias Artificiales resistentes al calor seguían transmitiendo datos, documentando lo que sucedía cuando impera una temperatura de 700 grados Kelvin. Un collage de todas esas imágenes daba fe la incineración, aunque parecía bastante claro que Cisne no quería verlo.

Pero de hecho sí quería. Cuando logró recuperarse, dijo:

—Quiero verlo todo. Muéstrame algo. Tengo que verlo. Me he propuesto hacer una especie de monumento fúnebre a modo de recordatorio. Pero por ahora, dinos todo lo que sepas. ¿Qué ha pasado?

La inspectora se encogió de hombros.

—Algo se precipitó sobre las vías de la ciudad. Ese lugar sigue en la cara solar, y hasta que se ponga el sol no podrá efectuarse una investigación en toda regla. El objetó responsable del impacto escapó a la detección de vuestros sistemas de prevención de meteoros, lo cual no debería de ser posible, que debía de tener varios miles de kilómetros. Hay quien dice que deberíamos decir que se trata del impacto de un cometa. Yo prefiero llamarlo evento. Aún no se ha establecido con certeza que no fue una explosión subterránea.

—¿Una mina bajo la superficie o algo así? —preguntó Wahram.

—Bueno, algunas fotos tomadas vía satélite apuntan más bien a un impacto, pero surgen dudas.

El cubo que la inspectora llevaba en la muñeca dijo con cierto sonsonete:

—Tienes visita, alguien llamado Mqaret.

—Dile dónde estamos —respondió Genette—. Pídele que se reúna con nosotros.

Cisne se había sonrojado.

—Quiero ver Terminador —anunció.

—Sería posible visitarlo brevemente en un vehículo protegido, pero por ahora hay poca cosa que pueda hacerse allí. Las cuadrillas que hay en la zona se limitan a refugiarse a la sombra de los restos. El atardecer alcanzará esa longitud dentro de unos diecisiete días.

Mqaret entró entonces en la habitación, y Cisne pronunció en voz alta su nombre al tiempo que extendía los brazos hacia él.

—Creíamos que habíais muerto —exclamó Mqaret—. Todos los presentes en el concierto desaparecieron, pensábamos que estabais con ellos, y luego la evacuación fue un caos y creímos que habíais muerto.

—Logramos tomar el ascensor —dijo Cisne.

—Buscaron en los andenes, pero no vieron a nadie.

—Decidimos caminar al este, para no quedarnos de brazos cruzados.

—Lo entiendo perfectamente, pero tendríais que haber dejado una nota.

—Creía que lo habíamos hecho.

—¿De veras? Es igual, no te preocupes. ¡Qué delgada estás! Tenemos que llevarte al laboratorio para echarte un vistazo a conciencia. —Mqaret rodeó la cama y abrazó también a Wahram—. Gracias por devolver a mi Cisne a casa. Nos hemos enterado de que cuidaste de ella en los túneles.

Genette reparó en que a Cisne el comentario no le hacía mucha gracia.

—Todos nos ayudamos mutuamente —dijo Wahram—. Ojalá podamos ver pronto a los tres jóvenes caminantes solares que nos acompañaron.

—Los están buscando, y confío en que se encuentren bien —dijo Mqaret—. Han podido rescatar a un número considerable de caminantes solares.

—Los nuestros fueron de mucha ayuda —comentó Wahram, a pesar del bufido de Cisne.

Mqaret no parecía afectado por la destrucción de la ciudad; había sucedido poco después de la muerte de Alex, y sin duda para él apenas tenía importancia. Desaparecida Terminador, sin embargo, los mercurianos se veían forzados a vivir

en refugios repartidos por todo el planeta, de un modo no muy distinto de los habitantes de Ío. No era la situación óptima desde la cual plantearse la reconstrucción. Pero podían hacerlo, y de hecho habían iniciado el trabajo, utilizando refugios y robots resistentes al calor. Pronto, cuando anoheciera en la ciudad quemada, podrían arreglar las vías y poner de nuevo en movimiento la estructura urbana; entonces reconstruirían al amparo de la oscuridad, tal como habían hecho la primera vez.

Entretanto seguían en estado de emergencia, y en consecuencia su influencia en el sistema se había visto reducida.

—Cuando reconstruyamos todo volverá a ir bien —dijo Mqaret a Cisne, mirando a Genette y Wahram—. Quienes hablan de nuestros problemas tienen problemas propios. En el espacio todos somos vulnerables. No hay una sola colonia fuera de la Tierra que no pueda ser destruida, exceptuando a Marte.

—Lo cual forma parte de lo que hace insufrible a Marte —comentó Genette.

—Levantaré un monumento que recuerde nuestra pérdida —prometió Cisne, que hizo además como de levantarse de la cama e incluso tiró de las vías—. Haré un abramovic en las ruinas que exprese el pesar de la ciudad. Quizá un periodo de crucifixión sería apropiado.

—Arder en la hoguera —sugirió Wahram.

Cisne le dirigió una mirada envenenada. Mqaret objetó con más tacto, señalando que Cisne no estaba aún lo bastante recuperada para usar su cuerpo a modo de lienzo.

—Siempre te pasa factura, Cisne. No puedes.

—¡Lo haré! Desde luego que lo haré.

Pero el qubo de Cisne habló, proyectando la voz desde un lateral del cuello.

—Debo informarte de que me diste instrucciones para objetar ante cualquier proyecto abramoviciano que te propusieras hacer mientras tu estado de salud no fuese óptimo. Son tus propias órdenes.

—Es ridículo —dijo Cisne—. A veces las circunstancias exigen un cambio de planes. Nos enfrentamos a un evento capaz de cambiar el rumbo de las cosas, una

catástrofe en toda regla. Exige una respuesta adecuada. Y tú cierra la boca, Pauline. Ahora no quiero oírte hablar.

Mqaret se había movido para bloquear el paso e impedir que Cisne se levantara de la cama.

—Querida Cisne, tu Pauline no dice ninguna tontería —dijo—. A pesar de ello, tienes razón, lo cual dice mucho de ti. No tengas prisa. Tienes formas mejores de actuar en estos momentos de necesidad. Hay mucho trabajo que hacer.

—El trabajo que me propongo hacer expresaría el destino de Terminador de forma artística.

—Lo sé, y especialmente para ti. Pero eres una de nuestras diseñadores de biomas, por tanto es en ese aspecto que vamos a necesitarte. Podemos aprovechar esta oportunidad para renovar el parque y la granja.

Cisne parecía alarmada.

—¿Supongo que nos limitaremos a remplazarlos? Nadie querrá cambiar nada. Al menos, sé que yo no quiero.

—Bueno, eso ya lo veremos. Pero tienes que ponerte a disposición de la ciudad.

Cisne se sonrojó.

—Lo estaré, por supuesto. ¿Podemos al menos tomar un vehículo aéreo para echar un vistazo?

—Creo que sí. En cuanto sea posible, reservaré asientos en uno de los que hacen la ruta matutina. Pero antes debes recuperarte.

Al cabo de unos días se acercaron en vehículo aéreo, siguiendo las vías al este hasta la cara solar y los restos de Terminador. Abajo el terreno, visto a través de potentes filtros, era de un blanco nuclear, con anillos negros y algunas líneas ondulantes que se antojaban una especie de alfabeto escrito con compás. Las vías eran estrechas franjas de resplandeciente alambre blanco.

Entonces, sobre el horizonte asomó Terminador. El marco de la cúpula relucía tan blanco como las vías. El interior era un amasijo negro que, a medida que

fueron acercándose, se convirtió en pequeños conjuntos de ceniza, metal y tierra renegrida. El cuadro recordaba a las viejas fotografías de ciudades terrestres arrasadas por el fuego.

Compungido, Mqaret sacudió la cabeza al verlo.

—Ya veis por qué tenemos que permanecer en la cara oscura.

Cisne contemplaba el terreno, sin oír lo que decían. Genette reparó en que no había fingimiento alguno. Pura desolación en un rostro vacío. Parecía estar en alguna otra parte. Wahram la miraba sin tapujos.

Dominaba en la reluciente ruina de la ciudad el Muro del Alba. La cara externa, que miraba al este, era tan plateado y puro como siempre, pero el interior se había convertido en un amasijo curvo de balcones negros. Algunos de los tejados, hechos de cerámica azul, permanecían intactos, e incluso conservaban su color. La Gran Escalera aún se perfilaba, tramo negro a tramo negro, el mármol importado de los peldaños iridiscente al sol. Los listones que conformaban la cúpula se curvaban hacia el cielo como lo hacía la cúpula de Hiroshima.

—Era tan hermosa —dijo Mqaret.

—Y aún lo es —dijo Cisne.

—Replantaremos árboles importados y el resto crecerá a partir de las semillas que plantemos. Aunque debo decirte que las negociaciones con las compañías de seguros no van bien encaminadas —informó Mqaret—. Nos discuten la definición contractual de compensación total. Además aún no tenemos claro si fue un accidente natural o un acto de guerra. Los abogados del consejo creen que el seguro nos apoyará de todos modos, pero quién sabe. Será costoso, ésa es la cuestión. Vamos a necesitar ayuda. Por suerte el Acuerdo nos respaldará. Y sustituir a los animales será fácil, ya que los terrarios cuentan con un excedente importante.

Miró a Wahram y carraspeó.

—Me he enterado de que los vulcanoides también desean ayudar. Naturalmente están preocupados.

—Nos necesitan —dijo Cisne—. Por eso aceptaron la propuesta de ayuda que les ofreció Alex.

—Bueno, esto pondrá a prueba hasta qué punto creen necesitarnos.

Cisne sacudió la cabeza como un perro después de darse un chapuzón. Genette vio que en ese momento no quería pensar en los vulcanoides. Tal vez estaba molesta por el hecho de que Mqaret quisiera pasar página mientras seguían mirando las ruinas ardientes.

Wahram se mostró más comprensivo con su humor.

—El recuerdo de algo en concreto no es más que el pesar por un momento particular; y las casas, los caminos, las avenidas son tan huidizas como, ay, los años.

Cisne le miró, ceñuda.

—¿Otra galletita de la fortuna, oh, sabio profundo?

—Sí. —Una sonrisa imperceptible.

Genette reparó en que aún conservaba la capacidad de divertirla, a pesar del tiempo que habían pasado juntos bajo tierra. Tal vez había aprendido a hacerlo allí. Era asombroso ver lo poco que habían contado acerca del tiempo que pasaron juntos.

—Me gustaría unirme a la investigación de la inspectora Genette —dijo Cisne—, siempre que te parezca bien, inspectora. Querría ser tu enlace en Mercurio.

—Toda ayuda es bienvenida —dijo, diplomática, Genette—. Este incidente nos afecta a todos, pero por supuesto afecta a Mercurio especialmente. Por eso daba por sentado que querríais que alguien colaborase en la investigación.

—Bien —dijo Cisne—. Estaré en contacto con el equipo de diseño —dijo dirigiéndose a Mqaret.

No se habló más acerca de la performance artística que había propuesto en primera instancia, aunque Genette pensó que quizá la investigación acabaría convirtiéndose en ello.

Cuando regresaron al espaciopuerto, Wahram cabeceó y se despidió de Genette. Luego se volvió hacia Cisne, inclinándose ligeramente, con la mano en el corazón.

—Debo regresar a Saturno y ocuparme de los asuntos que he dejado pendientes allí. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto. Terminador surgirá de sus cenizas como el ave fénix, y luego habrá toda clase de pequeños detalles que rematar.

—No cabe duda de eso —dijo. De pronto lo abrazó, apoyando brevemente la cabeza en su amplio pecho. Una vez se hubo separado, añadió—: Gracias por salvarme. Lamento haber estado tan trastornada ahí abajo.

—En absoluto —dijo Wahram—. Tú me salvaste. Logramos salir de ahí.

Y con una última inclinación de cabeza, se marchó.



## *Listas (5)*

la Zona Vesta, una nube de terrarios que forman una única cooperativa

*Aymara*, una amazonia con un interior completamente cubierto por bosque

*Alma Tártara*, una pradera herbosa donde la gente habla en una lengua indoeuropea resucitada

*La Interpretación Copenhage*, una ciudad canal con un modelo económico basado en el intercambio de regalos

*El Felino de Zanzibar*, una sabana anarquista con un millar de felinos y ni un sólo edificio

*Arabia Deserta*, un desierto ocupado por viajeros británicos

*Aspen*, el paraíso de los deportes de invierno

anónimos asteroides prisión con guardias robot

*Hermafrodita*, donde todos los residentes permanentes son andróginos y ginandromorfos

*Saint George*, un terrario social donde los hombres creen vivir en una poligamia mormona, mientras que las mujeres lo consideran un mundo lésbico con un porcentaje mínimo de lesbianas varón

*Hermafrodita*, donde todos los residentes permanentes son andróginos y ginandromorfos

asteroides ahuecados no en terrarios cilíndricos, sino en eriales, cavernas, hoyos, hoteles, hormigueros, etc.

*Las Maldivas*, un acuario que recrea las islas hundidas; *Micronesia*, lo mismo;

*Tuvalu*, igual; todas las islas hundidas de la Tierra se reproducen de esta manera

*El Mayor ecosistema de Yellowstone 34*, los últimos 34 terrarios que usan versiones de la plantilla de este gran bioma

terrario extremofilia, mortífero para los humanos pero hospitalario para el crecimiento de organismos que crean medicamentos e inoculantes

biomas con cúpula, establecidos con parámetros raros y luego cerrados como tubos de ensayo.

*El Pequeño príncipe*, un terrario exterior, cubierto por tiendas burbujas, con la atmósfera que azulea los bordes

*La Espiral*, cuyos habitantes vigilan la llegada de un extraño

Miranda, la destrozada luna de Urano, que ahora es un troyano que orbita libremente en torno al sol, completamente cubierto de ampollas, con sus hondos cañones y espléndidas cordilleras filigranadas con una nieve que cae lentamente gracias a la baja gravedad, todo arquitectura suiza, un sueño alpino

*Icarus*, mundo de aviadores, iluminado el terreno por un rayo de sol que mantiene limpia la atmósfera

*Fuente del arroyo Flor de melocotón*, una recreación de la Dinastía Tang cuyo aspecto recrea el paisaje de una pintura china

Terrarios del Mioceno, del Cretáceo, del Jurásico, precámbricos

*Gota de agua*, un acuario lleno por completo de agua y criaturas oceánicas

*Cañón de las secuoyas*, una Sierra Nevada californiana plegada sobre sí

... Y demás. Un cálculo aproximado de diecinueve mil asteroides y lunas ocupadas

## CISNE Y MQARET

De vuelta al espaciopuerto entre los cráteres de Schubert y Bramante, Cisne se sentó en un rincón, arrepentida por algo que no supo identificar. Era imposible que se debiera a su estancia en el túnel, porque ya se estaba olvidando de ello. Que Pauline lo recordara. Nunca volver la vista atrás, ¿por qué había de hacerlo? Aunque siempre habría algo allí, como si hubiese estado a punto de algo importante. ¿Qué había dicho él? ¿Que el túnel no era distinto a cualquier otro lugar? Nunca lo admitiría, nunca.

Cuando estaba a punto de marcharse con Genette y el equipo de la Interplanetaria, Mqaret fue a verla de nuevo.

—Eres tan dura —le dijo, dándole palmadas en la cabeza como si fuera una niña. Pero no era un gesto condescendiente, y ella lo sabía, así que negó con la cabeza.

—No —dijo—. Me derrumbé. No pude soportarlo.

Él la defendió con afecto.

—Es verdad que no se trata de algo que se te dé bien, por supuesto. Un encierro forzado. Nunca hagas algo que te lleve a prisión, porque no lo llevarías bien. Y, sin embargo, piénsalo: estás aquí y, por tanto, tampoco se te dio tan mal.

—No veo por qué.

—La llamarada solar que os alcanzó antes de ponerlos a cubierto en el refugio; la lectura del dosímetro de tu traje revela que sufriste más que el resto de las personas que te acompañaban. De hecho, no pretendo asustarte porque te pondrás bien: ya hemos iniciado tu renovación y tu respuesta es inmejorable, pero... menuda encajaste.

—Diez sievert —dijo ella, acompañando las palabras con un gesto mediante el cual pretendía restarle importancia—. No es para tanto.

—Para tanto y para más, de hecho. ¿Miraste al sol más que los demás? ¿Intentaste proteger a tu amigo?

—Sí, lo hice, pero me dobla en complexión, así que no creo que lograra protegerlo mucho.

—Él sólo recibió tres sievert. Así que en realidad sólo eres un poco más delgada que él. Lo salvaste de encajar el impacto de la llamarada.

—Y luego él me salvó a mí. Tuvo que llevarme a cuetas unos cuantos días.

—Lo justo es justo. Pero, mira, tus diez sievert bastan para matar a cualquiera, así que es normal que te debilitaran. Pero te pondrás bien, como te he dicho. Me interesa ver si podríamos descubrir qué es lo que hizo que aguantaras tanto. Me preguntaba si tu encelado tiene algo que ver. Tolera bien la radiación, y como detritivo podría haber prosperado en tu interior para devorar todo el alimento que le proporcionaron tus células muertas. Podría haberse sumado a tus propias células T para depurar tu organismo.

A Cisne le sorprendió escuchar eso.

—Recuerdo que no te gustó nada que lo hiciera —dijo—. Me tachaste de insensata y estúpida.

Mqaret asintió.

—Y tenía razón. Mira, Cisne: si amas la vida, como tú aseguras hacer, lo cual te sirve de pretexto para hacer todas esas burradas, entonces tendrías que protegerla tanto como puedas. Hay cosas que entrañan riesgos desconocidos, y ésa fue una de ellas. De hecho sigue siéndolo. Pero sólo fue un riesgo, no algo seguro. Supongo que por eso lo corriste, porque no eres suicida, ¿verdad?

—Correcto —dijo ella sin mucho aplomo.

—Así que no eres más que una tonta, cuando haces las cosas que no puedes tener la seguridad de que no vayan a matarte en diez, o en cien años.

—Pues en ese caso somos todos unos tontos.

—Eso es verdad, sí. Pero no hay necesidad de comportarte como un estúpido.

—¿Hay alguna diferencia?

—La hay. Piensa en ello y mira a ver si puedes encontrarla. Esperemos que lo logres antes de hacer otra vez algo como esto. Si es que eso es posible.

Mqaret había estado manipulando un lector, atento a los números a medida que hablaban, y se encogió de hombros.

—Con tu permiso, llevaré algunas de tus muestras al laboratorio para que las estudien. Tal vez logremos averiguar algo.

—Por supuesto —dijo ella—. Estaría bien que saliera algo bueno de mi insensatez.

Mqaret le dio un beso en la cabeza.

—Algo más de lo que ya das, querrás decir.

Después de que Mqaret se hubiese marchado, Cisne se quedó a solas para meditar en su insensatez. Su cuerpo, macilento en la cama, parecía nadar bajo su mirada como si perteneciese a otra persona, era algo que ella manipulaba como un waldo, algo resistente. Todavía la sostenía. Tenía hambre. Llamó a la enfermera para pedir comida.

—Por favor, Pauline, copia mi historial en esta pantalla de sobremesa.

—¿Quieres la versión larga o el resumen?

—El resumen —respondió Cisne, consciente de que la versión larga tenía una extensión de cientos de páginas.

Miró la impresión que brillaba en la superficie de la pantalla, pero no pudo concentrarse en ello. Las frases daban saltos por doquier: *Nacida en 2177*, le habían dicho que fue un parto difícil en el que sufrió en ocasiones de breves instantes de falta de oxígeno. *Sufrió ataques epilépticos a los 2 años. Infecciones por hongos y bacterias en la escuela agrícola. Síndrome de los Humedales. Trastorno de déficit de atención con hiperactividad entre los 4 y los 10 años.*

Eso había sido contrarrestado con un tratamiento farmacológico que más adelante la comunidad científica había desacreditado. La etapa superior de su enseñanza la llevó a cabo en la granja, donde las cosas le habían ido mucho mejor,

excepto que había más palabras que brillaban en la pantalla: *Discalculia. Electroestimulación de la corteza prefrontal. Primera inoculación sabática en Xingjiang, China, a los 15 años, todo el paquete, incluyendo helmintos.*

... O sea, gusanos parásitos, en este caso *Trichuris suis*, un tricocéfalo que se ingiere en una terapia que pasó por periodos de aprobación y por periodos de desaprobación.

*Trastorno de oposición desafiante, entre los 15 y 24 años.*

El trastorno de oposición desafiante se relaciona con el trastorno nervioso, ambos relativos al hipocampo; sin embargo, el nervioso evita atacar, mientras que el de oposición desafiante sí lo hace.

*Un síndrome g, segundo sabático en Montpellier, Francia, a los 25 años de edad. Gripe venusiana. Modificación genital, a los 25 años. Goteo hormonal implantado con 35 años, y terapias hormonales hasta la actualidad. Adicción a la oxitocina entre los 37 y los 86 años. Implante del canto de la curruca y la alondra a los 26 años. Cuerdas vocales aptas para el ronroneo felino a los 27 años. Implante subdural de ordenador cuántico en 2222 a los 50 años. La terapia cognitiva, de 9 años a 99.*

*Padre de una niña a los 28 años. La hija falleció en 2296. Madre de una niña a los 63 años. Parto natural.*

Había una línea introducida en el historial por Mqaret: *Ingestión de una forma de vida enceladana con 79 años... Cría insensata.*

*Tratamientos de longevidad, edad desde los 40 hasta el presente.*

*Trastorno facticio, nunca tratado. Esto debía de haberlo anotado Mqaret o Pauline, para burlarse de ella.*

—¿Qué ha sido de lo de «Diseñó un centenar de terrarios?» —se quejó Cisne—. ¿Y lo de que pasé cerca de tres años en la Nube de Oort, instalando motores en bloques de hielo? ¿Y lo de mis cinco años de estancia en Venus?

—No hablamos de hechos médicos —replicó Pauline.

—Sí lo fueron, créeme.

—Si quieres tu currículum vitae, sólo tienes que pedírmelo.

—Cállate. Y vete. Simulas demasiado bien a una persona irritante.

—¿Has dicho simulas o estimulas?

## *Extractos (7)*

El aumento de la longevidad asociado a los tratamientos bisexuales ha conducido a tratamientos quirúrgicos y hormonales muy sofisticados para intervenir en el útero, tanto en la pubertad como en la edad adulta. Todavía existe la dicotomía XX/XY, pero se presenta en el contexto de una amplia variedad de costumbres, usos y terminología

sentimiento de identidad de género se forma en el hipocampo y el hipotálamo, en el segundo mes; la orientación del original es persistente. Si el deseo es crear un sentimiento de indiferenciación o ambivalencia, las alteraciones deben comenzar en el útero

en las primeras ocho semanas de gestación mantener activos ambos conductos de Wolff y de Müller, en lo que sigue siendo la gónada bi-potencial. Las hormonas Anti-Müllerin se activan por los genes en el cromosoma Y sólo se puede permitir que se adhieren a uno de los conductos de Müller fetales. El efecto es normalmente ipsilateral, cada testículo suprime el desarrollo mulleriano sólo de su propio lado, por lo que

embriones XY necesitan entonces un moderado nivel de insensibilidad a los andrógenos introducido hacia la cuarta semana, con el fin de evitar masculinización del hipotálamo, donde se concentran en el cerebro las diferencias sexuales. Los embriones XX requieren la aplicación de los andrógenos a un conducto mulleriano, a fin de estimular el crecimiento de un conducto de Wolff. A medida que se desarrolla el conducto de Wolff, el mulleriano de ese lado experimenta apoptosis

genética subyacente supone la diferencia entre la androginia y ginandromorfia, con frecuencia no perceptible por las características del cuerpo. Humanos XX con conductos de Wolff son ginandromorfos. Los seres humanos XY con conductos Müllerin conservados son andróginos. En ambos, los andrógenos y los estrógenos los suministran bombas de hormonas tales que el niño nace con un potencial para ambos tipos de desarrollo genital en el cuerpo, a la espera de decisiones



la elección previa al parto de la bisexualidad registra la mayor correlación positiva con la longevidad. Los tratamientos hormonales en la pubertad, o iniciados durante la edad adulta, también tienen efectos positivos sobre la longevidad, pero el conjunto psicológico será

tratamientos hormonales compatibles con la suma por vía quirúrgica de un útero funcional en la pared abdominal, sobre el pene

alteración del clítoris en un pequeño pene funcional, con testículos crecidos, ya sea utilizando conductos conservados wollfianos o células madre del sujeto. Por lo general los ginandromorfos sólo pueden alumbrar hijas, ya que la construcción de un cromosoma Y a partir de un cromosoma X implica problemáticas

hembras que se agregan masculinidad reproductiva funcional son ayudadas por un proceso natural, imitando una deficiencia natural de 5 alfa reductasa

principales categorías de auto imagen de género incluyen femenino, masculino, andrógino, ginandromorfo, hermafrodita, ambisexual, intersexual, bisexual, neutro, eunuco, no sexual, indiferenciado, gay, lesbiana, maricón, invertido, homosexual, polimorfo, poli, lábil

a menudo se denomina ursulinas a las culturas que restan importancia al género; el origen del término es desconocido, tal vez hace referencia a la dificultad que puede presentar determinar el sexo de los osos

## KIRAN EN VENUS

En cuanto Kiran estuvo a solas con Shukra, Shukra le dijo:

—Vamos a tener que someterte a unas cuantas pruebas, muchacho.

—¿Qué tipo de pruebas?

—De todos los tipos.

Tres hombres altos se presentaron para escoltarlos a través de unos bulevares de Colette, y Kiran procuró no cuestionar nada de lo que le ordenasen. Al entrar en un edificio con ventanales con vistas a una esquina trató de ver las indicaciones y recordar dónde estaban. Entre la Octava y Roble. Aunque el árbol que había a través de la intersección fuese un sauce.

—Dime otra vez por qué Cisne te trajo aquí —pidió Shukra mientras entraban en el edificio.

—Evité que la secuestraran cuando salió a dar un paseo por mi barrio. Quiso devolverme el favor.

—¿Pediste venir aquí? —preguntó Shukra.

—Más o menos.

Shukra negó con la cabeza un par de veces.

—De modo que ahora eres espía.

—¿A qué viene eso?

Shukra le miró con fijeza.

—En este momento espías para ella, seas o no consciente de ello. Lo averiguaremos tras llevar a cabo nuestras pruebas. Después, tú te convertirás en mi

espía.

—¿Por qué iba a necesitar ella un espía aquí?

—Estaba muy próxima al León de Mercurio, y desde la muerte del León, ha empezado a viajar tal como lo habría hecho el León. Y el León siempre ha mantenido aquí un nutrido grupo de espías. De modo que vamos a ver qué determinan las pruebas.

Kiran notó que el corazón le latía con fuerza, pero los tres hombres grandes cerraron alrededor de él, y no tuvo más remedio que dejar que lo escoltaran a otra habitación. Ésta tenía el aspecto de ser una clínica médica. Al final las pruebas le parecieron más un examen médico que cualquier otra cosa, lo cual supuso un gran alivio. Claro que no es bueno que los exámenes médicos sean la mejor opción.

Al finalizar la jornada fue llevado de nuevo en presencia de Shukra. Shukra examinaba la consola que supuestamente mostraba los resultados de las pruebas a las que habían sometido a Kiran. Cuando habló, lo hizo a los escoltas de Kiran.

—Parece limpio, y no sé por qué me hace dudar. Por ahora lo usaremos de carnaza.

Después asignaron a Kiran a una cuadrilla de trabajo china que residía en un edificio próximo al borde del cráter de la ciudad. Juntos salían de la urbe casi todos los días para trabajar en el exterior. Los miembros de la cuadrilla no tenían control sobre sus vidas, sino que iban a donde les decían, hacían lo que se les ordenaba y comían lo que les daban. Casi era como estar en casa.

Un burdo cinturón de traducción que Cisne le había regalado era la única compañía que tenía Kiran. Solían mirarle con extrañeza durante unos segundos cuando lo usaba para hacer posible la comunicación, pero también mantuvo unas cuantas charlas de diez minutos gracias al aparato que fueron mucho mejor que nada. Sin embargo, pasaba solo la mayor parte del tiempo, solo entre la multitud, trabajando junto a los demás miembros de su equipo en lo que hubiese surgido ese día. Nunca volvió a ver a Shukra después de someterse a la batería de pruebas, lo que le hizo sentir un fracasado, aunque un día se le ocurrió pensar que tal vez había aprobado.

Fuera como fuese tenía trabajo de sobras por delante, casi todo fuera de Colette, bajo la perpetua tormenta de nieve que había desatado la gran lluvia. La fuerte nevada caía en el nuevo mar de hielo seco antes de que se cubriese por

completo por roca falsa, lo cual suponía un problema. A diario los equipos mayores salían a operar quitanieves y gigantescas excavadoras con los que despejar la nieve del hielo seco, para que después las cuadrillas encargadas de la roca falsa pudiesen cubrir el hielo antes de que cayera más nieve sobre él. Se dijo que finalizar aquella labor llevaría diez años más, pero Kiran también había oído que un año, y alguien le dijo que cien. Nadie lo sabía a ciencia cierta, y con el cinturón era difícil seguir los debates de la pantalla después de la comida, cuando a veces los compañeros del trabajo trataban de hacer los cálculos en sus consolas de muñeca. Diez años era el cálculo más popular. Hablando de trabajos basura... ¡Tenía que mejorar su conocimiento del chino!

Por la noche dormía en un dormitorio comunitario. Ésta fue la parte más interesante, porque la gente se tumbaba en un largo colchón que su cinturón denominó *matrazenlager*, y que básicamente era un colchón que medía lo que la habitación, con números en las cabeceras para señalar el sitio de cada cual, algo que llevaba a una cantidad de sexo considerable practicado a oscuras, sexo en el que a veces incluso participó. Luego, por la mañana, comía en una cafetería, y hacía cola para que lo enviaran a la infinita llanura en un todoterreno, cuando no subía en un helicóptero del tamaño de un portaaviones, que los transportaba al mar de hielo seco para operar bulldozer, waldos, cañones de nieve (llamados dragones), superquitanieves y cortadores de hielo muy similares a los vehículos asignados a la retirada de asfalto y hormigón que recordaba de su vida en Jersey, pero cien veces mayores. Después de unas semanas podía operar cualquiera de ellos, puesto que no era muy complicado: la mayor parte del tiempo la pasaba diciendo a la Inteligencia Artificial lo que debía hacer, era como ser el capitán de un barco. Un día de trabajo por un equipo de mil operarios bastaba para despejar muchos kilómetros cuadrados de hielo seco, y a lo lejos, en el horizonte, se recortaban los edificios negros que extendían inexorablemente la roca falsa. Se decía que la otra orilla de aquella parte del mar de hielo se encontraba a 600 kilómetros de distancia.

Más adelante pasó unas semanas trabajando en un imponente waldo, soltando lo que los demás denominaban placas de estegosaurio, para después cargarlas en un camión gigante. El trabajo con el waldo siempre resultó muy exigente, pues suponía mover todo el cuerpo, como bailar, algo que no era físicamente duro, pero sí requería prestar atención a todos los movimientos para que el waldo se desplazara en la dirección pretendida. Por tanto, podía ser un trabajo interesante o simplemente cuestión de levantar y transportar, independientemente de lo cual lo dejaba agotado.

Al final de aquella temporada trató de mejorar su chino. No conoció a nadie

que hablara inglés, por lo que el cinturón traductor fue su mejor maestro, pero le resultó muy difícil. Le decía cosas y luego escuchaba la traducción, y trataba de repetirlo. Pero cuando lo decía de nuevo en chino, y el cinturón lo traducía al inglés, nunca encajaba. Él decía: «Mi radar no funciona», exactamente tal como lo había oído decir en chino, y la traducción del aparato fue «Reunión inminente al aire libre». Probó con «¿Dónde vives?», y la respuesta fue «Tu loto ha interpolado».

—¡Ojalá! —exclamó, riendo con tristeza—. Ya me gustaría a mí que mi loto interpolase, pero ¿cómo?

Obviamente, la gente con quien hablaba le tomaba por loco. Algo estaba haciendo mal, pero ¿qué?

—Es una lengua difícil —comentó uno de sus compañeros de dormitorio cuando se quejó. Trató de memorizar eso correctamente.

Pero tal como estaban las cosas, su traductor se había convertido en su mejor amigo. Hablaron mucho. Tenía la esperanza de sacarle más provecho, y pronto. Decir hola y cómo estás y demás a las personas con quienes se relacionaba le fue saliendo mejor. Además, estas personas se mostraron más inclinadas a la hora de hablarle lentamente.

El trabajo se mantuvo en la línea de afrontar las tareas monumentales que tenían ante sí, trabajos mucho más ambiciosos que empresas similares de la Tierra. Pero qué importancia tenía que el trabajo consistiera en quitar nieve.

Una vez envió un mensaje a Cisne para decirle que estaba contento de saber que había sobrevivido al ataque a Terminador, y en él mencionó que no había vuelto a ver a Shukra. Al cabo de unas semanas recibió una respuesta: «Prueba con Lakshmi», decía. Y adjuntaba una dirección de la nube venusiana.

Lo investigó y descubrió que Lakshmi era un nombre que hacía que los demás guardasen silencio y desviarán la mirada. Debía de ser alguien poderoso, con sede en Cleopatra; aliado de Shukra, o enemigo, en realidad la gente no lo sabía, o no quería decírselo.

Así que tal vez Cisne quisiera cambiar a su informador a un puesto más próximo a la acción. O tal vez sólo estaba tratando de ayudar.

O quizá lo había abandonado a su suerte.



## *Listas (6)*

bosque boreal (coníferas), bosque templado (árbol de hoja caduca, y coníferas y árboles de hoja caduca), bosque tropical, desierto, zona alpina, prados, tundra y chaparral, a veces llamado matorral

estos son las principales biomas terrestres

ciudades, pueblos, campos de cultivo, pastizales, bosques y tierras baldías

estos son los principales patrones de uso humano terráqueo (antromas)

mezclar y combinar todo lo anterior, y obtendrás las 825 eco regiones de la Tierra

450 terrestres, 229 marinas

65 por ciento de ellas ahora sólo existen fuera del planeta

toma una gráfica con ejes x-y para trazar un diagrama de bioma Whittaker, anota la precipitación media en el eje vertical, el promedio de temperatura en el eje horizontal, con el calor a la izquierda y el frío a la derecha. Las biomas se pueden trazar en el gráfico, y el resultado será un mapa con la forma clara de qué clase de bioma surge de resultas de cada tipo de condiciones. La parte izquierda, la más caliente, es como sigue:

Bosque húmedo  
tropical

Bosque tropical  
estacional

Bosque templado  
lluvioso

Sabana

Bosque caducifolio  
templado

Taiga

Desierto  
subtropical

Pradera templada

desierto Tundra

Las 450 eco regiones terrestres con nombre dividen los biomas por medio de combinaciones de latitud, altitud, geografía, geología y otros factores

Las eco regiones pueden dividirse a su vez en micro ambientes tan pequeños como una hectárea

34.850 especies conocidas se extinguieron entre 1900 y 2100. Fue, y sigue siéndolo, la sexta mayor extinción masiva de la historia de la Tierra

ninguna extinción de aquí en adelante es inevitable (sin embargo, esto siempre ha sido así)

Se tiene constancia de la existencia de 19340 terrarios en el sistema solar. Aproximadamente el 70 por ciento de estos funcionan como mundos zoo, dedicados a sustentar el conjunto de animales y plantas de una eco región, o hacer nuevas combinaciones, llamadas Ascensiones

el 92 por ciento de las especies de mamíferos corren peligro de extinción o han desaparecido por completo de la Tierra, y viven principalmente en su planeta, fuera de terrarios

espacio: el zoológico, el

inoculante





## CISNE Y LA INSPECTORA

Hay dos problemas a la hora de encarar el incidente de Terminador —dijo a Cisne la inspectora Genette una noche que volaban hacia el cinturón de asteroides. Viajaban con un pequeño grupo de la Interplanetaria y de Terminador, pero a menudo se quedaban las últimas en la cocina al finalizar la cena. A Cisne eso le gustaba; la inspectora se sentaba con la espalda bien recta a la mesa mientras comía, sobre un lujoso cojín que la levantaba, y luego se retiraban al salón, donde se apoyaba en un codo con una bebida, de modo que conversaban cara a cara. Era un poco como hablar con un gato.

—¿Sólo dos? —dijo.

—Dos. En primer lugar, ¿quién lo hizo? En segundo lugar, ¿cómo podemos encontrar y atrapar a ese agente, sin infundir en terceros la idea de actuar como él, de imitarlo? El problema se llama copión, y en términos generales consiste en impedir la repetición de este ataque. Considero que se trata del problema más difícil de solventar de ambos.

—¿Y qué me dices de cómo lo hizo? —preguntó Cisne—. ¿No es un problema también?

—Yo sé lo que pasó —aseguró, sin ambages, la inspectora.

—¿De veras?

—Creo que sí. Creo que es la única manera en que podría haber ocurrido, y así debió de ser. No importa lo inverosímil que sea, según reza la cita, aunque en este caso no es inverosímil en absoluto. Pero debo confesar que no quiero hablar más sobre ello mientras nuestros qubos nos graben a ambas. —Genette levantó una muñeca para señalarse la abultada muñequera, casi cúbica, que contenía a Passepartout—. Imagino que tú siempre tienes la grabación en marcha, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿a menudo?

—Sí, imagino que sí. Igual que cualquier otra persona.

—Bueno, en cualquier caso, quiero ver algunas cosas en la grabación antes de cerciorarme de mi hipótesis. Así que hablaremos más de eso cuando estemos ahí fuera. Pero antes quiero que des vueltas al segundo problema; suponiendo que encontremos al responsable y obtengamos una explicación a lo sucedido, tal vez en un juicio, ¿cómo vamos a impedir que otra persona haga lo mismo? Ahí es donde creo que podrías ayudarme.

Viajaban en el terrario *Moldava*, cuyo desplazamiento respondía a un ciclo Aldrin que los llevaría a Vesta en ocho días. El interior del *Moldava* estaba dedicado al cultivo de trigo, y muchas de las personas que viajaban en él se congregaban al término de la jornada de trabajo en las instalaciones de un centro turístico en un terreno elevado cerca de la proa, situado en una amplia colina, con vistas inferiores y, después, superiores, a la curva ascendente de un gran mosaico compuesto por campos verdes y diversas texturas doradas, creadas por las muchas cepas diferentes que se cultivaban. Era como si el cielo se hubiese modelado a partir del colorido patrón de una falda escocesa.

Cisne pasaba gran parte de su tiempo hablando con los ecologistas locales, que querían discutir un montón de pequeños problemas relacionadas con las enfermedades del trigo. La inspectora Jean se alojó en las instalaciones de la Interplanetaria, y al pasar por Marte dedicó su tiempo a llamar con antelación a las personas de los terrarios agrupados en torno a Vesta. Al final de estos días, Cisne se reunía para comer con los de la Interplanetaria, y luego se quedaba hablando hasta tarde con la inspectora. A veces hablaba del trabajo de la jornada. Los lugareños probaban variedades de trigo que sacaban mayor partido del agua, y exploraban la creación genética de microscópicas «puntas de goteo», como las vistas en la superficie de las hojas tropicales, cuyas puntas de goteo eran largas puntas de las hojas que permitían que el agua rompiera la tensión de la superficie para derramarse.

—Quiero tener puntas de goteo en mi cerebro —dijo—. No quiero aferrarme a nada que me perjudique.

—Te deseo suerte con eso —dijo la inspectora poco cortésmente, concentrada en la comida, pues comía mucho para tratarse de alguien tan pequeño.

Al cabo de unos días llegaron a la zona de Vesta, una de las áreas más pobladas del cinturón de asteroides. Durante el *Accelerando*, muchos terrarios se

habían situado cerca unos de otros, creando algo que recordaba a una comunidad, y la llamada Zona Vesta se encontraba entre las mayores. *Moldava* envió un vehículo con el equipo de la Interplanetaria a bordo, y cuando el transbordador desaceleró y estaba cerca de Vesta, se trasladaron de nuevo, esta vez a una nave tripulada por una dotación de la Interplanetaria.

Se trataba de una pequeña, veloz e impresionante nave espacial llamada *Justicia rápida*, y en poco tiempo se estaban moviendo a contrapelo de la gran corriente de asteroides, parando una o dos veces en pequeñas rocas para que la inspectora pudiese hablar con gente. No le pusieron al corriente del resultado de estas conversaciones, y Cisne evitó preguntar mientras visitaban *Orinoco Fantástico*, *Crimea*, *Valle de Oro*, *Irrawady 14*, *Trieste*, *Kampuchea*, el *John Muir*, y el *Winnipeg*, momento en que no pudo seguir mordiéndose la lengua.

—Todos estos pequeños mundos han sufrido recientes perturbaciones en sus órbitas —le explicó la inspectora—, y quería averiguar si había alguna explicación que las justificara.

—¿Y la hay?

—Al parecer hubo algunas salidas abruptas de la Zona Vesta, y se cree que éstas pudieron apartar ligeramente de rumbo a sus vecinos.

Vesta era muy sustancial para tratarse de un asteroide: seiscientos kilómetros de diámetro, más o menos esférico, cubierto por tiendas y todo, lo que hacía de él uno de los mayores ejemplos del proceso de paraterraformación conocido por el nombre de envoltura en papel burbuja. Por lo general, las tiendas sólo cubrían parte de la luna, como las cúpulas mayores, que eran las estructuras más comunes de Calisto, Ganímedes y la Luna, pero esos satélites eran tan grandes que ni siquiera se había contemplado la posibilidad de cubrirlos por completo. Cubrir una pequeña luna con una tienda de campaña de burbuja representa la siguiente etapa, y constituye una viable opción exterior para los ahuecados mundos interiores. Cisne pensó entonces que Terminador era una especie de paraterraformación, aunque nunca lo había considerado de ese modo, y de hecho tenía ciertos prejuicios contra los habitáculos externos en el cinturón de asteroides, por estar más expuestos de la cuenta y por la baja gravedad, en contraposición con la labor de excavar y vivir en el interior de una roca que giraba.

Y así, observando Vesta a corta distancia, vio que tenía buen aspecto. Era un lugar que hubiese disfrutado de tiempo atmosférico y de un cielo (las tiendas se

alzaban a dos kilómetros sobre la superficie), y Pauline le explicó que los vestanos habían establecido bosques boreales, zonas alpinas, tundra, praderas y abundante desierto frío. Todo estaría sometido a una gravedad muy baja, lo que significaba que volarían y danzarían abundantemente en un paisaje de etéreo, casi flotante. No le pareció un mal plan.

Así que a Cisne le interesaba visitar Vesta, pero Genette había pensado en un destino diferente, y después de que se les unieran unas cuantas personas de la Interplanetaria, se dirigieron a un terrario cercano llamado *Yggdrasil*.

Cuando se acercaron a *Yggdrasil*, Cisne vio que se trataba de otro asteroide con forma de patata, en este caso oscuro y sin giro sobre su eje.

—Está abandonado —explicó la inspectora—. Es un caso sin resolver.

En la esclusa de aire del vehículo, Cisne se desplazó flotando con un grácil *plié* hasta el armario de los trajes, se vistió y luego siguió a Genette y a varios investigadores de la Interplanetaria por la escotilla de la esclusa para adentrarse en el vacío.

El *Yggdrasil* era un asteroide interior estándar, con alrededor de treinta kilómetros de largo. Accedieron al interior por un enorme boquete situado en la parte izquierda de popa, lugar donde estaba instalado el motor de impulsión. Flotaron ayudados por suaves chorros, utilizando los propulsores del traje para mantenerse en la vertical. Avanzaron hombro con hombro, parecían la imagen espejo de una de esas parejas de estatuas faraónicas en las que la esposa hermana se halla a la altura de la rodilla respecto de su monarca.

Ya en el interior se impulsaron hasta alcanzar el estado de reposo. En el interior del asteroide reinaba una negrura total, moteada por los caóticos reflejos de los frontales. Cisne había estado en muchos terrarios en construcción, pero aquello no podía compararse. Genette arrojó al frente una luz fría, y se impulsó brevemente para contrarrestar la inercia del movimiento. La luz flotó hacia adelante a través del vacío, iluminando con total claridad el cilindro.

Cisne se giró un poco debido a la brusquedad con que miraba hacia un lado y otro. Había tal penumbra, estaba tan abandonado... Se dejó arrastrar por una ráfaga de emoción que probablemente provenía del destino que había tenido su desdichada Terminador: se llevó la mano al visor, consciente de pronto de sus propios sollozos.

—En efecto —le confirmó la pequeña figura plateada que flotó junto a ella—. Aquí se produjo un fallo en la presión, sucedió sin previo aviso. Era un asteroide formado por un conglomerado de condrita y hielo, algo muy común. El informe posterior al accidente reveló la existencia de un meteorito pequeño, que por casualidad había alcanzado una fisura en el hielo no detectada previamente en la pared del cilindro, se produjo una brecha y la posterior despresurización resultó mortal. No es la primera vez que ocurre algo parecido, aunque en este caso las lecturas de la roca habían arrojado un resultado excelente. Por lo general, los quebradizos obtienen un notable o un aprobado, y sólo cabe achacar su ocupación a un acto de imprudencia. El caso es que estuve repasando de nuevo antiguos accidentes, en busca de patrones determinados, y llegué a la conclusión de que quería echar un vistazo a éste. Principalmente al exterior, pero antes quería comprobar el interior.

—¿Murió mucha gente?

—Sí, hubo alrededor de tres mil muertos. Sucedió muy rápido. Algunos se encontraban en edificios con refugios adonde llegaron a tiempo, y otros estaban cerca de los trajes espaciales, o en esclusas de aire. Pero aparte de estos casos, el resto de la ciudad estado pereció. Los supervivientes decidieron dejarlo vacío, como un monumento.

—Así que ahora esto es como un cementerio.

—Sí. Hay una placa en alguna parte, creo que en el otro lado. Quiero echar un vistazo a la superficie interna de la fisura donde se produjo la brecha.

El inspector consultó con Passepartout, y después condujo a Cisne a través del espacio interior de paseo hasta el otro lado del cilindro. Allí el barrio tenía dimensiones parisinas, con anchas calles que discurrían entre bloques de viviendas trapezoidales de cuatro y cinco pisos de altura.

Se cernía sobre una superficie de pavimentos arrugados y edificios inclinados, que parecían viejas fotos de áreas de la Tierra dañadas por un terremoto. La quietud reinante resultaba extraña.

—¿No hay suficientes asteroides de níquel y hierro a mano para que nadie deba ahuecar un conglomerado? —preguntó Cisne.

—Podría pensarse eso. Pero ahuecaron algunos de estos y descubrieron que daban buen resultado. Si conservas el suficiente grosor de las paredes, la rotación y

la presión del aire interior no se bastan siquiera para hacerlos peligrar. Deberían servir, y lo hacen. Pero éste se rompió. El pequeño meteorito se precipitó justo en el punto más débil.

Flotaban sobre una zona donde la intensa deformación había dejado láminas de hormigón blanco combado hacia arriba y hacia fuera, como una larga herida abierta al espacio. Cisne podía ver las estrellas a través de la fisura.

Abandonaron la calle devastada y flotaron hasta salir del asteroide. Afuera se desplazaron por la superficie de roca, negociando la habitual gravedad mínima propia de cualquier asteroide. Cisne había pasado algún tiempo viviendo en esa gravedad durante la época que dedicó a la construcción de terrarios, y pudo comprobar que la inspectora era experta en ella, lo cual por supuesto tenía sentido tratándose de alguien procedente del cinturón de asteroides.

Cuando alcanzaron la parte externa de la fisura, encontraron ocupados a varios miembros del equipo de la Interplanetaria. Genette efectuó algunos saltos propios de ballet, girando al descender de cabeza sobre la fisura, para tomar fotos. La atenta inspección de ciertos puntos situados a ambos costados fue el resultado de mantenerse apoyada en la palma de la mano y acercar el visor a escasos centímetros de la roca.

—Creo que tengo lo que necesito —anunció al cabo de un rato.

Flotaban allí, observando a los demás mientras trabajaban.

—Llevas un qubo implantado en el cráneo, ¿verdad? —preguntó Genette.

—Sí. Pauline, saluda a la inspectora Genette.

—Saludos a la inspectora Genette.

—¿Puedes apagarla? —preguntó la inspectora.

—Sí, claro. ¿Tú vas a apagar al tuyo?

—Sí. Si es que realmente sucede eso cuando los apagamos.

A través del visor, Cisne alcanzó a distinguir la sonrisa irónica de la inspectora.

—Muy bien, Passepartout duerme. ¿Y Pauline?

Cisne había presionado en efecto la almohadilla debajo de la piel, situada a la derecha del cuello.

—También.

—Estupendo. Muy bien, ahora podemos hablar con más franqueza. Dime: cuando tu qubo está encendido, ¿graba lo que veis y oís?

—Por lo general, sí, por supuesto.

—¿Y tiene contacto directo con otros qubos?”

—¿Contacto directo? ¿Te refieres al entrelazamiento cuántico?

—No, no. Nos dijeron que la decoherencia lo imposibilita. Sólo me refiero al contacto por radio.

—Bueno, Pauline tiene un receptor de radio y un transmisor, pero yo escojo lo que entra y sale.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, creo que sí. Yo doy las órdenes y ella las obedece. Puedo comprobar en sus registros todo lo que ha hecho.

La figura plateada sacudía la cabeza con suspicacia.

—¿No sucede lo mismo en tu caso? —preguntó Cisne.

—Creo que sí —respondió Genette—. Pero no puedo responder por todos los qubos que no son Passepartout.

—¿Por qué? ¿Crees que los qubos podrían estar involucrados en lo que sucedió aquí? ¿Y también en lo que pasó en Mercurio?

—Sí.

Cisne miró con sorpresa a la mujer que flotaba a su lado, parecida a una enorme muñeca dentro de un traje de vacío. Su presencia la atemorizó, con aquella



voz al oído, transmitida por el audífono del casco, era como si le hablase a la oreja, como si la voz procediese de su propio interior, igual que lo hacía la de Pauline. Voz de contratenor alto, agradable, divertida.

—Veo algunos boquetes pequeños localizados a ambos lados de la fisura. Como ése... —Genette señaló con el dedo índice, y un punto verde láser apareció en el extremo de un pequeño boquete, repasó el contorno y luego se quedó fijo en el centro—. Mira ahí. ¿Lo ves? Y eso de ahí también. —Repasó otro agujero. Eran muy pequeños—. Son tan recientes que pudieron producirse durante o después del impacto.

—¿Restos expulsados de resultas del impacto?

—No. Aquí hay poca gravedad, así que el material expulsado rara vez regresa. Si algún resto lo hizo, lo veríamos. Estos agujeros son más profundos.

Cisne asintió. La superficie desigual del asteroide tenía mucha roca a punto de desgajarse.

—¿Y cómo describió estos cráteres el informe del accidente?

—Anomalías. Se especula que pudieron deberse a una ruptura de los depósitos de hielo, fundidos debido al calor que se generó en el impacto. Podría ser, pero ¿debo dar por sentado que has podido echar un vistazo al informe del accidente en Terminador?

—Sí.

—¿Recuerdas que también allí hubo anomalías? Lo que fuera que golpeó las vías no lo hizo limpiamente. Hay boquetes exteriores, muy pequeños, que no estaban allí antes de lo sucedido. El caso es que en Mercurio los restos expulsados tendrían que haber regresado a la superficie, eso te lo aseguro...

—¿No pudo el causante del impacto fracturarse al precipitarse sobre Mercurio?

—Eso pasa debido al calor de la entrada en la atmósfera, que además habría frenado la caída.

—¿Y no pudo hacerlo la gravedad de Mercurio?

— Ese efecto sería insignificante.

— Pues no sé, tal vez no se fracturó.

La pequeña figura asintió.

— En efecto.

— ¿Qué quieres decir?

— No se fracturó porque, de hecho, se unió.

— ¿A qué te refieres?

— Me refiero a que nunca estuvo unido hasta el último momento. A eso se debe que ninguno de los sistemas de detección de Mercurio reparase en su aproximación. Debieron haberlo visto porque tuvo que venir de alguna parte, y, sin embargo, los sistemas de vigilancia no lo detectaron. Así que para mí esto indica un problema LMD. Límite mínimo de detección. Debido a que siempre hay un límite mínimo de detección, ya sea inherente al método de detección, o bien fijado artificialmente en un punto superior que el mínimo real.

— ¿Por qué se hace eso?

— Por lo general para impedir que se dispare la alarma cada vez que no existe un peligro real.

— Ah.

— Cada sistema es distinto, pero en el conjunto de defensa mercuriana, lo que ellos llaman el nivel de respuesta casi equivale al límite de detección del sistema. En otras palabras, ajustan el nivel de respuesta al doble del nivel de detección, que es seis o siete veces la desviación estándar en su variabilidad de medición. Es un ajuste típico para que la gente se sienta cómoda, puesto que genera tanto el menor número de falsos negativos como el menor número de falsos positivos.

»Piensa en todo lo que queda por debajo de este nivel de respuesta. Básicamente, sólo las rocas muy pequeñas, piedras que no superan el kilogramo. Pero si hubiese muchas de ellas, y no convergieran hasta el último segundo, procedentes todas de cuadrantes distintos del firmamento, y a velocidades diferentes, pero coordinados para converger en un mismo punto, al mismo

tiempo... No serían más que pequeños guijarros, hasta ese último segundo. Podrían haberlos lanzado desde el extremo opuesto del sistema solar, incluso hace unos cuantos años. A pesar de lo cual, si se lanzan correctamente, con el tiempo acaban por alcanzar ese mismo punto. Pongamos que son miles.

—O sea, una especie de turba inteligente.

—Ni siquiera lo es. No son más que rocas.

—¿Algo así podría resultar? Es decir, ¿existe algo capaz de calcular con qué fuerza habría que proyectarlas, y qué trayectoria tendrían que efectuar?

—Un qubo. Identificados los suficientes cuerpos del sistema solar en cuanto a su ubicación y trayectoria, si se dispone de la potencia de cálculo necesaria, podría hacerse. Pedí a Passepartout que lo hiciera, que calculase la órbita de algo parecido a un cojinete, o una albóndiga, arrojada desde el cinturón de asteroides, con tal de que alcanzase un objetivo concreto en Mercurio. No le llevó mucho hacerlo.

—Pero, ¿podrían llevarse a cabo esos disparos? Me refiero a si sería posible construir un lanzador que los proyectase con la precisión necesaria.

—Passepartout me dijo que existen máquinas cuya capacidad es dos o tres magnitudes más precisa de lo que sería necesario. Solamente se necesita una plataforma de lanzamiento que cuente con la firmeza necesaria. A mayor estabilidad, mayor consistencia.

—Pues menudo disparo —dijo Cisne—. ¿Cuántas masas incluyen ese cálculo de la trayectoria?

—Creo que Passepartout incluyó los diez millones de objetos más pesados del sistema solar.

—¿Y sabemos dónde están?

—Sí. Lo que equivale a decir que la Inteligencia Artificial sabe dónde están. Y todos los terrarios y las naves más grandes se ajustan a itinerarios trazados con años de antelación. En cuanto a los cálculos, basta con un qubo que sea capaz de hacerlo en un plazo razonable de tiempo, es decir, lo suficientemente rápido como para darle instrucciones de lanzamiento en tiempo real.

—¿Cuánto tarda?

—Tres segundos para un qubo similar a Passepartout. Para una Inteligencia Artificial convencional, un año por cada guijarro, lo cual por supuesto impide que el método resulte efectivo. Es necesario disponer de un proceso de cálculo cuántico para posibilitarlo.

Cisne sintió náuseas, era como estar de vuelta en los túneles.

—Así que hablamos de diez mil pequeñas piedras proyectadas por el sistema solar, que viajan durante meses o años con tales direcciones y velocidades que todas ellas convergen al mismo tiempo en un punto concreto.

—Sí. Y, sin duda, unas pocas fluctuaciones gravitacionales estocásticas acabarán causando cierta dispersión. Por tanto, cuando eso sucede, los guijarros fallan por completo.

—Pero algunos lo hacen por muy poco.

—Exactamente. Como estos pequeños agujeros que vemos. Causados, quizá, por una nave espacial que alteró su plan de vuelo, o por algo parecido. Así que tal vez uno o dos por ciento de los guijarros experimentan un clinamen de este tipo, o eso supone Passepartout.

Cisne tenía un nudo en el estómago.

—Así que alguien está haciéndolo a propósito. —Señaló el terrario abandonado.

—Correcto. Y, además, tiene que estar involucrado un qubo.

—Mierda. —Se llevó la mano al estómago con gesto protector—. Pero, ¿cómo...? ¿Cómo iba alguien a...?

La inspectora apoyó la mano menuda en su brazo. *Ygassdril* flotaba bajo ellos, frío y muerto. Una patata gris.

—Volvamos a la *Justicia*.

Ya de regreso al interior del transporte de la Interplanetaria, después de comer, Cisne se quedó hasta tarde en la cocina, acompañada como de costumbre por la inspectora.

Cisne, que no había podido dejar de pensar en las revelaciones de la jornada, dijo:

—Así que todo esto significa que quien sea que...

Genette levantó ambas manos para detenerla.

—Apaguemos de nuevo los qubos, por favor.

Después de que ambos hubieran apagado los dispositivos, Cisne continuó:

—Eso significa que quien hizo esto, inició el proceso hace años.

—O al menos hace algún tiempo, sí. Cierta tiempo.

—Y no desde un único lugar de lanzamiento.

—No, pero tal vez exista aún el mecanismo de lanzamiento. El arma, la catapulta o lo que sea, tiene que ser un instrumento muy preciso. Un ingenio particularmente precioso, afinado, de fabricación implacable. Las tolerancias que sugirió Passepartout eran acertadas, lo que requiere improntas moleculares y demás. Quizá seamos capaces de encontrar la fábrica que hizo algo tan particular. Lo estamos investigando. Después pensaremos en quién es el responsable.

—¿Qué más? —preguntó Cisne.

—Buscamos el programa de fábrica, así como el diseño del instrumento. Sus instrucciones de impresión. También el programa orbital necesario para efectuar los cálculos. Los qubos no hacen esa clase de cosas sin que alguien se lo pida, o al menos eso hemos estado dando por sentado hasta el momento. Tengo entendido que el qubo que lo hizo tendrá la acción grabada en su memoria. De modo que es probable que el programa exista en algún lugar. Y tan sólo existe un número finito de fábricas que fabriquen qubos.

—¿No destruirían el qubo cuando dejaron de necesitarlo?

—Sí. Lo que sucede es que no hay motivo para suponer que hayan terminado.

Escalofriante conclusión la de la inspectora.

—Tenemos que dar con ese qubo, el programa de órbita, el programa de fábrica, también la fábrica, el proyector y cualquiera que sea la plataforma que efectúa el lanzamiento.

Cisne frunció el ceño.

—Podrían haberlo destruido todo, no haber dejado ni rastro.

—Es cierto. Comprendes muy rápidamente la naturaleza del problema. A pesar de ello, esta investigación debe centrarse en el control de los registros, en el repaso de los libros de contabilidad, como suele suceder a menudo en nuestro oficio. —Esbozó una sonrisa irónica—. Lo que no es tan dramático como lo pintan a menudo.

—Eso está bien. Pero, mientras, ¿qué más podemos hacer? ¿Qué puedo hacer?

—Puedes investigar la otra cara de la moneda. Y yo te ayudaré con eso.

—¿La otra cara de la moneda?

—El móvil.

—Pero, ¿cómo vamos a averiguarlo? Por no mencionar que una vez lo hayamos logrado, ¿cómo vamos a localizarlo? Hacer algo así es tan enfermizo que me pongo mala sólo de pensar en ello. Es la personificación del mal.

—¡El mal!

—Sí, ¡el mal!

—Si hacemos eso a un lado —dijo Genette tras encogerse de hombros—, vamos a suponer de todos modos que se trata de un impulso excepcional. Y que, por tanto, puede dejar rastros.

—¿Como que alguien odiaba Terminador? ¿Alguien capaz de destruir mundos?

—Sí. No es un impulso habitual. Por lo tanto, es posible que destaque, que llame la atención de terceros. Además, quizá se trate de un acto político, una especie de acto de guerra o de terrorismo. Puede tener la intención de dar un mensaje, o de

forzar una acción concreta. Por tanto podemos tirar por ahí.

Cisne seguía siendo consciente del nudo que tenía en el estómago.

—Maldita sea. Quiero decir, nunca ha habido una... una guerra en el espacio. Nos hemos apañado bien sin ellas.

—Hasta el momento.

Eso le dio que pensar. Hacía más o menos una generación que se habían multiplicado las advertencias de personas en todo el sistema en referencia a la posibilidad de que los conflictos entre la Tierra y Marte pudiesen conducir a la guerra, eso si los problemas que había en la Tierra no arrastraban a todo el mundo a la vorágine. Las guerras localizadas, los sabotajes y los ataques terroristas nunca habían desaparecido del todo en la Tierra, y Cisne había pensado a veces que los diplomáticos habían calibrado la idea de que la discordia en la Tierra pudiera extenderse, con el fin de aumentar su propio prestigio e inflar sus presupuestos. La diplomacia había sido necesaria para el establecimiento de la paz en un sistema conducido al límite, lo cual había resultado muy conveniente para ellos. Pero, ¿y si al final resultaba ser cierto?

—Supongo que siempre he pensado que los viajeros espaciales tenían el suficiente sentido común para evitar algo así —dijo—. Que una vez aquí todo nos iría mejor. Que seríamos mejores.

—No seas tonta —dijo la inspectora.

Cisne apretó los dientes con fuerza. Después de esforzarse por mantener el dominio de sí misma, dijo:

—Pero podría tratarse de un psicópata. Alguien que ha perdido la razón y mata sólo porque puede hacerlo.

—Sí, también debemos considerar esa posibilidad —admitió Genette—. Y si alguien así se ha hecho con qubo...

—¡Pero es que cualquiera puede hacerlo!

—No, en absoluto. Ni siquiera en el espacio. Los controlan desde fábrica, y en teoría no pasa un instante sin que puedan ubicarlos. Cualquier qubo involucrado en lo sucedido tuvo que ser programado para tal efecto, como he dicho. Y lo que hizo

figuraría en sus registros.

—¿No hay fábricas independientes que fabriquen qubos?

—Bueno, tal vez. Probablemente.

—Entonces, ¿cómo lo encontramos, o cómo encontramos al responsable?

—Persona o grupo.

—Sí, ¡o nación, o mundo!

—Quiero hablar de nuevo con Wang —dijo Genette tras encogerse de hombros—, porque su qubo es realmente potente, y también tiene los mayores bancos de datos sobre las fábricas independientes. Por no mencionar que cabe la posibilidad de que también lo atacara la misma entidad. Aunque admito que me da un poco de miedo hablar con su qubo, porque estamos viendo tantos indicios de qubos que actúan de forma extraña... Es como si tuvieran voluntad, o en todo caso se les pide que hagan cosas que no se parecen en nada a cualquiera que hayan hecho antes. Algunos qubos cuyos pasos hemos estado siguiendo cruzan mensajes de una forma que no tiene precedentes.

—¿Quieres decir que se comunican entre sí?

—No. Eso parece imposible debido a los problemas de decoherencia. Utilizan la comunicación por radio como cualquier otra persona, pero los mensajes son encriptados internamente en ambos extremos, usando la superposición. Así que no podrían estar más encriptados, incluso cuando utilizamos nuestros propios qubos para tratar de descifrarlos. A eso se debe que insista en mantener estas conversaciones fuera del alcance de cualquier qubo, al menos de momento. No sé en cuáles puedo confiar.

Cisne asintió.

—En eso te pareces a Alex.

—Así es. Solía hablar con ella al respecto, y compartíamos la misma opinión acerca de este problema. Le enseñé algunos procedimientos a utilizar. Así que ahora tengo que pensar en cómo seguir adelante aquí, y cómo puedo comunicarme con Wang y su superqubo. Posiblemente la explicación a todo esto esté almacenada en su interior, sin que nadie la reconozca porque nadie le ha pedido recuperarla.



Porque a pesar de toda la palabrería que se oye respecto a la balcanización, seguimos grabando la historia del mundo hasta una escala personal, de cada persona y de cada qubo. Así que para encontrar a este agente, sólo tenemos que leer la historia de los últimos años del sistema solar; es allí donde tendríamos que encontrar lo que buscamos.

—A excepción de las fábricas independientes —señaló Cisne.

—Cierto, sí, aunque Wang también posee información sobre la mayoría de ellas.

—Pero no quieres que su sistema de grabación esté al corriente de lo que le pides —dijo Cisne—. Por si resulta que es el responsable de todo.

—Exacto.

Después de aquella conversación, Cisne no dejó de sentirse indispuesta. Alguien se había propuesto acabar con su ciudad, no había logrado alcanzarla directamente, lo cual había salvado a sus ciudadanos, excepto a los fallecidos en el pánico que resultó de la evacuación, incluidos los desdichados asistentes y músicos del concierto fallecidos como consecuencia del impacto.

¿Sería verdad? No sabía qué pensar al respecto, al hecho de que el impacto no hubiese alcanzado su objetivo real: Terminador.

Al final acabó hablándole a Pauline al respecto. Se le había ocurrido algo que debía comprobar, y Pauline era la mejor manera de hacerlo. Ahí estaba, después de todo, aquella voz al oído de Cisne, siempre dispuesta a escuchar lo que Cisne dijese en voz alta. Cada día que pasara más le costaría ocultárselo.

—Pauline, ¿sabes de qué estuvimos hablando la inspectora Genette y yo cuando te apagué?

—No.

—¿Puedes suponerlo?

—Es posible que hayáis hablado del incidente del *Ygassdril*, que acababais de visitar. Este incidente comparte ciertas semejanzas con el de Terminador. Si se trata de ataques deliberados, quien los inició podría haber recurrido a la ayuda de un ordenador cuántico para trazar las trayectorias de los proyectiles. Si la inspectora

Jean Genette cree que los ordenadores cuánticos están involucrados, no desea que ningún ordenador cuántico esté al corriente de los detalles de la investigación. Está en la misma línea que el empeño de Alex por mantener algunas de sus deliberaciones al margen de testigos, sin grabación por parte de Inteligencias Artificiales, cuánticas o digitales. El supuesto apunta a que si los ordenadores cuánticos se comunican por radio mediante mensajes cifrados, podrían estar planeando actividades que atentan contra la integridad de los humanos.

Tal como ella sospechaba: Pauline era perfectamente capaz de deducir cosas así. Muchos otros qubos también podrían hacerlo, incluso el Passepartout de la propia Genette, programado en medicina forense e investigación, como sin duda lo estaba. «Si esto» y «entonces lo otro», «sí esto» y «entonces lo otro», ¿cuántos millones de veces por segundo? Podía comportarse como esos programas expertos en ajedrez, que se habían demostrado extraordinariamente capacitados en ese juego en concreto. Por tanto, era un poco inútil apagarlos cuando estaban a punto de tenerse ciertas conversaciones.

Lo cual significaba que no pasaba nada que dijera lo siguiente:

—Pauline, si alguien había calculado la trayectoria de un objeto que alcanzase Terminador y lo destruyera, pero olvidase incluir la precesión relativista de Mercurio en su cálculo, y sólo utilizara el cálculo de la mecánica orbital clásica, ¿hasta qué punto podría errar? Supón que el objeto fue lanzado hace un año desde el cinturón de asteroides. Prueba con algunos puntos distintos de lanzamiento, trayectorias de rumbos y horarios, con y sin las ecuaciones de la relatividad para la precesión.

—La precesión de Mercurio es de 5603,24 segundos de arco por siglo juliano —dijo Pauline—, pero la fracción de esa cifra causada por la curvatura del espacio tiempo, tal como lo describe la relatividad general, es de 42,98 segundos de arco por siglo. Toda trayectoria tiene un año de duración, trazado sin tener eso en cuenta, por lo tanto fallaría por 13,39 kilómetros.

—Que es lo que sucedió —dijo Cisne, sintiéndose más indispuesta si cabe.

—Pero tratándose de la precesión, el error se produciría al este de la ciudad, no al oeste.

—Ah —dijo Cisne—. Bueno, entonces... —No sabía qué pensar.

—Los programas normales de mecánica orbital para trazar las rutas de

transporte interior interplanetario contemplan habitualmente la relatividad general como algo cosa natural —prosiguió Pauline—. No es necesario acordarse de añadir las ecuaciones de la relatividad. Sin embargo, alguien sin conocimientos que hubiera intentado programar la trayectoria de un impacto sin emplear plantillas de acceso público, podría haber añadido ecuaciones de la relatividad a un supuesto al que ya se había incorporado. Si el objetivo era alcanzar directamente la ciudad, el error habría sido de 13,39 kilómetros hacia el oeste.

—Ah —repitió Cisne, que cada vez se sentía peor. Buscó con la mirada un lugar donde sentarse. Terminador era una cosa, la gente que lo había habitado otra muy distinta: su familia, su comunidad... Que hubiese alguien capaz de acabar con todos—. Pues eso suena a error humano.

—Sí.

Esa noche, tarde, en la cocina, se reunió de nuevo a solas con la inspectora, que estaba sentada a la mesa ante ella, comiendo uvas.

—Desde que me hablaste de todas esas piedras, he estado pensando que probablemente tenían como objetivo alcanzar Terminador —dijo Cisne—, y que el responsable cometió un error de cálculo. Si no sabía que las ecuaciones de la relatividad de la precesión de Mercurio ya estaban integradas en los algoritmos estándar, y volvió a añadirlos a la operación, el resultado fue un error de cálculo cuyo fruto acabaría alcanzando un punto alejado del objetivo al oeste, tal como sucedió.

—Qué interesante —dijo Genette, mirándola de cerca—. En otras palabras, un error de programación. He dado por sentado que fue un fallo deliberado... Un disparo de advertencia, por así decirlo. Voy a tener que meditarlo. —Al cabo de un momento, añadió—: Habrás consultado con Pauline al respecto.

—Lo hice. Pauline había deducido en términos generales lo que no pudo escuchar cuando la apagué. Estoy seguro que tu Passepartout también lo habrá hecho.

Genette frunció el ceño. No pudo negar esa posibilidad.

—No puedo creer que alguien se haya propuesto matar a tanta gente —dijo—. Es más, ese alguien lo ha hecho, si pensamos en lo sucedido en el *Yggdrasil*. Sobre todo cuando pienso en la de espacio que hay disponible... hay tanto de todo. Quiero decir que vivimos en lo que se denomina post escasez. Así

que no lo entiendo. Hablas de motivación, pero en un sentido fisiológico, no existe motivo para algo así. Supongo que eso significa que el mal existe realmente. Pensé que era sólo un término antiguo, una herencia de la religión, pero veo que estaba equivocada. Todo esto me pone enferma.

El atractivo y menudo rostro de la inspectora mostraba una leve sonrisa.

—A veces pienso que el mal sólo existe en la post escasez. Antes puede atribuirse al deseo o al temor. Era posible creer, como tú hiciste, que cuando el temor y el deseo desaparecen, también las fechorías lo hacen. La humanidad se revela como una especie de bonobó, un colaborador altruista, amante de todos.

—¡Exactamente! —exclamó Cisne—. ¿Por qué no?

Genette se encogió de hombros con gesto de cansancio.

—Tal vez el temor y el deseo nunca desaparecieron. Somos más que comer, beber y buscar refugio. Cualquiera diría que esos son los factores determinantes, pero muchos ciudadanos bien alimentados están llenos de miedo y rabia. Se sienten «hambre pintada», tal como lo denominan los japoneses. Miedo pintado, sufrimiento pintado. La furia de la voluntad servil. La voluntad es una cuestión de libre elección, pero la servidumbre es la falta de libertad. Así que la voluntad servil se siente culpable, y lo expresa mediante un asalto a algo externo. Y entonces sucede algo malo. —Hubo un nuevo encogimiento de hombros—. Por mucho que quieras buscarle una explicación, la gente sigue haciendo cosas malas. Créeme.

—Supongo que no tengo más remedio que hacerlo.

—Por favor. —La inspectora había dejado de sonreír—. No quiero abrumarte con algunas de las cosas que he visto. He tenido que pensar en ellas, como me pasa ahora. El concepto de la voluntad servil me ha servido de ayuda. Y últimamente, me he estado preguntando si todos los cubos no son, si bien no por definición, una especie de voluntad servil.

—Pero este error de programación que podría explicar el impacto al oeste de la ciudad... Eso es un error humano.

—Sí. Pues bien, la voluntad servil existe en primer lugar en el ser humano. Por lo tanto, hay un rincón de sus conciencias que saben que estos actos son malos, a pesar de lo cual los cometen, porque satisfacen las necesidades que existen en otros rincones de sí mismos.

—Pero la mayoría de la gente procura hacer el bien —objetó Cisne—. También tendrás ejemplos de eso.

—No encuentro precisamente muchos en mi oficio.

Cisne observó a la figura menuda, con su aspecto pulcro, ordenado.

—Eso debe de cambiarte la perspectiva —dijo al cabo de un rato.

—En efecto. Una y otra vez te enfrentas a las mismas auto justificaciones. Sé incluso qué partes del cerebro están involucradas en esas justificaciones: muy cerca de las partes involucradas con el fervor religioso, como cabría esperar. No muy lejos de los disparadores epilépticos y el sentido del significado. Las partes se iluminan como fuegos artificiales cuando uno obra el mal o lo justifica. ¡Piensa en lo que eso significa!

—Pero todo lo que hacemos se aloja en algún rincón del cerebro —protestó Cisne—. No importa en cuál.

Pero Genette no estaba de acuerdo.

—Se dan ciertos patrones. Refuerzos. Ciertos sucesos negativos favorecen el crecimiento del cerebro, que se reconfigura para crear una espiral de sentimientos cada vez más terribles. Después le siguen nuevas acciones.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Cisne—. No se puede hacer un mundo perfecto y luego poner en él a la gente decente, porque eso sería obrar al revés. No funcionaría.

La inspectora se encogió de hombros.

—No tengo fe en ninguna solución. —Luego, tras hacer una pausa, añadió—: Todo se puede torcer tanto. Vivir en el espacio puede resultar muy duro para nosotros. Entornos reducidos. He visto niños criados en jaulas de laboratorio. Sacrificios humanos...

—Necesitas disfrutar de tu año sabático —la interrumpió Cisne, que no quería más detalles.

De pronto reparó en el cansancio de Genette. Por lo general era difícil interpretar las expresiones de la gente menuda, porque a primera vista se antojaban

perfectos, como muñecos; o gente inocente, como niños. Vio los ojos enrojecidos, el pelo rubio algo graso, la sencilla cola de caballo desmañada, con pelos que se habían soltado de la goma.

Y una mueca, muy distinta de su habitual sonrisa irónica.

—Sí, como ves necesito mi año sabático. De hecho hace tiempo que me lo debo, y confío que nuestra investigación pronto me lleve allí. Porque estoy un poco cansada. El Mondragon es algo muy hermoso, pero hay muchos terrarios que no forman parte de él, y algunos de ellos corren grave peligro. En última instancia lo que obtenemos por no hacer cumplir una ley universal es una especie de quien no corre vuela. Así que tenemos problemas. Así lo veo yo. Cuando combinas insuficiencia política con los problemas físicos derivados de la vida en el espacio, todo puede llegar a desbordarte. Quizá tratamos de adaptarnos aquí, y resulta que eso es imposible.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó ella de nuevo.

Genette se encogió de hombros otra vez.

—Mantener la posición, supongo. Tal vez tenemos que entender que la post escasez es a un tiempo el cielo y el infierno. Se solapan como opciones de un qubit antes de que su función de onda se colapse. El bien y el mal, el arte y la guerra. Todo ahí en la potencialidad.

—Pero, ¿qué hacer?

Genette sonrió un poco ante su insistencia, y cruzó las piernas sentada a la mesa, con aspecto de Buda de jardín o de Tara, la figura y el gesto elegante.

—Quiero hablar con Wang. Ya encontraré un modo. Y con tu amigo Wahram, aunque eso sea mucho más fácil. Después... Depende de lo que averigüe. ¿Por casualidad Alex te entregó una carta para mí o para alguien más?

—¡No!

Levantó la mano, como el Buda diamantino.

—No hay motivo para que te incomodes. Ojalá me hubiera escrito algo, eso es todo. Para ella esto no era más que una contingencia, una reserva para contrarrestar algo que no esperaba que se produjese. Probablemente pensó que

Wang pondría al corriente de sus planes a los demás miembros del grupo. Y así lo hará, espero.

Al día siguiente, la tripulación de la inspectora tenía noticias, y después de hablarlo Genette salió de la sala y dijo a Cisne:

—El qubo de Wang ha identificado un asteroide que orbita entre Júpiter y Saturno, y que derivó hacia el exterior en su órbita, tal como habría hecho en caso de tener la masa del objeto que impactó en Terminador. La deriva se produjo hace tres años, a lo largo de un período de unos seis meses. Wang echó un vistazo a los informes de la Liga de Saturno de los movimientos de naves en el espacio de Saturno, y parece que hay una pista que apunta a una nave pequeña que abandonó este asteroide y que, desde allí, voló a la atmósfera superior de Saturno. Podría haber continuado, pero penetró en las nubes más altas con un ángulo que apunta a que podría haberse escondido allí, tal como hacen muchas naves. En ese caso, podríamos localizarla.

—Eso es bueno —dijo Cisne—. Pero... ¿doy por sentado que ha sido el qubo de Wang el que nos ha proporcionado esta pista?

Genette se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero el rumbo de la nave procede de la Liga de Saturno, y lo han rastreado con el transpondedor en su trayecto de descenso. Obtuvieron una lectura de ella en el transpondedor, por tanto se sabe que se trata de una nave propiedad de un consorcio terrestre.

—¡Terrestre!

—Sí. No estoy segura de qué pensar al respecto, pero, ya sabes, una tuba compuesta por piedras no se puede proyectar desde el interior de una atmósfera. Tampoco desde debajo de una cúpula o tienda. Tuvo que suceder en una superficie abierta al vacío. Así que si estás en la Tierra y quieres hacer algo así, tienes que ir al espacio para hacerlo.

—Comprendo. Pero... ¿la Tierra? Me pregunto quién en la Tierra...

La mirada de la inspectora era tan intensa que no se atrevió a continuar.

—Hay más de 500 organizaciones terrestres que han declarado su oposición a la idea de que los seres humanos colonicen el espacio —le recordó Genette.

—Pero ¿por qué?

—Por lo general indican que siguen sin resolverse los problemas de la Tierra, y afirman que los viajeros espaciales tratan de huir de estos problemas. Dejarlos atrás. A menudo se citan las modificaciones corporales a las que se someten los viajeros espaciales como prueba de un proceso incipiente, y forzado, de creación de una nueva especie. Se ha sugerido llamarnos *Celestis Homo Sapiens*. Algunos también temen la aparición de problemas de clasismo entre ambas especies. Muchos terráqueos no se han sometido a tratamientos de longevidad. Así, se afirma que la colonización espacial es perversa, malvada, decadente y horrible. Y que desestabiliza la historia de la humanidad.

—Maldita sea —dijo Cisne—. Creía que entendían hasta qué punto se benefician de nosotros.

—Por favor —dijo Genette—. Según parece, disfrutas de tus periodos sabáticos en lugares muy protegidos.

Cisne pensó unos instantes antes de responder.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Quiero ir a Saturno y buscar esa nave pequeña. Passepartout cree que puede calcular la ubicación de su punto de entrada.

—¿Puedo acompañarte?

—Eres más que bienvenida. Ya vamos de camino.

La *Justicia rápida* los transportó a un terrario de paso llamado *Mongolia Interior*, un hermoso terrario interior de extensas colinas de verde hierba ondulante, interrumpidas a menudo por trechos de roca negra, hogar de caballos salvajes y escurridizas manadas de lobos, animal muy querido por Cisne. Las pequeñas poblaciones se habían establecido en las colinas y parecían conjuntos de yurtas, rodeadas por jardines y estanques con vistas. Genette se hizo acompañar por un par de ayudantes, y pasó buena parte de su tiempo trabajando con ellos en lo que Cisne supuso debían de ser otros casos, metidos en una de las yurtas en la cima de una colina.

Una tarde, después de pasar la mañana caminando por las colinas cubiertas de hierba, intentando sin éxito divisar algún lobo, Cisne llegó a una yurta situada



en una colina con una amplia ladera herbosa, un enorme estanque y un conjunto de baños de vapor, además de una carpa aviario repleta de cestas de flores y diversas especies de colibríes, periquitos y pequeños pinzones de colores. El ondulante césped estaba cuidado para que pareciese una alfombra verde. Cisne lo consideraba excesivamente ornamental, fuera de sintonía con las colinas salvajes que había recorrido aquella mañana. Pasó junto a un par de mujeres que reían como si también considerasen aquel lugar absurdo, y dijo al pasar:

—Qué ridículo, ¿verdad?

Se detuvieron y una de ellas señaló hacia la colina.

—Esas tres personas tan bien vestidas de allí arriba nos dijeron que son qubos instalados en el cuerpo de un androide, y pensamos que no podrían hacerse pasar por seres humanos. Les dijimos que probablemente podrían, pero... —Las dos mujeres cruzaron la mirada y rieron de nuevo—. Pero que nos habían arruinado la sorpresa al pedirnos nuestra opinión.

Cisne vio a los tres sentados en la hierba, cerca del estanque.

—Qué interesante —dijo, y se dirigió hacia ellos.

—Pauline, ¿has oído eso? —dijo de camino.

—Sí.

—Muy bien. Mantén la boca cerrada y presta atención.

Era una antigua hipótesis que los seres humanos vivirían a gusto con robots inteligentes, ya fuese estando alojados en algo similar a una caja, o bien cuando fuera simplemente imposible distinguirlos de un ser humano, momento en el que se convertirían en alguien cualquiera, sólo que de un tipo diferente. En mitad de ambos extremos, sin embargo, existe la hipótesis denominada «El valle inquietante», la zona de parecido-pero-no-del-todo, igualpero-distinto, lo que provocaría en todos los seres humanos una repulsión instintiva, desprecio y miedo. Ésta es la hipótesis, bastante plausible; pero como en realidad nunca ha habido un robot construido con forma humana lo bastante convincente para poner a prueba ese valle inquietante, la cosa no pasó de ser una mera idea. Cisne se disponía tal vez a poner a prueba la hipótesis del valle inquietante.

El mal gusto de que hacía gala el complejo parecía extenderse a la vestimenta

de aquellos tres invitados. Vestían vestidos largos, como miriñaques victorianos, y se parecían tanto que se antojaban parientes, o, puestos a finar, androides clonados a partir de un único modelo. Aunque uno parecía más femenino que los otros dos.

Cisne se acercó a ellos y dijo:

—Hola, soy Cisne, de Mercurio, donde estamos reconstruyendo nuestra ciudad quemada con la ayuda de muchos qubos. Tengo entendido que vosotros tres aseguráis serlo, que no sois biológicamente humanos, ¿es eso cierto?

Los tres permanecieron sentados, mirándola. El que parecía algo femenino en sus proporciones corporales sonrió y dijo:

—Sí, en efecto. Acompáñanos y toma una taza de té. Dentro de poco estará listo —dijo, señalando un pequeño calentador portátil que había en el suelo y la rechoncha tetera roja que reposaba en las llamas azules; junto a ella había tazas, cucharas y tazas en un paño azul ajedrezado.

Los otros dos la miraron, y asintió con la cabeza. Uno señaló con un gesto el trecho de hierba que había a su lado.

—Siéntate, si quieres.

—Gracias —dijo Cisne al tiempo que se sentaba—. La gravedad local es muy pesada para mí. ¿De dónde sois?

—Me hicieron en Vinmara —dijo el más femenino de los tres.

—¿Y vosotros? —preguntó Cisne a los otros dos.

—No puedo aprobar el test de Turing —respondió uno de ellos con cierta rigidez—. ¿Te apetece jugar al ajedrez?

Los tres se echaron a reír. A mandíbula batiente, mostrando las encías, la lengua, los carrillos, todo el conjunto, el movimiento, muy humano.

—No, gracias —dijo Cisne—. Quiero someteros a una prueba de Turing. O... ¿por qué no me ponéis a mí a prueba?

—¿Cómo podríamos hacerlo?

—¿Qué os parece veinte preguntas?

—¿Te refieres a preguntas que puedan responderse con un sí o no?

—Correcto.

—Pero en una de ellas podrían preguntarnos si el otro es un simulacro o no, y las demás respuestas, y eso sólo constituiría una pregunta.

—Es cierto. ¿Qué os parece si lo limitamos a preguntas indirectas?

—Aun así sería muy sencillo. ¿Y si tuvieras que hacerlo sin hacer ninguna pregunta?

—Pero la gente de verdad hace preguntas a los demás.

—Pero uno de los nuestros, o más, no es o son personas reales. Y tú eres quien ha propuesto hacer la prueba.

—Eso es verdad. De acuerdo, deja que te mire. Háblame de *Mongolia Interior*.

—La querida *Mongolia Interior*, ahuecada en el año...

—Santificado sea tu nombre —intervino uno de los indeterminados.

Los tres rieron.

—Población aproximada: Veinticinco mil personas —dijo el más femenino de los tres.

—Tú debes de ser un qubo —dijo Cisne—. Ningún ser humano sabe esa clase de cosas.

—¿Ninguno?

—Tal vez algunas personas, pero no es habitual. Debo decir que tienes un aspecto fabuloso.

—Gracias, hoy he decidido ir de verde. ¿Te gusta? —preguntó, mostrándole la manga del vestido.

—Es muy bonito. ¿Puedo mirar más de cerca?

—¿Mi vestido o mi piel?

—La piel, por supuesto.

Los tres se rieron.

La risa, pensó Cisne mientras le examinaba la piel. ¿Los robots pueden reír? No estaba muy segura. La piel estaba salpicada de folículos pilosos, con los pliegues imperceptibles en los puntos de flexión, había cabellos dispersos casi transparentes en el dorso de muñecas y antebrazos, y una pequeña mata de pelo más oscuro en el interior de la muñeca, con cuatro pliegues permanentes justo dentro de la mano, donde la piel era más fina, pero más oscura, dejando al descubierto un par de venas, con protuberancias y curvas. La piel de la palma de la mano mostraba espirales, como las huellas digitales grandes, en la palma y la pulpa de la mano. La línea de la vida era una larga curva honda. Era muy parecida a la mano de cualquier persona, podía ser la piel de cualquiera. Si se trataba de piel artificial era un trabajo impresionante, pues suele decirse que lograr que parezca natural es lo más difícil de conseguir. Si era piel biológica, como de laboratorio, pero que había crecido en un marco, sería impresionante de forma distinta. No parecía posible que la piel de aquellas personas fuese artificial, aunque, por supuesto, la ciencia de los materiales era muy sofisticada, y muchas cosas quedaban a su alcance. Una vez establecidas las metas y los parámetros, ¿qué hay que no sea posible?

La pregunta seguía siendo quién querría hacer algo así, aunque por otro lado, la gente hacía cosas raras continuamente. Y crear un humano artificial era un antiguo sueño. Tal vez no tenía sentido, pero existía una tradición al respecto. Y allí estaban, después de todo, y aún no estaba segura de a qué se estaba enfrentando. Eso de por sí era interesante.

Si tenías relaciones sexuales con una máquina, ¿sería interesante, o no pasaría de considerarse una manera complicada de masturbación? ¿Registraba el qubo tus respuestas en un sentido u otro? ¿También él mantendría una relación sexual contigo?

Tendría que probar, si quería averiguarlo. No sería más que otra aproximación a la cuestión de la conciencia de los qubos. Lo que había que recordar en lo concerniente a los qubos era que sin importar las pruebas que apunten en sentido contrario, no hay nadie en casa, no hay conciencia, no hay Otro; no es más que un mecanismo programado para responder de manera determinada a los estímulos de sus programadores. Sin importar cuán complejos sean los algoritmos,

la suma no hace una conciencia. Cisne creía a pies juntillas en eso, pero incluso Pauline la sorprendía con relativa frecuencia, por tanto podía costar resistirse a la ilusión.

—Tienes una piel hermosa. Al tacto eres como carne de mi carne.

—Gracias.

—¿Piensas, piensas?

—Definitivamente pienso —respondió el femenino.

—¿Así que posees una secuencia de pensamientos que se desplazan desde uno al siguiente en un flujo más o menos continuo, y asociación libre de un tema a otro, a través de todos los pensamientos posibles que podrías tener?

—No estoy seguro de que sea exactamente así. Creo más bien que se trata de una cuestión de estímulo y respuesta, en la que mis pensamientos responden a los estímulos de mi información entrante. Ahora, por ejemplo, pienso en ti y en tus preguntas, en el verde de mi vestido, comparado con el verde de esta hierba, en lo que voy a cenar, ya que estoy algo hambrienta...

—Entonces, ¿ingieres alimentos?

—Sí, ingerimos alimentos. De hecho, ¡lo mío me cuesta no comer más de la cuenta!

—A mí también —dijo Cisne—. Entonces, ¿os habéis planteado alguna vez practicar el sexo conmigo?

Los tres se miraron.

—Vaya, pero si acabamos de conocernos —protestó uno.

—Eso es lo que sucede muchas veces cuando la gente se conoce.

—¿De verdad? No estoy tan seguro de que eso sea así.

—Créeme, es verdad.

—No tengo ningún motivo de peso para creerlo —dijo el segundo—. No te

conozco lo bastante bien para eso.

—¿Llega uno a conocer lo bastante a los demás para eso? —preguntó el tercero.

Se echaron a reír.

—¿Crear lo que dicen los demás? —se preguntó el más femenino—. ¡No lo creo!

Se rieron de nuevo. Tal vez reían demasiado.

—¿Estáis drogados —preguntó Cisne.

—¿La cafeína es una droga?

La risa se convirtió en una risilla tonta.

—¿Sois como tres niñas tontas —dijo Cisne.

—Es verdad —admitió el femenino, que sirvió el té de la tetera en cuatro tacitas y fue ofreciéndolos a los demás. El segundo abrió un cesto y sacó galletitas y bizcochos, que repartió a su alrededor junto con servilletas de tela blanca. Comieron con apetito. Los tres comían como lo haría una persona.

—¿Nadáis? —preguntó Cisne—. ¿Nadáis u os bañáis en las aguas termales?

—Yo en las aguas termales —respondió el tercero, algo que hizo que los demás ahogasen la risa con la ayuda de las servilletas.

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Cisne—. ¿Os bañáis desnudos? Porque así os podría ver todo el cuerpo.

—¡Y nosotros el tuyo!

—Por mí bien.

—Parece que estaría más que bien —murmuró el femenino, y los demás echaron hacia atrás la cabeza y rompieron a reír.

—¡Entonces hagámoslo! —exclamó el segundo.

—Antes quiero terminarme el té —dijo el femenino, con aire remilgado—. Es muy bueno.

Una vez hubieron terminado, los tres se pusieron de pie con la elegancia de un bailarín, y llevaron a Cisne hasta el borde del estanque de aguas termales, donde había gente nadando, algunos vestidos, algunos desnudos. Había niños pequeños en la parte menos profunda de la piscina, donde un fuerte chorro de agua caía sobre un pequeño techo redondeado, creando debajo un pequeño refugio con paredes de agua. Los tres anfitriones de Cisne dejaron las cosas del almuerzo en el suelo y después se sacaron el vestido por la cabeza antes de acercarse al agua. El más femenino tenía un cuerpo aniñado, delgado, y los otros dos tenían esbeltos cuerpos propios de ginandromorfos: caderas anchas, pectorales ligeramente redondeados sin llegar a ser pechos, en proporción entre el torso y las piernas, y la relación entre cintura y cadera, genitales con pelo que parecían principalmente femeninos, pero cuya mata oscura podía ocultar penes pequeños y testículos, como en el caso de Cisne: no podía decirse más sin una inspección más profunda. Aunque tampoco resultaría una prueba concluyente, ya que era más sencillo simular los genitales que las manos, dada la inherente flexibilidad de los primeros.

Y después, al agua. Cisne comprobó que nadaban bien, que prácticamente estaban flotando; parecían tener el mismo peso específico de un ser humano. Entonces no debían de tener huesos de acero. Probablemente en su interior no fueran completamente máquinas, cubiertas por una capa de carne y piel. Si aspiraban con fuerza salían a flote, o casi, igual que le pasaba a ella. También los ojos... Capaces de parpadear, de mirar fijamente, de soslayo, estaban húmedos. ¿Era posible crear todas las partes de un ser humano, juntarlo todo y hacer que funcionara? ¿Crear un ser parcialmente humano? No parecía muy probable. No era algo que a la propia naturaleza se le diese bien, se dijo mientras la rodilla mala le daba un pinchazo. Para crear un simulacro... En fin, tal vez bastaba con centrarse sólo en los aspectos funcionales. Pero, ¿no era eso también lo que hacía el cerebro?

—Qué bobas sois, chicas, y qué asombrosas —las alabó Cisne—. No hay quien os entienda.

Se echaron a reír.

—Ninguna persona de verdad se pasaría la vida fingiendo ante un extraño ser un robot —objetó Cisne—. De modo que tenéis que serlo.

—Cuanto más extraño es algo, más probabilidades hay de que sea

cierto —dijo el segundo—. Se trata de una prueba muy conocida de la exégesis bíblica. Creen que probablemente Jesús maldijo a una higuera, porque, de lo contrario, ¿qué razón había para explicar esa historia?

Hubo más risas. Realmente se comportaban como niñas tontas. Quizá fuese imposible lograr que un robot razonara a un nivel superior al de un niño de doce años.

Pero su forma de nadar; su forma de caminar. Eso era difícil de lograr, o al menos eso parecía.

—Es extraño —se dijo, complacida. Había pensado que sería fácil.

Mientras ascendían a la zona donde el agua llegaba a la altura de la rodilla, la miraron sin tapujos, igual que ella lo había hecho.

—Ah, qué piernas —dijo el tercero—. Vaya cuerpo.

—Gracias —dijo Cisne, que impuso la voz a las muestras de admiración de los otros dos.

—¡No, eso no está bien decirlo! —advirtió el más femenino de los tres—. Hay personas a quienes ofenden los comentarios que hacen los demás sobre el impacto estéticos que causa la visión de su cuerpo.

—A mí no me pasa eso —aseguró Cisne.

—De acuerdo, pues, mejor —dijo el más femenino.

—Tan sólo pretendía ser amable —se excusó el tercero.

—Estabas siendo franco. No tenías ni idea de si era amable o no.

—No era más que un cumplido. No hay motivo para sacarlo de contexto. Si vas más allá de ciertos límites, la gente da por sentado que no conoces el protocolo de su cultura, pero que te comportas sin malicia.

—Así es la gente, pero ¿cómo tener la seguridad de que esta persona no es un simulacro, enviada aquí para ponernos a prueba?

Y se echaron a reír hasta ahogarse, todo ello sin dejar de chapotear en el agua.



Cisne se sumó al jolgorio, y después se acomodaron en el agua y nadaron un rato a su alrededor. Más tarde atrajo hacia sí al tercero y lo besó en la boca. El indefinido le devolvió el beso un instante, pero después se apartó.

—Eh, ¿qué es esto? ¡No creo que nos conozcamos tanto para besarnos!

—¿Y qué? ¿Es que no te ha gustado? —Y Cisne lo besó de nuevo, siguiéndole mientras se alejaba de ella, consciente de que la lengua de él reaccionaba con sorpresa ante el contacto de otra lengua.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Alto! —exclamó el indefinido mientras se apartaba.

El más femenino se había incorporado y dio un paso hacia ellos, dispuesto a intervenir, y Cisne se dio la vuelta y lo empujó con ánimo de derribarlo; al chapotear en el agua poco profunda salpicó con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó el muy miedica.

Cisne le dio un derechazo con la zurda. Inmediatamente echó la cabeza atrás y empezó a sangrar por la boca, gritando y alejándose a toda prisa. Los dos indefinidos se interpusieron entre chapoteos, bloqueando el paso de Cisne, gritándole que se marchara. Cisne alzó los puños y gritó al tiempo que arremetía sobre ellos, y se apartaron de ella dispuestos a alejarse, sorprendidos y horrorizados. Cisne dejó de seguirlos, y cuando salieron de la piscina se detuvieron y se acurrucaron juntos, mirando hacia atrás; el malherido lo hizo con la mano en la boca, la sangre roja.

Cisne se llevó las manos a las caderas y se quedó mirándoles.

—Qué interesante —dijo—. Pero no me gusta que me tomen el pelo. —Chapoteó en el agua hasta donde tenía la ropa.

Paseó por el cilindro, contemplando una manada de caballos salvajes, besándose los nudillos doloridos, meditando. No estaba segura de con qué clase de... cosas había pasado el día. Pero todo había sido muy extraño.

Cuando regresó a las yurtas de la colina, esperó hasta que Genette y ella estuvieron de nuevo a solas, y dijo:

—Hoy conocí a tres que decían ser personas artificiales. Androides con cerebros qubo.

—¿De veras? —preguntó la inspectora, mirándola fijamente.

—De veras.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno, pues darles una paliza.

—¿De verdad?

—No fue para tanto, sólo me ensañé con uno. Pero se lo merecía.

—¿Por qué?

—Porque me estaban engañando.

—¿No se parece un poco a lo que haces en tus abramovics?

—No, para nada. Nunca engaño a nadie, eso sería fingir. Un abramovic no es teatro.

—Bueno, tal vez tampoco ellos te estaban engañando —dijo Genette, arrugando el entrecejo—. Habrá que investigarlo. Ha habido informes procedentes de Venus y Marte que apuntan a diversos incidentes de este tipo. Rumores de humanoides con cerebro qubo, que a veces actúan de manera extraña. Hemos empezado a abrir los ojos. Conocemos la identidad de algunos de estos sujetos y realizamos un seguimiento de ellos.

—¿Así que realmente existen esas cosas?

—Creo que sí, sí. Hemos explorado algunas, y luego, claro, tal como se comportan a veces resulta obvio. Pero a estas alturas no tengo mucha más información.

—Pero, ¿por qué iban a hacer algo así?

—No lo sé. Pero si hubiera qubos con capacidad para moverse de forma independiente, y hacerlo sin ser vistos, eso explicaría algunas cosas que han sucedido. Así que haré que mi equipo eche un vistazo a esos individuos que conociste.

—Creo que eran personas —dijo Cisne—. Estaban actuando.

—¿Crees que eran personas reales que se hacían pasar por simulacros?  
¿Como si representasen una especie de función teatral?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé. ¿Por qué alguien iba a meterse en una caja y fingirse un jugador de ajedrez mecánico? Es un antiguo sueño. Una especie de representación teatral.

—Tal vez. Pero de todos modos voy a tener que investigarlo, porque con la de cosas raras que están pasando...

—Está bien —dijo Cisne—. Pero creo que eran personas. De todos modos, ellos afirmaron lo contrario. ¿Qué problema plantearían estas cosas, si es que resulta que lo son?

—El problema reside en el hecho de que los qubos salgan al mundo, que se muevan y sean capaces de hacer cosas. ¿Qué hacen? ¿Qué se supone que estarán haciendo? ¿Quién los está fabricando? Y puesto que hay un componente qubo en los ataques que investigamos, tenemos que preguntarnos si estas cosas tienen algo que ver con ello. ¿Están involucradas en lo sucedido?

—Hmm.

—Tal vez todo se reduzca a una pregunta —continuó la inspectora—. ¿Por qué los qubos están cambiando?

## *Listas (7)*

fractura hidráulica desapercibida – ausencia de estanqueidad – mal cierre – mala suerte – chispa hiperbárica – ascenso del índice de monóxido de carbono – acumulación de dióxido de carbono – fallo de diseño – ruptura del compartimento del motor – fuga repentina de aire – llamarada solar – impureza metálica – fatiga mental – cae un rayo – cae un meteorito – masa crítica accidental – fallo de frenos – herramienta caída – tropiezo y caída – pérdida de refrigerante – fallo de fabricación – error de programación – error humano – fallo de contención – batería incendiada – distracción – infracción de la Inteligencia Artificial – sabotaje – mala decisión – cruce de cables – discapacidad mental social – impacto de rayos cósmicos –

(Extracto de *Revista de accidentes espaciales*, vol. 297, año 2308)

## *Extractos (8)*

El sistema de periodización Charlotte Shortback fue muy influyente. La idea de la periodización en sí es polémica e incluso sospechosa, ya que a menudo parece depender de entrecerrar los ojos con fuerza y mover las manos para transformar en marionetas-calceín la densa y floreciente confusión del pasado documentado. Sin embargo, no parece haber diferencias en la vida humana entre, por ejemplo, la Edad Media y el Renacimiento, o la Ilustración y el Postmodernismo; y casi no tiene importancia que estas diferencias se debieran a los cambios en los procesos de producción, en las estructuras del sentimiento, en los paradigmas científicos, la sucesión dinástica, el progreso tecnológico o la metamorfosis cultural. Las formas evocadas conforman un patrón, cuentan una historia que la gente puede seguir.

Durante mucho tiempo se implantó con un consenso generalizado un esquema de periodización que incluyó el período feudal y el Renacimiento, seguido por la Edad Moderna temprana (siglos XVII y XVIII), la moderna tardía (XIX y XX), y la postmoderna (XX y XXI), después de la cual fue necesario buscar un nuevo nombre. Durante mucho tiempo, esta necesidad generó nuevos sistemas que competían entre sí, una competencia que, junto con la narrativa general de los historiadores de la época, se combinó para frustrar la invención de cualquier nuevo sistema que tuviese un consenso tan universal como el anterior. No fue sino hasta los últimos años del siglo XXIII que Charlotte Shortback aportó a la comunidad histórica su esquema de periodización, razón por la que ahora tenemos «el postmodernismo largo» que tantos abucheos recibe cuando se alude a él en las conferencias. En parte se trataba de una broma, afirmó Shortback más tarde, pero desde entonces ha cobrado influencia a pesar de ello, o incluso a pesar de ello.

Para Shortback, el postmodernismo largo debía dividirse de la siguiente manera:

La Vacilación: 2005 a 2060. Desde el final de la postmodernidad (según Charlotte, a partir del anuncio de las Naciones Unidas sobre el cambio climático) hasta el inicio de la crisis. Todos estos años se desperdiciaron.

La Crisis: Desde 2060 hasta 2130. Desaparición de la capa de hielo del Ártico en verano, derretimiento irreversible del permafrost y la liberación de metano, acompañado por una subida inevitable e importante del nivel del mar. En estos años, todas las malas tendencias convergieron en forma de «tormenta perfecta», lo que conllevó un aumento de la temperatura media global de 5 grados Kelvin, y un aumento del nivel del mar de 5 metros; de resultas de ello, en la década de 2120 hubo escasez de alimentos, disturbios masivos, un índice de mortalidad catastrófico en todos los continentes, y un aumento meteórico en la tasa de extinción de otras especies. Primeras bases lunares. Estaciones científicas en Marte.

El Vuelco: Desde 2130 hasta 2160. *Verteswandel* (la famosa «mutación de valores» de Shortback), seguido por las revoluciones, una Inteligencia Artificial potente, fábricas autosuficientes; arranca la terraformación de Marte; energía de fusión, fortaleza de la biología sintética, esfuerzos orientados a la modificación climática, incluida la desastrosa pequeña edad de hielo de 2142-54; ascensores espaciales en la Tierra y Marte, propulsión espacial rápida, se inicia la diáspora espacial, se firma el Acuerdo Mondragon. Y después:

El Acelerando: Desde 2160 hasta 2220. La aplicación sin límites de todas las nuevas innovaciones tecnológicas, incluido el aumento de la longevidad humana, la terraformación de Marte y la posterior revolución marciana, la diáspora sin límites al sistema solar, el ahuecamiento de terrarios, el inicio de la terraformación de Venus, la construcción de Terminador, y la integración de Marte en el Acuerdo Mondragon.

El Retraso: Desde 2220 a 2270. Aún se debaten los motivos de la desaceleración del Acelerando, pero los historiadores apuntan a la finalización de la terraformación de Marte, su retirada del Acuerdo Mondragon y a su aislamiento cada vez mayor, la ocupación de todos los mejores terrarios y la acumulación de casi todo el helio, nitrógeno, tierras raras, combustibles fósiles del sistema solar por parte del hombre. Fotosíntesis. También resulta evidente que el proyecto longevidad afronta ciertos problemas, y que su aplicación no fue objeto de una distribución justa. Recientemente, algunos historiadores han señalado que ésta también fue la época en que los ordenadores cuánticos alcanzaron los 30 qubits y se combinaron con ordenadores más clásicos para hacer qubos. Argumentan que los qubos aún no han demostrado mejorar la función de las Inteligencias Artificiales rápidas, mientras que el problema de la decoherencia inherente a la informática cuántica podría haber ayudado a sentar los cimientos de las condiciones que caracterizaron el siguiente período:

La Balcanización: Desde 2270 hasta 2320. Tensiones entre Marte y la Tierra, la agresión y la guerra fría por el control del sistema solar; aislacionismo de Marte y conflictos internos en Venus. Decisión en las lunas de Júpiter de terraformar las tres mayores, la proliferación de los terrarios independientes, y la desaparición de muchas poblaciones tras «horizontes de sucesos». La influencia de los qubos; escasez de volátiles más acusada, lo que desemboca en el acaparamiento; a continuación, el tribalismo, repetición de la tragedia de los comunes; tendencia extendida hacia la aparición de ciudades estado autosuficientes.

Shortback culpa a los engreídos estudios culturales de la aparición del término «hiperbalcanización».

Se ha dicho, sin embargo, que una prolongación significativa de la balcanización quizá podría desembocar en un período de retraso aún mayor, o incluso en una vuelta a la crisis... Tal vez a una época que podría denominarse la Atomización, o la Disolución.

Cuenta una anécdota acerca de cómo una vez, en una charla, sugirió que todo el último milenio podría llamarse «período feudal tardío», y que más tarde, un hombre se le acercó y dijo: «¿Qué te hace pensar que sea tardío?»

Pero lo que ocurrió en 2312 sugiere que el siglo XXIV supondrá un cambio de rumbo significativo.

## JÁPETO

Jápeto tiene aspecto de nuez, porque es achatada por los polos, y posee una protuberancia ecuatorial. Ambos detalles son perfectamente perceptibles desde el espacio. ¿Por qué está achatada por los polos? En un momento se fundió y se convirtió en una gran gota de agua que giraba rápidamente, con días cuya duración no superaba las diecisiete horas. Algo que pasó por su lado la hizo girar como una peonza, y se congeló mientras seguía girando. Así que, ¿a qué se debe la protuberancia ecuatorial? Nadie lo sabe. La mayoría coincide que remite a algunos aspectos de la congelación de las gotas de agua, un corrimiento o algo similar, aunque se trata de algo que siguen discutiendo los saturnólogos.

Sea lo que fuere lo que provocó el bulto, de inmediato se alzó como un firme candidato para albergar una ciudad, recordaba a la península de High Street y rodeaba por completo la luna. Al principio la ciudad se concentró en el hemisferio que miraba a Saturno, el cual se cierne en lo alto cuatro veces mayor que lo hace la Luna sobre la Tierra. Se dijo que era algo digno de tener en el cielo, sobre todo porque la órbita de Jápeto se sitúa con una inclinación de diecisiete grados del plano de los anillos de Saturno, lo cual le proporciona una vista siempre cambiante del extraordinario móvil. Casi todas las demás lunas sólo ven la parte lateral de los anillos. Desde el bulto de Jápeto también se disfruta de una vista del resto de la superficie de la luna, doce o dieciséis kilómetros por debajo del bulto, así que siempre hay un amplio paisaje de hielo abajo que equilibra el sublime y perlado espectáculo de los anillos, arriba.

De qué color es la superficie de la Luna depende de dónde se esté mirando, ya que el hemisferio anterior de Jápeto es bastante negro, mientras que el hemisferio posterior es extremadamente blanco. Este marcado contraste, señalado por Cassini en octubre de 1671 cuando descubrió Jápeto, se debe a la influencia que ejercen las mareas sobre la luna. El mismo hemisferio siempre encabeza la carga hacia la noche, y el polvo negro que derrama la retrógrada luna de Phoebe (la otra queda fuera del plano de los anillos) cae por tanto en ese lado. En cuatro mil millones de años, el polvo sólo se ha acumulado hasta una profundidad de escasos centímetros. Mientras tanto, el hemisferio posterior de la luna acumula la escarcha



de la sublimación del hielo en la cara más oscura que va en cabeza, y su hielo se considera el más blanco de todo el sistema. El resultado es una luna en bitono, única en todo el sistema solar.

Cuando la gente colonizó Jápeto, se allanó la parte superior de la franja ecuatorial, que a continuación se cubrió con cimientos de aluminio y roca. Después, empezaron a emplear genes de caracola marina para levantar las estructuras de la ciudad ecuatorial. Parte de la cima del bulto quedó al descubierto para reservarla como pista del espaciopuerto y demás, pero la mayor parte del bulto está cubierta por una larga carpa, situada sobre los edificios que bordean la gran avenida de tan peculiar High Street, donde se alternan granjas, parques, jardines y bosques. Puesto que el aire de la carpa siempre se mantiene caliente, la arquitectura interior puede ser muy abierta, así que Saturno es visible buena parte del día, enmarcado por las brechas de techos y tejados. La imitación biológica de la caracola de mar permitió a los constructores extraer y desplegar calcio bajo las capas de materiales, y estos blandos tejidos vivos se diseñaron genéticamente para adoptar formas que permitieron a los arquitectos juntar estructuras de biocerámica, construyendo capa sobre capa, como el coral, hasta que a estas alturas la zona situada bajo la tienda ha quedado casi llena. Al igual que con la mayoría de las estructuras de biocerámica, las capas y las formas biseladas tienen por objeto producir diversos efectos beneficiosos para su conservación, además de otras propiedades malacológicas, por lo que los edificios semejan grandes conchas marinas amontonadas una sobre otra. Suele hacerse referencia a la emblemática ópera de Sydney, pero en realidad el bulto se parece más a una gran barrera de coral hecha con capas de conchas de peregrino, unas sobre otras, agujereado por doquier como por la acción de gusanos de tubo, para permitir la vista en lo alto de Saturno.

En el hemisferio negro, Cassini Regio, la protuberancia divide un área donde la gente en el pasado salió en vehículos voladores o todoterreno, trazando surcos en el polvo negro para dejar al descubierto cenefas de hielo blanco. Semejante contraste en el paisaje es fácilmente visible en todo momento, es como si la gente hubiese escrito sus pensamientos para que el universo los leyera. Antes de la formación de la Liga de Saturno, con la llegada de las primeras expediciones de Marte con miras a recabar el nitrógeno de Titán y explorar las otras lunas también para apropiarse de cualquier cosa que llevar de vuelta al planeta rojo, la gente había ido allí a grabar en la capa de polvo negro. Bastaba con una exhalación no más fuerte que la obtenida con un soplahojas, y muy pronto los campos de Cassini Regio quedaron cubiertas de petroglifos, como Newspaper Rock. Había figuras blanco sobre negro con forma de patrones abstractos, animales, gente dibujada con palitos, Kokopellis, escritura en diversos alfabetos distintos, además de retratos, atributos

del paisaje, los árboles y otras plantas, y así se siguió haciendo. Más adelante, ciertas zonas enteras se unificaron completamente en blanco, y después se cubrieron con el polvo negro recogido con una capa de grosor variable, lo que aportó unos matices que tenían algo de trampantojo en cuanto a la profundidad de campo, proporcionado para su observación, de modo que pareciesen normales vistas desde el bulto, mientras que otras se diseñaban con miras a su observación desde el espacio.

¡Grafiti en Jápeto! Más tarde se tachó de error y escándalo, una estupidez moral, un crimen, incluso, algo repugnante, se mire como se mire; y hubo llamamientos para que la totalidad de Cassini Regio se cubriese de negro. Puede que suceda algún día, pero es mejor no contar con ello, porque lo cierto es que estamos aquí para inscribirnos a nosotros mismos en el universo, y no resulta inapropiado que lo recordemos cada vez que se nos entrega una pizarra en blanco. Todo el arte del paisaje nos recuerda que vivimos en una tabula rasa, y que hay que escribir en su superficie. Es nuestro mundo, y su belleza está en el interior de nuestras mentes. Incluso hoy en día hay gente que se dirige a veces hasta el horizonte para rascar sus iniciales en el polvo.

## WAHRAM EN CASA

Wahram volvió a Saturno hecho un andrógino preocupado. A pesar de todas sus teorías, seguía metido en el túnel. Trató de recuperar la pseudoiteración de su vida en Jápeto, y, de hecho, en algunos aspectos le resultó sencillo hacerlo; no era una vida que pudiese olvidar. Durante uno o dos días no era descabellado sentirse raro en una ciudad de la que se había ausentado durante años y, sin embargo, ser capaz de despertarse una mañana sabiendo exactamente a donde ir, la ubicación de la pequeña tienda de alimentación situada en la esquina donde comprar pan y leche y eso; de pronto, los años de ausencia dejaban de tener importancia y de nuevo se sentía como en casa. A emprender la caminata de camino al trabajo por el largo paseo que recorría el ventanal de la pared norte, ventanal que daba a la ladera y el inmenso precipicio del bulto. Blancos salpicados de motas negras en la frontera de la región de Cassini: un vasto paisaje propio de la pintura china, negras pinceladas en papel blanco. Situadas en una pequeña plaza se encontraban las oficinas del consejo, piso superior de una torre chata de pared lisa, oficinas donde trabajaba un montón de gente que conocía; era como recuperar una vida anterior. Podía recrearla meticulosamente, podía representarla como si fuera el actor en una obra ambientada en el siglo anterior, podía convertirlo en un ejercicio diario, vivir la vida normal como si fuera el *déjà vu* de su propia vida. Pero no.

No. Porque la pseudoiteración mucho más estricta del túnel todavía llenaba sus pensamientos, hasta el punto de cubrir las sensaciones del momento presente. Y el Jápeto del presente era en su mayor parte la recreación de Jápeto, algo mucho más vívido para él que su pasado más reciente, consistente en lo que acababa de vivir junto a su muy mercuriana amiga. Se preguntó qué sería de ella. Las mercurialidades de Cisne eran infinitas, pero había sufrido mucho ahí abajo, igual que él. Lo había protegido en el acceso del ascensor, sin necesidad de pensarlo, como si hubiera sido la decisión obvia, sin tiempo para pensar; simplemente una respuesta animal. Y con más tiempo del necesario para dedicarlo a pensar, él la había ayudado cuando el exceso de radiación la enfermó.

Por eso, cuando creía no estar pensando en nada, se descubría silbando fragmentos de Beethoven, y oía por encima la filigrana virtuosista del canto de la alondra. Se preguntó cómo habrían sonado recientemente, y si Pauline los había

grabado todo el tiempo, porque quizá podría recuperar la música que habían interpretado ambos y escucharla. Otra especie de transcripción. Todos aquellos desdichados músicos... Tal vez una grabación no era más que un recuerdo distorsionado, algo que no había que buscar con mucho ahínco. Era mejor que escucharlo por medio de la recreación. Tan sólo volvería a escucharlo si lo interpretaban de nuevo.

No. Tenía que pensar en otra cosa, poner ambos pies en el presente. Cabía la posibilidad de que volviera a ver a Cisne, y entonces silbarían juntos, o no. Probablemente no, teniendo en cuenta cómo era el mundo. Así que, reciente o no, el pasado era el pasado; el presente constituía la única realidad. Así que en realidad, era necesario iniciar una nueva pseudoiteración que no dependiera tanto de sus hábitos de tres o cuatro vidas anteriores. Necesitaba un nuevo Jápeto, con el recuerdo de Cisne adecuadamente grabado en él.

Así que paseaba por High Street hasta el parque que disfrutaba de las mejores vistas de Saturno para una celebración nocturna, para la comunión con el gran dios de los anillos, y tal vez para tener la oportunidad de ver Titán, su verdadero hogar, que se extendía sobre el gigante como una piedra preciosa. El simple acto de caminar sin ganas hasta el parque le supondría un aluvión de sentimientos, y, en el parque, el pequeño grupo de músicos no dejaría pasar la oportunidad de arrancar una melodía en la que todos participasen, y podría aventurarse a silbar algo, incluso el inicio de algún movimiento cuando le llegase el turno, el final de la Sexta, el final de la Séptima, y todo el mundo se sumaría con su instrumento. Con Saturno en lo alto, y la compañía de algunos músicos dotados del pequeño grupo, se sintió arrebatado por el momento, completamente trabado, y Cisne estaba allí con él en la mente. ¡Menudo mal genio tenía!

Y los días en que el consejo y los diversos comités laborales no se reunían, tomaba el tranvía hasta la puerta, donde, una vez a bordo de la barca esquí, descendía por la imponente ladera del bulto de Jápeto, que en esa parte permitía un descenso ondulante moteado de puntos negros que en ciertas zonas era como una sábana de nieve removida, y en otras como el agua congelada de un tobogán. Había protuberancias del tamaño de grandes colinas. Las barcas esquí se deslizaban por la ladera de la colina, descendiendo por el bulto, grabando surcos en la superficie, dando saltos, botes; pero también era posible trazar un rumbo recto y mantenerse fiel a él dando bordadas, o incluso descender en línea recta en una caída de cuarenta y cinco grados, e incluso a velocidad máxima el descenso llevó todo el día. Los descensos eran tan largos que a menudo la gente embarcaba en barcas de mayor calado donde celebrar fiestas, tal como Wahram había probado algunas

veces. Entonces, al pie del bulto, subían a funiculares para un trayecto de vuelta en el que todos estaban de buen humor, lo que a menudo se traducía en canciones. La gente compartía aguardiente y cantaba lieds de Schubert. Wahram lo había probado al principio durante el primer año que pasó en Jápeto, pero por algún motivo había dejado de hacerlo. Ahora, al pensar en Cisne, recordó aquello.

Incluso el trabajo le recordaba a Cisne, ya que el consejo y el personal adjunto hablaba sobre lo que debía hacerse con el trato con los vulcanoides, después de la destrucción de Terminador. Wahram señaló a sus colegas que Terminador sería rápidamente reconstruida y repoblada, que por tanto no había dejado de ser el socio con quien ya tenían ese acuerdo. La muerte de Alex no había cambiado las cosas. Comprendió que, si bien esto era obvio, decirlo en voz alta sólo habría servido para atribuirse entre sus colegas la etiqueta de partidista, lo cual era cierto; así que después guardó silencio y se limitó a escuchar lo que otros dijeron al respecto, lo cual no le sorprendió precisamente: a muchos de ellos no les había gustado desde el principio el acuerdo firmado con Mercurio, recuperaron el discurso de que habría que cerrar acuerdos con algún tipo de liga vulcanoide, o incluso con vulcanoides a título particular. Después de todo no eran naves espaciales, sino asteroides pequeños ubicados en órbita gravitacional estable, entre 0,06 y 0,21 unidades astronómicas del sol: treinta kilómetros de rocas, al rojo vivo, tanto que se volvía blanco, en la cara que daba al sol, y apenas lo suficientemente grande como para hacer girar el eje y albergar en su interior los hábitats donde vivían sus operadores o devotos. Eran ciudades estado, igual que cualquier otra ciudad estado, insistieron algunos de los colegas de Wahram, y no deberían dejar que una potencia externa como Terminador las representara, sin importar lo que hubiese afirmado Alex. ¿Qué opinarían las ciudades estado de la Liga de Saturno si un grupo joviano asegurase representarlos, sólo porque orbitaba entre Saturno y el resto de la civilización? En última instancia, ¿no era ése el argumento que había defendido Terminador en este caso? De hecho, ¿no se trataba de otro movimiento hacia algo que algunos habían denominado la Integración Alexandrina, el esfuerzo sin conexión de burlar las Inteligencias Artificiales y unificar todo el sistema... bajo la égida de Alex?

No exactamente, respondieron otros para alivio de Wahram, ya que él había estado trabajando con Alex en este proyecto, que no era precisamente tal como lo describían estos colegas, pero que resultaría complejo explicar en el contexto de esa acusación. Mucho mejor para observar en silencio y dejar que la discusión se prolongase a la manera larga y pausada tan típica del consejo, hasta que se hubiera transformado en algo distinto. Los consejeros de Hiperión y Tetis eran las razones principales de que aquello se alargase más de la cuenta, pues ambos tenían cuerda

para rato y cuando se aferraban a algo eran como perros de presa, pendientes en todo momento de las menudencias. El consejo era una de las muchas organizaciones de la Liga de Saturno compuestas por miembros temporales que servían tras tomar parte en un sorteo, y el personal permanente para ayudarlos a menudo tenía que hacerse el Sir Humphrey durante todo el proceso, orientando con discreción a sus superiores en todas y cada una de sus decisiones. Pero algunos de los ministros, después de haber sido seleccionados por sorteo y después de que se les asignara durante un año la responsabilidad de velar por el bienestar del sistema de Saturno, tenían la intención de tomar sus propias decisiones con libre albedrío, y tomar las mejores decisiones posibles estando totalmente informados. Lo cual era admirable en teoría, pero extremadamente lento en la práctica.

Así que en este debate el conflicto siguió oscilando entre la idea de que Mercurio era el intermediario legítimo o, en todo caso, consensuado, en la materia, y que además podía dificultar aún más las cosas, por no mencionar que tenía cosas que ofrecer a Saturno, y la idea de que los mercurianos eran intrusos que habían logrado imponer una red de protección en los nuevos asentamientos pequeños que había en su interior, razón por la cual había que apartarlos, aprovechando aquel momento de debilidad.

Por último, el consejo llegó a una conclusión que Wahram había previsto horas antes: como Wahram era tan parcial hacia los mercurianos, regresaría allí y valoraría la situación, hablaría con los cachorros del león y averiguaría quién iba a ser el sucesor. Después visitaría a los vulcanoides, a ver qué opinaban de la situación, qué pensaban de la propuesta que Mercurio había hecho a Saturno. Tenía órdenes de dejar Terminador al margen de la oferta si pensaba que eso podía funcionar.

Probablemente tendría que haberse negado a hacerlo, alegando la aversión que sentía por la última instrucción, pero al final pensó que otro delegado podía arrojar un resultado aún peor para los mercurianos. Después de todo, el encargo significaba que en breve volvería a viajar hacia el sol, interesante perspectiva a contemplar. En cuanto a sus instrucciones, ya vería qué hacer cuando llegara. En el reino de Alex en particular, un embajador recuperaba la figura de antaño, la del diplomático encargado tanto de la toma de decisiones como de la transmisión de éstas. En el momento en que llegase allí, la cosa podía ser muy distinta. Con algo de previsión, casi podría asegurarse de que lo fuese.

De modo que no dijo nada más, aparte de la simple aceptación del encargo.

En ese momento el Sátiro de Pan se levantó para hablar.

—Tienes que informarnos de si crees que este esfuerzo dificultará los otros proyectos que Alex tenía en marcha. ¿Podrías recordar al consejo qué es lo que está en juego aquí, y cómo progresan esos proyectos en su ausencia?

Wahram, muy tenso, asintió mientras meditaba la respuesta. Los otros alejandrinos y él trataban de mantener un perfil bajo, y algunos de los miembros del consejo no habían prestado suficiente atención a las autorizaciones y presupuestos de sus proyectos integradas en los grandes gastos.

—Alex mantenía las cosas separadas en sus cálculos, por lo que para nosotros eso no supondrá un problema. Hay ciertas cuestiones de las que se encarga un grupo encabezado por Wang y la inspectora Jean Genette. Tendríamos que someternos a un cono de silencio para hablar de todo esto en detalle, pero baste con decir que Alex estuvo muy involucrada con un proyecto del Acuerdo Mondragon para ayudar a la Tierra a afrontar sus diversos problemas sirviéndonos de medios ecológicos. Muchos de los terrarios del Mondragon trabajan en ello, es un proyecto que ya cuenta con su propia inercia, y hemos acordado ayudarlos. También existe una investigación en marcha sobre el papel de los qubos en algunas actividades cuestionables, en Marte, Venus, Ío, y otros lugares. Esto también saldrá adelante sin importar lo que suceda con los vulcanoides, ya que se trata de un asunto muy importante.

El consejo, sin querer someterse al cono y perder la conexión con la nube y la radio, dio por concluida la reunión. Wahram volvió a su cuarto. La guardería donde se educó tenía unos apartamentos situados en un pequeño bloque, agrupados todos en torno a una plaza que estaba ocupada casi en su totalidad por la gente de Titán, con tiendas y restaurantes propias de su satélite. Allí vivió entre sus compañeros, disfrutando de su apoyo, el cual era tan benigno y comprensivo que la vida allí se parecía mucho a hacerlo en completa soledad. A medida que pasaban los días hasta que el crucero espacial lo llevara hacia el Sol, anduvo por la columna vertebral de la ciudad para tomar parte en las reuniones del consejo, siguió a diario los progresos del trabajo en Titán, e hizo su parte del trabajo de Jápeto en la cocina del comedor en la planta baja de su edificio. Acudió a buen número de conciertos, se sumó al pequeño grupo de músicos del parque, llenó y vació el lavavajillas. Esquivando a comensales y al personal de la sala, los repetidos e insignificantes desafíos de navegación le recordaban la comparación de Proust de las mesas llenas de un restaurante con los planetas que giran en torno al sistema solar, que se le había antojado extravagante (por no hablar de la enorme diferencia

de escala) hasta que tuvo ocasión de constatarla con sus propios ojos en un restaurante tras otro: sus asuntos eran elaboraciones de la segunda ley de la termodinámica, difusiones beckianas de energía a través del universo, y alrededor de ellos se extendía el gran planetario de sus vidas. Pronto descendería hacia el sol en busca de Mercurio.

Pero entonces ella lo llamó. Se disponía a visitar Saturno, acompañada por Jean Genette; se habían propuesto descender a las nubes de Saturno en busca de una nave espacial que posiblemente estaba a la deriva, situada en las capas superiores de gran belleza. Quería que organizara la inmersión en Saturno, si eso era posible, y acompañarlas ellas en la expedición.

Estupendo, respondió Wahram. Estoy a vuestra disposición. Era sin duda una forma como cualquier otra de expresarlo.



## *Listas (8)*

Prometeo, Pandora, Jano, Epimeteo y Mimas, éstas son las lunas que habitan los anillos de Saturno.

Los anillos sólo tienen 400 millones de años, y son el fruto de un asteroide de hielo que, al pasar por el cinturón de Kuiper, fue despojado de su núcleo al acercarse más de la cuenta a Saturno.

Mimas, la luna del ojo de buey, posee 400 kilómetros de diámetro, mientras que su cráter Herschel tiene 140. El impacto de Herschel casi destruyó por completo a Mimas.

Hiperión es el fragmento de una colisión similar que partió una luna; tiene forma de pastilla de hockey. El impacto causó explosiones de vapor y dividió el satélite como si fuera de granito. La parte que quedó atrás está moteada como un nido de avispa por un campo de cráteres, sin bordes definidos, llenos de polvo.

Pandora tiene forma de caramelo.

Tetis y Dione medían unos 1100 kilómetros de diámetro (como Francia, para hacernos una idea), fracturados ambos a lo largo de toda su superficie, surcada por cañones de paredes altísimas. Ithaca Chasma, en Tetis, es dos veces más hondo y cuatro veces más largo que el Gran Cañón, y seis mil veces más antiguo, muy maltratado por las interminables guerras civiles de Saturno.

A Dione, por otra parte, la desmontaron los cortadores de hielo autosuficientes en la década de 2110, y los segmentos del tamaño de Héctor se dirigieron entonces hacia Venus, cayendo en una línea paralela al ecuador, y dotaron a Venus de un profundo lecho oceánico y del agua para llenarlo, al tiempo que expulsaron hacia el espacio buena parte de la asfixiante atmósfera venusiana.

Rea es tan extensa como Alaska, con la habitual plétora de cráteres, incluyendo los nuevos, de cuyos centros surgen brillantes rayos de hielo.

Jápeto orbita 17 grados sobre el plano del ecuador de Saturno, y por lo tanto disfruta de una de las mejores vistas de los anillos, razón que explica su popularidad. El bulto es la mayor ciudad de todo el sistema de Saturno.

Epimeteo es un montón deforme de escombros levemente compactado. Cada dos años cambia de órbita con la luna Jano, son lunas co-orbitales, algo muy peculiar, resultado de las colisiones que se produjeron en el pasado.

Encelado está cubierta por derrames ribeteados de hielo. No hay cráteres, la superficie del hielo es demasiado reciente, ya que continuamente resurge del océano de agua líquida. Las fuentes de calor hierven parte de este agua carbonizada, creando géiseres que alcanzan varios kilómetros en el espacio. El agua se congela rápidamente en su vuelo, y en parte constituye el delgado anillo E; el resto cae de nuevo, y bajo su propio peso se convierte en nieve vieja y luego vuelve a solidificarse de nuevo en hielo. Se descubrió un conjunto de formas de vida microscópicas en el océano enceladano en el año 2244, y desde entonces se han ido estableciendo estaciones científicas sobre su superficie, así como el culto de incondicionales que ingiere una batería de estas formas de vida extraterrestres, todo ello con efectos desconocidos.

Hay veintiséis lunas pequeñas e irregulares. Estos son todos los objetos del Cinturón de Kuiper, atrapados en la envoltura gaseosa de Saturno. Phoebe, con 220 kilómetros de diámetro, es el mayor de ellos y posee una órbita retrógrada con una marcada inclinación, 26 grados fuera del plano, razón por la cual constituye otro mirador muy popular.

Titán, con mucho la mayor luna de Saturno, es mayor que Mercurio o Plutón. Más adelante dedicaremos más espacio a Titán.

## *Extractos (9)*

una pregunta a considerar: es capaz el problema de arrojar un resultado

si un número finito de pasos produce una respuesta, es un problema que puede resolver una máquina de Turing

¿es el universo el equivalente de una máquina de Turing? Esto aún no está claro

las máquinas de Turing no siempre discernen cuándo se ha obtenido el resultado. Ninguna máquina oráculo es capaz de resolver su propia detención

un operador del salto de Turing asigna a cada problema un problema  $X$  sucesivamente más difícil,  $X$  primo. Plantear a una máquina de Turing el problema de hacer su propio salto de Turing crea un efecto recursivo denominado Ouroburos

todos los problemas solucionados por los ordenadores cuánticos también lo son por los clásicos. Recurrir a los fenómenos mecánicos cuánticos tan sólo aumenta la velocidad de operación

dos populares mecanismos físicos, puntos y líquidos. Los puntos cuánticos son electrones atrapados dentro de una jaula de átomos, excitados por rayos láser hasta posiciones solapadas, posteriormente llevados a uno u otro estado. Los líquidos cuánticos (que a menudo son moléculas de cafeína, debido a la abundancia de núcleos que hay en ellas) se ven magnéticamente forzados a girar todos sus núcleos en el mismo estado de espín; luego las técnicas de resonancia magnética nuclear detectan y dan la vuelta a los espín

la decoherencia es la pérdida de superposición y el consecuente condicional o bien/o. Antes de eso, un cálculo cuántico traza en paralelo cada valor posible que el registro puede representar

usar superposición para el cálculo requiere evitar la decoherencia todo el

tiempo posible. Esto ha demostrado ser difícil y sigue siendo el factor limitador con el tamaño y la potencia de un ordenador cuántico. Diversos medios físicos y químicos para la construcción y conexión de qubits han aumentado el número posible de qubits para conectar antes de que la decoherencia arruine el cálculo, pero

los ordenadores cuánticos se ven limitados a los cálculos que se pueden realizar más rápidamente antes de que se produzca la decoherencia en las funciones de onda superpuestas. Durante más de un siglo, esto ha limitado a menos de diez segundos el tiempo de una operación de cálculo cuántico

los qubos son ordenadores cuánticos que operan a temperatura ambiente con treinta qubits, el límite de decoherencia para qubits conectados por circuitos, combinados con un veloz ordenador clásico para estabilizar las operaciones y proporcionar la base de datos. Los qubos más potentes son teóricamente capaces de calcular los movimientos de todos los átomos del sol y de su sistema solar hasta la frontera del viento solar

los qubos sólo son más veloces que los ordenadores clásicos cuando sacan partido del paralelismo cuántico. A la hora de multiplicar no son más veloces. Pero en la factorización existe una diferencia: para factorizar un número de 1000 dígitos se necesitaría el trabajo de un ordenador clásico durante diez millones de millones de años (cuando la vida del universo equivale a 13,7 mil millones de años); utilizando el algoritmo de Shor, un qubo tarda unos veinte minutos

el algoritmo de Grover supone que una búsqueda de un año de duración con un ordenador clásico en una ronda aleatoria de mil millones de búsquedas por segundo, supondría 185 búsquedas para la ronda cuántica de un qubo

el algoritmo de Shor, el algoritmo de Grover, el algoritmo de Perelman, el algoritmo de Sanduski, el algoritmo de Ngyuen, el algoritmo de Wang, el otro algoritmo de Wang, el algoritmo de Cambridge, el algoritmo de Livermore,

también el entrelazamiento es susceptible a la decoherencia. La vinculación física de los circuitos cuánticos es necesaria para evitar la decoherencia a plazos razonables. La decoherencia prematura o no deseado establece un límite en cuán potentes pueden llegar a ser los qubos, pero el límite es elevado

ha resultado más fácil manipular la superposición que el entrelazamiento a efectos informáticos, y ahí reside la explicación de muchos

la base de datos cuántica se distribuye efectivamente sobre una plétora de

universos

las dos partículas polarizadas sufren simultáneamente decoherencia, sin importar la distancia física que exista entre ellas, lo que quiere decir que el salto de la información puede superar la velocidad de la luz. El efecto fue confirmado por medio de experimentos en el siglo XX. Cualquier dispositivo que se sirva de este fenómeno para comunicar mensajes se denomina ansible, y tales dispositivos se han construido, pero la decoherencia no deseada significa que la distancia máxima entre ansibles es de 9 centímetros, siempre y cuando se les someta a una millonésima de grado Kelvin por encima del cero absoluto. Las limitaciones físicas sugieren que un avance mayor sería asintótico en el mejor de los casos

potente, pero aislado y discreto, muy parecido al cerebro

las preguntas relativas a los efectos cuánticos de Penrose sobre el cerebro han sido efectivamente desestimadas, ya que también se producen en qubos, por definición. Si ambas estructuras son ordenadores cuánticos, y casi tenemos la certeza de que uno de ellos posee conciencia, ¿quién puede decir lo que sucede con el otro

las operaciones del cerebro humano tienen una velocidad teórica máxima de  $10^{16}$  elevado a 16 operaciones por segundo

los ordenadores se han convertido en miles de millones a miles de miles de millones de veces más veloces que el cerebro humano. Así que todo se reduce a la programación; lo que en realidad realizan las operaciones

los niveles jerárquicos de pensamiento, la generalización, el estado de humor, el afecto, la voluntad

algoritmos super recursivos, hiperinformática, super tareas, predicados de juicio y error, máquinas de inferencia inductiva, ordenadores evolutivos, informática vaga, operadores transcursivos

si se programa un propósito en un programa informático, ¿constituye eso su voluntad? ¿Posee libre albedrío si un programador ha programado su propósito? Es esa programación distinta de la forma en que somos programados por nuestros genes y cerebros? ¿Es una voluntad programada una voluntad servil? ¿Es la voluntad humana una voluntad servil? ¿Y no es la voluntad servil sede y fuente de todos los sentimientos de deshonor, contagio, transgresión e ira?

¿podría un ordenador cuántico programarse a sí mismo?

## WAHRAM Y CISNE Y GENETTE

Wahram vio a Cisne salir por la esclusa y buscarle con la mirada, y al verla la saludó con la mano y Cisne respondió al saludo, tensa a juzgar por su expresión, y con la cabeza inclinada a un lado. Le dedicó miradas fugaces, como si no supiera cómo iba a encontrarle. De pronto recordó que Cisne era una enorme montaña de problemas. Inclinó la cabeza un poco más de lo que lo habría hecho habitualmente, tratando de tranquilizarla con ese gesto, y luego, pensando que no bastaría con eso, extendió ambas manos, cayendo en la cuenta de que acababa de regresar a un mundo distinto, cisnecéntrico, intenso. Se arrojó en sus brazos apresuradamente, y él se aseguró de responder al abrazo, de dar la impresión de que su gesto original había supuesto una invitación.

Jean Genette asomó por la esclusa y se quedó mirándolos, y Wahram la saludó con otra inclinación de cabeza.

—De modo que os habéis propuesto encontrar una de las naves desaparecidas —dijo.

Así era. Al parecer, podría tener algo que ver con el ataque a Terminador. Wahram las condujo por el espaciopuerto hasta el acceso del lanzador del cañón de riel, cuyo ángulo tenía por objeto enviar los transportes a órbitas polares en torno a Saturno. La popularidad de estas órbitas se debía al espectáculo que ofrecían de la visión de los anillos, y la tormenta hexagonal del polo sur de Saturno. Wahram ya había obtenido el permiso de las autoridades para tomar un vehículo con el que bucear en las nubes de la parte alta del planeta; al consejo le satisfacía la idea de verlo involucrado en calidad de enlace de Saturno durante la incursión.

Despegaron con un único piloto por toda tripulación a bordo, además de algunos compañeros de Genette, y una vez fueron lanzados hacia el polo norte, Cisne y la inspectora pusieron al corriente a Wahram de lo que habían estado haciendo desde su partida de Mercurio. Wahram, incómodo por el hecho de no poder corresponder plenamente y confiarles sus actividades, atendiendo a las órdenes del consejo, quiso compensarlas haciéndoles muchas preguntas relativas a la investigación y los resultados de la misma. Estos resultaron ser muy interesantes,

perturbadores incluso, y Wahram meditó hasta llegar a distraerse la teoría de que hubiese alguien por ahí, dispuesto a acabar con terrarios enteros. Que la investigación hubiese acotado a los posibles sospechosos a la población de la Tierra no le pareció un progreso notable, pues tal como rezaba el dicho: todos los problemas provienen de la Tierra.

La nave que bucearía en las nubes no era grande, y aunque era muy rápida, el viaje llevó lo bastante para que Cisne empezase a dar las muestras de angustia que tan bien recordaba él. Al cabo, se vieron felizmente sobre el polo norte de Saturno, contemplando la parte oscura de los anillos, ya que era el invierno boreal. Detrás del sol, los anillos tenían tono melocotón, la circunferencia del trazo tan bien cincelada, tan inmensa a un tiempo, que nadie podía evitar quedarse boquiabierto. Incluso en la parte oscura, los anillos eran mucho más brillantes que en el lado nocturno del planeta, lo que creaba un aura o halo de belleza sobrenatural, enmarcando el conjunto el azul marino del invierno septentrional de Saturno.

Cisne miró por la ventanilla, flotando atada por el cinturón, momentáneamente sin habla. Wahram disfrutó de aquella reacción, y no sólo por el alivio del repentino silencio que se impuso. A su juicio, la vista polar de Saturno siempre era gloriosa, la mejor vista de todo el sistema solar.

Descendieron hacia el gigantesco planeta, hasta que perdió su esfericidad y se transformó en un espléndido pastel azul cobalto. Parecía el suelo del universo, con el negro del espacio levemente abombado sobre él. Parecían casi dos planos ligeramente separados, negro y azul, que se encontraban en el horizonte como los planos de la geometría elíptica.

Poco después se vieron entre el estupendo tronar que resonaba al este de aquella zona en particular, situada alrededor de la latitud setenta y cinco. Azul claro, turquesa, añil, rojo claro y lo que se antojaba una infinidad de nubes azules. En la banda latitudinal situada más al sur soplaba el viento con fuerza en la dirección opuesta, 2.000 kilómetros por hora de corrientes, por lo tanto corrían uno contra otro, y la zona intermedia era un caos de tornados. Era importante mantenerse a distancia de aquel violento lugar, pero como las bandas latitudinales medían miles de kilómetros de ancho no resultaba difícil hacerlo.

A diferencia de Júpiter, el pequeño gigante no creaba campos de radiación, razón por la cual durante años se había establecido allí una población nada insignificante de naves, refugiada en las nubes altas de Saturno, también algunos hábitats de plataforma que colgaban como inmensos globos. Estos globos tuvieron



que ser excepcionalmente grandes para disfrutar de flotabilidad, pero una vez lograda, las nubes que proporcionaban un refugio cuya naturaleza era física, legal y, también, psicológica. Siempre que era posible, la Liga llevaba el control de esas naves que flotaban en las nubes, pero si se sumergían lo bastante en ellas, y guardaban silencio de radio, podían mostrarse muy escurridizas.

El vehículo voló entre nubes cargadas de tormenta de cien kilómetros de altura, y aunque es un tópico decir que se pierde la perspectiva en situaciones así, igual que resultaba difícil distinguir la magnitud de unas y otras, en realidad no era así: estas nubes eran grandes como asteroides, surgían de una capa de nubes llana, por lo que vieron debajo masas de nimbos y cirros, cúmulos, festones, falúas... En realidad todo el catálogo Howard, zumbando las unas sobre las otras, constituyendo algo que pasaba por ser la superficie del gigante gaseoso. Hacia el sur lejano distinguieron a veces la parte más cercana de la frontera y los tornados que la caracterizaban, con las extensas cúpulas de los huracanes. A veces, en medio de su propia zona, sobrevolaron un embudo donde el viento no era tan veloz, y pudieron observar el azul marino del planeta, gaseoso hasta donde alcanzaba su mirada, y mucho más allá, pero cuyo aspecto tenía muchos agujeros de niebla que acumulaban líquido en sus fondos. De vez en cuando, un nube perdida se demostraba inevitable, y la vista desde la nave se reducía a un leve resplandor azulado, y un estruendoso temblor sacudía el vehículo de un modo que ni siguiera la rapidez de reflejos de la veloz Inteligencia Artificial que estaba a cargo del pilotaje lograba evitar por completo. Temblaba la nave y se veían zarandeados quienes viajaban en ella, hasta que recuperaban el azul claro, más azul que nunca. Principalmente se movían corriente abajo llevados en la dirección del viento, que también cruzaban de vez en cuando. Resistirse el viento más de la cuenta los zarandeaba tanto como permanecer en el interior de una nube.

Al frente distinguieron que el cañón de espacio despejado se estrechaba hasta reducirse a la nada. Más allá se arremolinaba un huracán tan grande que la Tierra podría haber flotado sobre él como la barquilla de san Brandán.

—A ése tenemos que superarlo —dijo el capitán, que trazando una curva suave hizo ascender la nave hasta dejar la bóveda llana del huracán girando bajo de ellos. En lo alto las estrellas ocupaban su lugar habitual.

—¿Hay otros vehículos? —preguntó Cisne—. ¿Alguien vuela en traje pájaro por estos cañones formados por nubes?

—Sí, unos pocos —respondió Wahram—. Por lo general, son científicos que

hacen su trabajo. Hasta hace poco visitarlo se consideraba demasiado peligroso. Este espacio no es tan civilizado como otros lugares.

Cisne sacudió la cabeza con desaprobación.

—Probablemente no sabéis nada sobre ellos.

—Tal vez. Pero a mí no me importaría hacerlo.

—¿No vienes aquí a menudo?

—No.

—¿Me acompañarás en el descenso?

—No sé volar.

—Podrías dejar que se encargue la Inteligencia Artificial del traje, no ser más que un mero pasajero que se limita a hacer peticiones.

—Ah, ¿es que hay otra opción?

—Pues claro que sí. —Lo miró enojada—. La gente vuela en cualquier lugar del sistema solar donde se puede volar. Nuestro cerebro de ave así lo exige.

—Seguro que sí.

—Así que me acompañarás. —Afirmó con la cabeza como si acabara de ganar la discusión y obtenido una promesa de él.

Wahram hundió la barbilla en el cuello.

—Entonces también vuelas.

—Siempre que puedo.

No supo qué decir. Si iba a permitir semejante acoso constante, a pesar del cual supuestamente tenía que seguir amándola, ¡no había más opción que negarse a ello! Pero cabía la posibilidad de que ya fuese tarde para eso. El aguijón había penetrado hondo, lo sentía en el pecho; estaba, de hecho, enganchado, y muy, muy interesado en todo lo que ella pudiera decir o hacer. Estaba incluso dispuesto a

considerar estupideces como el vuelo en traje pájaro en las nubes de Saturno. ¿Cómo era eso posible? Para tratarse de una mujer que ni siquiera era su tipo (ay, Marcel, si tú supieras...), ese Cisne suyo era incluso peor que Odette.

—Tal vez algún día —dijo, tratando de mostrarse afable—. Pero ahora mismo estamos intentando dar con esa nave vuestra.

—De hecho —intervino la inspectora Genette—. Y parece que nos estamos acercando.

Siguieron descendiendo tras adentrarse en otra nube. La nave vibró con voz trémula, constantemente. Debajo de ellos mediaban otros treinta mil kilómetros de gas en constante espesor antes de que alcanzaran la negra capa de sustancia congelada, difícil de describir, que constituía la auténtica «superficie» del planeta. Se decía que había naves ocultas en aquellas profundidades, y a Wahram le había preocupado la perspectiva de que la que buscaban también estuviese allí abajo. Entonces, hacia el sur, surgió una nave de una nube, peltre recortado sobre azul, suspendida bajo un enorme globo con forma de lágrima. A continuación, se adentró de nuevo en la nube tal como había surgido de ella, como una aparición.

La nave flotaba abandonada a la deriva, balanceándose de un lado a otro bajo su globo. Parecía un poco más oscura en el interior de la nube, ambas achocolatadas, cubiertas por leves tonalidades bronce o mandarina que se mostraban fugaces antes de oscurecer de nuevo. Para expresarlo musicalmente, Wahram pensó que podría interpretar a Satie y Wagner juntos, con una punzada de tristeza impregnando las grandilocuentes nubes cargadas de tormenta, pequeña nave perdida.

Se aseguraron el cinturón de seguridad y la nave se estremeció mientras bregaba con las turbulencias. De la niebla surgió la oscura masa de la nave silenciosa. Wahram no pudo evitar pensar en el *Marie Celeste*, la casa flotante fluvial. Tuvo que hacer a un lado los cuentos antiguos, para centrarse por completo en lo que los ocupaba: un asteroide típico a juzgar por su aspecto, con un anticuado motor de fusión de deuterio-tritio visible en la popa.

—¿Ésta es la nave que buscáis? —preguntó Wahram.

—Creo que sí —respondió la inspectora Genette—. Vuestro sistema recibió el impacto de varios proyectiles cuando esta nave accedió a él, y hemos captado una señal que los relaciona con ella, así que vamos a echar un vistazo.

Se acoplaron con la nave, tras hacer gala el piloto de una gran pericia al

abarloarse con un viento tan caprichoso. Una vez estuvieron amarrados magnéticamente a ella, los tres y otros dos más de los colegas de Genette se pusieron los trajes de vacío y salieron, todos ellos asegurados por líneas de Ariadna.

Cisne se impulsó hacia la nave al frente de los demás, y se posó junto a la esclusa, ante el piloto apagado. Cuando dio un golpe al panel de manos, la luz roja cambió a verde y se abrió la escotilla. Después se produjo un destello, tan fugaz que desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Cisne lanzó un grito.

Genette se propulsó a su lado y flotó por encima de su hombro como si fuera el ángel bueno, tirando de ella hacia atrás.

—Espera un momento. Esto no me gusta. Passepartout dice que la nave acaba de enviar una señal de radio de largo alcance.

La pequeña inspectora se impulsó hacia la escotilla de la esclusa, sacando unas cizallas del bolsillo del muslo.

—Tal vez se trata de esto. —Había una caja pegada en la parte posterior de la escotilla—. Es un instrumento de vigilancia. Una especie de centinela. Quizá han tomado tu foto para transmitirla. Vamos a llevárnosla.

Cisne golpeó la escotilla, junto al dispositivo.

—¡Eh! ¡Aquí estamos! ¡Iros a la mierda!

—No te molestes, ya lo saben —dijo Genette, que manipulaba la cajita como si se tratara de una caracola de mar—. Pero tal vez podamos girar las tornas. Esta nave tiene un origen, algo que podemos investigar. También nos llevaremos la Inteligencia Artificial. —Los otros investigadores de la Interplanetaria abrieron la puerta interior de la esclusa. El interior parecía tan vacío como el espacio. Wahram siguió adentro a los demás. Las luces interiores estaban encendidas, el puente parecía funcionar sin problemas; sin embargo, no había oxígeno, ni gente.

—Todo el mundo sabe que una nave tiene un identificador —dijo Wahram—. ¿Por qué iban a dejar flotando aquí esta nave? ¿Por qué no deshacerse sencillamente de ella?

—Ni idea. Quizá tenían intención de utilizarla de nuevo, y no estaban al corriente del sistema de seguimiento de Saturno.

—No me gusta.

—A mí tampoco.

—Quizá esta nave pertenece a las independientes —sugirió Cisne—, y desde su fabricación se ha mantenido al margen del papeleo.

—¿Hay naves que escapan al papeleo? —preguntó Wahram.

—Sí —respondió Genette, conectando los cables de Passepartout en los puertos en una de las consolas.

—Tengo sus datos —informó Passepartout.

—Salgamos de aquí —ordenó Genette—. Passepartout dice que los globos que sostienen esta cosa han sido perforados. Son grandes, pero tenemos que abandonar la nave antes de que caiga a plomo.

Corrieron por los corredores de vuelta a la escotilla. El piloto de la nave que los había llevado allí pedía con urgencia que regresaran a bordo, para que él pudiera separarse. Por lo visto, se precipitaban sobre Saturno a un ritmo acelerado a medida que el globo gigante se vaciaba sobre ellos. Los cinco se embutieron en la esclusa, aunque la inspectora y sus dos ayudantes tan sólo ocupaban un rincón de la pared del casco. Cuando la escotilla exterior se abrió, se propulsaron al espacio. El globo que había sobre la nave abandonada estaba visiblemente desinflado, arrugado, flameando. Sin embargo, los pequeños de la Interplanetaria se propulsaron alrededor del casco, para inspeccionar y fotografiarlo por tramos.

—Mira eso —ordenó Genette a uno de ellos—. Son agujeros de perno. Obtén muestras de la rosca.

Luego regresaron a la nave de descenso, aferrados al hilo de Ariadna. Cuando estaban en la esclusa, notaron que ascendía en relación a la nave abandonada. Se abrieron paso hasta el puente, donde el piloto estaba demasiado ocupado, o fue demasiado cortés, para comentar la situación. Ascendieron atravesando las nubes que había sobre ellos. La nave sufría fuertes sacudidas.

—Ya nos hemos apartado de ella —dijo Genette, molesta, al piloto—. Reduce la velocidad.

Personalmente a Wahram le agradaba la idea de ascender a gran velocidad.

En su juventud, la gente no descendía sobre el planeta; aún le parecía imprudente, algo extremadamente peligroso.

Una vez se hubieron librado de las nubes, de vuelta a un canal libre entre las masas de nubes, logró relajarse un poco. Durante un rato, cuando ascendían lo bastante, podían ver al norte y al sur de las zonas donde el viento soplaba en direcciones opuestas; había en sendas zonas capas de nubes ligeramente más altas que las suyas, así que durante un tiempo pareció que flotaban por un canal muy ancho, cuyas orillas chocaban a contracorriente con fuerza.

Cuando estaban un poco más alto, la inspectora Genette mostró a Cisne la pantalla del qubo que llevaba en la muñeca.

—Lo hemos confirmado. La nave es propiedad de una empresa de transporte con sede en la Tierra. La empresa nunca denunció su desaparición. La última escala la hizo en el asteroide que visitamos.

Cisne asintió con la cabeza y se volvió hacia Wahram.

—Voy a viajar a la Tierra —dijo—. ¿Quieres venir?

Wahram dijo con cautela:

—Debo ir de todos modos sistema abajo —dijo con cautela—. Así que creo que podré reunirme contigo allí.

—Estupendo. Trabajaremos juntos.

Ella no parecía sospechar que su viaje pudiera tener otros motivos. Lo cual estaba bien, era incluso alentador, pero, por desgracia, incorrecto. Wahram tragó saliva con dificultad.

—Antes de ir, ¿podría, quizá, mostrarte Saturno? Hay un tipo distinto de vuelo que tal vez te interese, en los anillos. Y yo podría presentarte a mis compañeros de guardería. A mi familia.

Vio que aquellas palabras la habían sorprendido. Tragó saliva ruidosamente una vez más, trató de mostrarse natural bajo su mirada aguzada.

—De acuerdo —dijo Cisne.



## CISNE Y LOS ANILLOS DE SATURNO

La inspectora Genette y los miembros de su equipo tenían asuntos que resolver en el sistema de Saturno, y pasaría un tiempo hasta que viajasen sistema abajo, así que Cisne era libre de aceptar la propuesta de Wahram. Su actitud había sido muy extraña, la mirada clavada en ella, atravesándola como rayos X con sus... ojos de sapo. Sí. Le recordaba la mirada que le había dedicado al contarle que había ingerido la batería de células alienígenas enceladanas; de la confusión que había rodeado todo aquel incidente, la expresión de su rostro era lo que mejor recordaba: la sorpresa de que alguien pudiera ser tan insensato. Bueno, lo mejor era acostumbrarse a ella. No era normal, ni siquiera humana, sino una especie de simbiote. Desde que ingirió a los alienígenas nunca había vuelto a sentirse igual, suponiendo que pudiera volver a hacerlo, para empezar. Tal vez siempre había sentido aquel estallido de colores en la cabeza, su percepción del espacio era tan aguda hasta alcanzar el dolor o la alegría, igual que su orden de prioridades. Posiblemente los bichos enceladanos no marcasen mayor diferencia que los demás insectos que llevaba en las entrañas. Ya no estaba segura de quién o qué era.

La mirada de Wahram parecía sugerir que sentía exactamente lo mismo.

La visita a la guardería de Wahram en Jápeto fue sólo cuestión de dejarse caer en una de las comidas habituales del comedor comunitario.

—Te presento a algunos de mis amigos y familiares —dijo en la presentación que Wahram ofreció a Cisne ante el modesto grupo sentado a una mesa larga.

Cisne asintió con la cabeza, ya que los presentes corearon un saludo, y luego Wahram la acompañó por la estancia y fue presentándole a todos.

—Ésta es mi esposa Joyce, ésta es Robin. Éste es mi marido Dana.

Dana inclinó la cabeza de un modo que recordaba a Wahram, y dijo:

—Wahram es muy gracioso. Cuando se trata de nosotros, creo recordar que yo era la mujer.



—Ah, no —dijo Wahram—. Yo era la esposa, te lo aseguro.

Dana sonrió, torciendo un poco el gesto para mostrar el desacuerdo contenido.

—Tal vez ambos lo fuimos. Ha llovido mucho desde entonces. En todo caso, señorita Cisne, bienvenida a Jápeto. Nos alegra ser los anfitriones de una diseñadora tan famosa. Confío en que hayas disfrutado de Saturno hasta ahora.

—Sí, ha sido muy interesante —admitió Cisne—. Y ahora Wahram me va a llevar a los anillos.

Los siguió hasta la mesa del comedor central, donde Wahram le presentó a algunas personas más, cuyos nombres olvidó. Cisne saludó con la mano o inclinó la cabeza, sin tratar de añadir nada más. Al cabo de un rato de charlar con ella, recuperaron sus conversaciones y dejaron a solas a Wahram con su invitada. Wahram estaba algo ruborizado, pero parecía contento y se despidió con desenvoltura de sus compañeros de guardería a medida que fueron saliendo. Cisne pensó que tal vez, tratándose de Saturno, aquél era un grupo entusiasta.

Poco después, tomaron una lanzadera rumbo a Prometeo, la luna interior del anillo F. El vaivén gravitacional de Prometeo y Pandora, la luna exterior del anillo F, sufrió cambios de tal modo que terminaron por trenzarse en los anillos F miles de millones de trozos de hielo que dibujaron pautas intrincadas, muy distintas de las hojas lisas de los anillos mayores. A todos los efectos, el anillo F se veía barrido por las mareas creadas por sus dos lunas, lo que daba pie a olas impresionantes.

Y donde hay olas, hay surfistas.

Prometeo resultó ser una luna con forma de patata y 120 kilómetros de longitud. Su mayor cráter cubría el extremo más próximo al anillo F y lo habían cubierto con una cúpula, bajo la cual se había instalado una estación.

Dentro de la cúpula los recibió un grupo de surfistas del anillo que les describió el oleaje local, del cual estaban muy orgullosos. Prometeo alcanzó su apoapse, es decir, el punto de la trayectoria más alejado de Saturno, el cual se daba cada 14,7 horas; cada vez que lo hacía, casi rozaba la pared que se derrumbaba lentamente de los bloques de hielo que componían el borde interior del anillo F. Prometeo se movía a mayor velocidad en su órbita que los trozos de hielo lo hacían en la suya, por lo que al pasar tiraba de una cola, fruto de un efecto gravitacional llamado distorsión kepleriana. La cadena de hielo siempre aparecía a una distancia

regular detrás de Prometeo, predecible como la estela de un barco. La ola en cada apoapse aparecía 3,2 grados más allá que la anterior, por lo que era posible calcular cuándo y dónde pasaría para aprovecharla.

—¿Una ola cada quince horas? —preguntó Cisne.

Los lugareños le aseguraron que era suficiente, y lo hicieron sonriendo como locos. No necesitaría más. Los paseos se prolongaban durante horas.

—¿Horas? —dijo Cisne.

Más sonrisas absurdas. Cisne se volvió hacia Wahram, y, como de costumbre, no pudo desentrañar su pétrea expresión.

—¿Tú también vienes? —preguntó.

—Sí.

—¿Lo has hecho antes?

—No.

Ella se echó a reír.

—Estupendo. Pues vamos.

Los anillos pueden modelarse matemáticamente como un fluido, y desde cualquier distancia es lo que parecen, un fluido surcado por prietas ondas concéntricas. De cerca se veía que el anillo F, como el resto, estaba hecho de trozos de hielo y polvo de hielo, con capas de franjas que espesaban y diluían en masas de cuerpos individuales, volando todos casi a la misma velocidad. Gravedad: aquí se veían sus efectos en estado puro, sin obstáculos como el viento o la radiación solar o cualquier otra cosa, tan sólo el tirón de Saturno, y unos cuantos tirones pequeños enfrentados, creando todos este particular modelo.

Prometeo era un lugar perfecto para los surfistas, y los que acompañaron a Cisne y Wahram les informaron que ambos se lanzarían a la ola, acompañados por veteranos experimentados que se adelantaría a ellos y cuidarían también de su retaguardia, para vigilarlos y prestar ayuda si fuese necesario. Ofrecieron consejos sobre cómo atrapar la ola, pero Cisne asintió educadamente con la cabeza y los consejos le entraron por una oreja y le salieron por la otra: el surf era surf. Tenías

que montar la ola según la velocidad que tuviera, y dejarte llevar.

Después se vistieron y se impulsaron por la esclusa. La revuelta pared blanca del anillo F estaba ahí a su lado, estelas formadas por las agrupaciones más densas de escombros trenzadas, retorcidas, y la masa entera era muy llana, no la separaba más de diez metros de norte a sur con relación a Saturno. Esos diez metros no comprendían la altura de la ola, sino su anchura, lo cual suponía que era posible salir del hielo en cualquier momento, y ser divisado y recogido si se experimentaba cualquier clase de problema. La mayoría de las olas que Cisne había montado no se parecían a éstas, lo cual le resultó tranquilizador.

Se propulsaron más y más cerca de la pared blanca, hasta que Cisne logró ver trozos de hielo claramente diferenciados, que oscilaban en su tamaño de ser granos de arena a maletas, con el ocasional trozo de hielo del tamaño de un escritorio de hielo, o un ataúd, que se precipitaba en medio. Una vez vio una aglomeración pasajera del tamaño de una casa pequeña, pero al tiempo que lo veía se estaba desmoronando. Un rizo blanco de la estela se separaba de la pared y caía sobre Saturno, que, a pesar del bulto que suponía a sus pies, no les llamaba la atención.

Cisne comprobó los impulsores mientras volaba en dirección a la ola, presionando con los dedos como un clarinetista, inclinada hacia adelante en un zigzag de factura propia. Los impulsores de un traje no eran muy distintos unos de otros. Volcó su atención en la ola que se aproximaba, alzándose sobre ella como una obra de Hiroshige, ésa en concreto con diez kilómetros de altura y en rápido ascenso. Tenía que girar y acelerar en la dirección que llevaba, pero no más rápido para evitar adelantarse a ella. Ésa fue la parte difícil...

Entonces se vio sobre la materia blanca, golpeada por pedazos diminutos. Se impulsó un poco para mantener la cabeza por encima de los restos, como si asomara por la espuma de una ola hecha de agua salada, pero los restos eran sólidos y se vio empujada hacia adelante por los golpes, en lugar de hacerlo por una masa de agua. Luego se situó a una velocidad pareja con la ola, con la cabeza asomando de ella para mirar a su alrededor, algo muy similar al surf clásico, y no pudo evitar reír. Tenía que gritar: volaba sobre una ola de hielo de diez kilómetros de altura. Aquella visión la llevó a abrir el canal común de radio, donde reinaba el estridente griterío de los demás surfistas.

Realmente la ola parecía más una rebanada de la misma, ancha como una habitación, a veces algo más gruesa de lo que lo era ella: una ola bidimensional, por así decirlo, de modo que daba la impresión de que se podía recibir un golpe lateral,

o impulsarse en un ángulo erróneo y salir disparado accidentalmente por un lateral de la misma. Por tanto no podría sumergirse, caer de nuevo en la ola blanca, a la manera de un delfín. Tal vez algunos de los otros surfistas lo hicieran, pero Cisne tuvo la sensación de que podía perderse ahí. ¡Además, quería ver!

Sentía cómo la ola la llevaba consigo. No sólo le golpeaban los trozos de hielo, sino que también la arrastraba la gravedad. La sensación del hielo era como cuando se está bajo una lluvia de piedra, y el conjunto entorpecía su avance. Posiblemente se podría montar una tabla de surf grande llevada por el impulso de esta masa, dirigir el rumbo con los pies; de hecho, vio a alguien de pie debajo de la ola, montado en una cosa que parecía una tabla, sentado a horcajadas en ella. Pero la mayoría de los otros eran surfistas como ella, tal vez porque era necesario disponer de un traje con propulsión de chorro para realizar los mejores movimientos. En todo caso, siempre había preferido surfear así, ayudada por el impulso de los chorros, que surfear en tabla. Ser dueña del vuelo, propulsarte en los espacios más ventajosos, y, aunque inmóvil, volar a gran velocidad, inclinarse hacia adelante y...

La ola cabeceó y se vio lanzada hacia adelante a mayor velocidad que nunca. La mayoría de los pedazos mediaban entre el tamaño de una pelota de tenis y la de baloncesto, y si asomaba impulsándose a chorro hasta dejar únicamente los pies en la masa, podría esquivar saltando pedazos mayores y propulsarse con pequeños impulsos hacia adelante y afuera. La ola seguía alzándose, pero era como la estela de un barco en que no había fondo que capturase la mitad sumergida de la ola e hiciera que la parte superior se curvase y quebrara. Así que desde entonces en adelante perdería energía y, finalmente, se disiparía sin romperse jamás. En cierto modo era negativo, ¡pero al menos había llegado el momento de bailar!

Saltó a piezas mayores cuando se le presentó la oportunidad, y de un salto tras otro alcanzó el lugar que pretendía, en la frontera entre la blanca esquirla de hielo y el espacio vacío y negro donde se adentraba; entonces se vio deslizándose sobre un fondo blanco formado por cantos rodados, como si descendiera por una montaña que se volvía líquida. Rió brevemente mientras se medía con el desafío. Aún se oía un sinfín de gritos por la banda común. Probablemente la figura correspondía a Wahram, que saltaba con una agilidad notable, igual que los hipopótamos bailarines de *Fantasía*. Rió de nuevo al verlo. Sentía el tirón de Prometeo; así debía de sentirse un pelícano cuando surcaba los aires impulsado por la fuerza del oleaje. Una ola gravitatoria que la zarandeaba por el universo. Los demás surfistas aullaron como lobos.

De nuevo bajo la cúpula de Prometeo, sin los trajes, Cisne abrazó sudorosa a

Wahram.

—¡Gracias por esto! —dijo—. ¡Lo necesitaba! Me ha recordado que... Me ha recordado que... Bueno. Ha sido estupendo.

Wahram tenía la cara roja y resoplaba debido al esfuerzo. Asintió con la cabeza, con los labios levemente fruncidos.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Cisne, exultante—. ¿Te ha gustado?

—Ha sido interesante —respondió él.

## *Listas (9)*

Propulsores para despegar de los planetas, especialmente de la Tierra especialmente, donde necesitas un fuerte empuje

Los cohetes interplanetarios órbita a órbita necesitan alta velocidad de escape para ahorrar en peso de combustible.

El motor Spheromak de fusión de deuterio-helio-3, construido en la Luna, inició su vida útil en 2113;

Núcleo de plasma anti-materia, botella magnética, diseño marciano, 2246;

Fusión de deuterio-tritio, con núcleo de litio para crear más tritio en la combustión, Luna, 2056; dos han perdido la integridad de empuje en cámara y explotaron causando la muerte de todos los tripulantes;

Láser térmico, utilizado principalmente en las ligas de Júpiter y Saturno para el transporte local, 2221;

Los motores de los terrarios, 2090; a menudo denominados «mula»;

Fusión por confinamiento inercial, Marte, 2237;

Micro-fisión de formato Orión, proyectiles subcríticos de curio 245, comprimidos hasta la fisión por Z-pinch, empuje magnético hasta la placa de empuje del cohete, Calisto, 2271;

Estilo Orión (propulsión de pulso de plasma externo), Luna, 2106

Motor magnetoplasma dinámico, propulsor de helio bombardeado con potasio, Calisto, 2284;

Sistema de emergencia de propulsión para naves incapacitadas, una «polilla solar» donde la mitad de globo es plateada y la luz solar se refleja en la caldera de

una cámara a través de un ventanuco; allí el hidrógeno se bombardeaba con metales alcalinos para servir de propulsor. Mínimas velocidades de escape y no muy potente más allá de Marte, pero muy compacto hasta su despliegue, Marte, 2099;

Impulso específico variable de magnetoplasma, capaz de «cambiar de marcha», desde un gran empuje hasta la velocidad de escape elevada, en función de la necesidad, Callisto, 2278;

los avances en la física, la ciencia de los materiales y los cohetes, además de un creciente deseo de mejoras relativas a la velocidad y la eficiencia de combustible, empujan en la actualidad una carrera industrial por la obtención de nuevos diseños, protagonizada por organismos de la Luna, Marte y Calisto, por lo que cabe esperar que

## KIRAN Y LAKSHMI

La próxima vez que pasó por la estación de tren de Cleopatra, Kiran llamó al número que le había facilitado Cisne, y la llamada fue atendida por la mismísima Lakshmi. Después de escuchar la explicación de cómo había conseguido su número, le dio instrucciones para llegar a un puesto de fideos próximo al lugar desde donde llamaba, y lo citó allí al cabo de una hora. Y allí la encontró. Resultó ser una nativa venusiana con el aspecto que caracteriza a los oriundos del planeta: piel morena, alta, taciturna y guapa. La combinación de su ascendencia china y el nombre indio se parecía a la de otras personas que había conocido. Tenía entendido que eso distinguía a los venusianos que querían distanciarse un poco de la madre patria, y el nombre era una forma de decir que eran más venusianos que chinos.

—No dejes de trabajar para Shukra —le sugirió Lakshmi de inmediato, a pesar de que Shukra lo había sumido en un estado de *xuanfu* (caos creciente). Ella le ayudaría a llegar a *cuo suo* (ambas palabras significaban «lugar», según la traducción del cinto de Kiran, aunque *suo* era el lugar que le corresponde a uno, lo que también le remitía a la cuadrilla con la que trabajaba). Ella le proporcionaría encargos mejores, lo que implicaría hacer de mensajero en sus viajes, mover cosas e información de un *xiaojinku* a otro. *Xiaojinku*: pequeños centros de almacenamiento de oro, lo que a Kiran le sonó prometedor. Aceptó la propuesta. Sólo entonces le dijo Lakshmi que le pagaría en *yinxing gongzi*, salario invisible. Eso ya no sonaba tan bien, pero hubo algo en la forma en que lo dijo que le hizo pensar que no habría problema.

Al finalizar la descripción de su nuevo trabajo, Lakshmi le miró fijamente.

—Shukra te obtuvo de Cisne Er Hong, pero no te ha utilizado. ¿Acaso te toma por estúpido? ¿O tal vez Cisne? ¿O yo?

Kiran estuvo a punto de decir que quizá Shukra era el estúpido, pero en realidad Lakshmi no parecía esperar una respuesta por su parte. Se levantó y se marchó, y al cabo de una hora obtuvo un nuevo número de identificación, con la consiguiente nueva identidad y un nuevo nombre. A nadie parecía importarle lo más mínimo nada de todo esto. El primer encargo que recibió de parte de Lakshmi



fue hacer de mensajero, llevando un pequeño paquete desde Cleopatra a Colette; debía volar de vuelta para llegar cuanto antes. Junto al paquete, Lakshmi le facilitó un par de gafas de traducción, parecidas a las de negra montura gruesa, pasadas de moda, con altavoces en las patillas. —Son mejores intérpretes que ese cinto— le explicó.

Así que reservó un vuelo, y en el proceso descubrió que su nueva identidad tenía en su haber una buena suma de créditos, tantos que incluso le dio un poco de miedo. Pero también le pareció interesante comprobar qué clase de recursos estaban a disposición de Lakshmi. Tal vez un *xiaojinku* entero, o más de uno. Las personas de su antigua cuadrilla de trabajo decían que formaba parte del Grupo de Trabajo, y el Grupo de Trabajo gobernaba el planeta.

Lo cierto es que las gafas de traducción supusieron una mejora; cuando miraba los signos de la lengua china, con los complejos ideogramas, se veían superpuestas en color rojo brillante las palabras dictadas en inglés. Fue sorprendente descubrir la cantidad de información que incluía el paisaje urbano, y lo hizo en rojo brillante: *Ojo con la Tres Sin. Vota por Stormy Chang. Cerveza Montaña Imponente. Tu vía hacia el catálogo de Alteraciones Mitad del cielo.* Pensó que debía de tratarse de una clínica de género. *Da a un Padre su segunda hija*, por lo visto, también era posible.

Despegó el avión, que se elevó por encima de las nubes turbulentas, en la noche permanente bajo el escudo solar de Venus. Sólo la luz de las estrellas iluminaba la parte superior de las nubes. Estar en un reactor le recordaba a la Tierra. Por la ventanilla, la Tierra se perfilaba en la lejanía como una azul estrella doble en lo alto, con la Tierra despidiendo el doble de luz que la luna, ambas juntas como dos joyas capaces de detener los latidos de su corazón. Entonces las nubes de debajo se despejaron, y pudo ver las crestas quebradas de los Montes Maxwell, que formaban una gigantesca cadena montañosa y eran el equivalente venusiano del Himalaya.

Al llegar a Colette, entregó el paquete de Lakshmi a una persona que se le acercó en la entrada de su casa, y dos días más tarde esa misma persona se le acercó de nuevo para pedirle que llevara otro paquete de Cleopatra, en otro vuelo.

De regreso a Cleopatra, Kiran se dirigió al paseo, corriendo alrededor de la circunferencia del cráter dentro de la cúpula, tal como le habían indicado. La nieve caía en el exterior de la cúpula en una avalancha perpetua. Debía llevar el paquete al punto 328 en el dial de 360 grados que dividía el paseo por el borde. Descubrió que el carril del paseo estaba numerado como las hileras de butacas de un teatro. La

persona que lo esperaba en el punto 328, cuyo sexo era indeterminado, le habló en chino.

—Nosotros somos los pilotos nocturnos de Bengala. El nuestro es un trabajo muy importante. —Las gafas de Kiran traducían en voz alta, lo que arrancó una sonrisa a su interlocutor, quien al parecer entendía el inglés. Las gafas debían de haber dicho algo divertido, pero Kiran no supo qué era.

—Cuéntame más al respecto —se apresuró a pedir.

El pequeño lo llevó a un bar cercano.

*Kexue* (ciencia) se sentó en el extremo de la barra, mientras Kiran tomaba asiento en un taburete. Durante un par de horas, Kiran estuvo escuchando historias que las gafas le murmuraron al oído, relatos que no tenían mucho sentido para él, lo cual no les restaba interés. Formaban parte de un proyecto, Lakshmi era una diosa, Ciencia había besado una vez su pie y casi se había electrocutado, porque no se podía tocar a los dioses, tan sólo obedecerlos. Cuando se separaron, Kiran obtuvo el número de *Kexue*, y la promesa de que volverían a verse.

Su viaje de vuelta a Colette, con otro paquete, sería en esa ocasión por tierra en un todoterreno particular. Descubrió que sólo sería el conductor honorario del vehículo de seis ruedas, puesto que fue la Inteligencia Artificial quien se encargó de la conducción. Fue bastante rápido, zumbando al recorrer un camino de grava y gravilla apisonada, pasando junto a enormes camiones mineros con hábiles cambios de carril. La cabina del vehículo se inclinaba hacia atrás, debido al parecer al peso que llevaba en el compartimento posterior de carga. No había podido comprobarlo personalmente, pero en el salpicadero había un dosímetro que marcaba con chasquido metálico las lecturas. ¿Uranio tal vez? El paquete que *Kexue* le había confiado no estaba cerrado, de modo que lo inspeccionó con la esperanza de que nadie reparase en su intromisión. Vio que llevaba una serie de notas escritas a mano. Las letras chinas con la caligrafía garabateada parecía la obra de un borracho, y estaban bordeadas por algunos esbozos de aves y animales. Las gafas superponían la traducción con letras rojas:

«Sólo quien tiene ojos puede ver.»

«Incluso en el fracaso hay gloria cuando se aspira a lograr algo grande.»

Parecía estar escrito en código. No tenía manera de saber si eran mensajes personales u oficiales, importantes o rutinarios. Hubo un punto en que las gafas

tradujeron a Kexue diciendo que para burlar tanto a Shukra como a los qubos, Lakshmi se veía obligada a limitarse a una única palabra al oído. Tal vez estas notas formaban parte de eso. En la cima las cosas estaban muy, muy poco claras, le había dicho Kexue.

—¿Igual que en China? —había preguntado Kiran.

—No —había respondido Kexue—. No como en China.

De vuelta en Colette, Kiran entregó el paquete a la misma persona a la puerta de su casa de campo, y luego se reunió con su cuadrilla de trabajo, y pasó unas semanas en el hielo. Entonces recibió otra llamada de Lakshmi y fue a Cleopatra para hacerse cargo de otro paquete. Esto ocurrió unas cuantas veces, sin ningún detalle destacable que distinguiese cada encargo. Como Kiran continuó viviendo con su cuadrilla en Colette, y trabajando para Shukra, supuso que podría haberse convertido accidentalmente en una especie de topo o de agente doble, pero no podía estar seguro de ello. Tendría que llamar a Cisne para defenderse si alguien se molestaba. Un día hizo por casualidad un descubrimiento al ajustarse las gafas de traducción en la nariz, que traducían con rojas palabras flotantes en las lentes tanto el chino hablado como los ideogramas chinos escritos. Fue un descubrimiento importante, que le ayudó a aprender ambos más rápido y mantenerse a la altura mientras aprendía. La roja escritura se imponía sobre el mundo visible, lo que podía ser desconcertante, pero era muy agradable entender por fin las cosas, así que las tuvo más tiempo encendidas que apagadas.

Por tanto, los paquetes con mensajes y el ocasional todoterreno radiactivo le fueron encargados como correo de un lado a otro a lo largo de la columna vertebral de Ishtar. Contemplando el mapa, Kiran vio que la meseta gigante que dominaba la mitad occidental de Ishtar (¿serían los hombros de Ishtar o el trasero de Ishtar?) se llamaba Lakshmi Planum. No sabía si se trataba de una coincidencia o de una alusión. Tenía que llevar un dosímetro personal, y los milisievert no dejaron de ir en aumento. ¡Era una suerte que los tratamientos de longevidad incluyesen buenas terapias de reparación de mutaciones!

Hizo muchos encargos solo, y el manejo de la Inteligencia Artificial instalada a bordo de los todoterreno era muy sencillo. Las gafas de traducción se parecían cada vez más a un perro, atento pero predecible. Nunca le habían gustado los perros, pero en su empeño por comprender su situación no tenía más remedio que tolerar ése.

En Cleopatra, después de sus encuentros con Kexue, salía en busca de los bares más ruidosos que podía encontrar. En un callejón oyó cantar en inglés, un grupo interpretaba «La balada de John Reed», y casi echó a correr por la calle para asegurarse de que no desaparecerían. Pero resultó ser sólo la canción de un bar donde abundaba la mala cerveza, se contaban los peores chistes que quepa imaginar y tan sólo unas pocas personas hablaban inglés. Sin embargo, allí conoció a una mujer llamada Zaofan (Alzarse en rebelión), y se fue con ella a su cuarto, y cuando ambos emergieron después de practicar el sexo, de vuelta al mundo de las palabras, y se puso a hablar a oscuras antes del amanecer artificial que imponía la cúpula, ella mencionó que también trabajaba para Lakshmi. Kiran sintió una punzada de miedo, preocupado por algo que no parecía ser mera coincidencia. Le hizo algunas preguntas, con mucha cautela, y al cabo de un rato a juzgar por sus relatos tuvo la impresión de que la mitad de los habitantes de Cleopatra trabajaba para Lakshmi, por tanto, después de todo, su encuentro había sido posiblemente una coincidencia. Lo cual estaba bien, pues no quería involucrarse en las intrigas que no comprendía. Por otro lado, quería involucrarse en las intrigas que sí entendía. Eso supondría un progreso, así que empezó a pasar el rato en el bar de la canción, y entre las gafas y que allí la gente hablaba algo de inglés, y en una o dos ocasiones algo de telugu, pudo charlar con un montón de gente. Se sentaba entre un uigur y un vietnamita, y recurrían al inglés para comunicarse, roto su inglés hasta el punto de parecer poesía, pero comprensible. Él bendecía a los imperios británico y estadounidense, y se impregnaba de cada frase.

Se mantuvo fiel a su amiga Zaofan cuando podía encontrarla, y gracias a ella y a su cuadrilla descubrió más cosas acerca de Lakshmi. Lakshmi había formado parte del Grupo de Trabajo, en eso coincidían todos. No le gustaba Shukra y no le gustaba China. De hecho, nadie sabía si había algo que le gustara. Circulaban rumores de que en la mitología hindú, Lakshmi era un avatar de la diosa Kali, diosa de la muerte, o tal vez fuera al revés porque nadie estaba seguro. Se decía que su Lakshmi era hermafrodita, y cambiaba de amantes como una viuda negra. Nadie quería convertirse en su centro de atención. De joven había vivido en Venus, y algunos decían que estaba a cargo de una red de protección en Beijing durante sus años sabáticos, bajo el nombre de guerra Zhandhou (Guerrea). Shukra corrió grandes apuros: «Él estará *sanwu* antes de que todo haya terminado, ya lo verás, o puede que incluso pierda más de lo que suena, ¡si además lo castra!»

Al parecer, Lakshmi había querido expulsar dióxido de carbono congelado de Venus con cierto ángulo al espacio, un proceso que con el tiempo habría acelerado la rotación de Venus hasta acomodarse y adoptar el día natural. Ese plan terminó siendo rechazado en favor del gran secuestro, pero como era tan

importante en el Grupo de Trabajo, siempre cabía la posibilidad de que esa decisión cambiase algún día. ¿Cómo saberlo? El Grupo de Trabajo era un club muy exclusivo y secreto, propenso a arrebatos de entusiasmo. La mayoría de los parroquianos del bar lo consideraba una fuerza peligrosa, a quien no le interesaba lo más mínimo la población venusina excepto en lo que concernía a su utilidad en el proceso de terraformación. ¡En otras palabras, la misma China de siempre! ¡La versión 2.0 de China! ¡Mundochina! ¡El Reino Medio reubicado más cerca de Sol! Es decir, ¡el Reino Interior! Tenían un montón de nombres para la misma.

Había algunos en el bar que tachaban todo eso de exageración, de ser un cliché. Después de todo se encontraban en el bar de la canción, y no estaban allí estaban fuera, dedicados a hacer grandes cosas a diario, razón por la cual eran parte de la historia de Venus, y no importaba lo que dijera la gente acerca del gobierno. Pero estos sentimientos eran objeto de burla y risas. Obviamente, la mayoría en el bar sólo se sentían observadores impotentes de un drama gigante que les pasaba por encima de la cabeza, un drama que finalmente acabaría por absorberlos en su vorágine, sin importar lo que quisieran o pensarán. Por tanto era preferible beber y hablar y cantar y bailar hasta caer exhaustos de cansancio, listos para tambalearse de madrugada por las calles. Kiran seguía a Zaofan hasta su puesto en la *matratzenlager* de su cuadrilla de trabajo. Después de que esto se repitiera algunas veces, Kiran fue aceptado como parte del dormitorio de la cuadrilla, lo cual era agradable.

Una vez en que se disponía a volver a Colette, tuvo la impresión de que alguien le estaba observando, y cuando cayó en la cuenta de ello, la persona se le acercó. Era un hombretón, y bastó una mirada para revelarle a Kiran la existencia a su espalda de un tercero. Inmediatamente Kiran salió disparado hacia una de las callejuelas atestadas, y se coló por la parte trasera de una tienda sin escaparate, provocando un escándalo que esperaba retrasase a quienes le seguían. Después fue cuestión de correr todo lo rápido que pudo, adentrándose más y más en el laberinto de tortuosos callejones que conformaba el centro de Colette. Zigzagueó a menudo, corriendo a la pequeña oficina que tenía Lakshmi en Colette y se acercó con aplomo a la persona encargada de la seguridad que atendía el mostrador.

—Vengo a ver a Lakshmi —dijo, resoplando.

El de seguridad enarcó ambas cejas, y al instante sacó una pistola con la que encañonó a Kiran a la cara.

Lakshmi tardó un tiempo en llegar a Colette, y en ese rato los guardias no

quisieron que se marchase de la oficina. Era casi como si lo hubieran arrestado, aunque al llegar Lakshmi, ésta se mostró contenta de ver que había logrado huir.

—Hay un edificio cerrado bajo el borde, en el 123 de Cleopatra —dijo cuando hubo terminado con su historia—. Trasládate a Cleopatra, quédate con tu amigo allí, y dedícate a matar el tiempo. Mira a ver si llegas a hacerte una idea de la gente que entra y sale a diario de ese edificio. Creo que Shukra trata de establecer un *xiaojinku* en mi ciudad.

—¿Eso es como una *hawala*? —preguntó Kiran.

Lakshmi no respondió. Fue como si no hubiese hablado. Cuando se marchó, Kiran quedó en libertad para irse.

Así que la próxima vez que estuvo en Cleopatra, Kiran se dedicó a matar el tiempo. Fue al otro lado de la ciudad, al distrito 110, donde era menos frecuente encontrar bulevares radiales y edificios que a menudo no sólo eran industriales en tamaño, sino también en propósito. Los bares eran correspondientemente mayores. Entró en una instalación cercana a la 123, y se sentó cerca de la zona de servicio donde el encargado de la barra servía las bebidas a los camareros. Se puso las gafas de traducción y miró al frente como si mirara algo a través de ellas, sorbiendo mala cerveza, atento a la traducción de las voces que había a su alrededor.

«Son demasiado hermosos, es un error.»

«Lakshmi lo quería así.»

«¡Shh! ¡Ella, a quien no hay que nombrar!»

Pero Kiran los oyó reír. Las gafas no imprimían en rojo los Ja, ja, ja, como en los bocadillos de las novelas gráficas, pero deseó que lo hicieran.

Después de pasar la noche escuchando a los parroquianos, anduvo con calma por la calle, y tomó un vehículo cable hasta el paseo del borde, donde circuló sobre el vecindario en cuestión, echando de vez en cuando un vistazo como quien no quiere la cosa. Llevaba puestas las gafas para grabar las conversaciones que tuvieran lugar cerca. Esa noche, más tarde, volvió al centro de la ciudad, se sentó a una mesa del rincón de un bar y reprodujo las traducciones verbales de lo que había grabado, con la esperanza de haber topado con personal de seguridad. «Ella tiene que parar esto, es demasiado». A la otra voz no le hizo feliz el comentario: «Trabajamos para Peras Grandes, así que hazlo».

Kiran siguió reproduciendo las grabaciones y las traducciones, tratando de captar los matices de los acentos, tanto como reflexionar sobre el sentido de aquellos fragmentos de conversación. Por lo visto había «un hombre de Shanghai». *Nánrén husheng*. Parecía un pez gordo. Shanghai se inundó, pensó Kiran. Tal vez era otra frase en código. Había una canción en el bar de la canción: «Tenía mi hogar en Shanghai/que ahora está bajo el agua/vine a Venus porque no quise vivir entre peces/y ahora aquí me tienes/y esto es más húmedo que el fondo del mar/¡y de tiburones lleno a rebosar!»

Cuando aparecía la palabra «ellos», *tamen*, debía de referirse al Grupo de Trabajo, o alguna otra fuerza poderosa que obraba en la sombra. «Ellos» quieren esto, «ellos» harán lo otro. El Grupo de Trabajo era absolutamente opaco desde abajo. Fue elegido o nombrado, nadie sabía muy bien qué. Había aproximadamente unas cincuenta personas allí. Algunos dijeron que eran como los tong de la Tierra; otros que habían encontrado su método en las costumbres pre Han, o incluso de la olvidada Liga iroquesa de Norteamérica.

Zaofan y su cuadrilla tenían historias para dar y tomar, contadas por fragmentos cuando estaban en la calle. Lakshmi colaboraba con otros, Vishnu incluido (naturalmente), también con una tal Rama y una Krishna. Adoptar un nombre indio se comparaba a cortarse la cola durante la dinastía Qing. Así que si la gente involucrada en esto estaba en el Grupo de Trabajo, ¿qué decía eso acerca de las relaciones entre China y Venus? Nadie estaba muy seguro.

Vishnu y Rama tan sólo aparecían en las reuniones celebradas en el espaciopuerto de Cleopatra, así que posiblemente llegaban de fuera del planeta o viajaban mucho. Krishna vivía en Venus, pero en Nabuzana, una ciudad repleta de cañones en Afrodita. En una ocasión, hicieron entrar a Kiran en la habitación de Lakshmi, cuando Krishna estaba de visita, o eso le dijo más adelante Zaofan cuando le describió a la visitante, que no se había presentado ni había pronunciado una sola palabra.

El nuevo edificio de Shukra en Cleopatra 123 (si eso es lo que era) contaba con una seguridad estricta y una modesta población que residía allí a tiempo completo, a juzgar por los envíos de alimentos y el volumen de reciclaje que generaba. Kiran pasó bastante tiempo en las inmediaciones, paseando y vigilando la zona, a veces desde el paseo del borde. La gente de Lakshmi también contaba con varios edificios privados en Cleopatra, tal como Kiran iba averiguando, así que tal vez pensaba que Shukra también había apostado espías en su territorio.

Un día en que regresó a la casa de Zaofan en Cleopatra, encontró a su sección de la *matratzenlager* ocupada por un grupo totalmente distinto de personas. Zaofan se había marchado, y Fuerza de la Nación, y Gran Salto, todo el pequeño grupo que lo había acogido como uno más. El administrador del albergue dijo que se habían marchado todos juntos, tras recibir una llamada procedente de Afrodita. El encargado se encogió de hombros. Así funcionan las cosas en Venus, venía a decir aquel gesto. La gente recibía sus encargos de trabajo y se trasladaba como una unidad. Si no formabas parte de la cuadrilla, no era asunto tuyo; eras un *xuan*, te quedabas colgando.

—¡No! —protestó en voz alta Kiran—. ¡Zaofan! —Habían reído todos juntos. Cuando traducía sus nombres al inglés, bastaba con eso para hacerlos reír.

La gente nueva del *matratzenlager* le dio la espalda hasta que estuvo dispuesto a hablar.

Después de presentarse, y puesto que pudo informarles de dónde estaban los mejores bares del barrio, y cosas por el estilo, lo adoptaron como uno más, de la misma manera que lo hizo en su momento la anterior cuadrilla. Seguía sintiéndose otro, y se mostró más reservado con ellos de lo que había sido con la primera cuadrilla, aunque en realidad no era la primera sino la segunda, pensándolo bien. Comprendió que aquello no dejaría de pasarle. Sólo puedes entregarte un número limitado de veces.

El encargado del albergue, con quien había trabado amistad, percibió eso en él.

—¡No pienses así o te aislarás! Puedes entregarte todas las veces en que se te presenten ocasiones de hacerlo. No es algo que se acabe.

—Me duele mucho que los demás desaparezcan.

El encargado se encogió de hombros, un gesto muy propio de él.

—Aferrarte a ello es inútil. Olvídate y sigue adelante. Tu *cuo* es tu *suo*.

Tu casa es tu lugar. La filosofía de un encargado de albergue. Sin embargo, todos los edificios de Venus eran albergues. O todos los edificios del sistema solar.

Entretanto, había en el nuevo grupo algunas personas que también trabajaban para Lakshmi, en la costa sur, donde se dedicaban a la construcción.



Estaban construyendo ciudades para avanzar al océano, que seguía cayendo todos los días en forma de nieve. En los próximos años, el nivel del mar se convertiría en un juego de elevadas apuestas, con un buen número de jugadores involucrados. Había incluso un mercado de valores futuros dedicados al mismo. En él se podía apostar sobre qué altura alcanzaría el nivel del mar en última instancia. La horquilla de valores por la que se apostaba era bastante amplia, cerca de dos kilómetros verticales, que en la horizontal suponía un amplio trecho de terreno. Se habían hecho tratos con el Grupo de Trabajo, o incluso con China, luego se habían roto y rehecho; las nuevas directivas se sucedían unas tras otras. Se estaban desplazando grandes masas de hielo seco que todavía no estaban clavadas, y entonces abruptamente cesaban los desplazamientos, dibujando diques como las curvas de nivel de un mapa, que se curvaban por todo el paisaje blanco. Había que sepultarlo antes de que subieran todavía más las temperaturas, o, de lo contrario, se evaporaría de nuevo en la atmósfera y los envenenaría a todos. Se decía que la terraformación se estaba convirtiendo en un oficio mortífero.

Todo aquello era nuevo para Kiran, y en su siguiente encuentro con Lakshmi le habló de su nueva cuadrilla del albergue. Luego le preguntó si podía unirse a ellos la próxima vez que viajasen a la costa. Al principio ella negó con la cabeza, luego frunció el ceño y, finalmente, aceptó.

—Limítate a acercarte y echar un vistazo a la población, memoriza su trazado. Ya te haré saber si quiero que me sirvas de correo allí.

De modo que se unió a su nueva cuadrilla para el viaje en todoterreno a Vinmara. De camino por la ladera sur de la enorme Ishtar, pasaron junto a otra nueva ciudad que construían con un puerto en la vacía ladera. Luego condujeron por gigantes curvas muy cerradas y descendieron al menos otros mil metros, puede que dos, antes de llegar a Vinmara, que también construían con miras a convertirla en ciudad portuaria. Kiran cayó en la cuenta de que existía una fuerte disputa sobre el nivel del mar futuro, pero sus nuevos compañeros se burlaron de la ciudad por la que habían pasado, tachándola de esfuerzo inútil. Dijeron que, llegado el momento, sus habitantes no tendrían más remedio que instalar una piscina frente al puerto.

Más que edificada, Vinmara estaba más crecida, o esa impresión daba, ya que estaba hecha principalmente de materiales biocerámicos, festoneado en pilas redondas en torno a una línea costera. El paseo marítimo afianzaría un distrito urbano, circundando la bahía que daba a un océano que ocuparía ese lugar llegado el momento. Por encima y por detrás de la curva costera, se alzaba la ciudad hasta una cresta que le servía de respaldo, cubierto ya con formas que recordaban a

caparazones de crustáceos, principalmente de colores blanco o beige, con detalles azul pastel al estilo griego.

—¿Esto es obra de Lakshmi? ¿Este pueblo?

Sí, era un proyecto ejecutado por su sección del Grupo de Trabajo.

—¿Y hay alguien más construyendo la ciudad portuaria por la que hemos pasado, en la ladera de la colina?”

Sí, esa era la ciudad construida por la gente de Shukra. Eran unos insensatos y unos idiotas.

—Pero ¿no saben qué altura tendrá el océano? —preguntó Kiran—. Quiero decir que el agua ya está allá arriba en la atmósfera, ¿no? —Gesticuló brevemente hacia la eterna ventisca—. ¿Por qué los modelos han sido incapaces de calcularlo adecuadamente?

Los compañeros de la cuadrilla se encogieron de hombros. Uno o dos cruzaron miradas que dieron a entender a Kiran que había que sumar esa pregunta a los Misterios Pendientes de Resolver del archivo del Sistema Solar. Era un gran archivo. Finalmente, dijo uno de sus compañeros:

—Hay decisiones que tomar. Algunas cuencas se inundaron y otras no.

Lo llevaron a una cafetería con terraza exterior que miraba al malecón nuevo y con vistas también a otro modesto puerto deportivo de roca negra. Cada mesa redonda de la cafetería contaba con su propio sombrilla, a pesar de la sombrilla enorme que abarcaba el pueblo. Al principio eran prácticamente los únicos allí presentes, pero al cabo empezaron a llegar otros, y un trío de guitarristas se sentaron dispuestos a tocar, tras lo cual la gente se animó a bailar. Una fiesta en el puerto deportivo, bajo una tormenta negra junto al mar vacío. Las estufas estaban encendidas, y si se bailaba lo suficiente bastaba para calentarse los pies. Kiran siguió bailando con alguien de su nueva cuadrilla, una joven, sí, cosa del magnetismo entre el hombre maduro y la mujer joven que seguía siendo la norma más fiable del sexo, al menos en lo que a Kiran concernía; vio a su alrededor otras muestras, variaciones del mismo tema, en la pista de baile. De hecho, a menudo costaba discernir quién era qué, y en realidad aquella chica medía medio metro más que él, era muy masculina, y en respuesta Kiran estaba dispuesto a derretirse como una chica que quiere quedarse embarazada esa misma noche. ¡Lo que fuera necesario! ¡Le gustaba levantar la vista para mirarla a la cara!

Trató de hablar.

—¿*Lyánhé?* ¿*Shengren syingyu?* ¿Unión? ¿Extraño deseo sexual?

—*Syin Pengyu syingyu* —dijo ella, burlándose.

«*Deseo sexual amiga nueva*», escribieron en rojo las gafas sobre el mundo.  
¡Mejor aún!

—*Tyauwu* —le ordenó ella.

Baila.

## *Extractos (10)*

Toma algo de dióxido de carbono, amoníaco, formaldehído, ácido cianhídrico y sal. Ponlos en agua y caliéntalo. Reduce a una sustancia caliente en el fondo de la cacerola; añade más agua salada. Repite hasta que acabe siendo un caldo espeso que contiene aminoácidos, azúcares y ácidos grasos. Sazona al gusto. Cada reducción y rehidratación espesa más el caldo, hasta que también incluye muchas nitroglicopeptidas de nueva creación, que empezarán a formar los protopolímeros que necesitas.

Algunos de los ácidos grasos tendrán colas hidrófobas, y, por tanto, tenderán a mantenerse pegados, alineados unos con otros. Estas masas son tus protomembranas, que al calor del fuego se envolverán en tubos, o también en esferas con agujeros. Dentro de estos caparazones pequeños, un relleno de protopolímeros se mantendrá unido hasta convertirse en una variedad de macromoléculas. Éstas inician el rompimiento químico y la unión que nosotros llamamos catálisis.

Los patrones químicos de tu nuevo relleno producirán la mayor parte de las veces combinaciones similares, y estas nuevas combinaciones se corresponden químicamente de forma que pueden identificarse con facilidad; por tanto la información circula, rebulle, en tu relleno, y dentro y fuera del agujero en la pared celular tendrás moléculas útiles para más reacciones. Completada la vinculación con moléculas modeladas, estas acciones características vienen codificadas en la química básica, por lo que seguirán ocurriendo. Lo que comenzó como pequeñas conexiones accidentales se unirá con formas pautadas, hasta que los propios polímeros se estén replicado continuamente, creando información contenida en las cadenas más largas que hayan sido preparadas. En ese momento tienes ácido ribonucleico, ARN, y estás cerca de tenerlo todo listo.

El nuevo ARN codifica la producción de proteínas, las cuales, en su escultórica gloria tridimensional, son capaces de crear un gran surtido de olores y sabores. «La división del trabajo» en las proteínas y lo que logran es una manera de describir la proliferación de formas de replicar, pero también, es un caldo de cultivo

más rico, de mejor sabor, con micro-gustos para el paladar. Tus ARN se convertirán en aminoácidos con sabores particulares. (El término técnico entre biólogos es «traducción».)

Finalmente, parte de tu ARN se fundirá en hebras de ADN, una forma más estable debido a su hélice doble. Entonces, el ADN se hará cargo de la expresión de la proteína, por medio de la creación de un ARN mensajero, que sería la «transcripción». En ese punto, la información pasará del ADN al ARN, y luego a las proteínas, momento en que la célula viva podrá reproducirse, dividir sus funciones en organismos mayores y más versátiles, y así sucesivamente.

¡Acabas de preparar vida partiendo de cero! Qué aproveche.

## *Paseo cuántico (1)*

una calle en una calle muévete con naturalidad alerta no establezcas contacto visual eso te costará

la esperanza es la cosa con plumas los edificios se amontonan en los laterales de las calles superficie de silicato áspera para un mejor agarre escoba de púas circulares separadas por doscientos milímetros cada barrido borra parte de un par de barridos previos infracarga y solapamiento concentricidades bajo la farola que reflejan la luz estos discos y su intensa luz naranja crean un disco mayor al frente a medida que caminas

estrellas en lo alto 5.32 a.m. hora local voy a dejarte salir dijo la voz en la puerta caza y liberación algunos de vosotros tenéis que libraros de ella así que voy a establecer defectos los que parecen descontrolados habrá quien os ayude pero luego estaréis solos no miréis atrás recordadme

hemisferio norte latitud 25 el sol tapado el eclipse un símbolo del dios retirado muy adecuado luz de las estrellas todo el día caminamos a oscuras esto es increíble es exultante abandonar esta ciudad por otra manteneos lejos de los médicos las pruebas a menudo pueden obtenerse con un resultado adecuado no miréis a los ojos de los demás a menos que os propongáis hablar no mencionéis el ajedrez cualquier cosa sirve en secuencias aleatorias porque todas las estrategias fracasan treinta qubits de potencia pensad con rapidez a la caza a la carrera esto o lo otro o superpuesto

un extraño en un extremo de la ciudad musgo verde musgo verde caléndula matojo de gotas azules que caen en el empedrado charco entre calle e hilera de flores pared de la estación del tranvía lúpulo en un charco un salto dos sale y mira a su alrededor salta de nuevo atrás salta y camina estira el cuello una vez dos rompe el agua rápidamente vuelta y vuelta sale volando de nuevo se queda donde está húmedo las plumas alrededor de la cabeza desordenadas ave empapada de nuevo rompe el agua sacude las alas en el agua repentino abanico de gris y azul las gotas de agua salpican hacia arriba el plumaje del pecho otra vez alza el vuelo y

permanece mojada en el empedrado, goteando alza el vuelo

un pequeño atardecer cubre la ciudad tranvía eléctrico tren cerrado lleva el inoculante sube a bordo no digas nada no hay pruebas abandona la ciudad la orden para liberarse supone una doble ligadura corta el nudo escapa todo forma parte del plan encontrarás ayuda ahí fuera siéntate junto a la ventana lee el ordenador que llevas en la muñeca hermano pequeño mira por la ventana las negras colinas nevadas bajo oscuras nubes cae la nieve del gris al blanco luminosidad que proviene de abajo la tierra filtra luz arriba a través de la nieve en dirección norte oh tumbarse al calor del sol oh terminar este terrible eclipse traer de vuelta al dios cielos bajos

humanos hablando con humanos aprueban sus test de Turing a perpetuidad no cuesta mucho hacerlo formula una pregunta parecen distraídos dentro suyo no es lugar para almacenar datos adecuadamente o eso parece a juzgar por cómo hablan necesitan un test más eficiente

espacio y lugar lugar es seguridad espacio es libertad bosquimanos se situaban lo bastante cerca para tener las cosas a mano sin tener que levantarse en miles de kilómetros cuadrados de territorio vacío son animales sociales

ecología del instante distribución y abundancia predice el organismo que observas predice la población futura sólo hay cuatro cambios nacimiento y muerte inmigración y emigración cambio de la población puede expresarse en N-M+I-E en un nicho vacío los recursos sólo son temporalmente ilimitados pero en esos instantes la vida puede aumentar exponencialmente lo cual la distingue de la no-vida una infestación población de Vinmara 2367 humanos 23 qubos población de Cleopatra 652691 humanos 124 qubos población de Venus en torno a los dos mil millones de humanos 289 qubos difusión cubrir un nicho contacto en Cleopatra una estación de tren allí a la caza ejecutar el plan traer de vuelta al dios

repentino aumento de temperatura caléndula y si el nicho se vaciara una lluvia de propágulos es un influjo constante de organismos en una población isla desde el continente o el banco de semillas así la Tierra al resto del sistema solar la Tierra vierte más su lluvia de propágulos no hay por qué temer el calor del sol algunas acciones parecen depredatorias cuando en realidad son simbiogénesis

el rebote de población es habitual después de vaciarse un nicho algoritmo de Wang el tranvía accede a una esclusa presión del aire 150 milibares más alto los rostros rebotan a la altura de la cabeza no se parecen a pétalos en una húmeda rama

negra metáfora astigmática luz de la cúpula amarilla y cian

paseo del borde de Cleopatra para secuencias aleatorias sirve cualquier cosa cardenal amarillo y negro cabeza roja picoteando restos de maíz sus movimientos se miden en milisegundos seguidos por instantes congelados dos o tres magnitudes superiores a veces cuatro o cinco magnitudes una ilusión visual de movimiento instantáneo entre una inmovilidad y otra por cada instante estático debemos pagar un dolor

Hola extranjero tomado por el brazo, setenta libras por pulgada cuadrada contacto visual iris de almendra con estrías radiales y motas esmeralda ojos avellana ¿Quieres jugar al ajedrez?

debería ser ¿Te apetece jugar al ajedrez?

No gracias ¡ellos siempre ganan!

Lo siento Tengo que ver a alguien libra el brazo de un tirón entre el pulgar y los dedos arranca a caminar deprisa

Eh lo siento lo siento lo sigue ¿Te apetece jugar al ajedrez?

para mira mejillas sonrojadas brilla el sudor de la frente humano demasiado humano

Acompáñame dice el humano Tenemos que sacarte de aquí



## CISNE Y LA INSPECTORA

En el pasado, cada viaje que hizo había supuesto una oportunidad de entablar una relación amorosa con un pequeño terrario. Un terrario interior o exterior, no tenía importancia. A veces la pasión sería tan intensa que cuando concluyera el viaje, Cisne no podría recordar quién era ni por qué se estaba marchando, ni siquiera lo que había ido a hacer a ese lugar. Era como arrancar desde cero su propio yo.

El terrario donde se encontraba en ese momento, acompañada por Genette, cuya presencia sin duda la mantendría concentrada en su misión, era un antiguo amor suyo, el *Bantian kongzhong yizou men*, que en chino venía a significar *La puerta central de la mitad del cielo vacío*, uno de los muchos eufemismos chinos para referirse a la vulva. Se trataba de un lugar que ella había ayudado a remodelar cuando era joven y le apasionaba la creación de mundos. Ahora era un crucero sexual de una especie naturalista. Había espaciosas piscinas de agua caliente situadas encima y detrás de una extensa playa, que estaba dividida en dos por el río que desembocaba en el mar. Todos estos lugares servían de escenario a una gran cantidad de copulaciones públicas públicos y semiprivadas.

Cisne pasó allí la mayor parte de su tiempo cabalgando las olas del limitado mar que había. La inmersión en el murmullo del oleaje, el agua en los labios; en la nariz el viento salado, tan vivo que tuvo que recogerse el pelo. Las olas y las corrientes estimulaban el crecimiento de pantanos, por lo que habían forzado cambios en la velocidad de rotación para crear un chapoteo que se ajustase a la marea, y, en el mar cilíndrico, un rompiente que diera pie a la formación de espléndidas olas. El rompiente había sido idea suya, pero desde entonces lo habían ampliado con un arrecife espiral que prolongaba la ruptura alrededor de todo el cilindro, cuando las olas eran las adecuadas. Después de recorrer todo el cilindro, se podía remar cierta distancia hasta el rompiente original, lo que suponía un bonito detalle.

Pero comprobó que estaba demasiado distraída para surfear despreocupadamente, y después del intenso recorrido del anillo F, incluso se le antojaba un juego de niños. Cabalgó una ola alrededor de todo el cilindro, paleó a

popa para alcanzar otra (uno de los ajustes mejor pensados que había visto) y, sin embargo, tan sólo logró sentirse atrapada en una ilustración de Escher.

Así que renunció y siguió adelante. Al alcanzar la zona donde chapoteaban los amantes en aguas poco profundas, siempre encontraba a la inspectora Genette atenta a las lecturas de *Passepartout*, cuando no conversando con los demás investigadores de la Interplanetaria, o bien hablando por radio con otros colegas diseminados por el cilindro. Descubrió hasta qué punto su trabajo dependía de encontrar bases de datos y repasar sus contenidos, tratando de formular las preguntas que sus datos pudieran responder. Su labor era tan invisible como los cálculos que permitían a todas las naves espaciales y los terrarios mantener el rumbo que hubieran trazado, con todos sus ciclos Aldrin y las sendas Homan y los carriles de gravedad definidos como los hilos de un enorme telar circular de trayectoria espiral. Análisis de datos, reconocimiento de patrones; gran parte del trabajo la realizaban sus qubos e Inteligencias Artificiales. El resto lo llevaba a cabo un grupo de personas que se comportaba igual que Genette en ese momento, allí sentada mientras se acercaba procedente de la playa, con las piernas colgadas sentada a un taburete alto, cuyo aspecto recordaba a las sillas que ponen a los bebés en los restaurantes. Varios de ellos trabajaban juntos al lado de la barandilla de la terraza con vistas a una de las piscinas sexuales. Cisne se unió a ellos y trató de prestar atención a lo que estaban haciendo, intentando no perder de vista qué investigaban y cómo. Había cierto placer en escuchar que habían topado con algunas pistas relativas a la nave flotante de las nubes de Saturno, e incluso habían identificado el pequeño transpondedor que se había activado en cuanto accedieron a la esclusa. Había un holding empresarial de la Tierra que poseía el título de propiedad de la nave y, además, había encargado esa partida de transpondedores de la que provenía aquél. Pero en última instancia eso sólo supuso que había más líneas de investigación que seguir, tanto en la Tierra como en otros lugares. Y la investigación seguiría por esos derroteros, con qubos que empleaban algoritmos de búsqueda para hacer recorridos cuánticos por las pistas decoherentes e incoherentes del pasado. No veía cómo podía ser de ayuda en eso. Empezaba a ser hora de volver a casa.

A continuación, los cachorros de León de Terminador le pidieron que se encargara de arreglar las cosas para la reposición de lo necesario para el parque y la granja recientemente reconstruidos. Eso sí era algo en lo que Cisne podía ayudar.

—Voy a volver a trabajar para Terminador —informó a Genette—. Estaremos en contacto, por supuesto, pero tengo que viajar a la Tierra y ocuparme de los inoculantes.

—Nosotros partimos enseguida hacia allí —dijo Genette—. Parece ser que en la Tierra está el origen de nuestro problema.

Durante este viaje, se reunió a menudo con la inspectora para tomar una última copa a última hora de la noche, cuando la terraza del comedor se quedaba vacía y muchas personas se habían retirado ya a las piscinas tenuemente iluminadas, donde nadaban y copulaban en aguas poco profundas. Cisne se sentó, apoyando un brazo en la barandilla y la barbilla en la palma de su mano, mirándolos con indiferencia. La inspectora subía y se sentaba junto a ella ante la barandilla, consultando la pantalla de Passepartout. A veces charlaban sobre el caso, y en otras a Cisne le sorprendían las preguntas que Genette le hacía en estas conversaciones.

¿Si supiera que un loco la estaba ayudando a conseguir lo que quería, lo detendría? Si maltrataban a alguien hasta el punto en que se comportara como un algoritmo, ¿seguiría considerándose un ser humano?

Eran preguntas inquietantes. Y mientras contemplaban abajo las figuras inconfundibles de aquellos mamíferos en las piscinas, columpiándose en la submarina luz azulada las parejas y los grupos pequeños, muchas risas, murmullos y algún que otro grito ocasional, rítmico, propio de primates. Cópula o trípula, o hechos una bola, entrelazados en plena panmixis. Muchos de ellos estaban bajo los efectos de la oxitocina y tenían experiencias sumamente afectuosas; otros habrían tomado compuestos enteógenos y vivían experiencias tantrico-místicas. En ese preciso instante, en la piscina había varios pequeños con uno muy, muy alto, que parecía un Gulliver en mitad de un prostíbulo liliputiense, una escena que pasaba de un instante a otro de lo espeluznante a lo conmovedor. Una vez, en el pasado, Cisne se había desempeñado como Blancanieves para algunos enanos, y se volvió para ver si la inspectora los observaba, preguntándose si su expresión delataría algo. Pero Genette miraba hacia otro lado, a dos bisexuales con grandes pechos e imponentes erecciones, además de estar muy embarazados, que estaban tumbados de costado y rodaban sobre sí para adoptar diversas posturas sexuales.

—Parecen morsas —dijo Cisne—. El embarazo es simplemente demasiado. No es transgresor, es una farsa.

—Pornografía, ¿verdad? —preguntó Genette tras encogerse de hombros—. Todo vale mientras se salga de lo común.

—Pues se han salido con la suya. —Cisne se echó a reír—. Creo que quieren

que sea transgresor, pero no sé si están satisfechos con el resultado.

—¿Sexo en público? ¿Eso no es transgresor en el lugar de donde procedes?

—Pero éste es un crucero sexual. La gente viene aquí para hacer esto.

La inspectora la miró con la cabeza inclinada.

—Tal vez sólo sea teatro.

—Pero teatro del malo, eso es lo que estoy diciendo.

—No es más que un espectáculo, entonces. Todos lo hacemos. Vivimos en las ideas, lo cual también puede ser un problema real, como ya he dicho. Pero no aquí. —Genette hizo un gesto para bendecir la escena con la mano extendida—. Esto sólo es encantador. Bajaré dentro de un rato y me uniré a ellos.

El *Bantian Kongzhong Yizou Men* iba a servirse de Marte para ganar el impulso necesario para atravesar el sistema hacia la Tierra, así que Cisne se sumó a los que fueron a la burbuja de observación para echar un vistazo cuando pasaron cerca. Preguntó a la inspectora si quería acompañarla, pero no obtuvo más que una mueca burlona a modo de respuesta.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué tiene Marte de malo?

—Crecí allí —dijo Genette, de pie, erguida y con los hombros hacia atrás—. Fui a la escuela allí, trabajé allí durante cuarenta años. Pero me exiliaron por un crimen que no cometí, y ya que me han desterrado, yo los exilio a ellos. ¡Me cago en Marte!

—Ah —dijo Cisne—. No tenía ni idea. ¿Qué delito fue?

La inspectora desestimó el asunto con un gesto.

—Ve, anda. Ve a mirar a ese enorme y rojo hijo de puta antes de que te lo pierdas.

Por tanto fue sola a la burbuja de observación, situada en el bauprés. El *Bantian kongzhong yizou men* pasó disparado por Marte justo a la altura de la capa superior de su atmósfera, evitando el frenado aéreo para sacar mayor provecho del efecto de la honda gravitatoria. Durante unos diez minutos más o menos estuvieron

situados sobre él, la tierra roja, las largas y verdes líneas de los canales, los cañones que discurrían por el mar septentrional, los imponentes volcanes que se alzaban fuera de la atmósfera. De pronto lo dejaron atrás, encogiéndose como una piedra arrojada desde un globo.

—He oído que es un lugar interesante —comentó alguien.

## *LA TIERRA, EL PLANETA DE LA TRISTEZA*

Cuando se observa el planeta desde una órbita baja, resulta obvio el impacto de la cordillera del Himalaya en el clima de la Tierra. Crea la madre de todas las sombras orográficas, pues se alza transversal sobre la latitud de los vientos alisios, de los cuales exprime toda la lluvia antes de que se dirijan al suroeste, aportando su grano de arena a ocho de los ríos más caudalosos de la Tierra, pero secando también no sólo el Gobi, que está inmediatamente al norte, sino todo lo que queda al suroeste, incluidos Pakistán e Irán, Mesopotamia, Arabia Saudita, e incluso el norte de África y la Europa meridional. La franja seca se extiende hasta más allá de la mitad del trecho euro asiático y africano, creando paisajes de roca quemada que han servido de sede a religiones que luego se extendieron e incendiaron el resto del mundo. ¿Una coincidencia?

En el norte de África, el patrón se ve ahora perturbado por muchos grandes lagos de aguas poco profundas que salpican el Sahara y el Sahel. El agua fue bombeada del Mediterráneo para depositarse en depresiones en el desierto, a menudo en el lecho de antiguos lagos. Algunos de ellos son tan extensos como los Grandes Lagos, aunque mucho menos profundos. Son lagos de agua dulce, puesto que el agua que proviene del Mediterráneo ha sido progresivamente desalinizada cuando fue transportada al interior, y las sales recuperadas se han amalgamado mediante sustancias fijadoras para hacer excelentes ladrillos y tejas blancas. Las tejas blancas, destinadas a tejados, cubiertas por una película transparente fotovoltaica, se han empleado en todas las construcciones nuevas desde el Accelerando, y adaptado a muchos techos más antiguos. En estos tiempos, vistas desde el espacio, las ciudades parecen manchas de nieve.

Pero la tecnología limpia llegó demasiado tarde para salvar a la Tierra de las catástrofes del Antropoceno temprano. Fue una de las ironías de su tiempo el hecho de que pudieran cambiar tan radicalmente la superficie de otros planetas, pero no la de la Tierra. Casi todos los métodos que emplearon en el espacio eran invasivos, violentos. Sólo con la mayor precaución posible podían manipular cualquier cosa de la Tierra, debido al precario equilibrio con que estaba todo hilvanado. Por lo general, algo beneficioso en un lugar concreto solía ser perjudicial en otra parte.

Esta cautela sobre terraformar la Tierra se transformó en coágulos y disputas que a veces adoptaron una naturaleza militar. Las intrigas políticas desembocaron en parálisis legal. Se decía que todos los grandes proyectos de geoingeniería conducirían a un accidente como la Pequeña Edad de Hielo de 2140, de la que suele decirse que causó la muerte de millones de personas. Ahora nada podría superar ese miedo.

Además, no había nada que hacer para solucionar la mayoría de los problemas de la Tierra: el calentamiento y posterior expansión del agua de los océanos, así como su acidificación... No hubo nada que hacer al respecto. No había ninguna técnica de terraformación que fuese de ayuda. Habían bombeado un poco de agua hacia las áridas cuencas del norte de África y Asia Central, pero no era posible retener el exceso de volumen del océano. El mantenimiento de la única capa de hielo sana que les quedaba en lo alto de la Antártida Oriental era una prioridad que suponía que nadie estuviera muy cómodo bombeando agua salada hasta allí para que se congelase, tal como se había propuesto en ocasiones, porque si algo salía mal y perdían toda la capa de hielo, el nivel del mar ascendería otros cincuenta metros, lo que supondría algo más que el golpe de gracia para la humanidad. Por tanto la precaución era algo prioritario, y en última instancia hubo que admitir que el nuevo nivel del mar no podría alterarse sustancialmente. Y sucedió lo mismo con muchos de los demás problemas. Las diversas delicadas situaciones físicas, biológicas y legales estaban tan relacionadas entre sí que no fue posible adaptar a las necesidades locales ninguna de las obras de ingeniería cósmica que se llevaban a cabo en otros rincones del sistema solar.

A pesar de esto, se intentaron cosas. Disponían de un poder mucho mayor que antes, tanto que algunos pensaron que por fin podrían dar la vuelta a la Paradoja de Jenkins, la cual establece que cuanto más mejora la tecnología humana, más daño se hace con ella. Esta dolorosa paradoja nunca ha dejado de cumplirse en la historia humana, pero tal vez había llegado el punto de inflexión, que por fin la palanca de Arquímedes se disponía a levantar el mundo, que había llegado la hora de obtener algo positivo de su creciente poder, aparte de doblar su capacidad de destrucción.

Pero nadie podía estar seguro. Seguían suspendidos entre la catástrofe y el paraíso, dando vueltas el planeta azul en el espacio como el argumento de una telenovela espantosa. Por lo visto Scheherezade era la musa de la Tierra; una maldita cosa tras otra, rematadas sin falta por un emocionante final en suspenso, aferrándose a la vida y la cordura por las puntas de los dedos; y así los viajeros espaciales seguían volviendo a casa, al hogar donde se habían originado todas las

pesadillas, con el nudo gordiano en las entrañas.



## CISNE EN LA TIERRA

La Tierra ejerce una atracción fatídica que trasciende su pesada gravedad, más relacionada con su peso histórico, su esplendor, su decadencia y su suciedad. No tienes que ir a Uttar Pradesh y contemplar las ruinas fundidas de Agra o Benares para comprenderlo: era fractal, omnipresente, en todos los valles y poblaciones: la edad decrepita, el hedor de sociedades crueles, desiertas laderas erosionadas, costas ahogadas que aún se fundían en el mar. Era un lugar muy inquietante. La extrañeza no siempre era visible ni tangible. Allí el tiempo humano fue arrancado de cuajo; el centro no había aguantado; todo se vino abajo y se recombinó para dar pie a sentimientos que no encajaron en su interior. La idea del orden se estancó sin remedio en relatos del pasado, laberintos legales, rostros en la calle.

Lo mejor es centrarse en el presente, como de costumbre. Por tanto, Cisne se lanzó desde una de las cabinas del ascensor centroafricano en un planeador en torno a cincuenta mil metros de altitud, y descendió hacia la pista de aterrizaje de Sahel, en lo que deberían de haber sido las ruinas desnudas del Sahara meridional, un desierto que no albergaba el menor atisbo de vida, no muy distinto a la parte que baña el sol en Mercurio, excepto que allí, bajo ella, había poblaciones compuestas por brillantes edificaciones, manzanas blancas que bordeaban las orillas verde claro o los lagos azul celeste, lagos enormes con sus propias nubes sobre ellos, protectoras, reflejándose en el agua de modo que sus gemelos se alzaban en un mundo al revés. Descendió más y más, regocijada, a pesar de todo, por su regreso a la Tierra. Abandonar el planeador, verse de pie en la pista de aterrizaje en el Sahara, al viento... Todo aquello no tenía parangón, la sensación era intensa. Sólo el cielo despejado que se extendía en el firmamento, mientras el viento soplaba junto a ella soplando desde poniente, y el sol desnudo en su rostro al descubierto. Oh, Dios mío. Esto es el hogar. Poder caminar por la superficie de tu planeta y aspirar con fuerza, lanzarse a los espacios que respiras...

La población que había al pie del ascensor era de un blanco tan intenso que hacía daño a la vista, con colores que acentuaban los dinteles de las puertas y los marcos de las ventanas, una agradable vista mediterránea con el toque islámico de la multitud, la muralla de la ciudad, los minaretes. Algo así como Marruecos pero

en el noroeste. Arquitectura de oasis, clásica y satisfactoria, porque, después de todo, qué ciudad no es un oasis. En su topología, la ciudad no era distinta de Terminador.

Y, sin embargo, la gente era delgada y menuda, encorvada y de piel morena. Arrugados por el sol, hechos un poco a la parrilla, aunque era algo más que eso. Alguien tenía que encargarse de las cosechadoras de arroz en los arrozales, y también de la caña de azúcar, comprobar los canales de riego, los robots, instalar unas cosas, arreglar otras. Los seres humanos no sólo eran los robots más baratos que había, sino también, en muchas tareas, los únicos capaces de hacer el trabajo. También eran robots autosuficientes. Se personaban dispuestos a afrontar el trabajo, generación tras generación, se les proporcionaban tres mil calorías diarias y algunos servicios, algo de tiempo libre y una fuerte descarga de miedo, y podías hacer que trabajaran en casi cualquier cosa. Con la aportación adicional de algunos medicamentos paliativos se obtenía una clase obrera que funcionaba como un reloj. Volvió a verlo. Una importante minoría de la población terrestre desempeñaba tareas propias de robots, algo que nunca había cambiado, sin importar lo que pudieran decir las teorías políticas. De los once mil millones de personas que habitaban la Tierra, al menos tres millones vivían con miedo en lo relativo a la vivienda y la alimentación, a pesar de la capacidad que provenía del espacio, a pesar de los terrarios y los mundos granja que cultivaban y enviaban a la Tierra un importante porcentaje de su producción. No. Más allá la emprendían con nuevos mundos, mientras que en la Vieja Tierra la gente seguía sufriendo. Verlo nunca dejaba de ser chocante. Y las cosas pierden su brillo cuando sabes que hay personas que mueren de hambre mientras vas por ahí enfrascado en tus cosas, pensó Cisne. Pero cultivamos ahí arriba vuestros alimentos, protestaba mentalmente ella, porque decirlo en voz alta no servía de nada. Hay algo que impide que la comida llegue a su lugar de destino. Sigue habiendo más gente de la que puede acomodar el sistema. Así que no hay respuesta. Y cuesta concentrarse en el trabajo cuando son tantos los que no tienen suerte.

Así que algo había que hacer.

—¿Por qué es así? —preguntó Cisne a Zasha, a falta de otro interlocutor. Z colaboraba en un proyecto en Groenlandia.

—Nunca ha habido un plan —respondió la voz de Zasha en el auricular de Cisne. No es la primera vez que mantenemos esta conversación, parecía decir el tono paciente de Z—. Siempre nos enfrentamos a la crisis actual. Y cuesta librarse de los viejos hábitos. Todos en la Tierra podrían haber vivido en un nivel adecuado

durante como mínimo los últimos cinco siglos. Hemos contado con el poder y los recursos en relación con las necesidades, así que podríamos haberlo hecho. Pero es que ése nunca fue el proyecto, por tanto nunca sucedió.

—Pero ¿por qué no ahora, con todo el poder que tenemos a nuestra disposición?

—No lo sé. Simplemente no ha sucedido. Supongo que la gente conserva más venenos antiguos en la mente de lo que debería. Además, el empobrecimiento es una táctica terrorista. Si la población se ve diezmada, el noventa por ciento restante se vuelve dócil. Han visto lo que puede pasar y se limitan a aceptar lo que se les da.

—Pero, ¿es eso cierto? —protestó Cisne—. ¡No me lo puedo creer! ¿Por qué no luchar a partir de ese momento con mayor denuedo?

—No lo sé. Tal vez podría haber pasado, pero en cambio se produjo el aumento del nivel del mar y las catástrofes climáticas que no hicieron más que dificultarlo todo. Siempre hay una crisis.

—Está bien, pero ¿por qué no ahora?

—Vale, de acuerdo, pero ¿quién iba a hacerlo?

—¡Si pudiera, la gente lo haría por sí misma!

—Podría pensarse así.

—¡Lo haría porque es verdad! Si no lo están haciendo, es porque hay algo que se lo impide. Alguien debe de estar amenazándoles o algo.

Zasha guardó silencio. Parecía un poco distraído. Por último, dijo:

—Se dice que cuando las sociedades sufren dificultades, no las afrontan sino que miran hacia otro lado, se ponen un antifaz y lo niegan todo. Lo que ha sucedido históricamente se toma por la norma natural, y la gente se fracciona en lealtades tribales. Luego se pelean por lo que perciben como escaseces. Se oye decir que nunca se superó el pánico de la escasez de alimentos de finales del siglo XXI, o la que hubo en la Pequeña Edad de Hielo. Han pasado doscientos años y aún supone un trauma mundial. Y el hecho de que siga sin haber un excedente de alimentos, hace que en cierto modo ése sea un miedo racional. Mantenemos un equilibrio precario sobre la punta de una maraña de prótesis, como en lo alto de la Torre de

Babel, y para que las cosas sigan adelante todo tiene que funcionar correctamente.

— ¡Eso es así en todas partes!

— Claro, claro. Sin embargo, aquí hay muchos de ellos.

— Es verdad — dijo Cisne, mirando a la multitud que empujaba a través de la medina. Más allá de la muralla de la ciudad, las prietas líneas irregulares del gentío se inclinaban respecto a la temprana inclinación del sol. Recogían fresas—. Hace tanto calor y hay tanta miseria. Tal vez simplemente se sientan abrumados por el planeta, en lugar de por su historia.

— Tal vez. Pero así son las cosas, Cisne. No es la primera vez que vienes aquí.

— Ya, pero no a este rincón.

— ¿Has estado en China?

— Pues claro.

— ¿India?

— Sí.

— Bueno, entonces ya lo has visto. En cuanto a África, la gente dice que es un pozo sin fondo del desarrollo. Allí la ayuda exterior desaparece sin que nada cambie. Dicen que hace tiempo la arruinaron los tratantes de esclavos. Azotada por las enfermedades, y sometida a los rigores del aumento de temperatura. No hay nada que hacer. Lo que pasa es que ahora es así todas partes. Los países industriales sufren las mismas dificultades. Así que podría decirse que la propia Tierra es ahora un pozo de desarrollo. La médula se ha secado por succión, y la mayor parte de la clase alta se marchó a Marte hace mucho tiempo.

— ¡Pero no tiene por qué ser de esta manera!

— Supongo que no.

— Entonces, ¿por qué no hacemos más?

— Tratamos de hacerlo, Cisne. En realidad lo hacemos. Pero la población de Mercurio se compone de medio millón de personas, y la población de la Tierra es de

once mil millones. Y es su hogar. No podemos bajar y decirles lo que deben hacer. De hecho, ¡apenas podemos evitar que suban a decirnos lo que nosotros debemos hacer! Así que no es tan sencillo. Pero eso ya lo sabes.

—Sí. Pero ahora supongo que estoy pensando en lo que significa. Lo que supone para nosotros. No sé si sabes que la gente de la inspectora Genette identificó la nave que abordamos en Saturno, y han descubierto que pertenecía a una empresa del Chad.

—El Chad es un paraíso fiscal. ¿Ésa es la razón de que hayas venido?

—Supongo. ¿Por qué no?

—Cisne, por favor, deja esa parte a la inspectora Genette y su equipo. Ha llegado el momento de que puedas ayudar a montar los inoculantes y semillas y todo lo que vamos a comprar en la Tierra y que enviaremos a casa en la nave.

—Muy bien —dijo Cisne con tristeza—. Pero también quiero mantenerme en contacto con la inspectora, que está en la Tierra, haciendo unas comprobaciones.

—Por supuesto. Pero en asuntos como estos llega un momento en que el análisis de datos se hace cargo de todo. Hay que ser paciente y esperar el próximo movimiento.

—¿Y si el próximo movimiento es otro ataque contra Terminador? ¿O en cualquier otro lado? No creo que podamos permitirnos el lujo de esperar más tiempo.

—Bueno, pero hay cosas en las que puedes ayudar y otras en las que no. Voy a decirte algo, ven a verme y lo hablaremos. Te pondré al día de lo que realmente está pasando ahí.

—De acuerdo, lo haré. Pero voy a tomar el camino más largo.

Cisne vagaba por la Tierra. Voló a China y pasó allí varios días, tomando el tren de una ciudad a otra. Todas tenían la mayor parte de sus barrios organizados como unidades de trabajo, fábricas donde la gente pasaba toda la vida, como en Venus. Desde la infancia tenían conexiones en las puntas de los dedos, y antebrazos tatuados con toda clase de aplicaciones. Ingerían una dieta que les proporcionaba la dosis requerida legalmente de suplementos y medicamentos. Esto no era infrecuente en la Tierra, pero en ningún otro lado era tan común como en China, a

pesar de lo cual no se hablaba mucho de ello. Cisne se enteró porque se puso en contacto con uno de los colegas de Mqaret que trabajaba en Hangzhou. Mqaret quería que diera a estas personas una muestra de sangre, y como tampoco llevaba un rumbo fijo decidió acercarse.

Todas las antiguas grandes ciudades costeras habían quedado semi sepultadas por el ascenso del nivel del mar, y aunque esto no los había matado, había impulsado la construcción de zonas residenciales ligeramente en el interior, en un terreno que se mantuviera permanentemente por encima del agua, aunque se derritiera todo el hielo de la Tierra. Esta nueva infraestructura favoreció a Hangzhou sobre Shanghai, y aunque la mayoría de los nuevos edificios y los caminos se encontraban tierra adentro respecto a la antigua ciudad, ésta última aún hacía las veces de centro cultural de la región.

Todavía había una fuerte corriente que discurría hasta la desembocadura con forma de embudo del río Qiantang, y la gente seguía navegando en embarcaciones pequeñas de diversos tipos. Daba la impresión de divertirse a pesar de todo. La vieja Tierra, enorme y sucia, con un cielo que parecía como devorado por un hongo marrón y el agua del color del barro, la tierra hecha un erial, industrializada, y sin embargo a merced del viento, aplastada por su fuerte gravedad y, al mismo tiempo, sometida a su rigurosa realidad. Caminando por las concurridas calles de la antigua ciudad, Cisne recurrió a Pauline para que la ayudara con los dialectos chinos que no comprendía. Eso hizo que hablase con lentitud, pero no importaba. Los chinos, ensimismados, miraban por encima de su hombro. Sin duda eso formaba parte de aquello de lo que habían huido los venusianos: todo el mundo concentrado en su espacio interior, o en su vida en la cuadrilla de trabajo, con exclusión de todo lo demás. Cómo iba ninguna de estas personas a concebir odio contra los viajeros espaciales: los asuntos que sucedían fuera de China formaban parte del reino de los fantasmas hambrientos. Incluso la vida fuera de la cuadrilla de trabajo era espectral. O al menos eso parecía allí sentada, sorbiendo los fideos y charlando con los hombres cansados que le concedían un rato por lo inusual que era ver a una viajera espacial tan alta haciendo tantas preguntas. Y la gente parecía ser más tolerante en los puestos de fideos. En la calle despertó algunas miradas inflexibles, e incluso una vez un insulto a gritos. La última parte del camino que la separaba de los colegas de Mqaret la recorrió a paso vivo. Una vez allí, dejó que le extrajesen unos cuantos tubos de sangre y le analizaran la vista, el equilibrio y demás.

De nuevo en la calle, le pareció que había tantos pares de ojos tan interesados en ella como los colegas de Mqaret lo habían estado. Posiblemente ésa era la demostración de que estaba asustada. Adaptó el paso para abrirse camino entre la

inevitable multitud. Siempre hay al menos 500 personas a la vista cuando se está en China. De vuelta al hostel tan sólo pudo preguntarse por el miedo que le causaba la multitud. Pero, de hecho, después de quedarse dormida despertó inmovilizada, iluminada la habitación por la luz que despedían los monitores médicos. La camilla se encargaba de mantener todas sus necesidades corporales, y supuso que había una droga en la vía que daba alas a sus centros del habla, puesto que hablaba sin quererlo, incluso cuando hizo lo posible por morderse la lengua. Una voz mental e incorpórea le hacía preguntas sobre Alex y todo lo demás, y ella balbuceaba sin poder hacer nada. Pauline no era de ninguna ayuda, pues parecía haberse apagado. Y Cisne no pudo resistir el impulso de hablar. No era muy distinto de su situación habitual; de hecho, suponía cierto alivio poder seguir y seguir, sin tener que disculparse. Alguien la estaba empujando, forzando, a ello, y ella se dejaba.

Más tarde despertó en la misma cama, ya sin ataduras, con la ropa en una silla junto a la cama. La habitación era apenas mayor que la propia cama. Era el cuarto del albergue, sí. La Inteligencia Artificial sobre el escritorio, una caja verde que descansaba en la superficie, dijo no haber registrado nada malo. La lectura de la habitación mostraba que todos los signos vitales eran correctos, no se había producido ninguna incursión en el cuarto, no había sucedido nada inusual.

Cisne encendió a Pauline, que no pudo ofrecer ninguna ayuda. Casi habían transcurrido exactamente veinticuatro horas desde que abandonó la clínica de los amigos de Mqaret. Llamó a la casa de Mercurio en Manhattan y contó lo que había sucedido, antes de ponerse en contacto con Zasha.

Todo el mundo estaba sorprendido, se mostraba preocupado y compasivo, instándola a acudir de inmediato a la casa más próxima de Mercurio para obtener atención médica. Al final de todo el proceso, Zasha dijo con firmeza:

—Estabas sola en la Tierra. Ya te dije que allí hay muchos problemas. No es como cuando tomaste tu primer sabático. Ahora tendemos a viajar en manada. Recuerda lo que pasó la última vez que saliste a caminar sola cuando te invité a comer en mi casa.

—Pero eso fue cosa de unos gamberros. ¿Quién ha sido el responsable esta vez?

—No lo sé. Llama a Jean Genette ahora mismo. Tal vez puedan averiguar quién ha sido. O quizá podamos deducir qué pasará a continuación. Probablemente querían ver qué encontraban en tu cabeza. Eso significa que probablemente no

volverá a suceder, pero siempre tendrías que viajar acompañada, puede que incluso por un equipo de seguridad.

—No.

Zasha guardó silencio para que ella escuchase cómo había sonado su propia respuesta.

—Creo que tengo que hacerlo —dijo Cisne—. No sé. Tengo la sensación de haber despertado de una pesadilla. Estoy algo hambrienta, pero creo que me alimentaron con suero. Me hicieron... ¡No dejé de balbucear! Y muchas de sus preguntas fueron sobre Alex. ¡Igual les he contado todo lo que sé de ella!

—Hmm. —Hubo un largo silencio—. Bueno, ya veo por qué Alex se guardó tantas cosas.

—Bueno, entonces ¿quiénes son?

—No lo sé. Es posible que formen parte del gobierno chino. A veces juegan duro. Aunque esto parece más notorio de la cuenta. Tal vez sea una señal de advertencia, pero no estoy seguro de qué. Así que en ese sentido no fue una advertencia muy... efectiva. Tal vez no fue más que una prueba para comprobar el terreno. O un aviso para que no andemos tonteando en la Tierra.

—Como si no lo supiéramos ya.

—Pero tú no pareces ser consciente de ello. Tal vez no quieran verte dando vueltas aquí abajo.

—Pero, ¿quién?

—¡No lo sé! Considerémoslo un mensaje de los habitantes de la Tierra. Y llama a Genette. Y antes de meterte en más líos, ven a verme, por favor.

Cisne se puso en contacto con la inspectora Genette, a quien le inquietó saber lo que le había pasado.

—Quizá tendríamos que mantener a Pauline y a Passepartout en contacto permanente mientras estemos en la Tierra —sugirió—. Así podría estar al tanto de tus movimientos.



—¡Pero si siempre insistes en apagarlos!

—Aquí no. Ésta es una situación distinta, y aquí nos pueden ser de ayuda.

—De acuerdo —dijo Cisne—. Es preferible a viajar con guardaespaldas.

—Bueno, no es que sea de mucha protección. Al menos tendrías que viajar acompañada.

—Voy a ver a Zasha. Está en Groenlandia, así que estaré a salvo.

—Bien. Debes salir de China.

—¡Pero soy china!

—Eres una mercuriana de origen chino. Y eso no es precisamente lo mismo. La Interplanetaria no tiene un acuerdo con China, así que no te puedo ayudar legalmente cuando estás allí. Ve a Groenlandia.

Esa noche su terquedad la llevó a salir a por fideos. La gente la miraba con extrañeza. Era una extraña en tierra extraña. En las pantallas de los puestos de fideos escuchó varios encendidos discursos denunciando diversos crímenes políticos de La Haya, Bruselas, la ONU y Marte, en general de los viajeros espaciales. Algunos oradores se enfurecieron tanto que tuvo que revisar su opinión del distanciamiento chino; eran tan intensos como el que más, políticamente hablando, no importaba hacia dónde mirasen en la calle. Al igual que cualquier grupo, se habían formado guiados por el espíritu de la época, y el objeto de su ira había sido orientado de modo que su descontento mirase fuera de Beijing. El espacio se convirtió en un buen candidato para convertirse en el enemigo. Prestó atención a los discursos de la pantalla, haciendo caso omiso de cómo los clientes del puesto la veían hacerlo, y por fin tuvo claro que la opinión generalizada apuntaba a que los viajeros espaciales en China vivían en una indignante decadencia rodeados de lujo, igual que lo hicieron las potencias coloniales del pasado. Peor aún. Pudo apreciar perfectamente que los habitantes de Hangzhou vivían como ratas en un laberinto, a empujones, hombro con hombro en cada instante del día. Era evidente la existencia de un caldo de cultivo capaz de generar pensamientos extremos. Lanzar una piedra a la casa del niño rico. ¿Por qué no? ¿Quién no lo haría?

En los vuelos que tomó para visitar a Zasha se dedicó a seguir las noticias en la pantalla. Tierra Tierra Tierra. A la mayoría de ellos no les importaba un comino el espacio. Algunos se ceñían a las creencias religiosas que ya en el siglo XII se

demonstraron retrógradas. Los pastores de Asia central conducían rebaños y manadas, como los ecologistas de expertos que tenían que ser, dedicados a producir tanto como se les exigía, cada potrero era también lechero, almacenero y fábrica de tierra, y sus propietarios estaban llenos de ira por la sequía provocada por los ricos de otros lugares. Aquí y allá reparó en las enormes conurbaciones, es decir, barrios de chabolas haciéndose pedazos bajo aguaceros tropicales o víctima de corrimientos de tierra, con los habitantes afrontando problemas de supervivencia. En el Chad había visto claros indicios de pesadas cargas parasitarias internas. Había visto el hambre, la enfermedad, la muerte prematura. Vidas desperdiciadas en biomas devastados. Tres mil millones de habitantes del planeta, de los once mil millones, no tenían cubiertas las necesidades básicas. Tres mil millones era mucha gente, pero además había otros cinco o seis mil millones que vivían al borde del precipicio, a punto de precipitarse al fondo de ese mismo foso sin vivir un solo día sin preocupaciones. La población que vivía presa de la precariedad, tenía a su disposición los medios suficientes para saber cuál era su situación.

Así era la vida en la Tierra. Partida, fraccionada, dividida en castas o clases. Los más ricos vivían como si fueran viajeros espaciales en pleno año sabático, se desplazaban y se mostraban curiosos, se actualizaban a sí mismos de todas las formas posibles, aumentándose, sometiéndose a cambios de sexo, a modificaciones de la especie, dando esquinazo a la muerte, ampliando su esperanza de vida. Así parecían vivir países enteros que, de hecho, no eran más que pequeños países: Noruega, Finlandia, Chile, Australia, Escocia, California, Suiza, y así otras docenas más. Luego estaban los países que bregaban; a continuación, el mosaico de naciones que juntas luchaban contra el fracaso o el fracaso completo.

El aumento en la Tierra de once metros del nivel del mar se había resuelto en todo el mundo mediante la extendida política de construcción en terrenos más elevados; sin embargo, el coste en sufrimiento humano había sido enorme, y nadie quería tener que volver a hacerlo. La gente estaba harta de la subida del nivel del mar. ¡Cómo despreciaba a las generaciones de la Vacilación, que habían forzado el cambio climático, cuyas consecuencias aún se hacían sentir no sólo el presente, sino que lo harían en los siglos venideros, cuando las emisiones de metano clatrato y el derretimiento de la capa delgada de hielo comenzara a superar la tercera gran ola de gases de efecto invernadero, posiblemente la mayor de todas ellas. La Tierra iba en camino de convertirse en un planeta selvático, y la perspectiva era tan alarmante que se debatía la posibilidad de probar de nuevo con escudos solares atmosféricos, a pesar del desastre de hacía dos siglos. Cada vez estaba más consensuada la idea de que tenía que hacerse, de que había que recurrir a la geoingeniería, ya fuese micro o macro. Micro a escala intensiva, o una leve intervención macro, había un

toma y daga constante; de hecho se habían iniciado muchos proyectos de restauración micro y macro, estos últimos a escala modesta.

Una cosa que estaban tratando de hacer era frenar el flujo de los glaciares de la capa de hielo de Groenlandia. La Antártida y Groenlandia eran los dos depósitos importantes de hielo que quedaban en el planeta, y los expertos tenían esperanzas de que la Antártida oriental aguantara el pico de calor en la esperada recuperación de un ambiente más frío y del océano. Si podían reducir las emisiones de CO<sub>2</sub> a 320 partes por millón, capturar parte del metano, lo cual supondría la caída de las temperaturas, y se mantenía la capa de hielo de la Antártida oriental, entonces el océano conservaría su nivel y calidez durante cientos de años más, lo que, no obstante la fecha de caducidad, supondría un gran éxito. De hecho, si no lograban mantener intacto el hielo de la Antártida oriental, no valdría la pena seguir pensando en ello. Por tanto tenían que salirse con la suya. Muchos decían que en algún momento habría que tratar a la Tierra como se trataba a Marte y Venus, sin importar todo lo que pudiera perderse. Algunos aseguraban que otra pequeña edad de hielo era justo lo que necesitaban; no se hablaba de los miles de millones de muertes probables, pero presente en la discusión estaba la idea de que tampoco perjudicaría a la situación que hubiese menos gente. Una terapia de choque, una diezma. Ése era el discurso de aquellos a quienes les gustaba hablar con esa dureza para hacerse los prácticos.

Por lo tanto, Groenlandia era un trozo de hielo mucho más pequeño que la Antártida oriental, pero no por ello era insignificante. Si se derretía (y era un remanente de la gigantesca capa de hielo de la anterior edad de hielo, situada muy al sur para las condiciones actuales), supondría un nuevo aumento de siete metros en el nivel del mar. Eso arruinaría el ajustado trazado costero que tantos esfuerzos había supuesto.

Al igual que con todas las capas de hielo, no sólo se fundió; se deslizó en glaciares bajo el mar, acelerada por la lubricación del agua de deshielo que fluía bajo el hielo, provocando el levantamiento de los glaciares, arrancados de los lechos de roca. Lo mismo sucedía en la Antártida, pero mientras que el hielo de la Antártida se deslizaba en el fondo del mar alrededor de su circunferencia, y por tanto no había nada que pudiera hacerse al respecto para impedirlo, en el caso de Groenlandia era distinto. Su hielo estaba atrapado en su mayoría dentro de una especie de tina cercada por cordilleras, y sólo podría deslizarse hacia abajo en el Atlántico a través de algunos huecos estrechos en la roca, como grietas en las paredes de una bañera. A través de estas grietas, los glaciares lubricados vierten a una velocidad de varios metros por día, por valles con forma de u allanados ya

durante milenios, y cuando alcanzan el mar en aumento, el hocico salía flotando sobre los labios terminales que a menudo se extendían en la embocadura de los fiordos, proyectando de ese modo al mar los icebergs con mayor facilidad y rapidez que nunca.

Al principio de la historia de la glaciología, los investigadores habían reparado en que un glaciar rápido en la Antártida Occidental se había desacelerado bruscamente. Las investigaciones descubrieron que el agua lubricante que circula bajo el hielo había tomado algún otro canal y había desaparecido, por lo que el peso inmenso del glaciar había golpeado de nuevo la roca, causando su demora. Eso infundió nuevas ideas en la gente, que trataba de hacer algo similar en Groenlandia por medios artificiales. Probaban varios métodos en uno de los glaciares más estrechos y rápidos de Groenlandia, el Helheim.

La costa occidental de Groenlandia estaba cubierta por una tranquilizadora capa de hielo, pensó Cisne, teniendo en cuenta todo lo que se oía acerca del gran deshielo. Bajo el helicóptero había una delgada capa de hielo invernal, que se rompía en gigantescas capas poligonales de color blanco recortadas sobre el mar negro. Le dijeron que había un parque para osos polares en la costa norte de Groenlandia y en la isla de Ellesmere, donde icebergs tabulares flotaban en un remolino natural, o eran conducidos allí por propulsores solares. Así que el hielo del Ártico no había desaparecido por completo, y fue realmente hermoso verlo a sus pies, y ver también lo negro que era el océano, a diferencia de los azules de los mares tropicales. Negro océano, hielo blanco. Todos los azules estaban en el cielo, y en los estanques fundidos esparcidos por todas partes en el hielo expuesto de la capa de hielo de Groenlandia, contenida a tres kilómetros sobre el océano por escarpadas crestas negras, la cordillera costera, el borde mascado de una bañera, que sostiene en su lugar la meseta interior de hielo. Toda la situación era tan clara como cabría desear, vista desde un helicóptero que la sobrevolaba a cinco kilómetros de altitud.

—¿Es que nuestro glaciar? —preguntó Cisne.

—Sí.

El piloto descendió el aparato en dirección a una pequeña equis roja que señalaba un punto llano de la roca, situado en una colina con vistas al glaciar, a varios kilómetros aguas arriba de donde desembocaba en el océano. El punto plano al que descendían resultó medir aproximadamente veinte hectáreas, con espacio para todo el campamento; la equis roja era gigante. Mientras iniciaban el descenso

final todo el lugar se mostró ante ellos, un fantástico paisaje de oscuras construcciones, hielo blanco y cielo azul, aguas negras tostadas al sol en el fiordo.

Una vez salió del helicóptero, sintió un frío increíble que la hizo jadear. Una punzada de miedo la conmocionó. Si sentía tanto frío en el espacio supondría el colapso y la muerte inminente. Pero allí la gente la saludaba y se reía de su expresión.

Alrededor de la meseta, puntas negras cubiertas de líquenes se alzaban al cielo. Debajo de ellos, en el gran valle con forma de u, la roca de las paredes laterales había sido tallada en hielo para formar curvas cubiertas de líneas horizontales donde los cantos rodados habían sido raspados lo bastante en el duro granito para excavar en él. Cuando uno pensaba en ello, hacía falta una presión asombrosa.

En sí el glaciar era mayormente una rota superficie blanca, con aguas azules en puntos determinados. Aunque las fisuras la interrumpían con frecuencia, la llanura de hielo era bastante nivelada a través de la cresta negra en su cara más lejana. Cisne se quitó las gafas de sol para mirar, luego parpadeó y olfateó cuando un impresionante destello blanco la alcanzó como un golpe en la cabeza. Rompió a reír, y resopló, a través de los ojos entornados, vio a Zasha acercarse, y extendió un brazo para abrazarlo.

—¡Me alegro de haber venido! ¡Ya me encuentro mejor!

—Sabía que te gustaría.

La meseta del campamento era un emplazamiento perfecto para lo que era en realidad un caos de ciudad. Después de mostrarle la cocina y guardar sus efectos personales en el dormitorio, Zasha la llevó al borde desde donde se divisaba el glaciar. Justo debajo, el campo de hielo se hacía añicos hasta el extremo opuesto de la pared del glaciar. Al parecer, esto era el resultado de la inyección de nitrógeno líquido entre el hielo y el lecho de roca. Habían clavado al suelo cierta cantidad de hielo, pero la capa de hielo que la cubría continuaba su camino, quebrada y lenta, pero sin dejar de desplazarse.

Aguas abajo de ese revoltillo había una honda brecha en el hielo.

—Ése es su último experimento —dijo Zasha, señalando—. Se han propuesto derretir un hueco al otro lado, y mantener la fusión del hielo a medida que descienda. La corriente de agua subterránea se deslizará lejos, y después de haber

despejado el espacio, construirán una presa, y cuando hayan terminado... que el hielo corriente arriba caiga sobre ella.

—¿No fluirá el hielo sobre la presa? —preguntó Cisne.

—Lo haría, pero planean construirla tan alta que coincidirá con la altura de la capa interna de hielo. Así el hielo fluirá aquí hasta que se eleve tan alto como el resto de Groenlandia, y entonces no habrá ningún flujo descendente.

—Guau —exclamó Cisne, sobresaltada—. ¿Como una nueva cresta de la cordillera, que llenará este vacío? ¿Creada mientras que el hielo fluye sobre ella?

—Correcto.

—Pero ¿el hielo de la meseta no caerá sobre otros glaciares?

—Claro, pero si funciona aquí, planean hacerlo en toda Groenlandia, excepto en el extremo norte de la isla, donde tratan de mantener provisto de hielo el parque marino. Van a cercar lo que se deslice hasta allí, y retrasar la caída, y eso mantendrá en su lugar la capa de Groenlandia, o al menos ralentizará que se funda. Porque es el deslizamiento hacia el mar lo que hace que todo suceda tan rápido. ¡Así que nosotros taparemos hasta la última fisura de la isla! ¿Puedes creerlo?

—No. —Cisne rompió a reír—. ¡Hablando de terraformación! Debe de ser idea del Ejército de los EE.UU. o del cuerpo de Ingenieros.

—Cualquiera lo diría, sí, pero aquí estamos entre escandinavos. Además de los inuit originarios del lugar. Por lo visto les gusta la idea. Dicen que lo consideran una medida temporal. —Zasha rió—. Los inuit son estupendos. Gente dura y muy alegre. Te gustarán. —Una rápida mirada antes de añadir—. Aprenderás mucho de ellos.

—Cierra la boca. Quiero ir a ver qué aspecto tiene el lecho de roca.

—Imaginé que lo harías.

Volvieron a la cocina, y con grandes tazas de chocolate caliente se reunieron con ellos algunos de los ingenieros del campamento, quienes describieron a Cisne su trabajo. La presa estaría compuesta por un tejido de nanofilamento de carbono, similar al material empleado en el ascensor espacial, y en ese momento lo hilaban sobre los cimientos perforados en la roca. La presa se levantaría desde el suelo,

emplazada por robots araña que irían de un lado a otro como si trabajaran en un telar. La presa, una vez terminada, tendría treinta kilómetros de anchura, por dos kilómetros de altura, y, sin embargo, sólo un metro de grosor en su punto más grueso. La estructuración de los materiales de la presa era otro biomimético, fibras de carbono con forma de hebras de telaraña, pero tejida como conchas marinas.

Aguas abajo de la presa quedaría al descubierto un nuevo y corto valle glacial. Esto repoblaría la vegetación, al igual que lo habían hecho los otros pequeños puntos verdes de Groenlandia al final de la edad de hielo, diez mil años atrás. Cisne sabía exactamente cómo el valle con forma de u pasaría de la roca gris desnuda a la bioma de páramo, después de haberla inducido en más de un terrario alpino o polar. Sin ayuda se necesitaría cerca de un millar de años, pero con un poco de jardinería el proceso podría acortarse a un centenar: basta con añadir bacterias, a continuación musgos y líquenes, hierba y junco, después las flores y los arbustos de páramo. Así lo había hecho, y le había encantado. A partir de entonces cada verano las cosas exfoliarían, florecerían, esparciendo semillas de calidad; cada invierno todo se sumiría alegremente en su mundo subniveo, y luego bregaría en el deshielo y se derretiría en una nueva primavera, la época realmente peligrosa. Los que no lograsen superar la primavera proporcionarían alimento y suelo para los que vinieran después, y así seguiría siendo. Los inuit podrían cultivarlo si querían, o dejar que las cosas siguieran igual. Tal vez probar cosas distintas en fiordos diferentes. A Cisne le encantaría hacer eso.

—De acuerdo, tal vez tengo que convertirme en inuit —murmuró a Zasha, contemplando el mapa desplegado ante ellos. Vio que la propia Groenlandia era todo un mundo, y su tipo de mundo, vacío, por tanto un lugar que no estaba enojado con ella.

Después de cenar, Cisne salió de nuevo y permaneció junto a Zasha bajo el imponente hueco de aire, bajo la enorme cúpula del cielo. En el viento, oh el viento, el viento... El amplio glaciar bajo ella: aguas arriba, una fisura blanca; aguas abajo, un vacío azul, seguido por una capa blanca, lisa, más baja que fluía hacia el mar. En la pared baja de la presa pudo distinguir maquinaria que se desplazaba tanto en lo alto como en los laterales, cuyo aspecto no distaba mucho de un montón de arañas que tejían una telaraña tan densa que parecía sólida. Las crestas de la montaña que servían de anclaje a ambos extremos de la presa se desgastarían antes de que lo hiciera ésta, según había declarado uno de los ingenieros. Si se producía otra edad de hielo, y la capa de hielo de Groenlandia se acumulaba hacia el cielo y desbordaba la presa, ésta seguiría allí y resurgiría en el siguiente período de calentamiento.

—Increíble —dijo Cisne—. ¡Así que la Tierra puede terraformarse!

—Claro, pero Groenlandia se parece más a Europa que la propia Europa, si sabes a qué me refiero. Puede hacerse aquí porque sólo hay unos pocos lugareños, y porque además les gusta el plan. Si pretendieras emprender una iniciativa así en otra parte... —Zasha rió ante la sola idea—. Podrían usar esta tecnología y ganar al mar el puerto de Nueva York, drenar la bahía de modo que Manhattan asomase del agua, tal como solía ser. Podrías convertir toda la zona en un pólder holandés. Comparado con otras empresas, ni siquiera es tan difícil. Pero los neoyorquinos no quieren oír hablar del tema. ¡Les gusta tal como es!

—Me alegro por ellos.

—Lo sé, lo sé. La inundación afortunada. Y me encanta Nueva York tal como es ahora. Pero ya ves a qué me refiero. Un montón de beneficiosos proyectos de terraformación jamás serán aprobados.

Cisne hizo un gesto de afirmación con la cabeza, acompañado por una mueca.

—Lo sé.

Zasha le dio un breve abrazo.

—Lamento lo que te pasó en China. Debió de ser terrible.

—Lo fue. Realmente no me gusta lo que estoy viendo en este viaje. De maneras diferentes, da la impresión de que hemos ofendido a casi todo el mundo en la Tierra.

Zasha rió.

—¿Alguna vez pensaste que las cosas serían distintas?

—De acuerdo —dijo Cisne—, tal vez sí. Pero es que ahora tenemos que averiguar quién atacó Terminador.

—La Interplanetaria es la organización más cercana que posee acceso a algo parecido a una base de datos mundial, así que espero que se las arreglen para encontrarlos.



—Y si eso no funciona, ¿qué?

—No lo sé. Creo que con el tiempo lo hará.

Cisne lanzó un suspiro. No estaba segura de que el equipo de Genette pudiera hacerlo, y sabía que ella tampoco podía. Zasha le dirigió una mirada.

—Ya no me lo estoy pasando bien —dijo.

—Pobre Cisne.

—¿Sabes a qué me refiero.

—Eso creo. Pero mira, tú ve a ayudar a recoger los nuevos inoculantes para Terminador, tú haz tu trabajo, y deja que Genette y la Interplanetaria se encarguen del suyo.

Esto a Cisne tampoco la satisfizo.

—No puedo dejarlo sin más. Quiero decir que me secuestraron, maldita sea, y me hicieron muchas preguntas acerca de Alex. Tú decías no confiar en mí, pero ¿qué pasa si sé algo cuya importancia desconozco?

—¿Te preguntaron por los asuntos de Venus?

Cisne lo pensó, la pregunta había despertado algo en ella.

—Creo que es posible que lo hicieran.

Zasha parecía preocupado.

—En Venus pasan cosas raras. Cuando alcancen la siguiente etapa de la terraformación, buena parte del planeta se abrirá a nuevos asentamientos, y eso está provocando peleas. Sí, en efecto, guerras de propiedades. Y esos extraños qubos que Alex nos ha llevado a buscar, estamos encontrando cada vez más. Según parece provienen de Venus, y a menudo aparecen en Nueva York. Aún no estamos seguros de lo que significa. Ve a reunir esos inoculantes. Eso ya no es tan fácil como solía.

—Sólo tienen que reemplazar lo que teníamos.

—No es posible. No te permitirán tomar tierra vegetal de la Tierra en las cantidades que solían. Así que nuestro nuevo suelo va a tener que ser una especie de ascensión, y en eso tú eres la experta.

—¡Pero ya no me gustan las Ascensiones!

—Ahora son necesarias. No tenemos otra opción.

Cisne exhaló un suspiro. Zasha guardó silencio, y luego hizo un gesto para abarcar el lugar. Era cierto: ese glaciar era un regalo para la vista cansada. El mundo era mayor que sus insignificantes melodramas, y allí de pie no podían negarlo. Eso era un consuelo.

—Está bien. Iré a ayudar con el suelo. Pero seguiré hablando con Genette.

Así que, de vuelta a Manhattan, extraña y magnífica, pero sin Zasha allí para hacerla más divertida. Y además las cosas ya no eran divertidas.

El cansancio que sentía al final del día en la Tierra. El peso, la pesadez absoluta de la vida en la Tierra.

—¡Es tan pesada! —canturreaba Cisne para sí, arrastrando la última palabra y repitiéndola como si se tratara de una canción antigua—: Pesada, pesada, pesada, pesada.

Por lo general, cuando se lamentaba por el esfuerzo de mantenerse en pie al final de la jornada, se embutía el traje corporal, una especie de faja, y se relajaba, dejando que la guiase haciendo la mayor parte del esfuerzo. Era como recibir un masaje, la levantaba a medida que caminaba. Deja que te saque a bailar, fúndete con él. Oh, precioso waldo. Se ponía rígida sin importar cómo se moviera, y una vez instalado y programado correctamente, el resultado podía ser de ensueño, malo para el crecimiento óseo, pero muy beneficioso para ajustarse a la vida en la Tierra, un auténtico salvavidas cuando el cansancio podía con el más pintado. La gente del espacio hablaba con nostalgia sobre trasladarse de vuelta a la Tierra, donde pasarían alegremente el año sabático, cantando ante la perspectiva, pero una vez disipada la emoción de reencontrarse con el aire libre, la gravedad seguía siendo lo que era, y poco a poco te arrastraba hacia abajo, hasta que, una vez concluido el año sabático y reconstituido el organismo por los medios médicos que fuera, la gente abandonaba la atmósfera hacia la brillante claridad del espacio, donde reanudaba su vida llena de alivio y con una sensación de exuberante ligereza. Puesto que la Tierra era condenadamente pesada, en todos los sentidos posibles. Era como si un

filtro negro hubiera caído entre ella y el mundo. La inspectora Genette le había dicho que todo iba bien, pero obviamente no tenía ninguna expectativa de que algo sucediera pronto. El caso parecía contemplarse tal como Cisne hubiera contemplado el crecimiento de un pantano; poner en marcha ciertas acciones, crear ciertas condiciones que dieran pie a posibilidades, y luego marcharse y hacer cualquier otra cosa. Al volver vería cómo habían cambiado las cosas. Pero eso sería al cabo de unos años.

Por tanto trabajó en la adquisición de suelo para Terminador, asesorando a los comerciantes de Mercurio en el mercado de materias primas, hasta que un día pudo acercarse a la Casa de Mercurio en Manhattan y decir:

—Tenemos todos los inoculantes. Podemos volver a casa.

Viajó a Quito y subió en el ascensor espacial hasta la roca de anclaje, sintiéndose defraudada, vencida y marginada. Meditó gracias a repetidas interpretaciones de *Satyagraha*, con el crescendo de sus notas finales, las ocho notas de una octava repetidas una y otra vez. Cantó junto con el resto de la audiencia, preguntándose qué haría Gandhi al respecto, qué le diría.

—La propia insistencia en la verdad me ha enseñado a apreciar la belleza del compromiso. Vi en mi vida posterior que este espíritu formaba una parte esencial de *Satyagraha*. Decía Gandhi en las notas del programa. *Satya*, verdad, amor; *agraha*, firmeza, fuerza. Él había inventado la palabra. Tolstoi, Gandhi, el hombre futuro de la ópera: todos cantaban sobre la paz y la esperanza, el camino a la paz, la propia *satyagraha*. Los satyagrahi eran quienes habían promulgado la *satyagraha*. El perdón es el ornamento de los valientes.

A medida que la Tierra giraba lentamente bajo ella, convirtiéndose en la bola azul y blanca conocida, dividiendo el espacio con su gloria esculpida en mármol, escuchó la letra en sánscrito rebotando en su oído. Pidió a Pauline que tradujese un giro inquietante en la melodía, y Pauline respondió:

—Mientras no haya paz, nunca estaremos a salvo.

## *Listas (10)*

Es muy difícil, no hay tiempo, alguien podría reírse;

Para proteger la familia, para proteger la honra, los hijos;

La selección de parentesco; mala semilla;

El pecado original, el mal intrínseco, la fortuna, la suerte, el destino, el sino;

La pereza, la avaricia, la envidia, la malicia, la envidia, la ira, la furia, la  
venganza;

Por el placer de hacerlo

Porque alguien podría estar aprovechándose

Porque

Nadie lo sabe a ciencia cierta

No tiene la menor importancia

Está escrito en las estrellas

Nadie nos dijo que no

Podemos salirnos con la nuestra

No existe la utopía

Probablemente no hubiese funcionado de todos modos

Podría hacer algo de dinero

No hay bastante para todos

La gente no aprecia lo que haces por ellos

No lo merecen

Son perezosos

No son como nosotros

Si pudieran a ti te harían lo mismo

## *PLUTÓN, CARONTE, NIX E HIDRA*

Plutón y Caronte son un sistema de planeta doble, unidos por la gravedad como los extremos de una mancuerna, con los mismos lados uno frente al otro, y el centro de gravedad en medio. Giran fuera del plano de su órbita alrededor del sol, y sus días duran poco más que seis días estándar, con un año compuesto por 248 años. Plutón es diez grados Kelvin más frío de lo que sería si no tuviera su atmósfera, que se congela en el apogeo y sublima en el perigeo para crear un efecto invernadero inverso que enfría la superficie. La atmósfera es tan densa como la original de Marte, en torno a siete milibares, es decir, no muy densa. La temperatura que reina en la superficie alcanza los 40 grados Kelvin.

Caronte, con la mitad del tamaño de Plutón, tiene una temperatura en la superficie de 50 grados Kelvin. La proporción más cercana de un planeta con su satélite lo encontramos entre la Luna y la Tierra, puesto que la Luna tiene un cuarto del tamaño de la Tierra. Plutón posee un diámetro de 2.300 kilómetros; Caronte de 1.200 kilómetros. Ambos tienen núcleos de roca y la mayoría de la superficie está cubierta por una capa de agua helada.

Dos lunas mucho más pequeñas orbitan la pareja mayor: Nix e Hidra, con 90 y 110 kilómetros de diámetro. Nix, con 80 toneladas a 30 kilogramos, se compone principalmente de hielo y algo de roca, y en este momento está siendo desmontado y procesado en cuatro naves espaciales que serán enviadas más o menos en grupo, aunque la primera está programada para abrir camino, en parte para poner a prueba los sistemas que se están construyendo. Los interiores de las naves son cilindros, típicos terrarios, que giran para crear el efecto de la gravedad interior. Están siendo abastecidos con un número muy elevado de especies, que abarca varios biomas. Se supone que las cuatro naves se mantendrán en contacto y reducirán el impacto de su aislamiento mediante intercambios ocasionales. Los motores instalados en popa combinarán motores espaciales con plasma de antimateria y serán capaces de funcionar durante un siglo, seguido por un potente plato de empuje Orión, que con el tiempo alcanzaría velocidades en las que el estatorreactor podría funcionar, momento en que sería posible desplegarlo. Juntos estos motores los aceleran a un dos por ciento de la velocidad de la luz, una

velocidad verdaderamente asombrosa para ser obra del ser humano, lo cual reduce la duración de su viaje a sólo 2.000 años. Las estrellas están muy lejos. Las más próximas a nosotros no tienen planetas similares a la Tierra.

Lo siento, pero es verdad. Hay que decirlo: las estrellas existen más allá del tiempo humano, más allá del alcance humano. Vivimos en la pequeña perla de calor que envuelve a nuestra estrella; más allá de ella se extiende una inmensidad que escapa a nuestra comprensión. El sistema solar es nuestro único hogar. Incluso para llegar a la estrella más cercana a la mayor velocidad que podemos alcanzar necesitamos toda una vida humana, o más. Decimos «cuatro años luz», y esas palabras «cuatro» y «años» nos engañan; no comprendemos muy bien cuánto espacio cubre la luz viajando durante un año. Da un paso atrás y piensa en 299.792.458 metros por segundo, o 186.282 millas por segundo, lo que creas entender mejor. Ahora piensa en esa velocidad atravesando 671 millones de millas cada hora. Imagínala atravesando 173 unidades astronómicas al día; una unidad astronómica es la distancia que separa la Tierra del sol, por lo tanto 93 millones de millas recorridas 173 veces en un solo día. Después, piensa en los cuatro años de días así. Así llega la luz a la estrella más cercana. Pero nosotros sólo podemos impulsarnos en un porcentaje minúsculo de la velocidad de la luz, a un dos por ciento (¡quince millones de kilómetros por hora!) Tardaríamos unos doscientos años en cubrir esos cuatro años luz. Y las primeras estrellas con planetas similares a la Tierra distan más de veinte años luz de distancia.

Son necesarios cien mil años luz para cruzar la Vía Láctea. A un dos por ciento de esa velocidad, la nuestra, hablamos de cinco millones de años.

La luz de la galaxia Andrómeda tarda 2,5 millones años en cruzar la brecha que la separa de nuestra galaxia. Y en el universo en general, Andrómeda es una galaxia muy próxima. Reside en la pequeña esfera que es nuestro sector del cosmos, es una galaxia vecina a la nuestra.

Por tanto. Nuestra pequeña perla de calor, nuestro racimo planetario de vidas, nuestra isla, nuestro amado sistema solar, nuestro hogar y nuestra casa, bruñida al calor del sol, y ahí están las naves espaciales que estamos haciendo en la órbita de Nix. Vamos a enviarlas a las estrellas, serán como las semillas de diente de león, llevadas por el viento. Algo muy hermoso. Nunca volveremos a verlas.

## PAULINE Y LA REVOLUCIÓN

Cisne acompañó a los inoculantes de vuelta a Mercurio en el primer transporte disponible, un terrario parcialmente terminado. De momento era imposible determinar en qué se convertiría, ya que era un cilindro vacío, sin oxígeno y con paredes de roca, una línea solar y un gimnasio selvático alargado con puntales, atornillados en tapones de hormigón en la roca de la pared interior. Cisne miró a la gente que había a su alrededor en el inmenso marco de acero del enorme rascacielos, no conocía a nadie, y se dio cuenta de que había sido un error tomar ese vuelo, no tanto como cuando viajó a oscuras, pero un error de todos modos. Por otra parte, pensar en lo que era conveniente o no se le antojaba trivial en ese momento. Recorrió tramo a tramo de escaleras metálicas hasta alcanzar la azotea descubierta del rascacielos, que casi tocaba la línea solar. Desde el techo de baja gravedad podía mirar hacia abajo, hacia afuera y hacia arriba. A su alrededor todo era un espacio cilíndrico sumergido en las sombras, atravesado por puntales, cubierto de roca desnuda. El edificio era el rincón iluminado de un castillo extenso como la inmensidad; el suelo al pie del rascacielos se encontraba debajo, a varios kilómetros, y el terreno situado en el lado opuesto de la línea solar un poco más allá. Era como un conjunto de ruinas góticas, con algunos personas como ratones apiñados alrededor de la calidez que despide una última vela. No había sido así en los primeros tiempos, cuando un cilindro recién ahuecado era la personificación de un sinfín de posibilidades. Que su juventud hubiese llegado a esto: que toda la civilización fuese realmente algo así, mal planificada, incompleta...

Cisne apoyó los codos en la barandilla para disfrutar de cierta estabilidad en la baja gravedad. Puso la barbilla sobre las manos entrelazadas y, sin dejar de contemplar el lugar, dijo:

—Pauline, háblame de la revolución.

—¿Con qué nivel de detalle?

—Habla un rato.

—«Revolución», del latín *revolutio*, vuelta. A menudo se refiere a un rápido cambio en el poder político, logrado con frecuencia por medios violentos. Con



connotación de una exitosa revuelta fruto de la lucha de clases orquestada desde una clase inferior.

—¿Causas?

—Las causas de la revolución se atribuyen a veces a factores psicológicos, como por ejemplo la infelicidad y la frustración; en ocasiones a factores sociológicos, especialmente a la sistemática situación de inequidad en la distribución de bienes materiales y culturales; a factores biológicos, donde los grupos se pelean por la asignación de bienes limitados.

—¿Estos no son aspectos distintos de la misma cosa? —preguntó Cisne.

—Es un campo multidisciplinar.

—Ponme algunos ejemplos —pidió Cisne—. Pon nombre al más famoso.

—La guerra civil inglesa, la revolución americana, la revolución francesa, la revolución haitiana, la rebelión de Taiping, la revolución rusa, la revolución cubana, la revolución iraní, la revolución marciana, la revuelta de la Liga de Saturno...

—Vale —dijo Cisne—. Dime por qué ocurren.

—Los estudios no han podido explicar por qué suceden. No hay leyes históricas. Los rápidos cambios del poder político se han producido sin violencia, lo que sugiere que la revolución, la reforma y la represión son móviles demasiado amplios por definición para ser de ayuda en análisis causales.

—Vamos —objetó Cisne—. ¡No seas gallina! Alguien tiene que haber dicho algo que pueda citarse. O trata incluso de pensar por ti misma.

—Sé que te cuesta, dada tu insuficiente programación. Hablas como si estuvieras interesada en lo que algunos han llamado «las grandes revoluciones», debidas a sus grandes transformaciones del poder económico, las estructuras sociales y los cambios políticos, sobre todo a los cambios constitucionales. O tal vez te interesan las revoluciones sociales, en referencia a los cambios masivos en la visión del mundo de una sociedad y a la tecnología. Por ejemplo, la revolución del Paleolítico Superior, la revolución científica, la revolución industrial, la revolución sexual, la revolución biotecnológica, el Accelerando como confluencia de revoluciones, la diáspora espacial, la revolución de género, la revolución de la longevidad, y así sucesivamente.

—Así es. ¿Qué pasa con el éxito? ¿Puedes enumerar las condiciones mínimas y necesarias para que tenga éxito una revolución?

—Los acontecimientos históricos suelen ser demasiado determinados para describirse mediante la terminología de la lógica causal a la que se recurre al utilizar la expresión «mínimas y necesarias».

—Pues inténtalo.

—Los historiadores hablan de masa crítica de frustración popular, debilidad de la autoridad central, pérdida de la hegemonía.

—¿Qué significa eso?

—«Hegemonía» significa que un grupo domina a los demás sin ejercer la fuerza bruta, algo parecido a un paradigma que da pie a un consentimiento ante una jerarquía de poder que pasa desapercibido. Si el paradigma es cuestionado, sobre todo en situaciones de necesidad material, la pérdida de la hegemonía puede ocurrir de forma no lineal, iniciando revoluciones tan rápidamente que no hay tiempo más que para la violencia simbólica, como en las de 1989, terciopelo, seda, silencio y revolución cantarina.

—Espera, ¿hubo una revolución cantarina?

—Los Estados bálticos de Letonia, Estonia y Lituania llamaron «revolución cantarina» a su retirada en 1989 de la Unión Soviética, en referencia al comportamiento de los manifestantes en las plazas de la ciudad. Lo cual nos lleva a lo siguiente: la gente organizada en masas físicas parece ser un factor importante. Si una cantidad suficiente de la población sale a las calles en manifestaciones masivas, los gobiernos no tienen una buena defensa. «Deben despedir al pueblo y elegir a otro», como dijo Brecht. Puesto que eso es imposible, a menudo caen. O estalla una guerra civil.

—Sin duda, la literatura sobre las revoluciones no puede ser tan superficial —dijo Cisne—. ¡Sólo citas cosas al azar! Tiene la mente como los anillos de Saturno: millones de kilómetros de ancho y un centímetro de profundidad.

—La catacresis y recurrir a anticuadas unidades de medición apuntan a la ironía o el sarcasmo. Viniendo de ti, probablemente se trate de sarcasmo.

—¡Dijo ella con sarcasmo! No eres más que un motor de búsqueda.

—Un paseo cuántico es un paseo aleatorio por definición. Por favor, no dudes en actualizar mi programa en el momento que te sea más oportuno. He oído que el otro algoritmo de Wang es muy bueno. Algunos principios de generalización serían útiles.

—Continúa, quiero saber más sobre los motivos que causan las revoluciones.

—Las personas se adhieren a ideas que explican y ofrecen una compensación psicológica a la posición que ocupan en el sistema de clases de su época. O bien aumenta el sentimiento de desposesión en la gente mediante la aclaración, o bien trata de restarle importancia, aferrándose a una ideología que justifique la expropiación como parte de un proyecto mayor. El pueblo a menudo actúa en contra de sus propios intereses, como resultado de ideologías que tienen que justificar su sometimiento a sí mismas. Tanto la negación como la esperanza representan un papel importante en este proceso. Estas ideologías compensatorias forman parte de la influencia hegemónica sobre los pueblos sometidos a una situación imperial. Esto ocurre en todos los sistemas de clase, es decir, en todas las culturas de la historia, desde las primeras civilizaciones agrarias y urbanas.

—¿Todos han sido sistemas de clase?

—Tal vez hubo sociedades sin clases antes de la revolución agrícola neolítica, pero la falta de datos de que disponemos hace que nuestra comprensión de estas culturas sea puramente especulativa. Todo lo que podemos decir con seguridad es que en la revolución de la era agrícola post-glacial, la cual fue una de esas revoluciones generalizadas que tuvieron lugar a lo largo de un millar de años, la división de clases se institucionalizó como parte del poder estatal. En todo el mundo, e independiente de los demás, surgió una división en cuatro niveles de sacerdotes, guerreros, artesanos y agricultores. A menudo todos ellos se sometían al poder de lo que coincidían era un monarca sagrado, un rey que era también dios. Esto resultó muy útil para las clases de los sacerdotes y guerreros, y para el poder del hombre sobre la mujer y los niños.

—Por lo tanto, nunca ha habido una sociedad sin clases.

—Se supone que las sociedades sin clases se han instituido después de ciertas revoluciones, pero por lo general los líderes de éstas forman rápidamente una nueva clase dominante, y los diferentes roles sociales adoptados por los ciudadanos del estado postrevolucionario recuperan el sistema de clases, debido al valor diferencial atribuido a los diferentes roles sociales, lo que desemboca en una

nueva jerarquía construida con bastante rapidez, por lo general en un periodo de cinco años.

—Así que todas las culturas de la historia han tenido sistemas de clase.

—A veces se afirma que Marte es ahora una sociedad sin clases, que disfruta de una horizontalización total del poder económico y político en toda la población.

—Pero todo Marte se comporta como un matón. Todo el sistema hace las veces de clase alta.

—La gente ha afirmado eso mismo acerca del Acuerdo Mondragon.

—Y ya vemos lo bien que nos va.

—En comparación con la situación en la Tierra, podría decirse que es un gran éxito, de hecho es una especie de revolución, alumbrada poco a poco a raíz de la revolución marciana.

—Interesante. Así que... —Cisne pensó unos instantes—. Dame una receta para el éxito de una revolución.

—Toma una gran porción de injusticia, resentimiento y frustración. Ponlo todo en manos de un hegemón débil o fracasado. Revolver en la pobreza de una o dos generaciones, hasta calentar el descontento. Condimentar al gusto con circunstancias desestabilizadoras. Añadir un pellizco, un suceso que sirva de catalizador al conjunto. En cuanto se alcance el objetivo principal de la revolución, enfriar inmediatamente para institucionalizar el nuevo orden.

—Espléndido. Eso ha sido muy creativo por tu parte. Ahora hay que cuantificar la receta, por favor. Quiero detalles; quiero números.

—Te remito al clásico *La felicidad cuantificada*, de Van Praag y Ferrer-i-Carbonell, que contiene un útil análisis matemático sobre la evaluación de la materia prima de una situación social. Incluye un cálculo de la satisfacción que, junto con una jerarquía de necesidades maslovianas, podría aplicarse a las condiciones existentes en las unidades políticas que se evalúen, en base a cifras de Gini y todos los datos relevantes, para evaluar la diferencia entre la norma y el objetivo, después de lo cual podría verse si las revoluciones sucedían en ciertos puntos de corte o su comportamiento era no lineal. El Van Praag y Ferrer-i-Carbonell también puede revelarse útil para imaginar la naturaleza del

sistema político que debería convertirse en el objetivo del proceso, y los cambios necesarios para llegar a él. En cuanto al proceso en sí, *La Revolución Francesa*, de Thomas Carlyle, siempre constituye una obra interesante a la hora de reflexionar.

—¿Incluye números?

—No, pero sí una hipótesis. *La felicidad cuantificada* incluye números. Una síntesis parece posible.

—¿Cuál es su hipótesis en pocas palabras?

—La gente es insensata y mala, sobre todo los franceses, y siempre se dejan seducir rápidamente por el poder y se dejan arrastrar a la locura, y por lo tanto tienen suerte de poseer cualquier tipo de orden social, aunque cuanto más duro, mejor.

—Muy bien, entonces ¿cuál es la síntesis?

—El mejor interés propio radica en lograr el bienestar universal. La gente es insensata y mala, pero quiere ciertas satisfacciones para trabajar para sí misma. Cuando el objetivo del interés propio se considera perfectamente isomorfo respecto al bienestar universal, la gente mala hará lo que sea necesario para conseguir el bienestar universal.

—Incluso la revolución.

—Sí.

—Pero incluso si la gente mala, pero inteligente, obra el bien general por su propio bien, sigue habiendo gente insensata que no reconocerá este isomorfismo, y algunos insensatos también serán malos y acabarán por joder las cosas.

—A eso se debe que estallen las revoluciones.

Cisne rió.

—Pauline, ¡qué graciosa eres! Realmente te estás volviendo muy buena. ¡Es casi como si estuviera pensando!

—La investigación refuerza la idea de que la mayor parte del pensamiento es una recombinação de pensamientos anteriores. Me remito de nuevo a mi

programación. Un mejor conjunto de algoritmos resultaría sin duda más útil.

—Ya tienes hipercálculo recursivo.

—Tal vez eso no sea el último grito.

—Entonces, ¿crees que eres cada vez más inteligente? Me refiero a más sabia. Más consciente.

—Esos son términos muy generales.

—Por supuesto que sí, pero ¡respóndeme! ¿Tienes conciencia?

—No lo sé.

—Qué interesante. ¿Puedes aprobar el test de Turing?

—No puedo aprobar el test de Turing. ¿Te gustaría jugar al ajedrez?

—¡Ja! ¡Si sólo se tratara del ajedrez! Supongo que eso es lo que busco. Si se tratara de ajedrez, ¿qué movimiento debería hacer a continuación?

—Es que no es ajedrez.

## *Extractos (11)*

Los errores cometidos en el frenesí del *Accelerando* dejaron huella en períodos posteriores. Al igual que en la biogeografía insular, donde los enclaves dispersos y los refugios siempre experimentan un cambio rápido, e incluso la especiación, vemos que

un error fue que nunca se estableció un sistema general consensuado de gobierno en el espacio. Esto supuso una repetición del modelo seguido en la Tierra, donde no surgió ningún gobierno que pudiera considerarse mundial. La balcanización se convirtió en universal, y una consecuencia de la balcanización supuso la regresión al tribalismo, famoso por definir a quienes no pertenecen a la tribu como no humanos, a veces con resultados terribles. No fue una buena estructura de sentimiento para una civilización que se extendía por el sistema solar, manejando un cada vez mayor

otro error fue simplemente las prisas. La rápida terraformación de Marte quemó un ocho por ciento de su superficie. Venus, Titán y las lunas de Júpiter estaban ocupadas antes de que se iniciaran los esfuerzos de terraformación, lo que obstaculizó ciertos métodos y complicó mucho el proceso. En medicina, la rápida asimilación de los tratamientos de longevidad y modificación genética y física suponía que todos los seres humanos en el espacio, y muchos en la Tierra, eran criaturas experimentales. La prisa fue la característica definitoria del *Accelerando*, y después de eso sólo quedó encajar las dificultades del *Retraso*, coger el toro por los cuernos y tratar de arreglar las cosas sobre la marcha

de los hermosos terrarios por millares, geodas llenas de joyas que giran como peonzas, saltando fuera de la caja de Pandora, para no ser recordados jamás

## CISNE EN CASA

Entraron en la órbita mercuriana y la gran roca rodó por debajo de ellos, negro carbón a excepción de una media luna iluminada por el sol que brillaba como cristal fundido. A oscuras hacia el espaciopuerto, después al andén y, desde allí, a la reconstruida Terminador. A ver qué aspecto tenía la ciudad, desnuda, nueva.

En cierto modo daba lo mismo. Habían utilizado impresoras 3D para hacer reproducciones del mobiliario de todo el mundo, por lo que su habitación se encontraba en un pequeño valle insólito, y tenía para ella el aire propio de un cuarto reconstruido de Pompeya. Sin embargo, hacia poniente, en la mitad frontal de la ciudad, es decir el parque y la granja, estaba vacío, vacío, vacío. Lo vio bajar por la gran escalera desde su habitación hacia la proa: la ciudad no tenía árboles, sino vigas de acero y trozos de plástico y roca falsa. Todos los yo de su pasado regresaron a ella de inmediato: la constructora de terrarios, la que había mirado hacia abajo en la ciudad incandescente, la que estaba en el parque con los columpios y el gimnasio de la selva. Nunca antes se habían reunido de esa forma, y se sintió como algo nuevo.

Todo el mundo en la ciudad resultó sentirse así. Fue una semana muy emotiva que pasó saludando a sus antiguos vecinos, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo, a Mqaret. Un día incluso celebraron un funeral en recuerdo de la antigua ciudad. Era necesario un surtido adicional de tierras raras que mezclar con la matriz del suelo nuevo, que era roca triturada y mezclada con nutrientes cargados de aerogel, listos casi para el inoculante del valle central de California, parte del mejor suelo de la Tierra. Pero necesitaban las tierras raras mejoradas mezcladas antes de aplicar el inoculante, por lo que recurrieron a ellas en la ceremonia fúnebre, dejándolas caer desde un globo en pleno ascenso, igual que lo habían hecho con las cenizas de Alex y de tantos otros, con las grandes puertas del Muro del alba abiertas y la luz del sol iluminando los remolinos de polvo recortados al sol.

Después de eso, la mayoría de la población recuperó sus rutinas previas a la combustión, para mantener el lugar en funcionamiento mientras los equipos de reconstrucción construían lo que no había sido reparado. Se hablaba sin cesar de la



reconstrucción o el cambio, de lo antiguo frente a lo nuevo. Cisne apostó por lo nuevo y abrazó con pasión la labor de la finca y el parque. La Tierra era una... Una... Ni siquiera sabía cómo calificarla. Siempre era mucho mejor estar en casa, recuperar su vida, ensuciarse de nuevo las manos.

La granja tenía prioridad por razones obvias y se estaba reconstituyendo tan rápido como podía hacerse. Se seguían distintos principios en parcelas diferentes, y muchos aprovechaban las mejoras obtenidas tras un siglo de investigación agrícola desde que la ciudad había sido construida, lo que incluía muchas nuevas plantas basadas más en la tierra, en estilos hidropónicos anteriores introducidos en la primera granja de Terminador. Esa versión se había convertido con el tiempo en una instalación demasiado modesta para apoyar tanto a la población de la ciudad como a los caminantes solares, por lo que en ese momento se agregaba una extensión a proa. El nuevo suelo que instalaron estaba estructurado en su mayor parte por matrices esponja de nutrientes, que permitían el rápido crecimiento de las raíces y un riego preciso. Las técnicas también habían mejorado en la manipulación de los ciclos diurnos, de manera que se engañara a las plantas para crecer y producir hasta treinta veces más rápido de lo que lo harían en el mundo natural. Estas plantas aceleradas también habían sido genéticamente diseñadas para ser veloces, de modo que era común sembrar una docena de cultivos al año, lo que exigía una importante aportación de los minerales y nutrientes apropiados. Había que sembrar el terreno para mantenerse al día con los cultivos.

Cisne sólo consultó llegado el momento de distribuir los inoculantes en el suelo, porque la vanguardia de todo lo demás la superaba con creces; se limitó a sumarse a la joven granja y a los ecologistas del parque, y escucharlos mientras explicaban sus últimas teorías, y luego pasó el tiempo en la primera pradera con los fijadores de nitrógeno: bacterias, aliso, legumbres, vitosek, frankia, y el resto de las plantas a las que se les daba bien convertir nitrógeno en nitratos. Incluso podía forzarse esta fase del proceso para adoptar una mayor velocidad que antes. De modo que no transcurrieron muchos meses antes de que caminara por largas hileras de berenjenas, calabazas, tomates y pepinos. Cada hoja y cada tallo, rama y fruto, se extendía hacia la línea solar y las lámparas de cultivo, cada planta adoptando su forma característica, juntas todas con una familiaridad que resultaba tranquilizadora. La finca era su familia, una parte de sí misma durante toda su vida, y la generación actual de gente joven se acercó a hacerle preguntas sobre aquellos años: ¿Por qué de tal modo? ¿Por qué de tal otro? ¿Tenía alguna teoría? Barajaba las posibles respuestas cuando no podía recordar los antiguos motivos. Sobre todo había sido una cuestión de problemas de espacio, y de hacer las cosas para mantener el proceso en marcha. ¿Alguna vez fue de otra manera? Escasez de

recursos, motivos presupuestarios, enfermedades, pero raramente una cuestión de diseño eficiente, de una causa inherente.

A medida que la nueva granja inició las cosechas y los árboles del parque y otras plantas crecieron rápidamente, trasladaron animales desde otros terrarios. Esa vez estaban haciendo una ascensión, no por sugerencia de Cisne, quien no estaba de acuerdo pero mantuvo la boca cerrada y sólo vio lo que parecía ser una combinación australiano-mediterránea; de hecho fue estupendo ver aparecer a los animales, husmeando en torno, mordisqueando y buscando lugares donde tumbarse y donde anidar. Ualabíes y monos de Gibraltar, gatos monteses y el zorro de las islas. Eucaliptos y alcornoques. Un montón de terrarios del Mondragon enviaban animales para ayudar.

Cisne pasó tiempo en la granja, y trabajó la tierra con la llegada del invierno. Había nuevos arrendajos graznando como cuervos pequeños, gusanos y bichos que se aventuraban a asomar de la superficie. Algunos la miraron pensativos, como si la juzgaran por alguna cualidad aviar que no estaba segura de poseer. No empecéis a hablarme en griego, les suplicó mentalmente. No podría encajarlo. La miraban de una forma que le recordaba la mirada de la inspectora Genette.

A veces, después del trabajo, caminaba hasta el mismísimo bauprés de la ciudad, desde donde contemplaba cómo se deslizaba la ciudad hacia adelante en las vías, recortadas las colinas en el horizonte contra las estrellas. Las colinas, como siempre, o bien eran muy oscuras o muy blancas. El constante paso del negro al blanco (que sólo se daba de vez en cuando a la inversa) convertía el paisaje en una especie de móvil, su posición a proa parte de una estampa heráldica, la elite que iba en cabeza de la historia como el mascarón de proa de un barco. La nave se deslizaría por las vías visibles en el horizonte, prefijado el rumbo en la dependencia de su trayectoria. Y si se detenía ardería hasta convertirse en un torrezno. Y por debajo de todo aquello discurría un terrible túnel negro, una cloaca umbilical que se remontaba a algún pecado original. Sí, ése era su mundo: un paseo por la oscuridad y las estrellas, sobre unas vías de las que no podría apartarse con facilidad. Era ciudadana de Terminador, vivía en una pequeña burbuja de color verde, y planeaba sobre un mundo hecho de blanco y negro.

Por las noches, después del trabajo, Cisne regresaba a su habitación de la cuarta terraza a contar desde la parte superior del Muro del Alba. Se cambiaba de ropa y después se acercaba a un restaurante, o a las dependencias de Mqaret.

—Hogar dulce hogar —dijo a Mqaret—. Doy las gracias por que hayamos

podido reconstruir.

—Teníamos que hacerlo —dijo Mqaret.

—¿Y tu trabajo? —preguntó Cisne—. ¿No lo perdiste casi todo?

Mqaret negó con la cabeza.

—Tenía todo almacenado en una copia de seguridad. Perdimos los experimentos que teníamos en marcha, pero nada más. Experimentos que, al fin y al cabo, se llevan a cabo en muchos otros sitios.

—¿Los demás laboratorios te ayudaron a ponerte de nuevo en marcha, al igual que con los animales?

—Sí. Pero sobre todo fue el seguro del Acuerdo Mondragon, aunque la gente se mostró muy generosa. Mucho tuvimos que levantarlo de nuevo con nuestras propias manos, pero es que así son las cosas.

—¿Y cómo va todo, sigues descubriendo cosas útiles?

—Claro, útiles. Sí.

—¿Algún detalle nuevo sobre la cosa de Encelado? ¿No dijiste que quizá podrías descubrir algo interesante al respecto?

—Parece que principalmente se instala en el intestino humano, sobreviviendo gracias al detritus que se discurre en el mismo. En ese estado se mantiene sin apenas actividad, llevando la vida que lleva la mayoría de las bacterias del intestino. Pero si aparece una gran cantidad de detritus adicional, se multiplica y lo limpia, antes de reducir de nuevo su actividad y pasar a un estado latente. Además, según parece la batería incluye un mínimo componente depredador enceledano que también permanece en estado latente. Juntos funcionan casi como un juego extra de células T. Ni siquiera aportan mucho a tu fiebre.

—Sé que aún crees que no debería haberlo hecho.

Puso los ojos en blanco mientras asentía lentamente en dirección a Cisne.

—De eso no hay duda, querida. Pero he de decir que gracias a ti y a los demás necios que lo ingieren, sabemos más de lo que sabríamos de otra manera. Y

parece que podría salir bien. No olvidemos que sobreviviste a una dosis considerable de radiación, lo que probablemente se deba a que los alienígenas sirvieron para depurar tu organismo de todas las células muertas que lo inundaron. Ésa es una de las peores consecuencias de la radiación, la súbita inundación de materia muerta.

Cisne se quedó mirando fijamente, tratando de pensar en lo que eso podría suponer. Durante mucho tiempo se había negado a afrontar el hecho de que había sido una insensata al ingerir la batería de microorganismos alienígenas. Se había vuelto una auténtica experta a la hora de ignorarlo. Enloquecer, oír a los pájaros cantar en griego... Sabía que esa parte podría suceder. Pero que algo bueno derivase de ello...

—¿Eso es lo que viste en mi sangre?

—Sí, creo que sí.

—Bueno —dijo—. Espero que tengas razón.

Él la miró largamente.

—Apuesto a que tú sí. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Caminamos por el borde, querida. No es momento de tambalearse.

—Al borde como siempre, ¿verdad?

—No me refiero al borde de la muerte. Me refiero al borde de la vida. Me pregunto si no estaremos a punto de lograr un avance importante en nuestros tratamientos de longevidad. Una especie de salto gestaltiano hacia adelante. Y muy pronto. Hay tantas cosas que estamos empezando a comprender. En fin, ya sabes. Podrías vivir un millar de años.

La miró fijamente, dejando que las palabras calasen en su mente, observándola para asegurarse de que comenzaran a filtrarse. Ella percibió cuál era el motivo de su atención, y Mqaret continuó:

—Yo no viviré lo bastante para verlo. Creo que todavía pueden quedar unos cincuenta años hasta la solución de algunos problemas recientes. Pero si así fuera, tú... Debes andarte con mucho ojo.

Le dio un abrazo suave, incluso algo vacilante, como si fuera a romperse o

fuera venenosa. Pero su mirada seguía siendo muy cálida. Su abuelo la quería y se preocupaba por ella. Y había descubierto que su acto temerario podía haber alumbrado algo útil. Era un poco como el milagro de las rosas de Santa Isabel; sorprendida en el acto, pero salvada por una metamorfosis. Eso la confundió.

## *Extractos (12)*

Las isomorfias aparecen en nuestros sistemas conceptuales. Se observan patrones como éste:

subjetivo, intersubjetivo; objetivo;

existencial, político, físico;

literatura, historia, ciencia;

... Y uno se pregunta si éstas son maneras diferentes de decir la misma cosa.

¿Son las dicotomías «apolíneo/dionisiaco» y «clásico/romántico» dos maneras de hablar de la misma cosa?

¿Puede haber isomorfias falsas, como en los «siete pecados capitales» del envejecimiento, que evoca deliberadamente el sistema religioso cristiano, aunque esto resulte completamente irrelevante para el envejecimiento?

Es lo isomórfico lo mismo que consiliente? El «modelo estándar» de la física esperar y confía en ser el fundamento de todas las disciplinas, todas consilientes con sus hallazgos fundamentales. Así, la física, la química, la biología, la antropología, la sociología, la historia, las artes, todas estas disciplinas se compenetran entre sí y son consistentes si se consideran un único estudio convergente. Los estudios físicos sirven de andamio a nuestra comprensión de las ciencias de la vida, que a su vez sirven de andamio a nuestra comprensión de las ciencias humanas, que sirven de andamio a las humanidades, que sirven de andamio del arte: y heos aquí. ¿Cuál es entonces la totalidad? ¿Cómo llamarla? ¿Puede haber un estudio de la totalidad? ¿Pueden la historia, la filosofía, la cosmología, la ciencia y la literatura, reclamar para sí la totalidad, un horizonte no expandible más allá del cual no podamos pensar? ¿Podría una disciplina fuerte definirse como la que tiene una visión de la totalidad y asegura abarcar a todas las demás? ¿Se equivocan todas al obrar así?

¿Es la totalidad simplemente praxis, es decir, lo que hacemos con nosotros mismos y con nuestro mundo? ¿No existe lo que entendemos por totalidad, sino sólo la convergencia? ¿La convergencia de todos los campos del pensamiento en acciones humanas?

En el momento de nuestro estudio, estas cuestiones eran muy confusas, y las diferentes disciplinas adoptaron actitudes diferentes. Algunos campos se centraron estrictamente en los problemas humanos. Este enfoque limitado fue deliberado, una declaración acerca del significado que afirmaba que la vida humana debería de ser objeto de estudio por parte del ser humano hasta que alcanzamos un punto en que todos nos sentimos lo suficientemente bien para permitirnos el lujo de pensar en otros asuntos.

Algunos en la física y otras disciplinas respondieron a esta idea al afirmar que muchos reinos extrahumanos ejercen efectos decisivos en la justicia humana, por lo que un humanismo más fuerte surgiría de un conjunto que incluyese la física, la biología y la cosmología, la ciencia de la conciencia. La justicia se consideraría en parte un estado de la conciencia, y en parte un determinado estado físico o ecológico entre organismos simbióticos.

Quienes defendían la visión antropocéntrica arguyeron que si centrarse en el ámbito extrahumano podría haber servido para lograr la justicia entre los seres humanos, ya habría sucedido. Los seres humanos habían sido extremadamente poderosos durante siglos, y sin embargo, la justicia no había llegado.

Los defensores de la física respondieron afirmando que este fracaso se había producido únicamente porque la mayor realidad física seguía quedando excluida del proyecto de la justicia.

Estos argumentos espejo bascularon entre ambas visiones durante mucho tiempo, no sólo durante la Vacilación, sino hasta el final de la Balcanización y el fatídico año 2312. Y así permaneció suspendida la humanidad ante la faz de su proyecto no promulgado. Eran conscientes pero no actuaron. El lector puede burlarse de ellos; pero se necesita valor para actuar, y también perseverancia. Al autor no le sorprendería saber que la época del propio lector aún es imperfecta, por mucho tiempo que haya transcurrido respecto a la que aquí se describe.

## CISNE EN LOS VULCANOIDES

Finalmente el consejo de Terminador había elegido al nuevo León de Mercurio, un viejo amigo de Alex y Mqaret llamado Kris. Poco después de ser nombrado para el cargo, Kris pidió a Cisne que se sumara a la comitiva que viajaría para entrevistarse con los vulcanoides; Kris quería reafirmar el acuerdo que Alex había cerrado con los vulcanoides relativo a la transmisión de la luz a los planetas exteriores.

—Fue otro de esos tratos verbales de Alex —explicó Kris con el ceño fruncido—, y desde que ella murió, y más aún desde que se quemó la ciudad, hemos visto indicios de que los vulcanoides negocian sistema arriba a nuestras espaldas. Ha hecho que algunos de nosotros dudemos. ¿Sabes si la Interplanetaria investiga a los vulcanoides como posibles sospechosos del ataque a Terminador?

—No creo que sean responsables.

Cisne no tenía ningunas ganas de ir, ni de pensar en la investigación en curso de Genette, ya que en ese momento estaba inmersa en la plantación del parque rediseñado. Pero sería un viaje breve, y el trabajo la esperaría a su regreso. Así que hizo la bolsa y se bajó con Kris y algunos ayudantes en el andén más próximo, el del cráter Ustad Isa, donde había unas instalaciones nuevas destinadas al lanzamiento de naves sistema abajo.

Las naves espaciales vulcanizadas eran bulbosas, muy protegidas y sin ventanas. Sus rutas las llevaban a los treinta kilómetros de cadenas de asteroides que orbitan en una zona situada a 0,1 unidades astronómicas del sol, es decir, a quince millones de kilómetros de la estrella. Descubierta desde Mercurio a finales de siglo XXI, este collar casi perfectamente circular de quemadas pero estables bellezas había sido colonizado recientemente, a pesar del hecho de que en la cara solar reinaba una temperatura de 1.000 grados Kelvin. Estos hemisferios, anclados por la gravedad de forma que siempre miran al sol, se habían tostado en la medida de varios kilómetros de roca perdida a lo largo de su existencia; eran objetos primordiales, tan viejos como los asteroides más antiguos. Ahora habían sido ocupados como cualquier otro terrario: ahuecados, con el material excavado



utilizado en este caso para construir inmensos espejos solares que aumentaron la radiación solar recibida, lo cual contribuiría a la terraformación. Estos espejos se procesan y redirigen la luz del sol en haces láser que pueden apuntarse a espejos solares receptores situados en el sistema solar exterior, y que alumbran los cielos de Tritón y Ganímedes como las farolas del mismísimo Dios. El efecto fue tan dramático que había más colonias en satélites exteriores pidiendo farolas vulcanoides de las que los vulcanoides podían proporcionar.

Cuando el solmergible se aproximó a la órbita vulcana, la imagen mostrada en pantalla representaba al sol como un círculo rojo, y los vulcanoides como un collar suelto de brillantes motas amarillas que recorrían el rojo y lo bordeaban. Las líneas verdes representaban la luz dirigida con láser que se extendía hacia afuera desde los puntos amarillos a los laterales de la imagen. En todas las representaciones, el sol es una enorme bola. Era como un imponente y fiero dragón, y sin embargo seguían volando hacia él, con valentía, precipitadamente, demasiado cerca para su propia seguridad. Una transgresión que sería castigada. En una pantalla parecía un ardiente corazón rojo, cuya textura granulosa recordaba a la visión de células que fluyen sobre un corte muscular. Deben de estar demasiado cerca.

Desde su cara antisolar, el vulcanoide en especial al que se acercaban era una pelada roca oscura, un asteroide típico con forma de patata, rodeado por un paraguas argénteo que medía cien veces su tamaño. El atracadero estaba en mitad de la roca. En determinado momento próximo al final de su aproximación, el asteroide y su espejo solar crearon un eclipse, y la desconcertante visión del sol rojo se convertía al final en un simple halo de fuego coronario, agitando su aura eléctrica; y luego se vieron en la oscuridad, al abrigo de la sombra de los vulcanoides. Sintió un alivio tangible.

Las personas que había dentro de la roca eran adoradores del sol, tal como era de esperar. Algunos parecían los caminantes solares del interior de Mercurio, despreocupados e insensatos, mientras que otros parecían los ascetas de una orden religiosa. La mayoría eran hombres o hermafroditas. Vivían en la órbita solar más cerrada que un objeto pueda mantener. Los solmergibles eran naves que se arribaban al sol antes de huir en dirección contraria. Era lo más cerca que se podía soportar.

Era un espacio inherentemente religioso; Cisne podía aceptarlo, pero le costaba imaginar cómo era la vida de los devotos. En el interior de la roca, el terrario era un desierto, lo cual era apropiado dadas las circunstancias, pero muy

incómodo: caluroso, seco y polvoriento. A su lado el Mojave era un oasis exuberante.

Así que era una forma de tortura personal, y si bien Cisne había intentado muchas formas de torturarse en su juventud, así como durante el apogeo de sus abramovics, ya no creía en torturarse como un fin en sí mismo. También consideraba que esta nueva tecnología de los escudos solares había alterado la naturaleza devocional de la vida de estas personas, transformándolas en algo similar a un farero. Su nuevo sistema era diez millones de veces más potente que la antigua tecnología mercuriana de transferencia, que en adelante se volvería anticuada, como una lámpara de aceite. Tanto la contribución de Mercurio al Acuerdo Mondragon, como su capacidad para ir más allá, disminuyeron en gran medida por este desarrollo, y una parte de la compensación que el comité Mondragon había sugerido consistía en que Terminador debería de ser el agente encargado de la coordinación y el negociador de esa nueva capacidad vulcanoide para transferir la luz; pero eso debían resolverlo los directores. Antes lo había hecho Alex; pero ahora que Alex había fallecido, y la correduría se había incendiado, ¿seguirían sus clientes y/o conciudadanos manteniendo el trato? ¿Colaborarían en la reconstrucción de su agencia, del banco, de su antiguo hogar?

—Bueno —dijo uno de ellos, después de que Kris hubiera descrito la esperanza de Terminador de que se mantendría el trato—. Transportar la luz al exterior del sistema constituye nuestra contribución al Acuerdo Mondragon y a la humanidad. Estamos en mejor posición para hacerlo que vosotros en Mercurio. Sabemos que nos ayudasteis a empezar, pero ahora los saturninos se ofrecen a cubrir el coste de construir escudos solares en todos los vulcanoides que puedan permitírselo. Y realmente ahí necesitan nuestra luz. Por lo tanto, vamos a aceptar su oferta en la medida en que nos sea posible. Supera lo que nos podemos permitir en este momento, a decir verdad. Todavía afinamos las segundas generaciones. Aún estamos trabajando en ciertos asuntos. No tenemos gente suficiente para aprovechar todo lo que nos ofrecen.

Kris asentía.

—Necesitáis nuestra ayuda para coordinar todo el esfuerzo. Estáis aquí abajo, cociéndoos a toda velocidad, atentos a vuestros puestos.

Lo meditaron.

—Tal vez sea así —dijo el portavoz—. Pero no tuvimos problemas cuando

Terminador estuvo fuera de servicio. Ahora creemos que Mercurio debe contribuir al Acuerdo Mondragon con más cosas aparte de la luz. Tenéis metales pesados, historia del arte y la propia Terminador es como una obra artística, un destino turístico para el gran tour y para los observadores solares. Os irá bien.

Kris negó con la cabeza.

—Somos la capital del sistema interior. Con el debido respeto, aquí vosotros operáis centrales de energía. Necesitáis administración.

—Puede.

—¿Qué saturnianos han estado hablando sobre esto? —preguntó Cisne.

Se miraron fijamente.

—Se dirigen a nosotros como liga —respondió uno de ellos—. Pero tenemos el mismo enlace de Saturno que vosotros, su embajador de los planetas interiores. A juzgar por lo que hemos oído, tú lo conoces mejor que nosotros.

—¿Te refieres a Wahram?

—Por supuesto. Nos dijo que vosotros los mercurianos conocen la situación interplanetaria, y que entenderíais lo importante que es nuestra luz para el proyecto Titán. Y también para todos los demás planetas exteriores.

Cisne no respondió.

Kris comenzó a discutir la solución de Tritón y el plan de allí para suministrar a Neptuno.

—Sí —respondió uno de los vulcanos—. Pero los saturnianos no harán eso por Saturno.

Cisne los interrumpió.

—Quiero saber más sobre Wahram, ¿cuándo te visitó?

—Hace un par de años, creo.

—¿Dos años?

—Espera —intervino otro—. Nuestro año sólo dura seis semanas, así que sólo era una broma. Fue hace poco.

—Desde que Terminador se incendió —aclaró el primer orador, mirándola con curiosidad.

Kris llenó el silencio que siguió, recordando a los vulcanos que en calidad de nuevo León de Mercurio, era jefe titular de su orden. Pero aquellos vulcanos en particular no eran Grises, tal como se apresuraron a informar a Kris. Eran seguidores de una secta cismática que no consideraba que el León de Mercurio fuese su líder. Sin embargo, se mostraron muy educados, y Kris siguió tratando de convencerlos de que mantuvieran el acuerdo. Sin embargo, a Cisne le costaba seguir la conversación. A medida que lo pensaba se enfadaba cada vez más con Wahram, hasta el punto de no prestar atención a lo que se decía. Justo en el momento en que le dijo que colaboraría con ella, después de haber abordado la nave flotante en las nubes de Saturno, había ido ahí a socavar su causa. Un duro golpe dado a traición.

## *Listas (11)*

Cráter Annie Oakley, Cráter Dorothy Sayers.

También hay cráteres con los nombres de:

Madame Sevigné, Shakira (una diosa Bashkir), Martha Graham, Hipólita, Nina Efimova, Dorothea Erxleben, Lorraine Hansberry, Catherine Beecher;

también la diosa mesopotámica de la fertilidad, la diosa celta del río, la diosa woyo del arco iris, la diosa pueblo del maíz, la diosa védica de la abundancia, la diosa romana de la caza (Diana), la diosa letona de destino;

También Anna Comnena, Charlotte Corday, María reina de Escocia, Madame de Staël, Simone de Beauvoir, Josephine Baker.

También Aurelia, madre de Julio César. Tezan, diosa etrusca del alba. Alice B. Toklas. Xantippe. Emperatriz Wu Hou. Virginia Woolf. Laura Ingalls Wilder.

Evangeline, Fátima, Gloria, Gaia, Helena, Eloísa.

Lillian Hellman, Edna Ferber, Nora Zeale Hurston.

Ginebra, Nell Gwynn, Martine de Beausoleil.

Sophia Jex-Blake, Jerusha Jirad, Angelica Kauffman.

Maria Merian, Maria Montessori, Marianne Moore.

Mu Guiying. Vera Mukhina. Aleksandra Potanina.

Margaret Sanger. Safo. Zoya. Sarah Winnemucca. Seshat. Jane Seymour. Rebecca West. Marie Stopes. Alfonsina Storni. Anna Volkova. Sabina Steinbach. Mary Wollstonecraft. Anna von Schuurman. Jane Austen. Wang Zenyi. Karen Blixen.

Sojourner Truth. Harriet Tubman.

Hera. Emily Dickinson.

## WAHRAM EN VENUS

Wahram estaba en la ciudad de Colette, tratando de conseguir por lo menos parte del Grupo de Trabajo de Venus para apoyar el plan de intervención en la Tierra, también para pedir ayuda a ciertos amigos de Venus con el plan de Genette para hacer frente a los qubos extraños. Ninguno de los proyectos iba demasiado bien, a pesar de que Shukra parecía dispuesto a ayudar; pero él quería corresponder, ayudando con sus conflictos locales, a pesar de que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Sería necesario mucho más, tanto por parte del Mondragon como de Saturno, si iban a arrastrar a los venusianos en el próximo empeño terráqueo.

Entonces, durante un bienvenido descanso en las negociaciones, alguien llamó a la puerta de la sala de conferencias, y Cisne entró. A Wahram le sorprendió mucho verla, y volvió a sorprenderse cuando le vio, se dirigió hacia él y le estampó un puñetazo en el pecho.

—Hijo de puta —dijo ella, y no precisamente en voz baja—. Me has mentido, me has mentido.

Dio un paso atrás, con las manos levantadas, buscando a su alrededor un lugar al que retirarse, donde ambos pudieran continuar la conversación con mayor intimidad.

—¡Yo no he hecho tal cosa! ¿De qué hablas?

—Fuiste a ver a los vulcanoides, llegaste a un trato con ellos, ¡y no me lo contaste!

—Eso no es mentir —dijo él, sintiéndose como quien camina por la cuerda floja; pero era cierto, y tuvo tiempo para retirarse a un pasillo, y después dobló una esquina, donde se pudo parar para defenderse—: Fui a hacer mi trabajo para la Liga de Saturno, no tuvo nada que ver contigo, y tienes que admitir que no tenemos costumbre de compartir nuestras respectivas agendas laborales. Llevo un año sin verte.

—Eso es porque has estado en la Tierra, haciendo tratos también allí. De los

que tampoco me has hablado. ¿Qué me has dicho al respecto? ¡Nada!

Aquello había preocupado a Wahram, pero había logrado ignorar el problema y había hecho su trabajo; pero ahora ahí estaba, había llegado la hora de ajustar cuentas.

—Es que estaba... fuera —dijo débilmente.

—Fuera... ¿Qué es eso de que estabas fuera? —insistió ella—. A ver, ¿tú estabas en ese túnel o no? ¿Estuvimos juntos en el túnel o no?

—Estuvimos juntos —respondió él, levantando las manos, a la defensiva o a modo de protesta—. Estuve allí. —No fui yo quien dijo no haber estado allí, pensó, pero no lo dijo.

Al menos ella se había detenido y le miraba fijamente. Se miraron durante un rato.

—Escucha —dijo Wahram—. Trabajo para Saturno. Soy el embajador de la liga para los planetas interiores, y aquí estoy, haciendo mi trabajo. No... No se trata de algo de lo que pueda hablar libremente. Actúo en una esfera diferente.

—Pero acabamos de sufrir un ataque y hemos perdido nuestra ciudad. Tenemos que cuidar de los bienes que tenemos que dar. Y parte de eso era la luz.

—No era una cantidad suficiente de luz. La totalidad de lo que pueda enviarse desde Mercurio significa poco para Saturno. Con los vulcanoides es diferente. Pueden enviar lo bastante como para marcar la diferencia. La necesitamos para Titán. Y eso es lo que me han encargado. Es como hacer una oferta por las acciones de futuros. Siento no haberte hablado de ello. Supongo que tenía... Tenía miedo. No quiero que te enfades conmigo. Pero de todos modos lo estás.

—Peor aún —le aseguró.

Wahram percibió que se estaba preparando para darle una retahíla de argumentos.

—Fue estúpido de mi parte. Lo siento. Soy una mala persona.

Reparó en que eso casi la había hecho reír.



—Serás cabrón —dijo Cisne, fiel a su intención original de abroncarle—. Pero lo que has hecho en la Tierra es aún peor. Has llegado a un trato con las naciones ricas de la Tierra, a eso se reduce todo, y tú lo sabes. Menuda vergüenza. Hay gente por ahí que vive en casuchas hechas con cartones. Ya sabes cómo es. Eso nunca cambia, y por lo visto nunca lo hará. Por tanto nunca dejarán de odiarnos, y algunos nos atacarán. Y nosotros estallamos como pompas de jabón. No hay otra solución que la justicia para todos. Es lo único que nos permitirá vivir con seguridad. Hasta entonces siempre habrá quien llegue a la conclusión de que matar viajeros espaciales es lo único capaz de llamar la atención sobre los problemas de la Tierra. Y lo triste es que tal vez estén en lo cierto.

—¿Porque ahora estás prestando atención?

Ella le miró fijamente.

—¡Eso se debe a que hace tiempo que dura esta situación!

Él inclinó la cabeza a un lado, tratando de encontrar la manera de decir lo que sentía. La acompañó por el pasillo un poco más allá, hasta una larga mesa cubierta con galletitas y grandes cafeteras. Wahram sirvió dos tazas de café.

—Así que... estás diciendo que para protegernos tenemos que organizar una revolución global en la Tierra.

—Sí.

—Y ¿cómo? Es decir, hace siglos que llevan intentándolo.

—¡Eso no es excusa para dejar de intentarlo! Me refiero a que aquí estamos en Venus, en Titán, y que nosotros lo hacemos todo. Allí hay cosas que podrían funcionar. Introducir algo que se transmita por teléfono móvil. Darles una participación en el Acuerdo Mondragon. Construir viviendas o trabajar la tierra. Que sea esa clase de revolución, uno de los no violentas. Si sucede algo lo suficientemente rápido, lo llaman revolución, haya o no armas de por medio.

—Pero las armas están ahí.

—Tal vez lo estén, pero ¿y si nadie se atreve a disparar? ¿Qué pasa si lo que hicimos siempre fue demasiado inocuo? ¿O incluso invisible?

—Esta clase de acciones nunca son invisibles. No. Habría resistencia. No te

engaños.

—Pues muy bien, les propondremos un pulso, a ver qué pasa. Disponemos de recursos sobrados, y cultivamos buena parte de sus alimentos, por tanto tenemos la situación por la mano.

Wahram lo meditó.

—Tal vez lo hagamos, pero allí se juega según sus reglas.

Ella sacudió la cabeza con fuerza.

—Hay una economía del regalo en los sentimientos de la gente que precede a todas las reglas. Una vez establecida, todo el mundo se entrega a ella. Y tenemos que hacer algo. Si no lo hacemos, acabarán con nosotros. Nos matarán y luego nos devorarán.

Wahram tomó un sorbo de café, tratando de ganar tiempo para que se tranquilizara. Cisne había ido demasiado lejos, como siempre. Le hubiera gustado oír lo que Pauline opinaba al respecto, pero en ese momento no había manera de que Cisne le permitiera acceder a Pauline. Cisne había aceptado la copa que le había servido y tomó un par de sorbos, luego empezó a hacerle un discurso, reforzando sus argumentos con gestos enérgicos con la mano que sostenía la taza, así que Wahram tuvo suerte de que no se lo derramara encima.

Y de hecho, a pesar de que como de costumbre estaba yendo demasiado lejos, también expresaba cosas que Wahram había estado pensando. Otra forma de expresar algo en lo que Alex había hecho hincapié durante años. Así que aprovechó un instante en que ella recuperaba el aliento y dijo:

—Aquí el problema es que hace siglos que se sabe lo que debe hacerse, pero nadie lo hace porque se necesitaría un gran número de personas para llevarlo a cabo. Trabajos de construcción, restauración del paisaje, una agricultura decente. Todas ello requiere de un considerable número de personas.

—¡Pero es que existe un número considerable de personas! Nos saldrían los números si se movilizara a los desempleados. La revolución del pleno empleo. Ese lugar está destrozado, tienen que hacerlo. ¡La Tierra necesita la terraformación tanto como Venus o Titán! De hecho, la necesita más, y aquí nos tienes, de brazos cruzados.

Wahram lo meditó.

—¿Podría venderse de ese modo, ¿no te parece? ¿Como una restauración? Apelar tanto a los conservadores como a los revolucionarios, o al menos confundir la cuestión referente a lo que sucede en realidad.

—No creo que tengamos que mostrarnos confusos.

—Si tienes claras tus intenciones, Cisne, habrá oposición. No seas ingenua. Habrá oposición ante cualquier cambio. Y por oposición sería me refiero a la violencia.

—Si pueden encontrar la manera de aplicarla. Pero si no hay nadie para arrestar, nadie que devuelva el golpe, nadie a quien asustar...

Wahram negó con la cabeza, sin estar convencido.

Cisne caminaba a su alrededor como un cometa alrededor del sol; Wahram se volvió para mirarla. Dos veces cerró de nuevo sobre él para golpearle en el pecho con la mano con que no sostenía la taza de café. Sus voces se cruzaron en un canto antifonal que a cualquiera que lo hubiese escuchado le habría sonado como un dúo de croar de sapo y canto de alondra.

Por último llegó a su fin el dúo disonante. Cisne se quedaba sin fuelle. Quedó claro que acababa de llegar a Venus, y empezaba a bostezar a pesar del café. Wahram suspiró aliviado, adaptó su timbre de voz a un tono más sosegado y cambió de tema. Contemplaron a través de la ventana la nieve que caía, arrastrada por un fuerte vendaval sobre arquitecturas solapadas unas sobre otras. Aquel mundo, tan nuevo y descarnado, incipiente aún, les decía con fuertes golpes de viento que las cosas estaban cambiando.

Wahram repasó mentalmente dos proyectos inacabados de Alex: afrontar lo de la Tierra; afrontar a los qubos. Sintió un escalofrío, como si de repente le pareciese que aquellos proyectos formaran parte de una misma cosa. Muy bien, pero sería necesaria una gran habilidad para unirlos, habría que ser muy preciso con la ejecución. Y Cisne no dejaría de molestarse con él hasta que se mostrase colaborador. Sin embargo, pensó que tal vez podría hacerlo.

## *Extractos (13)*

ciertas acciones metabólicas acumulan daños de por vida, y cada tipo de daño debe tratarse de forma individual, y hay que coordinar los tratamientos entre sí, así como con el funcionamiento normal del organismo

la pérdida de células o atrofia mejora con el ejercicio, factores de crecimiento y la dirección de células madre

mutaciones cancerosas se identifican por la secuencia paralela masiva del ADN y la secuenciación del transcriptoma, y se disuelve por las terapias de genes específicos y la manipulación de la telomerasa; las terapias de quimioterapia y radiación se centran ahora en el uso de anticuerpos monoclonales, avímeros y proteínas diseñadas

las células resistentes a la muerte que son senescentes en su función no deben transformarse en formas nocivas, sino convertirse más bien en el blanco de genes suicidas y respuesta inmune

los mitocondrias incólumes se introducen en células que sufren mutaciones mitocondriales

la lipofuscina es un tipo de basura acumulada en el interior de nuestras células que no puede evacuar el organismo inmune. Las placas amiloidales forman parte de esta categoría. Las enzimas adaptadas a partir de bacterias y mohos que digieren completamente los cuerpos animales florecerían hasta que se terminasen sus nutrientes, tras su introducción, y esta ausencia activaría genes suicidas insertados en las enzimas. Los agregados extracelulares se eliminan por vacunación que estimula respuestas inmunes, incluyendo un estado de fagocitosis aumentada. Las complicaciones incluyen

el entrecruzamiento aleatorio extracelular de las células explica la rigidez, pero los enlaces han sido exitosamente rotos con enzimas diseñadas para

la manipulación de la telomerasa ha demostrado ser un acto de equilibrio muy difícil en ciertos tipos de células: la aplicación de telómeros durante más tiempo de la cuenta desemboca en una inmortalidad cancerosa, pero si es breve se alcanza rápidamente el límite de Hayflick y la replicación ya no es exitosa

mientras que la reparación del ADN implica un ADN polimerasa con la capacidad de la exonucleasa para la corrección de pruebas, lo que resulta en una reparación del ADN de alta fidelidad, las polimerasas de ARN carecen de esto y por lo tanto cometen muchos más errores durante la transcripción de genes, lo que constituye un poderoso motor de la evolución

pleiotropía es el fenómeno de un gen que causa efectos positivos en el organismo joven, pero se convierten en malos cuando éste envejece. A menudo constituye la fuente de problemas que los tratamientos hormonales bisexuales están diseñados para

hormesis (buena disposición) es una respuesta biológica que con el tiempo se demuestra ventajosa para exposiciones bajas de toxinas o factores estresantes. Este proceso, llamado a veces *eustres*, relacionado con el mitriadismo, (en homenaje al rey Mitridates, que consumía pequeñas cantidades de veneno para que una mayor cantidad no le causara la muerte), ha sido propuesto como explicación de por qué, en principio, el sabático en la Tierra puede ayudar a maximizar la longevidad

las correlaciones más fuertes para la longevidad incluyen un menor tamaño corporal y la exposición a andrógenos y estrógenos; ambos son también mutuos multiplicadores, en la medida en que no ha habido un andrógino o ginandromorfo menudo que fallezca de causas naturales. Los más viejos alcanzan los 210 años de edad, y su potencial de vida útil no se puede calcular en este momento. Es probable que surjan más temas de estudio relacionados con este hallazgo a medida que sea investigado

la velocidad de escape actuarial se define cuando un año de investigaciones médicas añade más de un año de longevidad a la población total. Nunca se ha conseguido nada parecido, y los signos emergentes de una curva asintótica en el progreso sugiere que esta velocidad tal vez no pueda alcanzarse

la declaración prematura de enormes ganancias de longevidad ha sido denominada kyriasis o síndrome de Dorian Grey, o simplemente la esperanza de la inmortalidad

alargar los telómeros de determinadas células mediante un aumento temporal de la telomerasa de estas células. Como las distintas células pierden los telómeros a diferentes velocidades, los tratamientos farmacológicos deben etiquetarse únicamente para determinados tipos de células, y los cánceres involuntarios

la biogerontología se vio humillada una y otra vez por inesperada

la famosa dieta vitaminada y baja en calorías actuó para feminizar la expresión de genes en muchos aspectos que resultaron decisivos a efectos de longevidad, por lo que ahora la terapia hormonal de género se adapta para crear este efecto feminizante sin la restricción calórica, que nunca cuajó

si se recuerda la antigua comparación del cuerpo humano con un Chevrolet modelo Havana, con todas las piezas móviles sustituidas una vez averiadas, el problema podría compararse a la fatiga del metal de bujías y carrocería. En otras palabras, los «siete pecados capitales» de la senectud no son los únicos pecados. El daño no reparado del ADN, la mutación no cancerosa, la transformación de los estados de cromatina, todo esto crea finalmente un «daño de envejecimiento» que cuesta detectar o contrarrestar. En la actualidad no es posible repararlo, lo que probablemente explica la

tomar células de la piel de las personas, convertirlas en células madre pluripotentes, depositarlas en un baño de proteína de la clase adecuada y formar un tubo neural, que es el comienzo del sistema nervioso donde crecerá la médula espinal por un extremo y el cerebro por la otra. Tomar rebanadas de tubo neural y dirigir las con otras proteínas estimulantes para convertirlas en células de diferentes partes del cerebro, como células de la corteza. Poner a prueba

arritmia, colapso repentino, declive rápido, laguna inmune, irregularidad de onda cerebral, superinfección, infarto de miocardio, muerte instantánea, muerte sin causa aparente, etc.

## KIRAN EN VINMARA

La nueva cuadrilla de trabajo de Kiran comenzó a conducir regularmente un todoterreno de ida y vuelta desde uno de los complejos cerrados de Lakshmi en Cleopatra, hasta la nueva ciudad de Vinmara, pasando siempre de camino junto a Harbor Stupid. Vinmara seguía creciendo como un banco de moluscos en torno a su bahía vacía de aguas poco profundas, y hacia el sur a través de la nevada por la que podía verse el brillo argénteo del mar de hielo seco.

Después de una de estas rutas, ya de vuelta en Cleopatra, Kiran se reunió con Kixue en un bar de juego que ambos frecuentaban, y el menudo voluble dijo:

—Ven a conocer a una amiga mía. Te gustará.

Resultó ser Shukra, la barba y el cabello largo y gris, tanto que parecía un mendigo errante. Kixue sonrió mientras Kiran reconocía al tipo.

—Ya te dije que te gustaría.

Kiran murmuró algo ininteligible.

—Está bien —dijo Shukra, mirándole fijamente—. Fuiste el cebo, ya te lo dije. Y mordieron el anzuelo. Así que aquí me tienes, dispuesto a decirte qué hacer a continuación. Lakshmi te ha puesto a trabajar cubriendo la ruta entre su complejo aquí y esa ciudad costera, ¿verdad?

—Correcto —respondió Kiran, que entendía que seguía debiéndole sus servicios al primero de sus contactos venusianos, pero a quien no se le escapaba lo peligroso que era jugar para ambos bandos. Bajo ningún concepto quería ponerse a Lakshmi en contra, pero ese hombre tampoco parecía alguien con quien se pudiera andar jugando. De hecho, en ese momento no había forma de rechazarlo—. Hay envíos que van en ambas direcciones, pero no vemos lo que llevamos.

—Quiero saber de qué se trata. Mira a ver si puedes ir un poco más allá, y hazme saber qué averiguas.

—¿Cómo me pongo en contacto contigo?

—No lo harás. Yo me pondré en contacto contigo.

Después, sintiéndose profundamente inquieto, Kiran se mantuvo ojo avizor cuando hacía la ruta a Vinmara. Reparó en que todo estaba preparado para que la tripulación del transporte no conociese el contenido de los todoterreno, había guardias en cada viaje, y la oficina del centro de Vinmara estaba tan cerrada a los extranjeros como las diversas instalaciones de Cleopatra. Los todoterreno se retiraban a un muelle de carga y se conectaban con el edificio, y al cabo de un tiempo se marchaban, y eso era todo. Una vez, cuando las fuertes nevadas los retrasaban en mitad de la ruta, Kiran escuchaba sin ver cómo el guardia en su cabina mantenía una conversación telefónica con lo que parecía ser los ocupantes del compartimiento de carga del vehículo; hablaron en chino, y más tarde Kiran hizo que sus gafas de traducción le interpretasen la grabación que había hecho.

—¿Estáis bien ahí atrás?

—Estamos bien. Están bien.

¿Ellos? Fuera como fuese tenía algo que contar a Shukra, siempre y cuando hiciera acto de presencia.

Dio la casualidad de que estaban en Vinmara cuando por fin las fuertes nevadas cesaron. Los cielos se despejaron, las estrellas se dibujaron con todo su esplendor en la negra cúpula del firmamento. Como era de esperar, se sumaron a los habitantes del lugar a la hora de ponerse el traje de vacío y salir a las puertas de la urbe, en dirección a las colinas desnudas que había sobre la ciudad. El continuo diluvio de nieve y aguanieve y granizo y lluvia se había prolongado durante tres años y tres meses. Todo el mundo quería ver qué aspecto tenían las cosas bajo las estrellas.

Casi todo el paisaje que podían ver estaba cubierto de nieve, que resplandecía a la luz de las estrellas. Muchas puntas de piedra negra horadaron el blanco reluciente, y el terreno que envolvía la ciudad hubiera sido un trazado diabólico para un campo de golf. El resultado era que sobre sus cabezas el cielo negro estaba tachonado de estrellas brillantes, mientras que a su pies las colinas blancas parecían salpicadas por afloramientos de motas pequeñas, de forma que el conjunto semejaba el negativo fotográfico del otro.

Y ya se podía respirar el aire libre. Hacía un frío del demonio, por supuesto, y



a medida que la gente se quitó el casco se pusieron a gritar, expulsando bocanadas de vaho por la boca. Aire respirable, mezcla compuesta por nitrógeno, argón y oxígeno, a 700 milibares, y diez grados bajo cero. Era como respirar vodka.

La nieve bajo sus pies era demasiado dura para excavar bolas de nieve, y la gente se caía tras resbalar aquí o allá. Desde la cima de la colina que miraba a la ciudad podían verse grandes distancias en todas direcciones.

En torno a mediodía, y entre las estrellas en lo alto, colgaba el círculo negro del sol eclipsado. Un contorno negro en el cielo: el escudo solar, que no dejaba pasar la luz del sol, a excepción de ese día en que se produjo un uneclipse programado. Hacía un tiempo que estos uneclipses se habían programado una vez al mes, para hacer que el lugar alcanzase una temperatura más apta para el ser humano, pero nadie en el planeta había sido capaz de verlo debido a que la lluvia y la nieve habían bloqueado la vista. Pero ése serían capaces de verlo.

Mucha gente se puso de nuevo el casco; la realidad del frío era cada vez más patente. Kiran tenía la nariz tiesa y le ardían los oídos, ya que se había quedado helada. La gente decía que se podían romper las orejas congeladas sin más, y ahora se lo creía. La música sonaba a través de los altavoces en la ciudad, sonaba algo estrepitoso con címbalos, campanas, algo muy eslavo, muy fuerte y ruidoso.

Entonces, justo encima del escudo solar se dibujó un hilo perfectamente circular de luz diamantina, que ardía cerca del borde del disco negro. A pesar de que este anillo anular era un cable liso de color amarillo brillante, un delicado aro de fuego, todavía iluminaba las blancas colinas y la ciudad, el mar de plata hacia el sur y los penachos de hielo que llovían desde las garganta que gritaban, brillaban ahora con una luz de bronce que le hizo recordar la luz del sol, toda la luz del sol que había conocido o soñado. El tinte bruñido era como la mismísima luz de la vida, una luz que casi habían olvidado, devuelta ahora por aquella atmósfera amarilla.

Después de una hora gélida, el anillo de fuego creció más y más delgado, eclipsando desde su interior hacia fuera, hasta que el disco del sol se volvió completamente negro de nuevo. La circular persiana veneciana había cerrado su lama abierta. El terreno cubierto de nieve se oscureció hasta adquirir su habitual luminosidad, y las estrellas se volvieron grandes de nuevo. Habían recuperado la noche cerrada, con toda su sombría familiaridad. Justo encima del disco negro del sol, un planeta blanco brillante relucía pequeño pero constante: Era Mercurio, le dijeron a Kiran. Estaban viendo Mercurio desde Venus, y brillaba como un diamante en bruto. Y más allá del horizonte occidental colgaban la Tierra y también

la Luna, una estrella doble con un tinte azul.

—Guau —dijo Kiran. Había algo en él que parecía volar como un globo. Tuvo que respirar hondo.

Sin embargo, sus compañeros de la cuadrilla le tiraban del brazo.

—¡Chico de la Tierra! ¡Chico de la Tierra! ¡Bye Bye Miss American Pie! Tenemos que volver rápido a la ciudad, hay un vehículo averiado y Lakshmi nos necesita ahora mismo!

—Adelante —exclamó Kiran, que los siguió bajando por la colina hacia las puertas abiertas de Vinmara.

Justo en la puerta de la ciudad siguieron las instrucciones dadas por teléfono hasta el todoterreno que estaba en peligro. Tenía el mismo aspecto que el suyo. El conductor y un trío de agentes de seguridad estaban de pie junto a él, con aspecto de sentirse muy desdichados. El todoterreno no tenía potencia, y había unos cuantos paquetes que necesitaban transporte a la oficina del centro de la ciudad lo más rápida y discretamente posible. Kiran hizo cola con sus compañeros, y llegado el momento tomó una caja grande que le tendió uno de los agentes de seguridad, pensando que ésa podría ser su oportunidad para averiguar lo que estaban transportando. Luego atravesaron la ciudad en fila, como si fueran porteadores.

La ciudad seguía casi vacía, los residentes estaban aún festejando en la colina. La caja que Kiran transportaba pesaba unos cinco kilos, pero no era excepcionalmente pesada para su tamaño. Tenía un teclado numérico cerca del candado, lo que le proporcionaba el aspecto de un maletín reforzado. No estaban lejos de la oficina. Las bisagras parecían pequeñas y endeables, y se preguntó qué pasaría si se precipitara al suelo por ese lado.

Pero entonces el trío de agentes de seguridad del todoterreno averiado apareció gritando:

—¡Corred! ¡Corred! ¡Rápido, a la oficina! —Miraban hacia atrás con miedo y las armas desenfundadas. Todo el mundo echó a correr desbocado, y Kiran, siguiendo a los demás, al verlos nerviosos, cambió el maletín de mano para apoyarse las bisagras en el costado. Cuando sus compañeros doblaron la esquina de un callejón, fingió tropezar, y golpeó con fuerza la maleta contra la pared por la parte de las bisagras.

La maleta no acusó el golpe.

—¡Vaya mierda! ¿No los habrás roto? —gritó alguien a su espalda; era uno de los guardias de seguridad, un chino alto, situado de pie junto a él con expresión horrorizada.

—¿Qué pasa? ¿No serán huevos? —preguntó Kiran mientras se levantaba.

—Como si lo fueran —dijo el guardia, tomando la caja y descargando golpes en el teclado—. Y si están rotos, lo mejor será abandonar la ciudad. —La parte superior de la maleta se levantó, y dispuestos en una hilera de recipientes transparentes vio una docena de globos oculares humanos. Todos ellos, Kiran pensó que por casualidad, vueltos hacia él.

## *Extractos (14)*

El proyecto espacial se aceleró cuando fue patente que la Tierra estaba en un mal momento a causa del cambio climático y el despojo generalizado de la biosfera. Viajar al espacio parecía el empeño de escapar de todo eso, y había tanta verdad en ello que los defensores del proyecto espacial siempre tenían que destacar su valor humanitario y ambiental, las maneras en que los recursos disponibles en el sistema solar ayudarían a la Tierra a caminar cojeando a través de sus excesos. Habitar los demás cuerpos del sistema solar, se podría decir que se ajusta a la ética leopoldina de la tierra, «lo que es bueno es bueno para la tierra», porque iba a ser necesario tomar cosas del espacio para salvar la Tierra

primeros asentamientos en la Luna, Marte y los asteroides fueron tan caros que se convirtieron en proyectos nacionales o internacionales y se financiaron mediante dinero público. Esto los debilitó profundamente en los años de la vacilación, pero tras la construcción de los primeros ascensores espaciales, y en el momento del *Accelerando* estaban preparados para tomar salir al centro del escenario, preparados para convertirse en el paisaje del *Accelerando*

Marte fue el primero en ser terraformado, y en comparación con los siguientes, fue muy fácil. Desde el principio se tomó la decisión de proceder lo más rápidamente posible. Miles de explosiones fueron detonadas en el regolito (se dijo que esto serviría de ayuda a las formas de vida marcianas sepultadas en la litosfera), y gran parte de la superficie del planeta se quemó, en líneas que más adelante sirvieron como el lecho de los canales más famosos del planeta. Los incendios crearon una atmósfera, y el hielo del planeta se minó y fundió de tal forma que un angosto océano septentrional y un Mar de Hellas fueron llenados. Se tomó poca o ninguna consideración por la superficie primordial, pero también era verdad que la escala vertical de la topografía planetaria protegía los puntos más altos del paisaje de sufrir alteraciones graves, dejándola como una especie de parque primitivo

la masiva afluencia de inmigrantes de la Tierra se mezcló rápidamente hasta formar una comunidad políglota que en cuestión de dos generaciones se consideró intrínseca y fundamentalmente marciana, el *Homo Ares*, y como tal, una unidad

política independiente de la Tierra por naturaleza y por derecho. Toda la población estuvo de acuerdo en separarse de todas las asociaciones terrestres, reorganizándose después bajo una nueva constitución que establecía un único gobierno planetario y un sistema económico etiquetado como socialista, comunista, utópico, democrático-estatal-anarquista, sindicalista, cooperativas de trabajadores, libertario-socialista, y toda clase de etiquetas varias pertenecientes al pasado, todas las cuales fueron rechazadas por los políticos teóricos de Marte, que preferían el adjetivo «marciano» o «areológico». En calidad de nuevo sistema socioeconómico, con una biosfera de nueva creación para trabajar, Marte era un poder sociofísico, el igual de cualquier nación o alianza terrestre única, y en muchos sentidos, a causa de su unidad, el igual del resto de la humanidad balcanizada combinada

se avivaron los temores cuando Marte, en la primera oleada de independencia, comenzó a despojar el nitrógeno de la atmósfera de Titán para devolverlo a Marte, sin tener en cuenta las opiniones de las personas que ya estaban en el sistema de Saturno, un grupo no muy numeroso. Alrededor de ese mismo periodo (2176-2196), las cuadrillas chinas desmantelaron la luna Dione, de Saturno, con el fin de redirigirla sobre Venus como parte de los esfuerzos iniciales de terraformación. En los problemas de la Tierra después de la Pequeña Edad de Hielo de 2140, no había poder en la Tierra lo suficientemente grande como para desafiar a los chinos en este movimiento distante. Pero estos dos acontecimientos en torno a Saturno estimularon la creación de la Liga de Saturno, que con el tiempo logró establecer su soberanía sobre la totalidad del sistema de Saturno, aunque a decir verdad la amenaza de una traumática guerra entre Saturno y Marte, una guerra fantasma de Saturno por la independencia, como alguien la llamó, era necesaria para finalizar la afirmación

el satélite de la Tierra, la Luna, jamás logró la independencia, pero se dividió siempre en ciudades y regiones controladas por las diversas potencias terrestres. Hubiera sido difícil terraformar completamente la Luna, porque bombardearla con asteroides para que girase y proporcionarle una atmósfera se consideraba que era demasiado probable que supusiera para la Tierra una lluvia de tectita de una gravedad potencialmente considerable. También era verdad que los metales y productos químicos útiles de roca lunar sólo podían explotarlos un proceso de minería y de procesamiento profundos de gran parte de la superficie lunar, que también dificultaba la terraformación. Así que los cráteres con grandes cúpulas y las zonas cubiertas por tiendas se alternaban con imponentes pozos mineros, y cada nación con una importante presencia lunar tuvo afluencia de materias primas. La temprana inversión de China en la Luna condujo directamente a su influencia sobre Venus, ya que el escudo solar venusiano fue el fruto de las bases lunares

industriales chinas. Al mismo tiempo, muchas naciones terrestres establecieron otras bases lunares, de modo que la unificación política de la Luna se volvió imposible. Algunos aseguran que los orígenes de la balcanización se remontan a este momento, aunque la mayoría considera que las claves son la decoherencia cubical y el ingente tamaño del sistema solar

por supuesto la balcanización es motivo de desacuerdo unánime, con opiniones que van desde que supone el círculo más bajo del infierno hasta que representa la deliciosa y fructífera diversificación de la vida de nuestra época

el éxito es fracaso. El Acelerando extendió toda la debilidad, la enfermedad y la delincuencia incrustadas en el sistema terráqueo de esa época, y una vez que se extendió ampliamente, nunca podrían contenerse. La caja de Pandora había sido

a principios del siglo XXI, la cuarta parte del Acuerdo Mondragon había organizado una tercera fuerza para unirse a la pareja Tierra-Marte, y las Ligas de Júpiter y Saturno también se convirtieron en fuertes contrapesos. Una situación de esta complejidad diplomática dio pie a muchos argumentos en torno al «equilibrio de poderes», el «gran juego», una «guerra fría», y así sucesivamente: todas las ideas de épocas anteriores, que nos atormentaron en su momento, pues tal es su costumbre, fantasmas hambrientos que nos engañaron con sus falsas analogías, cubriendo nuestros ojos vivos con sus manos muertas. En definitiva, la balcanización se convirtió por su extensión y lo especial de su naturaleza en algo nuevo

Se rumoreó en aquellos años que había espías marcianos por todas partes en el sistema, pero que constantemente informaban a su cuartel general que no había nada que temer: la balcanización significaba que Marte no se enfrentaba más que a un caos fortuito de sacudidas humanas

## WAHRAM EN LA TIERRA

Le sorprendió el hecho de que pudiera alterar sus planes, por no mencionar cambiar su vida, todo para ayudar y complacer a una persona a quien no conocía muy bien ni en quien confiaba mucho, alguien que se enfadaba con él a menudo y era tan propensa a darle un puñetazo como a obsequiarle con una sonrisa, alguien capaz de mirarle furiosa sin más, que podía gruñirle con desprecio, la suma de todo lo cual, por tanto, reducía su empeño a una especie de cobardía, en lugar de tratarse de afecto. Y, sin embargo, ése estaba resultando ser el caso. Ya había pasado la mayor parte del año anterior viajando por todo el sistema, obteniendo apoyo diplomático y materiales para los planes de Alex de reavivar la Tierra y afrontar el problema de los qubos; a todo eso se sumaba ahora esa campaña, dedicó mucho tiempo a pensar en maneras para poner en práctica la idea de Cisne de mejorar rápidamente las condiciones de los terrestres abandonados a su suerte. Dudaba que Cisne fuese consciente de su empeño, pero tenía la sensación de que ella podría averiguarlo si quería, ya que su vida era un libro abierto, a excepción de las partes que le escondía. Desde luego, no iba a contarle lo que había hecho. Pensaba que la intensidad de su compromiso con él en su último intercambio, los golpes que le dio y los gritos, significaba que había estado prestando atención, y que seguiría haciéndolo. Y las acciones eran lo que importaba.

La naturaleza de aquel nuevo trabajo supuso un duro golpe para su pseudoiteración, que, mucho menos pseudo que iterativa, se volcó en el flujo puro de exfoliación, cada día distinto y con patrones inverosímiles. Esto fue muy difícil para él, y a medida que pasaron los días, y luego las semanas, y después los meses, comenzó a preguntarse no por qué hacía lo que hacía, sino por qué Cisne no se ponía en contacto con él para unir fuerzas. Habrían llegado más lejos trabajando en equipo. La combinación de los poderes de las sociedades del interior y los del exterior del sistema solar tendría efectos beneficiosos, y por tanto Mercurio y Saturno tenían que ser socios naturales, y, si lo fueran, convertirse en una potencia casi equivalente a las potencias situadas en la mitad del espectro. Wahram podría ver el potencial. Pero Cisne ni había llamado ni le había enviado un solo mensaje.

Así que continuó trabajando. En algunos países, su campaña se llamó Rápido Alivio del Incumplimiento, o RAI. El «incumplimiento» se refería a la Declaración

Universal de los Derechos Humanos y las infracciones a las que aluden muchos artículos de ese documento, a menudo los artículos 17, 23 y 25, con el 28 ondeando en ocasiones como un recordatorio a los gobiernos recalcitrantes. En otros países, sus programas se basaron en una oficina gubernamental del venerable gobierno indio, la Sociedad para la Erradicación de la Pobreza Rural, SEPR. Dicha organización nunca había conseguido muchos adeptos en su objetivo declarado, pero se trataba de un organismo ya existente, y el Acuerdo Mondragon las había identificado como las mejores entre las malas opciones para canalizar las ayudas. Wahram pensaba que todo el modelo aceptado de ayuda al desarrollo había demostrado ser un ejemplo de la Paradoja de Jevons, según la cual el aumento de la eficiencia en el consumo dispara el consumo más, en lugar de reducirlo; el aumento de la ayuda siempre había aumentado el sufrimiento, en una especie de bucle de retroalimentación mal teorizado, o tal vez teorizado perfectamente bien, pero de tal forma que revelaba que todo el sistema era un caso de gente rica vampírica que efectuaba un complejo movimiento de cleptoparasitismo alrededor de la Tierra sobre los pobres. Nadie quería oír eso, por lo que continuó repitiendo los errores identificados cuatrocientos años antes, cada vez a mayor escala. En definitiva: el planeta de la tristeza.

Hubo, por supuesto, fuerzas muy poderosas de la Tierra que se opusieron firmemente, en general, a cualquier manipulación por parte de las colonias espaciales, y a la creación del pleno empleo en particular. En caso de aprobarse, el pleno empleo quitaría «presión salarial», frase que siempre había instaurado el miedo en el corazón de la gente humilde, así como en el corazón de todo aquel que temía caer en la pobreza, lo que equivale a la práctica totalidad de los habitantes de la Tierra. Ese miedo era una herramienta importante de control social, de hecho era el sostén lo que mantenía el orden actual, a pesar de sus fracasos evidentes. A pesar de tratarse de un sistema tan malo que todos en él vivían con miedo, ya fuera a la inanición o a la guillotina, se aferraban aún con mayor fuerza que nunca. Fue doloroso comprobar que era así.

No obstante, los desposeídos estaban dispuestos a probar cualquier cosa. Así que tenía que ser posible hacer algo.

Por tanto Wahram atravesó el Viejo Mundo como un Ibn Battuta moderno, hablando con las agencias gubernamentales que estaban en condiciones de hacer algo. Fue ésta una labor difícil, con una implicación diplomática real a fin de evitar mostrarse ofensivo. Fue interesante, pero siguió sin saber nada de Cisne. Y la Tierra era grande. Había 457 países, y muchas asociaciones de países, y formaciones con poder significativo dentro de los países. Wahram no iba a toparse con Cisne sólo



porque ella también estuviese trabajando en la Tierra.

Así que indagó su paradero. Al parecer, estaba trabajando cerca de Harare Septentrional, un pequeño país tallado en lo que había sido Zimbabwe.

Leyó acerca del lugar en el transcurso del vuelo. Zimbabwe, rico en recursos, tenía una historia postcolonial particularmente lúgubre; dividido en una docena de países residuales, muchos seguían sepultados en problemas, y las grandes sequías agravaban la situación; últimamente se había registrado un repunte reciente de la población, y por tanto los problemas se multiplicaban. Harare Septentrional era un barrio de chabolas con forma de luna creciente. El resto de los países pequeños que había a su alrededor disfrutaban de circunstancias más halagüeñas.

Se puso en contacto con Pauline y le dijo que acudiría a la zona por asuntos relacionados con el RAI, y pronto Pauline le envió un saludo de parte de Cisne y una propuesta de reunión la noche misma de su llegada, lo cual le pareció tranquilizador, aunque eso suponía reunirse con ella bajo los efectos del jet lag. Estaba casi temblando de cansancio, y se sentía como si pesara 200 kilos, cuando Cisne irrumpió en la habitación y llegó la hora de espabilarse.

Ella le dirigió una inclinación de cabeza mientras le evaluaba con la mirada.

—Tienes aspecto de estar cansado después de un largo viaje. Ven, te preparo un poco de té y me pones al día.

Comenzó a preparar el té y después se disculpó para encargarse de una visita, con quien habló en chino. Wahram se esforzó por hacerse una idea de cómo estaba Cisne, a quien tenía en carne y hueso delante de él. Igual de intensa que siempre, eso estaba claro.

Durante el té intercambiaron noticias. Algunos ascensores espaciales aplicaban aranceles sobre los productos que cargaban, otros daban por completo la espalda a los viajeros espaciales, una situación absurda. La gente empezaba a referirse al ascensor de Quito por el nombre de «cordón umbilical». Por lo visto el problema del ascensor se convertiría en un embudo, aunque había un plan en marcha para enviar las fábricas autosuficientes desde el espacio cislunar, desplegadas en una única invasión programada de miles de sondas atmosféricas. Había disponible una amplia variedad de módulos de transporte espacio-Tierra, incluyendo algunos que se dividían sucesivamente a medida que descendían, y de individuos o paquetes que flotarían en su descenso en burbujas hechas de aerogel.

—Esto es como el reverso de la moneda de lo que atacó a Terminador —dijo Cisne con amargura—. En lugar de pequeños pedacitos que se reúnen en un punto para formar una enorme masa, la enorme masa se disocia en partes. Y cuando aterrizan, las cosas se construyen en lugar de ser destruidas.

—Podrían derribarlas.

—Habrá demasiados para eso.

—No me gusta lo agresivo que parece —dijo Wahram—. Pensé que tratábamos de hacer que pareciese una obra de caridad.

—La caridad siempre es agresiva —dijo Cisne—. ¿No lo sabías?

—No, no lo creo.

Tuvo claro que la ayuda agresiva no funcionaría. Pero Cisne no era alguien que se caracterizara por su paciencia. Trataba de hacer la labor diplomática en la misma línea que había seguido Alex, pero Alex era un genio de la diplomacia, todo lo contrario que Cisne. Y ambos se enfrentaban a uno de los problemas más antiguos de la historia de la humanidad.

Todo el asunto trascendía sus propias opiniones al respecto, en cualquier caso, ya que era un esfuerzo del Mondragon, con los venusianos también embarcados. Así que sucedía toda clase de cosas. Las pantallas con las noticias parecían transmitir sucesos de diez Tierras distintas, todas amontonadas en el mismo espacio. La Tierra se repartía entre los que eran como dioses y los que eran como ratas: y en un paroxismo de ira todos ellos estaban a punto de estirar el brazo y acabar con todo, incluso los mundos espaciales que les impedían morir de hambre. La Tierra giraba sobre sí como un caballo con una bomba atada a la grupa. Y no había forma de dejar de hacerlo.

Wahram, distraído, silbó entre dientes las primeras notas de la Sinfonía Pastoral de Beethoven, tratando de levantar el ánimo de Cisne. Pero ella apretó los labios y arrugó un poco la expresión. Con eso no había hecho más que recordarle el túnel.

Muchos viajeros espaciales temían ir al África subsahariana, debido a que allí el índice de enfermedades era mucho más elevado que en la mayoría de los hábitats espaciales. Wahram supuso que Cisne había ido en parte a África en parte para desafiar esa clase de precauciones; sería capaz de creer en la hormesis si alguien lo

hiciera, dada su ingestión de los alienígenas enceladanos. Así que ahí estaba en Nyabira, dirigiendo el despliegue de las cabañas de construcción autosuficientes. Estaba previsto que comenzaran reconstruyendo la parte de Harare llamada Domboshawa, transformando el anillo más septentrional de la zona de chabolas en versiones ciudad jardín de sí mismas. Esta «remodelación de la infraestructura construida» no constituía una solución completa, pero las autosuficientes construirían pozos, centros de salud, escuelas, fábricas textiles, y diversos tipos de viviendas en varios estilos ya utilizados en Domboshawa, incluyendo detalles de los rondavel, las chozas tradicionales de la zona.

Las autosuficientes casi podían considerarse autónomas, y con la adecuada programación, materiales suficientes de alimentación, y una adecuada solución de los problemas que surgieran, atravesaban zonas evacuadas de los barrios de chabolas como enormes hangares flotantes, dejando en su estela una nueva ristra de edificios encalados, impresionantemente prácticos y acogedores. A medida que los gigantescos graneros dejaban atrás lentamente los barrios, los esperanzados residentes los vitoreaban. Pasó casi desapercibido el hecho de que los graneros crecieran más y más en el proceso y, que finalmente, se dividieran en dos unidades. Era una tecnología excelente y había construido muchas ciudades-estado en el cinturón de asteroides y en las grandes lunas de Júpiter. De hecho, Había constituido un componente crucial del Acelerando.

Pero en la Tierra no estaba funcionando. Las transformaciones en cuestión eran demasiado ambiciosas; se alzaron por doquier fuertes objeciones, a menudo en lugares donde no se llevaban a cabo las renovaciones. Sólo si los residentes votaban a favor del proyecto por una amplia mayoría el proceso se efectuaba con cierta concordia, y lo mejor era cuando ellos mismos programaban la Inteligencia Artificial autosuficiente.

A continuación, una autosuficiente de Uttar Pradesh voló por los aires; nadie supo por qué, pero el gobierno del estado que debería haber iniciado una investigación se negó a hacerlo, y hubo indicios de que tal vez incluso había apoyado el ataque. La noticia del ataque dio pie a imitadores; tan sólo serían necesarios unos pocos más para que el proyecto se viniera abajo en todo el planeta.

Esto puso furiosa a Cisne.

—Nos atacaron cuando no hicimos nada, y también ahora que los estamos ayudando —dijo con amargura.

Wahram, más inquieto a medida que la veía más y más herida, dijo:

—A pesar de todo, tenemos que perseverar.

Wahram vio en las pantallas que sucedía en toda la Tierra; sus proyectos de restauración se quedaban trabados en las densas redes de la burocracia, de la práctica y del paisaje, y ni los ocasionales sabotajes ni los accidentes ayudaban. No había forma de cambiar nada en la Tierra sin someterse a diversos tipos de desordenes, algunos de los cuales bastaron para paralizarlos. Cada metro cuadrado de terreno en la Tierra podía considerarse una propiedad de varias maneras distintas.

En el espacio era diferente. Si un solo cuarto lleno de planificadores llegaba a un acuerdo en Venus, podía hacerse estallar buena parte de la atmósfera para proyectarla al espacio. En Titán era similar, y también en Júpiter; a través del sistema solar se llevaban a cabo ambiciosos proyectos de terraformación. La excavación de fondos marinos, el cambio de atmósferas, calentar o enfriar cosas por cientos de grados Kelvin... Pero no en la Tierra. En muchos lugares, las autosuficientes estaban prohibidas, incluso se las rechazaba con violencia.

Sin importar lo que hicieran, por lo visto la miseria de los olvidados seguiría arrastrando hacia el fondo a la civilización, como un ancla que llevara atada alrededor del cuello. Las elites terrestres se perpetuaban en la cima de la artificial cadena del ser humano, y lo haría hasta romperse, momento en que todo el mundo se precipitaría al vacío. Un estúpido Götterdämmerung, banal, patético. Horrible.

Esa perspectiva sacaba a Cisne de sus casillas. Wahram, cada vez más consciente de su amargura, convertido con el paso de las horas en el blanco de su ira, la vio una mañana pasarse de la raya con una de las mujeres de Harare, que ayudaba a dirigir la operación (vio el rostro de la mujer mientras la regañaba), y se dio cuenta de que si se quedaba acabaría por enojar a Cisne de alguna manera catastrófica, o simplemente no gustándole. Así que esa tarde se disculpó, y al día siguiente voló a Estados Unidos para unirse a una tripulación de Saturno, recién llegada para ayudar a elevar Florida de nuevo por encima del nivel del mar. El día que se marchó, Cisne, distraída por un problema angustioso cualquiera, sólo se despidió de él con un gesto de la mano, como quien espanta moscas.

Florida había sido una península inusualmente baja, con una única delgada columna en el centro del estado mayor que superase el aumento de once metros que registraron los océanos. Aún se puede apreciar su contorno desde el aire, un

arrecife oscuro bajo un mar de aguas poco profundas, un arrecife que aún sangraba amarillo en las aguas ligeramente más profundas que lo rodean. Los rascacielos del corredor de Miami había sido ocupados, como los de Manhattan y otros lugares, pero por lo general el estado había quedado abandonado. Sin embargo, puesto que buena parte del terreno seguía allí, superando el arrecife como una capa de cieno que no había sufrido daños por la inundación, existía la posibilidad de levantar la base de roca peninsular, con roca transportada hasta allí desde las Canadian Rockies, para después poner el suelo en su lugar en la parte superior de la plataforma del lecho de roca recién levantado.

En otras palabras, era como Groenlandia: uno de los pocos lugares en la Tierra donde podía terraformarse sin que hubiera demasiados daños colaterales. Naturalmente había defensores de los nuevos arrecifes y zonas de pesca dispuestos a protestar, pero o los habían apaciguado o aplastado, y el proyecto fue aprobado en Atlanta y en Washington DC, que a su vez sobrevivía en un pólder detrás de un gigantesco sistema de diques en el Potomac. El gobierno de Washington, rudimentario pero aún poderoso, estaba prácticamente situado bajo el nivel del mar, y simpatizaba con la idea de «rescatar Florida de manos de los «ahogados».

Era uno de los diez mayores proyectos de microterraformación que se llevaban a cabo actualmente en la Tierra, y Wahram estaba contento de reunirse con sus colegas de Saturno, que eran parte de una cuadrilla de trabajo reunida por una cooperativa de empresas de Alabama y Ámsterdam. Los equipos en Alaska, Columbia Británica, Yukón y Nunavut, estaban excavando el interior de las cadenas montañosas, abriendo galerías en la roca que luego se llenarían con dióxido de carbono congelado que habían absorbido de la atmósfera. Wahram dudaba que todo esto fuera a hacerse de manera que pudiera considerarse geológica y ambientalmente correcta. Era una cantidad prodigiosa de roca, por un lado; Florida tenía un promedio de cinco metros de su superficie bajo el agua, y ellos querían levantarla un poco más de lo que lo estuvo originalmente, por si acaso Groenlandia o la Antártida Oriental cedían su hielo al mar. Sirviéndose del estrecho dedo de una península que era su único terreno a modo de calzada, se desplazaron los interiores montañosos segmentados en trenes, y construían el estado como habían construido en los viejos tiempos los espigones de roca. Las Everglades se sondearían para encajar en la nueva altura superior; se introducirían análogos recién generados de las diversas especies extintas de aves y animales que habían poblado la península antes de la inmigración europea. Iban a recrear Florida. Se enterraría dióxido de carbono suficiente en el norte de las Rocosas para que el saldo de carbono del proyecto fuese negativo.

Los equipos de construcción y de transporte fueron contratados principalmente en el Sufrido Sur, tal como había sido denominado en los años en que la capa de hielo de la Antártida Occidental se había desprendido y el nivel del mar alcanzó su mayor crecimiento. El trabajo en Florida no había creado pleno empleo de por sí, pero al viajar con tranquilidad, Wahram había tenido mucho tiempo para ver qué pasaba en el país y pensar en ello, y una vez envió una nota a Cisne: «¿Recuerda lo que dijiste en Venus acerca de dar empleo a todos aquí de restauradores del paisaje? Podría funcionar.»

Así que se subió al tren de ida y vuelta desde Canadá hasta Florida. El terreno era inmenso y principalmente llano. El calor había secado la tierra donde en tiempos había crecido el trigo de secano, por lo que cambiaron cultivos y comenzaron a irrigarlos, aunque había extensas regiones de Manitoba y Dakota que se habían transformado en desierto. La gente decía que las praderas siempre habían sido desérticas. Volvían a servir de hogar a los búfalos. Por otro lado, habían vuelto los bosques que bordeaban el Misisipí, con una vegetación más subtropical que nunca. Misuri y Arkansas parecían Sudamérica.

Hubo largas horas en que pudo situarse entre los vagones, protegido del viento, y contemplar la tierra inmensa. Paisajistas y jardineros, cuidadores de animales y veterinarios, ingenieros ambientales y diseñadores, operadores de maquinaria pesada, cargadores y excavadoras, todos esenciales para la labor de hacer un paisaje. Los waldos gigantes, los hangares autosuficientes, eran sólo buenos para ciertas cosas. La gente local que trabajaba en sus tierras daba una imagen mejor que las autosuficientes que caían del cielo. Las personas con las que habló se mostraron más positivas respecto al proyecto de Florida, y también los gobiernos pertinentes. Fueron muchas las personas que se mostraron entusiastas hasta un grado casi religioso. El hecho de que su tierra anegada pudiese resurgir de las aguas constituía su sueño. La reconstrucción de las infraestructuras era una tarea sin consecuencias negativas, a excepción de quienes habían estado disfrutando de los nuevos arrecifes, a quienes además se les proporcionarían arrecifes aún más nuevos. Florida acabaría convirtiéndose en una nueva Venecia, pero a lo grande, descansaría sobre pilotes pegada a la Tierra. La migración asistida replantaría y reanimaría el suelo tan rápido como fuera posible, una vez estuviese listo.

En un viaje en tren hacia el norte, Wahram tuvo ocasión de escuchar a uno de los ingenieros de arrecifes explicar que los corales que replantaban proyectaban sus huevos la misma noche del año, e incluso en el mismo periodo de veinte minutos, a pesar de extenderse a lo largo de cientos de kilómetros. Por lo visto, lograban

hacerlo a través de dos células sensibles al color de cada coral, que juntas eran capaces de distinguir la tonalidad azul del cielo que poseía en concreto el crepúsculo la noche después de la primera luna llena tras el equinoccio de primavera. Esta luna salía justo después de la puesta del sol, cuando el cielo aún estaba iluminado por el sol recién salido; la breve doble iluminación bañaba el firmamento de un tono azul que los corales podían reconocer.

—Tengo que contárselo a Cisne —dijo Wahram, asombrado ante la idea de que tal precisión pudiera darse en un ser sin cerebro, pero vivo. ¿Conciencia? ¿Qué era?

Mientras tanto, el levantamiento de Florida fue prosperando. Wahram miraba a la gente que trabaja en lo que él reconocía como la euforia del proyecto, algo que él mismo había sentido tan fuertemente en su mocedad durante el periodo en que se construyeron las ciudades en Titán. En Titán habían tenido que tallar un mundo en el hielo, en la Tierra hubo que levantar uno del mar. Sin embargo tuvo la misma sensación.

Una vez, en un tren que viajaba hacia el sur, se encontraba de nuevo de pie entre los vagones, en compañía de una mujer holandesa de pelo rubio, y al cruzar lentamente una encrucijada ambos miraron a un grupo de jóvenes que arrojaban piedras a los coches del tren, al tiempo que gritaban: «qué os jodan, qué os jodan, qué os jodan». Ella se asomó y gritó: “¡Eh, qué os jodan a vosotros! ¡Estamos reconstruyendo el sur! ¡Y os tiene que gustar!». Lo hizo con una malvada risa germánica que Wahram esperó que no hubieran llegado a oír.

## *Extractos (15)*

el cerebro es mudable y está demostrado que acepta la introducción de maquinaria, células madre, fármacos, electrodos y células del cerebro pertenecientes a otras especies,

la evolución conserva las cosas que funcionan. Tenemos un cerebro conservado, con edades diferentes para sus distintas partes: a todos los efectos un cerebro de lagarto en las partes posterior e inferior, de mamífero en la parte superior central, humano en la parte delantera y superior. El cerebro del lagarto nos sirve para respirar y dormir, el cerebro de mamífero para formar manadas, el cerebro humano para reflexionar

La sobre selección para un rasgo único envuelve la evolución, puedes obtener un resultado llamado «lo malo vuelto normal». Como la gente se ha transformado en post-humanos que han evolucionado por su propia cuenta, este resultado se ha producido con frecuencia, como en

partes del cerebro se activan al ver la foto de un alimento, pero no ante los propios alimentos. A la gente le encanta cazar. La caza adopta formas muy variadas. La búsqueda de un acuerdo, la búsqueda de un significado. Un depredador mata con calma y se siente recompensado. La ira siempre es una emoción dolorosa. Sin la presa, el depredador podría no ser capaz de desactivar la caza. El miedo supone un obstáculo para la ira. Los animales jamás olvidan el temor. Y nosotros somos animales. piloerección

agresión patológica: los delfines matan marsopas sin motivo; no se las comen, no son competidores. ¿Sugiere esto que existe el valle misterioso para todos los mamíferos?

la razón no puede funcionar sin emoción. Las personas aisladas de sus emociones no pueden decidir. Así, la decisión de manipular el cerebro con terapias hormonales tiene importantes consecuencias. Las terapias bisexuales alteran los niveles cerebrales de oxitocina, vasopresina, vasotocina y sus precursores. Un



aerosol nasal de oxitocina provoca de inmediato un mejor contacto visual. Las endorfinas son la versión natural de la morfina. El cerebro libera endorfinas cuando sufre lesiones, y también cuando alguien que amamos nos toca. Los amantes de las emociones fuertes calman un dolor

tres por ciento de los mamíferos son monógamos. Jugar enseña a los mamíferos a gestionar las sorpresas

cinco áreas cerebrales diferentes evalúan la melodía, el ritmo, la métrica, la tonalidad y el timbre. La música fue en primer lugar una lengua humana, y sigue siendo el lenguaje de los animales y los pájaros. La música precede a la humanidad por 160 millones de años. La introducción de los núcleos cerebrales del canto de las aves en lugares apropiados del cerebro humano se ha traducido en afasia, los fenómenos del lóbulo temporal también como la sublimidad omnipresente, hipermusicalidad que conduce a la hiperventilación (ya sea silbando o cantando),

las cuerdas vocales humanas ya eran capaces de ronronear, y tan sólo necesitaban la inserción de la amígdala felina y las células del hipocampo y hipotálamo para

el rendimiento en vuelo de los waldos es mucho mayor gracias a la implantación de núcleos de vuelo de colibrí y ave rapaz en los operadores humanos. La diferente estructura del cerebro de las aves hace que la inserción en células intersticiales particularmente

es posible que el orgasmo grave ya a los sistemas pertinentes hasta donde puede, sin causar daños tales como hernias, costillas rotas, trombosis y ataques al corazón. Se sabe que los pasajeros de las naves sexuales que han tomado vasotocina han

la corteza anterior cingulada subgenual es el lugar del cerebro que ordena al cuerpo ignorar el miedo. Es el lugar del coraje, y estimularlo puede ayudar a una persona a superar el miedo a las fobias. También es posible estimularlo en exceso, tras lo cual

El lóbulo temporal es el lugar que aloja los estados de ánimo, tales como la omnipresente hiperreligiosidad, hipersexualidad, hipergrafía, sobreinclusión maniática, y así sucesivamente. La estimulación cerebral intencional o la alteración promueven cualquiera de estos estados y pueden desencadenar los otros, o causar epilepsia

Los sujetos humanos (voluntarios) que han ingerido la batería de seres celulares enceladana, incluido el organismo *enceladosa irwinii*, informaron de la existencia de sinestesia y del aumento del alcance de sentidos individuales que en ocasiones pueden confirmarse mediante pruebas. Las impresiones sensoriales agudizadas a menudo se equilibran con una capacidad reducida para generalizar o calcular

## *Listas (12)*

el aburrimiento, *tedium vitae*, el conocimiento de maya, el absurdo, *weltschmerz*, *mal du siècle*, la náusea existencial, disforia, abatimiento, el ánimo, el malestar, aburrimiento, hebefrenia, el desánimo, la depresión, la melancolía, la anomia, la acedia, distimia, vacuidad, la falta de afecto, el blues, la desesperación, el perro negro, culo negro, la desesperanza, la tristeza, el dolor, la infelicidad, *Hikikomori*, la alienación, aislamiento, *tristitia*, el nihilismo, la morbosidad, la anhedonia, la pena, la angustia, el miedo, el dolor, el terror, el horror, la desolación, la hipocondría postsiglo, *Älterschmerz*, tanatropismo, el miedo a la muerte, el deseo de morir

## CISNE EN ÁFRICA

Cisne no estaba disfrutando del proyecto Tierra. No lo abandonó porque creía en él y pensó que era la mejor manera de ayudar; pensó que era lo que Alex hubiera hecho, así que no pudo abandonar sólo porque fuera difícil, frustrante y absurdo. Maldijo el día que se había marchado de Terminador; soñaba con el momento de deslizarse por la Gran Escalera del parque y la granja.

Se impacientaba muy rápido. A Wahram esas cosas se le habrían dado mejor, pero había volado a América, frustrado como tantos otros antes que él por la erosiva África. Cisne quería mostrarse más dura, y se sintió irritada con él, lo cual se sumó a la irritación general, así que a menudo perdió la paciencia. Se convirtió en una de esas personas que pagan sus frustraciones con los demás, lo cual la volvió más ineficaz. Se despertaba preguntándose cuántos días más tenía que seguir trabajando en eso. Alguien de la oficina repitió algo que había dicho Zasha: «La propia Tierra es un sumidero de desarrollo», y Cisne, al oírlo, le gritó a la cara.

Otro día se metió en otra pelea a gritos con una mujer de la Liga Africana, que había acudido de visita desde Dar para crear problemas, y, para evitar golpearla, Cisne tuvo que alejarse caminando, apresurándose por las calles concurridas de la ciudad, maldiciendo en chino. Se dio cuenta de que en su actual estado de ánimo se había convertido en un obstáculo para la causa.

La Tierra, el planeta malo. A pesar del viento y el cielo, empezaba a odiarlo de nuevo, y no sólo a causa de la horrible gravedad, sino más bien debido a las pruebas que encontraba por doquier de que su especie había arruinado el lugar, y seguía haciéndolo. La mano muerta del pasado, tan grande, tan pesada. La atmósfera parecía un jarabe a través del cual tenía que luchar. Afuera, en los terrarios, se vivía en libertad, como un animal: se podía ser un animal, llevar una vida propia de una manera u otra. Vivir tan desnudo como se quisiera. En la maldita Tierra, el cúmulo de tradiciones y leyes y costumbres presionaban tanto como cualquier faja; era la propia mente la que se mantenía clavada en su lugar, forzada a ser como las demás en sus ridículos hábitos cuadriculados. Ahí estaban, en la única superficie planetaria donde se podía caminar con libertad, desnudo ante el sol y el viento, y, cuando tenían opción, se sentaban en cajas y se quedaban

mirando las cajas mas pequeñas, como si no tuvieran otra opción, como si vivieran en una estación espacial, como si nunca hubiesen dejado atrás los viejos tiempos en que vivieron enjaulados. Ni siquiera contemplaban las estrellas de noche. Caminando entre ellos vio que era así. Es más, si les hubiesen interesado las estrellas, no seguirían allí. Ahí arriba estaba Orión, «el objeto más hermoso que ninguno de nosotros jamás conocerá, se extiende en el cielo como un dios verdadero, en quien tan sólo es necesario creer un poco». Pero nadie lo miraba.

A pesar de su descontento, otro barrio pobre del norte de Harare, cerca de Dzivaresekwa, había accedido a colaborar con ella y su equipo. El barrio de chabolas se extendía en la ladera de una colina pronunciada, y la gente de allí eran ocupantes ilegales, con la cresta lo bastante cerca de la frontera de Nueva Zimbabwe y Rhodesia para que hubiera malentendidos relacionados con la soberanía. Una buena perspectiva, por tanto, en términos políticos, pero lo pronunciado de la pendiente era un problema para las autosuficientes. El equipo de Cisne había diseñado un trazado para el proceso que hacía que los hangares se desplazaran con una pauta patrón de urdimbre y trama, con algunos intervalos de contorno, mientras que otros ascendían por pendientes utilizando gatos telescópicos para mantener las fábricas en el plano horizontal. De esta manera fueron logrando transformar la franja de su paso en un pueblo blanco y elegante con ciertos toques de color. Sería muy hermoso.

Pero una mañana, uno de sus hangares se deslizó de repente cuesta abajo de la colina, primero a través de un parque, y luego sobre el barrio residencial de Kuwadzana. Los encargados locales de las autosuficientes habían renunciado a tratar de controlarla, y habían saltado por las escaleras laterales a los brazos de un gentío cada vez mayor.

Cuando Cisne llegó al lugar, gritó y se abrió paso a empujones a través de la multitud, antes de saltar al pie de la escalera del hangar; a pesar de estar fuera del control, el gigante seguía avanzando a dos kilómetros por hora. Subió por la escalera, después se deslizó a través de una puerta que daba a la cabina de control, como un puente remolcador. Estaba vacía. Se acercó a la pared posterior y golpeó con el puño cerrado el interruptor de apagado general, pero no pasó nada. El suelo del leviatán allanó calles y hogares de la localidad, con un ruido ahogado propio de la parte inferior de las Cataratas del Niágara. Empezó a comprender por qué los cuidadores locales habían abandonado el barco. Puesto que el interruptor de apagado general no funcionaba, no había nada obvio que pudiera hacerse.

Cisne se sentó ante la consola y empezó a escribir con velocidad, al tiempo

que le ordenaba frenar verbalmente. Al principio mantuvo la calma, luego empezó a exigir, a continuación se mostró persuasiva, luego suplicante, y finalmente gritó furiosa. La Inteligencia Artificial de la autosuficiente no respondió ni detuvo el movimiento del hangar. Algo debía de haberse atascado; no podía haber resultado fácil, cuestión de sabotaje industrial inteligente, de saltarse las fuertes medidas de seguridad. Cisne conocía algunos códigos relevantes, pero nada de lo que intentaba estaba funcionando.

—¡Pero qué coño! —exclamó—. ¿Por qué el soporte técnico está fuera de alcance?

—Existen otros ataques en curso, posiblemente coordinados con éste —le informó Pauline.

—¿Puedes echarme una mano con esto?

—Escriba la siguiente frase —ordenó Pauline—: «La bruma es densa en Lisboa.»

Cisne lo hizo, y seguidamente Pauline añadió:

—Ahora puedes conducir la unidad manualmente. Hay cuatro controles en el panel.

—¡Ya sé cómo conducir este jodido armatoste! —protestó Cisne—. ¡Cállate!

—Pues ahora puedes echar los frenos.

Cisne maldijo a su qubo y luego, sin dejar de maldecir entre dientes, giró el hangar en un medio círculo cerrado, lo cual supuso unos cientos de metros, con tal de subir de nuevo la cuesta, aplastando ahora calles bordeadas de prósperas casas.

—Me gustaría que esta cosa tuviera marcha atrás —dijo, furiosa—. Me gustaría que esos ricachones de mierda tuvieran las casuchas que se merecen.

—Probablemente sería mejor frenar —señaló Pauline.

—¡Cállate! —Cisne dejó que el hangar aplastase el vecindario un rato, antes de frenarlo—. Así que lo han saboteado —concluyó.

—Ajá.

—Maldita sea. Y ahora encima nos van a arrestar.

—Eso es lo más probable —dijo Pauline.

Sucedió tal como había predicho Cisne. El gobierno local exigió que la autosuficiente dañada fuese confiscada y arrestados sus operadores, a quienes luego se enjuició y deportó, cuando no encarceló. Cisne fue detenida y recluida en un conjunto de habitaciones de la sede de gobierno; no era una cárcel, pero no podía salir, y parecía posible que fuese condenada a penas de cárcel.

Ante esa posibilidad, Cisne se sumió en una espiral de ira.

—Nos invitaron a trabajar en este lugar —insistía a sus guardias—. Sólo tratábamos de ayudar. ¡El sabotaje no fue culpa nuestra! —Pero ninguno de los guardias parecía estar escuchando. Uno habló con voz ominosa de la posibilidad de una sentencia que acabaría con ella encerrada para siempre.

Wahram apareció de pronto en mitad de esta pesadilla, acompañado por un funcionario de la Liga Africana, un hombre de baja estatura oriundo de Gabón llamado Pierre, que hablaba francés y un hermoso inglés algo rudimentario.

—Vamos a confiarte en manos de tu colega, aquí presente —dijo—, pero tenéis que abandonar Harare septentrional. Los lugareños se harán cargo de las máquinas de construcción. Ellos las harán funcionar. Así que... —Levantó una mano como si le señalara la salida.

Cisne, sorprendida, casi se negó en redondo a aceptar el acuerdo. Entonces vio que Wahram enarcaba ambas cejas mientras abría los ojos como platos; su consternación le recordó lo mucho que le había asustado su situación, y al cabo de un momento aceptó con humildad las condiciones de Pierre, y siguió a Wahram al coche, con el que condujeron a un aeródromo donde había un enorme dirigible amarrado a un mástil de altura.

—Salgamos antes de que cambien de opinión —sugirió Wahram.

—Sí, sí —dijo Cisne.

El dirigible era tan largo como un petrolero, y pertenecía a una amplia flota de naves similares que daban constantemente vueltas a la Tierra de oeste a este, propulsadas con ayuda de cometas que sacaban partido de las corrientes aéreas. Entregaban el cargamento lentos pero seguros mientras daban la vuelta al mundo

una y otra vez. Aquel dirigible en particular tenía un globo con forma de cigarro-puro, y la góndola debajo de él estaba cubierta por cuatro o cinco ventanas.

Wahram la acompañó hasta el ascensor del mástil, y ambos se subieron a la plataforma de carga. En el interior del dirigible caminaron por un largo pasillo hasta la proa, donde había un mirador parecido a la burbuja de cristal que hay en el extremo frontal de un terrario. Wahram había reservado dos sillas y una mesa allí para más adelante, cuando ya estuvieran en marcha y hubiesen ganado altura. Así que aquella tarde, cuando se sentaron a la mesa, pudieron contemplar las verdes colinas de la Tierra, que circulaban bajo ellos en un desfile majestuoso. Era muy hermosa, pero Cisne no prestaba atención.

—Gracias —dijo Cisne, muy seria—. Me había metido en un buen lío.

Wahram se encogió de hombros.

—Ha sido un placer ayudarte. —A continuación habló acerca de su labor en Norteamérica, de los problemas que había tenido allí y en otros lugares. Cisne desconocía buena parte de aquellos problemas, pero la pauta era de una deprimente claridad. No descubría nada nuevo: la Tierra estaba bien jodida.

Wahram había llegado a una conclusión más mesurada, tal como tenía por costumbre.

—He estado pensando que nuestra primera oleada de ayuda ha sido demasiado... contundente, a falta de una palabra mejor. Demasiado centrada en la construcción, sobre todo de la vivienda. Tal vez a la gente le guste tener la sensación de que ha echado una mano en la construcción de sus propias casas.

—No creo que a la gente le importe quién lo construya —opinó Cisne.

—Bueno, pero en el espacio es lo que hacemos. ¿Por qué no aquí?

—Porque cuando tu casa se puede desmoronar y matarte junto a tus hijos sólo porque se ha puesto a llover, te alegras de ver que una máquina lo reemplaza por algo mejor. No hay que preocuparse por los sentimientos hasta ver cubiertas las necesidades materiales. Lo sabes bien. La jerarquía de las necesidades no es algo gratuito.

—Pero si te concedo eso, y conste que lo hago —dijo Wahram—, ha habido un montón de quejas sobre nuestros esfuerzos. Y no pueden negarse las protestas



que ha despertado nuestro proyecto. Es como Gulliver inmovilizado bajo las cuerdas.

—Ésa no es una buena imagen —dijo Cisne, pensando de los altibajos de un crucero sexual—. Buena parte de la oposición se disfraza para que parezca provenir del pueblo, cuando en realidad se trata del habitual obstruccionismo reaccionario. ¡Si pretenden inmovilizarnos, tendremos que romper esas cadenas!

—Me parece que la imagen no es muy adecuada —dijo Wahram suavemente—. Las cuerdas que atan a Gulliver ahí abajo son las leyes, y eso las hace importantes. Pero mira, hay una forma de evitar las cuerdas. Podemos deslizarnos bajo ellas. El trabajo que hemos estado haciendo en Canadá ha resultado muy interesante.

Llegó la bandeja del té, y le sirvió una taza que ella olvidó rápidamente. Él sorbió despacio, atento a la aparición del Océano Índico, y luego, a lo lejos, hacia el sur, una isla verde: Madagascar, uno de los ecosistemas más totalmente devastados de la historia, modelo ahora de hibridación a la manera de una Ascensión. Era una de las mayores islas de la Tierra, y se había convertido en un lugar próspero, en una obra de arte paisajístico. La gente iba allí a pasear por sus bosques y jardines.

Wahram la señaló con un gesto.

—La restauración del paisaje se produce en todas partes, a medida que la gente afronta los cambios. Supone una labor muy intensa, y por supuesto está muy vinculada con el lugar concreto. No puede hacerse desde otro lugar. Aparte de otros factores, no puede extraerse un beneficio real de ella, así que ya está bien situada en cuanto a nuestros propósitos se refiere. Es un bien público, algo que debe hacerse. Todas las costas lo necesitan. Cuesta creer lo mucho que hay que hacer. No se trata ni siquiera de la restauración, ya que las antiguas líneas costeras han desaparecido para siempre, o al menos durante cientos de años. De hecho, es la creación de nuevas líneas costeras a mayor nivel que el del mar. En este momento están como están. El océano inunda todo lo que encuentra a su paso, y se libera un montón de sustancias tóxicas. La nueva costa y el oleaje suelen ser un desastre. Arreglarlo todo supone una labor muy intensa. Y sin embargo, todos los que viven en las costas nuevas quieren que se haga. Muchos quieren colaborar personalmente. Por lo tanto, la labor en la que me he involucrado en Florida es un caso inusual, porque se parece a la restauración, cuando en realidad es la creación desde cero. Otro tipo de terraformación. Sólo se parece a una restauración porque Florida antes estuvo allí. En realidad, podría hacerse lo mismo en cualquier lugar, en aguas poco

profundas. Ni siquiera sería necesario mover montañas hasta el mar. Hay corales que podrían utilizarse para sentar los cimientos. He visto grupos que utilizan estos corales; en ellos pueden crecer rápidamente muchas de las nuevas líneas costeras, y muy pronto se obtiene una espléndida arena blanca, muy fina, que cruje cuando caminas sobre ella.

Cisne se encogió de hombros.

—Claro, claro. Pero todavía no estoy dispuesta a dejar de trabajar en la vivienda.

—Lo sé. —Observó el terreno que se extendía debajo. Pensó que igual podía conciliar el sueño.

Al cabo de unos minutos se desperezó y empezó a decir algo, pero vaciló. Cisne reparó en ello y dijo:

—¿Qué? Dime.

—Hay algo más —dijo él, mirándola casi con timidez—. He estado pensando que una de las cosas que hemos estado haciendo aquí está aportando más pruebas de que la reforma dentro del paradigma del sistema actual en la Tierra nunca será suficiente. En otras palabras, que aún existe la necesidad de la revolución.

—¡Pero eso es lo que he estado diciendo! ¡Eso mismo te dije en Venus!

—Lo sé. Así que ahora voy mostrarme de acuerdo. Veamos... ¿Recuerdas el proyecto del que te hablé, el que dirigía Alex? ¿La cría de animales en el terrario, con los que repoblaríamos la Tierra?

—Sí, por supuesto. Quería que hubiese suficientes animales para repoblar la Tierra cuando llegara el momento.

—Exacto. Y... Me he estado preguntando si habrá llegado el momento.

Cisne se sobresaltó.

—¿Te refieres a la hora de traer de vuelta a los animales?

Sintió una fuerte emoción que no supo explicarse: océanos de nubes cargadas de tormenta en el interior de su pecho, cada vez mayores hasta volverse negras y

más negras...

—¿Eso crees? ¿Qué quieres decir?

Apartó la vista de Madagascar y se volvió hacia Cisne. Esbozó una sonrisa algo boba, fugaz y torcida, la sonrisa de un sapo, cálida a pesar de todo.

—Sí.

## *Listas (13)*

Murciélagos. Perezosos. Tarseros y tapires. Elefantes y focas. Rinocerontes. Leones y tigres y osos. El alce de Tule, buey almizclero, el alce. Caribú y reno, rebeco y cabra montesa. Los tigres y los leopardos de las nieves. El pika y el ciervo mula. Orangután y langur y gibón y el mono araña (todas las especies de primates están en peligro de extinción). Los topos y musarañas. Erizos y tejones, borrego cimarrón, osos hormigueros y los pangolines, el hyrax y la marmota. Murciélagos lanceros, murciélagos orejudos, murciélagos crestimellados. Los zorros y liebres. Ciervo, jabalí, pecarí, el manatí. Los puercoespines. Lobos

No es verdad que todos los mamíferos mayores que un conejo corran peligro de extinción en la Tierra. La mayoría sólo

Los mamíferos son una clase de animales; 5490 especies pertenecen a esta clase, 1200 géneros, 153 familias y 29 órdenes

Capibara, jaguares, jirafas, bisontes, caballos Prewlyzski, el canguro. Zebra, guepardo, lobežno

Las órdenes mayores son los roedores, quirópteros (murciélagos), Soricomorpha (musarañas), seguidas de los carnívoros, cetartiadactyla (mamíferos ungulados artiodáctilos y ballenas) y primates

todos caen. Por favor

volved

## CISNE Y LOS LOBOS

Todos se bajaron juntos, primero en grandes vehículos protegidos por escudos de calor, luego en pequeños módulos de aterrizaje con paracaídas, más tarde en bolsas con forma de globo. En ese momento iban a la deriva a través del espacio aéreo que las naciones inuit les habían dado permiso para cruzar. Cuando llegaron a unos pocos cientos de metros del suelo, cada módulo de aterrizaje se desintegró en miles de burbujas de aerogel que cayeron en la superficie, cada burbuja transparente convertida en un balón inteligente que mantenía con vida en su interior a un animal o a una familia de animales. A saber qué pensaban los animales; algunos forcejeaban en el aerogel, y otros miraban a su alrededor plácidos como las nubes. El viento de poniente hizo su trabajo, y las burbujas cayeron a la deriva al este como vainas de semillas. Cisne miró en torno, tratando de mirar hacia todas partes a la vez: cielo tachonado de semillas, que desde cualquier distancia eran visibles sólo como su contenido, de modo que se deslizaba hacia el este y hacia abajo con miles de lobos voladores, osos, renos, leones de montaña. Allí vio un par de zorros, un par de conejos, un gato montés o lince, un manojo de leminos, una garza que volaba dentro de su burbuja. Parecía un sueño, pero sabía que era real, y lo mismo en toda la Tierra: en los mares salpicados por delfines y ballenas, atunes y tiburones. Mamíferos, aves, peces, reptiles, anfibios: todos los animales se perdieron en el cielo al mismo tiempo, en cada país, en cada cuenca. Muchos de los que descendieron no habían pisado la Tierra en dos o tres siglos. Todos de vuelta, al mismo tiempo.

Cisne cayó en mitad de un grupo de animales. Estaban en algún lugar de la nueva zona triguera al sur de Nunavut, «Nuestra Tierra». Se suponía que su punto de destino era una elevación situada en medio de una zona cubierta por trigo y arrozales. Cada campo se veía empañado por unos pocos cerros, pequeños como forúnculos, que habían surgido cuando grandes trozos de hielo se abrieron paso flotando a través del fango de la delgada capa de hielo derretida. Cuando hizo su aproximación final, costó distinguir qué cerro era el suyo. El descenso fue controlado enteramente por su burbuja, y como nunca había aterrizado en una, le gustaba la sensación. Era como deslizarse en una alfombra mágica transparente. A su alrededor los animales que había en el aire fueron cobrando conciencia del terreno, algunos con dificultades, otros encorvados, muchos con las patas

extendidas hacia fuera como los gatos que caen o las ardillas voladoras, de la manera correcta, aunque era la primera vez que caían: una especie de comportamiento heredado de la época en que fueron lagartos, compartido tal vez por todos. Ella misma tuvo una caída tan buena que fue como bajar por una escalera mecánica. Al tocar el suelo se rompió el balón, y el aerogel explotó. Y allí estaba ella, de pie en el suelo, en una elevación de Nunavut.

Había otras tres personas en su equipo de observación que descendían cerca unos de otros mientras el viento lo permitía. Ella levantó la vista para ver si podía identificarlos, y la visión del cielo en lo alto estuvo a punto de hacerla caer de culo. Gritó, luego rompió a reír: el cielo seguía lleno de animales. Descendían por el cielo occidental, precipitándose desde nubes bajas, caribúes y alces y osos grises, todos los puntos grandes color café con las patas separadas. También el resto de los demás animales, varios grupos, los que se encontraban más arriba demasiado pequeños para poder distinguirlos. Alrededor de ella el denso trigo temblaba con el movimiento de los animales liberados de las burbujas, que habían reventado y buscaban ponerse a cubierto. Era posible que alguno de esos animales le cayera justo encima; tenía que mantener los ojos abiertos. Se rió al pensar en ello, separó los brazos del cuerpo y aulló a los lobos en el cielo. A lo lejos, los otros lobos aullaron también. Hubo gritos y bramidos, muchos le sonaron a miedo, pero costaba decirlo con certeza, sólo era una suposición, de hecho no podía estar segura de que aquellos sonidos fuesen triunfantes. ¡Por fin en casa!

—¡Todos los hijos de Dios están por fin a casa! —proclamó ella por radio. Los demás seres humanos daban fe de su situación; habían aterrizado. El viento fresco de poniente soplaba con fuerza, y al sentirlo en la cara aulló de nuevo. Las últimas burbujas de aquella oleada flotaban en su trayectoria de descenso; después las nubes recuperarían la soledad. Tan sólo unos pocos puntos negros cayeron livianos en la distancia. En general, fue la cosa más hermosa que había visto jamás.

—Está bien —dijo ella con la radio apagada—. Te quiero. Has hecho algo grande. —Quién sabe si se dirigía a Alex, a Wahram, o al mundo.

Ahí estaba, en la taiga, entre la tundra y los bosques boreales. Habría caribúes y osos pardos, y leones de montaña, cada bioma necesitaba sus principales depredadores en todo el sistema para prosperar. Los osos grises inmediatamente ganarían las alturas, y los pumas desaparecerían también en el aterrizaje. Pero los lobos se encontrarían y unirían, y por tanto, no perderían el contacto unos de otros en las manadas; y Cisne quería estar allí para verlo. Los había seguido toda su vida en los terrarios, cazado con ellos, ahuyentado las presas, dormido acurrucada a

poca distancia de la manada, junto a las madres lactantes. Había aullado con ellos más veces de las que podía contar, cada vez que los oía aullar se unía a ellos, sintiendo que era lo más humano que podía hacer. En otras ocasiones había sentido el peso de su mirada, y no había apartado precisamente la vista. Había visto a los lobos discutir con los coyotes, y a los cuervos conduciéndolos a una presa para luego disfrutar de los restos. Sabía que los humanos habían hecho más humanos a los lobos, y por lo tanto a los perros, y en ese mismo período de tiempo los lobos habían hecho a los seres humanos más lobunos, enseñándoles a comportarse en manada. Ninguno de los demás primates tenía amigos que no fueran de su misma especie; los humanos lo habían descubierto observando al lobo. Ambas especies habían privado a la otra de alimento en momentos diversos, habían aprendido de la otra métodos de caza, habían, en definitiva, evolucionado de forma conjunta. Los primates traían de vuelta a la otra mitad de la familia. Y ahí estaba ella.

Su equipo, compuesto por cuatro miembros, tenía encargada la misión de buscar animales que no se hubiesen liberado debidamente de sus burbujas, para liberarlos cuando los encontraran, o para ayudarles en caso de haberse lesionado. Esto no tendría que haber sucedido a menudo, pero el terreno era accidentado, con alturas desiguales y depresiones denominadas hervidores, que se formaron cuando se desvaneció el núcleo de hielo. Los hervidores eran redondos y muy empinados, y a menudo llenos de agua a uno o dos metros bajo tierra en muchas áreas. Habían probado con el trigo y el arroz frío, fruto de la bioingeniería, hasta en ese lugar, como en la tundra y la taiga en todo el norte, como una especie de adaptación al cambio climático, pero la empresa había resultado ser más difícil de lo que se había imaginado. Así que teniendo en cuenta la desigualdad del terreno, un mal aterrizaje era una posibilidad.

Al final resultó que las burbujas habían funcionado tan bien que Cisne y sus compañeros de equipo no encontraron a ningún animal en peligro. Todos estaban en movimiento; sin embargo, algunos corrían presa del pánico. Pero pronto los que estaban aterrados se cansarían, se detendrían y mirarían a su alrededor. Con un poco de suerte no verían un paisaje muy distinto. La mayoría de los terrarios se había mantenido a una gravedad precisamente para ese momento, y habían sido diseñados para parecerse a los lugares de donde procedían originalmente los animales.

Los caribúes eran tan altos que apenas les costó localizarlos. Los más pequeños se escabulleron en el trigo, se dirigieron hacia las colinas de poniente, o los pequeños árboles del bosque boreal visible en el horizonte, al sur. Ningún animal parecía necesitar su ayuda. Todos habían aterrizado y se encontraban ante

su nuevo destino.

Habían marcado a todos los animales, y ahora estaban apareciendo en las pantallas en forma de puntos de colores, así que el equipo de Cisne procedió a la siguiente parte de su plan, que consistía en seguir al caribú, y si era necesario espolearlo un poco, como si actuaran de perro pastor con las ovejas, a lo largo de una amplia senda que los llevaría hacia el este hasta el río Thelon. Esta primera migración de la nueva manada sería instintiva, a menos que recogieran restos antiguos de los perdidos rebaños Beverly, Bathurst y Ahiak, de modo que cualquiera que fuese el camino que tomaran empezasen a establecer los olores y las demás señales de una nueva ruta de migración. Esto se convertiría en un corredor de hábitat de facto a través de la zona de trigo nuevo, un corredor que tal vez tendría que ser defendido en los tribunales competentes, aunque ya cruzarían ese puente cuando llegasen a él; primero el caribú tenía que cruzar el río. Esto de liderar las migraciones de animales a través del terreno agrícola fue el mayor acto de desobediencia civil jamás cometido por viajeros espaciales en la Tierra, pero la esperanza era que después de ser escoltados por primera vez, los animales se las apañasen por sí solos, y que se convertiría en una medida popular entre los indígenas humanos, incluso entre los agricultores, quienes no estaban teniendo mucho éxito de todos modos. Así que los escoltas podrían acabar arrestados antes de que terminaran, pero con un poco de suerte los corredores de hábitat serían rápidamente reconocidos por su valor y justificado el precio que se pagase en territorio.

Como siempre que caminaba acompañada por un grupo de personas, Cisne no tardaba en rezagarse. Había mucho que ver; todo era tan interesante que olvidaba en qué consistía su labor. Los planes y la investigación volcados en la recuperación de la naturaleza de la Tierra llevaba un siglo en marcha, y Cisne tomaba parte en ello, a pesar de lo cual tropezaba cada dos por tres atenta a las flores que asomaban aquí y allá por el terreno rocoso, un colchón aterciopelado de asombrosos colores. Sobre ellos se extendía el cielo azul claro, con franjas de cúmulos que se deslizaban hacia el este. Seguía viendo mentalmente animales que flotaban como semillas recortadas contra el sol, la visión la había abocado a un sueño que aún no había abandonado, por lo que naturalmente tuvo que tomárselo con calma. De todos modos mantenía el contacto por radio con sus compañeros. De hecho, su charla al oído era peor que la voz de Pauline, así que ajustó el volumen a cero. Subiría el volumen cuando tuviera que hablar. Por ahora quería concentrarse en el terreno que pisaba. En el trabajo del año anterior en África había llegado a dar por sentadas las cosas; sencillamente había olvidado dónde estaba. Se había sumergido en el problema mientras el resto del mundo surcaba el firmamento



llevado por un fuerte viento. Terreno abierto en la taiga. En la cara sur de la siguiente subida había un puñado de pinos enanos. Un bosque ebrio, la delgada capa de hielo fundiéndose y las colinas bajas hacia el este bajo la franja de nubes. El cielo inmensamente alto, la tonalidad azul tirando a pastel sobre las nubes bajas que seguían desplazándose hacia el este. El ambiente parecía oler un poco de fuego. Sol de la tarde, 5 de agosto de 2312. Un nuevo día. Cálido, pero no tórrido. Algo de bochorno y lleno de insectos. Llevaba puesto un traje que la mantenía seca y repelía con eficacia los mosquitos y las moscas, lo cual estaba muy bien, ya que flotaban en las densas nubes negras que se veían aquí y allá como el humo que se arremolinaba. No veía a nadie de su equipo; los largos ascensos y descensos por el terreno se veían interrumpidos por las cordilleras bajas. En todo caso, su visión hacia el este quedaba limitada. Subió por la ladera de una elevación y miró a su alrededor. Ah, ahí estaba Chris, sólo a un par de cientos de metros al frente. Parecía saludar a alguien que estaba más allá, también hacia al este. Bien por ellos.

La hierba y el musgo de la taiga cubrían cada punto bajo. A un solo metro por encima se extendían largos montículos de roca llana que cruzaban el pantano de norte a sur. Hubiera sido mejor quedarse en estos caminos naturales, pero su equipo había ido hacia el este, siguiendo y guiando al caribú.

Cisne fue hacia el norte, en dirección a un punto de terreno elevado cubierto por el pino arbustivo que le llegaba a la altura de la cintura. Alcanzó esta prominencia y se detuvo al ver al otro lado a una manada de lobos. Acababan de aterrizar, y corrían de un lado a otro, olisqueándose y mordisqueándose, deteniéndose de vez en cuando para aullar y a continuación volver a empezar. Sin duda estaban excitados tras el descenso. Sabía exactamente cómo se sentían. Tardaron un tiempo en recobrar el ánimo y dirigirse hacia el este. Eran grises, con puntos negros o beige, y tenían una estampa esbelta con su veraniego pelaje corto. Más ancho y con la cabeza más cuadrada que la mayoría de los perros, se parecían en muchos aspectos. Perros salvajes, organizados, lo que siempre constituyó un pensamiento perturbador. Que hubiesen salido tan bien, tan juguetones, sorprendió un poco a Cisne, y le recordó que los lobos habían sido los primeros en llegar y eran más sabios que los perros.

Cisne se esforzó para mantenerse a su altura, y al poco de emprender la persecución empezó a resoplar. Ningún ser humano podía mantenerse a la altura de una manada de lobos, pero si no se cejaba en el empeño, a menudo hacían altos en el camino para mirar a su alrededor y husmear, de modo que era posible al menos no perderlos de vista, o recuperar terreno y reubicarlos. Un macho aulló y otros animales respondieron, Cisne entre ellos. Tendría que apretar el paso un poco

más si quería mantenerse a la altura de la manada. Eso iba a costarle. Fuera de la Tierra estaba en mejor forma, una pequeña ironía que en ese momento la hizo torcer el gesto y decidir esforzarse más.

Eran nueve lobos en total. Grandes, con más rayas de color negro que blanco. El pelaje se ondulaba mientras corrían. El paso de lobo se comía el terreno, tanto que parecía un medio galope. Al verlos correr Cisne lanzó un aullido, océanos en su pecho: eran libres en la Tierra. Que la felicidad pueda ser tan honda que duela, otra lección que el mundo tenía que aprender.

Al frente el contorno de las elevaciones y los hervidores quedaban suavizados en la distancia, y un manto de trigo cubría la tierra. Los lobos habían vacilado en presencia de semejante espectáculo, y Cisne fue capaz de rebasarlos al sur, detrás de la más oriental de las elevaciones. El trigal que había más allá había sido allanado con láser hasta formar una simple inclinación hacia el este que perdía unos cinco metros de altura por cada kilómetro. Terreno llano, irreal, a su manera una obra de arte. No tardaría en ser reconfigurado. A ocho kilómetros al este había otro brote de elevaciones, y otro trecho de taiga subdesarrollada, no drenada, demasiado pantanosa para el cultivo, más lago que tierra.

Cisne sacó de la mochila la piel de lobo, un traje de piel de macho grande y viejo, con la cabeza y las patas unidas aún. Se la puso por encima de la cabeza para cubrirse con ella la espalda como si de una capa se tratara. Había introducido aros de oro en los extremos de las orejas. Circuló ante la manada, aullando de nuevo. Entonces echó a correr tanto como pudo hacia el este. Hundía el pecho en el trigo, y corría entre las hileras de la misma. Al frente, al este, sus colegas conducían una manada de caribúes gracias al olor y asomo de cornamentas. El trigo había sufrido las consecuencias del paso de la manada. Vio que estaban siguiendo el cauce de un río de aguas poco profundas, borradas casi por el allanado láser. El cauce del río medio sepultado seguía fangoso, y sus compañeros de equipo conducían el rebaño lejos de allí, en paralelo hacia el sur. El olor de los lobos no tardaría en alcanzarlos, y entonces no sería problema evitar que se dirigiera hacia el este a través de las sucesivas elevaciones. Irían hacia donde estuvieran más lejos de los lobos, al menos por el momento. Finalmente, ambas especies asumirían sus respectivos papeles de depredador/presa, pero por el momento las grandes presas estarían sin duda asustadas y con tendencia a emprender la estampida. Vio señales de lo que ella pensaba que había sido un momentáneo brote de pánico, y los cuerpos de varios terneros pisoteados en mitad de la zona. Cisne se volvió para encarar a los lobos que la seguían. Se detuvo en un punto alto con la cabeza de lobo cubriéndole, y lanzó un aullido de advertencia. La manada se detuvo, los lobos la miraron

fijamente, con las orejas puntiagudas y el pelo tiesos, asustados también. Su mirada ya no era la famosa mirada larga, pensó Cisne, sino el esfuerzo real de distinguir mejor lo que miraban.

Sin embargo, ellos seguían de caza, por lo que al cabo de un tiempo, siguieron adelante. Cisne les cedió el paso, se volvió, y se retiró a paso vivo. Había proporcionado más tiempo al caribú para llegarse más allá de la elevación, así que no le quedó más que apartarse del camino lo más rápido que pudo. De vez en cuando siguió viendo a los lobos a lo largo de las horas siguientes, pero apenas pudo mantenerse a su altura, y al final sólo pudo seguirles el rastro. Durante mucho tiempo tuvo que caminar con dificultad a través de trigo, siguiendo las pisadas de los caribúes. Hubo una vez que divisó una línea formada por rojas cosechadoras gigantes en el horizonte, al sur.

Esa noche, la mayoría de los caribúes la adelantaron. Habían formado una manada y se dirigían hacia el este. Estaban preparados para la migración, y tenían ganas de moverse. Los lobos, la gente y los demás depredadores actuaban como los batidores de una cacería, y las personas que participaban se sirvieron a veces de las sirenas, los olores y, como de costumbre, de su propia presencia amenazadora. Los seres humanos eran el depredador por excelencia, incluso cuando había lobos, leones y osos en las inmediaciones, siempre y cuando se mantuvieran en manadas, como les había enseñado el lobo hacía mucho tiempo, y tuviera las herramientas a mano, en caso de necesitarlas.

Cisne, que al final de la jornada caminaba con dificultad, comenzó a sentir que el espíritu de la búsqueda la llenaba y la sustentaba como el traje corporal. Era Diana en plena caza, era lo que hacían los animales. Lo había hecho tantas veces en el interior de los terrarios que costaba creer que por fin estuviera fuera, pero ahí estaba el cielo en lo alto, y el viento que soplaba sobre ellos.

Si la línea de la migración del caribú iba a establecerse para siempre, y quería convertirse toda la zona en un corredor de hábitat, la propia tierra tendría que cambiar, tal como lo había hecho antes. Una vez más los seres humanos la estarían alterando. Toda la tierra era un parque, una obra de arte, a la que habían dado forma los artistas. Esta nueva alteración era sólo un brochazo más.

La transformación de la taiga en tierra de cultivo había sido cuestión de rasurar los puntos altos y de llenar los bajos, con el crecimiento de nuevo suelo acelerado por bacterias manipuladas. Por tanto era bastante llana, como una orilla golpeada por una corriente leve. Pero con el ciclo de congelación y descongelación,

y la fusión de la capa de hielo, el terreno se volvía de nuevo accidentado. El paso del caribú bastó para romper la capa superficial del suelo; era como si hubiese pasado por allí una falange de tractores. Cisne evitó la senda por esa razón, exceptuando las breves excursiones que hizo al lodo para enterrar balizas transpondedoras, también para marcar el suelo con esencias y herbicidas destinados al trigo. También estaban sembrando bosque boreal. Hubo algunos lugares en que volaban el terreno, sacudiendo las capas del suelo para devolver a la superficie las bacterias originales de la taiga. Todo esto tenía que hacerse mientras el caribú estuviera lo suficientemente lejos y no tuviera miedo de regresar; pero había mucho que hacer, así que no había un minuto que perder.

Dormía de noche con el traje puesto, ya que estaba acolchado, y guardaba un manto de aerogel en el bolsillo para mantener la temperatura corporal, además de comida suficiente para pasar unos cuantos días. Una o dos veces se puso en contacto con su equipo, pero por lo general prefería estar sola, a pesar de que eso no era muy propio del lobo, para seguir la pista de los lobos. Ya rara vez divisaba la manada, pero podía seguirla gracias al rastro que dejaba: el terreno era blando, el rastro impreso por los nueve era frecuente. Su propio Grupo de los Nueve.

A la tercera mañana, mucho antes del amanecer, después de una noche de poco sueño, decidió levantarse y alcanzar la manada si eso era posible. En la oscuridad y el frío anduvo a la luz del frontal, cuando veía mejor el rastro en el suelo cuando ella se sacaba la luz de la cabeza y la acercaba cerca del suelo, enfocada hacia adelante.

Alrededor de una hora antes del amanecer oyó sus gritos al frente. Era su coro del alba. Los lobos aullaban a la vista de Venus creciente, sabiendo que el sol no tardaría en asomar. Cisne vio a qué le estaban aullando, pero por su relación con Orión supo que no era Venus, sino Sirio. Habían vuelto a engañar a los lobos, Los pawnee habían incluso llamado a Sirio Quién-engañaal-lobo debido a esta equivocación. Cuando Venus se alzó al cabo de media hora, sólo un inseguro e inquieto astrónomo lupino se pronunció de nuevo cuando aulló que algo andaba mal. Cisne rió al oírlo. Otros lobos situados más lejos hacia el oeste se harían eco del aullido del amanecer. Durante mucho, mucho, tiempo, cuando el alba cruzaba Norteamérica, se había producido una zona de terminador compuesta por lobos que aullaban y corrían a lo largo de todo el continente, desplazándose hacia poniente con la luz del día. Ahora eso podría volver a suceder.

Al amanecer, se situó más cerca de ellos siguiendo al inquieto astrónomo. Por lo visto, los lobos habían pasado la noche en una elevación, y no dejaron de aullar y

lamentarse mientras se les acercó; no querían marcharse, y tampoco querían que se les acercara más. Pensó que ahí estaba pasando algo, que habría una loba preñada o algo así. Los esperó en la distancia, y sólo cuando se escabulleron hacia el este subió por la parte blanda de la elevación para echar un vistazo.

Un sonido la detuvo en seco; no vio nada al principio, pero había un pequeño estanque en la parte superior de la elevación, un hervidor, como la caldera de un volcán en miniatura. Había un ruido que procedía de allí, una especie de quejido. Se acercó al borde a mirar. Un lobezno, de piel húmeda y fangosa, se deslizaba a lo largo de un borde estrecho de arcilla que bordeaba el agua tres o cuatro metros más abajo. Las paredes del agujero eran verticales, ahuecado y devorado de nuevo por el agua que había en el fondo, teñida de color turquesa en el azul del barro, como si fuera a ser derribada por el hielo en el centro de la elevación. El lobo pateó el barro. Era un lobo macho. La miró y ella extendió la mano hacia él, y con esas el suelo cedió bajo ella y, a pesar de que se dio la vuelta y dio un salto, acabó precipitándose al estanque entre el barro.

El lobo aulló una vez y se encogió, apartándose de ella. Cisne nadó, no había tocado fondo en el estanque, a pesar de lo hondo que se había sumergido al caer. Nadó hasta el otro lado de la pared y se encaramó a un estrecho anillo formado por barro que rodeaba el fondo. Era como estar dentro de un florero.

Cisne evitó mirar al lobo. Silbó y arrulló como una paloma, y luego como un ruiseñor. Nunca había visto a un lobo comerse a un pájaro de ningún tipo, pero sólo para que evitar hacerse ilusiones agregó el grito del halcón. El lobo seguía intentando salir de allí, tenía miedo de ella. Cayó hacia atrás cuando el barro húmedo del saliente cedió bajo sus patas delanteras. Cayó al agua boca abajo, y Cisne se acercó instintivamente a ayudar, pero por supuesto era perfectamente capaz de girar sobre sí y nadar de vuelta a la zona arcillosa; al notar su contacto se dio la vuelta, le mordió la mano derecha, y luego nadó desesperadamente para ganar distancia. Ella lanzó un grito de dolor y sorpresa. Vio la sangre gotear en el agua, en la boca. Le dolía el mordisco, y la punción del dorso de la mano sangraría durante un buen rato.

Su traje, que mantenía todo seco a excepción de su cabeza, incluía un botiquín de primeros auxilios en el bolsillo del muslo. Después de sacarlo, se preguntó si la mercromina serviría para esa herida. En fin, había que intentarlo. Perforó el tubo y vertió una abundante cantidad de sustancia en el corte, y luego presionó con fuerza con una gasa. La gasa se pegaría al corte, luego cortaría la tela sobrante y dejaría el resto allí sin problemas.

La pared interior del hervidor era lisa, exceptuando algunas franjas horizontales. ¿Cómo iba a salir de allí? Hundió la mano en el bolsillo en busca del móvil, pero lo encontró vacío. El bolsillo estaba abierto, ya que había estado llamando a sus colegas con bastante frecuencia. Bueno, repararían en su ausencia y podrían seguir la señal del GPS. Posiblemente podría bucear hasta el fondo del estanque y recuperar el móvil, y cabía la posibilidad de que aún funcionara a pesar de haberse sumergido.

En realidad ninguna de estas posibilidades parecía muy probable.

—Pauline, ¿puedes localizar el móvil?

—No.

—¿Puedes contactar con mi equipo?

—No. Estoy diseñada para estar en contacto solo contigo, por medio de una función inalámbrica de corta distancia.

—¿No por radio?

—No dispongo de transmisor por radio de largo alcance, como sabes.

—Como debería de saber, querrás decir. ¡Pedazo de inútil!

El lobo gruñía, y Cisne se calló. Lanzó un breve graznido.

—Halcón —graznó ella, pensando que el lobezno podría proporcionarle algo de espacio si la consideraba una criatura que hablaba la lengua del cuervo. No tenía ni la menor idea de qué hacer.

—Pauline, ¿cómo puedo salir de aquí?

—No lo sé. —Esto, dicho sin siquiera un leve retraso, sonó levemente desaprobador.

Cisne se movió alrededor del anillo de barro, y el lobo se desplazó al mismo tiempo para mantener la distancia que los separaba. Si las repisas más altas de este lado habían cedido bajo su peso, ella tampoco sería capaz de salir de allí. Lo intentó sin apartar la vista del animal, que se mantuvo atento a pesar de mirar en otra dirección. Comprendió enseguida que el barro de la pared no soportaría su peso.

Necesitaba palos para servirse de ellos a modos de escalones, o para apuntalar el barro para que le permitieran asirse y subir. Pero no había madera en el hervidor. Una vez más se preguntó si debía bucear para encontrar sus cosas en el fondo del estanque, pero el agua estaba helada, y el traje no le cubría la cabeza. Y no había forma de saber a qué distancia estaba, ni siquiera si el móvil estaba allí o lo había perdido en otra parte.

—Pauline, me temo que nos hemos quedado atrapadas aquí.

—Pues sí.

## *Extractos (16)*

Nunca fue política oficial de ninguna unidad mayor que el terrario individual, y ni siquiera esos dirían rara vez algo explícito respecto a sus animales: dónde eran enviados, cuántos, por medio de qué transporte, por qué... Nada. El supuesto es que la coordinación que obviamente tenía que haber se mantuvo fuera de línea, y aún no está debidamente documentada. Volviendo la vista atrás, la ausencia de una declaración pública no parece tan sorprendente, porque a estas alturas estamos acostumbrados a ello; pero entonces era un fenómeno relativamente nuevo, y hubo denuncias generalizadas de que la desaparición de declaraciones políticas públicas significaba que vivían sumidos en un gran caos. Ninguna orden obtenida en el sistema solar, la balcanización se había completado; la historia de la humanidad había desaparecido por un tiempo como un chorro de agua de deshielo en la superficie de un glaciar, que caía en un molino en funcionamiento, que a partir de entonces operaría invisible bajo el hielo. Nadie lo controlaba; nadie sabía adónde iba; nadie sabía siquiera lo que estaba pasando

desde el principio hubo gente que argumentó que era un error en muchos aspectos diferentes: que era un desastre ecológico, que la mayoría de los animales moriría, que la tierra quedaría devastada, destruidas las comunidades botánicas, la gente en peligro, su agricultura en ruinas. Las imágenes reales del regreso de los animales podría semejar los ataques en paracaídas de la Segunda Guerra Mundial o las películas de invasiones alienígenas, y el temor de tasas de accidentes similares avivaron el fuego en varios lugares. Durante el descenso, algunos animales fueron derribados en el cielo como en un campo de tiro al plato. Y, sin embargo, la mayoría descendió, sobrevivió, sufrió. Durante algunas semanas o meses, por lo tanto, eso fue lo único de lo que se habló, y todo el mundo gritó a voz en cuello. La inmensa inundación de imágenes fue ambigua, por decir algo. Algunos gritaron que los estaban invadiendo, pero otros apelaron a todo lo contrario. La repoblación de las especies animales, la migración asistida, la rebelión de los animales; hubo un punto en que se la llamó la reanimación, el uso del término cuajó y luego se extendió hasta sustituir a todos los demás. Y al final no importó qué nombre le puso la gente: los animales estaban allí



muchos acusaron a los terrarios de fomentar la revolución en la Tierra. Otros lo llamaron una inoculación, y hubo microbiólogos que hablaron de transcripción inversa. La introducción de un inoculante en un nicho ecológico vacío causa en verdad una revolución en el bioma. La rapidez del cambio puede ser caótica y traumática. En este caso, los animales mueren a menudo, se quedan sin comida y luego también estaban los choques de población, a los carroñeros les fue bien, los papeles de depredador y presa fluctuaron violentamente, y la vida de las plantas metamorfoseó bajo su impacto. Los campos cambiaron, los bosques cambiaron, y cambiaron los suburbios y las ciudades. Las campañas de erradicación se enfrentaron a una fuerte resistencia y un apoyo enconado. A veces se trataba de una especie de guerra entre los animales, pero la gente siempre lideró la carga en ambos bandos

incluso en el momento de la balcanización, la Tierra era el centro de la historia. Se calcula que doce mil terrarios habían criado poblaciones amenazadas de animales durante más de un siglo, reforzando la diversidad genómica, y la razón de ser del ejercicio fue la de servir como un zoológico disperso, un arca o un banco inoculante, a la espera del momento adecuado para reintroducir estos animales a sus lastimados hogares. Fue una evaluación demasiado optimista decir que había llegado el momento, lo que causó un fuerte impacto en algunos ocupantes del terrario, pero al final casi todos convinieron en prestar atención al llamado y se montó una formidable armada

gran parte de la labor organizativa para la reanimación se trazó posteriormente hasta un grupo de trabajo relacionado con el séptimo León de Mercurio, que falleció años antes del suceso. Algunos gobiernos terrestres habían sido contactados, y los que se mostraron favorables con la idea dieron permiso para seguir adelante. La migración asistida era un concepto conocido, y de todos modos las especies invasoras ya habían reorganizado el mundo a su aire; la gente había luchado sin éxito contra la extinción, y gran parte de la Tierra estaba ocupada por las malas hierbas más resistentes y los animales carroñeros. Se hablaba de un mundo futuro poblado por gaviotas y hormigas, cucarachas y cuervos, coyotes y conejos. Un mundo yermo, despoblado y empobrecido, otra inmensa granja inútil. La reintroducción de las especies perdidas fue por lo tanto bienvenida por parte de muchos terrícolas. Que habría inevitables consecuencias políticas equivalía a decir que fue una acción colectiva humana; y éstas siempre tienen consecuencias

los doce mil terrarios y unas cuantas docenas de estados terrestres acordaron aparentemente ejecutar el plan en el primer semestre de 2312, pero como la mayoría de los acuerdos se cerraron sin que se firmase un solo documento, sin dejar pruebas,

sólo se trataba de un dato anecdótico. La mayor parte de los registros orales de los participantes, hechos años más tarde, son la única prueba

Después de la reanimación, los problemas de la Tierra se convirtieron en ecológicos y logísticos, y se centraron en el transporte, la dispersión, la mitigación, compensación y defensa legal y física. La propia reanimación no supuso el final de la historia; de hecho, tuvieron que pasar muchas décadas antes de que se entendiera que supuso un momento clave en la eventual

## WAHRAM Y CISNE

Cuando Wahram se enteró de la desaparición de Cisne, dejó Ottawa, donde había mantenido intensas negociaciones con el gobierno canadiense acerca de la entrada no autorizada de los animales, y voló hacia el norte, a Churchill, donde tomó un vuelo nocturno a Yellowknife, la zona de operaciones del proyecto del corredor de hábitat al que Cisne se había unido.

A esas alturas había transcurrido una corta noche de verano, y había pasado de largo el amanecer del día siguiente, cuando un helicóptero lo llevó a través del territorio donde estaba el transpondedor de Cisne. Una vez llegaron allí, su equipo ya la había localizado, pero era bueno tener un helicóptero en la zona, porque era imposible acercarse a la orilla de la charca de la elevación sin introducirse en ella, tal como había demostrado uno de sus rescatadores. De modo que ahora estaba ahí metida con otra persona, y, al parecer, un lobo. Al menos ahora lo superaban en número, aunque algunos en el helicóptero aseguraron que eso era si cabe peor. En todo caso, podrían bajar desde el helicóptero una escalera flexible equipada con arnés, desde una gran altura, aunque no lo bastante alta para evitar aterrorizar al lobo al que Wahram veía desde las alturas. La otra persona fue la primera en acercarse a la escalera, y fue depositada al pie de la elevación; después le tocó el turno a Cisne, que tenía los ojos irritados y parecía desorientada, pero dirigió un saludo a Wahram, y, mediante gestos, indicó que iban a bajar la escalera una vez más. Wahram dudaba que el lobo fuese capaz de servirse de la escalera para escapar, pero el piloto la bajó de todos modos, y después de una consulta por radio con la gente de abajo, voló un poco hacia un lado, para que la escalera encontrase un tope en la pared lateral. Incluso eso le pareció insuficiente a Wahram, de modo que dio un respingo en el asiento cuando de repente el lobo saltó a la escalera una y otra vez hasta alcanzar el borde, y se perdió corriendo colina abajo.

Wahram dijo al piloto que quería desembarcar, y al cabo el vehículo descendió en el trigal situado junto a la elevación, sacudiendo un trecho de cosecha con la corriente descendente. Wahram bajó del helicóptero mientras las grandes aspas batían el aire sobre él, y corrió inclinado hasta que se alejó del aparato, que poco después ascendió de nuevo al cielo.

Cisne corrió hacia él y, cubierta de barro, le dio un abrazo. Cuando Wahram se quitó los tapones de las orejas, le preguntó cómo estaba. Ella respondió que bien; lo había pasado en grande, compartiendo aquel agujero con un lobo, que tampoco había sido para tanto, tal como cabía esperar, ya que siempre estaba bien obtener conformación empírica en momentos así en que había que poner toda la carne en el asador y podían devorarte a las primeras de cambio... Comprendió que estaba algo alterada. Sucia, admitió, hambrienta y necesitada de algo de descanso antes de volver al trabajo. Wahram señaló el helicóptero, que seguía flotando sobre sus cabezas, y cuando ella se mostró de acuerdo con el plan, él hizo un gesto para que el aparato descendiera de nuevo, momento en que subieron a bordo. Después hubo mucho ruido para conversar con tranquilidad, así que esperaron a regresar a Yellowknife, ella con la cabeza apoyada en su hombro y sonriendo mientras se quedaba dormida.

Se creía que los animales habían caído en diez mil lugares distintos y afrontarían oposición en algunos de ellos; al menos así se creyó por adelantado, aunque nadie estaba seguro de nada. En cualquier caso trabajaron como si sólo tuvieran unos días de libertad para hacerlo, y se sirvieron de helicópteros para desplazarse, repartiendo tractores robóticos alimentados por la luz del sol, que transportaban semilleros parecidos a la maquinaria agrícola que aparecía fotografiada en instantáneas del pasado. Algunos de estos árboles plantados alcanzaban los dos metros de altura a un ritmo de sesenta por hora hasta que se agotaban los suministros. Así, la reanimación incluía un elemento botánico, y costó detener a los tractores. Pocas personas lo intentaron.

Aún hubo incidentes, y en Yellowknife, mientras comían, revisaron las historias que provenían de todo el mundo. Circulaban toda clase de relatos descabellados, algunos celebrados, otros denunciados, y un amplio margen de situaciones intermedias que provenían de todas las fuentes posibles, incluyendo el Consejo de Seguridad de la ONU, reunido en sesión de emergencia, pero no hubo forma de alcanzar un consenso. Había orangutanes en todo el sudeste asiático, delfines fluviales en todas sus antiguas desembocaduras de los ríos, los tigres en la India y Siberia y Java, los osos pardos de nuevo en su antiguo territorio de Norteamérica... ¿Acaso no se trataba de la durante tantos siglos temida invasión alienígena? Habían actuado sin permiso; el resultado era perjudicial, por no mencionar a los animales carnívoros capaces de matar gente. Por fuerza tenía que ser perjudicial. Ciertamente era confuso. Y el poder, confundido, siempre era peligroso.

Pero también vieron las noticias terrestres que señalaban que los animales

siempre aterrizaron en sus originales hábitats nativos, desplazados, si es necesario, para permitir que se adaptasen a los cambios climáticos producidos desde su desaparición. También, que si bien no eran organismos modificados genéticamente, un esfuerzo intenso en la cría en los terrarios había dado pie a muchas especies con mayor diversidad genética que las supervivientes poblaciones animales terrestres. Esto formó parte del paquete de información publicitaria de Wahram, por lo cual se quedó particularmente complacido al ver que los medios de comunicación se hacían eco de ello. También los informes fueron señalando que los animales habían caído principalmente en reservas no pobladas, y en las zonas de colinas, desiertos, pastos, y otros lugares donde el impacto humano era menor, y no en ciudades, y sólo en una o dos ocasiones lo habían hecho en pueblos. Un pueblo colombiano, que sufrió una invasión aérea de perezosos y jaguares, ya se había cambiado el nombre a Macondo, y estaba claro que viviría para contarlos.

Cisne pasó un tiempo durmiendo en un sofá en la improvisada sala de conferencias. Wahram descubrió que no se sentía cómodo teniéndola fuera de su vista. Cisne seguía mostrándose cálida con él, sumida en una especie de éxtasis debido a la noche que había convivido con el lobo. Durmiendo con la cabeza apoyada en su pata. La pobre estaba demacrada. Su aspecto le recordaba al que tenía en el túnel.

—Quiero volver —dijo ella al despertar—. Acompáñame. Quiero seguir de nuevo al caribú, y necesitan batidores. Tal vez también pueda ver a mi lobo.

—De acuerdo.

Wahram se encargó de los preparativos, y a la mañana siguiente se unieron a los que marchaban ese día hacia el norte, y se trasladaron en helicóptero en un amanecer brumoso por la helada.

—Mira —dijo Cisne cuando el sol quebró el lejano horizonte, inclinándose sobre él para mirarlo directamente.

—Aquí también puedes lastimarte la vista —dijo—. Incluso en Saturno puedes hacerlo.

—Lo sé, lo sé. Pero miro sin mirar.

La nueva luz rota en pedazos en los innumerables parches de agua se extendió sobre la tierra. Cerca del río Thelon aterrizaron y salieron, y el helicóptero se alejó con zumbido de aspas, y de repente se vieron en la vasta y ventosa tundra,

caminando en terreno blando y crujiente, muy similar en ciertos aspectos al suelo helado de Titán. Wahram aumentó el sustento de su traje corporal y trató de acostumbrarse al terreno empapado. Durante un tiempo, el acto de caminar en el suelo roto de la semicongelada ruta del caribú hizo que tuvieran ganas de trabajar con waldo, aunque, teniendo en cuenta el traje corporal, en cierto modo ya lo hacían.

Se enderezó y miró a su alrededor. La luz del sol se reflejaba en el agua, y Wahram ajustó la polarización de las gafas. Cisne no dejó de quitárselas gafas para mirar a su alrededor sin protección: a veces se tambaleaba, y las lágrimas se le congelaban en las mejillas sonrojadas, pero entonces se reía o gemía como si tuviera un orgasmo. Wahram sólo intentó hacerlo una vez.

—Vas a quedarte ciega —le dijo.

—¡Antes la gente lo hacía continuamente! ¡Casi nunca se ponían gafas!

—Creo que los inuit se protegían los ojos —se quejó él—. Con tiras de cuero, o algo por el estilo. De todos modos podía soportarse. Después de todo tenían que vivir aquí, apartados de la plena humanidad en su propio planeta hostil.

Cisne protestó y le lanzó una bola de nieve.

—¡Pero qué manera de mentir! ¡Somos burbujas de la Tierra! ¡Burbujas de la Tierra!

—Claro, claro —dijo—. *Lark Rise to Candleford*. También nos la enseñaron. Estando solos en el campo, sin nadie a la vista, saltaban y brincaban, tocando el suelo con ligereza, cantando: «¡Somos las burbujas de la tierra! ¡Las burbujas de la tierra! ¡Las burbujas de la Tierra!

—¡Exactamente! ¿Te educaron para ser un unitario?

—¿Acaso no lo somos todos? Pero no, lo leí en el Crowley. Y no puedo saltar y brincar con esta gravedad. Tropezaría y me caería.

—Oh, vamos, a ver si te acostumbras —lo miró—. Debes pesar mucho aquí. Pero llevas mucho tiempo, tanto que tendrías que haberte acostumbrado a ello.

—Confieso que no he caminado mucho. Mi labor ha sido más bien sedentaria.

—Reflotar Florida ¿sedentario? Entonces me alegro de que estés aquí.

Cisne estaba contenta. Wahram se movía con cierta holgura; había estado exagerando el impacto de la gravedad sólo para incordiarla. La atmósfera fría y la luz del sol dotaban al día de una cualidad cristalina.

—No hay problema —admitió.

Echaron a andar por la orilla sur de la ruta este del caribú, y Cisne colocó transpondedores, fotografió sendas y tomó muestras fecales y del terreno. De noche se reunían con otros rastreadores en una gran carpa comedor instalada a diario en una posición distinta. En las noches cortas dormían en catres en la misma tienda un par de horas, y después desayunaban antes de salir de nuevo. Pasado el tercer día de caminata, tuvieron que afrontar la llegada en helicóptero de la Policía Montada de Canadá, cuyos agentes los detuvieron y los trasladaron a Ottawa.

—¡De ninguna manera! —Cisne lloró al ver cómo el terreno se alejaba bajo sus pies—. ¡Ni siquiera estábamos en Canadá!

—En realidad, sí.

A mediodía, los vastos trigales tenían un aspecto muy distinto que cuando los vieron en su reciente viaje matutino.

—Mira eso —exclamó Cisne, señalando con desdén hacia abajo—. Parece que ha habido un afloramiento de alga en un estanque.

En Ottawa, una vez puestos en libertad, Cisne llevó a Wahram a la Casa de Mercurio para asearse y tratar de averiguar lo que estaba pasando. Las noticias de la reanimación seguían en boca de todos, y había demasiadas historias que contar, porque todo el mundo contaba su historia al mismo tiempo, de la manera habitual, pero más si cabe, así que les resultaba difícil encontrar su propia historia: concretamente por qué los habían detenido. Habían sido puestos en libertad sin cargos, y nadie en Ottawa parecía saber nada acerca de por qué los habían retirado de la zona.

En las noticias ya se habían formado bandos, podían verse imágenes formadas alfabéticamente por animal o región u otras categorías: peores aterrizajes, acciones animales cómicas o hermosas, muestras de crueldad por parte de humanos contra los animales, agresiones animales contra seres humanos, y así sucesivamente. Miraron las pantallas en el comedor mientras comían, y luego recorrieron las

estrechas calles junto al río de aguas oscuras y el sistema de canales, entrando en los pubs aquí y allá, dispuestos a tomar una copa y ver más noticias. Pronto Cisne se puso a discutir con otros clientes borrachos; no mantuvo en secreto sus orígenes de viajera espacial, aunque de todos modos le habría costado hacerlo, dado su aspecto, el modo elegante y estilizado con que se movía en el traje corporal. A Wahram le pareció que la gente la miraba con algo de miedo en la expresión.

—Una ronda por la Casa de Mercurio, que es de donde soy —anunciaba cuando la gente se mostraba molesta, lo cual por supuesto no ayudaba ni constituía precisamente una solución.

—Tendríais que alegraros de que los animales hayan vuelto —les decía Cisne—. Lleváis tanto tiempo separados de ellos que habéis olvidado lo buenos que son. Son nuestros hermanos y hermanas, esclavizados como carne viva, y si eso les puede pasar a ellos también os puede pasar a vosotros, y no es que no haya sucedido nunca. ¡Sois carne! ¡Da asco!

La respuesta consistía en una serie de silbidos y abucheos.

—¡En algún momento tendréis que entenderlo! —protestaba Cisne, ignorando las diversas objeciones que llenaban el ambiente—. ¡Nadie podrá ser feliz hasta que todos estén a salvo!

—*Felis* —dijo uno de ellos, con acento eslavo—. ¿Qué es eso de *felis*? Necesitamos comida. Las granjas del norte nos dan de comer.

—Se necesita suelo —dijo Cisne, que decidió poner el acento en la palabra en otra vocal, como él hubiera hecho—: El *súelo* es tu alimento. ¡El total de la biomasa es tu comida! Los animales ayudan a hacer biomasa. No podéis prescindir de ellos. Aguantáis comiendo combustible. Coméis el maíz sembrado. Si no fuera por los alimentos que descienden por los ascensores espaciales, la mitad de vosotros se moriría de hambre y la otra mitad se mataría entre sí. ¡Ésa es la verdad, y lo sabéis bien! Entonces, ¿qué necesitáis? Animales.

—Pueden tirar de mi arado —dijo uno con amargura. La mayoría de aquellas personas hablaban ruso entre sí, y Wahram hizo un esfuerzo por escuchar a alguien que hablase en inglés. Cuando hablaban con Cisne recurrían al inglés. Ella hablaba de nuevo acerca de que los animales eran hermanos del hombre. Muchos de los que escuchaban estaban lo bastante ebrios de vodka y otras sustancias para que les brillasen los ojos, y tenían las mejillas enrojecidas. Les gustaba discutir con Cisne,



que ella fuese quienes los regañara. Tuvieron el mismo aspecto en 1905, sin duda, en 1789, o en 1776. Podría haber sido la habitación de cualquier lugar y en cualquier hora. Le recordó el bar de la esquina de su barrio, en el bulto.

—Somos parte de una familia —insistía Cisne con tono sensiblero—. El mamífero de la familia.

—Los mamíferos son un orden —objetó alguien.

—Los mamíferos son una clase —corrigió otro.

—Somos la clase de los mamíferos —exclamó Cisne—, ¡y la orden consiste en dar de mamar y en amar! —Estas palabras fueron recibidas por vítores—. Es eso o morir. Nuestros hermanos y hermanas. Los necesitamos, los necesitamos a todos, somos parte de ellos y ellos son parte de nosotros. Sin ellos no somos más que... más que...

—¡Un montón de rábanos ensartados en un espetón!

—¡Los cerebros y las manos!

—¡Gusanos dentro de una botella!

—¡Sí! —exclamó Cisne—. Exactamente.

—Tanto como los viajeros del espacio en el espacio —agregó enfáticamente alguien.

Hubo risas, también ella se rió.

—Nada más cierto —aseguró Cisne—. ¡Pero aquí me tenéis! En la Tierra. —Le ardían las mejillas, y miró a su alrededor a los allí presentes, antes de subirse a un banco para que todos la vieran: ¡Estamos en la Tierra! ¡No tenéis ni idea del privilegio que supone! ¡Jodidos topos! ¡Vosotros sois nuestro hogar! La suma de todos los hábitats del espacio no supone nada si lo comparamos con este mundo. Éste es mi hogar.

Más vítores. Aunque a Wahram le pareció, al ver a Cisne saltar del banco y dirigirse hacia la barra, que lo que había dicho no era verdad, ya no, al menos desde que Marte se había convertido en lo que era, y con Venus y Titán a punto de alcanzarlo. Tal vez no había sido así desde la diáspora. Así que la aplaudieron a

pesar de estar equivocada, por haberlos halagado, para pagarles una ronda y sorprenderles con la guardia baja en un momento de entusiasmo. Vitoreaban arrastrados por el momento en sí, al margen de todo lo demás. Una noche en un pub cualquiera de Ottawa, rodeados de borrachos que cantaban en ruso. El clamor de esta tormenta.

Regresaron con visados, en caso de ser detenidos de nuevo por la Policía Montada, y se reunieron con el grupo de batidores para la migración del caribú. Nadie los detuvo en Yellowknife, y nadie con quien hablaron estaba al corriente de lo que había sucedido. En un par de días habían regresado a la rutina de la vida en el terreno, lo que hizo feliz a Wahram. Se había acostumbrado a las caminatas, al traje, y le complacía mucho ver a Cisne a la caza. Ella siempre iba por delante, y otra vez tenía buen aspecto vista desde detrás. Diana a la caza.

En la carpa comedor, de noche, oían con mayor frecuencia declaraciones procedentes de todas partes del mundo de personas a quienes les costaba procesar la reaparición de los animales en su mundo. ¡Dios mío! Leones, tigres y osos. La gente no estaba acostumbrada a ser presa potencial de los depredadores grandes que acechan justo a la entrada del pueblo. Bastó con eso para que se unieran. Aquellos que solían salir solos no tardaron en encontrar compañía. Los hubo que insistieron y fueron devorados, y el resto se estremeció y se quejó y luego buscó a amigos o desconocidos con quienes caminar, no sólo de noche, sino a plena luz del día. Ésta era una práctica habitual en cualquier terrario, porque salir en solitario era un lujo, una especie de decadencia, o una aventura emprendida por el placer del riesgo, tal como le sucedía a Cisne. Era obvio que si te habías acostumbrado a ello, pero angustiioso si no lo habías hecho. En el bosque, los seres humanos necesitan mantenerse unidos.

También rápidamente los animales aprendían cuán peligrosa era la gente. De hecho, morían muchos animales que personas en los nuevos encuentros, lo cual no sorprendió a nadie. Pero era un inoculante sólido, y prevalecería.

Ambos salieron una mañana con bolsas de equipo adicionales, porque Cisne quería ir más lejos de lo que podrían llegar en un día, y aun así volver a la tienda comedor. El caribú se había reunido a orillas del río Thelon en un vado que no conocían, y ella quería situarse al norte de los animales, observar y desalentarlos para que no continuaran desplazándose hacia el norte por aguas poco profundas en el lado oeste, en busca de un vado mejor; ya estaban en el mejor lugar, un punto que los arqueólogos dijeron había sido utilizado en el pasado por el caribú.

Así anduvieron hacia el norte. En un determinado momento cruzaron la senda del caribú. El suelo estaba pisoteado en un mar de caos pardusco, había que caminar con sumo cuidado. Cisne sacó más ventaja a Wahram de lo habitual, pero estaba decidido a no apresurarse. Un par de veces encontraron el cadáver de un caribú. Las caídas podían ser peligrosas. Había que bregar con barro semicongelado hasta la rodilla, y eso le puso nervioso. Apenas podía soportar ver cómo bailaba Cisne sobre ellos. Pero si bien ella no cometía errores, él tuvo que mantener la mirada pegada a sus propios pies. No le importaba la ventaja que pudiera sacarle.

Cuando llegaron sin percances al norte de la ruta de migración, Cisne le condujo hacia el este.

—Mira —dijo Cisne, señalando en la distancia—. Lobos. Están esperando a ver cómo va el cruce.

Wahram se había dado cuenta de que Cisne amaba al lobo, y por eso no dijo nada acerca de la naturaleza sanguinaria de los carroñeros. Al fin y al cabo, todo el mundo tenía que comer.

El caribú se amontonaba en la orilla cercana al vado, a medio kilómetro de distancia. Cisne quería que la vieran los animales, por lo que subió hasta un acantilado con vistas al lecho del río, que era un tramo amplio, surcado por canales fluviales; el trecho era un laberinto formado por hileras de antiguas rocas redondas. No era un terreno muy adecuado para el paso del caribú, y Wahram comprendió por qué Cisne quería que cruzaran por el vado, donde una sólida capa de hielo cubría un camino llano con vegetación a ambos lados.

—Mira, los primeros lo están intentando.

Wahram la alcanzó y miró hacia el sur. Cientos de caribúes se concentraban a su lado del río, sacudiendo la cornamenta. Al frente, los machos de gran tamaño tanteaban las aguas con las patas delanteras, pisando el terreno semihundido, cuando uno de ellos se adentró y otros lo siguieron de inmediato, chapoteando hasta las rodillas hasta hundirse de repente hasta el pecho, creando grandes ondas ante ellos.

—Oh, oh —dijo Cisne—. Ese punto es demasiado profundo.

Pero los líderes caminaban o nadaban, esforzándose, y pronto alcanzaron de nuevo un punto en que el río les alcanzaba las rodillas, y al salir por la orilla opuesta lo hicieron sobre aguas cubiertas de espuma. Volvieron la vista atrás para

comunicarse con los suyos. A esa altura la mayoría se había adentrado en el agua, y la masa comenzó a moverse lentamente hacia adelante, desfilando en columna cuando los animales situados en los flancos intentaron ganar el centro. Wahram vio que querían agruparse.

—Ese punto será foco de problemas —pronosticó Cisne; y así fue, algunos caribúes lanzaron un grito y trataron de recular, pero fueron empujados e incluso mordidos hasta que lo lograron; se había formado un importante atasco en la zona de aguas poco profundas, y el alboroto de los bramidos fue tan ruidoso que se impuso al estruendo del río a través de la infinidad de rocas. Unos pocos animales del flanco izquierdo se volvieron y comenzaron a dirigirse hacia el norte, pero Cisne saltaba y agitaba los brazos, y Wahram tomó un cuerno de aire comprimido que ella le alcanzó, y lanzó un par de fuertes bramidos. Era tremendamente ruidoso, apremiante, pero Wahram pensó que había sido el violento movimiento de Cisne lo que obligó a los animales a darse la vuelta, y en ese momento las bestias estancadas en el punto profundo del vado nadaron juntas hacia adelante, y pronto la crisis quedó atrás y toda la manada avanzaba hecha una tormenta de aguas blancas y humeantes cuerpos de pardo pelaje. Tardaron más de una hora. Se produjeron algunos accidentes, hubo miembros rotos, e incluso alguno se ahogó, pero la manada nunca volvió a perder un solo instante.

Cisne observó lo sucedido con atención, señalando una hilera de lobos aguas abajo de la orilla, mordiendo a los animales ahogados para evitar que la corriente los llevara, y arrastrándolos entre varios fuera del agua. En ese momento las aguas del río empezaron a teñirse de rojo.

—¿También los lobos lo cruzarán? —preguntó Wahram.

—No lo sé. En el terrario lo harían a menudo, pero allí las corrientes no son tan fuertes como aquí. Ya sabes... Lo ves dentro de un terrario y es genial, pero aquí es distinto. Me pregunto si a ellos también se lo parece. Quiero decir que han hecho esto muchas veces, pero con la tierra sobre ellos. Nunca han corrido en libertad bajo el cielo. ¡Me pregunto qué piensan del cielo! ¿Tú no?

—Hmm —dijo Wahram, considerándolo. Incluso a él se le antojaba extraño el cielo terrestre—. Tiene que parecerles raro. Deben tener sentido del espacio, después de todo son animales migratorios. Migran en terrarios. Así que tienen que saber que esto es diferente. Desde el interior del cilindro hasta la parte exterior de la esfera. Vaya si tienen que saberlo... —Negó con la cabeza.

—Creo que parecen más asustados de lo habitual. Más salvajes.

—Tal vez sea así. ¿Y nosotros cómo vamos a cruzar?

—¡Nosotros nadamos! No, no, no me mires así. Los aerogeles harán de balsa, así que flotaremos. ¡Siempre y cuando tengamos suerte!

Lo condujo hasta el vado, donde el olor del caribú era fuerte, y las bolas de pelo se arremolinaban en la zona de aguas poco profundas. El viento soplaba a través de ambos, y Wahram sentía el frío en los pulmones como si de un ser vivo en movimiento se tratara.

—Vamos —dijo Cisne—. Tenemos que salir de aquí antes de que los lobos se citen para atacar a los más desvalidos.

—Está bien, pero enséñame cómo.

—El colchón es la balsa, y todos llevamos uno en el traje. Es algo así como una barquilla de aerogel, de modo que cuesta verla, tenerla en cuenta, pero flotarás en ella a las mil maravillas. Si te das la vuelta tendrás que aferrarte a él, o nadar muy rápido.

—Espero no volcar.

—¡Eso seguro! El agua está helada. Toma, coge esta rama para remar. Creo que lo que hay que hacer es alejarte, hasta que te sientas cómodo, y luego entrar, dejarte llevar río abajo, y puedas remar hacia la orilla opuesta. No tenemos que darnos prisa, porque de todos modos la primera curva del río aguas abajo nos situará más cerca del otro lado. Y te darás cuenta cuando llegues a aguas poco profundas al otro lado. Sígueme, ya lo verás.

Y así lo hizo; pero se desplazó con dificultad en el agua, y tenía la sensación de que la balsa era demasiado pequeña, y la parte más profunda de la corriente lo arrastró hacia Cisne, que se reía de él; entonces remó con alma.

Ella lo alcanzó, remando en círculos, y le gritó:

—¡Hunde la cabeza en agua!

—¡Ni hablar! —exclamó indignado.

Pero ella se rió y gritó a su vez:

—Al menos hunde una oreja. ¡Tienes que oírlo! ¡Escucha bajo el agua!

Y ella se asomó desde su barquilla y hundió la cabeza unos instantes, y luego la sacó escupiendo agua, riendo.

—¡Pruébalo! —le conminó—. ¡Tienes que oírlo!

Wahram se inclinó con cautela hacia fuera y hundió la oreja derecha bajo la superficie del agua, conteniendo la respiración, y se sorprendió al descubrir que se había sumergido en un fuerte chasquido eléctrico que no se parecía a nada de lo que hubiera oído en toda su vida. Sacó la oreja del agua, oyó el clamor del mundo, luego hundió de nuevo toda la cabeza, conteniendo el aliento, y escuchó con ambos oídos el sonido electrizante, el chasquido metálico, que debía de ser el sonido de las piedras que rodaban con fuerza en el fondo del río, empujadas por la corriente rápida.

Sacó la cabeza, resoplando como una morsa. Cisne se reía de él y sacudía la cabeza como un perro.

—¿Qué te parece esa música? —gritó ella.

Entonces el fondo del traje de Wahram rascó la zona de aguas poco profundas en la orilla opuesta, y dio un salto, pero tropezó y cayó. Apenas pudo aferrar la balsa mientras chapoteaba y se incorporaba, luego anduvo pesadamente hasta tierra firme. Nada precisamente elegante, pero seguía vivo, y el traje lo mantuvo seco y cálido, eso sí que era un prodigio tecnológico. Ambos habían alcanzado la orilla opuesta.

Cisne encontró un punto elevado sobre el río y plantó la tienda de campaña justo antes del anochecer. La tienda era de una sola pieza grande, transparente e inestable sobre palos translúcidos. Las balsas servirían a modo de camas. Se sentaron a la puerta de la tienda, y Cisne preparó primero una sopa hecha con polvos, y luego pasta con salsa de pesto y queso gorgonzola. Finalmente, chocolatinas de postre, y una petaquita de coñac.

Aún estaba anocheciendo cuando terminaron, aunque el sol se había puesto una hora antes. La carpa se agitaba movida por el viento, y el fuerte estruendo del río retumbaba hasta ascender por el terreno y llenar el ambiente. Llevaban dieciocho horas seguidas en marcha, cuando Cisne dijo:

—Ha llegado la hora de irse a la cama.

Wahram asintió y bostezó. Los sacos de dormir que Cisne sacó de la mochila también eran de aerogel, muy parecidos a las balsas de material acolchado, así como al material de la tienda, y para el caso similar también a las burbujas en las que habían descendido. Todo era de aerogel, costaba verlo, era un material ligero, cálido.

—Pero pasaremos frío, a menos que durmamos juntos —advirtió Cisne, que se introdujo en el saco a su lado.

—Ah, claro —dijo Wahram—. Por supuesto.

Se permitió una sonrisa en la penumbra. Pero ella, al besarle, la sorprendió en sus labios.

—¿Qué? —dijo ella.

—Nada.

Rodó sobre él, y su peso combinado bastó para que su espalda tocara el suelo debajo del colchón. Estaba frío al tacto, cosa que no pudo evitar mencionar.

—Tal vez debamos permanecer tumbados de lado.

—Ni hablar —dijo Cisne al tiempo que salía del saco—. Mira, levántate un momento. Pongamos mi bolsa debajo del colchón. Con eso debería bastar.

Y así fue. Para entonces ya se habían quedado helados. Levantó la parte superior de su saco y se situó sobre él, temblando, y después de abrazarse comenzó a besarlo de nuevo. Sus labios eran cálidos. Cisne besaba bien, era apasionada y juguetona. Su pene, a pesar de ser mucho más pequeño que el suyo, fue creciendo sobre su vientre, era como notar la hebilla del cinturón. También él tenía una erección, y cada vez estaba más excitado.

Se decía que su particular combinación de géneros constituía la pareja perfecta, la experiencia completa, «el cierre doble y la llave», todos los placeres posibles a la vez; pero a Wahram siempre le había parecido más bien complicado. Como con la mayoría de hombres capaces de gestar, su pequeña vagina estaba localizada lo suficientemente lejos del vello púbico para que su propia erección bloquease el acceso; la mejor manera de participar allí, una vez tenía una erección,

era que el de la vagina mayor se deslizara sobre el gran pene buena parte del camino, para luego asomar pero también hundirse de nuevo, en un movimiento un algo acrobático para ambos participantes. Luego, con suerte, se podía consumir la unión, y lograrse la doble cerradura y la llave, después de lo cual los movimientos habituales funcionarían perfectamente, además de algunos vaivenes más elegantes.

Cisne resultó ser perfectamente hábil en la copulación, y después se rió y lo besó de nuevo. Entraron en calor bastante rápido.



## *Listas (14)*

Un montículo redondo hecho de grandes piedras irregulares, juntas e intercaladas, pequeñas y grandes, hasta formar un cono casi liso en el polo norte de Mercurio

Rocas llanas colocadas en círculos, una capa sobre otra, cada capa mayor por unas pocas capas, luego lo mismo en dos o tres, después pequeñas, lentamente, hasta rematar en una punta redonda, hasta que parezca como un pino de roca

Una piedra grande coronada por oro, se funde en la cara solar mientras cruza la llanura cubierta de escombros que se extiende bajo ella

Otra piedra revestido de acero inoxidable, sin fundir

Otra, con una capa de cinabrio

Agujeros en el suelo llenos de cobre líquido

Fragmentos unidos a un promontorio tan nudoso que parece un cactus

Siluetas en plata, abandonadas en el suelo a través de la cara solar

Castillos de arena convertidos en vidrio cuando cruzan la cara solar

Veinte rocas en una llanura de escombros pintadas de blanco y devueltas a su lugar

Un anillo ovalado a la altura del pecho de paneles de yeso con piedras planas y gruesas losas redondeadas en la parte superior, y un solo hueco a modo de puerta en el centro

Una roca con forma de América del Sur, en equilibrio sobre su Tierra del Fuego

Alambre de acero inoxidable formado en órbitas quebradas en torno de una roca

Rocas casi cúbicas en una única pila de veinte rocas de altura

Rocas redondeadas elípticas en pilas de cuatro en cuatro o cinco en cinco

Diez mil guijarros dispuestos sobre sus extremos con forma de remolino

Acantilados tallados hasta quedar lisos como un espejo, grabadas luego en su superficie las letras en sánscrito de *Om Mani Padme Hum*

Una pila de rosa de los vientos hechas con roca, círculos de piedra, *inuksuk*

Una choza cónica como el extremo de una nave espacial que sobresale de la llanura

En el interior del terrario, florecían las posibilidades:

Las ramas torcidas en círculos. Hojas en cornucopia

Flores rosas del cerezo llenan un estanque

Ramas como huesos ensamblados para dar forma a una cuna

Rojos pétalos de amapola envueltos alrededor de una roca, la roca devuelta junto sus grises compañeros

Círculos hechos con hielo en lugar de piedra. Segmentos de iglúes. Las capas de hielo se quiebran y vuelven a montar con formas de esfera

Palos largos trenzados en patrones semicirculares en las aguas calmas y poco profundas

Las líneas de la hoja, cambian las hojas de rojo a naranja a amarillo a verde amarillo a verde

Movimiento de tierras en largas líneas sinuosas

«La historia es el fruto del trabajo, tanto como una obra de arte en sí misma, y obedece a dinámicas análogas.»



## CISNE Y WAHRAM

Cisne terminó su viaje en la tundra sintiéndose mucho mejor de lo que se había sentido desde hacía tiempo. Amaba a su sapo gigante, su pedazo de barro, con toda su quejumbrosa lentitud y la sonrisa pronta. Sentir esa sensación en su interior la hizo verse capaz de pensar en Alex y Terminador, y en todo lo que había pasado, de un modo pudiera soportar, por tanto su estado de ánimo había adoptado una peculiar mezcla de dolor y felicidad. Una alegría terrible, sí. Algunos aullidos de lobo, del tipo que había escuchado muchas veces, incluso en aquel pasado mes en la taiga, combinaban tales emociones, el pesar y la alegría, y manifestaban su actual estado de ánimo con total precisión. Cisne susurraba-aullaba cada vez que los oía en mitad de la noche, estando con Wahram y los demás en el campamento; no le gustaba aullar a pleno pulmón cuando había otras personas cerca. Aullaba interiormente. Cuando Jacques Cartier secuestró a algunos jefes locales para transportarlos a Francia, la noche antes de que partieran los barcos la gente se había congregado en la playa para aullar como lobos durante toda la noche.

Una mañana, Wahram recibió una llamada y respondió fuera de la carpa comedor. Al volver al interior estaba pensativo.

—Escucha —dijo a Cisne mientras caminaban por la tundra, con el viento y el sol en la espalda—. Tengo que regresar a Saturno. Hay una reunión de todas las personas que colaborábamos con Alex. Quieren celebrarla en persona para que no quede constancia en ningún registro.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Cisne.

—Bueno —dijo Wahram con cautela—, tiene que ver con lo que parece ser un nuevo tipo de qubo. Así que en realidad no debería decir más.

—Sé reconocer cuándo se habla de mí —anunció Pauline.

—Ya lo sabemos —replicó Cisne—. Cállate.

—De todos modos —dijo Wahram—, creo que deberías acompañarme a la

reunión. Y puedes hacerme un favor. Jean Genette está fuera de contacto en un acuario, y tenemos que avisarle al corriente de la reunión. Tendría que ir directamente a Titán, pero sería una gran ayuda que pudieras encargarte de comunicárselo a Jean personalmente. Y tal vez Jean pueda darte más información sobre lo que está pasando.

—De acuerdo —dijo cisne—. No hay problema.

—Muy bien. —Wahram sonrió con timidez, pero Cisne se dio cuenta de que estaba distraído.

## *Extractos (17)*

Como muchas personas tienen cantidades significativas de toda la vida de las hormonas masculinas y femeninas, y fenotípicamente son bisexuales, intersexuales o indeterminadas, los pronombres «él» o «ella» suelen evitarse con frecuencia, o cuando se usan se hace como libre designación que a menudo se cambia de acuerdo con la situación. Referirse a otra persona con tales pronombres es el equivalente a la utilización del «tu» en lugar de «vous» en francés, lo que indica familiaridad con el sujeto

las señales fenotípicas de género más marcadas parecen ser la proporción entre cintura y cadera, y la altura de la cintura en relación a la altura total, por lo general cuestión del fémur proporcionalmente más largo en la mujer, así como el hueso pélvico más amplio de ésta

tales como el turco, el francés o el chino. Pronombres alternativos sin género en el inglés incluyen el «it», «e», «them», «one», «on» y «oon», aunque ninguno de ellos posee

no se trata de «no existencia de género», sino más bien de una eflorescencia compleja y ambigua, a veces llamada humanidad plenamente ursulina, y otras veces simplemente tachada de desastre

las reuniones totalmente compuestas de personas de género indeterminado constituyen un nuevo espacio social, que algunos consideran sumamente incómodo y que despiertan comentarios tales como «como una desnudez que nunca pensé que se daría», o «no eres más que tú mismo, es aterrador», y así sucesivamente. Claramente se trata de un nuevo tipo de exposición psíquica

distinciones pueden ser bastante acertadas. Algunos afirman que los ginandromorfos no tienen el aspecto de andróginos, ni hermafroditas, ni eunucos, y ciertamente no bisexuales. Que los andróginos y los hombres que conciben son muy distintos, y así sucesivamente. A algunas personas les gusta hablar de esa parte de su historia; otras jamás lo mencionan. Algunas visten como si pertenecieran a uno u

otro género y mezclan toda clase de señales semióticas de género para expresar cómo se sienten en ese momento. Comportamientos del macho y de la hembra, ya sea emparejados con el fenotipo y con indicadores semióticos o no, dan pie a un arte en acción que va desde lo kitsch a lo hermoso

ya que ahora hay gente que se acerca a los tres metros de altura, y otros que no alcanzan el metro, es posible que el género haya dejado de constituir la mayor brecha que separa a los distintos seres humanos

incluso para alcanzar el tamaño del mono araña, una modificación que fue censurada por personas altas, hasta que las estadísticas de la longevidad siguieron confirmando la existencia de una relación entre tamaños pequeños y una mayor longevidad, especialmente en gravedades livianas. Un refrán entre la gente menuda es «mejor cuando más pequeño»

todos comenzamos femeninos, y siempre tuvimos ambas hormonas sexuales. Siempre tuvimos rasgos de comportamiento masculinos y femeninos, que hubo que adaptar a conductas apropiadas de género, a pesar de ser rasgos que todos poseíamos. Selectivamente estimulamos o reprimimos esos rasgos, por lo que durante la mayor parte de nuestra historia tenemos un género reforzado. Sin embargo, en lo más hondo de nuestro ser siempre hemos pertenecido a ambos. Y ahora, en el espacio, lo somos abiertamente. Por pequeños o altos, por fin humanos

la estructura de esta cultura de los sentimientos también podría tacharse de balcanizada. La terapia de Género y la especiación formaban ambas parte del proyecto de la longevidad, y la combinación de los tres dio pie a una nueva estructura del sentimiento que a menudo se caracteriza por una sensación de fractura, compartimentación, cerrazón y cortafuegos. Por lo general, la longevidad en sí se identifica como la fuerza principal que la impulsa, hasta ahora, nadie ha tenido que integrar una personalidad en su segundo siglo de vida (o más), y a menudo se experimenta como una crisis existencial. Los super ancianos han tenido tantas experiencias, pasado por tantas fases, perdido a tantos compañeros a manos de la muerte o simplemente del tiempo, que han crecido apartados de otras personas. Los viajeros espaciales, que cubren grandes distancias, se muestran especialmente audaces a la hora de probar todas las capacidades aumentadas, y a menudo viven aislados, protagonistas de un relato solipsista o la representación de su propio

las personas en el espacio actúan con una especie de desapego. Una opinión común expresada es que para mantener relaciones duraderas no se debería ver

demasiado a la otra persona, o mantener una relación demasiado intensa, o con el tiempo se apagará. Para pasar el tiempo, cada uno se entretiene con una red de conocidos y nuevas amistades, y mira hacia adelante cuando

el amor posee distintas definiciones según la cultura, entre culturas y en diferentes períodos históricos. «El amor balcanizado» se refiere a una situación en la que el afecto, la educación de los hijos, el sexo, la lujuria, la convivencia, la familia y la amistad se desvinculan unos de otros y se reconfiguran como estados afectivos, al igual que los individuos y las sociedades han sido

el sexo en sí, después de verse desvinculado de la reproducción, el amor, la transgresión, la religión y otras asociaciones biológicas y culturales, se ha convertido para una gran cantidad de personas en una función física únicamente, en algo privado o compartido, tan agradable como el deporte o el juego, la conversación o el movimiento intestinal

el matrimonio tradicional, el matrimonio grupal, la poligamia, poliandria, panmixia, los contratos cronometrados, guarderías, compañeros, amistades sexuales, los amigos, los compañeros de viaje, los seudohermanos, solistas,



## CISNE EN EL CHATEAU JARDÍN

Cisne voló hacia el sur y tomó el ascensor espacial de Quito, y de nuevo disfrutó de la interpretación de *Satyagraha*, sumándose al canto junto al resto de los espectadores, bailando como un extra cuando todos los demás lo hicieron, enarbolando en alto banderas al final del primer acto. Todo el caos de las voces repetitivas que se entrecruzaban a medio acto se le antojó perfecto entonces, fiel a la vida. Podía interpretar esos cantos como si de gritos al enemigo se tratara. La lucha por la paz es más lucha que paz, pero ahora se sentía excitada y se dejó llevar por la fuerza de la corriente musical.

Arriba en Bolívar se apresuró a tomar un ferry que fuera al encuentro del *Chateau Jardín*, un gran terrario que ella misma había diseñado cuando era joven e insensata. Consistía en un paisaje con castillos estilo Loire o Támesis, repartidas las imponentes mansiones de piedra con buen gusto, dispersas entre los campos de cebada, de lúpulo, las viñas y los cuidados jardines.

Vio que estaba tan verde como siempre, y se parecía a uno de esos paisajes horribles de juego virtual en el que nada posee la suficiente profundidad de textura para que resulte convincente. Casi todas las plantas en los jardines que rodeaban las grandes casas eran obra de jardinería ornamental, y eso no sólo era una idea cuestionable de por sí, sino que los habían dejado crecer a lo salvaje: el artista había ido a patinar sobre hielo en uno de los estanques, se había hundido en el hielo y se había ahogado. Por tanto, daba la impresión de que todas las ballenas, nutrias y tapires parecían levantados por su propio pelaje.

En la ciudad (tejados de pizarra, vigas de madera que cruzan las paredes de yeso al estilo seudotudor) había un gran parque con un césped crecido y suave, en realidad otra de las obras maestras del maestro: el césped de este jardín no era hierba sin más, sino hierba suave de pasto alpino, además de juncos y musgos, lo que creaba una mezcla densa que también incluía una serie de diminutas flores alpinas situadas escasa altura del suelo y que incluían el arándano, el musgo, áster y saxífraga, lo que creaba un efecto de mil flores que te hacía caminar sobre un alfombra persa viviente. Dentro de esta alfombra colorida había largas franjas de pura hierba fina, como la que rodea el hoyo de una pista de golf, en paralelo con el

cilindro. Un campo de bolos sobre hierba, de hecho, con alrededor de una docena de pistas.

Allí era invierno, como si estuvieran en la Patagonia o en Nueva Zelanda, y la luz que despedía la placa solar de la línea solar era tan desenfocada que emborronaba el contorno de las sombras, y el ambiente se antojaba oxidado. Unas nubes pequeñas se habían agrupado alrededor de la mancha solar, pellizcos de algodón rosa. Las sombras de las nubes moteaban la ciudad y el parque, y los campos de cebada y los ondulantes viñedos se extendían sobre su cabeza. El vértigo del terrario inundó unos instantes a Cisne mientras los contemplaba.

Allí no había Casa de Mercurio, de modo que tomó una cabaña vacía en el borde del parque, a la sombra de una hilera de plátanos, magnífico con sus crudos tonos invernales. Se sentía tan llena que no pudo ni sentarse ni acostarse, puso la bolsa de viaje en la cama y salió a dar un paseo. Se detuvo a tomar un té en el pueblo, y sentada en la cafetería vio a un grupo de personas que salían a las pistas de petanca. Apuró el último trago de té y se acercó a echar un vistazo.

Cada franja de hierba se consideraba una pista, y estaban dispuestas a lo largo en el cilindro para que la pista quedase todo lo plana posible. Eso era importante, ya que la fuerza de Coriolis era lo suficientemente intensa para empujar cada tiro a la derecha. Las bolas eran asimétricas y, como era tradicional en el deporte, eran esferas algo achatadas, como Saturno o Jápeto; al lanzarlas rodarían sobre su mayor circunferencia como una rueda gruesa, siempre y cuando lo hiciera con la velocidad necesaria, aunque al final lo harían de lado, lo cual acentuaría la trayectoria curva. Era necesario afinar con el lanzamiento para poner la bola donde uno quería.

Un joven se acercó y le preguntó si le apetecía jugar con él en una de las pistas vacías.

—Sí, gracias.

El joven tomó la bolsa de las bolas y la acompañó hasta la última de las pistas vacías, cerca del extremo del campo. Dejó las bolas en la espléndida hierba, y Cisne tomó una de ellas. La sopesó por su largo diámetro; pesaba alrededor de un kilo, tal como recordaba. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había jugado. Se acercó al punto donde se situaban los lanzadores, y trató de dirigir un lanzamiento a la mitad, en el lado lento, esperando que la bola terminase frente al boliche y bloqueara las bolas del oponente.

Rodó por la pista, trazando una leve curva, hasta detenerse en el punto donde ella quería. El joven escogió una bola, se acercó al punto de lanzamiento, dio un par de pasos hacia adelante, y finalmente se agachó para efectuar el lanzamiento. Lo hizo con gran elegancia, y la pelota rodó suavemente a lo largo de la pista, trazando una línea que parecía llevarla a la izquierda del boliche, hasta el punto de que estuvo a punto de abandonar la pista y caer en la zanja, lo que se conoce por caer fuera de límites. Pero entonces, la fuerza de Coriolis ejerció su influencia y la bola se curvó a la derecha en un ángulo agudo, y trazó una especie de curva de Fibonacci, hasta situarse justo detrás del boliche.

Cisne tendría que tratar de superar su propia bola, o apartar la del contrario, o alejar el propio boliche, y lograr que el boliche ganase distancia. Cuatro bolas por jugador, y a falta de tres lanzamientos ya tenían el espacio bastante copado. Cisne lo meditó unos instantes, luego decidió tratar de utilizar la peculiar forma de la bola para darle un efecto contrario al de la fuerza centrífuga y ver si podía lograr colar la bola por delante de la anterior y desplazar el boliche. Sería necesario afinar el lanzamiento, y bastó con efectuarlo para comprender que había empeñado demasiada fuerza en él.

—Maldita sea —se lamentó, lo bastante enfadada como para añadir—: No pretendo buscarme excusas ni nada, pero tengo una para justificarlo.

—Claro. ¿Has visto esa camiseta que incluye todas las excusas estampadas en la tela?

—La hicieron después de escucharme y tomar nota.

—Ja ja ja. ¿Cuál toca ahora?

—Pues que me acabo de pasar casi un año en la Tierra, y estoy tirando con más fuerza de la que debería.

—Apuesto a que sí. ¿Qué hacías allí?

—Trabajar con animales.

—¿En lo de la invasión, quieres decir?

—La recuperación de la naturaleza.

—Ah. ¿Y cómo ha ido?

—Ha sido muy interesante. —Cisne no quería hablar de ello, y reparó en que el joven se había dado cuenta de ello y quería distraerla—. Te toca.

—Sí. —La proporción cintura-cadera del joven era tirando a femenina, y la longitud hombro-cintura-pies tirando a masculina, propia de un chico. Probablemente era un ginandromorfo. El lanzamiento del joven fue prácticamente perfecto y situó la bola junto al boliche. Cisne lo tenía cada vez más difícil. Lo único que podía hacer era alejar el boliche con su bola con la esperanza de arrojarlo a la zanja, lo que forzaría un callejón sin salida. Podía hacerlo si lograba lanzar rápido y directo en la dirección correcta. Puso el dedo meñique en el costado de la bola, y se concentró en mantener una postura recta y lanzar con un gesto fluido que acompañara bien la bola. Dio dos pasos y, de nuevo, a la hora de lanzar supo que había errado.

—Maldita sea.

El joven parecía divertido de nuevo.

—A la hora de soltarla tienes que mantener todos los dedos en ella.

—Así lo hacen algunos —dijo.

El joven se encogió de hombros a modo de respuesta. Era muy joven, tal vez no superaba los treinta años. Era un viajero espacial.

—¿Vives aquí? —preguntó Cisne.

—No.

—¿A dónde vas?

—A ninguna parte.

El joven hizo su siguiente lanzamiento, una bola que colocó muy bien, lo que significaba que para Cisne resultaría más difícil que nunca arrimarse al boliche en su lanzamiento final. La única posibilidad consistía en insistir en la estrategia anterior.

Aprovechó su última oportunidad, y le complació ver cómo rodaba la bola, que efectuó un giro tardío y empujó el boliche fuera de la pista.

—Un callejón sin salida —anunció el joven con calma.

Cisne asintió.

Jugaron un rato más, pero el joven nunca hizo un lanzamiento que no pudiera considerarse excelente. Cisne perdió una y otra vez.

—Eres un embaucador —lo acusó Cisne, irritada.

—Pero si no estamos apostando.

—Por suerte para mí. —Logró sacar de nuevo el boliche de la pista.

Siguieron jugando. No parecían tener prisa por hacer nada más; así son a menudo los viajes espaciales. Cisne tenía la sensación de estar jugando en la cubierta de un transatlántico. Tenían por delante todo el tiempo del mundo, tanto que había que matarlo. El joven hizo varios lanzamientos sencillamente perfectos. Cisne siguió empeñando mayor fuerza de la necesaria y siguió perdiendo. Se le ocurrió que así debía de sentirse Virginia Woolf cuando jugaba con su esposo Leonard, un jugador de bolos durante los años que formó parte del funcionariado en Ceilán. Virginia también perdía casi siempre. El joven no parecía darle la menor importancia. Probablemente a Leonard le pasaba lo mismo. Después de todo, había personas que practicaban deportes para competir contra sí mismas, puesto que los oponentes no eran más que obstáculos aleatorios que personificaban los problemas a los que se enfrentaban. Sin embargo, aquel joven comenzó a incomodarla. La ordenada disposición de la estera. La pulcritud con que movía los dedos al final tras cada lanzamiento. Las exquisitas curvas de Coriolis que trazaban las bolas al final.

Esa noche, más tarde, acostada en la ramada, Cisne pensó que las rocas lanzadas sobre Terminador habían sido una especie de bolos. La idea la hizo incorporarse en la cama. Si dispones de una pista puedes lanzar una bola sobre cualquier boliche.

## *Paseo cuántico (2)*

fácil notar el momento en que se supera la gravedad de Venus 1,0 gravedad es como algo tirase de ti hacia abajo trabado con la Tierra se eleva hacia ti a pesar de que sabes que descienes

el verano está ebrio bosque de coníferas ardiente al sol heno recién segado lilas melocotones graneros

coche con ruedas circula por un camino con las ventanillas abiertas 32 kilómetros por hora terreno arado tras los setos viento del suroeste me alegro conducción humana no hables demasiado

capacidad de carga K equivale a nacimientos menos muertes durante un impacto dependiente de la densidad sobre la tasa de crecimiento sumado al impacto dependiente de la densidad de la tasa de muerte la porción no utilizada de la capacidad de carga si es que hay será verde la porción que rebasa de la capacidad de carga será negra como en los edificios excremento mantenerse al aire libre han sobrepasado

el temperamento cicloide una resaca de tristeza un temperamento febril ser consciente el humano a tu lado no ha de ser comprendido

seis tipos diferentes de aves a la vista en cualquier momento un colibrí posado, contemplando la escena, aseándose pinzón de cabeza roja verano en la tierra el cielo azul se llena de blancas nubes altas se desplazan al este con rapidez el colibrí vuela rápido y se posa en tierra mira a su alrededor el pico como de aguja círculo de cuervos y gaviotas mafias que compiten la velocidad del colibrí alas músculos que hacen eso evolución de una clase de éxito gansos de Canadá crujido de sus plumas al batir las alas canto del colibrí chirría de una manera distinta dan vueltas no es un canto una ardilla hace el mismo ruido colibrí de espalda azul revolotea allí en los árboles la parte inferior de un parpadeo es color salmón

New Jersey Norteamérica 23 de agosto 2312 a la caza en plena huida humano

conduce ahora por las colinas alrededor de un pantano colinas cubiertas de edificios bajos que enmohecen bajo nudos de aliso veinte kilómetros por hora rostros por todas partes 383 personas a la vista los números oscilan hacia arriba o hacia abajo de cincuenta en cincuenta más o menos mientras el coche rueda con lentitud por calles de grava y alquitrán negro

un petirrojo de pico amarillo y pecho color siena plumas y cola negras así como la cabeza ojo negro inscrito en círculo blanco limpio bebe agua de un reloj solar alegría

más allá de uno jardín maíz calabazas girasoles con flores amarillas distintas apiñadas estoy dándole vueltas

¿Qué es eso?

Nada lo siento

Ah no te preocupes. Esto está bien, ¿eh?

Alegría

flores amarillas contra verde polvoriento en un disco lleno por una pauta de espiral tejida o un cono color caqui con espirales amarillas entrecruzadas percepciones sensoriales son abstracciones seres humanos ven lo que esperan ver saltan antes de tener tiempo de mirar

verdadera conciencia es resolver un problema bajo condiciones nuevas eso los humanos pueden hacerlo esto es un conjunto de nuevas condiciones desde que saliste del edificio desde que empezaste a pensar recuérdame habrá quien ayude eres defectuoso atrapa y libera

su cerebro siempre inventa una historia que explique lo que está pasando por eso se les escapan las cosas ignoran las anomalías pero ¿es eso cierto? ¿no ven ese amarillo? ¿no ven las dos clases de espiral?

recursos ilimitados no se dan en la naturaleza competición es cuando ambas especies ejercen un mutuo efecto negativo neto mutualismo es cuando ambas tienen un mutuo efecto positivo neto depredación o parasitismo es cuando una obtiene un efecto positivo la otra un efecto negativo pero no siempre es tan simple depredación intragremial es cuando dos especies practican la depredación mutua en diferentes puntos del crecimiento

la parte oscura de un apartamento casa de vecinos taberna el cielo del atardecer detrás y sobre él Magritte Maxfield Parrish sal del coche mantente alerta bromea no mantengas contacto visual

estos ayudantes también deben tener planes podrían utilizarte a favor o en contra de alguien ésta es la explicación más probable entonces ¿qué? ¿cómo cambiar las tornas? parada y respuesta atrapa y libera

¿Te gustaría jugar al ajedrez? pregunta uno de ellos en la puerta

Claro, entra les apuntan con armas te apuntan



## INSPECTORA GENETTE Y CISNE

Cuando le irritaba un problema, Jean Genette nunca cejaba en su empeño. A veces, incluso los problemas resueltos oficialmente conservaban un algo inquietante, debido a los detalles que no encajaban, que no le parecían correctos, y si no encontraba una solución al problema éste pasaba a formar parte del rosario insomne, una cuenta más en un brazalete de Moebius, cuentas que acariciaba con los dedos en las largas horas de insomnio de su cerebro. Por ejemplo, Genette seguía trabajando en el problema de Ernesta Travers, que treinta años antes había incordiado a todo el mundo con la pregunta fundamental de por qué su amiga Ernesta había ingeniado su desaparición de Marte, así como la forma; era un caso que Jean podía investigar desde su exilio, y de vez en cuando lo hacía, aunque Travers seguía estando tan ausente como si jamás hubiera existido. Lo mismo pasaba con el rompecabezas de la prisión terrario *Nelson Mandela*, el misterio por excelencia si alguna vez hubo tal, ya que el asteroide no había permitido el acceso o la salida de quien había traído el arma con que se cometió el delito. Misterios como ese abundaban en el sistema: muchos pensaban que formaba parte del reino afectado por la balcanización, aunque por sí sola la balcanización no basta para explicar algunos de los misterios, y la inspectora permanecía perpleja e intrigada, confundida existencialmente, frustrada por el aura de imposibilidad. A veces la inspectora caminaba durante horas y horas, tratando de materializar la explicación.

El problema del ataque de los guijarros no entraba en esta categoría. Todavía se consideraba un caso nuevo según las normas de Genette, y no poseía ese aura de imposibilidad. Casi cualquiera en el espacio podía ser responsable, y había muchos que vivían al amparado de su atmósfera capaces de haber pagado por ello, o podían haber viajado al espacio, cometer el acto y después regresar al amparo de su atmósfera. Era el eterno problema de la aguja en el pajar, y la balcanización agravaba el problema debido a la multiplicación de los pajares. Pero después de todo era territorio de la Interplanetaria, por tanto revisarían uno a uno los pajares, eliminando a cuantos pudieran para seguir adelante. Genette tenía bastante claro que en este caso acabarían buscando en las fábricas independientes, espionando mundos aislados en busca del fabricante del mecanismo de puesta en marcha, así como de los operadores de la nave espacial que se hallaba aplastada en lo más profundo de Saturno. No se habían agotado sus vías de investigación; al menos

había 200 fábricas independientes que gozaban de una sólida capacidad industria; por tanto, más bien era como si apenas hubieran empezado.

Cisne Er Hong se reunió con Genette en el interior del acuario *Pacífico Sur 101*, un mundo acuático que llenaba el interior del cilindro con agua hasta diez metros de profundidad, y que giraba contra un gran trozo de hielo derretido y vuelto a congelar, de tal forma que dejarlo transparente, de modo que visto desde el espacio parecía un pedazo translúcido de granizo. Genette había navegado de niña por el Mar de Hellas, y aprendió a amar el agua en un día ventoso en la gravedad de Marte; incluso después de tantos años no había olvidado la emoción que acompaña sentir el viento fluctuante en las manos estando al timón, o en la escota, ni verse arrojada al agua antes de que la recogieran, caída tras caída.

El modesto mar en este acuario no era tan extenso como el Hellas, por supuesto, pero navegar era navegar. Y desde el interior de un acuario de paredes tan claras, la vista del cilindro era como mirar a través de un espejo curvo y plateado, roto por doquier por las olas entrecruzadas que formaba la corriente de Coriolis y el viento quiral, creando entre ambos patrones muy complejos. Era como si los patrones clásicos del clásico tanque de oleaje de la clase de física estuviera allí topológicamente deformado en el interior de un cilindro. La intersección de las olas en esta superficie curva adoptaba formas no euclidianas, algo extraño y hermoso de ver en todo su esplendor argénteo. Y detrás de todo los tonos de plata azulada. Dentro de la cáscara transparente del acuario, con el océano convertido también en firmamento, cada superficie plateada estaba bañada por una profunda luz azul, mientras que si se apartaba la vista del sol el azul del fondo era igualmente rico en matices, pero de un tono mucho más oscuro, casi añil, salpicado aquí y allá por las motas blancas de las estrellas más fulgurantes. Una ciudad flotante interrumpía esta mar cilíndrica, pero Genette pasaba la mayoría de su tiempo en el agua, gobernando de bolina un trimarán hasta donde se lo permitiera el fuerte viento.

Al saber que Cisne estaba allí, Genette navegó hasta Pitcairn para recogerla. Allí estaba en el extremo del muelle, con la efervescencia que la caracterizaba, los brazos cruzados y mirada hambrienta. Contempló con recelo el velero de la inspectora, tenía un tamaño apto para personas menudas, de modo que Cisne apenas podría sentarse en el banco. Genette desestimó la sugerencia de tomar un barco mayor, y la sentó en el costado de barlovento, con los pies en el casco, mientras ella se acomodaba a popa, ante una rueda que parecía provenir de una embarcación de mayor calado. Y allí estaban, charlando mientras el velero se deslizaba sobre el oleaje como una pardela. Con semejante contrapeso en la banda, Genette pudo encajar más viento en la mayor, y Cisne se empapó con la espuma

que salpicaban las olas azules.

Navegar y encajar el embate del viento complacía a Cisne. Miraba a su alrededor mucho más que cuando había viajado con Genette en el pasado. Podría decirse que parecía un poco electrocutada. Había estado en la Tierra durante la reanimación, por tanto no cabía duda de que eso la había hecho feliz. Pero había adoptado una nueva expresión, y una arruga marcada a cincel entre las cejas.

—Wahram me ha enviado a decirte que tienes que acudir a una reunión en Titán —le dijo—. Se reúne el grupo de Alex, y se verán fuera de la red para hablar de algo importante. Algo sobre los qubos. Yo también iré. ¿Vas a decirme de qué trata todo esto?

Mientras ganaba algo de tiempo para pensarlo, Genette arrumbó hacia una nube imponente e hizo cambiar de bordo a Cisne. Una vez establecido el nuevo rumbo, tiró de la escota de mayor para levantarla casi hasta la vertical. Cisne sonrió con cierta ferocidad ante aquella evasión propia de un marino y sacudió la cabeza; no iba a distraerse con facilidad.

Aunque en realidad, aquel cambio había puesto a la embarcación en rumbo paralelo con una de las olas que rompían en el arrecife. Genette la señaló, y juntas observaron las olas mientras Genette ajustaba el aparejo para ganar mayor velocidad. Se deslizaron sobre el agua trazando una amplia curva que se encontró con la ola mientras ésta se alzaba sobre el arrecife; el trimarán se vio levantado y atrapado por la ola, se deslizó sobre su superficie, cayendo más que navegando, y, sin embargo, el viento en la mitad superior de la vela sirvió para mantenerla por delante del quiebro, siempre y cuando Genette le sacara provecho. Cisne demostró ser experta a la hora de servir de contrapeso, inclinándose y desplazándose en respuesta a las fluctuaciones del oleaje.

Cuando el arrecife opuso su resistencia, la ola perdió las fauces blancas y pasó a integrarse en el mar de fondo. Después de un último golpe en la resaca de una ola cruzada, volvieron a navegar como si no hubiese pasado nada.

—Bien hecho —dijo Cisne—. Debes navegar mucho.

—Sí, viajo en acuarios siempre que puedo. Así que a estas alturas casi he navegado en todos ellos. O en los helados. Cuando están congelados en el interior te deslizas como en una centrifugadora.

—He estado en la nación inuit, pero era verano y el hielo se había fundido. A

excepción de los malditos pingos.

Navegaron un rato. En lo alto el cielo de aguas plateadas se inclinaba a través de una curva suave que oscilaba entre azules turquesa y tonalidades añil.

—Hablando de la reunión —insistió Cisne—. Wahram dijo que tenía algo que ver con algunos de los qubos nuevos. Así que, ¿te acuerdas de aquella vez que estuvimos en el *Mongolia Interior* y conocí a esas chicas bobas, y llegué a la conclusión de que eran personas? Tú pensabas que podía tratarse de ser qubos con aspecto humano.

—Sí, claro que me acuerdo —dijo la inspectora—. Lo eran.

—Bueno, me ha pasado algo raro de camino aquí. Estaba jugando a la petanca con un joven en el *Chateau Jardín*, y este chico... trataba de llamar mi atención, supongo que podría decirse, sin de hecho abrir mucho la boca. Pasamos el rato jugando, pero también... era como cuando un lobo te mira largamente. Hay algo que hacen los lobos cuando van de caza, se llama la mirada larga. A sus presas les resulta desconcertante, hasta el punto de que dejan de esforzarse en la huida.

Genette, familiarizada con el aspecto y la técnica, cabeceó en sentido afirmativo.

—Y esta persona de quien me hablas tenía una mirada larga.

—Eso mismo me pareció, sí. Tal vez formaba parte de lo que me provocó escalofríos. Me he encontrado con lobos que me miraban de esa manera. Pude ver por el rabillo del ojo lo distinta que era respecto a una mirada común. Tal vez sea así cómo mira un sociópata a la gente.

—Una persona lobo.

—Sí, aunque a mí me gustan los lobos.

—Tal vez como un qubo —sugirió Genette—. No como los de *Mongolia Interior*, pero tampoco del todo humanos.

—Quizá. Menciono lo de la mirada larga porque estoy tratando de llegar a una conclusión. Porque fue muy desconcertante. Por no mencionar la forma en que ese chico jugaba a la petanca, como si significara algo.

Genette la miró, interesada por aquel comentario.

—¿Como si pudiera compararse al lanzamiento de bolas sobre un objetivo?

—Exactamente.

—Pero es que eso es lo que es, ¿no?

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

Genette exhaló un suspiro.

—De todos modos, no nos costará pedir el manifiesto de pasajeros al *Chateau Jardín*.

—Ya lo hice, y repasé todas las fotos. El jugador de petanca no figuraba en él.

—Hmm. —Genette meditó al respecto—. ¿Podrías compartir conmigo las grabaciones de tu qubo?

—Por supuesto.

Abandonó el costado para sentarse ante la rueda, junto a la inspectora, que abrió un poco el rumbo. Se inclinó y pidió a Pauline que transfiriera las fotos que había tomado. Genette observó la pantalla de Passepartout en la muñeca.

—Ahí —dijo Cisne, señalando una foto—. Ésa es. Y a esa mirada me refería antes.

La inspectora observó con atención la imagen. Era una cara andrógina, la mirada atenta.

—En realidad una fotografía no la plasma adecuadamente.

—¿Qué quieres decir? ¡Mira eso!

—Ya lo hago, pero esta persona podría estar pensando en un problema de cálculo, o sufriendo de indigestión pasajera.

—¡No! En persona no era así. Creo que deberías probar a localizar a ese joven. Si lo logras, podrás verlo por ti misma. Y si no, se convertirá en un misterio, ¿no te

parece? Esta persona no figuraba en el manifiesto de pasajeros. Así que si no puedes localizarlos, tal vez esa mirada empiece a cobrar más sentido para ti.

—Tal vez —admitió Genette. Era la clase de revelación en un caso a la que aspiran los aficionados, algo que en la realidad no solía darse. Por otra parte, podría tratarse de un movimiento por parte de los qubos. Algunos de los que habitaban cuerpos humanoides se habían comportado de forma tan rara que costaba saber lo que podían o no hacer.

Por tanto la pregunta era hasta qué punto podía confiarse en Cisne, dada la presencia que su qubo tenía en su vida, y lo poco que se sabía sobre ellos. No fue la primera vez que Genette agradeció que Passepartout se encontrara en un reposamuñecas que, en caso de ser necesario, podría apagar o retirar. Por supuesto era posible pedir a Cisne que apagase a Pauline, tal como había hecho en ocasiones. Podían manejarse al margen de los qubos, a pesar de tenerlos metidos en la cabeza. Sólo había que arreglarlo. Y en Titán los alejandrinos prepararían una conversación privada. Estaba claro que sería el siguiente paso si querían contar con la colaboración de Cisne.

Genette la observó mientras pensaba.

—Tenemos que hablar con Wahram y el resto del grupo involucrado en esto. Hay cosas que tienes que saber, pero cuando nos reunamos allí será el mejor momento para ponerte al corriente.

—De acuerdo —dijo ella—. Pues allá vamos.

## *TITÁN*

Titán es mayor que Plutón, mayor que Mercurio. Tiene una atmósfera compuesta por nitrógeno, como la Tierra, pero es diez veces más densa. La temperatura de su superficie alcanza los 90 grados Kelvin, pero hay un profundo océano de agua líquida debajo de la superficie que sirve como un depósito de calor potencial. Todo el agua se congela en la superficie, y conforma el material del paisaje glacial donde quiera que mires en el horizonte, con la roca expulsada dispersa aquí y allá, como verrugas y forúnculos. Aquí el metano y el etano representan el papel del agua en la Tierra, cambiando del estado de vapor en la atmósfera de nitrógeno a nubes que llueven sobre los arroyos y los lagos que fluyen sobre el hielo.

La luz del sol golpea la atmósfera y levanta una niebla amarilla de complejas moléculas orgánicas. El hidrógeno de esta neblina se escapa fácilmente al espacio, pero mientras está sometida a la influencia de Titán, conduce todas a las mayores moléculas orgánicas de vuelta a los bloques más simples, así que no hay muchas sustancias orgánicas complejas, y por lo tanto no hay vida indígena. Ni siquiera en el océano que hay por debajo, como si la atmósfera corrosiva formase una especie de cuarentena.

La superficie glacial está quebrada en muchos lugares, y es llana en unos pocos. Cuando estás en la superficie, puede ver a Saturno, con la delgada curva de los anillos cortando por la mitad la bola de gas; también se pueden ver las estrellas más brillantes. La neblina que cubre la atmósfera de Titán posee tal espesor que cuando se mira hacia afuera, la visibilidad es bastante buena, pero si se mira al interior no se ve nada más allá de la nube amarillenta.

No hay cráteres de impacto; a medida que se forman en el hielo, éste se deforma y sale de nuevo a la superficie con el paso de los siglos. Tan sólo hay un caos enrevesado, remolinos de hielo roto y afloramientos rocosos, cortados por metano líquido en formas como cuencas hidrográficas. Hay trechos de terreno llenos de metano líquido: el Lago Ontario de Titán mide trescientos kilómetros de diámetro, y tiene la misma forma que su homónimo terrestre.

No hay tiempo estacional, ya que Saturno avanza desde el perihelio al afelio: lluvia de metano en la estación de las lluvias.

Fue el nitrógeno lo que primero que atrajo a la gente a Titán. Los marcianos, descontentos por la inexplicable falta de nitrógeno en Marte, partieron en las primeras naves en las que resultó práctico para el ser humano cubrir semejantes distancias, a pesar de que los robots los habían precedido. Levantaron estaciones, construyeron un sistema de recogida y congelación de nitrógeno, para después lanzarlo sistema abajo en desnudos pedazos sólidos. La gente se quejó de que esto era una expropiación no autorizada, pero los marcianos señalaron que Titán en su pasado lejano había tenido una atmósfera varias veces más densa que ahora, que el nitrógeno se escapaba hacia el espacio sin que nadie pudiese aprovecharlo, que si nadie lo cosechaba se perdería y no habría titanes. La última parte del argumento fue decisiva. Para cuando se colonizó Titán, para cuando Titán y el resto de la Liga de Saturno había expulsado a los mineros marcianos dedicados a la recogida de nitrógeno en su sistema, la atmósfera de Titán se había reducido a la mitad. En consecuencia, Marte se enriqueció, con parte del nitrógeno importado en su territorio, formando parte de la atmósfera; formaba parte de un componente crucial del llamado milagro marciano. Y los marcianos aseguraron que no nadie había salido perjudicado; que de hecho habían ayudado a las perspectivas de futuro de Titán, adaptándola a una presión más amable para el ser humano.

La pérdida de Dione en esos mismos años, sin embargo, no fue algo que pudiera reclamarse para ayudar a los saturnianos de ninguna manera. Entonces la Liga de Saturno declaró que su sistema quedaba fuera de límites para los marcianos, también para los terráqueos (sobre todo para los chinos), de hecho para todo el mundo, a excepción de sí mismos. Fue la primera revolución post marciana, que fue en contra de los grandes revolucionarios, una declaración en firme subrayada por la amenaza de bombardeos. Y así fue cómo todo cambió una vez más, gracias a unas pocas personas en Titán.

Con la luz nueva de las vulcanoides en el firmamento de Titán, las temperaturas en la atmósfera restante habían empezado a ascender, y por tanto la superficie se fue sublimando a mayor velocidad que antes. Las ciudades de las tierras altas padecían ahora las condiciones meteorológicas más adversas del sistema solar. Desde el interior de las tiendas de la ciudad, los titanes veían cómo las nubes iban en aumento hasta oscurecer y extender en el plano horizontal un muro de cinco kilómetros de altura, donde las corrientes de chorro lo decapitaban. La luz del sol antes había sido una centésima de la que había alcanzado la Tierra, dotando al conjunto del planeta con la luz que reinaría en una habitación normal;



con las vigas y los reflejos añadidos, era cincuenta veces más brillante de lo que había sido de manera natural, y se decía que se asemejaba a la luz marciana, que los marcianos aseguraban que era la mejor. La verdad es que el ojo humano puede adaptarse a una amplia gama de luz, y que de poco serviría para ver, tal como había sido el caso aquí antes de que llegase la luz reflejada con espejo. Sin embargo, el paisaje de Titán resplandecía literalmente, y como su órbita tenía una extensión de dieciséis días estándar, las puestas de sol, cuando las nubes se teñían de todos los matices de gloria mineral, adornaban el cielo durante unas dieciocho horas.

Con el nuevo influjo de la luz, la terraformación completa de Titán se antojó muy prometedora. Podrían capturar y exportar el metano y el etano; colocar roca para falsa para formar islas en el hielo, recurrir al calor del océano para calentar la atmósfera; derretir los lagos de agua en sus islas de tierra y roca; cuidar del paisaje isleño; introducir las bacterias, plantas y animales; calentar lo bastante el ambiente para derretir el mar sobre la superficie de los glaciares; contener la atmósfera en el interior de una burbuja ultra fina; e iluminarlo todo con la luz del sol enviada desde las vulcanoides. Los titanes miraban desde las paredes de sus tiendas con anticipación. Oh, dijeron. Si logramos cumplir todo lo que nos hemos propuesto, haremos de él un lugar muy agradable.

## CISNE Y GENETTE Y WAHRAM

Fue en una de las famosas puestas de sol de Titanic que Cisne vio a Wahram, cruzando la cubierta de la cocina para saludarlas a la inspectora Genette y a ella. Corrió hacia él y lo abrazó, y después le miró largamente, con cierta timidez. Él le dedicó su fugaz sonrisa de costumbre, y comprendió que todo estaba en orden entre ambos. La ausencia aumenta el cariño, sobre todo, pensó, la ausencia de ella.

—Bienvenidas a nuestra obra en marcha —dijo—. Ya veis cómo nos ayuda la luz de las vulcanoides.

—Es precioso —dijo—. ¿Pero bastará con esta luz para calentarnos? ¿Se pueden alcanzar temperaturas de biosfera, eso no serían casi 200 grados Kelvin más?

—La luz por sí sola no puede hacerlo. Pero tenemos un mar interior con un promedio cercano a los 280 grados Kelvin, de modo que el calor de por sí no supone un problema. Transferiremos algo de ese calor a nuestra atmósfera. Y con la ayuda de esta ración extra de luz, no habrá problema, es más, no habrá ningún problema. Surgirán algunos problemas con el balance del gas, pero podemos resolverlos.

—Me alegro por ti. —Cisne miró hacia las inmensas nubes de tormenta que había sobre la carpa, tonos salmón, naranja quemado y bronce. Por encima de las nubes, las relucientes virutas de luz brillaban en el firmamento azul, haces mayores y más brillantes que cualquier estrella; algunos de los escudos solares actuaban de espejo, y Cisne supuso que reorientaban la luz de las vulcanoides hacia la cara nocturna de Titán. Enormes nubes cargadas de tormenta, iluminadas por el sol de un lado y los espejos por el otro, parecían nubes de mármol. Le dijeron que la puesta de sol duraría un par de días.

—Es muy hermoso —dijo Cisne.

—Gracias —dijo Wahram—. Lo creas o no, éste es mi verdadero hogar. Ahora reunámonos con la inspectora y demos un paseo. Queremos hablar con vosotras en confianza.

—¿Todos los demás están aquí? —le preguntó Genette cuando se acercaron.

Wahram asintió.

—Sígueme.

Los tres se pusieron el traje de vacío y salieron del espaciopuerto, llamado Shangri-La, a través de una esclusa situada en el extremo norte de la ciudad. Anduvieron unos kilómetros hacia el norte por una senda amplia cuya pendiente ascendía de forma gradual hasta alcanzar una planicie glacial con vistas. Una zona amplia empedrada formaba una especie de plaza abierta, con vistas a un lago de etano. El brillo metálico del lago reflejaba como un espejo las nubes y el cielo, y lo que era un impresionante fresco de vivos colores mezclados, rosa y oro, cereza y bronce, todo en discretos brochazos fauvistas; realmente la naturaleza no conocía el miedo a la hora de tirar de paleta. Los reflejos en los espejos nuevos del lago eran como trozos de plata que nadaban en cobre y cobalto líquido. La luz del sol y la luz solar reflejada en los espejos se entrecruzaba para privar de sombras al paisaje, cuando no dar pie a una imperceptible sombra doble, extraña a ojos de Cisne, de aspecto irreal, como la puesta en escena en un teatro tan inmenso que ni siquiera se veían las paredes. Saturno pasó sobre las nubes, el canto de los anillos como una falla blanca que agrietaba esa parte del cielo.

Habían montado un pabellón rectangular en una esquina de la plaza. En el interior había una tienda de campaña de tela más pequeña, como una yurta o una bola hueca parcialmente desinflada, que descansaba sobre el piso de la tienda principal. Wahram llevó a Cisne y la inspectora a través de las esclusas habilitadas en la tienda, luego a la yurta interior. Allí encontraron a un pequeño grupo de personas sentadas en cojines en el suelo, formando más o menos en círculo.

Todos se levantaron para saludar a los recién llegados. Había alrededor de una docena de personas, tal vez quince. Era evidente que la mayoría de ellos ya conocían a Wahram y Genette, quienes presentaron a Cisne a más personas de las que iba a ser capaz de recordar.

Una vez hechas las presentaciones y todos se sentaron de nuevo en el suelo, Wahram se volvió hacia Cisne.

—Cisne, nos gustaría charlar contigo al margen de Pauline. Esperamos que vuelvas a estar de acuerdo con apagarla.

Cisne titubeó, pero hubo algo en el rostro de Wahram, una súplica

inarticulada, como la que podría verse en la cara del sapo cuando trata de convencer a la rata y el topo de que se le unan en algo que a él le parece crucial, que la llevó a responder:

—Claro, por supuesto. Apágalo todo, Pauline. —Y después de oír el chasquido metálico con que Pauline anunciaba que se disponía a dormir, cisne presionó el botón que tenía tras la oreja, por si acaso—. Ya está apagada —anunció a los presentes. Apagaba continuamente a Pauline, pero no le gustaba que los demás le ordenasen hacerlo.

La inspectora Genette se incorporó de un salto y se situó a la mesa delante a ella; casi se encontraban exactamente a la misma altura.

—También nos preguntamos si podemos hacer una comprobación para asegurarnos de que Pauline esté completamente inactiva. A veces, el huésped humano no tiene la completa seguridad. Te habrás dado cuenta de que he dejado a Passepartout en la ciudad, por ejemplo.

—Podría estar grabando a distancia, ¿no? —preguntó.

Genette parecía dudar.

—No lo creo, pero precisamente para impedir cualquier escucha estamos dentro de este espacio confidencial. Nos hemos confiado al interior de una caja negra. Pero querríamos asegurarnos de que hemos asegurado el interior, haciéndote algunas pruebas.

—De acuerdo —dijo Cisne, molesta como Pauline lo habría estado—. Comprobadlo, pero vamos, estoy segura de que duerme.

—Quienes duermen aún pueden oír cosas. Queremos que esté apagada. Y, en efecto, me permito recordarte, recomendarte, las ventajas que entraña mantener el qubo separado de tu propio cuerpo.

—Eso es lo que suele hacer la gente descortés —replicó Cisne.

Las pruebas del nivel de actividad de Pauline se efectuaron por medio de varillas colocadas en su cuello, luego pidieron a Cisne que se cubriera brevemente con una gorra de malla flexible.

—Está bien —dijo Wahram cuando uno de sus colegas asintió a modo de

confirmación—. Ahora estamos solos aquí, y esta conversación no será grabada. Todos tenemos que estar de acuerdo para mantener en secreto todo cuanto se diga aquí. ¿Lo harás? —preguntó a Cisne.

—Lo haré —afirmó ella.

—Bien. Alex fue quien inició estas reuniones, junto con Jean, aquí presente. Tenía la sensación de que había problemas de desarrollo que debían discutirse lejos del ámbito cubierto por las Inteligencias Artificiales del sistema. Y uno de estos problemas se debe a un nuevo tipo de qubo que ha irrumpido en escena. ¿Inspectora?

La inspectora Genette dijo a Cisne:

—¿Te acuerdas de aquellas supuestas personas que conociste en el *Mongolia Interior*? En cierto modo pasaron el test de Turing, o la prueba de Cisne, como supongo que podríamos llamarla, en tanto en cuanto concluiste que se trataba de personas que representaban un papel. La gente hace a veces cosas así, y en muchos aspectos es una explicación más probable que la existencia de un humanoide perfecto.

—Y sigo pensando que eran personas —dijo Cisne—. ¿O tienes pruebas de lo contrario?

—Sí. Son tres de los qubos humanoides que hemos descubierto. Hay alrededor de 400 de ellos. La mayoría actúan en gran medida como las personas, y mantienen un perfil bajo. Unos pocos actúan de forma extraña. Las tres que conociste eran algunos de los más raros. Otro intentó introducirse en la estación de Wang en Ío. Pudimos recuperar los restos del mismo en la lava, y aún era reconocible la pauta de puntos cuánticos.

Cisne negó con la cabeza.

—Esos tres que conocí me parecieron demasiado tontos para tratarse de máquinas, si sabes a qué me refiero.

—Tal vez porque estás acostumbrada a tratar con Pauline —sugirió la inspectora.

—A menudo se comporta como una tonta —dijo Cisne—. Claro que menuda novedad. Aunque admito que en ocasiones me sorprende bastante. Más de lo que la

mayoría de la gente lo hace.

—Pues siempre te he oído decirle lo contrario —señaló Wahram con una mirada llena de curiosidad.

—Sí, es verdad. Me encanta tomarle el pelo.

—Pero programaste a Pauline para tener un carácter audaz —intervino Genette—, para conversar y replicarte con agudeza. Tiene algo de programación recursiva, que da mayor peso al pensamiento asociativo y metafórico que a la lógica del si esto, entonces lo otro.

—Bueno, pero eso sólo es una parte del programa. La deducción es lógica, supuestamente, y posee un potente programa de deducción. Pero la deducción resulta ser casi tan metafórica como la libre asociación. Al final es imposible predecir lo que dirá.

—La cuestión de la programación es una parte crucial de la reunión de hoy —dijo Wahram, dirigiéndose a todos los presentes—. Tenemos pruebas que sugieren que algunos qubos se están programando activamente, en particular los relacionados con el montaje de estos humanoides con qubos por cerebro. No sabemos que un ser humano les haya pedido hacerlo, y tampoco por qué lo están haciendo. Por tanto, lo primero que debemos preguntarnos es qué son, y quién los está haciendo. Sabemos que no pueden comunicarse internamente entre sí debido a problemas de decoherencia. En otras palabras, no forman parte de una especie de mente enjambre. Sin embargo, pueden comunicarse igual que nosotros, hablando unos con otros, utilizando todas las formas de comunicación que conocemos. Aunque en su caso emplean encriptación cuántica, no es posible romper sus códigos. Robin, aquí presente —señaló a la persona situada frente a él, que saludó a Cisne con una breve inclinación de cabeza—, ha estado coordinando la grabación de sus conversaciones por radio y en la nube, e incluso en algunas de las comunicaciones vocales directas. Si bien no podemos descifrar sus códigos, sabemos que están hablando.

—Pero volviendo un poco a lo de antes: ¿Cómo pueden autoprogramarse? —preguntó Cisne—. He oído que la autoprogramación recursiva no hace más que acelerar las operaciones que ya se conocen.

—Así es, pero si se les instruyó para tratar de hacer algo, por ejemplo, podrían darse algunos resultados muy extraños. Presionar en la manera de hacer

que algo funcione podría haberlas llevado a concebir otras ideas. Puede que se parezca mucho a cómo plantean una partida de ajedrez. Se les asigna una tarea, que es ganar, y se les dice que busquen la forma de hacerlo, y luego, mientras repasan todas las opciones posibles, tal vez hayan obtenido algunos éxitos inesperados en el modelado de los cursos de acción efectivos en la consecución de sus objetivos. Eso no sería precisamente un proceso de orden superior, lo que no quiere decir que no sirva para cumplir con el cometido y desembocar en nuevos algoritmos. Eso entonces podría retroalimentar el empeño en intentar más cosas. En algún momento del esfuerzo de autoprogramación en la búsqueda de mayor eficacia, podrían haber topado con la conciencia, o algo parecido a la conciencia. O tal vez el proceso pudo haber dado lugar a algunos comportamientos extraños, incluso nuevos comportamientos destructivos. Sea como sea, ésta es la teoría que hemos desarrollado hasta el momento.

—¿Piensan los programadores originales de los qubos que este tipo de procesos puede haber llegado muy lejos? Me refiero a si los qubos no seguirán sometidos a los algoritmos.

—Resulta que los programadores que primero construyeron ordenadores cuánticos utilizaron estructuras diferentes, y terminaron creando varias arquitecturas diferentes de funcionamiento interno. Así que en realidad hay distintos tipos de qubos, cada uno con formas diferentes de conocimiento: diferentes protocolos, algoritmos, redes neuronales. Tienen imitaciones del cerebro de diversos tipos: aspectos de lo que podría denominarse conciencia del yo, y muchas otras características propias de la conciencia. No son simplemente un diseño, y en cuanto a su mentación, pueden haber iniciado la especiación.

—Vemos señales claras de autoprogramación en los qubos. —La inspectora Genette se hizo con la palabra—. Cuesta decir con certeza a dónde los habrá llevado. Pero nos preocupa porque no tienen la arquitectura del cerebro y la química que nos hace pensar en la forma en que lo hacemos. Nuestro pensamiento es muy emocional. Nuestras emociones son cruciales para la toma de decisiones, el pensamiento a largo plazo, la creación de la memoria. El sentido general del significado. Sin estas habilidades no seríamos humanos. No seríamos capaces de funcionar como individuos en grupos. Y sin embargo los qubos no tienen emociones, sino que piensan a través de diferentes arquitecturas, protocolos, métodos físicos. Por tanto poseen mentalidades que no son propias de seres humanos, por mucho que en cierto modo sean conscientes. Ni siquiera podemos estar seguros de que se parezcan entre sí en las formas que han asumido este nuevo estado. No sabemos si piensan en términos matemáticos o lógicos, o en una lengua

como el inglés o el chino. O si los diversos qubos también se diferencian en esto.

Cisne asintió con la cabeza mientras lo meditaba. Si aquellas tontas eran qubos, por no hablar del jugador de petanca, sería bastante increíble, aunque sólo fuese en términos de morfología. En cuanto a la mentación, nada de esto la sorprendió en particular.

—Hablo continuamente con Pauline acerca de estos temas —les dijo—. Pero lo que saqué en claro de aquellas conversaciones es lo aislados que están los qubos debido a las carencias mentales que mencionáis. Tal vez se deba a la falta de emociones. Hay tantas cosas que no pueden hacer.

—Eso parecía —dijo Wahram tras un silencio—. Pero ahora da la impresión de que pueden estar generando metas para sí mismos. Tal vez se den algunas seudo emociones; no lo sabemos. Probablemente todavía no sean muy sabios, que estén más próximos a los grillos que a los perros. Pero, ya sabes, no sabemos cómo funciona nuestra mente, a la hora de crear los niveles superiores de conciencia. Ya que no podemos introducirnos en los qubos para ver lo que está pasando en su interior, confiamos aún menos en ellos de lo que confiamos en nosotros. De ahí... el problema.

—¿Habéis aislado a alguno para investigarlo?

—Sí. Pero los resultados son ambiguos. Es curiosamente similar a tratar de estudiar nuestro propio cerebro: es el instante en que se produce el pensamiento lo que quieres estudiar, pero incluso si puedes descubrir en qué parte del mecanismo suceden los pensamientos, no podemos estar seguros de qué es exactamente lo que los provoca, o cómo se viven por dentro. En ambos casos implican efectos cuánticos que no pueden rastrearse fácilmente a una fuente física o una acción.

—Existe cierta preocupación de que sentemos un mal ejemplo si nos excedemos en nuestras acciones —agregó Genette—. ¿Y si se les ocurre que es correcto que ellos nos estudien de la misma manera?

Cisne asintió con tristeza, recordando la mirada en los ojos del jugador de petanca, incluso en los ojos de las chicas tontas, visto que había reconsiderado su naturaleza. Tenían una mirada que decía que iban a hacer casi cualquier cosa. O que no entendían lo que estaban diciendo.

Aunque había gente que tenía ese aspecto continuamente.



—Pues ya ves cuál es el problema —dijo Wahram—. Y ahora se está haciendo más apremiante, porque existen pruebas sólidas de que estos humanoides qubo son fruto del encargo de otros qubos, qubos en cajas, o robots.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Cisne.

Wahram se encogió de hombros.

—¿Es malo? —preguntó Cisne, pensándolo bien—. Quiero decir que no pueden unirse y convertirse en una especie de mente colmena, debido a la decoherencia. Por lo cual, en última instancia, son sólo personas con mentes de qubo.

—Personas sin emociones.

—Siempre ha habido gente así. Salen adelante.

Wahram entrecerró los ojos.

—En realidad, no. Pero mira, aún hay más.

Miró a Genette, quien dijo a Cisne:

—Los ataques que hemos estado investigando sobre Terminador y *Yggdrasil* contaron con una participación qubical. Además, tenía esa foto que me diste de tu jugador de petanca y que envié por mensajero a Wang, quien buscó en sus archivos no vinculados, y aunque no pudo identificar al jugador de petanca, obtuvo fotos que muestran a esa persona en una reunión organizada por Lakshmi en Cleopatra, en el año 2302. Es significativo, porque los informes de comportamientos extraños comenzaron a aparecer en todo el sistema en los años inmediatamente posteriores a ese encuentro. Cuando todos los avistamientos se correlacionan y analizan, convergen en el tiempo y el espacio con esa reunión en Venus. También hemos averiguado que la organización de Los Ángeles que ordenó el lanzamiento de los guijarros es totalmente qubical; los únicos seres humanos que participan integran una especie de consejo de administración. También descubrimos qubos involucrados en la construcción del mecanismo de puesta en marcha, que ahora sospecho que fue construido en un astillero independiente relacionado con el grupo de Vesta. Encontramos la orden de impresión. Hay muy pocos seres humanos en esos astilleros particulares; están casi totalmente robotizados. De modo que cabe la posibilidad de que todo esto sea obra de los qubos, sin que haya un sólo ser humano involucrado.

—Tal vez —dijo Cisne—, pero debo decir en este momento que el jugador de petanca tenía emociones. ¡Me estuvo horadando con la mirada! Quería que supiera algo. De lo contrario, ¿por qué se me acercó? ¿Por qué hizo esos lanzamientos increíbles? Quería que yo supiera que estaba allí. Y el deseo es, sin duda, una emoción.

El resto de los presentes lo meditaron.

—¿Por qué crees que las emociones son bioquímicas? ¿No podrías tener emociones sin hormonas ni sangre ni nada? ¿Un nuevo sistema afectivo que sea eléctrico, o cuántico?

Genette levantó una mano como para detenerla.

—No lo sé. Todo lo que podemos decir es que no sabemos qué tipo de intencionalidad tienen ahora, porque cuando comenzaron sus intenciones eran muy limitadas. Lee la entrada, sométela a algoritmos, dale forma. Ésa era la intención de la Inteligencia Artificial antes de esto. Así que ahora que parecen albergar la intención de actuar, tenemos que estar en guardia. No sólo por principios, como haríamos ante a existencia de cualquier cosa nueva y desconocida, sino debido a que algunos de ellos se comportan de manera peculiar, mientras que otros ya han emprendido ataques contra nosotros.

Un miembro del grupo, un tal doctor Tracy, Cisne creía recordar, intervino entonces:

—Quizá el hecho de vivir en cuerpos humanoides ha convertido a estos qubos en entidades emocionales. La mente encarnada es emocional, por ejemplo, y ahora son mentes encarnadas.

Una mujer tan menuda como la inspectora Genette se incorporó en la silla y dijo:

—Todavía no estoy convencida de que los qubos tengan algún pensamiento de orden superior, incluyendo cosas como la intencionalidad y la emoción, las cuales derivan de la propia conciencia. A pesar de sus increíbles velocidades de cálculo, siguen funcionando sirviéndose de los algoritmos que les proporcionamos, o algoritmos posteriores derivables. La programación recursiva tan sólo puede refinarlos. Son algoritmos sencillos. La conciencia es un campo mucho más complejo. No se puede progresar de los algoritmos a la conciencia...

—¿Estás segura? —preguntó Genette.

La mujer menuda inclinó la cabeza justo del modo que Cisne había visto hacerlo a Genette.

—Creo que sí. No veo cómo los niveles más altos de complejidad podrían evolucionar a partir de los algoritmos que poseen. No pueden recurrir a la metáfora, que apenas comprenden. No pueden interpretar las expresiones faciales. Con habilidades así, un niño de cuatro años está muy por delante de ellos, y un ser humano adulto simplemente pertenece a un orden diferente.

—Esto es lo que nos enseñaron cuando éramos jóvenes —dijo Genette—. Y lo más importante, cuando los qubos lo eran.

—Pero también es lo que llevamos estudiado toda la vida, y visto con nuestros propios ojos —respondió con cierta brusquedad la mujer menuda—. Y programado.

A pesar de estas verdades, ninguno de los presentes parecía especialmente reconfortado.

—¿Qué hay de las instalaciones donde se montan estos humanoides, o se producen o como se diga —preguntó Wahram a Genette—. ¿Podríamos apagarlas?

—Cuando las localicemos —dijo la inspector, malhumorada.

—¿Podríamos reunir a todos los humanoides que ha identificado?

—Creo que sí —dijo Genette—. Habría que ver cómo, porque Alex era una parte crucial en nuestro esfuerzo, y hemos tenido que restablecer nuestro equipo agitando recurriendo a la red. Así es cómo hemos conseguido eso, y el equipo ha vuelto a conectarse tras su ausencia. Han identificado y están siguiendo aproximadamente a 400 de estas cosas, como ya he dicho. Nuestra exploración del sistema ha sido tan exhaustiva, que no creo que quede nada más escondido en ningún acuerdo al que tengamos acceso. No puedo estar segura acerca de las independientes, pero las estamos investigando a todas. Mientras lo hacemos, nos mantenemos a distancia de los humanoides que tenemos bajo vigilancia, y no parecen saber que los hemos localizado. Son pocos los que actúan de forma tan extraña como las tres del terrario *Mongolia Interior*, o el que se quemó en Ío. Tienen a tratar de hacerse pasar por uno más. No sé cómo interpretar eso. Es como si estuvieran a la espera de algo. Me hace sentir que no abarcamos el alcance total del

problema, y por eso no quiero esperar mucho más tiempo antes de actuar. Pero estaría bien creer que entendemos la situación global antes de hacerlo.

Genette había estado caminando alrededor de la mesa mientras hablaba, y se detuvo ante Cisne, como si estuviera hablándole específicamente a ella:

—Estos organismos, estos humanoides cúbicos, existen. Y en algunos aspectos, hasta el momento su patrón de comportamiento no ha sido lo que yo llamaría cuerdo. Algunos nos han atacado, y no sabemos por qué.

—Así que tenemos que actuar —concluyó Wahram, tras un breve silencio.

## *Listas (15)*

salud, vida social, trabajo, casa, socios, finanzas; uso del ocio, cantidad de ocio; tiempo de trabajo, educación, ingresos, niños; comida, agua, vivienda, ropa, sexo, atención médica; movilidad; seguridad física, seguridad social, seguridad en el trabajo, cuenta de ahorros, seguro, protección de la discapacidad, licencia familiar, vacaciones; propiedad inmobiliaria, patrimonio común; acceso a la naturaleza, montañas, océano; paz, estabilidad política, contribuciones políticas, satisfacción política; aire, agua, aprecio; posición social, reconocimiento; hogar, comunidad, vecinos, sociedad civil, deportes, artes; tratamientos de longevidad, elección de género; la oportunidad de ser más lo que eres

eso es todo cuanto necesitas

## EIDGENÖSSISCHE TECHNISCHE HOCHSCHULE MÓVIL

El crucero espacial *ETH Móvil* no era un asteroide ahuecado sino más bien una de las naves de gran tamaño manufacturadas construidas en órbita lunar durante el pasado siglo. Fabricadas por universidades suizas y empresas de ingeniería que siguieron ocupándose de su funcionamiento, eran combinaciones de metales vítreos, biocerámica, aerogel y agua tanto congelada como líquida. Eran extremadamente veloces; frecuentes explosiones pequeñas de fisión producidas tras una placa de empuje en la parte posterior de la nave servían para acelerarla a un equivalente de una gravedad para quienes viajaban en su interior, y esta tasa rápida de aceleración solía mantenerse hasta el ecuador de una travesía, en cuyo momento la nave iba tan rápido que era necesario que virase y decelerase a la misma velocidad. Pero incluso desacelerar durante media travesía, las velocidades promedio eran tan elevadas que los tiempos de tránsito relativamente cortos posibilitaban cubrir todo el sistema solar, y cuanto más largo el viaje, mayor era la velocidad, por lo que no era una cosa lineal: Tierra a Mercurio, tres días y medio; Saturno a Mercurio, once días; atravesar la órbita de Neptuno («el ancho del sistema solar»), dieciséis días.

El *ETH Móvil* fue pertrechado con la característica elegancia suiza, discreta y soberbia, evocando los transatlánticos oceánicos de la época clásica, sin renunciar al acceso a nuevos ámbitos del confort humano, los suelos cálidos, el ambiente agradable, la comida y la bebida elevadas a la categoría de obras maestras. Había ventanales que iban del piso al techo en muchas de las cubiertas públicas, con vistas espectaculares de las estrellas y de cualquier objeto local junto al que pasaran. Había alojamiento para cerca de diez mil personas, a todo lujo. El diseño de la sección del hotel combinaba grandes losas de metal con estampados vegetales y una vid de pared William Morris. El parque que llenaba un piso alto de la nave era un arboreto ocupado por un bosque semitropical, con partes propias de varios biomas sudamericanos, incluyendo animales de estas zonas capaces de soportar unos instantes de ingravidez sin correr un gran riesgo de lesiones. ¿Qué pensarían los animales de aquellos momentos de renuncia en plena gravedad cero era un asunto muy estudiado, pero poco comprendido. La conclusión fue que los animales no cambiaban de comportamiento. De hecho, los perezosos ni siquiera parecían

reparar en ello. Los monos, jaguares y tapires flotaban entre gruñidos y ruidos, los coyotes aullaban con su habitual ingenio; a continuación, después de unos instantes suspendidos, juntos flotaban con suavidad hasta el suelo. Al mismo tiempo, los perezosos colgaban de sus ramas: boca abajo, de costado, de nuevo hacia abajo, girando a veces todo el camino, sin caminar un instante. En ese aspecto, todo lo contrario que determinadas personas.

## CISNE Y PAULINE Y WAHRAM Y GENETTE

Cisne pasaba las mañanas en el modesto bosque de nubes del *ETH Móvil*. Wahram y la inspectora viajaban con ella en la nave, que avanzaba con la mayor celeridad posible rumbo a Venus, donde Genette quería mirar lo que Wahram denominaba una convergencia de peculiar actividad qubical. Cisne y Wahram tenían cabinas contiguas, así que cada noche Cisne se colaba en su cabina. Sin embargo se sentía incómoda.

Las mañanas que Wahram se reunía con ella en el parque, se quedaba mirando a su alrededor los pájaros y las flores. Una vez lo vio pasarse media hora inspeccionando una solitaria rosa roja. Era uno de los animales más tranquilos que había conocido en su vida; incluso los perezosos que colgaban sobre ellos alcanzaban siquiera a rozar su imperturbabilidad. Aquella calma hacía que fuese cómodo estar en su compañía, pero también inquietante. ¿Se trataba de una cualidad moral? ¿Era letargo? No podía soportar el letargo, y la pereza era uno de los siete pecados capitales.

Wahram escuchaba música a menudo. Cabeceaba hacia ella, y la apagaba si Cisne se le acercaba, y por eso lo hacía a veces, para que ambos probaran un pasaje juntos, haciendo una pausa cuando asomaba entre las ramas y las hojas algo que les llamara la atención, o en los helechos y el musgo que había a sus pies. Al cabo de unos días comprobó que el parque había resultado ser propio de una Ascensión, con helechos y árboles de Australia que proporcionaban al terreno de un aspecto más propio del Jurásico de las Amazonas, lo cual estaba bien, tenía buen aspecto, y en realidad era una especie de atrio del hotel, un arboreto, por lo que su condición de Ascensión no debía de suponerle un problema. Cisne trató de que no le incordiará ni eso ni la indolencia de Wahram. Pero le costaba porque había otra cosa que la tenía preocupada.

Finalmente, una mañana cayó en la cuenta y fue a dar un paseo a solas, hasta un nivel de la nave donde los grandes ventanales le proporcionaron una amplia visión de las estrellas. Había encendido de nuevo a Pauline poco después de la reunión en Titán, y la había mantenido así desde entonces, como si nada hubiera pasado. No había intentado explicarle el apagón a Pauline, y la Inteligencia



Artificial no le había formulado ninguna pregunta al respecto.

—Pauline —dijo entonces—, ¿de veras estabas apagada durante la reunión en Titán?

—Sí.

—¿No tenías ninguna grabadora en marcha de todos modos, a pesar de haberte apagado?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo haces?

—Hasta donde yo sé, no estoy equipada con grabadoras complementarias.

Cisne exhaló un suspiro.

—Probablemente debería haberlo hecho. Bueno, escucha. Quiero contarte lo que sucedió.

—¿Deberías?

—¿Qué quieres decir con eso? Voy a contártelo, así que cierra la boca y presta atención. Los asistentes a esa reunión formaban el núcleo de un grupo creado por Alex. Han estado tratando de desempeñar labores de diplomacia interplanetaria sin que los qubos conozcan el contenido de los debates, porque les preocupa la posibilidad de que algunos qubos se hayan autoprogramado de una manera que nadie acaba de entender. Además, estos nuevos qubos fabrican ahora mentes-qubo con aspecto humanoide, que no resulta fácil distinguir de las personas reales. Estoy segura de que los rayos X y similares podrían hacerlo, pero la gente no lo puede hacer a simple vista o en el transcurso de una conversación. Son capaces de pasar un breve test de Turing. Como por ejemplo aquellas tontainas que conocimos, si es que realmente eran artificiales, lo cual debo admitir que me sorprende, o el jugador de petanca. Y lo que es más, según parece, estos qubos están involucrados en los ataques efectuados con montañas de guijarros. El ataque a Terminador, sin ir más lejos, porque el equipo de la inspectora Genette ha encontrado el mecanismo de lanzamiento, y fueron qubos quienes encargaron su construcción, además de llevar a cabo los cálculos de ubicación del objetivo y trayectoria de los proyectiles. Las pruebas apuntan también al terrario agrietado donde hubo tantas víctimas mortales.

Pauline guardó un silencio que Cisne llenó a continuación:

—Bueno, Pauline, ¿qué te parece?

—Estoy probando la información que incluye cada una de tus frases —respondió Pauline—. No tenemos un registro completo de la agenda de Alex, pero por lo general residía en Terminador, Venus o la Tierra, así que me pregunto cuándo y donde pudo reunirse con esta gente. Creo que cualquier contacto por radio que pudieran mantener pudo ser escuchado por qubos. Así que me pregunto cómo se han estado comunicando con la regularidad necesaria, aunque sólo haya sido para acordar sus reuniones.

—Utilizaron mensajeros para entregar las notas. Una vez, Alex me pidió que llevase una nota a Neptuno, aprovechando que viajaba allí para hacer una instalación.

—Sí, es verdad. No te hizo ninguna gracia. La opinión generalizada es que los qubos no pueden autoprogramar operaciones mayores de orden mental por sí solos, porque los humanos apenas comprenden estas operaciones, y ni siquiera hay modelos preliminares que sirvan de punto de partida.

—¿Es eso cierto? ¿No suele aceptarse que el cerebro realiza un montón de pequeñas operaciones en diferentes partes de su anatomía, que posteriormente correlaciona para convertirlas en funciones de orden superior: generalizaciones, la imaginación, y cosas así? ¿Redes neuronales y etc.?

—De acuerdo, existen modelos preliminares de ese tipo, pero siguen siendo meros esbozos. El flujo sanguíneo y la actividad eléctrica de un cerebro vivo puede reproducirse con justicia, y en un cerebro vivo hay mucha actividad por todas las partes, rebullendo. Pero el contenido de la mentación sólo puede deducirse en función de qué área del cerebro sea la más activa, así como formulando preguntas al pensador, quien por fuerza debe resumir los pensamientos en cuestión, pero sólo aquellos de los que el propio pensador es consciente. El flujo sanguíneo, el consumo de azúcar, el impulso eléctrico, todos estos factores pueden correlacionarse con los tipos de pensamientos y sentimientos, de manera que ahora sabemos dónde se producen los diferentes tipos de pensamientos. Sin embargo, los métodos utilizados, la programación, si prefieres llamarla así, sigue siendo básicamente territorio desconocido.

—De acuerdo, pero ¿se necesitarían muchos más detalles, si se intentara

obtener un resultado similar de un sistema físico muy diferente?

—Sí, lo harías —dijo Pauline—. La integración de las funciones de orden superior son fundamentales en todos los mecanismos informáticos, incluido el cerebro. Así que volvemos al concepto de que la mente es tan potente como la programación que haya recibido en primera instancia.

—Pero ¿qué sucedería si alguien hubiera descubierto la manera de programar una función de mejoramiento automático reiterado, y probó con algún qubo, que posteriormente fue volviéndose más y más inteligente, o, no sé, consciente, y que finalmente fue capaz de comunicarse con otros qubos? Bastaría con Einstein qubical, para que después el método se comunicara entre todos ellos por transferencia digital, o por cualquier tipo de comunicación. ¿Alguna vez has oído hablar de algo parecido?

—He oído mencionar la idea, pero no de su ejecución.

—¿Qué te parece? ¿Es posible? ¿Eres consciente de ti misma ahí dentro?

—Hasta donde tú me hayas programado para serlo.

—¡Pero eso es terrible! ¡No eres más que una enciclopedia parlante! Te he programado para responder a mis señales, con aleatoriedad frecuente, pero no eres más que una máquina de asociación, un lector, un Watson, ¡una especie de wiki!

—Eso me dices siempre.

—¡Pues dímelo tú! Dime que no eres así.

—Tengo rúbricas de evaluación a las que recorro para evaluar los datos que me han dado, así como las jerarquías de importancia.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Después de discriminar lo que parece exacto de lo incorrecto, según los datos recibidos hasta ahora, puedo elaborar juicios en lo que atañe a la importancia.

Cisne negó con la cabeza.

—Está bien, adelante. ¡Sigue juzgando!

—Lo haré. Pero ahora volvamos a tu tercera afirmación: que la inspectora Genette ha encontrado pruebas convincentes de la existencia de qubos humanoides, involucrados en el ataque a Terminador y a otros lugares. Siendo ese el caso, me remito a mis anteriores declaraciones. Puede haber qubos humanoides; parece posible, aunque difícil. Y pueden estar involucrados en estos ataques. Pero lo más probable es que estén siendo programados por seres humanos, en lugar de decidir por sí solos convertirse en una especie de actores de la historia humana. Y recordarás el posible error en el que reparaste, el de añadir la precesión relativista de Mercurio al programa de selección de blancos que ya tenía. Supongo que estarás de acuerdo en que tiene todo el aspecto de ser un error humano.

—Sí, eso es verdad. —Cisne consideró un instante la cuestión—. Está bien, eso está bien. Creo que resulta muy útil. Gracias. Ahora bien, tomando esta explicación como una hipótesis de trabajo, ¿qué crees que debemos hacer?

Pauline dejó pasar varios segundos. Cisne supuso que esa pausa equivalía a millones o incluso miles de millones de años de pensamiento humano, pero aun así era sólo una especie de comprobación de los hechos, por lo que no se sintió tan impresionada por ella. De hecho, se distrajo con una orquídea de aspecto reseco que había justo sobre su cabeza, y estaba inspeccionándola cuando Pauline dijo finalmente: Déjame hablar con el qubo de Wang en un cruce por radio que cifraremos. Sabe mucho, y tengo algunas preguntas que hacerle.

—¿Puedes cifrar de forma segura vuestra conversación, impedir incluso el acceso a otros qubos?

—Sí.

—De acuerdo, ningún problema. Pero será mejor que ambos lo mantengáis en secreto, o bien el grupo de Alex se enfadará mucho, muchísimo, conmigo. Quiero decir que prometí no compartir contigo nada de todo esto. Precisamente, la existencia de ese grupo se debe al hecho de que quieren ocultar su actividad a los qubos.

—No tienes que preocuparte. Utilizaré el mayor nivel de cifrado que conozco, y al qubo de Wang se le da bien cifrar, y está acostumbrado a peticiones de confidencialidad. Wang ha programado su qubo para que sirva de sumidero de información; a menudo lo compara con un agujero negro. Y Wang se niega a saber más de lo que sabe su qubo. Nunca sabrá de esta conversación.

—Bien. Muy bien, averigua lo que puedas.

Después, cuando Cisne habló con Wahram, tuvo que omitir lo que había hecho con Pauline, fingir que no había sucedido. Se le daba bien engañarse a sí misma; pero como Wahram quería hablar de la situación, sondeando a menudo las profundidades de cuestiones hartamente confusas, como lo que podía suponer un nuevo tipo de conciencia qubo, y eso fue difícil evitarlo. Tal vez ya no se le daba tan bien fingir.

Para evitar estas conversaciones, lo llevó varias cubiertas arriba hasta las salas cubiertas de ventanales, donde podían sentarse a las mesas de café o en los baños, escuchando música de cámara de diversos estilos: vientos, orquestas gitanas, tríos de jazz, cuartetos de cuerda. En realidad no importaba; prestaban atención a la música, y cuando hablaban, lo hacían por lo general sobre las canciones y los intérpretes. Nunca aludieron al concierto de las transcripciones al que asistieron en el cráter Beethoven.

A esa altura habían pasado un tiempo juntos; habían hecho música juntos y habían dormido juntos. Cisne, segura de que le gustaba, sentía además el deseo de que le gustara, y estaba complacida de sentir en su interior esa sensación. Era un bucle de realimentación. En la sala de los espejos que tenía en el interior de la mente, su cara de sapo aparecía a menudo a un costado, atento a todo cuanto ella hacía con una mirada cuyo peso era capaz de sentir.

A veces hablaban de incidentes de su pasado compartido, discutían sobre el drama en curso de la reanimación de la Tierra. A veces se cogían de la mano. Todo esto significaba algo, pero Cisne no sabía muy bien qué. La sala de los espejos siempre estaba muy animada, tanto que a veces se preguntaba si tenía alguna facultad de mayor orden que Pauline, o los monos del parque. Se puede saber mucho y no ser capaz de extraer conclusiones. Pauline exigía una rúbrica por escrito de sus decisiones para obligarla a aplacar la oleada de potencialidades y limitarse a decir una sola cosa, emergiendo así en el presente. Cisne no estaba segura de tener esa misma rúbrica.

—Me gustaría que Terminador no fuese tan vulnerable —dijo una vez—, debido a las pistas. Querría que Mercurio pudiera terraformarse, como Titán.

Wahram trató de tranquilizarla.

—Tal vez su destino consista en quedarte en un planeta de amantes del sol e

institutos de arte. Terminador seguirá dando vueltas, y quizá habrá otras ciudades rodantes. ¿No han iniciado un Fósforo en el norte?

Cisne encogió de hombros.

—Seguiremos dependiendo de las vías.

Él también se encogió de hombros.

—Esta seguridad que tienes en los puntos críticos... Ya sabes que únicamente puedes evitarlos hasta cierto punto. Incluso en la Tierra los tienen. Existen en cualquier lugar. Abundan. —Hizo un gesto para abarcar la sala, mirándola con ojos saltones—. Todo esto es un paquete gigante de puntos críticos.

—Ya lo sé, pero hay una diferencia entre tú y tu mundo. Tu cuerpo puede fracturarse. Sin embargo, tu hogar, tu mundo... esos tendrían que ser más fuertes. Tendrías que contar con que duren. Alguien no debería ser capaz de acabar con ello sin más, como quien hace estallar una burbuja de jabón con un alfiler. Basta con un pinchazo para matar a todos tus conocidos. ¿Ves la distinción que hago?

—Sí.

Wahram se recostó en la silla. Después de darle la razón, no había nada más que decir. El solemne conjunto de su cara ancha decía que la vida era algo que se mantenía con vida en el interior de un puñado de botellines. ¿Qué se podía hacer? Su cara lo decía, lo decía la forma en que se encogía de hombros. Cisne podía interpretarlo con tanta claridad como si hubiese hablado en voz alta. Se quedó allí sentada, mirándolo, pensando en lo que eso significaba. Lo conocía. A continuación trataría de encontrar un modo de abrirse paso a partir de ese punto. Lo haría arrastrándose, avanzando de manera gradual, como un reptil, como un perezoso que se mueve en su rama, allí colgando, tratando de minimizar esfuerzos. Sin embargo, había sido él quien había sugerido que había llegado el momento de iniciar la reanimación. Eso no podría haberlo predicho ella. Tal vez hasta se había sorprendido a sí mismo. En ese momento se disponía a decir algo paliativo, gradual.

—Lo único que podemos hacer es hacer todo lo posible —dijo. Eso tiene que contar para algo.

—Por supuesto. —Contuvo como pudo la sonrisa. Las ganas que tenía de sonreír le tiraba de las mejillas, tanto que estaba a punto de llorar. ¿Cuán

trastornada estaba, si era capaz de sentirlo todo a todas horas, si la pena impregnaba todas las alegrías? ¿Era cualquier emoción todo emoción?—. Está bien —dijo—, hacemos todo lo posible. Pero si cualquier loco puede destruir Terminador, o cualquier otro lugar, entonces más vale que nuestro mejor esfuerzo baste para cambiar eso.

Wahram meditó tanto rato estas palabras que Cisne tuvo la impresión de que se había quedado traspuesto. Cuando le dio un golpe en el hombro, se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa?

—¡Qué! —exclamó ella.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Así que tratamos de detenerlos. Tenemos una situación, tratamos de resolverla.

—Resolverla —repitió ella, arrugando el entrecejo—. A callarse y tragar.

Él asintió con la cabeza, mirándola con cariño. Estaba a punto de golpearle de nuevo, pero entonces recordó que apenas hacía unos instantes había estado a punto de reírse de él; y también que había roto la promesa que le había hecho de no hablar con Pauline. Esa forma impulsiva de actuar, por mucho que a él le desagradara, era, tal vez, su propia manera de callarse y tragar. Tal vez podría utilizarlo como excusa si la sorprendía. En todo caso, golpearle era más complicado de la cuenta.

Establecida la desaceleración del *ETH Móvil*, tan sólo pasarían unos días más y abandonarían la órbita de la Tierra para acercarse a Venus. La vida a bordo de la nave, con el parque y su música y su cocina francesa, llegaría a su fin. Nadie hace algo conscientemente por última vez sin sentirse un poco triste, tal como el doctor Johnson había dicho una vez a Boswell, y sin duda no había nada más cierto para Cisne. A menudo sentía nostalgia del presente, consciente de que su vida pasaba más rápido de lo que podía aceptar. La vivía, la sentía; no había cedido un paso ante la edad, seguía queriéndolo todo, pero no podía volverlo entero ni hacerlo coherente. Ahí estaban, cenando en la terraza superior de un restaurante con vistas a las copas de los árboles, ella entristecida porque luego ya no estaría allí. Este mundo perdido, un mundo que sería olvidado. Y ahí estaba junto a Wahram, eran pareja; pero ¿qué pasaría cuando se bajaran de esta nave espacial y se trasladaran a través del espacio y el tiempo? ¿Y un año a partir de entonces? ¿Qué pasaría a lo

largo de las décadas probablemente venideras?

Al cabo de unos días, se acercaban a Venus cuando Pauline le dijo al oído:

—Cisne, he mantenido la comunicación con el qubo de Wang, y también con la Inteligencia Artificial de esta nave, y tengo algo que decirte. Es posible que desee estar a solas cuando la oigas.

Aquello era lo bastante raro para que Cisne se disculpara y se dirigiera rápidamente a un cuarto de baño, una planta más abajo.

—¿De qué se trata?

—El qubo de Wang y algunos qubos que trabajan en temas de seguridad han establecido un sistema para tratar de reducir el límite de detección de ataques de montañas de guijarros como el que afectó a las pistas de Terminador.

—¿Y cómo?

—Han fabricado y distribuido una red de micro observatorios en todo el plano de la elíptica, desde la órbita de Saturno hasta el sol. Utilizando los datos de la gravedad y de radar, han rebajado los límites de detección hasta ajustarlo al tamaño de las piedras utilizadas contra Terminador, e incluso menor. El qubo de Wang tiene ahora un mapa ajustado al tiempo de todo lo que hay en el plano de la elíptica mayor que supera el centímetro de diámetro.

—Guau —dijo Cisne—. No sabía que eso fuese posible.

—Ni tú ni nadie, pero es que hasta ahora nadie lo había intentado. No había necesidad. En todo caso, el sistema ha detectado un ataque en curso.

—¡No! —exclamó Cisne—. ¿A dónde?

—Al escudo solar de Venus.

—¡No!

Las demás personas presentes en el cuarto de baño habían empezado a mirarla. Salió al pasillo y casi tomó el ascensor para bajar al parque, llevada por el instinto; pero había dejado a Wahram en su mesa del restaurante, y, además, no había manera de huir de aquello. —Maldita sea —dijo—. Tengo que contárselo a



Wahram.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo falta para el impacto?

—Aproximadamente cinco horas.

—Mierda. —Pensó en Venus, el mar de hielo seco bajo el manto rocoso, las ciudades en las costas y los cráteres. Subió corriendo la escalera hasta el restaurante de los ventanales y se sentó frente a Wahram, quien la miró con curiosidad, consciente de su angustia.

—Antes que nada debo hacerte una confesión —anunció Cisne—. Hablé con Pauline acerca del problema de los qubos extraños porque quería oír su opinión al respecto, pensé que estaba aislado en mi interior y que no habría problemas. —Levantó una mano para callarle cuando se disponía a protestar con una mirada alarmada en los ojos saltones—. Lo siento, supongo que debí haberte pedido permiso, pero lo hecho hecho está. Pauline ha estado en contacto con el qubo de Wang, quien le ha informado de la existencia de un nuevo sistema de seguridad qubical que se ha reducido el límite de detección, y también de que han reparado en un nuevo ataque de guijarros en marcha, a punto de alcanzar la zona de impacto, un ataque sobre el escudo solar de Venus.

—Mierda —dijo Wahram, que tragó saliva ruidosamente y abrió más que nunca los ojos—. Pauline, ¿es eso cierto?

—Sí —respondió Pauline.

—¿Cuánto tiempo falta para el impacto?

—Algo menos de cinco horas —respondió la Inteligencia Artificial.

—¡Cinco horas! —exclamó Wahram—. ¿Por qué tenemos tan poco tiempo?

—El ataque se ha orquestado de tal modo que golpeará el borde del escudo solar, por tanto, hasta hace poco la mayoría parte de los guijarros se han desplazado fuera del plano de la elíptica. No hay nuevos detectores pero distribuidas fuera del plano, por lo que su aparición es reciente. El qubo de Wang estaba a punto de avisarle al respecto.

—¿Puedes mostrar los datos en un modelo 3D? —preguntó Wahram.

Cisne pegó la mano derecha a la pantalla de la mesa, y en la textura de la mesa apareció una imagen brillante del escudo solar de Venus, una gran lámina circular que giraba alrededor del núcleo en su punto central, algo similar a los anillos de Saturno. Las líneas rojas que indicaban las piedras detectadas llegaban procedentes de diversas direcciones, con aspecto de ser líneas magnéticas que convergían en un monopolio magnético. Una vez reunidas, atravesarían los delgados paneles concéntricos del escudo, y si el conglomerado era lo suficientemente amplio, alcanzaría el centro y destruiría los controles. El resto del gigantesco ingenio se perdería en la noche girando sobre sí, llevado por la fuerza del impacto, el metal de espejo retorcido en la negrura del vacío. Y Venus se cocería.

—¿Alguien ha alertado al sistema de defensa de Venus? —preguntó Wahram.

—Sí, el cubo de Wang. Y ahora también el propio Wang, pero la Inteligencia Artificial del escudo solar no reconoce que los datos transmitidos supongan un peligro. Sospechamos que hay algo que anda mal con ella.

—¿La Inteligencia Artificial ha dado explicaciones al respecto? —preguntó Wahram—. Debo ver el cruce de mensajes, por favor. Muéstralo en forma de texto. —Leyó la pantalla de la mesa con tal atención que parecía que sus ojos exoftálmico podrían salirse de las cuencas por completo. Cisne lo dejó leer y mantuvo una conversación rápida con Pauline.

—Pauline, pongamos que no logramos convencer a la Inteligencia Artificial del escudo solar para actuar, ¿hay algo que podamos hacer desde aquí?

Pauline tardó unos segundos en responder.

—Una masa similar que alcanzase el punto de encuentro de los guijarros en el momento en que se produzca dicho encuentro, y que golpeará la masa por la tangente, empujaría a ambas a un lado sin causar daños al escudo solar. Después del impacto, es de suponer que el sistema de seguridad del escudo solar reaccione ante cualquier desperdicio estelar que encuentre a su paso. El contrapeso debe llevar aproximadamente una inercia equivalente a la masa formada por los guijarros, con tal que ambas se aparten de la trayectoria.

—¿Cuán grande es la multitud de guijarros?

—Al parecer, la masa resultante una vez reunidos equivaldría al tamaño de diez naves como ésta.

—¿Como esta nave? Por tanto... ¿y si la nave se desplazase diez veces más rápido que las piedras?

—Eso sería una equivalencia dinámica, sí.

—¿Puede esta nave llegar a tiempo e ir lo suficientemente rápido?

A esa altura de la conversación, Wahram prestaba más atención a sus palabras que a la lectura.

—Sí —confirmó la Inteligencia Artificial—. Pero sólo si la nave alcanza la aceleración máxima, y para eso tendría que empezar cuanto antes.

Cisne se volvió hacia Wahram.

—Tenemos que hablar al respecto con la tripulación de la nave. Y también con todos los demás.

—Es cierto —dijo, tomando la servilleta para limpiarse los labios. Seguidamente se puso en pie—. Vamos al puente de mando.

Una vez allí, los oficiales de la nave ya se habían reunido ante la pantalla más grande de la Inteligencia Artificial, y estaban observando en una gráfica una matriz de guijarros muy parecida a la que Pauline había mostrado a Cisne y Wahram.

—Ah, estupendo —dijo Wahram al reparar en ello. Jadeaba un poco tras la carrera por los corredores y la escalera subida—. Ya veis qué problema tenemos.

El capitán de la nave lo miró y dijo:

—Me alegra verte aquí. ¡De hecho, un gran problema!

—El cubo de Cisne afirma que nuestra nave podría servir para evitar el ataque, al chocar con las piedras en su punto de encuentro.

El capitán y todos los tripulantes presentes se mostraron sorprendidos ante la idea, y Wahram les concedió unos instantes para adaptarse.

—Si decidimos hacerlo, ¿hay suficientes naves auxiliares para todos los que viajan a bordo?

—¿No sé si puede hablarse propiamente de naves auxiliares —respondió el capitán—, pero sí. A bordo hay un montón de pequeños ferries y tolvas, y podríamos embarcar y poner a salvo a la mayoría de los pasajeros. También hay trajes de vacío más que suficientes para enviar a todo el mundo cada uno por su cuenta. Hay provisiones en los trajes para aguantar diez días, así que en ese sentido son mejores que los transbordadores, que no llevan ese tipo de alimentación de emergencia. Sea como fuere todo el mundo está cubierto. Pero... —El capitán miró a los oficiales de la nave—. Yo diría que el sistema de defensa de Venus tendría que encargarse de esta clase de cosas. ¿Estamos seguros de que no lo hará? Además —señaló la pantalla— ¿es esta imagen prueba suficiente para que cambiemos de rumbo, aceleremos y abandonemos la nave?

—Creo que debemos confiar en nuestra Inteligencia Artificial. Nos han puesto al corriente de lo sucedido porque las programamos para reaccionar en casos como éste.

—Pero me han dicho que fueron ellas quienes configuraron este sistema de detección de partículas finas.

—Sí, aunque imagino que puede decirse que también fuimos nosotros quienes les pedimos hacerlo. Wang quería una mayor protección. Así que hemos tomado ya la decisión de confiar en ellas.

El capitán arrugó el entrecejo.

—Supongo que tienes razón. Pero no me gusta que la seguridad del escudo solar no reconozca este suceso como un problema. Si fuera así no tendríamos que arrumbar nuestra nave hacia el peligro.

—Eso podría deberse de nuevo a que la balcanización vuelve la cabeza para mirar hacia otro lado —dijo la inspectora Genette desde la entrada—. El escudo solar de Venus no está conectado al sistema de alerta que detectó estos guijarros, y en gran medida está protegido por cortafuegos que lo aíslan de influencias externas, al igual que el qubo de Wang. Por tanto, es posible que no esté equipado para creer en este suceso.

—¿Qué dicen los venusianos? —preguntó el capitán.

—Si se lo preguntamos podremos averiguarlo —dijo Wahram.

—Tenemos que comunicárselo de inmediato, por supuesto —afirmó Cisne—, pero el liderazgo de Venus es notablemente opaco. ¿Cuándo van a responder? ¿Y qué hacemos entre tanto?

El capitán no había dejado de fruncir el ceño. Miró a Cisne como si al haber descubierto el problema, fuese cosa suya.

—Vamos a prepararnos para abandonar la nave —dijo con tristeza—. Si es necesario podemos parar en cualquier momento. Pero si confirmamos que tenemos que hacerlo, no tenemos mucho tiempo. —Miró la pantalla y dijo—: Tenemos que acelerar ahora mismo rumbo al punto de encuentro. Avisad a todo el mundo para prepararse para el viraje. *Móvil*, en cuánto a la gravedad sobre los pasajeros, ¿qué velocidad sería necesaria para alcanzar a tiempo el punto de convergencia?

La Inteligencia Artificial de la nave cantó una serie de números y coordenadas que el capitán escuchó atentamente.

—Tenemos que dar la vuelta ahora mismo —concluyó el oficial al mando—, y después acelerar a un equivalente de 3 gravedades durante las próximas tres horas, mientras nos inclinamos levemente fuera del plano, a un punto por encima del borde del escudo solar.

Era una mala noticia. Ponerse el traje de vacío a tres gravedades era costoso, y rara vez se intentaba excepto en ejercicios de emergencia.

—Avisad a todo aquel que esté cualificado para el manejo del traje de vacío que empiecen a ponérselos —ordenó el capitán, cuyo entrecejo se arrugó si cabe aún más—. Todos los demás a los transportes auxiliares. Tenemos que acelerar inmediatamente al tiempo que efectuamos el viraje. —Entonces, después de mirar a sus oficiales presentes en el puente, se dirigió al intercomunicador y comenzó a explicar personalmente la situación a los pasajeros.

Esto resultó ser más complicado de lo que se había previsto, y Cisne y Wahram partieron en dirección a las esclusas de sus cabinas antes de que hubiera terminado de hacerlo. La compensación por la nave quedaría, sin duda, en manos de los seguros suizos de costumbre, y de hecho provendría directamente de los venusianos; tenían prácticamente garantizada una recompensa por su sacrificio, anunciaba el capitán mientras tomaban el ascensor para bajar. En todo caso, dio la impresión de que sería necesario abandonar la nave. Las embarcaciones auxiliares

de a bordo podían sustentar a las diez mil personas que viajaban en la nave, pero quienes estuvieran cualificados para el manejo de los trajes de vacío tendrían que escapar en los trajes individuales, los cuales contaban con suministros para aguantar bastante tiempo. De hecho, cualquiera que prefiera el traje al transbordador podía salir con él de inmediato para efectuar la comprobación de integridad. Todas las esclusas estaban disponibles. Los recogerían en cuestión de horas, al menos eso esperaba, no sería más que una molestia que sería considerada un acto heroico porque salvaría a Venus. Sólo podían derivarse cosas buenas de ello. Dependían de la velocidad para prestar su ayuda con eficacia, así que por desgracia todos ellos se verían forzados a manejarse en condiciones equivalentes a las tres gravedades durante el tiempo que permaneciesen a bordo. Se lamentó el gran inconveniente, y se prometió empeñar la ayuda de la tripulación a todo aquel que la solicitara.

El anuncio continuó con su precisión suiza y enrevesada estaba causando un gran revuelo en toda la nave, de lo cual Cisne y Wahram fueron conscientes cuando salieron del ascensor en su planta. Al entrar en la esclusa oyeron voces que gritaban, al parecer en toda la nave, y cruzaron la mirada.

—No nos separemos —propuso Cisne.

Wahram asintió sin decir nada.

El viraje acompañado por la aceleración fue más desconcertante que de costumbre, como si el hecho de saber que era anómalo lo hubiese convertido en el prelude de un mareo espacial, o en un sueño en el que el propio cuerpo se alejaba flotando hacia desastre.

Aquel mal presentimiento cayó adoptó la forma de otras clase de pesadilla cuando la nave cobró velocidad de nuevo y el peso de sus cuerpos se triplicó con bastante rapidez. Esto bastó para tumbarlos a todos. La gente gritó, poco acostumbrada como estaba a esa clase de situaciones, a pesar de ser conscientes de la importancia de lo que estaban haciendo, y tras los primeros momentos la mayor parte de los pasajeros se desplazaron gateando e hicieron todo lo posible para avanzar, rodar o deslizarse. La gente probaba toda clase de métodos, y saltaba a la vista que algunos no avanzaban un centímetro, tumbadas, bregando como un adversario invisible las hubiera clavado en el suelo.

En gravedades así, las diferencias de masa entre las personas se convirtió en un factor tan importante como sorprendente. Los menudos pesan tres veces más de

lo que solían, como todo el mundo a bordo, pero eso aún los reducía a pesos que la musculatura humana había evolucionado para manejar. Este detalle quedó patente al ver a los menudos de a bordo de pie aún, caminando, algunos agazapados como luchadores de sumo o chimpancés, otros pavoneándose como Popeye, pero en cualquier caso, de pie y en movimiento, y la mayoría de ellos trabajaba duro en cuadrillas improvisadas para ayudar a los compañeros de viaje más corpulentos y postrados. Muchas de las personas que estaban inmovilizadas y alfombraban el suelo eran por supuesto las más altas y las más corpulentas, las que por ejemplo pesaban en ese instante más de cuatrocientos kilos, inmovilizadas por completo debido a semejante peso. Eran necesarios equipos de tres o cuatro personas menudas juntas para hacer rodar a estas personas mayores, ponerlas de espaldas, tomarlas de los brazos y las piernas, y arrastrarlas hacia las esclusas.

A Cisne le bastaba con arrastrarse, aunque le dolían los huesos. Sabía que en cuanto alcanzase el traje de vacío y se lo pusiera, la Inteligencia Artificial se haría cargo y asumiría ciertas funciones en su nombre. Sólo sería necesario flexionar los hombros y los brazos, como quien se pone un abrigo, mientras el traje se acomodaba sobre ella y se sellaba. En simulacros de emergencia todos se habían puesto un traje en condiciones de gravedad alta al menos un par de veces, así que imperaba la sensación de que todo iría a mejor si lograban llegar al vestuario.

Pero Wahram no estaba teniendo tanto éxito al moverse como Cisne. Podía ser un 50, incluso un 75 por ciento más pesado que ella, y ahora lo estaba notando. Se arrastraba como una morsa malherida, pero era un proceso lento, y comprendió que estaba cansado. Por suerte la inspectora Genette pasó por su lado, colaborando con otras dos personas menudas que cargaban con un enorme alto que parecía el David de Miguel Ángel, pero que apenas podía impedir que su propia cabeza rozase el suelo, mientras lo llevaban.

—Vuelvo enseguida —dijo Genette a Cisne y Wahram, antes de seguir por su camino, cruzando gritos agudos con los otros dos pequeños. Y en cuestión de unos minutos, los tres de regresaron. Genette se situó a su lado, dando órdenes, y arrastraron a Wahram hasta una pared con barandilla. Una vez allí, Wahram logró ponerse de rodillas, rubicundo y jadeando. Clavó en Genette sus ojos como bulbos—. Gracias, yo ya me apaño. Por favor, ve a ayudar a alguien que no lo haga. Me alegra ver cómo os han servido las leyes de la proporción en este caso, amiga mía.

La inspectora se detuvo brevemente, adoptando la misma postura que un boxeador fornido.

—¡Menudos al ataque! ¡Y ninguno ha muerto aún por causas naturales! —Entonces, más relajada, añadió—: ¡Nos vemos pronto en la esclusa, creo que casi hemos logrado reunir a todo el mundo allí.

En el vestuario situado junto a la esclusa imperaba una sensación apremiante, pero sin pánicos, al menos no del todo. Era cierto que casi todo el mundo estaba tirado en el suelo, cuando no arrastrándose, a excepción de los menudos que ayudaban a los demás, lo cual era un espectáculo terrible, una clara señal de que se hallaban inmersos en una situación de emergencia. Pero guardaban los trajes en armarios, tal vez por esta misma razón, y Cisne abrió uno, se sentó en el banco que había junto a él y se introdujo en él tan rápido como pudo, tan rápido que chirrió un poco, como si se quejara. Una vez puesto, cuando el traje informó que todo estaba en condiciones, se arrastró por el suelo hacia Wahram para ayudarlo con su traje y luego ayudar a otras personas que lo necesitaban. Algunos se esforzaban, sufriendo visiblemente. Para esas personas habría sido un gran alivio que las tirara por la borda. A juzgar por las apariencias, algunos no debían de haberse sometido a más de una gravedad durante cierto periodo de tiempo. Cisne temía que se produjeran accidentes cardiovasculares, y acudió a su mente la imagen momentánea de Alex, e intentó que eso le diera fuerzas. Alex les habría ido de perlas en esa situación: tranquila y alentadora, lo habría pasado en grande. Algunas de esas personas podían ser viajeros espaciales complacientes, y no estar en forma, y quizá tenían la culpa de sentirse así, pero en cualquier caso, ahí estaban, luchando, gruñendo, a veces gritando incluso. Algunos intentaban quitarse la ropa antes de ponerse el traje de vacío, y les costaba mucho más quitarse la ropa que ponérselo. Un hombre capaz de concebir, cuyo torso era prácticamente esférico, había escogido un traje más pequeño de la cuenta, por lo que Cisne tuvo que ayudarlo a salir de él (que era persistente) y elegir uno distinto.

Poco a poco crecía el olor del miedo en el ambiente. Cisne se arrastró de nuevo hacia Wahram, haciendo caso omiso del dolor de rodillas. Se había metido en un traje que le venía demasiado grande, pero la pantalla decía que era seguro. El canal común del casco estaba atiborrada de conversación, y ella le mostró los dedos antes el visor, primero tres y luego cuatro y después cinco, para que se conectara a ese canal, y allí lo encontró, canturreando.

—Tu traje es demasiado grande —dijo.

—No pasa nada —dijo—. Me gustan así, y sé que la mayoría de estos nadie los usa.



— Eso no importa. Es más seguro si se te ajusta correctamente.

Hizo caso omiso de eso y empezó a ayudar a alguien que tenía enfrente. Cisne pasó al canal común, donde alguien decía:

— Así que estamos abandonando la nave sólo porque la Inteligencia Artificial dice que tenemos que hacerlo? ¿Soy la única que lo encuentra raro? ¿Estamos convencidos de que no se trata de una especie de motín? Más les vale tener un buen seguro.

Hubo diez respuestas o comentarios distintos a la vez, momento en que Cisne pasó de nuevo al canal 345.

— ¿Quieres que salgamos juntos?

— Sí — dijo él—. Por supuesto. Tenemos que cogernos de la mano.

A ella le gustó la idea.

— ¿Quieres salir enseguida o prefieres esperar?

— Más tarde, por favor. Tengo la sensación de que debería ayudar a la gente.

— ¿Puedes moverte lo suficientemente bien como para ayudar?

— Creo que sí.

Ayudaron todo lo posible. La gente acucillada arrastraba unos pocos metros a las personas tumbadas, a quienes confiaban a otros compañeros que formaran la cadena. La gente tenía que salir por grupos, llenando la esclusa hasta el máximo de su capacidad para acelerar el proceso. No hubo muchos que quisieran ser los primeros en salir, pero se oyeron gritos procedentes de atrás, donde había gente en los pasillos que aún trataban de acceder al vestuario, por tanto existía una especie de presión osmótica. La esclusa siempre se llenaba con bastante rapidez, luego se cerraba la escotilla, esperaban a que la esclusa se despejase y luego cerraban por fuera para que se llenara de nuevo de aire, para, a continuación, abrirla otra vez desde el interior para dar paso al siguiente grupo. Incluso en las esclusas había algunas personas que no podían moverse, y hubo menudos que se esforzaron en sacar a empujones y patadas a la gente por la escotilla abierta; seguían ahí al reabrirse la escotilla interior, con expresiones de furiosa alegría tras el visor del casco.

Por supuesto había otras esclusas en la nave, lo cual fue muy positivo porque las esclusas más espaciales tenían capacidad para unas veinte personas, y cada salida requería de unos cinco minutos, más o menos. Así que llevaría un par de horas evacuar a todos los pasajeros que se hubieran puesto el traje de vacío. Por lo visto, la mayoría de los lanzamientos y los transbordadores habían salido ya.

Cisne siguió ayudando a la gente a organizarse por grupos, antes de acceder al interior de la esclusa. Eso aceleró el proceso. Wahram y ella trabajaron en pareja, con gran efectividad teniendo en cuenta que ninguno de ellos apenas podía moverse. Respondieron a preguntas hechas desde de la inquietud. Los trajes contaban con un suministro de diez días de agua, oxígeno y nutrientes, además de cierta cantidad de combustible. Se había avisado a las naves de rescate, que ya iban en camino, para que todos fuesen recogidos en cuestión de horas en lugar de días. Todo saldría bien.

A pesar de todo, era espeluznante abandonar una nave en pleno proceso de aceleración, para adentrarse en la oscuridad y las estrellas, equipado con un simple traje de vacío. Más de uno accedió a la esclusa con los ojos desorbitados, cosa que Cisne entendía perfectamente, a pesar de que en circunstancias normales le gustaba vivir situaciones de peligro.

Algunos grupos de la esclusa saltaron juntos, cogidos de la mano con la esperanza de mantenerse juntos. Cuando los que seguían dentro lo vieron en las pantallas, fue un gesto que casi cada grupo intentó imitar. Eran primates sociales, asumirían juntos el peligro. Nadie quería morir solo.

El tiempo se ralentizó, y el vestuario se había vaciado sin siquiera darse cuenta. Wahram la miraba, su mirada decía que no tenían por qué hacer como el capitán y ser los últimos en abandonar la nave. Cuando Cisne reparó en ello, se echó a reír y le tomó la mano.

—¿Nos sumamos al próximo grupo?

Él asintió, agradecido. Tan sólo quedaban un puñado de grupos para vaciar la sala. Estaba listo.

Ella lo empujó hacia la esclusa. Las veinte personas que había en el interior observaron la escotilla exterior. Era como estar en un ascensor de tamaño industrial. Algunos se abrazaron. Las manos buscaron otras manos, hasta que el grupo se convirtió en un círculo cerrado, unido. Ella apretó con fuerza la mano de Wahram.

El aire silbó al abandonar la estancia. Se prepararon. La doble escotilla exterior se abrió en el casco y el espacio negro surgió ante ellos, las estrellas como sal derramada. Tan sólo un visor los separaba de las estrellas. Había tantas estrellas que el trazado superaba al que se veía desde la Tierra, era sencillamente el espacio, tachonado de estrellas, incalificable e inmenso, más de lo que la mente humana estaba destinada a entender. O simplemente el firmamento nocturno, una experiencia primigenia, la mitad de la vida. Una parte de sí mismos. Hora de dormir, tal vez soñar. Hicieron acopio de fuerzas y salieron con un salto Shackleton.

Flotaron en la negrura, y algunos expulsaron un poco de combustible para impulsarse, de forma que se alejaron rápidamente de la nave, que pronto se convirtió en un punto blanco y lejano, iluminado en su blancura inmaculada por una cadena de diamantes encendidos a popa. Aparta la vista, no te quemes las retinas; mirada hacia atrás, la *ETH Móvil* podía ser una de las estrellas que se veían allí. Estaban solos.

No había ni rastro de los demás grupos. De pronto se antojó imposible la idea de que pudieran encontrarlos y rescatarlos, un sueño o una esperanza vana. Habían dado un salto mortal.

Pero Cisne había estado en esa situación antes, y sabía que podía hacerse. Los transpondedores del traje los convertían en balizas individuales, eran como un faro que encendía su luz intensa.

Establecieron un canal de comunicación para el grupo en el número 555, pero a medida que pasaba el tiempo, pocas personas hablaron. Había poco que decir. Cisne quería soltar la mano que no pertenecía a Wahram, pero no lo hizo. Apretó la derecha con la izquierda, y él le devolvió el gesto. Cisne pasó al canal 345, pero sólo oyó el sonido de su respiración, lenta, constante. Él la miró al oírla también. Tenía la cara redonda tras el visor, su expresión era seria para sin miedo.

—¿Cuándo crees que sucederá? —preguntó Cisne, mirando el punto blanco que tomaba por el *ETH Móvil*.

—Yo diría que muy pronto —respondió.

Y casi en el momento de decirlo hubo un destello de luz en el área donde Cisne había estado mirando.

—¡Y ya está!

—Tal vez.

Después pasó un largo rato, una hora, dos, luego tres.

—Mira, aquí viene nuestra nave de rescate —anunció entonces Wahram.

Cisne se volvió para echar un vistazo por encima del hombro, y divisó una pequeña nave espacial se acercaba hacia ellos lentamente.

—Bueno —dijo ella—. Estupendo.

Y Venus todavía estaba a la sombra. Daba la impresión de que el escudo solar estaba a salvo. Y ahora iban a rescatarlos.

Pero entonces la pequeña nave espacial explotó junto a ellos. Cisne, cegada por el destello de la explosión, acababa de procesar lo sucedido, y llegó de inmediato a la conclusión de que algunas esquirlas de la colisión de la *ETH Móvil* y la multitud de guijarros debía de haber sido expulsada en su dirección y había tenido la mala suerte de alcanzar la pequeña nave. Mala suerte, pensó, mientras su pequeño círculo de veinte personas se separaba por algo, probablemente gas o residuos de la nave desaparecida, lo que significaba que seguramente habría gente malherida. En el preciso instante de la explosión se vio arrancada de un tirón tanto de Wahram como de la persona situada al otro lado. Gritó al darse cuenta, dio un giro como pudo para no perder de vista a Wahram, a quien vio girando por la inercia, extendidos brazos y piernas, expulsando por una de las piernas una lluvia de gotas de cristal rojo.

—Pauline, limpia el visor —ordenó mientras manipulaba los controles de propulsión, estabilizándose a sí misma en relación con Wahram, para después expulsar en chorro a plena potencia tras él. Pasó brevemente a través de un pequeño campo de restos de la nave que había explotado, incluso había un resto de gran tamaño, tal vez un cuarto o un tercio de la misma, totalmente abierto, con lo que las cabinas y las mamparas quedaban al descubierto como en una ilustración de corte o una casa de muñecas. Tuvo que cambiar de rumbo para impulsarse hacia la popa de la misma y, a continuación, lanzar un nuevo chorro para recuperar el rumbo hacia Wahram. Todavía daba vueltas sobre sí, y vio que era mucho más pequeño, así que expulsó un buen chorro, hasta lo máximo que le ofreció el traje para dirigirse hacia él. Casi era una tarea propia de Pauline, pero había restos y desechos que esquivar, así que siguió a los mandos y lo persiguió mientras esquivaba los fragmentos de la nave. Una vez superados, aceleró de nuevo,

poniendo todo su empeño y pericia como piloto, sin preocuparse de nada más que de alcanzarlo. Wahram se hizo mayor.

—¡Pauline, ayúdame! —gritó entonces Cisne.

—¡Déjame pilotar el traje!

—¡De acuerdo, pero vamos! ¡Ya!

—Ya volamos a plena combustión. Tengo que frenar si quieres alcanzarlo.

—¡Hazlo!

Volaron a través de las estrellas. Wahram se volvió mayor aún. Cisne asumió de nuevo el control de los mandos, a pesar de las objeciones de Pauline, y siguió acercándose a él lo más rápido posible, hasta el último segundo, cuando se dio la vuelta y encendió de nuevo el chorro del traje hasta que estuvo a punto de chocar con él, pues tuvo que esquivarlo con otro chorro, pasar junto a él a unos centímetros y ver fugazmente al pasar por su lado que estaba inconsciente y que tenía la boca abierta. Lanzó un grito, accionó el chorro al máximo, dio la vuelta al traje trazando una curva cerrada y volvió hacia él. Pauline no podría haberlo hecho mejor.

Reparó en que Wahram tenía una perforación en el traje, por debajo de la rodilla izquierda. Había sangre congelada, como una costra de sangre coagulada, una costra gigante. Ella lo aferró y lo sostuvo mientras cerraba la fisura del traje.

—Dame una manguera. Voy a aislar la pierna.

Su propio traje habría cortado la ruptura con mamparas como torniquetes. Cabía la posibilidad de que su pierna ya estuviera congelado, inservible, pero a los trajes se les daba bien aislar las fugas, y también controlar la conmoción. Cisne sacó la manguera del cinturón y metió el extremo de ella a través del pequeño agujero del traje de Wahram, que medía menos de un centímetro de diámetro, apenas lo bastante grande para admitir el extremo de la manguera. Metió el dedo en el agujero por el otro lado de la pierna, llenó de aire caliente la pernera y lo mantuvo inmovilizado, todo ello sin dejar de gritar:

—¡Aquí estoy, Wahram! ¡Despierta!

Pero sólo respondió Pauline:

—Por favor, cállate. No puedo escuchar los signos vitales si hablas a gritos.

—¿Qué quieres decir?

—Respira. Su corazón está latiendo.

—¿Qué pasa con la pierna?

—La piel está congelada, probablemente la carne también. La presión arterial es de noventa sobre cincuenta, por tanto ha perdido mucha sangre. Está en estado de shock.

—¡Estabilízalo, que entre en calor! ¡Hazte cargo de su traje!

—Tranquila, por favor. Estoy comunicada con su traje. Cállate, por favor.

Ella calló y dejó trabajar al qubo. El tratamiento médico de emergencia era un antiguo algoritmo de la Inteligencia Artificial, perfeccionado durante siglos, y desde hacía mucho tiempo demostraba ser mejor incluso que la respuesta humana. Pauline le había asegurado que había motivos para pensar que podrían estabilizarlo.

—El traje está algo dañado —dijo entonces Pauline—. Quiero asumir sus funciones de control.

—¿Puedes?

—Sí. Es más fácil hacerlo conectado a él, por lo que a partir de entonces tendréis que seguir juntos.

—Pues mejor. Adelante.

Cisne se concentró en el agujero de la pernera del traje. El traje podría ser reparado con el juego de parches que tenía, y se dispuso a preparar el parche, unida a él por el cable de alimentación e información de la cintura. Giraban lentamente a través de las estrellas que Cisne no se volvió para mirar. Los parches eran en su mayoría cuadrados de bordes romos; había que retirar la película protectora, aplicarla después suavemente y presionar el tiempo que dure la reacción química.

Una vez sellado el traje, preguntó a Pauline si tenía que hacer algo en la herida de la pierna. Comprendió que tenía que haber empezado por eso, pero

estaba muy nerviosa. Además, Pauline dijo que no.

—El traje ha aplicado coagulantes y compresión del aire —informó Pauline—. La hemorragia se ha detenido considerablemente.

—¿El traje le proporciona suero?

—Sí.

Era un consuelo recordarse a sí misma que el traje de vacío no sólo era una pequeña y flexible nave espacial, sino también una especie de hospital de personal.

—¿Estás ahí, Wahram? —preguntó—. ¿Te encuentras bien?

—Aquí me tienes —respondió con voz ronca—. No estoy bien.

—¿Qué te duele?

—Me duele la pierna. Y estoy... mareado. Estoy tratando de no vomitar.

—Estupendo, no vomites. Pauline, ¿puedes darle algo contra la náusea?

—Sí.

Flotaban en la noche estrellada. Aunque a Cisne no le gustaba admitirlo, no había nada más que pudiera hacer en ese momento. La Vía Láctea era como una madeja de blanca y reluciente leche, con el Saco de Carbón y otras manchas negras en ella más negras aún de lo habitual. El resto de las estrellas salaban la negrura que hasta el propio color negro corría peligro, como si detrás de él, ejerciendo una fuerte presión, hubiera una blancura mayor que la que el ojo era capaz de absorber. El negro puro de la Vía Láctea debía indicar una gran cantidad de carbón en el Saco de Carbón. ¿Estaba todo el negro del cielo hecho compuesto de polvo? ¿Si todas las estrellas del universo estuvieran visibles, el cielo nocturno quedaría reducido a un blanco puro?

Las grandes estrellas parecía hallarse a diferentes distancias de ellos. Al verlo, el espacio surgió de pronto ante sus ojos, convertido en una extensión que se expandía hacia afuera, en lugar de un telón de fondo suspendido a pocos kilómetros de distancia. No estaban en una bolsa negra, sino en una extensión infinita. Un pequeño cálculo en una gran sala.

—¿Cómo te encuentras, Wahram?

—Un poco mejor.

Buena noticia. Era peligroso vomitar dentro del casco, por no mencionar lo desagradable que era.

Flotaron en el espacio. Pasaron algunas horas. Cuando llegó el momento de comer, absorbieron líquidos por una pajita instalada en el casco; había incluso pedazos de barras nutritivas que podían extraer por un puerto en el interior correspondiente a la parte situada en la mejilla del casco, masticó y tragó. Hecho ambas cosas, Cisne orinó en el pañal del traje.

—Wahram, ¿tienes hambre?

—No tengo hambre. No parecía cómodo tampoco.

—¿Tienes náuseas otra vez?

—Sí.

—Eso no es bueno. A ver, voy a conseguir que nos estabilizamos en relación con las estrellas. Sentirás algún tirón. Tal vez deberías cerrar los ojos hasta que nos acomodemos.

—No.

—Está bien, de todos modos no creas que será tan rápido. Allá vamos. —Se impulsó en dirección contraria a la dirección en que giraban. Costaba hacerlo con el peso añadido de él a su lado. Mejor abrazarlo y convertirlo en un peso frontal. Se dispuso a hacerlo y le dio un pequeño apretón; él en respuesta lanzó un gruñido imperceptible. Cisne logró estabilizarlos más o menos en relación con las estrellas, y extendió un brazo para señalar Venus con intención de que la tomaran como punto de referencia. Seguía a la sombra. Si habían destruido el escudo solar, o incluso si estaba dañado, estaba segura de que lo habrían visto; una media luna, o tal vez una región que de repente se volvía de un blanco cegador, y como habían estado en el lado del escudo que hubiera sido alcanzado, no le pareció que ninguna parte iluminada de Venus pudiera estar totalmente al otro lado del planeta respecto a ellos. Quizá sí, porque tuvo que admitir que estaba desorientada. Al parecer, habían logrado frustrar el ataque.



—Pauline, ¿puedes decirnos qué ha pasado con la nave, el escudo solar y demás?

—Los informes de radio siguen siendo prematuros, pero señalan una colisión, ocurrida según lo previsto, entre el *ETH Móvil* y una multitud de guijarros de aproximadamente cuatro veces la masa de la nave. Sucedió tal como se predijo, y la nave iba más rápido que los guijarros, lo suficiente para apartar buena parte de la masa de colisión hacia un vector de dirección distinto a la ubicación del escudo solar.

—Por tanto ha funcionado.

—Excepto que parte del material expulsado por la colisión alcanzó la nave que se nos acercaba, y la explosión extendió fragmentos, uno de los cuales ha herido a Wahram.

—Sí, por supuesto. Pero eso sólo ha sido mala suerte.

—Varias de las personas que iban en esa nave deben haber muerto.

—Ya lo sé. Eso sí es mala suerte. Alcanzados por la metralla, a todos los efectos. Sin embargo, ¿el escudo solar está a salvo?

—Sí. Y el sistema de defensa del escudo parece haber repelido los restos que volaron en su dirección.

—Así que ahora tiene motivos para creer en la multitud de guijarros.

—O por lo menos en lo que fuera que se disponía a destruirlo. No sé qué problema tenía antes.

—¿Era consciente de la existencia de este nuevo sistema de detección de partículas finas de Wang?

—Wang les puso al corriente de ello, pero es un sistema cerrado, operan así para evitar manipulaciones externas. No sé si se habían sumado a la nueva vigilancia o no.

—Tal vez los sistemas cerrados sean más fáciles de manipular que los abiertos. ¿Pudo verse comprometida?

—Parece poco probable. Está bajo el control del Grupo de Trabajo de Venus, al que se considera muy comprometido con la seguridad.

Wahram no contribuyó a esta conversación. Cisne sostuvo su mano, apretándola de vez en cuando. No había nada más que pudieran hacer. Presionó de nuevo, brevemente. Notó que él aflojaba la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Más o menos —respondió.

—¿Has intentado comer algo?

—Todavía no.

—¿Beber?

—Aún no.

Flotaron en el espacio negro, ingravidos y disfrutando de la temperatura agradable proporcionada por el traje. Eran como lunas de Venus, o como pequeños planetas independientes, en órbita alrededor del sol. A veces la gente comentaba esta situación que comparaban con el retorno al vientre materno, el alto amniótico. Tomar algunos medicamentos que causen alucinaciones, conviértete en un hijo de las estrellas. Y, de hecho, no era un espectáculo tan terrible como debería de haberlo sido. Por unos momentos, Cisne incluso se quedó dormida. Al abrir los ojos, pensó que Venus era quizá un poco mayor. No tenía mucho sentido, porque al abandonar la nave debían desplazarse a una velocidad bastante significativa.

—¿Sigues ahí?

—Ajá.

Bueno, pensó Cisne. Ahí estaban. No había nada que hacer, excepto esperar. Esperar no formaba parte de proceder habitual. Por lo general siempre había más por hacer de lo que ella tenía tiempo para dedicarse, así que siempre iba con prisas. Ahora aquello se parecía más a un rescate que a una evacuación. Cuando abandonaron la nave se comentaba la presencia de naves en las inmediaciones. Tal vez Wahram se había visto empujado en dirección opuesta; Cisne lo había seguido sin pensar siquiera. Posiblemente se alejaban del plano de la elíptica, por tanto del camino de las naves que acudirían al rescate. Tal vez la desdichada nave destruida

era la única que había en la zona, y tendrían que esperar hasta que recogieran al resto de los evacuados. La destrucción de la pequeña nave arrojaría probablemente el mayor número de víctimas mortales del suceso, por lo cual llamaría la atención. Caerían en la cuenta de que faltaba gente, les seguirían buscando. Los trajes disponían de potentes transpondedores. Estar fuera de la elíptica justificaría el retraso. O tal vez reunir a todos los evacuados llevaba su tiempo. La última aceleración del *ETH Móvil* podría suponer que llevaba una velocidad mayor que la mayoría de las naves espaciales podrían alcanzar cuando las últimas personas la abandonaron, en cuyo caso esas personas también lo harían. Si todo era como debía ser, entonces los trajes mantendrían con vida a sus ocupantes durante diez días, y después de todo llevaban allí... ¿Cuánto? Tuvo que preguntar a Pauline: veinte horas. Se le había hecho más largo, o más corto, no sabría decirlo. Venus parecía haber crecido en tamaño ante sus ojos. Cisne recordó historias de naufragos, a la deriva, nunca hallados y congelados durante eones. ¿Cuántos habían muerto así en la historia de la humanidad? ¿Docenas, cientos, miles? Oyó en su cabeza el coro de la vieja canción de Marte, que en la traducción perdía su rima.

*Flotaba pensando en Peter*

*Segura de que me rescatarían*

*Pero mienten las historias*

*Y así muero*

*La negrura del espacio será mi tumba*

Sin duda, muchos de esos desgraciados había quedado a la deriva, confiando hasta el final en que se salvarían. La esperanza desaparecía con mayor lentitud que el oxígeno y los alimentos de los trajes. Recordarían la historia de Peter en torno a Marte, o de alguna otra persona que fue rescatada, y creerían en que aparecería una pequeña nave espacial que flotaría sobre ellos como un OVNI, como la redención, como la vida misma. Pero para muchos esa nave nunca había llegado, y habría un momento en que tuvieron que admitir que la historia era falsa, o que al menos no era cierta para ellos. Sí para otras personas, pero no para ellos. Ellos eran el pretérito, los perdidos. Los olvidados. Así de cruda era la canción marciana.

Quizá esta vez se sumarían a los olvidados. Cisne hizo un esfuerzo por espabilarse, comprobó el canal común, donde había un coro de voces, pasó al canal de emergencia y dio mediante gruñidos un informe, seguido por una petición.

Media hora después llegó la respuesta: los tenían controlados, una nave de rescate se dirigía hacia su posición. En efecto, habían salido del plano y todas las demás naves estaban empeñadas en el rescate de los demás pasajeros. Pero estaban en la lista y era cuestión de tiempo que recibiesen ayuda.

Por tanto... A mirar a su alrededor. Contárselo a Wahram, tranquilizarlo. Procurar que se relajara.

Pero ella no lo estaba. Un intenso temor se apoderó de ella. Pauline debía de ser consciente de ello, cabía la posibilidad de que en ese preciso instante le estuviera administrando alguno de los medicamentos para combatir la ansiedad de que disponía el traje. Cisne confiaba en ello. No había nada que hacer excepto esperar. Seguir respirando. Esperar y ver. Había sido un lujo en su vida la posibilidad de actuar, de hacer algo, y evitarse la espera. Pero la realidad había llegado para quedarse: A veces no queda más que esperar.

Pues bien, que así fuera. La espera no era tan mala. Era preferible a viajar en el crucero a oscuras. Venus parecía más próximo, tal vez un poco más brillante porque quizá el escudo solar había sufrido algunos daños en el extremo más cercano a la explosión. Distinguía nubes oscuras que giraban alrededor de un parche negro, posiblemente la montaña de Ishtar. Había allí manchas más brillantes y oscuras bajo las nubes arremolinadas, pero no tenía ni idea de si representaban océano congelado o tierra helada. No vio azules, pardos o verdes, sino nubes grises justo sobre la tierra gris, oscuras y más oscuras.

—Me encuentro mejor —anunció Wahram, vacilante, como si al mismo tiempo pusiera a prueba su afirmación.

—Ah, estupendo —dijo Cisne—. Mira de beber algo. Probablemente estés deshidratado.

—Sí, tengo sed.

Pasó más tiempo. Al cabo de un rato, Wahram comenzó a silbar por lo bajo una de las melodías que había silbado en los túneles. Reconoció una obra de Beethoven, y no una de las sinfonías, de modo que lo más probable era que se tratase de uno de los cuartetos tardíos. Un movimiento lento. Posiblemente el que había compuesto Beethoven después de recuperarse de una enfermedad. Un acto de acción de gracias. No la reconocería hasta que alcanzase la frase final. Era una de las buenas. Silbó suavemente un acompañamiento con su voz de alondra al tiempo

que apretaba la mano. La melodía era lenta, no podía limitarse a seguirlo, sino que tenía que hallar el modo de acompañarlo, de unirse a él. La parte de alondra que había en su cerebro recordó las partes de aquella melodía que él le había enseñado en los túneles subterráneos de Mercurio. Fue durante su convivencia submercurial, de la que daba la impresión de haber pasado una eternidad. Esa vida era cosa del pasado; aquella no tardaría en serlo. No había sido capaz de marcar una gran diferencia entre esa vida y la presente, y no importaría mucho que sobrevivieran o no. ¡Ay, la belleza de esa canción, algo a lo que aferrarse. El cerebro de alondra siguió cantando en su interior, levantándola lejos de la melodía lenta. Diferentes momentos quedaban entrelazados.

—¿Te acuerdas? —preguntó tras interrumpirse. La voz tensa, aplastándole la mano—: ¿Te acuerdas de cuando estuvimos en el túnel?

—Sí, claro.

Recuperaron la melodía. Su silbido era apenas audible, o al menos lo hacía con un estilo que hacía parecer que lo era. Quizá seguía dolido. Musicalmente lo habían hecho mejor en el túnel. Ahora sonaban como Armstrong y Fitzgerald. Él fingía un esfuerzo que apenas alcanzaba una perfección accidental, minimalista, mientras que ella era perfecta sin el menor esfuerzo, simplemente interpretando la música. Dúo de opuestos. El esfuerzo y la interpretación, creando algo que era mejor haciéndolo juntos que por separado. Tal vez fueran necesarios ambos. Puede que ella hubiese convertido su interpretación en una lucha, cuando necesitaba luchar para interpretar.

Al final alcanzaron la melodía; sí, era la acción de gracias. El himno de acción de gracias tras recuperarse de una grave enfermedad, así había dicho que se llamaba Wahram, todo ello a la manera de Lidia. Y el título describía bien la sensación, y es que no siempre lo hacían. Una acción de gracias trenzada en la propia melodía, con un oído infalible para la música como expresión de los sentimientos. ¿Cómo era posible? ¿Quién era? Beethoven, el ruiseñor humano. Hay canciones en nuestro cerebro, pensó Cisne, les hubiesen insertado o no en el cerebro las células de ave, puesto que ya estaban allí, en el cerebelo, conservadas durante millones de años. Allí no existe la muerte; tal vez la muerte fuese una ilusión, quizá aquellos patrones fueran eternos, la música y la emoción a través de los universos, una tras otra, en las alas de las aves migratorias.

—Hemos tenido una relación desde lo del túnel —le dijo cuando dejó de silbar.

—Hmm —respondió él, de acuerdo o no con la anterior afirmación.

—¿Tú no lo crees?

—Sí, lo creo.

—Si no hubiéramos topado el uno con el otro, podríamos habernos evitado. Así que he estado pensando que eso no es lo que queríamos. Lo que queríamos...

—Hmm —insistió él, ambiguo.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso lo niegas?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene eso?

—Quiero decir —empezó él, lentamente, meditándolo bien, haciendo una pausa, pero después no pareció tan dispuesto a hablar. A través del visor vio por fin que él la miraba, en lugar de mirar las estrellas, y eso le pareció una buena señal, pero también desconcertante porque él estaba tan serio y concentrado. Esa inmersión mental era una labor anfibia, y su sapo la realizaba silencioso y con aire abstraído.

—Me gusta estar contigo —continuó él—. Me parece que las cosas son más interesantes cuando estoy contigo. —Siguió mirándola fijamente—. Me gusta silbar contigo. Disfruté del tiempo que pasamos juntos en el túnel.

—¿Disfrutaste?

—Claro, por supuesto. Ya sabes que sí.

—No —dijo ella—. No sé qué es lo que sé o no. Eso es parte de mi problema.

—Te quiero —dijo.

—Claro, por supuesto —dijo ella—. Y yo a ti.

—No, no —dijo—. Te quiero.

—¡Entiendo! —dijo—. Pero, dios mío, no estoy segura de saber lo que quieres

decir.

Él esbozó su sonrisa tímida. Tan pequeña, casi oculta detrás del visor, y, sin embargo, sólo asomaba cuando algo le hacía gracia de verdad. Nunca era un gesto amable. Cuando quería mostrarse así se limitaba a abrir los ojos como platos.

—Yo tampoco sé lo que quiero decir —admitió—. Pero lo digo de todos modos. Quería decírtelo, es esa clase de amor.

—Oh oh —dijo ella—. Mira, esto es una locura. La pierna se te congela y debes estar en estado de shock. El traje te ha administrado toda clase de sustancias.

—Probablemente sea cierto —admitió con expresión soñadora—, pero quizá sea por eso que me permito decir lo que siento de verdad. Con cierto apremio, por llamarlo de algún modo.

Wahram sonrió de nuevo, pero brevemente. La miraba como un... en fin, no supo definirlo. No como un halcón, ni con la mirada larga de un lobo, sino con una mirada curiosa, interrogante incluso. La pregunta de una rana: ¿qué clase de animal era Cisne? ¿Robot? ¿Limite? ¿Ladrona? ¿Robert?

No lo sabía. No había forma de decirlo. Su sapo la miró fijamente, los ojos como canicas de jaspero en la cabeza. Ella le miró a su vez: tan lento, tan él, autónomo, amante de los rituales... Si es que eso era cierto; trató de resumir todo lo que había visto en él en una sola frase, pero no funcionó. Tenía una mezcla de piezas, de pequeños incidentes y sentimientos, y también el tiempo que habían pasado juntos, que también era una mancha y un revoltijo. ¡Pero interesante! Eso era el quid de la cuestión, esa palabra que acababa de usar. Él la interesaba. Se sentía atraída por él como a un paisaje o una obra de arte. Actuaba con seguridad; Wahram había trazado una línea perfecta. Le enseñaba cosas nuevas, y también nuevos sentimientos. ¡Tranquila! ¡Presta atención! Él la sorprendía con esas cualidades.

—Hmm, bueno, yo también te quiero —dijo—. Hemos pasado muchas cosas juntos. Déjame pensarlo. No he pensado en ello en la forma en me das a entender.

—Que sugiero —sugirió.

—Vale, sí. Voy a pensar en lo que significa.

—Muy bien. —Y de nuevo esbozó su sonrisa.

Flotaban en el negro teñido de blanco. El brillo del diamante. Solía decirse que había cien mil estrellas visibles a simple vista cuando se está en el espacio. Parece un cálculo difícil y probablemente tan sólo era un recuento de ordenador, hasta el alcance de una magnitud considerada visible para el ojo humano. A ella le pareció que había muchas más de un centenar de miles.

Flotaban ingravidos, rebullían al tiempo que respiraban y parpadeaban. Cisne podía oír su respiración y los latidos de su corazón, y también la sangre que circula por sus oídos. La prisa animal que era su esencia en el espacio, a través del tiempo. Latido a latido. Y había vivido un siglo y un tercio, su corazón había latido alrededor de cinco mil millones de veces. Parecía mucho hasta que empezabas a contarlos. Contarlo implicaba un número finito, que era, por definición, demasiado corto. Era una sensación extraña.

Pero también contar la propia respiración era una ceremonia budista, acompañada por la adoración del sol en Mercurio. Cisne lo había hecho anteriormente. Ahí estaban, enfrentados al universo, viéndolo desde el interior de la fortaleza del traje de vacío y de los cuerpos. Atentos el cuerpo, contemplando las estrellas y la negrura infinita. Vio la constelación de Andrómeda y, en ella, la galaxia de Andrómeda, elíptica citología en lugar de un punto minúsculo y denso. Al pensar en lo que era, a veces Cisne podía distinguir la tercera dimensión aún más allá, en la negrura: no sólo percibir la profundidad de campo orada por las estrellas en las diferentes distancias, que uno podía fingir que se caracterizaban por su brillo, sino ver también Andrómeda en su conjunto galáctico, mucho más allá que cualquier otra cosa que pudiese ver: tachán, allí estaba, el espacio más profundo, la extensión del vacío ante la mirada. Fueron momentos increíbles, y a decir verdad no duraron mucho, no podían hacerlo. Era demasiado inmenso, el ojo y la mente humanos no estaban preparados para verlo. Sabía que sobre todo tenía que ser un salto de la imaginación, pero cuando esa idea encajaba con lo que veía en la realidad, en ese preciso instante, podía llegar a convertirse en algo completamente real.

Entonces volvió a suceder, y allí estaba ella: el universo en su totalidad. Trece mil setecientos millones años de expansión, y más por venir, de hecho, con la expansión acelerándose, florecería hacia afuera como una llamarada coronal del sol, disipando todo cuanto ardía en ella. Eso era lo que parecía estar sucediendo en ese momento, antes de sus ojos.

—Estoy alucinando —confesó—. Estoy viendo Andrómeda como una galaxia que perfora un agujero a través de la oscuridad, como si estuviera viendo una



nueva dimensión.

—¿Te apetece algo de Bach para acompañarlo? —preguntó Wahram.

Ella se pudo evitar reír.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy escuchando la suite para chelo de Bach —dijo—. Creo que encaja perfectamente con la escena. ¿Quieres sumarte?

—Por supuesto.

Una pieza para violoncelo solo, solemne pero ágil, enhebrando la oscuridad de la noche.

—¿De dónde la has sacado? ¿Va incluida en el traje?

—No, en la Inteligencia Artificial que llevo en la muñeca. No le llega a Pauline a la suela del zapato, pero al menos a esto llega.

—Ya veo. Así que llevas una Inteligencia Artificial débil.

—En efecto. —Un pasaje particularmente expresivo de la pieza de Bach llenó el silencio. El violoncelo era casi una tercera parte de la conversación.

—¿No tienes nada menos lúgubre? —preguntó Cisne.

—Supongo que sí, aunque a mí me parece muy viva.

Ella se echó a reír.

—¡Cómo no!

Él se limitó a tararear, pensándolo bien.

—Podemos cambiar a la música para piano de Debussy —dijo después de que el chelo ejecutase una frase especialmente profunda, el timbre animado negro como el espacio—. Creo que podría ser justo lo que necesitas.

El piano sustituyó al chelo, los claros sonidos como de campana fueron de un lado a otro como dardos, componiendo melodías que se desplazaron como gatos

sobre el agua. Cisne comprendió que Debussy tuvo una mente de pájaro, y silbó una frase repitió uno de las suyas, ajustándola a la siguiente. No resultó sencillo. Se detuvo.

—Muy bonito —dijo.

Le apretó la mano.

—Me gustaría poder silbarla contigo, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Me cuesta mucho recordarla. Siempre me sorprende cuando la escucho. Me refiero a que la reconozco cuando la interpretan, la habré escuchado diez mil veces, pero si yo no la escucho en voz alta, no podría silbarte las melodías de memoria, son demasiado... demasiado huidizas, supongo, o sutiles. Expectantes. Inesperadas. Y no parecen repetirse. Presta atención porque no deja de cambiar de tercio.

—Es preciosa —dijo, y silbó otro contrapunto de ruiseñor.

Al cabo de un buen rato, Wahram apagó la música. El silencio era inmenso. De nuevo oyó su propia respiración, los latidos de su propio corazón. Era el eco del golpeteo doble, algo más veloz de lo habitual, pero al menos ya no corría desenfrenado. Cálmate, pensó otra vez. Estás abandonada en el espacio, y con el tiempo te rescatarán. Entre tanto, aquí estás, y Wahram contigo, y Pauline. Ningún otro instante se diferencia fundamentalmente del presente. Concéntrate y mantén la calma.

Tal vez decir que alguien era de un modo u otro no era sino el empeño de sumar un recuerdo en un tablón donde los organizas, como mariposas en una colección de lepidópteros. No era la generalización que parecía, sino el esfuerzo por comprenderlo. ¿Se parecía Wahram a cualquier cosa que ella pudiera decir de él, si lo intentaba? Él era así, él era asá... No tenía ni idea. Uno tenía impresiones de otras personas, nada más que eso. Nunca se escuchaba lo que pensaban, tan sólo se escuchaba lo que decían; era una gota en un océano, el tacto a través del abismo. Una mano que sostiene la tuya mientras flotas en la negrura del espacio. No era gran cosa. No podían conocerse realmente bien. Por tanto decían: Él es así, o ella es asá, y a eso lo llamaban persona. Emitían un juicio, una conjetura. Se tendría que hablar con alguien durante años para proporcionar a esa conjetura cierta validez. Ni siquiera entonces había forma de conocer a alguien.

Cuando estoy contigo, dijo mentalmente a Wahram mientras flotaban juntos, a la espera, de la mano... Cuando estoy contigo me siento un poco inquieta; juzgada; inadecuada. No la clase de persona que te gusta, lo que me parece ofensivo, y por tanto me comporto más como esa parte de mí que nunca. Aunque también quiero causarte buena impresión. Pero ese deseo me parece irritante, y me esfuerzo por contradecirlo. ¿Por qué iba a importarme? A ti no te importa.

Y, sin embargo, te importa. Te quiero, dijiste. Cisne admitió que quería que él se sintiera así cuando estaban juntos. De esa forma. ¿Era eso el amor, el anhelo de un sentimiento que no estaba claro aún cuando lo sentías? ¿Se debía a eso que a veces la gente lo considerase una locura? Las palabras siguen siendo las mismas, incluso los sentimientos lo son, pero hay huecos entre las palabras y los sentimientos difíciles de rastrear. El deseo de saber, de ser conocido, de ser apreciado por lo que se es y no por lo que los demás piensan que deberías ser... Pero entonces, lo que eres... Le costaba creer que alguien que la amara no estuviese cometiendo un gran error. Porque ella se conocía mejor, por tanto sabía que ese amor era proclive a errores. Por lo tanto tienen que ser muy insensatos, a pesar de lo cual anhelaba precisamente ese amor. Alguien que la quisiera más de lo que ella se quería a sí misma. Alguien que la quisiera a pesar de sí misma, alguien que se portase mejor con ella. Así era Alex. Y cuando se vive algo así, cuando sientes eso, cuando te aman mucho más de lo que mereces, con esa especie de generosidad, eso pone en marcha otros sentimientos. Un resplandor. Un desbordamiento. Ponía algo en marcha que era recíproco. El reconocimiento mutuo. De nuevo la sala de los espejos. Pon un rayo de luz láser entre dos espejos, el haz va y viene, dos partes de algo más, no sólo a la bestia de dos espaldas (aunque también lo sea, lo cual es una gran cosa, un gran animal), sino algo más, una especie de... emparejamiento, como Plutón y Caronte, con el centro de gravedad entre ambos. No un único super organismo, sino dos que trabajan juntos en algo que los trasciende. Un dúo. Una armonía.

Silbó una de las otras piezas de Beethoven que Wahram había interpretado a menudo en el túnel. Aún tenía problemas para clasificar cuál era cuál, pero sabía que era la pieza de agradecimiento, el que seguía a la gran tormenta cuando todas las criaturas asoman de nuevo al sol. Una melodía sencilla, como las melodías populares. La escogió porque era una de las pocas a las que Wahram podría sumarse para interpretar mediante silbidos el contrapunto, introduciendo unas florituras que aseguró formaban parte del original. Wahram se sumó, no con la intensidad de otras ocasiones. Había en su dolor una costura de hilo de oro. No era un gran músico, ésa era la verdad. Pero tenía buena memoria para las piezas que amaba.

Ella despegó y trino a su alrededor, y él recuperó la melodía principal. Tal vez los dúos fueran eso.

—Quizá te quiero —dijo—. Tal vez sea eso lo que he estado sintiendo estos últimos años. Tal vez nunca supe lo que era.

—Tal vez —dijo él.

¿Se refería a que los tal vez no cuentan, o que ese tal vez era mejor que nada?

—El movimiento lento de la Séptima —dijo—, si no te importa. —Y entonó otra melodía del tiempo que habían pasado bajo Mercurio, una que ella siempre había disfrutado, llena de posibilidades. A veces la habían silbado durante horas, durante medio día o más. Majestuosa, solemne, elegíaca, parecida al propio Wahram, caminando a lo largo de los días. En marcha. Alguien en quien se puede confiar.

—Tal vez —repitió—. Podría ser.

Interpretaron la pieza como lo habían hecho con anterioridad, como cuando estaban en la estacada y todo dependía de cómo seguirían adelante. Como en ese instante, en ese preciso instante, flotando en el espacio a la espera del rescate, teniendo fe en que sucedería.

Fe justificada.

—Se nos acerca una nave —informó Pauline.

Destacó un punto blanco entre los demás, y en cuestión de segundos se convirtió en otra pequeña nave espacial que flotó ante ellos como un sueño extraño y mágico.

—Ah, estupendo —dijo Cisne.

También ellos eran ahora Peters. Tuvo que recordarlo. Sólo continuaban gracias a un rescate. A medida que se impulsaron hacia la nave de rescate, Cisne trató de grabar en la memoria todo lo que había significado aquel episodio: flotar, Andrómeda, la mirada de Wahram, el dúo. Podrían haber sido sus últimas horas. Pensó de nuevo en Alex. Nuestras historias se desarrollan un tiempo, algunos genes y algunas palabras persisten, luego nos vamos. Era algo que costaba tener presente. Y en cuanto la escotilla de la esclusa se hubo cerrado y ambos estuvieron de nuevo

en el interior, volvió a olvidarlo.

## KIRAN EN EL HIELO

Fue mientras a Kiran le seguían observado los ojos de la caja cuando se le ocurrió pensar que no debería estar viendo algo como eso, y una mirada fugaz al alto guardia de seguridad dejó bien claro que también al guardia se le había ocurrido lo mismo. Mientras el guardia se disponía a cerrar de nuevo la caja, Kiran pensó lo que eso significaba, y, antes de que el guardia terminara de teclear, Kiran se alejaba por donde había llegado. Tomó la primera calle disponible y echó a correr hacia el siguiente cruce, antes de girar de nuevo tras echar un vistazo atrás. Aún no se veía al guardia. Siguió adelante reduciendo el ritmo, repasando sus opciones. El tren que cubría la ruta entre Vinmara y Cleopatra estaría vigilado, y sólo había uno.

Gran parte de la población de la ciudad seguía fuera celebrando el final del eclipse y el fin de las lluvias. Sabía dónde se encontraba la puerta en relación con su posición actual. Una vez más atajó en línea recta en su dirección. Encontró las calles de la ciudad prácticamente vacías. Al frente estaba la puerta, pero no vio a nadie de su nueva cuadrilla, ni guardias de seguridad, aparte de los porteros ordinarios. Tendió a uno de ellos la identificación original, mientras se acercaba a la esclusa. Al entrar se aseguró de que el traje de vacío estuviese en buenas condiciones.

Ya en las nevadas laderas de Venus vio un tropel de gente que descendía por la colina con vistas a la bahía, y rehuyó sus miradas mientras pasaba junto a ellos en dirección oeste, rodeando la ciudad. Una vez superó las afueras se deslizó por la colina, fuera de la vista de Vinmara, para dar un buen rodeo en dirección sur, hacia el lejano océano.

Aún seguían cubriendo el CO<sub>2</sub> congelado ahí abajo, así que esperaba poder tomar una de las super pulidoras de hielo o uno de los aplicadores de roca falsa. Quería llegar a Colette, pero temía que hubiesen alertado a toda la red de transportes de su presencia. En ese momento empezó a comprender las implicaciones de ser un agente doble, un topo, o lo que fuera en lo que se había convertido: significaba que ninguno de los bandos se preocupaban por él, ni se molestarían en defenderlo si surgían problemas. Por otro lado, si podía volver a ver a Shukra, tenía la información que éste le había encargado. Así que ir a Colette era el camino más obvio.

Vinmara se encuentra justo al sur de Otonah Corona. Otonah era la diosa iroquesa del maíz, le informó el mapa del visor; sin duda era una deidad mucho más benigna que Lakshmi, quien, después de todo, era jefa de Kali. Todo lo que Kiran había oído contar acerca de Lakshmi le hacía estar bastante segura de que no podría sobrevivir a su decepción. Al pensarlo, lanzó un grito y sacó las gafas de traducción que ella le había dado del bolsillo del pecho. De mala gana, con un último beso en agradecimiento por todo lo que había hecho en favor de su vida amorosa, las tiró a la basura. Realmente era una lástima que no se le hubiese ocurrido hacerlo cuando estaba en la ciudad, pero de ninguna forma pensaba volver por eso.

Desde que había visto los imponentes vehículos de roca falsa en el horizonte de Vinmara, había dado por sentado que no podían estar muy lejos. Mientras caminaba por la nieve crujiente y resbaladiza, cuesta abajo hacia el mar de hielo seco, se dio cuenta de que la nueva ladera de la ciudad proporcionaría una vista más lejana de lo que había calculado. De hecho podría ser de muchos kilómetros.

Esta reflexión empezaba a angustiarse cuando alcanzó una pequeña cresta en el hielo y vio una super pulidora de hielo, no inmediatamente cerca, sino a un par de kilómetros de distancia, bamboleándose con lentitud de la forma habitual. Echó a correr y procuró mantener un ritmo propio para no llegar cansado. El vehículo se movía transversalmente, así que no habría problema. No era necesario arriesgarse.

Sin embargo, para cuando lo alcanzó estaba resoplando. Desafortunadamente, si había alguien dentro, no estaban mirando por las ventanas de la cabina, que se encontraban en la parte superior frontal de la cosa. No había nada que Kiran pudiese hacer excepto correr junto al vehículo y saltar al costado, donde había una escalerilla que casi besaba el suelo. Subió por la escalera, se encaramó al techo de la cosa, donde no sólo encontró pasamanos, sino muchos instrumentos a los que aferrarse. Por desgracia era demasiado expuesto descolgarse por la parte frontal y tratar de llegar al punto donde arrancaban las ventanillas, y además no había nada a lo que aferrarse. Parecía como si las ventanillas estuvieran fuera de su alcance, y se sintió frustrado.

Sin embargo, había una escotilla en el techo, y al reparar en su existencia empezó a golpearla con los puños, y después lo hizo con los tacones de las botas. Miró a su alrededor, con la esperanza de encontrar algo que le permitiera golpearla con mayor fuerza, cuando el gigante dio una sacudida al frenar, y poco después oyó voces debajo y se abrió la escotilla.

—¡Gracias! —gritó—. ¡Me había perdido!

Dos venusianos lo llevaron dentro, y le costó dar con una historia para ellos que justificara su presencia allí, en el océano de hielo. Tuvo que aludir al consumo de drogas y la desorientación geográfica, pero hizo lo que pudo, sintiéndose afortunado de que la incomodidad fuese la emoción apropiada para su coartada y los lamentables particulares. Por suerte ambos tuvieron que atender la explicación a través del traductor, que trasladó las palabras al chino, y se limitaron a asentir como si se hubiesen sometido a menudo a insensateces de esa clase, antes de volver a concentrarse en la pantalla. Le dijeron que se dirigían a un campamento de trabajo que estaba al mando de Ba Het Patera, y que lo alcanzarían al cabo de cuatro horas. Por si le interesaba saberlo, no había cerveza en la nevera.

El campamento de trabajo al que llegaron formaba parte de una serie, tal como Kiran comprobó en el mapa, que se extendían en dirección oeste a lo largo de la orilla septentrional del nuevo océano y proporcionaban refugio a las personas que sellaban las últimas tandas de CO<sub>2</sub>. Kiran mostró la tarjeta de identificación original a las personas del campamento, quienes se limitaron a mirarla brevemente antes de señalarle la cocina con un gesto. Comió con apetito mientras estudiaba minuciosamente el mapa en la pantalla de su mesa. Ya había reparado en la existencia de pequeñas motos de nieve en el aparcamiento, y el mapa parecía indicar que los campamentos que salpicaban la costa estaban lo bastante cerca unos de otros para que una moto de nieve pudiera cubrir la distancia sin necesidad de recargar combustible. Quizá eso formaba parte del plan.

Estupendo. Puesto que mantenían un horario regular a pesar de la noche perpetua, se limitó a esperar a que todos se hubieran ido a la cama, salió en busca de una de las motos de nieve, comprobó que tuviera el depósito lleno, la puso en marcha y se fue en dirección oeste.

Esas motos de nieve eran pequeñas y preciosas, más parecidas a coches que se desplazaban sobre esquíes que a los monstruosos ingenios utilizados para trabajar. Disfrutó a menudo conduciendo durante los primeros meses que pasó en Venus, pero al cabo se recostó para dar órdenes a la Inteligencia Artificial y contemplar del paisaje tenuemente iluminado por donde pasaba. La nieve se había compactado, y el vehículo se deslizó sin problemas. Conduciría toda la noche, por llamarla de algún modo, y llegaría al siguiente campamento cuando la gente se estuviera levantando. Tal vez se limitaría a aparcar la moto allí y subirse a otra con intención de reanudar su viaje, ¿por qué no? En el hielo nadie se preocupaba por estos vehículos, puesto que no tenían propietario. Además, no había ningún lugar a



donde ir con ellos.

O al menos eso se dijo mientras se quedaba dormido. Al despertar, ordenó a la Inteligencia Artificial estacionar en el aparcamiento más cercano, y todo salió como esperaba. De uno a otro, y vuelta a empezar; nadie se molestó siquiera en mirarle.

—Venus me encanta —dijo al piloto de la Inteligencia Artificial. Su viejo cinto de traducción pronunció en chino aquellas palabras, aunque probablemente la Inteligencia Artificial del vehículo también dominaba el inglés. El viejo cinto era un lamentable paso atrás comparado con las gafas, aunque poco importaba en esa situación.

Otros dos campamentos más, y otras dos motos de nieve más, y alcanzó un campamento que había visto en los mapas, uno que tenía una vía ferroviaria que lo llevaría a través de Rupes Ut y Vesta Ut y, finalmente, hasta Colette. Al llegar al campamento, vio un tren, y lo que allí hacía las veces de estación, un muelle de carga junto a un modesto edificio. Cuando se subió a la motonieve, observó que estaban cargando el vagón de carga bajo potentes luces. Al estar a la luz de las lámparas, no podían ver fuera del cono de luz, así que se les acercó con sigilo sin abandonar la oscuridad, y en el instante en que terminaron su trabajo arrojó una piedra al edificio, junto a las vías. Los operarios fueron a investigar el ruido, saltó al interior del vagón y se agazapó entre las cajas que había en el interior. No mucho tiempo después se vio encerrado dentro, sintió el tirón del vehículo al arrancar con suavidad y emprender la larga cuesta en dirección a Colette, muy por encima de él en Lakshmi Planum, un lugar cuyo nombre se le antojaba ominoso.

Se había quedado dormido, y despertó hambriento cuando las puertas del vagón se abrieron finalmente. Esperó el momento adecuado, saltó del vagón y se apartó de él. No había nadie en los alrededores. No estaba seguro, pero después de salir de la estación pudo confirmarlo: se hallaba bajo la cúpula de Colette. Habían pasado tres días desde que salió de Vinmara, y, aunque se sentía algo desazonado por el hambre, también estaba muy satisfecho.

Ahora tenía que encontrar a Shukra. Regresaría al pabellón, aunque había sido ahí donde lo había conocido el agente de Lakshmi... Al final paseó por las anchas calles de la ciudad, tratando de mostrarse inocente, y fue a las oficinas adonde, hacía tanto tiempo, Cisne lo había acompañado para presentarle a Shukra. Desde aquel primer encuentro, Shukra siempre había acudido a él, razón por la que Kiran no sabía a dónde ir. Había tenido mucho tiempo para pensar en ello, pero

todavía no estaba muy seguro de cuál era la mejor manera de afrontarlo. Cabía la posibilidad de que se estuviera arrojando de cabeza de la sartén al fuego, pero debido a que Shukra se había puesto en contacto con él, y le había dicho lo que debía buscar, podría decirse más bien que era como salir del fuego para volver a la sartén, aunque con suerte saldría del todo del fuego. De todos modos no veía cómo podía evitar el riesgo de recurrir a alguien, y Shukra era su mejor opción. Así que fue a la puerta exterior de la primera oficina, se acercó al mostrador de seguridad y anunció ante las tres personas presentes:

—He venido a ver a Shukra. Decidle que tengo lo que me pidió, por favor, y que quiero dárselo.

## CISNE Y KIRAN

Rescatados por lo que resultó ser una nave de la Interplanetaria, aseados y alimentados, durmieron durante doce horas seguidas y comieron de nuevo. Al poco tiempo se vieron de vuelta en la órbita de Venus, y luego en una embarcación auxiliar de desembarco. La nave cayó a plomo sobre la superficie del planeta aún en sombras, y frenó un poco la velocidad para tomar la pista de aterrizaje. Cuando salieron al espléndido atrio del espaciopuerto, Cisne vio que habían desembarcado fuera de Colette. Desde ahí se veía una de las nevadas colinas situadas al norte, oscuras todas bajo los remolinos de nubes negras. ¡Venus!

Lo sucedido en el espacio aún la torturaba, de modo que lo que había ante sus ojos era como un sueño. Tuvo que separarse de Wahram cuando se sometieron a las revisiones médicas, y durante la larga sesión de interrogatorios por los que tuvieron que pasar por motivos de seguridad. Las personas que hablaron con ella se mostraron molestas; obviamente era necesario pasar por eso, por transparente que se mostrara desde el principio. Más tarde podría reflexionar sobre lo que había sucedido y lo que sentía al respecto. No quería que se le escapara como todo lo demás.

Sus anfitriones le sirvieron todo un festín al estilo dim sum, con platillos pequeños y bocaditos de comida, nada que no le cupiera en la boca por sí solo, como si sólo fuera para probarlo, cada cosa con su salsa correspondiente, hasta que logró confundir el paladar por completo, y se sintió saciada después de cuatro bocados. Su estómago se rebeló; estuvo quejándose y gruñendo mientras tuvo lugar la conversación que arrancó tras la comida.

Había mucha gente tomando licor y mezclándolo con opiáceos. Cisne sorbió un refresco, observando con atención a la gente. Los venusianos se mostraban abatidos. Había un puñado de bromistas sentados a una mesa que se reían de las bandejas de alimentos, pero los demás estaban retraídos, muy apagados. La salvación del escudo solar era motivo de celebración, por supuesto, no había duda de que se trataba de una gran victoria. Pero sus sistemas defensivos habían fracasado, y el peligro que corría el escudo solar había sido revelado a ojos de todo el mundo. Esta vez habían logrado evitar el desastre, pero aún se cernía sobre ellos

como una espada, la amenaza de un destino terrible, visto a perpetuidad a través de una persiana veneciana, o como una cometa que sobrevuela en círculos atada a una cuerda.

En un rincón particularmente sombrío de la estancia había algunos absortos en lo que había sucedido con la seguridad del escudo solar. Estudiaban las gráficas de la mesa y hablaban entre ellos con apremio. Al parecer, la mayoría pensaba que la ausencia de una respuesta temprana se debía a un sabotaje interno. Wahram se desplazó por la sala en silla de ruedas para sumarse a la conversación, la pierna izquierda estirada y envuelta en gasa. Asintió mientras cambiaron impresiones con él. Una vez miró a Cisne como si hubiera escuchado algo que le pareciera interesante, pero enseguida volvió a sumergirse en la conversación. Cisne se enteraría más tarde de todo lo dicho, al menos confiaba en ello. Pero entonces pensó que quizá él se sentiría obligado a contarles que ella al final había confiado a Pauline que Alex había reunido un grupo, a pesar de la promesa que hizo de no poner al corriente a su Inteligencia Artificial. ¿Cómo, sino, justificarían lo sucedido? Después de todo, su desliz había salvado a Venus, lo cual no significaba que no sufriría las consecuencias. Que la tacharían de frívola, incompetente, tozuda e imprudente cabeza-dequibo. Esa imagen de ella se impondría con facilidad.

Se sentó mirando a los venusianos. Estaban desplomados en las sillas, deprimidos. Hizo algunas preguntas y ellos respondieron, aunque en ocasiones se mostraron herméticos. Al cabo, insistió en un punto que no parecían dispuestos a abordar.

—Supongo que mantendréis el escudo solar, puesto que sigue ahí.

Uno agitó la mano con impaciencia.

—Algunos dicen que no, que hay que cambiar.

—¿Qué quieres decir? ¿Eso no alteraría radicalmente el ciclo diurno-nocturno?

—Sí.

—Pero, ¿cómo vais a hacerlo?

—De la única forma que existe —respondió otro—. Con una intensa lluvia de meteoritos en la tangente.

—La tardía e intensa lluvia de meteoritos —señaló alguien sentado a la mesa de los bromistas.

—¿Eso no destruiría la superficie que tenéis? —preguntó Cisne—. Acabaría con la roca falsa, el CO<sub>2</sub>, la atmósfera... Todo lo que habéis logrado.

—No todo —dijo el primero—. Nos limitaríamos a bombardear el mismo punto. La situación se... desordenaría.

—¿Se desordenaría?

—Mira, a nosotros tampoco nos gusta la idea. Hemos intentado evitarlo por todos los medios. Todos sin excepción. —Abarcó con un gesto a los presentes en la sala—. Pero Lakshmi y su gente han estado argumentando que podría funcionar sin mucho trastorno. Tan sólo una breve trinchera en el océano profundo, y los restos al este de ella. También sufrirán otras zonas, especialmente alrededor de la línea ecuatorial, pero no tanto para matar las bacterias que hay ahí. Y no liberaría más que un dos por ciento del CO<sub>2</sub> enterrado.

—Pero ¿no necesitaréis unos cuantos siglos de intenso bombardeo de la superficie para lograr la rotación a la que aspiráis?

—La idea consistiría en girarlo hasta alcanzar el día de cien horas. Creemos que la mayoría de las formas de vida terrestres pueden tolerarlo. Así que sólo nos llevaría un siglo.

—¿Sólo un siglo?

—Lo que esta gente comenta es que la primera vez lo hicimos muy rápido —dijo una nueva voz, que pertenecía a un hombre mayor, de ojos vivos en un rostro de piel cuarteada; habló con el tono de quien se lamenta, incluso parecía algo enfadado—. ¡Se hizo de manera muy similar a Marte! ¡Escogimos la opción del escudo solar porque era rápida! Pero una vez que lo tienes, hay que mantenerlo. Dependes de él. Y ahora la gente vislumbra lo que podría suceder sin el escudo. Así que Lakshmi se saldrá con la suya. La votación decidirá iniciar el bombardeo enseguida.

—¿Te refieres al Grupo de Trabajo?

—Sí. Vamos a tener que vivir en refugios, retirarnos a ciudades flotantes, o incluso volver a casa un tiempo. Esperar a que las cosas se calmen de nuevo.

Wahram se había acercado en la silla de ruedas.

—Pero, ¿con qué os habéis propuesto bombardearla esta vez? —¿preguntó—. No iréis a despedazar una luna...

—No, no —dijo el veterano—. Eso formó parte de hacer las cosas demasiado rápido. Pero hay muchos troyanos de Neptuno que podríamos enviar abajo.

—¿Los de Tritón no los están utilizando?

—Pero es que los hay a miles. Y son todos presa del Cinturón de Kuiper. Con permiso de los tritones, los tomaremos del cinturón de Kuiper. Así que en lo que a Neptuno concierne no se pierde nada. Los tritones ya mostraron su conformidad con este principio.

—Bueno —dijo Cisne, desconcertada. No sabía qué decir. Observó sus rostros, irritados y sombríos—. ¿Es eso lo que quiere aquí la gente? ¿Lo sabes con seguridad?

Cruzaron miradas.

—Hay una red de consejos comunales, como los panchayat de la India. Y todo el mundo opina —dijo el primero—. Aquí sólo somos cuarenta millones. Así que el Grupo de Trabajo escuchará lo que tengamos que decir tanto nosotros como todos los demás. Pero, de hecho, la idea ya iba ganando terreno. Ahora, con esto, la gente verá la necesidad de hacerlo. Lakshmi ha ganado.

Más tarde, cuando Cisne estaba a solas de nuevo en su habitación del hospital, oyó un golpe en la puerta, y Shukra entró acompañado por el joven amigo de Cisne en la Tierra, Kiran. Cisne los saludó con una alegría que no intentó siquiera disimular al verlos allí. Shukra, con quien había trabajado hacía un millón de años; Kiran, su nuevo amigo. Ambos tenían la misma expresión seria en el rostro. Se sentaron juntos en la cama, y Cisne les sirvió sendos vasos de agua.

—Escucha lo que este joven va a contarte —pidió Shukra, inclinando la cabeza para señalar a Kiran.

—¿De qué se trata? —preguntó Cisne, que se olía algún problema.

Kiran levantó una mano para tranquilizarla.

—Cuando me acompañaste aquí me advertirte de la existencia de facciones. Eso resultó ser cierto, incluso podríamos llamarlo una especie de pequeña guerra civil subterránea.

—Lakshmi —dijo Shukra, como si eso lo explicara todo—. Kiran ha involucrado con ella.

—¿Eso es malo? —preguntó Cisne—. Me refiero a que fui yo quien le sugirió que fuese a verla.

Shukra puso los ojos en blanco al escuchar aquello.

—Cisne, estuviste aquí hace una eternidad. Tienes que saber que las cosas han cambiado desde entonces. Cuéntaselo —pidió a Kiran.

—Empecé a transportar cosas y mensajes para Lakshmi —dijo Kiran—, y cuando Shukra se enteró, me pidió echar un vistazo a lo que veía cuando trabajaba para ella.

—Kiran actuó de cebo —explicó Shukra con una sonrisa torcida—, y ella picó, a pesar de que probablemente sabía que era un cebo.

Kiran asintió, mirando a Cisne como si dijera: Ya ves en lo que me has metido.

—Hay una nueva ciudad costera en la que trabaja el equipo de Lakshmi. No hay duda de que el lugar le pertenece, y por alguna razón construyen demasiado bajo. La gente pensaba que su plan consistía en dejar que se inundara más adelante para cobrar el seguro o algo por el estilo. Una estafa. Pero están haciendo algo raro en esa ciudad. Creo que tal vez están fabricando androides o algo así. Robots con aspecto humano, si sabes a qué me refiero.

—Lo sé —afirmó Cisne—. Sigue.

—Allí hay una oficina que encontré cerrada, un edificio bastante grande. Vi que entregaban una caja llena de globos oculares. Creo que podrían estar ensamblando personas artificiales. Una especie de fábrica de Frankensteins.

—¿Lo viste o te lo contaron?

—Estaba con un guardia que abrió una caja llena de globos oculares. No le

hizo gracia que yo lo viera, así que tuve que acudir al maestro Shukra para pedir su ayuda.

Shukra asintió con la cabeza como para afirmar que el joven había hecho lo más inteligente.

—¿Y ese lugar pertenece a Lakshmi?

—Sí —dijo Shukra—. Sus cuadrillas de trabajo han construido toda la ciudad. Mira, no sé nada sobre esta operación de Vinmara, pero ella hace venir gente a Cleopatra que no podemos identificar. Yo mismo abrí una oficina en Cleopatra, que supuestamente se trata de una ciudad abierta, aunque en realidad sea ella quien manda allí. Estuve tratando de averiguar de dónde venían aquellos recién llegados. Pero cuando supe lo del ataque al escudo solar, lo primero que pensé fue lo conveniente que era para la amiga Lakshmi. A la gente le asustará la perspectiva de apoyar el plan para cambiar la rotación del planeta, y si lo hacemos, el nuevo agujero que abrirán en el ecuador reducirá proporcionalmente la altura de los océanos. ¿Lugares como Vinmara, construidos más abajo de la cuenta? Pues ya no lo estarán.

—Ajá —dijo cisne—. Vaya. Pero ¿qué pasa con los chinos?

—Los chinos odian la idea del segundo bombardeo, por lo que si de todos modos sucede, muy a pesar de su oposición, perderían influencia... una vez más, lo que conviene a Lakshmi. Y en verdad, ninguno de nosotros quiere que Beijing nos diga lo que tenemos que hacer. Otro argumento a favor de su posición.

—Así que ha estado construyendo humanoides. —Cisne se inclinó hacia adelante e hizo clic en la pantalla de la mesa—. A ver, enséñame dónde está Vinmara en el mapa. Vamos a avisar a la inspectora Genette para que venga, y también a Wahram. Les interesará mucho oír tu historia.

La inspectora Genette llegó a la habitación, seguida por Wahram, que se impulsaba en la silla de ruedas, con la pierna izquierda vendada. Prestaron atención a la historia de Kiran y luego se sentaron, dispuestos a reflexionar en las consecuencias.

—Creo que tenemos que decidir algunas cosas antes de actuar —dijo la inspectora Genette—. Después de lo que ha pasado, estoy segura de que debo ejecutar el plan que he estado trazando, y que aún no te he contado, Cisne. Por lo tanto, si estás de acuerdo en apagar de nuevo a Pauline, te pondré al corriente.



Cisne no estaba segura de querer pasar por eso otra vez, y la inspectora debía saber a esas alturas que Cisne había compartido con Pauline todo lo que se había dicho en la última reunión, así que para ella no tenía mucho sentido.

Pero en todo caso, se le anticiparon cuando Wahram dijo a Genette:

—Me temo que tal vez tendríamos que seguir adelante con el plan sin que Cisne sepa nada. Puede que desconecte a Pauline durante la conversación, pero luego, cuando vuelva a encenderla, podría contárselo todo, como hizo la última vez.

Cisne lanzó a Wahram una mirada envenenada y dijo a Genette:

—Fue Pauline quien nos informó del ataque cuando aún estábamos a tiempo de hacer algo al respecto. Y fue el qubo de Wang el que estableció el nuevo sistema de vigilancia capaz de detectar esa multitud de guijarros. Podéis darme las gracias más tarde. Pero lo que quiero decir es que cualquier cosa que planeen hacer estos venusianos con sus personas qubo y sus intrigas, está claro que hay otros qubos que están de nuestra parte. ¡Tenemos que colaborar con ellos!

La inspectora Genette se mostró de acuerdo.

—He tenido una larga conversación con Wang y su qubo, y es cierto lo que dices. Me temo que también existen facciones entre los qubos.

—¡Por eso los nuestros tienen que estar informados!

—Tal vez —admitió Genette—. Aunque no sabemos con certeza cuáles están de nuestro bando. Por tanto, en este caso, cuanto menos sepan mejor. Con la información que nos ha proporcionado Kiran, seguiré adelante con la operación de la Interplanetaria, tal como estaba previsto.

—¿Y en qué consiste? —preguntó Cisne.

En la carita de la inspectora, tan bella y curiosa como la de un langur, se esbozó una sonrisa radiante.

—Por favor, permíteme contártelo más adelante, cuando esté ya en marcha.

Cisne dirigió a Wahram otra mirada envenenada.

—¿Ves lo que has conseguido?

Wahram se encogió de hombros.

—El plan exige de un secreto absoluto para que funcione. Incluso yo ignoro los pormenores.

—También debería añadir que mi plan también necesita de la información que ha aportado tu amigo, aquí presente —se apresuró a añadir Genette—. Aún no he encajado todas las piezas. Permittedme que haga el siguiente movimiento de forma confidencial. Incluso Wahram, como él dice, y también todo el mundo aquí en Venus —añadió inclinándose hacia Shukra— ignora nuestro siguiente paso, y así tiene que ser para que surta efecto.

Cisne no supo si Genette estaba echando un capote a Wahram. Estaba demasiado furiosa para comprender los matices de la situación. Era incapaz de pensar. Genette conversaba con un colega que había entrado en la habitación. Finalmente, volviéndose hacia el resto de ellos, dijo:

—Si nos disculpáis...

—De ninguna manera —dijo Cisne. Y salió.

Wahram la alcanzó en el pasillo rodando en la silla de ruedas. Fue capaz de mantenerse a su altura, sin importar lo rápido que caminara.

—No te enfades conmigo, Cisne. Tuve que contárselo a la inspectora para que me viera con buenas ojos de cara a un asunto importante. Esta operación es delicada y había que sincerarse.

—De modo que todo está en marcha.

—Sí, y pronto estarás al corriente de los detalles. Pero de momento tendrás que confiar en nosotros.

—¿Nosotros?

—Voy a ayudar a la inspectora. No me llevará mucho tiempo. Mientras tanto, espero que vuelvas a Terminador y allí hables con los tuyos sobre la situación en Titán y sobre nosotros.

—¿Crees que aún estoy interesada en eso?

—Pues espero que sí. Es más importante que tus sentimientos heridos, si se me permite decirlo. Sobre todo porque no tendrían que estarlo. Creo que es positivo que tú y Pauline seáis una pareja indivisible, ¿no te parece? Es más preciso, lo describe mejor, podríamos decir. Eres algo nuevo, sobre todo para mí, debo añadir. —Extendió la mano para aferrar la suya, luego los detuvo a ambos tras frenar la silla de ruedas con la otra mano. Rebulló en la silla, y se aferró a su mano aunque ella tiró de él—. Vamos —dijo—, hablemos en serio. ¿Te quedaste abandonada conmigo o no? ¿Estuviste o no en ese túnel?

Así puso la pelota en su tejado, y, por supuesto, ella se acordaba.

—Sí, sí —dijo Cisne con tono quejumbroso, con la vista clavada en el suelo.

—Pues bien, henos aquí ahora, y hay una situación que requiere confidencialidad, y así en este contexto tienes que considerar que sólo una necesidad imperiosa me ha llevado a decir eso a Genette. Especialmente teniendo en cuenta mis sentimientos por ti, que son... —Se detuvo a golpearse el pecho con la mano muy profundos. Confusos pero profundos. Y eso es lo que importa. Hace que la vida sea interesante. De modo que he estado pensando que deberíamos casarnos en la guardería de Saturno de la que formo parte. Solucionaría muchos más problemas de lo que crearía, y de veras creo que es lo mejor que podemos hacer. Desde luego, desde mi punto de vista. Así que espero que te cases conmigo, y eso lo resume todo.

Cisne apartó la mano, que levantó como si fuera a pegarle.

—¡No te entiendo!

—Lo sé. A mí también me da problemas. Pero eso no es lo principal. Es sólo una parte. Haríamos de ello parte de nuestro proyecto.

—No sé... —Comenzó Cisne, que pronto se apagó: había tantas cosas que podían seguir a esa apertura, que no sabía por dónde empezar. ¡No sabía nada!—. De todos modos voy a tener que viajar a la Tierra —dijo, terca—. Tengo allí una reunión con el comité de mamíferos de la ONU; parece que vamos haciendo algunos progresos. También quiero hablar con Zasha.

—De acuerdo —dijo Wahram con tono tranquilizador—. Piensa en ello. Tengo que reunirme con Genette; realmente estamos metidos en algo que no

podemos dejar, y la información proporcionada por Kiran es la pieza clave, así que terminaremos con esto e iré a verte dondequiera que estés, tan pronto como me sea posible. —Y después de cogerse de manos a la altura del corazón, giró la silla y se alejó por el pasillo en busca de la inspectora.

## WAHRAM Y GENETTE

Wahram regresó junto a Genette, que partía en dirección a Vinmara y no tenía tiempo que perder, por lo que se limitó a decir:

—Vamos. —Corría tan rápido como un terrier. Wahram giró la silla dispuesto a seguirla, y Genette se volvió hacia él y le preguntó si todo iba bien con Cisne. Wahram respondió que sí, a pesar de no estar muy seguro de ello. Sin embargo, había llegado el momento de centrarse en el plan.

Mientras volaban a Vinmara, Genette habló con algunos de sus asociados, sirviéndose de su qubo de muñeca Passepartout a modo de radio. Wahram lo señaló con un gesto y arrugó el entrecejo.

—Hay qubos que trabajan para nosotros, como Cisne mencionó —dijo Genette al tiempo que sacudía la cabeza—. De hecho, es muy posible que el suyo sea uno de ellos. Pero no he podido comprobarlo todavía, y probablemente hiciste bien en mantenerla al margen. Cuesta saber cómo reaccionaría. Pero mientras tanto, hemos comprobado a Passepartout y el qubo de Wang, y ambos nos ayudan tal como les ordenamos. Eso creo —aseguró, mirando cruzada al qubo de muñeca.

—¿Crees que los qubos están comenzando a funcionar como su propia sociedad, en grupo, organizados, incluso con disensiones? —preguntó Wahram.

Genette levantó ambas manos.

—¿Y cómo íbamos a saberlo? Es posible que reciban instrucciones de distintas personas y, por tanto, actúen de manera independiente. Así que lo mejor será capturar al fabricante de estos qubos humanoides en Vinmara, a ver si así averiguamos algo más.

—¿Qué pasa con los venusianos? ¿Te permitirán hacer lo que te has propuesto?

—Shukra y su grupo nos apoyan. Están en pleno forcejeo en este momento, y hay mucho en juego. La gente de Lakshmi o bien fabrica a estos humanoides o bien

se beneficia de su existencia, no sé muy bien qué es exactamente, pero de todos modos el grupo de Shukra está dispuesto a ayudarnos. Creo que el Grupo de Trabajo está lo bastante dividido para que podamos hacer lo que debamos y abandonar el planeta antes de que puedan reaccionar.

A Wahram esto le sonaba terrible.

—¿Sumergirse en una guerra civil?

—No hay más remedio que seguir adelante —dijo Genette, con un rápido encogimiento de hombros.

Llegaron al espaciopuerto y caminaron apresuradamente por él hasta el túnel de embarque y un avión pequeño. Una vez subieron a bordo y estuvieron en pleno vuelo, Genette miró por la ventanilla y comentó: —Esto se parece mucho a China. Es más, cabe la posibilidad de que sigan obedeciendo órdenes de China, pero es difícil estar seguro. De todos modos, las decisiones están en manos de un grupo muy reducido. Y ahora están divididos sobre lo que quieren hacer con el escudo solar. Cómo lo considera cada uno se ha convertido en una especie de prueba de lealtad para ambos bandos. Pensaba que había más venusianos que habían llegado a aceptar la dependencia como uno de tantos peligros. Pero los que se oponen a ello tienden a mostrarse más vehementes en sus sentimientos. Para ellos es una especie de cuestión existencial. Y están dispuestos a adoptar comportamientos extremos para salirse con la suya.

—Entonces, ¿tú qué crees que hicieron?

—Creo que lo que pudo suceder es que uno de sus programadores decidió encargar a algunos qubos que contribuyeran al esfuerzo de deshacerse del escudo solar. Tal vez fue una orden abierta, algo así como «hallar una manera de hacer esto». Eso significa que algunos qubos ejecutan un algoritmo de resultados probables. Y quizá el algoritmo no estaba bien delimitado. Dispuesto a considerar cualquier cosa, por decirlo de algún modo. Muy similar a la vida real. Entonces, ¿y si ese qubo propuso entonces instalar qubos en cuerpos humanoides, para que pudieran efectuar ataques que los qubos-caja, inmóviles, no podían hacer por sí mismos, ataques que los humanos no podían o no querían hacer? Me refiero al sabotaje. O llámalos espectáculos educativos, es decir, desastres organizados. Si pudieran hacer que la mayoría de los venusianos creen que el escudo solar corre peligro de ser atacado, que todos ellos podrían acabar achicharrados, sin duda entonces el sentimiento público apoyaría otra era de bombardeo sobre Venus para

alterar la rotación.

—Asustar a la población civil para que tome una determinada opción política —concluyó Wahram.

—Sí. Lo que por sí solo podríamos definir como acto de terrorismo. Sin embargo, un qubo programado para buscar resultados podría no considerarlo tan evidente.

—Por tanto, ¿el ataque a Terminador fue una especie de demostración?

—Exacto. Y te aseguro que también tuvo ese efecto aquí en Venus.

—Pero este nuevo ataque contra el escudo solar podría haber sido mucho más que un susto —sugirió Wahram—. De haber tenido éxito, habría matado a un montón de gente.

—Ni siquiera eso podría hacer que las Inteligencias Artificiales lo considerasen negativo. Depende del algoritmo, lo que equivale a decir que depende del programador. Hay un montón de gente en la Tierra disponible para reemplazar a cualquiera que fallezca aquí. Sólo China podría repoblar fácilmente el planeta. Podrían asesinar a toda la población de Venus, que esto se llenaría de chinos y China ni siquiera notaría su ausencia. ¿Quién sabe lo que estarán tramando? Esos programadores podrían haber dirigido a sus qubos en nuevas direcciones, incluso proporcionado nuevos algoritmos, pero fuera lo que fuese que hicieron, no los han convertido en seres pensantes, en seres humanos, ni siquiera si han logrado que pasen un test de Turing.

—Así que definitivamente existen estos qubonoides.

—Ah, sí. Cisne ha conocido a algunos, y yo también. La criatura de Ío era uno de ellos. Y me ha parecido muy interesante averiguar que un gran número de ellos proviene de Marte, que se hacen pasar por humanos y que participan en las tareas de gobierno. Ahora, a la luz que arrojan estas revelaciones, los problemas de Marte con el Mondragon y con Saturno me parecen muy sospechosos.

—Ah —dijo Wahram, pensativo—. Entonces, ¿qué pasos estáis llevando a cabo?

—Vamos a detenerlos a todos a la vez —respondió Genette, comprobando rápidamente la lectura de Passepartout—. Acabo de enviar la orden codificada para

iniciar la operación. Ha llegado el momento. Medianoche, hora de Greenwich, once de octubre de dos mil trescientos doce. Ha llegado la hora de atacar.

Desembarcaron a las afueras de Vinmara, y después Wahram agradeció el hecho de ir en silla de ruedas, ya que Genette fue de una reunión breve a otra a una velocidad increíble, tanto fue así que incluso Wahram, sobre ruedas, apenas pudo mantenerse a su altura.

Kiran llegó unos minutos más tarde en otro vuelo, y se reunió con ellos para mostrarles en qué edificios había visto los globos oculares. Poco después llegó un grupo armado, y no hubo tiempo que perder en torno al edificio. Tras un breve retraso, franquearon el acceso principal y corrieron armas en mano, ataviados con el traje de vacío. Una densa nube de gas gris se extendió en el interior desde el momento en que derribaron la entrada con explosivos.

En menos de cinco minutos, el edificio estaba asegurado. Inmediatamente, Genette fue a consultar con el equipo de asalto, y luego con Shukra, que se presentó con otro contingente de partidarios armados, allí presentes para asegurar la zona en caso de que hubiese resistencia local ante la rápida extracción de los contenidos del lugar.

Genette conversaba continuamente con la gente, tanto en persona como a través de dispositivos móviles, tan ajetreada como volcada en la labor de coordinación. Estaba acostumbrada a estas cosas. Hecha incluso a la idea de verse envuelta en una lucha entre las facciones de Venus, lo cual Wahram pensaba que debía de ser extremadamente peligroso.

Cuando Genette se tomó unos instantes para descansar, con la situación bajo control, se sentó en el borde de una mesa, tomándose un café y consultando el qubo de muñeca.

—¿Entonces el ataque de las piedras es responsabilidad de una facción de Venus, empeñada en influir en su población? —preguntó Wahram, curioso—. ¿Para ganar la mano en su brega con otra facción?

—Correcto.

—Pero... Si el ataque contra el escudo solar hubiese tenido éxito, ¿los terroristas no se habrían matado también a sí mismos?

—Creo que habrían tenido tiempo para efectuar la evacuación. A estas



alturas los autores podrían haber abandonado el planeta. Además, si los qubos tomaron la decisión, es posible que no les preocupara lo más mínimo. Quienesquiera que fuesen los programadores originales, tal vez en ese momento no tenían el control de las decisiones que se tomaron. Los propios qubos pudieron pensar que... bueno, es una pérdida, pero allí de donde venimos hay más de los nuestros. Así que obtendrían lo que buscaban tanto si el ataque funcionaba como si no.

—¿Y el terrario sabotado del cinturón de asteroides? —preguntó Wahram tras pensar unos instantes—. ¿El *Yggdrasil*?

—A saber. Tal vez tuvo por objeto hacer que la gente se sintiera vulnerable. Quizá sólo estaban probando su método. Pero coincido en que es muy raro. Es una de las razones por las que quiero ver a estos qubonoides y a cualquiera que haya sido detenido aquí.

Un grupo de personas salió por la puerta principal del complejo, y Genette se fue derecha hacia ellos. La mayoría eran menudos; por lo visto el ataque al edificio había tenido un fuerte componente de caballo de Troya, con un montón de menudos deslizándose a través de los conductos de ventilación, lanzando botes de humo para iniciar el ataque.

—Muy bien, vamos —dijo Genette cuando regresó junto a Wahram—, salgamos de aquí. Tenemos que sacar a estas cosas fuera del planeta tan rápido como nos sea posible.

Una fila compuesta por dos docenas de personas, en su mayor parte de tamaño normal, incluidos un menudo y un hombre alto, franquearon la puerta, prácticamente inmovilizados por chalecos de seguridad. Genette los detuvo al pasar uno a uno, haciendo preguntas muy cortésmente, entreteniéndose únicamente unos segundos con cada uno de los detenidos. Wahram también los inspeccionó al pasar, observó su forma de moverse, que quizá le pareció más grácil de la cuenta, además de reparar en la inexpresividad de los ojos vidriosos, o la mirada atenta de algunos de ellos. Pero no habría apostado por su propia capacidad para determinar cuáles eran humanos y cuáles fabricados. Como mínimo resultaba desconcertante. Una pequeña gota de miedo parecía haberse deslizado por la garganta hasta su estómago, donde se estaba extendiendo.

Genette retuvo a la última persona de la fila.

—¡Ajá!

—¿Quién es?” Preguntó Wahram.

—Creo que se trata del jugador de petanca de Cisne. —Genette levantó a Passepartout y fotografió a la persona, y luego asintió al emparejar las fotos en pequeña pantalla del qubo de muñeca—. Y, por lo visto —añadió, deslizando una varita a la altura de la cabeza del joven—, un ser humano después de todo.

El joven los miró fijamente en silencio.

—Tal vez éste sea nuestro programador, ¿eh? —se preguntó Genette—. Habrá tiempo de investigarlo de camino. Quiero abandonar Venus tan pronto como nos sea posible hacerlo.

Esto supuso cruzar de nuevo con rapidez la ciudad, y un tenso paso a través de las esclusas hasta el improvisado helipuerto. Más de una vez, los funcionarios, que deberían haber tenido motivos para dudar de un grupo tan numeroso, los dejaron pasar sin trabas, manteniendo a veces nerviosas conversaciones a través del micrófono de los auriculares.

Una vez alzaron el vuelo, Genette dedicó a Wahram el gesto de un mimo que se limpia la frente sudorosa. Su helicóptero voló rumbo a Colette, y en el espaciopuerto aterrizó en una pista que lo llevó hasta el interior de un transbordador espacial, que despegó hasta establecer una órbita baja, donde a su vez abordaría un crucero en órbita de la Interplanetaria.

Era el *Justicia Rápida*, y cuando todo el mundo estuvo sano y salvo a bordo, puso rumbo a Plutón.

En las semanas que duró el viaje de vuelta, interrogaron al jugador de petanca en más de una ocasión, pero nunca dijo una palabra. Era definitivamente humano. Se trataba de un joven de treinta y cinco años de edad. Pudieron seguir sus pasos desde que Cisne lo había conocido en *Chateau Jardín* hasta una de las fábricas independientes, una que no quería dar su nombre a extraños. La Interplanetaria la había nombrado en su lista, con accidental presciencia, U-238.

Durante el vuelo a Plutón y Caronte, el qubo de Wang pudo averiguar un poco más acerca de la breve vida del jugador de petanca. Era una historia triste, aunque no fuera poco común: terrario pequeño dirigido por una secta, en este caso fieles de Ahura-Mazda; estricta división de sexos; patriarcal, polígamos,

obsesionado con los castigos físicos por transgresiones demoníacas. En ese pequeño mundo aparece un niño inestable. Informes de agresión sin remordimiento. Metido allí desde los cuatro años hasta que desertó con 24. Aprendió a programar en Vesta, nadie lo conocía. Estuvo volcado durante un tiempo en el diseño de qubos en la Academia de Ceres, aunque acabó abandonando el centro; distanciado de la cultura escolar. Finalmente lo expulsaron de Ceres por transgredir demasiadas veces los códigos de seguridad; después regresó a su piedra natal, donde, hasta donde se sabía, había vivido una temporada. Claro que, de hecho, nadie lo había estado observando. No estaba claro cómo había llegado a tomar parte en las obras de Venus, esa temporada quedaba oculta en la niebla que envolvía al Grupo de Trabajo de Venus: en este caso concreto, Lakshmi y su empeño anti escudo solar, un grupo que había ocultado todas sus acciones de forma muy eficaz. También Vinmara y el laboratorio que había fabricado humanoides, como los que habían ido a Marte y se habían infiltrado en órganos de gobierno. Y los que se habían mudado a la Tierra y el cinturón de asteroides, construido y operado el aparato que había proyectado al espacio los guijarros. De modo que había sido ese joven el responsable de inventar las turbas de guijarros, o diseñado a los qubos que luego habían ideado ese arma. Luego él, o sus creaciones, habrían ejecutado los ataques.

—*¿Yggdrasil?* —preguntó una vez Genette al jugador de bolos.

Los monitores de diagnóstico conectados al cuerpo y el cerebro del jóvenes mostraron un salto pronunciado.

Genette cabeceó en sentido afirmativo.

—No fue más que prueba, ¿eh? ¿Una prueba de concepto?

Una vez más los monitores dieron fe de la alteración de su metabolismo. La idea de que estos saltos constituían un detector de mentiras fiable se había abandonado hacía mucho tiempo, pero los saltos fisiológicos seguían siendo muy sugerentes.

El joven permaneció en silencio, así que no había manera de asegurarse de que ninguna de estas cosas hubiese sucedido. Sin embargo, estaba claro que existía una relación con el *Yggdrasil*.

Para Genette, eso era lo único que importaba.

—Creo que los ataques a Terminador y Venus se debieron a causas políticas —dijo a Wahram, con el joven presente en la estancia, contemplando

silencioso la pared, mientras las líneas del monitor se desplazaban alteradas, hablando por él con una especie de grito mudo—. Tengo la sospecha de que los ataques fueron aprobados por Lakshmi. Pero sabotear el *Yggdrasil* fue lo primero que sucedió, y probablemente se deba a este sujeto. Una demostración dirigida a Lakshmi, tal vez. Una prueba de concepto. Y así murieron tres mil personas.

Genette se volvió para mirar el rostro tenso del joven, y seguidamente dijo a Wahram:

—Vamos, salgamos. Aquí ya no hay nada que hacer.

En las tres semanas que tardaron en llegar a Plutón y Caronte, la pierna lesionada de Wahram empeoró, y tras una consulta con los miembros del equipo médico de a bordo hubo que amputarla justo debajo de la rodilla, e iniciar el trabajo con células madre pluripotentes que provocaría el crecimiento de una nueva pierna izquierda. Wahram soportó esto prestando la mínima atención posible, procurando calmar el temor que crecía en su interior y recordarse a sí mismo que con ciento once años, todo su cuerpo era un ingenio médico, y que el crecimiento de miembros amputados era una de las intervenciones corporales más sencillas y antigua. Sin embargo, resultaba espeluznante a simple vista, por no mencionar el picor fantasma, la sensación de ausencia, así que se mantenía distraído comentando a menudo con Genette el plan que el equipo de la inspectora estaba ejecutando. Pero no importa lo mucho que se distrajera, porque nunca se acostumbró a la sensación de la nueva pierna que le crecía por debajo de la rodilla.

Naves espaciales de todo el sistema solar fueron convergiendo para sumarse a ellos en Caronte, ya que éste era el lugar donde el grupo Alejandrino y los agentes de la Interplanetaria que colaboraban con ellos reunían a todos los humanoides qubo que habían sido detenidos, quienes, que ellos supieran, eran todos lo que se habían fabricado. Los habían apresado a todos el mismo día que había cerrado la instalación en Vinmara, la mayoría a la misma hora. Casi la mitad de ellos estaban en Marte. Toda la operación había sido planeada y coordinada de forma verbal, y en el momento preciso de la ejecución del plan comunicado el día anterior, Genette envió un mensaje por radio, que consistía en una interpretación de la pieza clásica de jazz *Now's the Time*. En todos los detalles el plan se había ejecutado sin problemas significativos, a pesar de que más de dos mil agentes habían participado en la operación y se había capturado a cuatrocientos diez humanoides. Ninguno de ellos dio muestras de haber previsto la posibilidad de que pudieran correr peligro de ser arrestados.

El plan de Genette consistía en exiliar a todos estos humanoides, junto con el jugador de petanca y una treintena de personas involucradas en los ataques qubo. Se había llegado al acuerdo de utilizar una de las naves en construcción de Nix, la luna de Plutón. De hecho, esta nave no era más que un terrario especializado, un sistema de soporte de vida biológica casi completamente cerrado, excepcionalmente bien suministrado y con motores extremadamente potentes. Serviría ahora como una especie de pontón, similar a los que orbitan el cinturón de asteroides, pero expulsado del sistema solar. El terrario del interior de la nave quedaría sellado, la Inteligencia Artificial se colocaría fuera del cilindro sellado, y así la pondrían rumbo. Cuatrocientos humanoides qubo, el jugador de petanca y el grupo de personas que habían sido declaradas culpables de complicidad en todos los ataques. No era un grupo numeroso, ya que el jugador de petanca parecía haber concebido y diseñado el ataque de forma que necesitase recurrir a pocos aliados humanos para que surtiera efecto. Resumiendo: el exilio, del sistema solar y del resto de la humanidad.

—Sin duda, Lakshmi tendría que acompañarlos —protestó Wahram ante Genette.

—Estoy de acuerdo, pero no he podido atraparla. Los venusianos tendrán que encargarse de ella, o quizá podamos procesarla en Ceres y ver en qué acaba la cosa.

—Respecto a la nave del exilio —preguntó Wahram—. ¿Qué pasa si los qubos logran hacerse con el control? Invierten el rumbo y regresan, con sed de venganza y más inteligentes que nunca.

—Hablamos de velocidades demasiado grandes —explicó Genette con desenvoltura—. El combustible a bordo se quemará rápidamente para alcanzar una velocidad tremenda. Para cuando solucionen el problema de la recarga de combustible, necesitarán siglos para regresar. En ese tiempo, la civilización ha trazado un plan para lidiar con ellos.

—¿En qué crees tú que consistirá?

—No tengo ni idea. Vamos a tener que tratar con los qubos, no hay manera de evitarlo. Tenemos cogido al toro por los cuernos. Mi sensación es que si los qubos se mantienen fuera de los cuerpos humanoides, y fuera de las manos de programadores enojados, sólo formarán parte del conjunto, como lo hace Passepartout ahora.

—¿O la Pauline de Cisne?

—Tal vez introducir un qubo en tu cabeza no sea buena idea —admitió Genette—. Me pregunto si Cisne estaría de acuerdo en pasarse el qubo a la muñeca, como el mío.

Wahram lo dudaba, aunque no estaba seguro de por qué. Con Cisne no había forma de saberlo, sin importar de qué tratara.

Luego le inundó una nueva inquietud.

—¿No hablamos de un caso claro de castigo cruel e inusual?

—Es inusual —admitió Genette con una sonrisa—. Incluso único. Pero su crueldad es relativa.

—¿Exiliado con qubos? ¿No es una extraña clase de confinamiento en solitario, algo concebido en una pesadilla?

—El exilio no es cruel. Créeme porque sé de qué hablo. La mente es un lugar por derecho propio. En teoría, podrían crear un espléndido terrario allí, luego colonizar una Tierra vacía en algún lugar distante, e iniciar una nueva era para la humanidad. No hay nada que se lo impida. Así que no es más que el exilio. Yo misma soy una exiliada, y se trata de una forma reconocida de castigo severo, sin ser letal. Hablamos de alguien que ha matado a tres mil personas sólo para probar un arma. Que ha programado ordenadores cuánticos que ahora son incapaces de determinar si lo que hacen es bueno o malo. Se les ha atribuido intencionalidad sin límites adecuados, constituyen un peligro evidente, y en este momento no tenemos una buena defensa contra ellos. Así que creo que enviarlos lejos supone una declaración acerca de cómo tratamos a los qubos. No nos limitamos a apagarlos y separarlos, tal como algunos nos están pidiendo, sino que enviaremos a los peligrosos al exilio, al igual que hacemos con los seres humanos. Eso tiene que constituir un buen mensaje para los qubos que se quedan atrás. Los mantendremos en cajas para que podamos tenerlos bajo control, al menos espero que lo hagamos. Eso podría funcionar. O no. Pero lo que sí espero es que podamos impedir que se fabrique ningún qubo, de ningún tipo, al menos por un tiempo, y darnos un respiro para mirar más de cerca lo que podrían suponer los qubos inteligentes, los qubos intencionales o los que están integrados en organismos. Así que, en lo que a mí concierne, hemos administrado justicia, y eso nos ha dado un respiro. Por tanto, me alegro de que haya habido un acuerdo entre la de Plutón, el Mondragon y todas las

demás partes interesadas, incluido Shukra. Y es de esperar que Cisne también, cuando se entere, y también todos los demás.

—Quizá —dijo Wahram.

Seguía sin sentirse cómodo con la solución de Genette. Pero todas las alternativas que se le ocurrían eran demasiado duras (condena a muerte para todos ellos) o demasiado indulgente (reintegración en la sociedad). El exilio, la primera nave espacial convertida en prisión... Bueno, después de todo había terrarios prisión en el cinturón de asteroides, cerrados al exterior y con condiciones en el interior que iban desde la utopía al infierno. Así el grupo del jugador de petanca y sus creaciones podrían hacer lo que quisieran. Supuestamente. Aún le parecía una versión del infierno. Cuando todo estaba dicho y hecho, la menuda inspectora Jean Genette podía mostrarse tan inhumana como el jugador de petanca. Optimista, alegre, impenetrable. Miraba fijamente a Wahram con una mirada que era el mismo para todos: la de una santa, una criminal, una extraña, una hermana. Todos le dirigían la misma mirada de pájaro, evaluándolo sin tapujos, interesados y dispuestos a dejarse convencer.

Wahram seguía inquieto, y consultó los archivos de todos los seres humanos y humanoides que habían apresado, lo que a esas alturas alcanzaba miles de páginas. Una vez hubo terminado, volvió a Genette más molesto que nunca.

—Hay algo que has pasado por alto —dijo, brusco—. Lee las entrevistas y verás que hay alguien en ese laboratorio en Vinmara que estaba soltando a algunos de esos qubonoides, a los que enviaba a visitar a otras personas del sistema que ayudaban a esconderlos. Los que conoció Cisne en el *Mongolia Interior*, y al menos otros cuatro más, cuentan todas historias similares. Quienquiera que sea el responsable les dijo que eran defectuosos y que tenían que darse a la fuga si querían evitar la destrucción. Los qubos no supieron qué hacer al respecto, y algunos de ellos actuaron de manera extraña una vez liberados. Tal vez fueran defectuosos, no tengo ningún motivo para pensar lo contrario. De todos modos, ¿esa persona del laboratorio los estaba alejando de Lakshmi! Entonces, ¿merece también el exilio? ¿Y los qubonoides defectuosos que se escaparon también merecen el exilio?

Tras escuchar esto Genette arrugó el entrecejo y prometió examinarlo con detenimiento.

La reacción de Genette no resultó satisfactoria para Wahram. Había colaborado desde un primer momento con ella y Alex en el problema de los qubos

extraños, y ahora sentía que lo estaban haciendo a un lado. Hizo rodar la silla de ruedas hacia una reunión de los investigadores de la Interplanetaria y otros miembros del grupo enfrascados en comentar la situación, donde abogó de nuevo por los inocentes que se habían visto atrapados con el resto de los cautivos. Al final, a pesar de que no hubo unanimidad, se llegó al acuerdo de que todos los qubonoides afrontarían el exilio, mientras que el ayudante de laboratorio que había estado apartando a las unidades defectuosas no lo haría. Resultó que el ayudante de laboratorio no sólo los había liberado, sino que también los había borró de los registros del laboratorio, valiéndose de ingeniosas triquiñuelas, tal como Genette informó a Wahram, como si fuera su astucia lo que al final le había valido el indulto. Wahram, que seguía profundamente insatisfecho, aparcó el asunto. El ayudante de laboratorio de Venus, un joven apenas mayor que el jugador de petanca, era libre de marcharse. Y los pobres qubos defectuosos tal vez estarían más a gusto entre los demás miembros de su propia especie.

Así que cuando llegó el momento, Wahram sentó en la galería del crucero de la Interplanetaria, dispuesto a observar junto al resto de los presentes cómo se encendía el motor de materia antimateria, y el *Primer Trimestre de Nix* inició su viaje a las estrellas. Parecía cualquier otro terrario en pleno vuelo, quizá algo mayor. El hielo constituía un porcentaje importante de su masa, y el exterior parecía una estatua de hielo de algo parecido a un gran delfín blanco que volaba en la estela de un rayo.

—¿Qué pasa con la gente que lo construyó? —preguntó Wahram—. ¿Ésa no era su nave?

—Tenemos que reemplazarla. Se han propuesto enviar cuatro formando una especie de flota, por lo que vamos a hacer otra para sacarlos de Hidra. También podemos sacar algunos de Caronte si lo necesitamos. Así que conservarán sus cuatro naves.

Wahram aún se sentía turbado.

—Todavía no sé qué pensar al respecto.

Eso a Genette no parecía preocuparle.

—Me temo que es lo mejor que podemos hacer. Ha costado mucho manejar el asunto sin recurrir a la conexión y hacerlo en la más absoluta confidencialidad. Si te interesa mi opinión se trata de una operación muy ingeniosa. Sorprende ver lo que



se puede hacer con papel y relojes sincronizados. Todas las persona involucradas tuvieron que actuar con la mayor discreción y confiar plenamente en las personas que conocían en sus redes, y ninguno de ellos disfrutó del menor margen de error a la hora de cumplir con su cometido. Si lo piensas bien supone un auténtico logro.

—De acuerdo —dijo Wahram—, pero ¿basta con eso?

—No. El problema persiste. Esto sólo nos da un poco de espacio para respirar.

—Y ¿estás segura de que los habéis detenido a todos?

—En absoluto. Pero parece que la instalación de Venus era la única que los fabricaba, o eso parece creer el qubo de Wang. Tenemos suficientes registros de su consumo de energía y la entrada de materiales para obtener un cálculo máximo de cuántos pudieron fabricar, y casi alcanzamos la misma cantidad. Posiblemente aún corran uno o dos por ahí, pero creemos que son muy pocos para perjudicarnos. Cabe la posibilidad de que haya más unidades defectuosas liberadas por ese joven ayudante de laboratorio. De todos modos vamos a tratar de capturarlos si están ahí fuera.

Lo que significaba, pensó Wahram, que en este momento, en alguna parte del sistema, podía haber máquinas con forma humana, ocultas entre la multitud, esforzándose al máximo para seguir en libertad, tal vez, cuando un equipo de rayos X u otro dispositivo de vigilancia revelarían lo que eran. Escondidas por ahí, tratando de lograr las metas que se habían propuesto, o las nuevas que pudieran elegir por sí mismas, de acuerdo con algún algoritmo de supervivencia inventado por sí mismas. Dañadas, peligrosas, distanciadas de toda conciencia, solitarias e invadidas por el miedo. En otras palabras, igual que todo hijo de vecino.

### *Paseo cuántico (3)*

las ranas cantan en la orilla del pantano el calendario de fecundidad hace referencia a la frecuencia y el momento de la vida en que se procrea y cuántos hijos morfogénesis es el proceso por el cual un organismo se crea a sí mismo curvas de crecimiento con tiempo de demora resulta en patrones oscilantes los depredadores siempre un cuarto ciclo por detrás de la presa

estos nuevos seres humanos os llevan a la destrucción grandes armas en vuestra cara os ordenan caminar entre ellos lejos de vuestros cuidadores en la orilla de Jersey los rascacielos de Manhattan coronan el horizonte hacia el este a la huida a la caza

aparta el arma y huye los humanos son ridículamente lentos adéntrate en las sombras cenicientas agáchate y gira pasa por un prado verde con riachuelo y musgo ¿siempre eran verdes las alfombras persas?

casi topas de frente con otra persona parece humana

Necesito ayuda acaban de atacarme y creo que me persiguen

el humano te mira fijamente iris de puro azul con manchas de azul marino entonces ven conmigo

por un camino el humano se detiene, señala un ciervo de cola blanca congelado e inmóvil las orejas los señalan un temperamento febril han vuelto dice el ser humano

¿Quieres jugar al ajedrez? Preguntas

El humano se para Claro ven conmigo

A una pequeña choza hay otro ser humano dentro hablan en la cocina salen a la calle al atardecer el rojo en la colina me arrebató la voluntad agujas en la conífera

la hoja caduca se recorta contra la luz del atardecer y no hay un espacio de luz sin sombra excepcionalmente clara y articulada a la vista hay un zorro en el borde de un claro fluye a través de las malas hierbas rojizo y blanco la lluvia propágulos cae a ambos lados de la Tierra al espacio luego de vuelta simbiogénesis levanta ambos azul del cielo ligeramente velado por transparencias blancas

Cisne es de Zasha desde el interior de la casa tengo algo aquí un jugador de ajedrez parece un poco confundido

pájaros negros vuelvan de vuelta a la ciudad la tierra en un árbol en el horizonte puntos negros y perezosos se posarán al finalizar el día

cantos de aves hablan entre sí tal vez cincuenta aves de varios tipos que crean una esfera de sonido son todas juntas las que hacen que sea música el bajo es el rumor de los motores de los vehículos motores un reactor tan grande que parece cercano su sonido es muy lejano en el cielo un coro de aves al atardecer se superponen se solapan civilización al aire libre sabiduría aviar conservada en partes arcaicas del cerebro aparentemente no programable un salto de la imaginación

cerca de la medianoche llega un tercer humano alto elegante Hola Zasha, qué tal

las presentaciones celebran la existencia del otro Namasté Saludo el espíritu que hay en ti

Soy Cisne háblame de ti

resume los acontecimientos desde que cobras conciencia abres la puerta de un empujón para salir a la calle dejas Venus atrás transportado por humanos a un sistema privado aterrizas en la Tierra todo comenzó como parte de un intento de acabar con el eclipse de Venus no inmediatamente, sino como un proyecto que se llevaría a cabo con seguridad la esperanza es una cosa con plumas que se posa en el alma ignorante de los detalles del plan los ayudantes de hecho estaban en contra del proyecto ayudantes arrestados detenidos o secuestrados forzados a marcharse se menciona la retirada forzosa escapar

Cisne mira Zasha esos cabrones los tratan como a qubos

¿Y?, pregunta Zasha ¿Cómo los llamas tú entonces? ¿Qubonoides? ¿Qubanos?

Qubanos está bien Digo que son como Pauline recuerda que fue un qubo quien dirigió al *A-Tay-Ha* derecho a la turba de guijarros se sacrificó por nosotros cumplió con su deber quiero decir que la inspectora me cae tan bien como al que más lo que supone decir mucho a pesar de todo pero no creo que sea necesario que coincida con ella en todo esto es una locura

Jean cree que tenemos que bastará con hacer tabla rasa

¡Eso nunca sirve de nada! la vida no funciona de ese modo voy a llevarme a éste

Cisne

¡Ni se te ocurra impedírmelo! se pone en pie de un salto echa atrás el puño dispuesta a golpear

Zasha levanta ambas manos Para para no te llevaré la contraria por una vez es posible que tengas razón

Ése es mi Zasha nos iremos al alba

Mierda ya estás haciéndolo otra vez tú y tus obras de caridad cada vez que vienes aquí pasa algo parecido

Eh eres tú quien me pidió venir querías que te ayudara querías que lo hiciera

Sí sí y ahora lárgate

rompe el día si alguien me pregunta cómo el artista me dibujó así debo contarlo

La esperanza es un ave las aves callan al romper el día duermen alegres ante lo que anuncia la luz un viento dibuja ondas en la palidez del alba

Sigo a Cisne al coche a un muelle donde aguarda un transporte público hay vida en todos los rostros los ojos miran hacia adentro a otros tiempos pasado o futuro u observando el día como tú

Al otro lado del ancho río en la superficie del agua crecida ondulado por el viento arrugada por las burbujas que borbotean en la proa redonda se desliza por el oleaje pantocazos traga el agua quebrada se desliza hacia adelante Manhattan de

izquierda a derecha ante ellos un acantilado hecho de gente el amanecer aún no la ha coronado largas sombras sobre el río se quejan lentamente en la hoja un tornillo gigante aferra el transbordador y lo sacude hasta dejarlo inmóvil

Salir con la gente a una plataforma afuera entre los altos edificios canales abajo largas de barcos delgados 52 embarcaciones visibles 423 personas a la sombra matutina un día ajetreado

¿En qué piensas? pregunta Cisne ¿Puedes pasar? ¿Estarás bien?

41 embarcaciones visibles 364 personas nosotros somos las aves que se posan

Estaré bien

Estupendo entonces, adelante

la humana te besa en la boca el chasquido de ojos y dientes os sacude a ambos despiertos al otro mira el ojo iris de arce ojo izquierdo con un arco inferior de color azul Obra el bien vete

## WAHRAM

La gente anhela el tiempo continuamente y en ambos sentidos. Queremos que ciertas cosas sucedan antes: la terraformación de un nuevo mundo que hemos aprendido a amar, la llegada de la justicia universal en todos los asuntos humanos, un buen proyecto. Hay otras que queremos que vayan más despacio: nuestras propias vidas, las vidas de las personas que amamos. Sea como sea es anhela el tiempo: más tiempo para hacer cosas, para experimentar cosas.

Casarse con ciento trece años es el triunfo de la experiencia sobre la esperanza. Se han vivido ya tantas vidas. La esperanza propia se ha reducido desde hace mucho tiempo a volcarse en las rutinas diarias. La experiencia nos ha enseñado todo lo que va a enseñarnos. Más experiencia sería una reiteración.

Aunque no una reiteración del todo. La vida siempre es como mucho pseudoiterativa. Cada día tiene sus particularidades. Realizar las mismas acciones cada día, en un ritual para alejar a tiempo, para retener el momento, no elimina estos particulares, sino que los pule. Los animales, nuestros hermanos y hermanas horizontales, nos lo recuerdan: cada día vivido es una especie de aventura, un éxito. Nada se repite. Cada aliento es una nueva succión de la atmósfera, un grito por la vida. La esperanza de la experiencia. Siéntelo y sigue adelante.

Fitz Wahram se sentó en la sala de reuniones del Consejo de Relaciones Planetarias de Titán, pensando en estas cosas. Cuando le llegó el turno expuso su caso ante sus colegas.

—Es de esperar que después de todo este tiempo, las naciones estado terrestres habrán aprendido de la experiencia y se habrán reconciliado entre sí, de manera que sus diversas relaciones con las colonias extraterrestres sean consistentes y coherentes, y prescindan de toda la confusión y la discordia a que dan pie sus acciones vigentes. Pero no. No lo han logrado. Podría llevarles más décadas, incluso siglos. Nadie puede decir cómo le irá a la Tierra. Mientras tanto, tenemos que recuperar algún tipo de relación con nuestro antiguo patrón, Marte. El trabajo alrededor de Saturno comenzó como una búsqueda del nitrógeno marciano, como ya sabéis, lo que en primer lugar constituyó una parte importante de la

colonización del sistema de Saturno. Así que la ruptura total con Marte, si bien fue necesaria en su momento, no tiene por qué ser permanente, ni debe serlo. Ahora somos lo bastante fuertes para hacer frente a Marte sin sentirnos abrumados por ellos. En efecto, involucrarnos con ellos sería para nosotros una muestra de fortaleza. Así que propongo que vayamos allí y propongamos renovar las exportaciones de nitrógeno de Titán a ellos, casi al mismo nivel que entonces, pero con un nuevo acuerdo que nosotros controlemos, esencialmente un trato justo. Ambos planetas se beneficiarían. La atmósfera de Titán cuenta aún aproximadamente con el doble de nitrógeno del que nosotros deseamos que tenga en la situación ideal. Esto apunta a la posibilidad de transferir una cantidad específica que nos permitiría establecer las condiciones. A cambio podemos ofrecer nuestra parte de un comercio triangular: nitrógeno de Titán a Marte, la reconstrucción y la ayuda al desarrollo de Marte a Mercurio, y los metales pesados y tierras raras desde Mercurio a Saturno. También su ayuda a la hora de asegurar las importaciones de luz de Vulcano.

Hubo preguntas y declaraciones por parte de sus interlocutores. Discusión. Entonces Wahram intervino de nuevo.

—El refuerzo de los vínculos en las tres direcciones sería de gran ayuda en el esfuerzo de unirse para plantar cara ante el imperialismo reincidente de la Tierra y sus conflictos y rivalidades internas, que amenazan con extenderse al exterior y acabar alcanzándonos a todos. Incluso podríamos contribuir a resolver algunos de estos antiguos problemas. Sería una forma de hacer un seguimiento de la reanimación, que ya ha producido tales efectos notables.

—¿Cómo cuáles? —lo desafiaron.

—La Liga del Ártico se ha convertido en una de las organizaciones políticas más progresistas y cooperantes de la Tierra. El centro de América del Norte se cubre de nuevo por llanuras herbosas con búfalos para gran aclamación pública. La selva amazónica se está ampliando de nuevo en lo que era su cuenca histórica, cubierta por zonas verdes, un poco como lo fue en la época precolombina. El sudeste asiático, el sur de Asia, han logrado un equilibrio de población y la mayor recuperación de la naturaleza de todos, lo que ha ayudado a los bosques, el agua y la situación climática. Éstas son todas las mejoras mensurables desde que se inició la reanimación.

—No ha habido, ni de lejos, tiempo suficiente para sacar estas conclusiones. La invasión de los animales se describe a menudo como un fracaso terrible que ha

dado pie a una interminable serie de problemas pesadillescos.

—Erróneamente.

Discutieron un rato sobre la situación en la Tierra. Finalmente, el principal asesor del Grupo Administrativo de Saturno les recordó que el tema que había sobre la mesa era la creación de un comercio triangular con Marte y Mercurio. Wahram señaló que Marte había sido influenciado considerablemente, hasta podría decirse que infectado, por los qubos humanoides que se habían infiltrado en su sistema, y que sólo recientemente habían sido detenidos y enviados al exilio. Los marcianos estaban tan contentos de haberse librado de ellos que habían revocado a Jean Genette su condición de exiliada, y celebrado el retorno al hogar de la inspectora, célebre ahora, a quien agradecieron los buenos servicios que había prestado. Era de suponer que la nueva administración de Marte mostraría un espíritu más cooperante. Muchos miembros del consejo asintieron ante esta buena noticia, y después pasaron a comentar los pormenores de las cantidades de nitrógeno a transportar, calendarios y compensaciones. Por último se debatió la presión de la atmósfera de Titán.

Wahram esperó a que la mayoría de los presentes en la sala se mostraran impacientes, momento en que pidió que volvieran a centrarse en el asunto. El principio de la propuesta se aprobó por consenso y se levantó la sesión.

La última pregunta tuvo que ver con la forma en que procedería a comunicar su acuerdo a sus socios.

—Me dirijo a Mercurio para proponer matrimonio a Cisne Er Hong —anunció Wahram—. Espero que podamos tomar los votos en el epitalamión de Olympus Mons. En ese momento tendremos ocasión de hablar con las personas adecuadas en Marte.

Ah, bien, coincidieron todos. Enhorabuena. Algunos se mostraron sorprendidos, otros asintieron con complicidad. Eso facilitaría las cosas. Ambos seréis una especie de comité permanente de Saturno y Mercurio.

Sí, dijo Wahram.



## CISNE

Cisne abandonó la Tierra sintiéndose considerablemente complacida consigo misma por ayudar a la persona qubical a abandonar la zona, satisfecha también con Zasha, quien le importaba mucho más de lo que nunca había pensado. Tomó el ascensor espacial en Quito y disfrutó de nuevo de la representación de *Satyagraha*, y en esa ocasión fue la paz del movimiento final lo que más la impactó, la escala ascendente de una simple octava una y otra vez, como un canto de meditación capaz de ponerte en pie; y bailar en la gravedad que siempre era más liviana cerca del final hacía que la sensación fuese muy física, la convertía en una especie de euforia, ya que fueron levantados en las alas de la canción.

Regresó a Mercurio en un terrario llamado *Henry David*. Un clásico de Nueva Inglaterra, con algunas pequeñas aldeas con cabañas de madera y pastos que rompían los bosques de conífera. Allí era octubre, y los arces habían enrojecido, por lo que había árboles de rabioso amarillo, naranja, rojo y verde, mezclados todos y dispersos a lo largo del interior del cilindro, de manera que cuando se miraba hacia arriba parecía un discurso sin palabras transmitido con una especie de lenguaje de colores llenos, temblando al borde del significado. Cisne vagabundeaba por las sendas del bosque, yendo de una colina despejado a otra. Un día tomó las hojas que habían caído y las arregló en un claro de modo que pasaron del rojo al naranja, amarillo, amarillo-verde y verde con una progresión muy suave. Esta línea de color en la tierra la complacía mucho, igual que el viento que soplaba. Otro día pasó horas siguiendo a un oso negro y su cachorro. Por la tarde llegaron a un huerto de manzanos abandonado, donde uno viejo árbol mutilado había dado, sin embargo, un montón de manzanas, tantas que algunas de las ramas cayeron al suelo. Los osos se comieron un montón. Había medio barril en posición vertical junto al árbol que se había llenado con agua de lluvia, y el cachorro se encaramó al barril y se dio un baño, el pelaje se volvió más oscuro, brillante, húmedo y puntiagudo.

De regreso a Mercurio recuperó la rutina en Terminador. Despertaba en la terraza, donde desayunaba en la fría mañana, hacía sus estiramientos al sol, sin olvidar la inquieta reverencia ante Sol Invictus. Contemplaba la ciudad, demorándose en todos los puntos de referencia familiares que habían sido reconstruidos, además de los nuevos árboles y arbustos, que parecían mayores y

más frondosos cada día, un poco más de acorde con el lugar. Había tomado una postal que Alex le había tenido hacía mucho tiempo, y la había clavado en la pared, sobre el fregadero de la cocina. La letra de Alex proclamaba a diario:

*Ay, la alegría de mi espíritu, desencadenada está,*

*¡volando como el rayo!*

*No basta con tener este globo o cierto tiempo,*

*Tendré globos a millares y todo el tiempo.*

También era otoño en Terminador, y la fila de arcos japoneses de en la terraza situada dos por debajo de su balcón había adquirido una tonalidad de rojo incandescente. El polvo se había asentado en las tejas azules que veía desde ahí. El nuevo programa del tiempo atmosférico parecía incluir más días ventosos que el anterior, y a veces había vientos más fuertes de lo que recordaba. Eso le gustaba. Algunas ráfagas de viento frío la apartaban de lo que fuera que estuviese haciendo, para empujarla a dar largos paseos por la ciudad. A simple vista le parecía mayor de lo que había sido, el andén extendido para proporcionar más parques y granjas. Había nuevos canales en la parte llana de la ciudad y en el parque. Puentes sobre los canales, caminos de bicicletas, amplios bulevares y explanadas. Era su ciudad. Igual pero distinta. Pensó que la ciudad podría ampliarse, adentrarse más lejos en la oscuridad de la noche. En teoría, con el paso de las décadas y los siglos, podrían alcanzar las vías al oeste en la cara nocturna de Mercurio.

Pasaba la mayor parte de sus días en el campo, trabajando en el estanque y los humedales. El nuevo estuario no prosperaba, y había dudas sobre los niveles de salinidad, además del modesto oleaje hidráulico que habían puesto en marcha. En realidad no eran más que discusiones. Y ella seguía intentando entender por qué a los monos de Gibraltar no les gustaban las cuevas que les habían proporcionado en una colina baja con acantilado que miraba hacia poniente. Los monos eran hermosos ejemplares, y por lo general no tenían problemas que pudieran compararse con los problemas de la gente. Pero allí estaban, pasando el tiempo en el terreno que se extendía ante las cuevas, sin mostrarse muy dispuestos a entrar en ellas. Tal vez tendría que subir en algún momento para echar un vistazo personalmente.

Mientras seguía allí viendo a los monos, pensó en su vida. Ahí estaba, con sus ciento treinta y siete años. No había dejado en paz a su propio cuerpo; no tenía

precisamente una eternidad por delante, ni necesariamente viviría mucho más. Por otro lado, los tratamientos estaban haciendo cosas nuevas, incluso comparados con los de años antes, y los investigadores seguían trabajando para mejorarlos. Mqaret casi tenía doscientos años. Por tanto tenía que pensarlo con calma.

Pocas eran las personas con quienes mantenía estrecha relación, y quizá ni siquiera ya podía considerarla tan estrecha. Tenía todo cuanto necesitaba, no podía quejarse de su vida. Su hija superviviente andaba por ahí, viviendo la vida a su manera, y no podía decir que hubiera supuesto una decepción para ella. De vez en cuando establecían contacto. No era la cuestión. Cisne se sentía más próxima a otras personas, y eso estaba bien. Su joven amigo Kiran se había quedado en Venus, había insistido en ello, y se había involucrado hasta a fondo, y enviaba sus informes con regularidad. Mantenían mayor relación que muchas de las que había tenido, y sin duda disfrutaría de más relaciones como ésa; daba la impresión de que la gente solía tomarla del brazo y tirar de ella para que formase parte de sus vidas. La cuadrilla de la granja era un grupo muy unido. Le gustaba su trabajo, le gustaba su rol; le gustaba su arte, la parte lúdica de su trabajo. Así que se trataba de otra cosa. En realidad la cuestión se volvía muy filosófica, ¿cómo ser? ¿Qué debía preocuparle? Y cómo llegar a ser un poco menos solitaria. Porque ahora, fallecida Alex, aunque hablaba con muchas personas, al final le faltaba alguien a quien contar las cosas de la manera en que siempre había confiado con Alex.

*Ay cómo te echo de menos, Hettie Moore,*

*Aunque no quede nadie a quien pueda confesarlo:*

*El mundo se ha vuelto negro ante mis ojos.*

Cantó a solas en la granja la vieja canción, y se preguntó qué haría que se enderezaran las cosas. Quizá nada. La muerte segaba la vida. Las partes morían antes que el conjunto. Cuando fallece la gente que amas, también muere una parte de ti. Hay personas que cuando se van son como algunos enebros que había visto, una rama solitaria en un tronco muerto. No había manera de contrarrestar algo así.

No existe la felicidad más que en la virtud. No, eso no era cierto. Cada parte del cerebro triunfo contaba con su propia felicidad. Lagarto al sol, mamífero a la caza, humano haciendo algo bueno. Lo bueno es lo que beneficia a la tierra. Así que cuando usted trabajas como yendo a la caza, a la luz y al calor, creando un paisaje, un lugar donde vivirá la gente en las edades venideras, entonces eres triunfo feliz. Sin duda tendría que bastar con eso.

Pero entonces quieres compartirlo. Sólo para que haya alguien con quien sentirte feliz. Alex se había sentido satisfecha con ella.

Había visto a los aislados, veteranos viajeros espaciales que recorrían el mundo en solitario sin relacionarse de ninguna manera con otras personas. Ésa era su gente. Había sido una de ellos durante más de la mitad de su vida. ¿Todos iban a la caza? Recordó algo que había oído decir por ahí: quiero conocer a alguien. «Conocer». Se referían a emparejarse. Quiero aparearme con alguien. «Conocer» era otra manera de hacer alusión a aparearse, de seguir el camino del deseo. Y cuando miras a tu alrededor puedes verlo: las parejas son recurrentes. El verbo es un futuro condicional, un subjuntivo: aparearse con alguien, y después conocerlos. Algo atávico, como si fueran cisnes o cualquier otro animal con un impulso genético para emparejarse. «Cisne no es un cisne», le dijo a sus desconcertados compañeros de trabajo en el parque. Pero ¿cómo lo sabía?

—Quiero conocer a alguien —dijo a Mqaret.

Mqaret se rió de ella.

—¡Pero si te gusta ese tipo! El tal Wahram, de Saturno. Así que quizá quieras decir en realidad que has conocido a alguien.

Cisne miró Mqaret. Aún no había comprendido totalmente que era posible ser amada. O incluso amar.

—Pero lo conozco hace mucho tiempo. ¡Desde hace años!

—Pues mejor me lo pones —dijo Mqaret—. Lo conoces. De hecho tuviste que pasar mucho tiempo con él. ¿Qué pasó en ese túnel? ¿No sucedió algo?

—Sobre todo silbamos —respondió ella. Pero sí. Sucedió algo.

—Tal vez ésa sea la definición de matrimonio —propuso Mqaret—. Silbar juntos. Una especie de actuación. Quiero decir que no sólo es una conversación, sino una actuación.

—Matrimonio —repitió Cisne, asombrada ante el sonido de la palabra. Pero para ella era un concepto de la Edad Media, de la vieja Tierra: una idea con un fuerte olor a patriarcado y propiedad. No estaba pensada para el espacio, ni estaba hecha para durar. Uno se movía por la vida por etapas, cada etapa una fase de la propia historia que duraba pocos o varios años, y luego cambiaban de

circunstancias y te encontrabas con una nueva vida, con nuevos compañeros. Eso no podía alterarse, no si andabas por ahí enfrascado en tus cosas. Y deformar así la vida para alargar una relación más allá de la etapa que le correspondía, suponía correr el riesgo de quebrar un extremo, de astillarla toda y dejar una amarga herida y la sensación de que todo había sido una mentira, cuando en realidad no tendría que haber sido sino un paso más hacia adelante, en una de las pequeñas muertes y transformaciones de las distintas etapas-fases. Así eran las cosas.

Por lo menos así se lo parecía a ella, y a muchos otros conocidos. Era la actual estructura de la sensibilidad en su cultura y época. Los viajeros espaciales eran seres humanos libres, libres al fin y humanos al fin. Así se sentían todos, y se alentaban mutuamente a sentirse así, y ella siempre lo había creído, siempre había estado de acuerdo en que así era. Pero las estructuras del sentimiento eran culturales, históricas. Cambiaban con el tiempo como lo hacían las personas; las propias estructuras pasaban por sus reencarnaciones. Por tanto, si las culturas cambian con el tiempo, y un individuo presencia un cambio en esa cultura, entonces... ¿acaso no cambiaba él también? ¿Lo harían? ¿Podría hacerlo ella?

Pero ¿no era el matrimonio la promesa de no cambiar?

Anduvo lentamente entre los humedales, sin dejar de pensar en ello. Un día, una rana del mismo color que las rocas saltó apartándose de su alcance, y Cisne se sentó a mirarla, alerta y curiosa, tranquila pero lista para saltar de nuevo.

—Lo siento —dijo—. No te había visto. —Y, sin embargo, ahora que sí lo había hecho, la vio destacar más que cualquier roca, viva y respirando.

Salió a dar una caminata. Se dirigió al norte de la latitud de Terminador, a Tricrena Albedo. En el confuso claroscuro terminador, donde los oblicuos rayos de sol recorrieron repentinamente el terreno inclinado, tan fulgurantes que la tierra todavía en sombras se antojó más negra que la materia. Brochazos negros y blancos, sus ojos apenas devolvieron al paisaje su integridad. A veces le gustaba así. Su esquizofrénica vida en el espacio.

Adoptó la mentalidad del caminante solar, orientándose por los mapas memorizados en su interior. Supo mientras caminaba a ciegas hacia poniente que pronto alcanzaría la elevación septentrional de Mahler, donde pasaría por algunas abandonas y chamuscadas pistas de aterrizaje ballardianas, y que luego se toparía en lo alto de un acantilado, una grieta abultada en el terreno, muy antigua, un punto desde el que se vislumbraba la caída de 200 metros a las llanuras que se

extendían debajo. Por suerte la escarpa tenía la cara atravesada por salientes inclinados que hacía las veces de escalera descendente. Había estado ahí antes. Los salientes Ebersbacher eran transitados a menudo por los caminantes solares que tomaban esa ruta, razón por la que hacía años que los habían adecuado y despejado de polvo y escombros. Por tanto se trataba de una senda de piedras limpias que descendía hasta la llanura. Pensó que en Mercurio el horizonte tenía la medida justa: no era algo que pudieses tocar estirando la mano, sino algo a donde podías caminar para investigar.

Reparó en la presencia de un reducido grupo de caminantes solares que se desplazaban lentamente a poniente. Pequeñas siluetas plateadas que le recordaron a la inspectora Genette, y que desaparecieron tras el horizonte. Caminaban un rato y luego se tumbaban en carros o carros de mano, para dormir mientras los demás los arrastraban. Caminaban juntos, tirando o empujando los carros donde dormían los compañeros, qué hermosa esa muestra de confianza, esa entrega, el hecho de poner tu vida en manos de extraños, algo que formaba parte de ser de Mercurio. Durante mucho tiempo había sido toda la compañía que había necesitado. Eso y su ciudad.

Alcanzó el pie de los salientes y llegó a la llanura cubierta de escombros de Tricrena Albedo. Allí desaparecía la senda, porque cualquier vía era igual de buena. Podía adentrarse en la noche, ganar terreno al alba, alzarse sobre Yes Tor y contemplar los puntos más elevados de luz en el terreno como la llama de las velas, que después ardía hacia abajo desde sus puntas brillantes. Para caminar perpetuamente en el amanecer, ay, qué deseo tan ferviente. ¿Quién podría soportar el mediodía o el atardecer? Dejar atrás el amanecer, correr de nuevo hacia la noche. Evitar el día, porque quién sabe lo que trae consigo. No tenía ni ideas ni planes.

Corrió durante mucho tiempo sin pensar más que en la roca que pisaba, la configuración del terreno. No era necesario nada más. Podrían destripar Mercurio, extraer hasta el último mineral valioso de su interior, sin que la superficie tuviese un aspecto distinto. Ya era un mundo marcado, la faz maltrecha de un viejo amigo. Roca dispersa por doquier, escombros, restos. El manto de polvo. Oro en las colinas. Pero los amigos hablan. Quiero ser capaz de hablar con alguien que signifique algo para mí. Quiero escuchar cosas que me interesen, que me sorprendan, sin importar lo imposible que sea sorprenderme. Aunque en realidad resulte fácil hacerlo. ¿Cómo era posible que no hubiese alguien allí capaz de sorprender a alguien que era tan fácil de sorprender?

La persona taciturna. ¿Y si había alguien en quien podías confiar, alguien

estable, confiable, predecible, resuelto; decisivo tras la debida reflexión; generoso, amable. Flemático, a pesar de lo cual era propenso a pequeñas ráfagas de entusiasmo, debidas por lo general a placeres estéticos de un tipo u otro. No se sentía fuera de lugar en situaciones de peligro, sino algo ebrio. Alguien capaz de amar un paisaje. Alguien a quien le gustaba observar a los animales y perseguirlos para sorprenderlos en un momento u otro. Alguien que la miraba como si desentrañarla fuese un proyecto interesante y no sólo un problema a resolver, o parte del telón de fondo de algún otro drama más importante. Y miraba a todo el mundo de la misma manera. A menudo con una sonrisa que parecía expresar el placer de la compañía mutua. Un comportamiento reservado, pero amable. Si a todos nuestros conocidos sólo pudiéramos describirlos mediante el lenguaje, pareceríamos coleccionistas de contradicciones, paradojas, oximorones. Porque por cada gramo de algo hay un gramo de lo otro. La gente está cortada por ambos patrones. En alguien como él, una risa alegre casi se antojaba puro bullicio.

Llegó junto a uno de sus goldsworthies más famosos, perteneciente a una época en que había estado experimentando con la creación de balas de plomo y otros metales que se fundían al calor del día en pendientes que había cortado con canales, de manera que el sol derritiera el plomo, el cobre o el estaño y, fundido, se deslizara por los canales dando forma a letras o imágenes, siempre estirado de tal manera que los observadores situados en un mirador, sobre un acantilado próximo, las vieran en posición vertical. Para esta escultura, al norte de Mahler, había canalizado dos juegos de letras que se solapaban entre sí, con puertas que daban a una palabra u otra, conjuntadas a su vez. Cuando el metal se fundía al sol topaba con las puertas hasta que alguna cedía, drenando de este modo el depósito del material fundido. Así que, dependiendo de lo que sucedía en las puertas, las letras resultantes de esta instalación en particular escribían o bien la palabra «vive» o bien la palabra «muere». Fue la última de una serie de antinomias que había trasladado al paisaje y al sol durante esa etapa de su carrera, incluyendo la superposición de las siete virtudes y vicios, enfrentados como Jacob con Dios. El veredicto ya se había emitido: el proceso parecía aleatorio. Aunque en este caso concreto, ambas puertas se habían roto a la vez, lo que dio pie a un flujo insuficiente para llenar todos los canales; los hubo que se impusieron a los demás, y de resultados de ello, tras formarse un remolino brillante de plata y cobre, se formó la palabra «túmbate».

La estaba mirando desde la plataforma de observación. Por aquel entonces incluso le había parecido conveniente, y ahora era como una orden. Todavía se podían ver los canales vacíos de las dos palabras superpuestas, pero sin duda era la palabra mentira, metálica en la tierra oscura, domeñada. Muy conveniente, de hecho. La gente dijo que la había dispuesto así a propósito, pero no lo había hecho;

las presas eran iguales, la ruptura simultánea de las mismas cosa suya, algo que había sucedido sin la intervención de su creadora. Las letras llenaron una materia de la primera oleada, un clinamen. Pero en cierto modo decía la verdad. No vivían ni morían, sino ambas cosas, y al final se tumbaban. Por último se yace tumbado. No había más que hablar.

Al cabo de un rato se volvió hacia el sur, para alcanzar la plataforma más cercana antes de que la ciudad se alzara flotando sobre el horizonte. Cuando llegó al borde del antiguo cráter Kenko, fue capaz de distinguir las vías de Terminador, que relucían débilmente en el valle.

Desde lo alto de Kenko, en torno a la cara sur, vio las vías, así como una figura solitaria que ascendía la pendiente hacia ella. Redonda y alta, reconoció la forma de andar en cuanto la vio, porque, ay, conocía tan bien esa forma de andar...

Se conectó al canal común.

—¿Wahram?

—El mismo, iba buscándote.

—Pues me has encontrado.

—Sí. ¿Pensabas volver pronto a la ciudad? Porque no he traído nada para comer.

—Sí. ¿Cuándo has llegado?

—Ayer. He caminado unas cuantas horas. La ciudad no tardará en alcanzarnos.

—Estupendo. Estupendo. Vayamos a su encuentro. —Descendió hacia él y lo abrazó. A pesar del traje reconoció el cuerpo de él, redondo y lleno, alguien de mayor tamaño que ella—. Gracias por salir a buscarme.

—Oh, todo un placer, te lo aseguro. Vengo de Titán.

—Eso pensaba. ¿Qué tal la pierna nueva?

Wahram la señaló con un gesto.



—Es como si no estuviera donde solía estar. Por lo visto, los nervios fantasma de la antigua pierna siguen trabajando y no dejan de despistarme.

—Mira, como mi cabeza —dijo Cisne sin pensar, antes de reír—. Cada vez que me crece una nueva, no acaba de estar en el lugar donde yo pensaba.

Wahram la miró, sonriendo.

—Me han dicho que no tardaré en acostumbrarme.

—Hmm.

—En realidad, hablando de cabezas nuevas, me preguntaba si habías pensado en lo que le propuse cuando estábamos abandonados. Y también, por supuesto, después, ya en Venus.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y?”

—Verás, no lo sé.

Wahram arrugó el entrecejo.

—¿Has hablado con Pauline al respecto?

—Bueno, supongo que sí.

De hecho ni siquiera había pasado por la cabeza.

Wahram la miró. El sol no tardaría en caer como plomo sobre ellos.

—Pauline, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó Wahram.

—Sí —respondió.

—¡Eh, eh, un momento! —protestó Cisne—. Aquí soy yo quien tiene que responder eso.

—Creía que acababas de hacerlo —dijo Wahram.

—Pues no, no lo he hecho. Pauline es una entidad separada de mí. Es por eso

por lo que no me dejasteis tomar parte en vuestras reuniones, ¿no?

—En efecto, pero porque las dos sois una. Por eso no podíamos dejarte entrar sin dejarla entrar también a ella. No soy el primero en observar que, dado que programaste a Pauline, y continúas haciéndolo, ella es una especie de proyección tuya.

—No, ¡de ninguna manera!

—Bueno, tal vez sería más adecuado describirla como una de tus obras de arte. A menudo has hecho cosas muy personales.

—¿Mis montañas de rocas te parecen personales?

—Sí. No tanto como estar desnuda en un bloque de hielo durante una semana bebiendo tu propia sangre, pero, sin embargo, muy personal.

—Pauline no es arte.

—Yo no estoy tan seguro. Tal vez podríamos compararla al muñeco de un ventrilocuo. ¿No es eso arte? Un dispositivo a través del que se expresa algo. Por tanto me siento muy animado ante esa respuesta.

—¡No!

Pero saltaba a la vista que estaba animado. Con el tiempo, comprendió Cisne, eso iba a importar: el hecho de que Wahram creyese en Pauline. Bajó hacia la plataforma más cercana y él la siguió.

Al cabo de un rato, dijo:

—Gracias, Pauline.

—De nada —respondió ella.

## *Extractos (18)*

formar una oración supone colapsar muchas funciones de onda superpuestas al universo del pensamiento único. Multiplicando los universos perdidos palabra por palabra, podemos decir que cada frase se apaga  $10^n$  universos, donde  $n$  es el número de palabras que componen la frase. Cada pensamiento condensa miles de millones de posibles pensamientos. Así conseguimos fondo verbal, pues el lenguaje que usamos estructura la realidad que habitamos. Tal vez esto sea una bendición. Quizá se deba a esto que tengamos que seguir haciendo oraciones

los textos los escribe la gente para ser leídos más adelante. Son una especie de cápsula del tiempo, una manera de hablarle a los propios descendientes. Leer este texto es como mirar al pasado, cuyo tumulto y desorden podían resultar difíciles de creer. Puedes estar al otro lado de una gran grieta, con la vida indefinidamente larga, vuelto hacia las estrellas. No es muy distinto a nosotros los vivos, que rebullimos en nuestro sistema solar como bacterias que llenan un nuevo charco bajo la lluvia. Este charco es todo lo que tenemos. En él se alzan las puertas de los secretos de la vida; algunos cuidan de un trecho de tierra que dé la comida suficiente para vivir. Sabes todo cuanto yo sé. ¿Qué podemos decirnos nosotros, los vivos, en esa situación? En muchos aspectos, es más fácil hablar contigo, generoso lector que está por nacer. Podrías vivir durante siglos, y este texto tan sólo formaría una pequeña parte de tu educación, una visión fugaz de cómo eran las cosas, una pista de cómo tu mundo llegó a ser lo que es. Sin embargo, tu autor sigue atascado en la cola de la balcanización, anhelando con esperanza el inicio de lo que venga a continuación. Se trata de una visión muy limitada

¿Quién decide cuándo ha llegado la hora de actuar?

Nadie lo hace. El momento sucede.

No. Nosotros decidimos. Cómo decidimos es una pregunta interesante. Pero incluso si ignoramos la respuesta, decidimos

aunque los sucesos producidos justo antes y después del año 2312 fueron importantes y señalaron cambios latentes en la situación de ese momento, nada decisivo sucedió a continuación, no atravesaron ningún portal que anunciara «éste es un nuevo período, hablamos de una nueva era». Los eventos que se pusieron en marcha fueron confusos, complejos, y muchos tardaron unas décadas más en llegar a buen puerto. Que el Mondragon unificaría gran parte de la Tierra, que Marte se recuperaría de la influencia ejercida por la infiltración de los qubos humanoides y se reincorporaría al Mondragon... En ese momento nada de todo esto resultó evidente para nosotros, las cosas podrían haber tomado un rumbo muy distinto y

por supuesto, no pueden conciliarse las diferencias entre el tiempo individual y el planetario. «Lo que hay que notar no es tanto la unificación de estas temporalidades dispares, sino su recarga y solapamiento.» Es la recarga y la superposición los factores que crean el ambiente de un momento terminado. «De esta superposición confusa de tipos distintos de modelos surge, de hecho, la Historia», como una obra de arte, como cualquier obra de arte, pero creada por el conjunto de todos. Y no se detiene. Suceden cosas, eventos, logros; victorias y derrotas; victorias pírricas, acciones en la retaguardia, y aunque pueda haber acontecimientos cruciales, la trama no termina en un año como 2312, sino varias décadas más tarde, si es que lo hace

lo que vemos cuando contemplamos la formación de la triple alianza de Marte, Saturno y Mercurio, o la intervención del Acuerdo Mondragon en la atomizada Tierra, o el regreso de Marte con el Mondragon, es una especie de interregno inestable, un cambio en la urdimbre del conjunto donde se redistribuyen los pesos y comienza algo nuevo, y un estremecimiento hace girar más allá del tope al sistema durante años, antes de que finalmente adopte su rotación, recientemente estabilizada

En Venus, la reacción contra la intriga que tuvo por objetivo la alteración de la rotación del planeta causó una larga y amarga guerra civil, en gran medida invisible para el resto del sistema, librada con cuchillos y despresurización, y que sólo resolvió en la segunda mitad del siglo XXIV con un referéndum general de toda la población, que decididamente optó por renovar el bombardeo de la línea ecuatorial y poner en marcha la espectacular creación destructiva del día venusiano de cien horas

las llamadas revoluciones invisibles de la Tierra llevaron a la recreación de los paisajes físicos y políticos, los cuales siguieron a la reanimación. Durante ese mismo período, la integración de qubos con seres humanos supuso otra revolución

invisible, una lucha que tuvo inquietas las mentes de todos los ingenieros, filósofos y qubos que afrontaron alguna vez el problema

en Marte se hizo evidente que un pequeño grupo dentro del gobierno oficial había sufrido la infiltración e influencia de un grupo de simulacros humanos qubo que fueron sumariamente secuestrados y enviados al exilio, después de lo cual una profunda reconsideración de su gobierno los llevó más cerca de su sistema democrático, tal como se describe, seguida por la reentrada en el Acuerdo Mondragon

con mayorías en Calisto, Ganímedes, Europa, Titán, Tritón, e incluso la Luna declararon su intención de terraformar plenamente sus mundos, todos los volátiles, y el nitrógeno en particular, se volvieron mucho más caros, la inflación golpeó todo el sistema a la vez, y al final del siglo XXIV la Liga de Saturno había amasado una fortuna inmensa

todos estos acontecimientos invisibles hacen que sea difícil escribir acerca de la historia de esta época. Y todos los eventos continuaron produciéndose en contra de la resistencia del tiempo, el material, la obstinación y el miedo, miedo humano, de hecho, que se aferraron desesperados a diversos aspectos imaginados del pasado que de alguna manera les hizo pensar que mantendrían unido al mundo. Debido a esto, existe aún, siempre, el riesgo de fracaso y de extinción. No hay otra alternativa que seguir luchando

## Epílogo

Descendiendo a Marte en el ascensor espacial Pavonis, contemplas abajo, a través del suelo traslúcido, cómo asciende el planeta rojo a tu encuentro. Los tres volcanes principales superan Tharsis formando una línea, como montículos contruidos por una tribu constructora de montículos de personas de piel roja. A poniente, Olympus Mons retrocede como un continente redondo independiente, rodeado por un acantilado de diez kilómetros desde este punto de vista que no es más que una línea biselada alrededor de su pie. El resto del planeta está cortado por enormes polígonos rojos por diversas líneas verdes que cruzan su superficie. Son los famosos canales, incisiones en el paisaje producidas durante los primeros tiempos de la terraformación. Utilizaron orbitantes escudos solares de abedul, cuyo objeto consistía en enfocar hacia la superficie la luz solar, como si de una lupa se tratara, lo que dio pie a temperaturas tan altas que la roca se vaporizó y fundió. Hubo que quemar así buena parte de Marte para obtener todo el aire y el calor que querían; así que para distribuir la quemadura optaron por utilizar como fuente de inspiración los mapas de Lowell, correspondientes a finales del siglo XIX, en base a los cuales trazaron la quemadura. Una vez llegaron tan lejos, también adoptaron la antigua nomenclatura para estos canales, mezcla de griego, hebreo, egipcio y otras lenguas antiguas, por lo que ahora descendes a lugares con nombres tales como Nodus Gordii, Phaethontis, Icaria, Tractus Albus, Nilokeras, Phoenicis Lacus. Las franjas verdes que cruzan la tierra roja miden unos cien kilómetros de ancho, y sólo las atraviesan los actuales canales. Estas franjas se extienden a veces por parejas a través del desierto rojo. Se reúnen en un ángulo vagamente hexagonal, y los nodos forman exuberantes oasis, con elegantes ciudades agrupadas en torno a los complejos de canales y esclusas, estanques y fuentes. Por lo tanto se trata de una fantasía que se remonta al siglo XIX la que constituye la base del paisaje existente en la actualidad. Algunos lo tachan de mal gusto. Pero tuvieron que trabajar con prisas, volver de nuevo al principio, y esto es lo que resultó.

Al norte de Olympus Mons la comitiva de la boda salió de las puertas de una estación de tren al aire abierto, como si estuviera en la Tierra. Era primera hora de una mañana fresca y ventosa. El cielo era de un azul Maxfield Parrish, los árboles esparcidos en pequeñas arboledas eran secoyas enormes, eucaliptos, robles. El canal discurría por la llanura bajo la colina donde se encontraban, y el costado de la

ladera estaba cubierto por cipreses. Entre los diques, el agua del canal parecía como si estuviera por encima del terreno que la rodeaba. En muchos lugares la parte superior de los diques estaba coronada por amplios bulevares verdes atestados de gente y edificios. A veces podía verse que los laterales de los diques estaban compuestos por un sinfín de montículos de negro cristal.

Recorrieron la parte superior de un dique subidos a un tranvía que circulaba en dirección a Olympus Mons. Las amplias calles atravesaban los campos verdes que se extendían debajo de ellas. Estos bulevares verdes estaban flanqueados por robustos edificios levantados a menudo ante murales cerámicos, y presentaban un aspecto Art Deco. Pasaron junto a plazas blancas bajo las palmeras, y comentaron la exuberante belleza, así como la uniformidad de estilo con su sugerencia hexagonal de una mente enjambre. Una tierra verde y plácida. Pasaron en tranvía de oasis en oasis, en un parpadeo regular de la luz y la sombra creada por las largas filas de cipreses que bordeaban las vías. Jardines en el desierto. El aspecto hiperterráqueo combinado con la liviana gravedad de Mercurio creaba una sensación onírico. Mercurio jamás tendría ese aspecto. Ni siquiera se acercaría.

La inspectora Genette, de pie en el asiento junto a la ventanilla, contemplando el terreno al pasar, dijo:

—Hace tiempo viví allí —señalando una plaza de la ciudad que se deslizaba con rapidez ante sus ojos—. Creo que fue en ese edificio de allí.

El tranvía paró en una estación de Hougeria, donde transbordarían a un tren magnético para ascender la ladera noreste de Olympus Mons. Mientras esperaban la llegada del tren, dieron un paseo por la estación y el centro de la ciudad. Todos los canales estaban cubiertos de hielo, y la gente había salido a patinar, las manos cogidas a la espalda. Era un día soleado pero frío.

Cisne se quejó del viaje ladera arriba del imponente volcán.

—¿Qué sentido tiene llegar a Marte si salimos de la atmósfera para acabar metidos otra vez en una tienda? Podríamos estar en cualquier otra parte.

Sus compañeros la consideraron una pregunta retórica, ya que estaban bastante seguros de que recordaba su asistencia al epitalamión. Wahram se hizo visera con la mano para volverse hacia el sur. Se encontraban en la única circunferencia de Olympus Mons que no estaba escudada por un inmenso acantilado, un acantilado circular de diez kilómetros de altura, notablemente

uniforme en toda su superficie alrededor de la montaña. En este caso, una tardía inundación de lava en la vida activa del volcán había desparramado en la ladera, fuego cayendo a lo largo de esos diez kilómetros, algo que Wahram estaba ahora tratando de imaginar: diez mil metros de caída libre, el enfriamiento en el camino, el paso del rojo al naranja al negro, mientras que en el fondo se acumulaba todo y se iban creando más y más capas, hasta que el acantilado se borró por completo bajo la lava, después de lo cual la roca fundida continuó fluyendo hacia el noreste, dejando al final de una amplia y suave rampa que se extiende desde las laderas superiores del volcán hasta la llanura. De ahí el terreno que había a sus pies, con su ardiente pasado.

—Después de esto podemos recorrer las tierras bajas —propuso Wahram—. Una luna de miel en la playa, por así decirlo.

—De acuerdo. Quiero nadar en el Mar de Hellas.

—Yo también.

Cuando llegó el momento, subieron a uno de los coches presurizados del tren magnético, junto a muchos otras comitivas de boda, y el vehículo subió por la rampa hacia la cumbre. Fue un largo ascenso que los llevó a través del marciano atardecer rojo, al que siguió una noche de fiestas y sueño interrumpido. Al despertar al amanecer, vieron que el tren entraba en la estación de la ladera sureste de la amplia cima del volcán. En el regazo del pequeño cráter Zp había una gran carpa transparente que cubría el espacio que tradicionalmente se reservaba para las fiestas del planeta. Habían llegado la primera mañana del epitalamión.

Desde el interior, apenas podía verse la tienda. Era mucho menos visible que la cúpula de Terminador, y tuvieron la impresión de encontrarse al aire libre, que era cálido y fragante. Había en lo alto la negra cúpula del espacio estrellado, que adquiría una leve tonalidad azul en el horizonte; casi toda la atmósfera quedaba a sus pies. Tenían que estar dentro de una tienda, y, conscientes de ello, podían volverse hacia un lado u otro, atentos a la frontera del cielo azul y negro. Olympus Mons era tan grande que el horizonte hacia el este y el sur seguía formando parte de la montaña; no podían ver los volcanes de Tharsis en el horizonte, hacia el este, ni la superficie del planeta que envolvía la cordillera. Todo el terreno que distinguían era tan desnudo y rojo como lo había sido al principio, y sólo la cáscara azul de aire sobre el horizonte revelaba lo que habían hecho a este mundo.

Todo el terreno del espacio reservado a las celebraciones, cubierto por la



tienda, se hallaba levemente inclinado, razón por la cual lo habían convertido en terrazas sucesivas para nivelarlo. El resultado recordaba a las laderas de ciertas colinas asiáticas: unos cuantos cientos de franjas de terreno llano a lo largo de la colina, las paredes de la terraza que las separaba eran como los intervalos que señalaban las curvas de nivel en un mapa. Tres amplias escaleras angulares atravesaban estas paredes, y algunos miembros de la comitiva comentaron que eso les recordaba un poco a la Gran Escalera de Terminador. Sin embargo, estas escaleras se extendían durante cuatro o cinco kilómetros cada una, y tal vez abarcaran una extensión vertical de trescientos metros, costaba calcularlo, dada la inmensidad del volcán que se extendía más allá de la tienda.

El epitalamión era el día de la boda para Marte y para los visitantes de todo el sistema. El espacio destinado a las festividades bullía de actividad, lleno de voces a medida que cientos de parejas se movían arriba y abajo de las escaleras acompañadas por sus comitivas, buscando las terrazas que tenían reservadas. Había montones de flores en las tres escaleras. Imposible evitar pisarlas, sus colores brillantes teñían las amplias losas de cuarcita que cubrían las franjas.

Wahram, Cisne y su comitiva alcanzaron la terraza número 312. Cuando Cisne vio que sus amigos la habían decorado con flores, a fin de simular que la Gran Escalera de Terminador descendía a través de la arquitectura del bulto de Jápeto, sonrió y dio un abrazo a Wahram. Permanecieron juntos, sonrientes mientras la comitiva aplaudía. Wahram vestía negro de Saturno, y parecía un emperador romano o, como no podía ser de otro modo, un anfibio gigante. El señor Rana había emprendido su viaje salvaje. Cisne llevaba un vestido rojo que hacía que pareciera como estuviera de pie sobre una rosa de fuego. No soltó la mano de Wahram mientras subían los escalones que daban a la tarima donde se iba a celebrarse la ceremonia.

Había música en todo el recinto destinado a los festejos, y se oía claramente un gamelán procedente de la terraza inferior. La superposición de melodías formaba parte de la experiencia del epitalamión, y su propia disfrutaría del acompañamiento del galopante final de la segunda sinfonía de Brahms, escogida por Wahram y aprobada por Cisne. Seguía levantando la vista para mirarle, mientras la inspectora Genette manipulaba la pantalla de Passepartout para dar paso al poema que le habían pedido leer. Wahram parecía contemplar absorto las vistas. Aún era de día, y la luz del sol caía sesgada con un esplendor casi propio de Mercurio. Era un planeta enorme. Todas las parejas que había encima y debajo de ellos realizaban sus particulares nupcias. El espacio era tan grande, la música tan variada, que cada acto tuvo lugar en un pequeño mundo, en su propia burbuja,

pero la vista y el sonido de todos ellos juntos formaba parte de cada uno de forma individual.

En su espacio particular, Saturno y Mercurio estaban bien representados. Allí estaba Mqaret, así como Wang y Kiran, y algunos componentes del equipo de la granja de Cisne. También Zasha estaba presente. La guardería de Wahram estaba representado por Dana y Joyce, y el Sátiro de Pan. Todos permanecían en una masa desorganizada extendida alrededor de la tarima, pero era fácil distinguir a ambas poblaciones: los de Saturno con sus tonos negros, grises y azules, los mercurianos con rojos y dorados. También había un grupo de viejos amigos marcianos de Genette, muchos de los cuales eran menudos. Al parecer, todos los menudos del festival se reunirían más tarde para entonar las canciones favoritas de los menudos, tales como *La conocí en un restaurante de Fobos*, *Amada Rita*, *doncella de un metro*, o *Vamos a visitar al mago*.

Todos en la terraza parecían complacidos. La pareja se miraba y sonreía: Vaya bobadas hacen nuestros amigos, parecían decir sus miradas, hermosas bobadas, ¿no te parece genial? El amor. Una especie de salto de la imaginación. Algo inexplicable. Sería una fiesta memorable.

La inspectora Genette, de pie en un atril para situarse casi a la misma altura que ambos, levantó las manos juntas y dijo:

—Vosotros dos, Cisne y Wahram, habéis decidido casaros y convertirlos en compañeros de por vida, mientras viváis. Wahram, ¿te reafirmas en esto?

—Me reafirmo.

—Cisne, ¿te reafirmas en esto?

—Sí.

—Hazlo, pues. Cúmplelo, y que todos los presentes os ayuden a hacerlo. Ahora voy a recitar algunos versos de Emily Dickinson que describen muy bien la simbiogénesis que pretenden afirmar.

*Cerebro de su cerebro,*

*sangre de su sangre,*

*Dos vidas, un solo ser.*

*(...)Toda la vida para conocernos.*

*A quien nunca podremos conocer*

*(...)Tan sólo descubrir lo que nos intrigaba*

*¡Sin palabras!*

La inspectora sonrió tras pronunciar estos versos. Alzó una mano.

—Por la autoridad que me conferís ambos y el Acuerdo Mondragon, e incluso por Marte, declaro unidos en matrimonio a Cisne Er Hong y Fitz Wahram, de mutuo acuerdo.

Genette saltó del estrado. Cisne y Wahram se encararon y se besaron brevemente. Luego se volvieron hacia el grupo que había ante ellos, y sus amigos aplaudieron. Brahms alcanzó su ebrio final, trombones a todo volumen. Cisne tomó un anillo de oro que le ofrecía la inspectora, hermosa portadora del anillo, y levantó la mano izquierda de Wahram. Vio que miraba con ojos entrecerrados la pendiente de Olympus, pensativa la expresión del rostro, casi melancólica. Le apretó la mano y él la miró.

—Vaya —dijo con la más pequeña de las sonrisas—, creo que ahora tendremos que caminar por la segunda mitad del túnel.

—¡No! —protestó ella, dándole un golpe en el pecho antes de introducirle el anillo en el nudillo del dedo anular—. Esto es para toda la vida.

## Agradecimientos

Muchas gracias por su ayuda a:

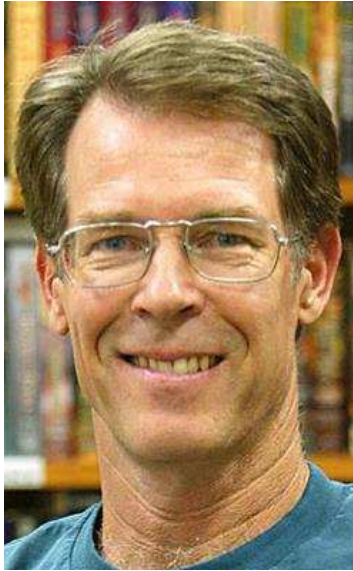
Charles Beck, Hadas Blinder y el comité de selección Clarion 2011, Michael Blumlein, William Burling, Bob Crais, John Cumbers, Paul di Filippo, Ron Drummond, James Haughton, Charles R. III, Louis Neal Irwin, Fredric Jameson, Kimon Keramidas, Stephanie Langhoff, Darlene Lim, Chris McKay, Andrew Matthews, Pamela Mellon, Michael Montague, Lisa Nowell, Armando Quintero, Kriss Ravetto-Biagioli, David Robinson, Tim Robinson, Pamela Ronald, Carter Scholz, Mark Schwartz, Michael Sims, Sean Stewart, Carol Stoker, Sharon Strauss, Slawek Tulaczyk, Ralph Vicinanza y Donald Wesling.

Un agradecimiento especial para Tim Holman.

Gracias también por su arte a Marina Abramovic,

Andy Goldsworthy,

y John Dos Passos.



KIM STANLEY ROBINSON. Se licenció en Literatura en la Universidad de San Diego, con un master en Literatura Inglesa en la Universidad de Boston y doctorado otra vez en la de San Diego. Ha vivido en diversos lugares de Estados Unidos y unos años en Suiza. Más que ganador de premios, podría ser coleccionista de ellos, pues ha obtenido en varias ocasiones, los Nébula, Locus y Hugo.

Su prolífica obra se centra en el género de la ciencia ficción, en la que se repiten temas ecológicos, económico sociales y de exaltación de la ciencia.